

MARIFER JORQUERA

Tú, mi
Sueño

 ROMANCE & LETRAS

Copyright © 2021 Marifer Jorquera

Diseño portada: Pamela Díaz Rivera
Imagen de portada: Unsplash
Corrección: Pamela Díaz Rivera
Revisión: Julia Pinto
Primera edición, enero 2021

©Editorial Pamela Díaz Rivera E.I.R.L
Briones Luco 0910, La Cisterna
Santiago, Chile

Obra registrada en propiedad intelectual
ISBN: 9789569752551

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

"A quienes se fueron, pero por sobretodo a quienes se quedaron"

Contents

[Copyright](#)
[Dedication](#)
[Tú, mi sueño](#)
[Sinopsis](#)
[Prólogo.](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)
[Capítulo XV](#)
[Capítulo XVI](#)
[Capítulo XVII](#)
[Capítulo XVIII](#)
[Capítulo XIX](#)
[Capítulo XX](#)
[Capítulo XXI](#)
[Capítulo XXII](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Capítulo XXIV](#)
[Capítulo XXV](#)
[Capítulo XXVI](#)
[Capítulo XXVII](#)
[Capítulo XXVIII](#)
[Capítulo XXIX](#)
[Capítulo XXX](#)
[Capítulo XXXI](#)
[Capítulo XXXII](#)
[Capítulo XXXIII](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

[About The Author](#)

Tú, mi sueño

Marifer Jorquera

**«Dicen que el hombre no es hombre mientras no oye su nombre de
labios de una mujer».**

— Antonio Machado

Sinopsis

Gina Ávalos es una mujer con una vida común y corriente, madre de dos adolescentes a quienes adora. Se casó muy joven e ilusionada con su primer amor. Sin embargo, con el pasar de los años, las mentiras y las deslealtades provocaron que aquel sentimiento se diluyera de forma tortuosa.

Ella ha estado atrapada durante dieciocho años en un matrimonio que la hace sentir cada día más infeliz, puesto que José, su esposo, es un hombre egoísta y manipulador.

Gina sueña en secreto con un actor italiano. Fabrizio Cacciatore es el dueño de sus fantasías desde que lo vio protagonizando la película romántica más exitosa de los últimos tiempos.

La vida monótona de esta abnegada madre y esposa cambia de modo inesperado cuando aparece el hombre con el que lleva meses soñando.

Fabrizio, después de sufrir un accidente automovilístico, se ve obligado a permanecer en reposo durante un tiempo. En la intimidad de su habitación, conoce a una mujer maravillosa a través de sus redes sociales. La joven le ha devuelto la alegría que creía perdida.

¿Podrán las fantasías hacerse realidad? ¿Estarán dispuestos a transformarse en más que un sueño?

Jacinto Benavente dijo: «Al verdadero amor no se le conoce por lo que exige, sino por lo que ofrece».

Prólogo.

El rodaje de la película «*Tu sei il mio sogno*» no iba a comenzar hasta dentro de un mes. Fabrizio revisaba el libreto que acababan de entregarle y se preguntaba por enésima vez si había hecho bien en aceptar el papel que le habían ofrecido. Giancarlo, el personaje que interpretaría, era un chico ilusionado con el amor, un concepto en el que Fabrizio ya no creía.

Todas sus relaciones acababan estrepitosamente y de la manera más mediática posible, razón por la cual él no quería involucrarse en relaciones a largo plazo, optando por mantenerse sin pareja. Ya no era un jovencito que pudiera irse de putas por ahí o buscarse a alguna chica para pasar la noche. A sus treinta y tres años, ya no le atraía salir de fiesta todos los días —como a la mayoría de sus colegas— y, aunque él no aparentaba los años que tenía, sí estaba consciente de ellos. Además Giannina, su mejor amiga, no dejaba de recordárselo cada vez que tenía la oportunidad.

«*Tu sei il mio sogno*» o «Mi Sueño Eres tú» narraba la vida de un hombre enamorado de una chica llamada Azucena, quien padecía de un cáncer terminal. Ambos jóvenes se amaban con locura, lo que incentivaba al personaje interpretado por Fabrizio a hacer todo lo posible para que los últimos días de su amada fueran felices. Se preocupó de detalles tales como regalarle una peluca, llevarla a los conciertos de su banda favorita, hacer juntos angelitos en la nieve y amarla bajo las estrellas. Incluso pretendía casarse con ella. Sin duda, él era el hombre soñado. Cualquier mujer mataría por tener a alguien como Giancarlo en su vida, algo que a Fabrizio le complicaba un poco.

A pesar de que le encantaba su trabajo, le incomodaba la exposición pública. Era una persona un tanto reservada y de pocos amigos. Su refugio más grande era su familia, con quienes mantenía una excelente relación basada en el cariño y el respeto mutuo.

Para él no fue fácil hacer esa película. La única razón por la que aceptó ese papel fue porque quedó maravillado con el guion, sobre todo con su personaje. Giancarlo era un ser utópico, un hombre tan sacrificado que dejaba de lado su propia amargura con tal de ver feliz a su amada. Por ella, era capaz de ocultar su dolor, pues prefería sufrir amando que morir sin haber conocido ese sentimiento.

Fabrizio se consideraba la antítesis de Giancarlo; él prefería ahorrarse el dolor y no amar. Su madre, quien además era una de sus mejores consejeras, le aseguraba que el día en que se enamorara de alguien de verdad, sería capaz de sufrir igual o incluso más que Giancarlo. Sin embargo, Fabrizio pensaba que ese día nunca llegaría. Él creía que jamás podría involucrarse con alguien de la misma forma que su personaje.

Durante el rodaje, Fabrizio se comportó de manera muy profesional. Todos los productores y técnicos estaban fascinados con su gran actuación. Ellos sabían que la película sería un éxito de taquilla y que Fabrizio Cacciatore sería idolatrado por millones de fanáticas en todo el mundo.

Lo que no se esperaban era que una de esas tantas mujeres cambiaría la vida del actor para siempre.

Capítulo I

«¿Quién eres?»

En un día normal, él nunca habría tenido tanto tiempo para dedicarlo a revisar sus redes sociales. Además, estaba habituado a que otras personas se encargaran de hacerlo por él. No obstante, ahora la realidad era distinta. Aquel accidente en moto le había obligado a mantener reposo y a usar un yeso en su pie derecho. La situación le resultaba bastante aburrida a Fabrizio, motivo por el cual decidió encargarse de leer lo que se decía de él en las redes sociales. Por primera vez en su carrera, dejaría de delegar esa actividad en su agente y en el resto de personas que trabajan con él y analizaría lo que opinaban acerca de él: lo bueno, pero también lo malo.

A sus treinta y tres años, Fabrizio Cacciatore era el actor italiano de teatro y de cine más aclamado de los últimos tiempos, aunque en realidad fue una sola de sus películas la que lo catapultó al éxito. El resto de su carrera la había dedicado al teatro y la televisión.

Fabrizio era el menor de dos hermanos. Era un gran aficionado a las motos y al ejercicio físico. De hecho, visitaba los gimnasios con asiduidad y jugaba fútbol cada vez que podía. Tanto él como el resto de su familia eran grandes fanáticos de ese deporte y no se perdían partido de su equipo favorito, el A. S. Roma.

El actor le debía su fama a la película romántica más exitosa de los últimos tiempos: «*Tu sei il mio sogno*», la cual triunfó no solo en su país, sino que también en otros lugares como Sudamérica y en algunas naciones europeas, como Portugal. Las mujeres abarrotaban los cines, ya que todas querían a un Giancarlo en sus vidas, quien se entregó por completo con tal de hacer feliz a Azucena en sus últimos días de vida, amándola con locura hasta el final.

Al comienzo, Fabrizio no quería participar en la película, dado que no estaba en sus planes encasillarse como galán romántico. Él era actor de teatro experimental, de los clásicos, pero su amiga del alma y casi hermana lo convenció para que se presentara a la audición. Giannina le hizo entender que la película sería asombrosa, sin embargo, él jamás adivinó la magnitud que su fama alcanzaría en otras latitudes.

Fabrizio recibía mensajes en inglés, en portugués y muchos en español y, aunque sabía que era posible, no entendía qué era lo que motivaba a aquellas mujeres de otras nacionalidades a escribirle tantas cosas.

—Debí haber hecho esto antes —expresó, poniéndole voz a sus pensamientos mientras leía los mensajes de su Instagram—. Se agradece un poco de distracción para olvidar, por fin, que debo llevar este yeso. Además, es bueno para subir mi ego.

—No creo que necesites que te suban el ego hermano, ya de por sí lo tienes en la estratósfera —dijo su hermano, quien venía entrando a su hogar, mientras movía su cabeza de forma reprobatoria. Fabrizio le palmeó la espalda a su hermano a modo de saludo y éste no dejaba de reír.

—Ahora cuéntame, ¿cómo te pasó esto? —interrogó, apuntando el yeso que Fabrizio tenía en el pie—. Apuesto que no viste por donde ibas por estar mirando a una mujer.

—Nada de mujeres esta vez —respondió Fabrizio—. Un perro pequeño se me atravesó y, por intentar esquivarlo, choqué yo.

—San Fabrizio de Asís, ¿desde cuándo eres protector de los animales? —preguntó con ironía su hermano—. Ah, desde la última de tus novias, ¿cómo se llamaba? ¿La que era madrina de una perrera? Algo de amor por los animales te dejó.

—Luca, deja de decir estupideces. Solo quise evitar atropellar a un perro y ya. —La voz de Fabrizio denotaba seriedad, ya que nunca le había gustado que le recordaran su pasado amoroso, lleno de muchas relaciones y varios fracasos.

—Ya, ¡tan sentimental hermanito! Solo vine porque quería subirte el ánimo, pero como parece que no estás de buenas, mejor te dejo y me voy a la oficina. Yo no soy una estrella, así que debo trabajar como el resto de los mortales —comentó Luca riendo.

—Ándate y déjame solo. No sirves ni para subir el ánimo, sigue como arquitecto mejor —respondió riendo mientras le lanzaba una almohada.

Con treinta y nueve años, Luca Cacciatore era el mayor de los hermanos. Él y Fabrizio eran los hijos de don Luca y doña María Cacciatore. Su familia contaba con gran prestigio en el mundo de la arquitectura. De hecho, eran famosos en Roma gracias a las variadas construcciones realizadas por su empresa. Luca decidió continuar con la tradición familiar, a diferencia de Fabrizio, quien nunca mostró interés en la arquitectura, pues su vocación siempre estuvo ligada a las artes, razón por la cual comenzó a actuar en teatro a los quince años. En la actualidad, ha logrado alcanzar gran reconocimiento en toda Italia, especialmente en Roma. No solo por su carrera, sino que también por sus romances fallidos con féminas del espectáculo, los cuales le han hecho ganar la fama de coleccionista de mujeres.

En cuanto Luca se marchó, Fabrizio se levantó del sofá con dificultad —tratando de no maltratar más su pie enyesado— y se dirigió hacia el mueble donde estaba su equipo de sonido. Conectó su iPod y puso una lista de reproducción para subirse el ánimo.

La voz de Robbie Williams cantando Rock DJ inundó el lugar. Mientras escuchaba la música y hacía *lip-sync*^[1], Fabrizio regresó con precaución a su cómodo sofá para continuar revisando las redes sociales en su iPad. No pudo evitar sonrojarse cuando leyó algunos de los comentarios que había recibido en Instagram y en Twitter, cada uno más atrevido que el otro. A pesar de que varias de las declaraciones le llamaban la atención, no entendía la razón por la cual lo querían tanto. Sabía que las mujeres fantaseaban con él, pero no estaba consciente de la extensión de tales deseos. El hecho de que ellas le expresaran que él era su gran amor le hacía sentir fascinado y perturbado a la vez.

Una de aquellas fanáticas llamó su atención debido a su tenacidad. Luego de revisar el historial del chat, Fabrizio descubrió que ella llevaba meses enviándole mensajes de diferentes temas, algunos más alegres y otros más melancólicos. La mujer le había escrito todos los días durante casi tres meses para mandarle una postal, un chiste, una opinión... lo que sea. Esto despertó la curiosidad de Fabrizio por saber más de ella, pero sabía que no podía seguirla directamente. Como anhelaba conocerla de verdad, decidió inventar una nueva identidad para que ella no pudiera descubrir que, en realidad, era él quien la seguía. A través de un perfil falso, él podría obtener más información sobre ella. Además le serviría para entretenerse, ya que no había nada mejor que una identidad oculta para poder sentirse libre del escrutinio de los demás. Podría decir lo que pensaba sin necesidad de controlar lo que publicara.

Se demoró solo un instante en concretar su idea. Un nuevo personaje acababa de nacer: Eros, su alter ego. Un alma libre con derecho a decir lo que se le ocurriera.

Comenzó a seguir a una infinidad de personas, partiendo por la mujer que lo tenía tan intrigado. Debía pensar en la forma más adecuada para acercarse a ella como Eros, pero ¿qué le diría? ¿Cómo se pondría en contacto con ella? ¿Cómo haría para entablar una conversación con ella? Fabrizio sabía algo de español, pero no estaba seguro de si sería suficiente. De todas formas, igual lo intentaría, porque esa mujer lo tenía realmente interesado.

La posibilidad de navegar por las redes sociales con total libertad era algo novedoso para él.

Sin embargo, le hizo descubrir lo que algunas personas decían de él, causándole una tremenda decepción, pues creía conocer mejor a esa gente. De hecho, algunos de sus supuestos amigos fueron incapaces de mostrarle lealtad y empatía tras su accidente en moto. Muchos de ellos aseguraban que le había ocurrido por conducir borracho, lo cual no era cierto. Fabrizio solía beber con moderación; se emborrachaba solamente en su casa o con su amiga y jamás se permitía perder el control de sus sentidos fuera de sus lugares seguros. Él no deseaba ser víctima de la prensa amarillista, que lo acosaba desde que terminó su relación con su última novia: una presentadora de televisión. Gracias a su nueva identidad, él pudo enterarse de que aquellos a quienes creía más cercanos habían sido los primeros en asumir que manejaba bajo la influencia del alcohol cuando, en realidad, él ni siquiera había bebido ese día.

Gracias a su nuevo nombre, pudo darse el lujo de ser contestatario y de cuestionar los dichos sobre su supuesta embriaguez, respaldando sus argumentos con las pruebas del hospital donde fue atendido. Aprovechó que los documentos señalaban que no había ni una gota de alcohol en su sangre y se defendió con la seguridad que le confería su alter ego.

Fabrizio veía cómo su mundo se desmoronaba. Notó que muchas de aquellas personas que solían tratarlo de forma muy condescendiente, eran capaces de hablar de él y ventilar aspectos de su vida privada en las redes sociales, incluso sabiendo que podían dañarlo. Se sentía decepcionado y ya no confiaba en nadie, solo en sus admiradoras, quienes siempre lo apoyaban.

A pesar de todo, existía una luz al final del túnel; una luz con la forma de una mujer desconocida que le enviaba mensajes a diario. Cada vez que Fabrizio leía uno, su ánimo mejoraba considerablemente.

Con esta acérrima defensa que Eros le daba a Fabrizio, este personaje se ganó el aprecio de muchas de las fanáticas del actor. En especial de una, que era la que a él más le importaba.

Gina no era una persona común. Ella no se parecía en nada a las mujeres que se suelen encontrar en las portadas de las revistas de moda y tampoco le interesaba serlo. Gina era feliz siendo loca y desatada. Era de esas personas que cantan las canciones de la radio y bailan solas tratando de ponerle algo de color a aquellos días grises que acostumbraba vivir.

Se casó muy joven, a los diecisiete años para ser exactos. Tuvo su primera hija a los dieciocho. A sus treinta y cinco, ya era madre de dos adolescentes: Azul de diecisiete años y Alejo de quince.

Su matrimonio fue un error desde el principio, ya que sus motivos para hacerlo fueron su embarazo y su necesidad de huir de la mala relación que tenía con su madre. No sabía por qué su vida había tomado ese rumbo. Sin embargo, trataba de ser optimista y alegrarse con las cosas que podían proporcionarle una cierta dicha.

Siempre fue una aficionada a la lectura. Aunque tenía poco tiempo, trataba de hacerlo con frecuencia. Gracias a esta actividad, ella pudo conocer a varias chicas que compartían su entusiasmo por esta pasión y por sus amores literarios y fantasías. Todas eran mujeres increíbles, llenas de cariño e ilusiones; amigas leales que no dudaban en darse ánimos para seguir viviendo sus vidas, algunas más difíciles que otras.

Entre todas las fantasías de Gina, la mayor y más recurrente estaba protagonizada por un actor de cine italiano dueño de profundos ojos grises y de una sonrisa cautivadora, a quien conoció en una película que vio junto a su mejor amiga y jefa, Fátima. En el filme, él personificaba a un hombre que se esforzaba por hacer feliz a su mujer durante el poco tiempo que le quedaba de vida. Desde ese momento, Gina lo miraba obnubilada. Cada imagen que veía de él encendía emociones desconocidas en ella; sentimientos que hace varios años no afloraban en su corazón.

Gina sabía que solo eran fantasías, de esas que existen únicamente en la ficción. Sin embargo, su lema de vida siempre fue: «soñar no cuesta nada». Era feliz imaginando aventuras excitantes y sensuales junto a él. De hecho, tuvo que recurrir en más de una ocasión a esos sueños para tener sexo con su marido, con quien no conseguía un orgasmo desde hace mucho tiempo. Ella fingía para no dar explicaciones, pero lo cierto era que sus mayores momentos de placer sucedían en completa soledad, fantaseando con ese hombre que la trastornaba.

Su relación de pareja se encontraba una vez más en un punto muerto, al igual que a lo largo de los dieciocho años que llevaban juntos. Sus crisis matrimoniales eran frecuentes, y su relación iba cuesta abajo. Cada día sentía más la frialdad de su marido. No obstante, Gina no le endosaba la culpa solo a él, ya que ella había perdido la confianza en él, y el amor se había apagado años atrás. Lo único que les quedaba era una unión por conveniencia mutua: José no dejaba la casa porque no quería alejarse de sus hijos, y ella no se iba porque no tenía dónde ir. De esta manera, esta tensa situación se fue extendiendo año tras año.

Gina deseaba que sus hijos crecieran y alcanzaran su independencia, pues así podría dejar de estar, por fin, con alguien a quien ya no amaba. Si bien el cariño todavía existía —en cierta medida por los años de vida compartidos—, el amor se había enfriado hasta que su corazón se convirtió en un témpano.

Dado que los chicos ya se habían ido al colegio y que ella estaba sola en su casa, encendió la radio para disfrutar de un poco de música antes de partir a su trabajo. De pronto, una canción llegó a sus oídos causando que la tristeza tocara su corazón. Este tema lo recordaba con nostalgia, pues fue la primera vez que besó a José mientras bailaban al ritmo de Bryan Adams:

*«To really love a woman
To understand her
You gotta know her deep inside
Hear every thought
See every dream
And give her wings when she wants to fly

Then when you find yourself lyin' helpless in her arms
You know you really love a woman...»*

Gina, a sus cortos diecisiete años, se dejó enamorar por aquel chico lindo y lo amó con locura. Él la conquistó diciéndole frases lindas al oído —palabras que ella siempre había querido escuchar— mientras oían aquella melodía de fondo. Ella se entregó en cuerpo y alma a ese amor. Dieciocho años después, las cosas habían cambiado demasiado. Esta canción ya no le provocaba nada más que tristeza; una pena infinita por todo lo que había tenido que vivir. Gina sabía que ya nada era igual, pues si en esos años ella había perdido la cabeza por José, ahora estaba perdiendo su corazón.

La única forma de sobrevivir a esta situación era a través de sus sueños y fantasías. Gina debía reconocer que, al menos, el imaginarse con otros hombres había logrado que su relación funcionara mejor en el ámbito sexual.

Aunque ella admiraba a su marido —era un excelente padre con su hija, a pesar de que su relación con el chico era distante—, los engaños, las promesas jamás cumplidas y las infidelidades de José hicieron que de a poco el amor fuera muriendo. Solo quedaba esperar el fin, el cual tardaba mucho en llegar.

La fantasía de Gina tenía rostro y cuerpo. Desde hace meses que la imagen de Fabrizio

Cacciatore rondaba en su cabeza, razón por la cual decidió escribirle en todas sus redes sociales con la esperanza de obtener aunque fuera unas pocas palabras de él. Lo hacía todos los días, sin descanso. Si no le enviaba fotos, eran palabras, frases en distintos idiomas o cualquier cosa que se le ocurriera. Ella utilizó todos sus recursos para que Fabrizio supiera de su existencia.

Ese día, después de dejar todo ordenado y limpio, Gina se dispuso a salir de su casa para ir a su trabajo. Debía apurarse, ya que estaba algo retrasada. Escuchó el sonido de su celular anunciando la llegada de un nuevo mensaje. Vio que había recibido una solicitud de amistad en Facebook de un tal Eros. Ella la aceptó sin darle demasiada importancia, pues no imaginaba el cambio que este hecho traería a su vida.

Capítulo II

«La curiosidad y los gatos».

Decidido a satisfacer su curiosidad, Fabrizio comenzó a hacer ciertas cosas. De partida, gracias a su nueva identidad, pudo jugar a ser crítico sin tener que ocultar su pensamiento y escribir los comentarios sarcásticos que siempre había anhelado hacer. Ya no temía expresar su opinión sobre cualquier tipo de temas. A través de Twitter, cuestionó a la revista que insinuó que su accidente había sido producto de una borrachera:

«@Eros35 @chimagazine *C'è qualche verità a voi? O semplicemente sapere come mentire?»* (¿Hay algo de verdad en ustedes o solo saben mentir?)

«@Eros35 @chimagazine *dove sono i rapporti dall'ospedale?»* (¿Dónde están los reportes del hospital?)

Por lo general, su vida pública era bastante limitada. No podía opinar demasiado, ya que ciertos sectores de los medios de comunicación afirmaban que un actor de teatro y cine como él no debía manifestar su pensar político ni social. A pesar de ello, mostraba de todas formas su postura frente a acontecimientos en su país y en el mundo en las ocasiones que así lo ameritaban. Sin embargo, estas declaraciones eran bastante moderadas, puesto que intentaba actuar lo más políticamente correcto posible. Sus agentes le recomendaban con frecuencia que cuidara su carrera y aprovechara el gran momento que estaba viviendo después de protagonizar «*Tu sei il mio sogno*». Por este motivo, con el dolor de su alma, Fabrizio debía esforzarse por no hacer ni decir nada que lo pudiera perjudicar. No obstante, aquel personaje ficticio era libre para expresar lo que deseara.

Decidió hacerse amigo de aquella mujer misteriosa para así poder descubrir más cosas sobre ella. Comenzó a seguirla en las redes sociales y le envió una solicitud de amistad por Facebook, que ella aceptó poco tiempo después. Su primer acercamiento lo realizó a través del envío de simpáticos mensajes en español y algunos saludos nada profundos. Sin embargo, con el correr de los días, aquellos correos fueron tornándose cada vez más personales. Ninguno sabía a ciencia cierta el porqué de esa cercanía, pero ambos se sentían cómodos expresándose de esa manera. Fabrizio, aunque sabía algo de español, recurría al traductor cuando no lograba comprender bien lo que Gina le escribía.

Eros35_

Hola, Gina. Veo que estás conectada. ¿Cómo te encuentras?

GinaA_

¡Eros! Todo bien por aquí. Estoy tratando de relajarme un poco, viendo por milésima vez a mi amado Fabrizio en «*Tu sei il mio sogno*».

Al leer esto, Fabrizio no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Eros35_

¿De verdad? ¿No te cansas de verla?

GinaA_

Todo lo contrario, adoro esa película. Pienso que Giancarlo es un personaje hermoso. Fabrizio me tiene totalmente loca y enamorada.

Eros35_

¿Tanto así? A mí me encanta su trabajo. De hecho, soy uno de sus admiradores. Sin embargo,

confieso que no me van los hombres por ahora.

Ella rio fuertemente, pues Eros siempre le daba motivos para alegrarse.

GinaA_

Pues a mí los hombres como él me van a la perfección. Si tan solo pudiera estar con alguien como él, aunque sea por una sola vez.

Eros35_

¿Sabías que si deseas algo con tanta pasión y con el corazón puede volverse realidad?

GinaA_

¿De qué película sacaste eso? Un hombre así jamás se fijaría en una mujer como yo. Él es demasiado inalcanzable para mí.

Eros35_

Yo que tú no estarías tan segura.

GinaA_

Voy a seguir viendo mi película, ya que por lo visto has empezado a delirar jajaja... Que descanses amigo. Estaremos en contacto.

Eros35_

Descansa *ragazza*... Disfruta tu película.

Fabrizio estaba cada vez más obsesionado con esta mujer que tantas cosas divertidas le decía. Le fascinaba que Gina fuera tan espontánea, lúdica e irónica. Además, había visto algunas de sus fotos en redes sociales que le llamaron poderosamente la atención, pues Gina poseía un cuerpo armónico: tenía senos prominentes, tal como los que a él secretamente le gustaban; unos ojos verdes de un matiz casi transparente y el cabello ondulado de un rubio natural que lucía muy bien en ella.

Fabrizio logró enterarse de gran parte de su vida. Él sabía sobre su matrimonio, sus hijos, sus sueños y consiguió averiguar alguna que otra fantasía. A pesar de este hecho, necesitaba saber mucho más sobre ella, ya que deseaba conocerla íntimamente.

Las ideas inundaban su cabeza, pero debía pensar muy bien en lo que haría una vez que se recuperara. Analizó cada uno de sus pensamientos y trazó un plan muy estructurado, puesto que debía estudiar muy bien las posibilidades para poder dar cada paso de forma certera. Él haría todo lo posible para conocerla, incluso era capaz de ir a buscarla para saciar las ganas que ella le provocaba, tanto en lo físico como también en otros sentidos.

Gina era una persona con quien se podía hablar de cualquier tema: de cine, de libros o de política. Ella era sincera y no temía decir lo que pensaba. En algunas ocasiones era irónica, mientras que en otras era tierna y dulce. Fabrizio fue capaz de descubrir toda esta información tan solo a través de los mensajes que se habían enviado a diario.

—La curiosidad mató al gato, pero por otro lado, ¡qué importan los gatos! —Fabrizio tenía la costumbre de expresar en voz alta lo que pensaba cada vez que buscaba darle énfasis a sus decisiones. Lo hacía aunque estuviera solo.

Lo único que necesitaba para poner en marcha su plan era que le quitaran el yeso, lo que sucedería en un mes más. En el intertanto, él continuaría con este juego que tanto disfrutaba: expresarse mediante otra identidad. Fabrizio revisaba las redes sociales y manifestaba su opinión sin reprimirse, incluso se daba el lujo de escribir lo que pensaba de las personas que le resultaban desagradables. No obstante, se había impuesto una regla: no hablaría de sus antiguas parejas,

pues se consideraba a sí mismo un caballero. Él jamás podría expresarse mal contra una mujer, a pesar de que algunas sí lo merecían. Sin embargo, en aquel momento, él no deseaba detenerse en esos molestos pensamientos, ya que solo quería divertirse.

Por fin, después de varias semanas de reposo, Fabrizio se despedía de su yeso. Su familia había estado muy pendiente de él durante el periodo que había necesitado usarlo; tanto su hermano como su madre habían ido a visitarlo con frecuencia. De hecho, ya no era sorpresa para Fabrizio el despertar y encontrar a su madre preparando un café en la cocina para compartirlo con él mientras conversaban.

La mujer lo conocía bien, no había dudas de aquello. Ella era la única persona que podía entrar en el mundo más secreto de Fabrizio, ese que mantenía oculto de los demás. En ese lugar, él no era el famoso actor rompecorazones, sino un chico un tanto callado que había decidido estudiar actuación para superar su timidez. Ella todavía podía verlo a los ojos y apreciar su verdadero ser. Era la única mujer capaz de bajarle los humos de la cabeza tan solo alzando su voz.

«Tú eres mi hijo. Aquí no eres un actor famoso, así que compórtate Fabrizio». María Ramanciotti conseguía ponerlo en su lugar de inmediato, silenciándolo con pocas palabras.

Ella intuía que algo le ocurría a su hijo, dado que observaba un brillo especial en sus ojos. No obstante, esperaría con prudencia hasta que él decidiera contarle lo que le sucedía. Fabrizio sabía que podía confiar en ella.

—Te veo contento, hijo. ¡Quién lo diría! Después de tanto tiempo encerrado en este lugar, pensé que tu humor no sería el mejor. —Su madre trataba de hacerlo hablar.

—Mamá, no pasa nada —dijo antes de estamparle un sonoro beso en la cara, igual como los que le daba cuando era pequeño—. Me siento así porque he podido descansar mucho, y eso me ha hecho bastante bien.

Él la miró a los ojos tratando de disimular para evitar más preguntas, ya que aún no estaba preparado para revelarle a su madre aquellas cosas que ni él mismo conseguía entender. ¿Quién podría interpretar de forma acertada lo que le pasaba? No tenía explicación para lo que sentía cuando leía algún comentario o alguna publicación de ella. Le encantaba el deseo que despertaba en ella, pero también le conmovía la ternura de aquella mujer. Fabrizio no era capaz de verbalizar sus sentimientos. Se sentía incapacitado para explicarlos porque ni él mismo tenía claridad sobre lo que le sucedía.

Las conversaciones entre Gina y Eros habían tomado un carácter cada vez más íntimo. A través de ellas, Fabrizio pudo descubrir a una mujer que no lo estaba pasando muy bien en su vida, lo cual hizo que él se planteara el desafío de hacerla sonreír, aunque fuera por un momento. Él no sabía el motivo, pero Gina lo tenía maravillado y deseoso por conocerla aún más.

Eros35_

¿Cómo estas hoy?

GinaA_

¡Hola! No es uno de mis mejores días.

Eros35_

¿Se puede saber por qué?

GinaA_

Por todo: mi casa es un caos, mi vida es un cuento de terror, no soporto la rutina, estoy hastiada y aburrida. Si no fuera por mis hijos, ya no estaría aquí.

Eros35_

Lo único que puedo decirte es que si quieres un cambio, depende de ti.

GinaA_

¿Y crees que no lo pienso? Pero por el momento no tengo las fuerzas para cambiar nada. No me perdonaría que mis hijos crezcan sin una familia. Mi esposo puede haber cometido miles de errores, pero es un buen padre y ellos lo adoran.

Eros35_

Tus hijos están bastante grandes y en cualquier momento dejarán el nido para hacer su vida. Ya es hora de que empieces a pensar en ti.

GinaA_

Ojalá fuera así de fácil.

Eros35_

Me encantaría estar cerca de ti en este momento para abrazarte y decirte que todo va a estar bien. Quisiera sacarte una sonrisa... Por cierto, te ves hermosa cuando sonríes.

GinaA_

¿Cómo lo sabes?

Eros35_

¿Saber qué?

GinaA_

Que mi sonrisa es hermosa.

Eros35_

Ah, eso... He visto algunas de tus fotos. Eres muy bella, Gina. Cualquier hombre cuerdo estaría feliz de tener una mujer como tú a su lado... Por cierto, ¿cómo prefieres que te llame? ¿Por tu nombre o tienes algún apodo?

GinaA_

Gracias por tus palabras. Lograste tu objetivo, estoy sonriéndole a la pantalla como una tonta. Puedes llamarme por mi nombre. En general, todos me dicen Gina, excepto mi abuela. ¿Sabes?

Es bueno tener otra identidad a veces.

El actor sonrió. Si ella tan solo supiera lo de tener otra identidad...

Eros35_

Me alegra saber eso. Sabes que cuentas conmigo para lo que sea.

GinaA_

Sí, lo sé. ¡Gracias! Aunque me siento en desventaja contigo, porque no conozco nada de ti.

Ni siquiera tengo una imagen tuya. ¿Cuándo voy a saber quién está detrás de Eros?

Eros35_

Todo a su tiempo, *bellezza*... Todo a su tiempo.

GinaA_

Entonces, cuéntame algo de ti.

Eros35_

Soy italiano y vivo en Roma. Tengo un hermano y una hermana. Me gusta la música en inglés y en italiano. No sería un verdadero patriota si no fuera así. Mis cantantes favoritos son Robbie Williams, Il Divo, Alessio Arena y Dolcenera. Me encanta el fútbol, de hecho, soy del A. S. Roma. Voy al gimnasio todos los días y... No sé qué más decirte.

GinaA_

Eso está bien, por ahora. Quiero saber quién eres Eros.

Eros35_

Como dije, todo a su tiempo, *bellezza*... Todo a su tiempo.

Miles de pensamientos quedaban rondando en la cabeza de Fabrizio después de cada

conversación con ella: ¿quién eres Gina? ¿Por qué me tienes así? Ante sus constantes preguntas, era incapaz de encontrar respuestas. Lo único que tenía claro era que aquella obsesión no le dejaría en paz hasta que pudiera saciarse de ella; hasta que todas esas fantasías que ella le confesaba fueran consumadas.

Debería haber empezado por decirle quién era en realidad, pero temía que ella no le creyera. ¡¿Quién creería una locura así?! Porque era una verdadera locura: viajaría miles de kilómetros para encontrarse con una mujer que ni siquiera conocía su identidad real. Ella pensaba que él era otra persona, pero Eros era el nombre de su otra personalidad, el de las redes sociales.

Fabrizio bromeaba a menudo con Gina, y ambos se provocaban enviándose mensajes algo subidos de tono. Mientras que ella le decía que su nombre se debía al cantante Eros Ramazzotti, él insistía en que estaba equivocada, pues éste, en realidad, hacía referencia al dios del sexo. Cada vez que él le contestaba aquello, Gina le pedía que comprobara la veracidad de sus palabras. Fabrizio, por su parte, le aseguraba que algún día la tendría frente a él para demostrarle que el dios del sexo habitaba en su ser.

Todos los días, el actor esperaba el momento para hablar con ella. Su día mejoraba en cuanto se ponía en contacto con esa maravillosa argentina.

—¡Conéctate ya, mujer! Hace rato que te espero. —Fabrizio miraba la pantalla de su iPad a cada momento con la esperanza de ver a Gina en línea, pero la luz de la aplicación de mensajería instantánea seguía sin encenderse—. ¡Maldita sea! No puedo depender así de una mujer. Si Luca me viera, se reiría de mí hasta el cansancio y lo haría con razón. Ni yo me creo lo loco que estoy. ¡Hasta me encuentro hablando solo! Aunque eso lo hago siempre y, además, no es de locos, ¿o sí?

Mientras él divagaba acerca de su salud mental, Gina se conectó al chat.

Ella no había podido hacerlo antes, dado que su vida no era muy apacible. Entre los quehaceres de su hogar, sus hijos y los días en los que debía ir a trabajar en la empresa de Fátima, no le quedaba demasiado tiempo libre. Para ella, era imposible estar conectada 24/7. Sin embargo, los momentos que se tomaba para sí misma los destinaba por completo a su Eros particular; a aquel hombre que le hacía reír con sus extrañas palabras —mezcla de italiano y español—, expresándole cosas que, a veces, no le resultaban coherentes o comprensibles.

Lo primero que él hacía al iniciar un diálogo con ella era preguntarle por su día. Luego, leía con atención lo que Gina le contaba. Esa era parte de su rutina para poder identificar su estado de ánimo. Cada vez que él percibía tristeza en sus mensajes, se esmeraba en hacerla reír contándole cualquier bobería. A él, que era una celebridad a la que todo el mundo amaba, le hacía feliz alegrarle el día a una mujer.

En aquel momento, Fabrizio se desconocía totalmente, pues pudo aprovechar su tiempo para analizar con calma el sentido de la vida. Se encontraba encerrado usando un yeso que lo tenía casi inmovilizado. No obstante, a pesar de todo, sentía que estaba pasando por uno de los mejores momentos de su vida.

GinaA_

Hola, Eros. ¿Estás por ahí?

Fabrizio, de forma infantil, se tardaba en responderle para hacerle sentir la misma ansiedad que él había experimentado. Luego de un minuto, no resistió más y le contestó.

Eros35_

Hola, *belleza*. Aquí estoy... ¿Está todo bien? ¿Para qué soy bueno?

GinaA_

Quiero creer que eres bueno para muchas cosas...

Eros35_

¿Vamos a empezar tan pronto con las insinuaciones?

GinaA_

No sé qué es lo que pasa por esa cabeza tuya, pero hasta donde soy consciente, no he dicho nada insinuante.

Eros35_

Está bien, si tú lo dices... ¿Cómo ha ido tu día?

GinaA_

Chateando con un (espero) hermoso italiano que me alegra el día.

Eros35_

¡Qué bien por ti! Y te aseguro que no te equivocas con lo de hermoso.

GinaA_

¡Por favor, no tienes por qué ser tan modesto!

Eros35_

Jajajjjajajaj...

GinaA_

Pero si es así, me gustaría poder verte de una vez por todas.

Eros35_

Mmm... No estoy muy seguro, déjame pensarlo.

GinaA_

No tienes nada que pensar. ¡Hagámoslo! Enciende tu cámara.

Eros35_

Estoy desnudo.

Gina no podía creer que Eros estuviera desnudo en realidad. A pesar de que aquel hombre misterioso llamaba mucho su atención, dudaba un poco de sus palabras. Ella no era una chica inocente a quien cualquiera pudiera engañar.

GinaA_

Mejor aún, muéstrate así como estás. Quiero verte.

Eros35_

Entonces, debes desnudarte tú también para que estemos en igualdad de condiciones.

GinaA_

No puedo, porque estoy en un lugar público.

Ella mintió. Lo cierto era que todavía se encontraba en su casa y llevaba puesto su pijama rosa favorito. No se sentía segura de su cuerpo, menos para mostrárselo a un perfecto desconocido.

Eros35_

Eso no es cierto, el GPS indica que estás en tu casa. Recuerda que me dijiste dónde vivías. Anda, desnúdate para mí.

GinaA_

Ni lo sueñes. Para eso tendrás que venir y desnudarme tú.

Con esas palabras, ella trató de alargar el momento. Sabía que era muy poco probable que pudieran llegar a conocerse, así que no le preocupaba provocarlo.

Eros35_

¿Es un desafío? Porque me encantan y, tratándose de ti, no sé resistirme.

GinaA_

Te espero cuando quieras. Como tú bien señalaste, ya tienes mi dirección.

Eros35_

Primero, debes saber quién soy en realidad, aunque primero tengo que vestirme. Prefiero guardar el privilegio de que me desnudes cuando estemos frente a frente los dos... y solos.

GinaA_

¿Es una promesa?

En cuanto Gina hizo aquella pregunta, su corazón se aceleró por la incertidumbre de verlo. Finalmente confirmaría si era tan hermoso como se lo imaginaba.

Eros35_

Es una promesa.

Gina se encontraba ansiosa por conocer su rostro. La verdad es que Eros se había convertido en una refrescante sorpresa en su vida. Cuando aceptó su solicitud de amistad, lo hizo de forma inconsciente. Nunca creyó que a partir de este simple suceso pudiera surgir una amistad entre dos desconocidos. No obstante, desde el primer día que conversaron, no habían parado de escribirse a diario. Poco a poco, él se estaba convirtiendo en una necesidad. Él era el único que, con sus chistes y su compañía, la hacía olvidarse de los problemas, aunque fuera a distancia.

Antes de Eros, solo Fabrizio Cacciatore reinaba en sus fantasías, pero en este último tiempo, soñaba tanto con uno como con el otro.

Fabrizio se puso de prisa una bata encima, aunque nunca estuvo completamente desnudo, ya que llevaba su ropa interior puesta. Solo había mencionado aquello para incitarla y, al final, el que salió más perjudicado con esa provocación fue él.

«Fabrizio, confórmate con otra ducha de agua fría», pensó.

GinaA_

Eros, ¿aún estás ahí o te arrepentiste?

Eros35_

Acá estoy, pero Gina...

GinaA_

¿Sí? Oye, ¿tan feo eres?

Eros35_

Quiero que sepas que no quise ocultarte nada.

GinaA_

Okey.

Eros35_

Tan solo no sabía cómo mostrarme ante ti.

Después de revelarle lo que sentía, encendió la cámara para mostrarle a ella quién era en realidad.

Gina casi se desmayó al ver la imagen en la pantalla de su notebook. Pasó sus manos por sus ojos, frotándoselos con fuerza y, cuando los volvió a abrir, el rostro del hombre de sus fantasías seguía allí.

Capítulo III

«Yo te esperaba».

—¡Creo que he enloquecido! —exclamó ella sorprendida ante aquella revelación.

—No, no estás loca ni estás alucinando. Realmente soy yo —comentó con voz nerviosa. En realidad, no sabía qué actitud tomar. Se sentía desconcertado y ansioso por una respuesta.

—Pero... —musitó Gina. Por más que intentaba decir algo coherente, ella solo conseguía abrir y cerrar la boca sin saber qué expresar.

—No quiero tener más secretos contigo. Durante todo este tiempo, tú has sido sincera conmigo y no merecías que te siguiera ocultando mi identidad. Lo siento.

—¡Oh, Dios mío! ¡No lo puedo creer! Eres... Eres tú. —Esas fueron las únicas palabras que pudo hilar.

Agradecía haber estado sentada. Los nervios que tenía en ese momento la dejaron en un completo estado de shock que la hacía sentir incapacitada para realizar cualquier mínimo movimiento.

Puesto que la cámara seguía activa, Fabrizio aprovechó de fijar su atención en sus preciosos ojos. Luego, se tomó su tiempo para contemplar cada detalle de su rostro. De pronto, Gina sintió una puñalada en el pecho. Ella malinterpretó su forma de mirarla, pensando que Fabrizio la estaba rechazando cuando él solo le sonreía.

—Quiero deleitarme en tus ojos —dijo él—. Déjame mirarte un poco más.

—Me pones nerviosa. —Gina movía sus manos de un lado a otro, sin saber qué hacer ni mucho menos qué decir.

—No hay necesidad de que te sientas así... todavía —agregó Fabrizio, conteniendo en esa última palabra una promesa.

—No sé qué decirte. Creo que estoy viendo visiones, ¿en serio eres tú? Siento que estoy soñando.

—No, *bellezza*, no estás alucinando. Aunque te cueste creerlo, te aseguro que soy yo, tu Fabrizio. —La mirada de aquellos profundos ojos grises la llenaba de frenesí—. Dime algo, por favor. No sabes las ganas que tenía de que supieras quién soy. Me moría por decírtelo.

—Fabrizio Cacciatore, ¡eres un hijo de...! ¡Eres un embustero de lo peor!

Gina estaba tan alterada que golpeó la mesa, provocando que el vaso que estaba encima se cayera, causando un gran estropicio.

—¿Estás bien? —preguntó el italiano en su español un tanto tosco.

Escribir en español era mucho más cómodo para él, porque podía usar un traductor en línea, pero hablarlo era distinto, pues las palabras no le salían con tanta facilidad.

«¡Necesito con urgencia un curso de español!», pensó Fabrizio.

—¡Esto es un desastre! —Gina estaba al borde de un ataque de histeria. Se puso de pie para tratar de arreglar el desorden que quedó en la mesa, olvidando que Fabrizio continuaba observándola a través de la cámara web.

Ella seguía en pijama, su atuendo favorito cuando estaba en casa. Aquél había sido el único obsequio de su agrado que le había dado José. Finalmente su marido había acertado, ya que él solía regalarle cosas que ella jamás usaría, como perfumes con aromas florales que le resultaban desagradables. Ella prefería los olores cítricos, pero José nunca ponía atención a aquellos

detalles.

Pasaron más de diez minutos y Gina seguía limpiando. Fabrizio no despegaba sus ojos de ella. Él observaba con atención cada una de las características que hacía que esa mujer fuera tan especial. Notó cómo hablaba sola, creyendo que nadie la escuchaba. Al parecer, ella había olvidado que él seguía allí. También se fijó en el movimiento de sus caderas al caminar y en el lunar que tenía en la nuca, el que pudo apreciar cuando Gina estaba de espaldas a la cámara recogiendo en un moño alto su rubia melena. Fabrizio quedó impactado con ese descubrimiento. Antes de que Gina se diera cuenta, desconectó su cámara y le envió un mensaje: «Espero que me perdones pronto para que así yo pueda verte de nuevo. Te ves linda cuando estás enojada y, antes que olvide mencionártelo, tu lunar es lo más sexy que jamás he visto».

Cuando Gina terminó de ordenar el desastre de la mesa, vio la pantalla del computador y recordó que no había cortado la videollamada, lo que implicaba que Fabrizio la había visto gritar y actuar como una loca.

«Tal vez nunca más me hable. ¡Pero cómo se le ocurre hacer algo así! No puedo creer que sea él», pensó. Cuando regresó al computador, descubrió que tenía un mensaje y lo leyó. Esto hizo que esbozara una sonrisa sin saber la razón.

Gina tenía muchas dudas. No estaba segura de si lo que había experimentado había sido real, y la verdad era que no quería saberlo. Si había sido un sueño, lo mejor sería dejarlo de esa forma. De este modo, nada ni nadie podría perturbarlo.

Fabrizio sería su secreto y su fantasía. Nadie sabría sobre él. Aunque, pensándolo bien, eso solo sería posible si su amiga Fátima no se daba cuenta. Esa chilena a la que Gina tanto quería parecía leerla como si fuera un libro abierto. Jamás había podido ocultarle ninguna de sus emociones. Ella era una bruja —como Gina solía llamarla cariñosamente— pues era muy perceptiva. No obstante, Fátima siempre se defendía. Ella consideraba que Gina era demasiado transparente.

Fátima Undurraga era oriunda de Santiago de Chile. Sin embargo, llevaba quince años viviendo en Argentina, lugar donde se casó con un compañero de trabajo de José y, pocos años después, se divorció.

Ellas se conocieron en una actividad familiar organizada por el jefe de José. Se hicieron amigas —casi hermanas— de inmediato.

Fátima nunca quiso tener hijos. Ella era una mujer independiente, decidida y exitosa, dueña de su propio negocio de bienes raíces, decoración y paisajismo.

Gina trabajaba algunos días de la semana para obtener un ingreso extra. Sin embargo, a medida que sus hijos fueron creciendo, las cosas comenzaron a complicarse en su casa, ya que cada vez tenían mayores necesidades.

Gina dejó de estudiar después de casarse, así que el trabajo que Fátima le daba era de gran ayuda. Además de proporcionarle una mayor estabilidad económica, esto le permitía salir del encierro de su casa. Lo único que la retenía en ese lugar eran sus hijos.

Su matrimonio estaba en agonía... Una vez más.

Fabrizio se desconectó de internet y emprendió rumbo hacia la casa de sus padres. En Argentina eran poco más de las nueve de la mañana, mientras que en Italia ya era la una de la tarde. Aún le costaba desplazarse un poco debido a las secuelas de su accidente. De hecho, como todavía no podía manejar, tuvo que llamar a un taxi.

Su madre tenía el hábito de almorzar en casa y, generalmente, Giannina —la mejor amiga de Fabrizio— estaba con ella. Luca acostumbraba a pasar a visitarlos de vez en cuando. Ese día en

particular, ya estaban todos listos para el almuerzo en la casa familiar cuando él llegó. La empleada del hogar, Felicia, a quien conocía de toda la vida, salió a recibirlo con un abrazo.

—¡Llegó el niño! —exclamó feliz de ver a su adorado Fabrizio—. ¿Por qué no habías venido antes a verme? ¿Acaso tienes a otra mujer más importante que yo en tu vida?

Felicia le agarraba las mejillas igual como lo hacía cuando Luca y él eran pequeños.

—Eres y siempre serás la mujer de mi vida, Felicia —contestó, dándole un sonoro beso en la cara igual como lo hacía con su madre—. ¿Ya están todos?

Entrelazó su brazo con el de su *nana*^[2] antes de caminar hacia el interior de la casa.

—Sí, mi niño. Pasa al comedor, enseguida se servirá el almuerzo.

Al entrar, se encontró con casi toda su familia, solo faltaban su cuñada y sus sobrinos para que el grupo estuviera completo. Fabrizio pudo escuchar sus voces desde la entrada del comedor, pues sus parientes eran bastante ruidosos. Aunque sus conversaciones solían ser casi a gritos, su madre no aceptaba peleas en la mesa.

La comida transcurrió entre bromas y conversaciones amenas y distendidas. La familia Cacciatore era muy unida, y Giannina —o Gia, como todos solían llamarla— era una hija más en ese hogar, al punto de tener su propia habitación.

Gia y Fabrizio se adoraban. Se habían conocido en un momento difícil de su juventud y, si bien ellos nunca tuvieron un romance, en bastantes ocasiones fingieron que sí lo tenían. Él lo hacía para ayudar a su amiga y, a su vez, ella hacía lo mismo por él cuando alguna chica lo acosaba o se ponía demasiado intensa. Giannina representaba a la perfección el papel de novia celosa.

«Si me gustaran los chicos, tú serías mi perdición, ya que siempre haces sufrir a las mujeres». Cada vez que Giannina fingía ser su novia le repetía le repetía lo mismo. Sin embargo, a Fabrizio esas palabras ya no le parecían graciosas.

Después de pasar una tarde muy agradable, Fabrizio volvió a su hogar. La ansiedad de saber sobre Gina lo estaba consumiendo, así que se conectó con la esperanza de tener una respuesta suya.

«Veamos si me dices algo», pensó en voz alta.

Ya era de madrugada en Italia y Fabrizio aún seguía esperando. Al no encontrar ningún mensaje nuevo, se decidió a escribirle.

FabrizioC_

Hola, Gina. ¿Estás ahí?

Un rato después, volvió a insistir.

FabrizioC_

Sé que las cosas no se dieron de la mejor forma esta mañana. Tal vez debí haberlo manejado mejor. Quizás no lo merezco, pero necesito que hablemos, por favor.

Los minutos pasaban, sin embargo, él no recibía señales de Gina. Continuó esperando, dispuesto a mandarle mensajes a cada segundo si era necesario hasta que ella le respondiera.

FabrizioC_

Stellina mia, sé que estás conectada. Respóndeme o me volveré más loco de lo que ya estoy.

Gina se encontraba sola en su casa, ya que José se había marchado donde sus padres junto con los chicos. Los suegros de Gina no la soportaban, aunque podría decirse que el sentimiento era mutuo. Tras todos los años de matrimonio que llevaban, Gina logró evitar que la obligaran a soportar a personas que no la querían. Lo único que le brindaba consuelo era que, a pesar de todo, eran unos excelentes abuelos, pero a ella jamás consiguieron aceptarla como esposa de su hijo.

Solo por esta razón le contestó a Fabrizio a esas horas. En otras circunstancias, no lo hubiese hecho. Nunca dejaría que alguien de su familia supiera su secreto.

Tomó su computador —un notebook usado que le regalo Fátima—, abrió la aplicación de mensajería instantánea y leyó todos los mensajes que le había escrito el italiano. Gina dudaba si debía contestar o no, pero sus ganas de saber más sobre él fueron más fuertes.

GinaA_

Aquí estoy, Eros. Perdón, quiero decir Fabrizio.

FabrizioC_

¡Al fin! Pensé que no me responderías.

GinaA_

Admito que dudé en hacerlo, pero aquí me tienes. ¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme? Aparte de que te burlaste de mí durante todo este tiempo.

FabrizioC_

Estás tan equivocada. Lo que menos hice fue burlarme de ti. Tus mensajes despertaron mi curiosidad y sentí la necesidad de conocerte, pero no me atreví a hacerlo como Fabrizio porque tenía miedo de que no me creyeras.

GinaA_

¿Y por eso creaste este personaje al cual le conté casi todo de mí? ¡Pero si incluso coqueteé con él, por Dios! Me siento estafada, Fabrizio.

FabrizioC_

Lo siento. De verdad, agradezco tu confianza. Y, por otro lado, el coqueteo era lo que más disfrutaba de nuestras conversaciones.

GinaA_

Claro, coquetear con una mujer mayor, ¡y encima casada! ¡Qué divertido!

FabrizioC_

Espera un momento. ¿Qué quieres decir con eso de mayor? Hasta donde sé, ambos tenemos casi la misma edad.

GinaA_

¿Vas a seguir engañándome? Dudo que tengas más de treinta.

FabrizioC_

Pues, aunque no lo parezca, cumplo treinta y cuatro en noviembre.

GinaA_

¡Eso es imposible! ¿O es que acaso tienes pacto con el diablo para mantenerte así?

FabrizioC_

Veo que tu sentido del humor ha regresado. Y no, ni tengo pacto con el diablo, ni bebo mi propia sangre, ni hago nada de esas cosas raras que hacen hoy en día los actores para cuidarse. Simplemente intento llevar una vida saludable; me alimento bien y hago mucho ejercicio. Además, la genética me acompaña. Deberías ver a mi madre.

Gina se sentía sorprendida. Ella consideraba que Fabrizio era un jovencito muy guapo, con ese cabello castaño, sus ojos grises y esos tatuajes de estrellas —las tres estrellas de la suerte, como las llamaba él— que adornaban el lado izquierdo de su cuerpo, entre las costillas y la cadera. De solo pensar en aquellos dibujos le daba calor.

GinaA_

¿De verdad tienes treinta y tres años? ¡Porque me siento como si fuera tu madre! En la película, Giancarlo tenía veintisiete años y los aparentaba. Se me hace imposible creerte. Ella aún dudaba, pues Fabrizio ni en sueños lucía de la edad que decía tener, ya que se veía

mucho más joven.

FabrizioC_

¡Pero qué cosas dices! Te ves hermosa para la edad que tienes. ¡Si hasta pareces la hermana de Azul!

A Gina ya no le asombraba que Fabrizio mencionara a los chicos, dado que ellos eran uno de los temas principales de sus interminables charlas. Para ella, sus hijos siempre serían su prioridad. Fabrizio lo sabía y lo entendía. Por esta razón, él solía hacerlos parte de sus conversaciones.

GinaA_

Eso lo dices porque estás esperando que te perdone.

Ella volvía a sentirse igual que cuando hablaba con Eros. Gina adoraba esa complicidad innegable que existía entre ambos, aquel coqueteo que era tan entretenido para ella y para él, en el caso de que él estuviera siendo honesto en ese sentido.

FabrizioC_

¿Lo estoy logrando?

GinaA_

Mmmm... Vas por buen camino.

Ella tecleaba en su computador mientras sonreía.

FabrizioC_

¡Gracias a Dios! Ya estaba por sacar la artillería pesada.

GinaA_

¿En serio? ¿Qué estás planeando ahora?

FabrizioC_

Te iba a hacer un striptease por la cámara web.

GinaA_

Mmm... Pensándolo bien, aún no te perdono. Así que puedes empezar a quitarte la ropa cuando quieras.

FabrizioC_

Mejor te lo hago personalmente.

GinaA_

Sí, claro. ¿Cuándo el infierno se congele?

FabrizioC_

Te ríes de mí, pero todavía no sabes de lo que soy capaz.

Al despedirse, Gina le envió un último mensaje a Fabrizio con una clara referencia al que él le había escrito en la mañana. Lo que él leyó le sorprendió. Gina, en su papel más provocativo —tal como había actuado con Eros—, le hizo saber:

GinaA_

Y eso, que no has visto los otros lunares que tengo, Fabrizio.

Él miró la pantalla de su iPad y soltó una carcajada.

—Volviste a mí, Gina. Me has aceptado por quién soy. Ya no como Eros, sino como Fabrizio.

A medida que los días pasaban, la comunicación entre Fabrizio y Gina se volvía cada vez más divertida, íntima y sincera. Cuando las condiciones eran las propicias, utilizaban la videollamada, aunque la mayoría del tiempo solo se escribían. A pesar de las circunstancias, su relación alcanzaba cada día un grado mayor de complicidad. Esto le permitió a Fabrizio saber muchas cosas más acerca de Gina: conocía más de su familia, su vida con su marido de papel —como

ella solía llamarle— y sus hijos. Por ejemplo, sabía que Azul quería ser actriz y que Alejo esperaba poder ingresar a la academia militar, hecho que a ella le preocupaba, ya que su temor de madre no dejaba de atormentarla.

Fabrizio le contó lo que su familia había opinado cuando decidió ser actor. Temía no recibir el apoyo que esperaba, pues la mayoría de sus parientes se desempeñaba en la arquitectura. Sin embargo, fue su madre quien le dio alas para que él fuera feliz.

Gina había aprendido a conocerlo y a desearlo en silencio —incluso más que antes, si es que eso era posible—, pero también a sentirlo como su apoyo, su confidente. Fabrizio era como un elixir para sus problemas y, a veces, su consejero.

Conocía algunas pocas cosas de Fabrizio. Sabía que él era un tipo más bien solitario y que no tenía muchos amigos. Estaba al corriente de su amistad con Giannina y de su relación con los medios de comunicación en Italia, quienes lo habían catalogado como un rompecorazones. También estaba al tanto de las secuelas que Fabrizio padecía tras su accidente en moto, las que estaban durando más de lo que él esperaba, lo que le hacía sentir bastante frustrado.

Además, él le reveló que amaba el teatro más que a ninguna otra clase de actuación y que anhelaba profundamente interpretar el papel protagónico en la adaptación de la obra de teatro «*The Blue Room*» que, en su versión original, fue protagonizada por Nicole Kidman en el momento cúspide de su carrera. Fabrizio se moría por hacer esa obra, la cual comenzaría a ser producida el próximo año en Londres. No obstante, los productores decían que su apariencia no calzaba con el papel. En todo caso, a él le daba pudor desnudarse en el escenario.

—Eso sí que no lo puedo creer. —Gina miraba a la cámara de su notebook mientras negaba con la cabeza cada vez que él hablaba de eso.

—Contigo en frente, no tendría problemas en desnudarme o en que tú me desnudes, pero en el teatro es distinto. —Fabrizio la miraba con ojos pecaminosos mientras le hablaba, causando que sus mejillas se ruborizaran.

—No digas eso, sabes que no es posible.

Fabrizio ya tenía todo planeado. Sabía lo que seguía, pero no quería decir nada que le permitiera a la argentina anticiparse a sus planes.

—Alguna vez será. Aunque solo fuera por una noche, ésta sería nuestra —aseguró con un destello de sensualidad en la voz y en la mirada que sugería muchas promesas.

Gina, a pesar de sus dudas y sus miedos, miró a su maravilloso italiano a los ojos y quiso creer en cada uno de sus juramentos.

Después de casi un mes y medio hablando a diario, su amistad se volvió fuerte.

Ella no había vuelto a trabajar con Fátima, ya que esta última se había tenido que marchar a Chile debido al delicado estado de salud de su madre. Como consecuencia, su amiga tuvo que cancelar todos sus compromisos relacionados con el negocio.

En un tiempo más, su amiga regresaría, y ella tendría que volver al trabajo, mientras que Fabrizio retomaría su vida normal en cuanto superara las secuelas del accidente. Por ahora, ambos aprovechaban cada segundo libre para conectarse sin pensar en el mañana ni en las posibles consecuencias de lo que hacían. Nunca se detuvieron a pensar en el torbellino que significaba para ellos el no saber qué hacer con aquello que estaban sintiendo el uno por el otro.

Capítulo IV

«Fantasía o realidad».

Ellos habían cumplido dos meses escribiéndose a diario de forma casi ininterrumpida. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado, ya que Gina llevaba tres días sin recibir noticias de Fabrizio y ya comenzaba a sentirse desesperada. «Es probable que se haya dado cuenta de que esto se nos estaba yendo de las manos y quiso tomar distancia», caviló Gina.

Aquella mañana alistaba sus cosas para pasar el día con su abuela, a quien no veía desde hace bastante tiempo. Gina necesitaba juntarse con ella, pues su vida familiar era caótica y, además, Fabrizio había aparecido en ella. Por eso decidió visitar a la única persona de su familia por quien sentía verdadero afecto.

Durante el recorrido hacia la casa de su abuela, Gina tenía la extraña y constante sensación de que alguien la seguía, pero cada vez que miraba a su alrededor no veía nada raro, así que continuaba con su camino intentando alejar aquella preocupación de su mente.

El día que compartió con su abuela fue muy agradable. Gina pasaba tiempo con ella cada vez que podía, pues la consideraba como una madre. Ella fue quien se encargó de cuidarla desde que era muy pequeña, dándole el amor y el tiempo que su propia progenitora le había negado. Por este motivo, Gina sentía un amor infinito por aquella mujer y le brindaba todo su cariño de manera incondicional.

Ellas tenían la confianza suficiente como para hablar de cualquier tema. Su abuela era, sin duda alguna, una excelente confidente. Siempre la escuchaba sin emitir críticas ni reparos, solo le decía: «hija, haga lo que haga, tenga cuidado».

La mujer sabía que la relación entre su nieta y José se encontraba en un punto crítico. Estaba al tanto de todo lo que Gina había sufrido por las constantes ausencias, los errores y el desamor de su marido. También fue testigo de cómo su nieta había conseguido reconstruirse. La joven había comprendido que la situación con su pareja no mejoraría y había decidido que ya no sería aquella mujer que lloraba desolada por los rincones. Ahora Gina era más fuerte. Ella asumía con alegría lo que la vida le daba, pues esperaba poder cambiar sus circunstancias algún día.

Gina se debatía entre dos opciones: quedarse con su abuela o volver a su hogar. Optó por la segunda al darse cuenta que no traía consigo su celular, ya que no quería que José o los chicos la llamaran y no pudieran ubicarla. Sabía que su marido no la extrañaría mucho, pero su ausencia podría preocupar a sus hijos.

Le dijo adiós su abuela y le prometió volver pronto a visitarla. Esperaba poder cumplir con ese compromiso. Al salir, se despidió nuevamente con una seña. Se abrazó a sí misma al notar el frío que hacía, así que quiso volver a entrar a la casa para conseguir un abrigo. En ese momento, sintió que alguien la tomaba fuertemente por la cintura y tapaba su cara con un trapo que despedía un fuerte olor. En pocos segundos, la oscuridad se apoderó de ella y de sus sentidos, los cuales la abandonaban poco a poco.

Despertó después de uno de esos recurrentes sueños que la dejaban colmada de lujuria. Siempre le ocurría lo mismo cuando aquel hombre invadía sus pensamientos. Por supuesto, el protagonista de aquellas calurosas fantasías no era su marido. Era aquel sensual actor italiano que desde hace un tiempo la tenía más alborotada que de costumbre.

En su sueño, ambos eran poseídos por una pasión arrebatadora que no sabía del tiempo ni el espacio. Les bastaba solo una mirada para desearse con locura. Gina llevaba mucho tiempo sin sentirse así.

Cuando pudo recobrar la conciencia, se sentía mareada y desorientada, lo cual le pareció extraño. Abrió los ojos y fue incapaz de reconocer el cuarto en el que se encontraba. Aquella no era su habitación, pues no estaban las cortinas que se recordaba a diario que debía cambiar. Además, su cama no era como aquella que José y ella habían comprado algunos años atrás, la cual ya estaba viviendo sus últimos días de utilidad. Miró hacia el techo y se sorprendió al verse reflejada en un gran espejo.

—¿Dónde mierda estoy? —preguntó extrañada—. A lo mejor sigo soñando. Sí, eso debe ser.

—Esto no es un sueño —aseveró una voz que ella reconoció enseguida—. Estás aquí, conmigo.

—Pe... pe... pero... —balbuceó. Fabrizio, aquel italiano de lindos ojos grises y un cuerpo increíble, estaba realmente ahí, frente a ella. Su camisa abierta dejaba ver las tres estrellas tatuadas que adornaban su anatomía—. Supongo que finalmente me he vuelto loca —expresó a viva voz sin poder creer que se encontrara en un hotel con el hombre que tanto había anhelado estos últimos meses.

Él la miró con una mezcla de diversión y temor. Frente a él tenía a la mujer que le provocaba aquellas sensaciones que aún no conseguía describir.

—Siéntate, Gina. Tenemos que hablar.

Lo vio despeinado, vestido con una camisa azul a cuadros y unos pantalones vaqueros que dejaban ver su ropa interior negra. Sus ojos brillaban por el deseo. De pronto, Gina se sintió un tanto cohibida y ardiente, muy ardiente. Miro en su propio cuerpo las evidencias que demostraban que había traído dos hijos al mundo. Lo único que agradecía era el tamaño de sus senos, ya que había pasado a copa D sin esfuerzos ni cirugía. Lo demás, según ella, era todo un desastre.

—Necesito asegurarme de que, en realidad, eres tú. Acércate, llevo demasiado tiempo soñando con este momento.

Ella ni siquiera comprendía su comportamiento. Actuaba como una mujer fatal, una bomba sexual. Ese hombre despertaba toda la sensualidad que ella poseía, aquella que creía haber perdido como consecuencia del desencanto en el que se había sumido su vida a lo largo de los años.

Fabrizio se acercó con lentitud, casi como si estuviera contando sus pasos. Si su intención era torturarla, pues lo estaba logrando. Sin embargo, él disfrutaba del espectáculo. Le parecía fascinante contemplar a aquella mujer actuando desorientada y desconcertada en su cama.

—Déjame tocarte —le dijo.

—Aún no. Primero tenemos que hablar —explicó él con esa voz que era capaz de estremecer su interior.

—Dime, ¿dónde estoy? ¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué tengo este pijama? Es igual al que tengo en mi casa —manifestó Gina con nerviosismo mientras observaba el atuendo que llevaba puesto.

Fabrizio había tardado toda una semana para investigar y preparar su estrategia. A continuación, contrató un avión privado, reservó una noche en el mejor hotel de Buenos Aires y comprobó los últimos detalles de su plan.

Él revisó la dirección de Gina en internet más de cien veces, ya que debía llegar a la casa de

la mujer sin ningún inconveniente. Necesitaba ser cauto, dado que no podía permitirse que lo vieran ni mucho menos que lo reconocieran. Si esto llegara a pasar, su fabuloso plan fracasaría estrepitosamente.

Buscó por muchas tiendas de Buenos Aires un pijama igual al que él le había visto cuando le reveló su identidad. Era de color rosado, tenía la imagen de Minnie Mouse y se veía encantadora con él. A pesar de las dificultades que él debió enfrentar para poder encontrarlo y que se lo enviaran al hotel en la fecha programada, lo consiguió. Tuvo que hacer uso de su tarjeta de crédito en varias ocasiones, pero si su plan resultaba, todo habría valido la pena.

Viajó a la capital de Argentina en absoluto sigilo. Ni sus padres ni su manager ni Gia sabían lo que haría. Éste sería su secreto, de él y de Gina.

Cuando llegó al hotel, se disfrazó con una gorra y lentes de sol para ocultar su identidad — menos mal que en ese lado del mundo era verano— y se dedicó a esperar su oportunidad.

En cuanto Gina dejó su casa, él se subió a un automóvil para poder seguirla. La vio entrar a la casa de una mujer mayor, pero salió al cabo de un rato.

El momento perfecto para ejecutar su plan había llegado.

—Cálmate un poco, *bellezza*. Estás en mi hotel, te secuestré. Yo te compré este pijama porque cuando te vi usando uno igual me dejaste deslumbrado. Te veías preciosa, al igual que ahora. Te traje aquí ya que necesito respuestas y las necesito ahora.

—¿Qué quieres saber? Pregúntame lo que quieras, soy toda oídos, pero yo responderé solo si te acercas —expresó con picardía en su voz. Gina no podía dejar de mirarlo, pues aún no podía dar crédito al hecho de estar encerrada con el hombre de sus sueños.

El espacio entre ambos se hizo más pequeño. Ella se encontraba al borde de un orgasmo, incluso sin que él la hubiera tocado todavía. Ese hombre era tan guapo que el solo hecho de tenerlo cerca causaba estragos en todo su cuerpo.

Cuando Fabrizio le sonrió de medio lado, ella tuvo que hacer uso de su autocontrol para no terminar lanzándosele encima. Estaba claro que no podría resistir por mucho más tiempo. No quería seguir desperdiciando los minutos que tenía junto con él. Sin embargo, como la mujer adulta que era, sabía que debía mantener la calma. Fabrizio, quien podía adivinar sus intenciones, se sentó en el extremo opuesto de la cama.

—Quiero saber por qué me acosabas —manifestó él, contemplándola con esos maravillosos ojos—. Descubrí que me escribiste cada día durante tres meses en mis redes sociales. Lo único que quiero es conocer tus razones.

—¿No es evidente acaso? Me encantas, me tienes loca y estoy obsesionada contigo, aunque nunca pensé que sucedería algo como esto. Para serte honesta, ni siquiera esperaba que leyeras los mensajes. De hecho, quise morir cuando descubrí que eras tú quién estaba detrás de los mensajes de Eros —admitió con una sinceridad abrumadora.

Era cierto que ni en sus mejores fantasías se imaginó tenerlo frente a ella. A pesar de ello, Gina disfrutaba ver la expresión de sorpresa de Fabrizio ante las cosas que ella le decía. Algo en su interior la hacía sentirse deseada y poderosa.

—Como ya sabes, mi vida no era más que una rutina interminable hasta que llegaste tú y te convertiste en mi escape. Cuando vi tu película, me enamoré de Giancarlo. Todas las mujeres lo aman porque es el hombre ideal. A pesar del dolor que ocultaba en su fuero interno, él hizo todo lo posible para que Azucena fuera feliz. ¡Ya nadie hace eso!

—Yo no soy Giancarlo. De hecho, él y yo somos muy distintos.

—Eso ya lo sé, no soy tonta. Eres un actor, uno muy bueno, por cierto. No obstante, fue

gracias a ese personaje que te conocí e inicié esta aventura.

Lo único que Fabrizio atinó a hacer fue reír. En realidad, esa mujer estaba loca, pero eso mismo fue lo que le había deslumbrado. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz. Antes de que Gina apareciera, su vida estaba llena de mentiras y desazón. Muchas de sus amistades no eran tan honestas con él. ¡Y para qué hablar de las mujeres! Ellas tenían cuerpos perfectos, pero pocos sentimientos bien intencionados. Frente a él se encontraba una persona que no escondía nada y que era brutalmente sincera, y él no sabía cómo reaccionar ante eso. Solo se dedicó a observar a esa mujer que era capaz de despertar en él un deseo abrumador que no experimentaba desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué me trajiste aquí? ¿Qué es lo que quieres de mí? —Gina imaginaba cada escenario posible, y en todos terminaban excitados, desnudos y jadeantes.

—En casi todas nuestras conversaciones buscabas provocarme, haciéndome desearte cada día más. No imaginas todas las cosas que quisiera hacer contigo.

—Tú tampoco sabes lo que pasa por mi mente. Ni siquiera podrías hacerte una idea, porque no estás en mi cabeza. Si supieras todo lo que he pensado sobre ti y en las cosas que te haría...

—Dime —pidió él acercándose un poco más.

—Quiero saciar todos mis deseos contigo y tenerte de todas las maneras posibles, aunque sea solo por esta noche. —La seguridad que ella demostró al hablar hizo que Fabrizio se replanteara con seriedad lo que estaba haciendo—. Me pediste sinceridad, así que no esperes que me quede callada.

—Yo busco lo mismo. Esta será la única noche que compartiremos juntos, y quiero que la disfrutes tanto como yo.

Toda la arrogancia con la que había planteado la situación se fue al canasto de la basura cuando ella le dijo lo que quería de él. Gina no buscaba compromisos ni anillos, ni siquiera volver a verlo, solo ansiaba su cuerpo y disfrutar de él.

«Y tú, ¿qué pretendías?», se preguntó mentalmente sin saber qué responder. Tenía claro que había llegado a ese lugar creyéndose dueño y señor de la situación. No obstante, ahora se sentía desorientado.

Gina no era una jovencita inexperta, aunque tampoco era una veterana rebotante de experiencia. Si bien él ya había pasado por ambos extremos en sus relaciones, esta chica lo desconcertaba. Fabrizio no sabía qué pensar. Por su cabeza daban vuelta miles de cuestionamientos: ¿perdería la cabeza por aquella mujer? ¿Sería él capaz de dejarlo todo para estar con ella? ¿Estaría ella dispuesta a hacer lo mismo por él?

Era muy poco lo que conocía de Gina: sabía que estaba casada, que tenía dos hijos y que no era completamente feliz. Sin embargo, él era un hombre solitario y, por el momento, no estaba preparado para cargar con ese peso, ¿o sí?

«¡Deja de pensar en estupideces, Fabrizio! No le des tantas vueltas al asunto. Toma lo que viniste a buscar de ella, sácate las ganas y sigue con tu vida», reflexionaba mentalmente para infundirse la seguridad que había perdido. En ese instante, él tomó la decisión más irracional de toda su vida: decidió dejarse llevar y descubrir qué era lo que esta mujer podía ofrecerle. Al fin y al cabo, solo tendrían esa noche para dar rienda suelta a su pasión. Después de eso, él volvería a su vida, a su país y a su carrera, mientras que ella podría regresar a la rutina que tenía antes de conocerlo.

Gina miraba las paredes de la lujosa *suite* en donde se encontraba. Ésta contaba con una decoración minimalista y una increíble vista a la ciudad. El día estaba nublado y frío, pero ella sentía calor en su cuerpo y quería apagar ese fuego sin preocuparse de las consecuencias. Existía

la posibilidad de que se arrepintiera en el futuro, pero ahora saciaría los anhelos de su cuerpo. Tenía al hombre de sus sueños frente a ella para concretar cada una de sus fantasías y deseos. «Lo demás puede esperar», pensó.

Buscó en su memoria cada uno de los sueños ardientes protagonizados por ese hombre. Recordó aquellas noches en las que el deseo quemaba su piel y rememoró las fantasías en las cuales ella recorría su cuerpo con sus manos, imaginando que eran las de él las que lo hacían. Bastaba que Gina cerrara sus ojos para recrearse con la imagen de Fabrizio y llegar al orgasmo. No necesitaba vibradores, ya que su placer tenía nombre y apellido. En ese momento, el dueño de sus pensamientos más lujuriosos se acercó a ella portando una mirada capaz de derretir los hielos milenarios a mayor velocidad que el cambio climático.

Se acordó de aquellos versos que leía de una chica en Instagram llamada Poetisa Loca, los cuales se le venían a la cabeza cuando pensaba en la insensatez que estaba viviendo:

«Una mujer puede mostrarle a todos su inocencia,
Pero no a cualquiera la lujuria que en ella lleva escondida;
Esa solo se la muestra a quien con besos, miradas y abrazos
Le hace sentir lo bella que es la vida».

Y en eso se había transformado Fabrizio, en ese ser que le demostraba lo lindo de la vida. Él la había sacado de la rutina diaria con sus charlas y coqueteos saturados de descaró, llenando su vida de ilusiones. No obstante, como dicen por ahí: «las fantasías están llenas de verdades que soñamos».

Fabrizio se acercó con dos copas de vino en sus manos, mientras que Gina seguía perdida en sus ensoñaciones frente al ventanal.

—¿En qué piensas? —preguntó Fabrizio, extendiéndole una de las copas.

—Nada en especial. Quiero decir, todavía no puedo creer que esté aquí, contigo. No sé qué pensar —confesó ella sin poder levantar la vista.

—No te cuestiones demasiado. —Fabrizio le tomó la cara con su mano libre. Luego rozó sus labios y la miró a los ojos—. Estamos en la edad justa para quedarnos con la culpa y no con las ganas. Simplemente vivamos nuestro momento.

En respuesta, lo único que Gina atinó a hacer fue tomar ambas copas de vino para dejarlas en el suelo. A continuación, miró a Fabrizio con detenimiento y descubrió en su expresión que ambos querían lo mismo, lo que la animó a tomar el control de la situación. Sin perder más tiempo, se lanzó a sus brazos y lo besó con desespero, con pasión arrebatadora. Encantado, Fabrizio le siguió el juego. Se dejó llevar por las emociones que esa mujer le estaba provocando.

Gina no dejó de besarle. Ella le comía la boca al mismo tiempo que le quitaba la ropa. Una vez que ella consiguió quitarle la camisa, se detuvo a contemplar su anatomía. ¡Cuántos de sus sueños incluían besar, lamer y morder aquel torso! Se saboreó, anticipándose a lo que vendría. Le besó el cuello, mientras él disfrutaba sintiendo la forma en que su cuerpo reaccionaba y se estremecía ante las caricias que Gina le brindaba. Ella continuó bajando sus labios por su torso, tomándose el tiempo necesario para disfrutar de esos marcados abdominales y gozando particularmente de aquellas estrellas que tanto le gustaban. No se resistió a pasar la lengua por encima de esa porción marcada de su piel, mientras le desabrochaba los vaqueros para luego tirarlos al suelo, seguidos por su ropa interior.

Contempló al hombre que tanto había anhelado con admiración. Era evidente que él estaba dispuesto a dejar que ella hiciera lo que quisiera con él, así que Gina no lo pensó más y continuó besándolo, descendiendo cada vez más. Ella podía sentir el cuerpo de Fabrizio anticipándose a lo

que estaba por suceder. Él, por su parte, estaba fascinado con aquellas sensaciones desconocidas que ella le provocaba. Ansiaba todo lo que esta mujer estaba dispuesta a darle.

Gina lo miró con picardía antes de tomar el pene de Fabrizio. Se puso de rodillas sin dejar de acariciárselo de forma acompasada y, a continuación, rodeó su miembro con los labios para besarlo con lentitud. Ella notó como éste se endurecía y crecía cada vez más hasta alcanzar un tamaño considerable.

—Mmm... Es grande y es todo mío —habló mirándolo nuevamente mientras volvía a introducir el órgano masculino en su boca para saborearlo.

Fabrizio comenzó a jadear y, sin ser consciente de lo que estaba haciendo, tomó entre sus manos el cabello de Gina para así marcarle el ritmo. Hasta el momento, este era el mejor sexo oral que había recibido en su vida.

—Se nota que sabes lo que haces, porque me estás matando de placer —expresó con un hilo de voz. Entretanto, el descontrol se apoderaba de él—. Sigue así, más profundo.

Ella, obediente, le permitió llegar más profundo en su boca, mientras que con sus manos le acariciaba los testículos. Él se volvió más loco aún. La imagen de Gina haciéndole el amor con su boca era algo para lo que no estaba preparado. Sus latidos se aceleraron y, entre jadeos, le suplicaba por más. Estaba al borde del éxtasis.

—Voy a correrme —advirtió él con una voz apenas audible.

—¡Hazlo, vamos! Córrete para mí —dijo ella antes de guiar nuevamente el pene de él entre sus labios.

Fabrizio acató sus palabras y expulsó su semen dentro de la boca de Gina. Ella tragó su simiente y se relamió para no desperdiciar ni siquiera una gota.

—Déjame desnudarte —expresó él al darse cuenta de que Gina seguía vestida—. Ahora es mi turno de disfrutar de tu cuerpo.

Las palabras de él causaron que ella temblara por la excitación y el nerviosismo, mientras seguía saboreando el momento vivido. De pronto, le aterró lo que aquella demanda implicaba. Evadiendo la mirada, le confesó apenas en un susurro:

—Mi cuerpo no se parece a los que estás acostumbrado a ver. —Se sentía un tanto incómoda con la idea de mostrarse desnuda ante alguien tan escultural como él.

A pesar de que Fabrizio notó el cambio brusco en su actitud y comprendió sus aprehensiones, él no quería que la magia del momento se esfumara a causa de sus inseguridades, razón por la cual la tomó entre sus brazos.

—*Bellezza*, no creas todo lo que dicen las revistas. Yo soy tal como me ves. No te avergüences, tu cuerpo me enloqueció desde la primera vez que lo vi. Además, ¿te digo un secreto? —susurró.

Gina en ese momento tomó un poco de distancia para poder mirarlo a los ojos, ansiosa por escuchar lo que sea que él quisiera confesarle.

—No hay motivo para que te sientas insegura de tu cuerpo, te lo garantizo. ¿Quién crees que te puso ese pijama?

Gina solo atinó a sonreír. Estaba tan ensimismada gozando del momento que había pasado por alto ese pequeño detalle.

—Eres un perverso de lo peor, Fabrizio Cacciatore. —Él la miró conteniendo la respiración. Cuando escuchó aquellas palabras, él asumió que ella agarraría sus cosas y saldría huyendo de la habitación. No obstante, Gina no había terminado de hablar—. Y me encanta que lo seas.

Cuando él consiguió salir del estupor causado por aquella inesperada respuesta, pegó su cuerpo al de ella, anclando sus brazos alrededor de la cintura de la mujer.

—Hoy seré lo que tú quieras —prometió, rozando sus labios con suavidad—. Aunque sea solo una noche, ésta será nuestra y haré que sea inolvidable para ti.

Con esas palabras, el deseo volvió a encenderse en los ojos de Gina, quien con su gesto le demostró que ella también estaba dispuesta a darlo todo por él aquella noche.

Capítulo V

«Tu cuerpo es el infierno en el que quiero arder».

En ese momento tan íntimo en el que no podían despegar sus miradas el uno del otro, Fabrizio tomó el mando del equipo de música. Él había dejado listo su iPad con anterioridad. La sensual voz de Marvin Gaye inundó la habitación de inmediato:

*«I've been really tryin', baby
Tryin' to hold back this feeling for so long
And if you feel like I feel, baby
Then come on. Oh, come on, ooh*

*Let's get it on, ah baby
Ah, babe, let's get it on
Let's love, baby
Let's get it on, sugar
Let's get it on
Whoa-ooh-ooh...»*

Fabrizio quería que Gina supiera que él deseaba ser el único presente en sus pensamientos.

—Si sientes lo mismo que yo, ven a mí —le dijo acercándola con una actitud posesiva y clavando su mirada en los ojos de ella.

El erotismo en su voz, la sensualidad de la música y la mirada penetrante de Fabrizio le dieron una seguridad que no reconocía en ella. Gina jamás había experimentado un deseo así de intenso. Las palabras que él le dijo provocaron que su piel se erizara. Decidida a entregarse a él y sin ninguna prisa, comenzó a sacarse el pantalón del pijama, dejándole ver a Fabrizio la pequeña tanga de hilo que llevaba puesta. A pesar de que no siempre ocupaba ese tipo de ropa interior, agradecía a la suerte o a quien fuera el haber estado usándola justo en ese momento. A continuación, se sacó la parte de arriba, exponiendo su desnudez.

Fabrizio repasó su cuerpo con la mirada cargada de deseo y, sin poder resistirse un minuto más, se acercó con parsimonia para tocarla. Acarició su cuello y bajó hasta sus senos, tocando uno con su mano mientras estimulaba el otro con su boca, pues no había podido resistirse a la idea de devorarlos. Él ansiaba causarle las mismas sensaciones que minutos antes él había experimentado al estar con su miembro dentro de su boca.

—Permíteme hacerte todo lo que anhelo. En retribución, prometo que podrás hacer lo mismo conmigo después. —La voz de Fabrizio sonaba profunda a causa de la excitación. Aquel acento italiano enloquecía a Gina, quien no se sentía capaz de negarse a sus peticiones a causa del estado de ardor en el que se encontraba.

—Haz lo que quieras, pero luego atente a las consecuencias —advirtió dejando notar la ansiedad que abrasaban todo su cuerpo ante la expectativa. Gina se sentía emocionada y muy excitada. Para su sorpresa, Fabrizio la tiró sobre la cama con un movimiento rápido para después ponerse a horcajadas sobre su cuerpo, inmovilizándola. La besó con pasión y balanceó su anatomía para que su pene rozara el centro de ella, quien aún llevaba la tanga puesta. Sin dejar de moverse, fue reduciendo la intensidad de sus besos, puesto que estaban a punto de quedarse sin

respiración.

—Hay tantas cosas que quiero hacerte que no sé por dónde empezar. Es un sueño para mí poder tenerte de esta manera —confesó entre besos.

—¿Y qué estás esperando? —contestó ella con su mirada cargada de lujuria.

—Necesito tomarme mi tiempo, porque sé que no volveré a tenerte de esta forma. Lo único que quiero es disfrutar este momento. —Igual que antes, con un movimiento que Gina no esperaba, Fabrizio se bajó de la cama, dejándola un tanto confundida.

—No te preocupes, ya vuelvo. —Ella lo vio sacar una bolsa de terciopelo negra de su maleta.

—¿Se puede saber la razón de tanto misterio? ¿Qué llevas dentro de esa bolsa tan elegante, Fabrizio Cacciatore? —preguntó con curiosidad por saber qué tramaba.

—Son algunas cosas que pueden hacer de esta noche una experiencia más interesante. —Con la bolsa aún en la mano, se dirigió al equipo de sonido y eligió una canción más acorde a la situación. Las melodías y la voz de Robin Ticke inundaron el lugar. Mientras se escuchaba «*The Sweetest Love*», Gina se preparó mentalmente para lo que vendría.

Frente a la mirada expectante de Gina, Fabrizio comenzó a sacar uno por uno los artículos que había elegido: un pañuelo de seda negro, una pluma larga de color rosa, unas esposas y, por último, un frasco cuyo contenido parecía ser miel.

Después de observar cada objeto con atención, Gina volvió a repasar el cuerpo de Fabrizio con su mirada, provocando que las fantasías encendieran su mente. Ella se sentía en llamas. Estaba preparada para lo que fuera que ese hombre quisiera hacer con ella.

Fabrizio se acercó a la cama con las esposas en la mano, dejando los demás accesorios a un lado. Luego volvió a sentarse a horcajadas sobre el cuerpo de ella, ajustó las esposas en sus muñecas y le estiró los brazos hacia atrás para asegurarlas al respaldo de la cama.

—No temas, *bellezza*. No voy a hacerte daño, solo quiero tenerte totalmente a mi merced por un momento —susurró en su oído con suavidad, intentando tranquilizarla, pues había percibido un poco de miedo en la mirada de ella.

Gina había temblado, pero no porque tuviera miedo, sino porque ésta era la primera vez que hacía algo así. Ella confiaba ciegamente en Fabrizio. Notó que él tomaba el pañuelo de seda negro para cubrirle los ojos con delicadeza. Sintiendo el aliento de Fabrizio en su oído, volvió a escuchar su voz:

—Solo quiero que sientas y disfrutes lo que te haré ahora. Esta noche tu cuerpo me pertenece y haré con él lo que tanto he soñado.

Después de comprobar que Gina no veía nada, Fabrizio tomó la miel y trazó con ella un camino que partía en uno de sus senos y finalizaba cerca de su monte de Venus. Con lentitud, siguió con la lengua aquella ruta que había dibujado, llenándose de satisfacción al ver cómo la piel de ella se erizaba.

Gina se sentía completamente expuesta. Trataba de mantenerse en control, mientras Fabrizio recorría su cuerpo con la lengua. Su deseo crecía voraz, haciendo que su piel emanara un fuego proveniente de sus entrañas. Sentía que su interior reclamaba ser llenado por ese hombre.

Cuando Fabrizio llegó a la última parte del recorrido, posó sus labios con delicadeza sobre el monte de Venus y permaneció en aquella zona por varios segundos. A Gina, el tiempo le pareció una eternidad, pues necesitaba a Fabrizio con urgencia. Se sentía dominada por la ansiedad, pero sabía que debía esperar hasta que él hubiera satisfecho todas sus fantasías.

Gina sintió que los labios de Fabrizio se acercaban a su centro y se dejó llevar. Él pasó su lengua con sutileza desde sus muslos hasta su clítoris. Fabrizio se dedicó a chupar, morder y a provocarle sensaciones que ella no había experimentado hasta aquel momento. La lengua de ese

hombre no dejaba de torturarla con placer. Sabía que un orgasmo arrollador y devastador llegaría de forma inminente, y así fue. De repente, sintió que su cuerpo se tensaba para luego estallar en mil pedazos. Entretanto, Fabrizio contenía la respiración, puesto que estaba casi a punto de correrse también. La reacción y los gemidos de Gina lo habían llevado al límite.

Fabrizio esperó que ella recobrar el aliento, ya que el orgasmo la había dejado extenuada. En cuanto vio que se había recuperado, siguió con su ritual. Él deseaba disfrutar aún más de esa mujer.

—Eres tan deliciosa que haré que te corras una vez más antes de enterrarme en tu interior. — Esa voz ronca junto con su acento casi le causa otro orgasmo.

Fabrizio continuó con su dulce tortura. Tomó la pluma y comenzó a recorrer con ella el cuerpo de la mujer que tenía a su merced, tomándose su tiempo en aquellas zonas en las cuales había descubierto que Gina era más sensible, como el cuello y los pezones. En ningún momento puso sus manos sobre ella, pues la pluma era una extensión de él.

«Este condenado sí que sabe lo que hace», pensó ella casi sin poder controlarse. Su cuerpo reaccionaba a la voluntad de lo que él le hacía, de lo que él le provocaba.

Cuando Fabrizio vio que Gina se retorció tratando de liberarse, decidió que alargaría aquel momento un poco más, dado que quería llevarla al límite. La mujer, fuera de sí, se entregó al placer que ese hombre le brindaba. Sin poder extender más la espera, Fabrizio se desnudó en su totalidad, sacó un preservativo del bolsillo de sus vaqueros y se lo puso. Después siguió tocándola con la pluma, mientras ella se arqueaba y pedía más. Se puso al final de la cama, tratando de que ella no adivinara sus intenciones, y se acercó a ella con lentitud.

—¿Estás lista? —preguntó Fabrizio de manera incitante antes de bajar por su cuerpo una vez más para recorrerlo con su lengua. Cuando llegó a su centro, comenzó a devorar su clítoris nuevamente, dándole un increíble placer.

Ella explotó en un segundo orgasmo, incluso más intenso que el anterior. No obstante, antes de que el placer abandonara su cuerpo, Gina sintió que el duro miembro de Fabrizio entraba en ella, quedando llena de ese hombre.

Él empezó a moverse dentro y fuera con desesperación, y Gina no pudo evitar gritar su nombre al sentirlo tan profundo. Su cuerpo reaccionaba de una forma cada vez más intensa. Los gemidos desesperados de ambos llenaron la habitación mientras él aceleraba el ritmo de sus movimientos. Tanto Fabrizio como Gina se sentían en el umbral de la *petit mort*, esa pequeña muerte que se experimenta al llegar al orgasmo. Ellos estaban a punto de morir juntos.

—Fabrizio, si sigues así, me vas a matar de placer —expresó con voz apenas audible—. Aunque si muero, lo haré feliz contigo.

—El que va a morir soy yo, *bellezza*. La satisfacción que estoy sintiendo en este momento no se compara con nada que haya experimentado antes —contestó, perdido por completo en el cuerpo de esa mujer. Él no había pensado mucho en la magnitud de sus palabras. Aunque eran honestas, no deseaba asumirlas.

—Estoy en tus manos. Dame ese orgasmo —demandó ella.

Fabrizio, obediente, siguió penetrándola con mayor fuerza hasta que escuchó a Gina gritando su nombre al alcanzar el clímax. Esto terminó por volverlo loco. Con cuatro estocadas más, fue su turno de liberarse. Exhausto, dejó caer su cuerpo sobre el de Gina, tratando de recuperar el aliento.

—Magnífico. Fue tal como lo imaginé —manifestó Fabrizio con su voz sexy y agitada.

Al cabo de un rato, él se levantó para deshacerse del preservativo y desatarle las manos a Gina. Sin embargo, le dejó puesta la venda en los ojos, ya que le gustaba observarla sin que ella

podiera hacer lo mismo. Fabrizio no quería que ella lo mirara, ya que podría malinterpretar la expresión de su rostro. Tal vez ella podría pensar que él sentía algo más que deseo. No obstante, eso era todo lo que sentía, ¿o no?

Aunque Gina aún seguía vendada y desnuda, el calor que Fabrizio había dejado en su cuerpo todavía no la abandonaba.

Él la miraba y se sentía extraño. Un cúmulo de emociones desconocidas se apoderaba lentamente de su interior. Si bien le gustaba lo que ella le hacía sentir, también le asustaba. Fabrizio tenía claro que no podía permitirse experimentar nada más que un deseo carnal por ella, pues su vida debía continuar igual que antes. Sin embargo, ya no estaba seguro de poder mantener sus sentimientos bajo control después de lo que acababa de ocurrir.

Todavía desnudo, Fabrizio se acercó a ella y le tomó la mano, encaminándola hacia el cuarto de baño.

—Ve a ducharte. No puedes quedarte así, aunque luzcas tentadoramente dulce cubierta de miel.

—Está bien, pero solo si tú me acompañas —replicó la mujer mientras trataba de quitarse la venda de los ojos.

—No me lo perdería por nada del mundo —le dijo Fabrizio al oído, ayudándola a desatársela.

El lugar era bastante amplio, elegante y funcional, gracias a Dios. Sus paredes estaban cubiertas de mármol e incluso tenía un *jacuzzi*. Ambos miraron la regadera con puertas de cristal y entraron.

Fabrizio reguló la temperatura del agua antes de buscar algunos implementos que había en el baño. Puso un poco de gel de ducha sobre una esponja y comenzó a limpiar los restos de miel de la piel de Gina. Él fue muy cuidadoso, mientras que ella sencillamente disfrutaba de su atención. Luego dejó que el agua limpiara los restos de espuma del cuerpo de ella y empezó a besarla.

—No me aguanto las ganas de hacerte mía contra esta pared.

—¿Y qué te lo impide? —desafió ella con voz sensual—. No te preocupes, estoy tomando la píldora y confío en ti. No necesitas condón —aseguró al darse cuenta de que él dudaba.

Fabrizio, asombrado por su confesión, la tomó de las nalgas y la apoyó contra la pared. Gina sintió de inmediato el frío tacto del mármol, el cual contrastaba con el calor de su cuerpo. Se agarró firmemente de los hombros de él y elevó las piernas, quedando apoyada únicamente contra la pared. Fabrizio se apartó un poco antes de penetrarla de manera dura y ruda con movimientos rápidos y certeros. No quería dañarla, pero tampoco deseaba reprimir sus impulsos. Al darse cuenta de que ella no reclamaba —más bien lo disfrutaba—, él aceleró el ritmo de sus estocadas y, sin piedad, la penetró con más fuerza. Gina gritaba de placer, pues se sentía tan viva, tan deseada y tan sensual que simplemente gozó lo que ese hombre le provocaba.

Ambos llegaron al orgasmo al mismo tiempo. Se besaron con pasión, se mordieron con deseo y se lamieron con desesperación. Dado que tanto Fabrizio como Gina intuían que aquél sería su último beso, se negaban a despegar sus labios, puesto que no querían que éste llegara a su fin.

Cuando ella apoyó los pies en el suelo, le costó sostenerse. Él la abrazó y la miró a los ojos, intentando retener esa mirada para siempre. Fabrizio sabía que jamás olvidaría aquella noche. Él no se sentía así desde hacía mucho tiempo.

Fabrizio cortó el agua del grifo y, tomando a Gina de la mano, la ayudó a salir. Luego, le puso una de las suaves batas que el hotel les había proporcionado.

—No te vayas a la cama con el cabello húmedo —recomendó él mientras secaba su cuerpo con una toalla.

—No lo haré. No me gusta permanecer con mi pelo mojado por mucho rato.

Ese momento tan íntimo entre ellos les causó una sensación extraña que ambos decidieron evadir. Era solo una noche y nada más.

Mientras ella hacía uso del secador de cabello en el cuarto de baño, Fabrizio fue a ver los estragos que la cama había sufrido. Estaba hecha un desastre, puesto que había miel embarrada por todos lados. Llamó al servicio a la habitación y solicitó que fueran a arreglar aquel caos a la brevedad. En menos de diez minutos, la alcoba estaba impoluta. Ninguna persona le decía que no a su tarjeta de crédito.

Gina salió del baño con el pelo ya seco y vio a Fabrizio sonriendo junto a la cama, la cual estaba immaculada.

—Tengo mis recursos. Necesitamos descansar y no podíamos hacerlo con la cama en ese estado. Ven. Recuéstate y duerme —ordenó Fabrizio—. Estamos agotados. No he olvidado mi compromiso, así que ya será tu turno para hacer lo que quieras conmigo, pero ahora debemos descansar.

Gina no necesita mucho más para que la convenciera, ya que estaba realmente exhausta.

Las sensaciones y emociones que estaba experimentando eran difíciles de expresar, pues habían transcurrido varios años desde la última vez que se sintió tan poderosa y deseada. Sin embargo, aquella emoción era eclipsada por el temor de que su vida no volviera a ser la misma después de esa noche.

Ella no quería enfrentarse a su mirada, así que se acostó en el lado izquierdo de la cama para distraerse con el paisaje enmarcado por la ventana. Era imperativo que él tuviera claro que lo que había ocurrido entre ellos no se volvería a repetir. Ella había cumplido su fantasía y la había disfrutado de principio a fin, pero eso era todo. Gina jamás abandonaría su estabilidad familiar para seguirlo a él, ¿o sí?

Se acomodó en la cama y cerró sus ojos mientras pensaba que las cosas hubieran sido más sencillas si ambos hubieran permanecido vendados. A pesar de su mente atribulada, el cansancio consiguió dominarla y, finalmente, se durmió.

Fabrizio, por su parte, se dedicó a contemplar a Gina por el resto de la noche. Él deseaba detener el tiempo con el fin de evitar que aquel momento acabara, pero sabía que eso era imposible. Debía marcharse cuanto antes para no complicar más su situación. Acarició su pelo y su rostro con delicadeza y se despidió con un tenue beso en la mejilla.

Esa había sido una de las noches más fascinantes de su vida y tenía la certeza de que nunca más volvería a experimentar algo similar. Jamás se había sentido tan melancólico como en aquella ocasión. Un sentimiento de pérdida se había alojado en su pecho, molestandole.

Había decidido que no honraría su compromiso y quedaría en deuda con Gina, pues si volvía a estar con ella, sería incapaz de dejarla ir y aquello no era parte del plan. Por esa precisa razón se levantó, buscó su ropa y se vistió con calma, pensando en cómo sería su vida a partir de aquel instante. Sonrió al recordar lo vivido.

—Me llevo tu recuerdo. Eres, sin duda, la mujer más increíble que he conocido —susurró, sabiendo que Gina no lo escuchaba.

Tomó su maleta y bajó al lobby del hotel. Antes de irse, solicitó al recepcionista que pusieran a disposición de Gina cualquier cosa que necesitara y que le enviaran la cuenta después. En seguida, pidió un taxi y se dirigió al aeropuerto donde lo esperaba un avión privado.

Sin mirar atrás, Fabrizio dejó la ciudad sintiendo que parte de su corazón había quedado ahí. Gina se había colado en lo más profundo de su alma, y él no había podido impedirlo.

Gina se sentía confundida. No sabía si lo que había compartido con Fabrizio había sido real o un sueño muy vívido. Solo después de abrir los ojos y sentir su cuerpo un poco adolorido se dio

cuenta de que no había sido una fantasía. Frotó sus ojos y buscó con la mirada al hombre de sus sueños por toda la habitación. Después de un breve instante comprendió que, tal como un relámpago, él se había ido de la misma forma en que había llegado a su vida.

Al levantarse, se percató del papel que descansaba en la almohada junto a una rosa. Tomó la nota entre sus manos temblorosas y la leyó:

«Me debatí durante mucho rato si escribirte era una buena idea, pero no quería que creyeras que esto había sido un sueño después de todo lo que disfrutamos anoche. De alguna manera lo fue, ya que desde el momento en que supe de tu existencia, no pude dejar de fantasear contigo.

Considero que anoche le dimos vida a un sueño compartido.

Sé que quedé en deuda contigo, pero no puedo extender mi estancia por más tiempo. Lamento despedirme de esta forma, sin embargo, quiero que sepas que agradezco y aprecio tu entrega. Eres la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida y te atesoraré por siempre en mis recuerdos.

Adiós.

Fabrizio».

Este mensaje hizo que Gina aterrizara de golpe a la realidad. Ahora debía planear lo que tenía que hacer. Su ropa estaba doblada a los pies de la cama, así que comenzó por vestirse. Luego tomó su cartera y guardó la nota, la venda con la que Fabrizio había cubierto sus ojos y la pluma que él había usado para recorrer su cuerpo. No obstante, no se llevaría la rosa. Eso sería lo mejor.

Al bajar a la recepción supo que la esperaba un automóvil. Se bajaría cerca de su casa y caminaría el resto del trayecto, ya que necesitaba tiempo para despejar su mente. Gina tenía claro que su vida seguía ahí, esperándola, pero no podía dejar de pensar en su hermoso italiano. Mientras viajaba en el vehículo, los recuerdos de esa noche la hacían sonreír.

La música del automóvil la distrajo de sus pensamientos, pero solo por un momento. Al escuchar la canción *Will you still love me tomorrow* interpretado por Amy Winehouse, ésta se transformó en un himno para ella, una alabanza de esa noche mágica en la que sus fantasías se hicieron realidad.

Gina, quien no conocía completamente esta lengua extranjera, entendió a la perfección la frase: *Will you still love me tomorrow?* «¿Seguirás amándome mañana?». Para ella era imposible pensar en un futuro con él. La pasión que ambos habían experimentado tenía fecha de expiración y duró solo por esa noche, nada más. Ella debía volver a su vida con su marido e hijos, mientras que él, por su parte, retomaría su carrera a muchos kilómetros de allí. Se preguntaba si podría olvidarlo, si sería capaz de seguir adelante después de haber pasado la mejor velada de su vida.

Gina le pidió al conductor que se detuviera cerca de su casa justo antes de escuchar la última parte de la canción:

«... *I'd like to know that your love
Is love I can be sure of
So tell me now, 'cause I won't ask again
Will you still love me tomorrow?
Will you still love me tomorrow?»*

Capítulo VI

«Realidad y fantasía».

«Iba a decirte: no me abandones. Pero te dije adiós».

-Eduardo Galeano-

Ya en el avión, Fabrizio no podía sacarse de la cabeza los últimos acontecimientos. Recordaba las reacciones que había desatado en Gina y las sensaciones que ella había provocado en él. Con solo pensar en todo lo que había ocurrido entre ambos, su cuerpo se calentaba y su miembro reaccionaba.

—Ya tuviste tu fiesta, traicionero. Ahora déjame en paz. Esto no se volverá a repetir — articuló a duras penas, mientras luchaba con el desasosiego que le había quedado en el corazón al dejar a Gina atrás.

«Espero que puedas seguir con tu vida, porque yo no sé si pueda continuar con la mía de la misma forma que antes», pensó en voz alta.

El tiempo transcurría con lentitud. En lo único que Fabrizio podía pensar era en lo que haría de ahora en adelante. Debía encontrar la forma de enfrentar su vida sin la mujer que lo había vuelto loco y le había robado el corazón. La forma en las que sus cuerpos se habían reconocido en cuanto se acercaron quedó grabada a fuego en su memoria.

Tomó un libro y trató de concentrarse en la lectura, pero luego de dos páginas lo lanzó al suelo con rabia. Posteriormente, trató de ver una de las películas que tenían disponibles en el avión, sin embargo, ninguna llamó su atención

—¡Maldita sea! Pareciera que el remedio es peor que la enfermedad. ¡Debo dejar de pensar en lo que pasó! —manifestó con rabia contenida.

El avión, aunque era pequeño, estaba bien equipado: tenía un minibar y mucho alcohol, así que Fabrizio decidió que bebería unos cuantos tragos del licor más fuerte que encontrara.

—¡Salva mi vida, Jack Daniel's! —expresó al tiempo que se servía un vaso con aquella bebida, el que se acabó de un solo golpe. Repitió la acción hasta lograr que el recuerdo de Gina se tornara borroso. Poco después, se quedó dormido en el asiento.

En el avión viajaban tres personas más: el piloto, el copiloto y una auxiliar de vuelo. Ella estaba un tanto nerviosa, pues no sabía qué actitud debía mantener con el actor. Él estaba tan ebrio que había perdido por completo la noción del lugar en el que se encontraba.

Lo primero que hizo la chica fue recoger las botellas vacías que Fabrizio dejó desperdigadas en el suelo, teniendo precaución de no romper nada para evitar que él tuviera un accidente. El actor estaba recostado sobre uno de los sillones con la mirada perdida. Ella trató de ayudarlo a levantarse y guiarlo al dormitorio de la aeronave. Éste no era demasiado grande, pero en el estado en el que se encontraba él, no podría notar la diferencia entre esa habitación y las que había en un hotel cinco estrellas. Solo necesitaba un lugar donde poder descansar hasta que el efecto del alcohol se disipara.

—Señor, debe dormir un rato. Aún nos quedan diez horas antes de llegar a destino, por lo que le recomiendo que duerma un poco, así llegará en mejor estado a su casa. —La pobre joven trataba de llevarlo, pero él no le facilitaba el trabajo.

—Ven conmigo —le dijo Fabrizio—. No quiero estar solo.

—Usted no está en buenas condiciones y no sabe lo que dice. Mejor recuéstese y descanse.

— Por favor, quédate conmigo. Solo necesito compañía. —La voz de súplica de Fabrizio

causó estragos en la pobre mujer, quien no pudo negarse a su petición. Ella se sentó a su lado en la cama y le acarició el cabello.

—Duerma. Eso es lo mejor que puede hacer —insistió la joven.

Fabrizio no podía contener las ganas de llorar. Necesitaba desprenderse de la angustia y tristeza alojadas en su corazón tras abandonar a Gina. La imagen de ella durmiendo desnuda y con el cabello esparcido sobre la almohada —como si fuera un ángel— no dejaba de atormentarle. Si bien se reprochaba el haber huido de la habitación sin despertarla para despedirse, sentía que aquella había sido la decisión correcta.

La joven no supo cómo reaccionar frente a los sollozos ahogados de aquel hombre. Atinó a encender el equipo de sonido a un volumen alto, pensando que quizás eso le ayudaría. No eligió una canción en particular, tan solo dejó que sonara lo que ya estaba programado en el reproductor de música, el cual contaba con un amplio repertorio.

Comenzaron a escucharse las primeras notas de un tango. Era «Nostalgia», de Esteban Morgado. Aunque ella no lo sabía, esa canción describía a la perfección la forma en que Fabrizio se sentía en ese momento.

«Quiero emborrachar mi corazón
Para apagar un loco amor
Que más que amor es un sufrir.

Y aquí vengo para eso.
A borrar antiguos besos
En los besos de otras bocas.

Si tu amor fue flor de un día
¿Por qué causa es siempre mía
Esta cruel preocupación?

Quiero por los dos mi copa alzar
Para olvidar mi obstinación
Y más la vuelvo a recordar.

Nostalgias
De escuchar su risa loca
Y sentir junto a mi boca
Como un fuego su respiración».

Fabrizio sintió que la letra de aquel tango calaba en su alma, acrecentando su dolor. A pesar de que el español no era su idioma nativo, lo dominaba casi a la perfección, dado que había tomado un curso intensivo para poder hablar con Gina con mayor libertad. Por esta razón, él entendía muy bien cada estrofa de aquella canción y se le hizo insoportable seguir escuchándolo.

—¡Apaga esa maldita música! —gritó casi desesperado. La mujer, asustada por aquella reacción, cambió la música a algo más actual, eligiendo un tema de Coldplay. Le subió aún más el volumen al dispositivo para que los demás que estaban en el avión no se dieran cuenta de lo que allí ocurría.

—Esto es lo último que haré por usted, señor —sentenció la sobrecarga.

El vuelo continuó con su curso. Fabrizio durmió el resto del viaje, aturdido por el alcohol. Él

había planeado pasar unos días en un hotel cuando llegara a Italia, ya que deseaba estar solo e incomunicado para poder acallar los sentimientos que lo desbordaban. No quería ni podía dar explicaciones cuando ni siquiera él sabía qué era lo que le pasaba.

Tenía muy claro que su familia iba a querer verlo en cuanto se enteraran de su retorno de aquel supuesto viaje de trabajo. De hecho, su mamá sería la primera en llamarlo, seguida por Giannina, quien además de su madre, era la única mujer que lo entendía.

Fabrizio se quedó pensando en su amiga y en lo sabía que era a veces. «Si no te odio es porque nunca te podría amar de la forma en que una mujer ama a un hombre. Las que se enamoran de ti siempre terminan odiándote», Gia le repetía esas palabras constantemente. Otra de sus típicas frases era: «Agradece que me gustan las chicas o sino no tendrías ni siquiera una amiga». A pesar de la crudeza de sus comentarios, ella siempre terminaba abrazándolo, brindándole aquel cariño fraternal con el que habían crecido.

Giannina no tenía una buena relación con su familia a causa de su condición sexual. En cambio, con la familia Cacciatore se sentía como en casa. Allí todos la querían y la consideraban como una hija, entregándole su apoyo incondicional. La amistad entre ambos comenzó a los quince años cuando se conocieron en un taller de teatro, el primero de ambos. Mientras que Fabrizio siguió con el teatro y la actuación, Gia se dedicó a estudiar arquitectura y, posteriormente, entró a trabajar en la empresa de los Cacciatore.

La voz del piloto anunciando el pronto aterrizaje lo hizo volver a la realidad. En cuanto tocaron tierra, Fabrizio —ya más compuesto— fue a pedirle disculpas a la auxiliar de vuelo por su comportamiento inadecuado. Ella le sonrió y le dio la mano.

—No hay problema. Entiendo que todos tenemos días malos. Solo espero que, en su caso, no sea algo duradero —dijo la chica antes de regresar a la cabina.

—Lo mismo espero yo —respondió él en voz baja.

Fabrizio tomó un taxi afuera del aeropuerto y se dirigió al J.K Place Roma, el hotel que había escogido para descansar algunos días antes de enfrentar a su familia. Él tendría que dar muchas explicaciones, ya que su conducta en los últimos días había sido bastante errática. Sin embargo, aún no se sentía preparado para hacerlo.

Pidió las llaves de su habitación en cuanto llegó. Una vez en el cuarto, se fue al baño para darse una larga ducha, tratando de sacarse la resaca monumental que arrastraba a causa de su borrachera.

La imagen de Gina rondaba su cabeza cada vez que él cerraba los ojos. Fabrizio evocaba la expresión de sus ojos al llegar al orgasmo. También recordaba la sensación de sus manos recorriendo el cuerpo de aquella mujer y el sonido de sus gemidos.

—¡Déjame en paz! ¿Qué me hiciste, Gina, que no puedo dejar de pensarte? Necesito olvidarme de esa noche y de ti para retomar el control de mi vida —expresó, tomándose la cabeza con ambas manos.

Se dirigió al reproductor musical y conectó su iPod, subió todo el volumen del aparato y comenzó a desnudarse. Mientras se desvestía, Michael Bolton le cantaba a la mujer de su vida y eso lo abrumaba.

La música en inglés era su favorita. Ese gusto lo había adquirido debido a que durante su adolescencia pasaba todos los veranos en Londres aprendiendo el idioma, algo que en ese momento le desagradaba. Aunque disfrutaba mucho de la música, ahora cada canción le recordaba las sensaciones que él ya no quería volver a sentir.

Apagó el iPod antes de que la rabia lo consumiera. Como actor, no le costaba aparentar que todo estaba bien en su vida. No obstante, no podía engañarse a sí mismo. Su alma le

transparentaba y enrostraba sin misericordia lo que Gina significaba para él.

Se fue a la ducha y, una vez listo, decidió salir de la habitación, puesto que no planeaba quedarse allí a llorar. Él podría divertirse, incluso recuperar algo de aquel muchacho irresponsable que no pensaba en el futuro.

Se puso unos vaqueros, una camisa negra ajustada, sus Converse negras y se dirigió al bar del hotel. Pidió un whisky y se sentó en la barra mirando a su alrededor.

En las últimas horas, el alcohol había sido su mejor compañero. Después de la quinta ronda de whisky, Fabrizio —otra vez ebrio— vio entre la muchedumbre a una mujer cuyos ojos verdes llamaron su atención. Aunque no eran del mismo tono que poseía la mirada de Gina se acercó a ella decidido a jugar.

—¿Cómo te llamas, hermosura? —Fabrizio apenas articulaba sus palabras—. Eres muy linda, ¿sabías eso? Aunque las mujeres hermosas como tú son peligrosas, porque van por ahí haciendo daño y lo dejan a uno comportándose como un estúpido, emborrachándose hasta casi caer en coma.

—Mi nombre es Antonella, y tú ¿cómo te llamas?

—Marco, ese es mi nombre —dijo Fabrizio luego de dudar por un momento. No quiso decirle su nombre real, ya que aún le quedaba algo de cordura—. ¿Quieres un trago?

—Está bien, un vodka con tónica para mí —pidió Antonella.

Fabrizio se dirigió a la barra y pidió dos tragos, uno para Antonella y otro whisky seco para él. Disfrutaron de varios vasos de alcohol y de una conversación de lo más superficial —el clima, música, locales para ir a bailar—. Al cabo de un rato, él se encontraba bastante ebrio. Él era muy sociable en ese estado y hablaba de todo, pero sin profundizar en nada.

—No me abandones —suplicó Fabrizio al ver que ella hacía el ademán de levantarse. Tomó su mano y la obligó a encararlo—. No hoy. No tú, por favor.

Ante la mirada atormentada y suplicante de ese hombre, Antonella no pudo negarse por más que ella quisiera.

Ambos se dirigieron a la habitación de Fabrizio. Ella abrió la puerta y entró con él. El cuarto era grande y muy acogedor, y la cama estaba a pocos metros de la entrada.

Fabrizio tomó a la mujer de la cintura, tratando de controlar sus pasos para evitar caerse. La guió hasta la cama y la empujó levemente hasta dejarla acostada. Luego, se sacó la camisa y se puso encima de ella.

Ella no hizo ningún ademán de detenerlo, así que comenzó a besarla sin perder tiempo. Estaba desesperado por encontrar consuelo, pero los labios de Antonella no tenían nada que ver con los de Gina. Aquella mujer era tímida y carecía de iniciativa propia.

Entretanto, el recuerdo de la mujer que le había dado la noche más maravillosa de su vida seguía fresco en su memoria.

—Déjame, corazón estúpido. Por tu culpa estoy así —se dijo a sí mismo en voz baja.

Fabrizio trató de besarla con más calma, pero su cuerpo le exigía ser más rudo. La desnudó con frialdad. La mujer, por su parte, lo miraba sin poder creer que tendría sexo con ese monumento de hombre. Aunque notó que la mente de Fabrizio estaba a miles de kilómetros de allí, no le importó.

«Sexo es sexo», pensó, tratando de infundirse valor. Ella no perdería la oportunidad de estar con el actor más cotizado de los últimos tiempos. A pesar de que él había intentado engañarla cambiando su nombre, ella sabía perfectamente quién era. No era difícil adivinar que estaba frente a Fabrizio Cacciatore. Antonella sabía en su interior que podría detener lo que estaba ocurriendo en cualquier momento, pues era obvio que él estaba despechado y absolutamente

perdido en sus pensamientos. Sin embargo, ella decidió no dar pie atrás, pues una oportunidad como esa no se presentaba todas las noches.

Fabrizio seguía desnudándola, pero se le hacía imposible mirarla a los ojos porque no eran del verde que él añoraba. Tampoco podía verla a la cara, ya que no era el rostro de la mujer que lo había vuelto completamente loco.

La mujer decidió colaborar sacándose sola la ropa interior, un conjunto de un color rosa claro tan pálido como su piel. En cuanto quedó desnuda, se dio a la tarea de desvestirlo a él. Le bajó los vaqueros hasta dejarlos en el suelo y se los sacó. Él estaba excitado y se le notaba, Antonella agradecía eso, ya que con la terrible borrachera que él traía encima, ella había dudado que el actor pudiera llegar a concretar algo. A continuación, Antonella le sacó la ropa interior y vio su erección. Se puso de rodillas dispuesta a darle sexo oral, pero él la detuvo.

—No quiero eso de ti. Ven a la cama —pidió mientras pensaba en el recuerdo de Gina dándole placer con su boca. Nadie podría competir con eso.

Antonella se puso de espaldas en la cama con las manos y los pies extendidos, exponiendo su sexo, ya húmedo por la excitación que le producía ese hombre. Entretanto, Fabrizio sacó un preservativo de la maleta que recogió del suelo y se lo colocó, estaba listo para la acción.

«Ni se te ocurra abandonarme ahora, cabrón. Tú me metiste en esto y me acompañarás hasta el final», se dirigió mentalmente a su miembro.

—Ya estás lista —afirmó al palpar la humedad de Antonella—. No necesitamos más preámbulos entonces.

Fabrizio le separó las piernas con las manos y la penetró con una certera estocada. Antonella se sorprendió por lo brusco que fue, pero no dijo nada, ya que no quería cuestionarse. Ella estaba disfrutando como nunca el hecho de tener a ese hombre en su interior.

El actor siguió penetrándola a un ritmo rápido, mientras los gritos de ella llenaban la habitación. En un momento tuvo la intención de decirle que se callara, que no hablara, que ella no era con quien quería estar, pero se contuvo.

«No seas cabrón. La culpa no es de ella. Tú eres el imbécil», pensó mientras aumentaba la cadencia de sus estocadas, llevando a la chica hacia el clímax. «Por lo menos, se merece el orgasmo».

Con dos fuertes estocadas más, Antonella llegó al orgasmo de forma explosiva, mientras que él para poder correrse tuvo que cerrar los ojos y volver a aquella habitación de hotel en Argentina y evocar la imagen de Gina llegando al orgasmo junto con él. Ese único recuerdo le bastó para eyacular. Había experimentado la liberación corporal, mas su alma seguía encerrando aquel dolor que le dificultaba incluso respirar. Él se negaba a abrir los ojos, dado que sabía que al hacerlo no encontraría a la mujer que dominaba sus pensamientos.

Antonella, percatándose de que él no reaccionaba, le acarició suavemente el rostro con preocupación.

—¿Estás bien? —Preguntó acariciándole el rostro. Ese gesto bastó para sacar a Fabrizio de su ensoñación.

—Sí, estoy bien —respondió, abriendo los ojos—. Aunque todavía me siento un poco mareado.

Salió del interior de Antonella, se deshizo del preservativo y se tendió en la cama con la mirada perdida.

La chica supo que ya no tenía nada más que hacer allí, así que recogió su ropa de prisa y salió lo más rápido posible de la habitación. Se sentía terriblemente usada, a pesar de que ella se lo había permitido. Sin embargo, Antonella no se iba a quedar de brazos cruzados. Ya había

planeado la manera de sacarle provecho a esta situación.

—Me voy —anunció con frialdad, esperando obtener una reacción por parte de él. No obstante, el actor seguía perdido en sus pensamientos—. Mañana tengo que trabajar. Tú trata de dormir y deja de beber. El alcohol no te hará nada bien, Fabrizio.

En aquel momento, Fabrizio no sabía las consecuencias que le traería esa noche. Aquel desliz no había significado nada para él. De hecho, todavía seguía sin poder sacarse a Gina de la cabeza. Cuando Fabrizio tomó conciencia de lo que había hecho, no pudo evitar que las lágrimas corrieran por su rostro. Lloraba por ella y por él, por lo que no fue y por todas esas palabras que se quedaron atoradas en su garganta, por sucumbir al despecho y por terminar en la cama con una mujer cualquiera, cosa que no hacía desde hace varios años. Todo ese sufrimiento se debía a su cobardía, ya que se negaba a aceptar que estaba perdidamente enamorado de aquella argentina, quien había llegado a lo más profundo de su corazón con unos simples mensajes y con su posterior entrega.

Mientras tanto, en el ascensor, una muy sonriente Antonella tomaba su móvil y ponía en marcha el plan que había tramado en cuanto vio al famoso actor entrar en el bar del hotel. Su objetivo era dejarlo totalmente expuesto ante el mundo entero.

Capítulo VII

«Acción y consecuencia».

Gia tenía bastantes hábitos. Por ejemplo, acostumbraba a levantarse siempre a las seis de la mañana para salir a trotar. Durante su recorrido, aprovechaba de repasar y organizar mentalmente todas las cosas que debía hacer durante el día. De regreso en su hogar, tomaba una ducha antes de seleccionar su atuendo de acuerdo a su estado de ánimo. Acostumbraba a usar vestidos —dignos de alabanza— de un solo color para ir a trabajar, a pesar de que prefiriera andar con vaqueros y zapatillas. Parte de su rutina era también desayunar con el televisor encendido, mientras leía las noticias en su iPad.

Extrañada por la falta de noticias por parte de Fabrizio, revisó aquel aparato al igual que su teléfono, buscando alguna novedad sobre él. Si bien no tenían una amistad muy dependiente el uno del otro —ambos disfrutaban de su autonomía— él la llamaba por lo menos una vez al día. Sin embargo, llevaba un tiempo sin recibir un mensaje de él. Por este motivo e impulsada por la curiosidad y algún extraño presentimiento, buscó en internet el nombre de su amigo. En cuanto lo hizo, descubrió que Fabrizio estaba en problemas: una mujer lo acusaba de haberse aprovechado de ella. La joven aseguraba que él la había seducido para llevarla a la cama y que, tras satisfacerse, la había echado a la calle. La mujer amenazaba con vender las fotos que comprobaban sus denuncias y exponer al actor frente a los medios de comunicación. El escándalo ya había sido publicado en todas las revistas y circulaba en distintos programas de televisión cuyo foco principal era analizar y criticar de forma mordaz a cualquier individuo mediático. La piedad deja de importar cuando se trata de obtener mayor sintonía.

Gia tomó su teléfono de inmediato para llamar a Fabrizio, pero luego de notar que él tenía el móvil apagado, decidió contactarlo a través de sus redes sociales, sin éxito. La prensa de espectáculos aseguraba que su amigo se estaba hospedando en el hotel J.K Place, así que decidió hacer uso de sus contactos para poder hablar con él.

Giannina no solo tenía la fortuna de conocer a mucha gente en varios lugares diferentes, sino que además se caracterizaba por ser muy persuasiva. Ella siempre conseguía lo que se proponía. Aquella particular característica era muy apreciada tanto por la familia como por la empresa Cacciatore.

—¡Te voy a matar, Fabrizio Cacciatore! ¡Eres imbécil o qué! —gritó en voz alta, sabiendo que nadie le prestaba atención a sus palabras cargadas de rabia. Sin duda, que su amigo fuera tan insensato le provocaba mucha ira.

Pensó que debía llamar a la casa de los Cacciatore, puesto que no sabía si la familia se había enterado de los sucesos en los que se había visto involucrado Fabrizio. Si ellos todavía no sabían lo que se rumoreaba, era mejor que los pusiera al corriente.

En la familia de Fabrizio acostumbraban a mantener un perfil bajo, puesto que les era necesario mantener una reputación intachable en su empresa de arquitectura. Sin embargo, cada vez que Fabrizio se metía en problemas, éstos provocaban repercusiones indeseadas. En estos casos, los Cacciatore se veían en la obligación de ofrecer explicaciones a los socios de la empresa por los deslices del actor.

Don Luca amaba a sus hijos, pero en circunstancias como éstas, se arrepentía de haberle permitido a Fabrizio perseguir su sueño de ser actor. Él no dudaba del talento del joven, de

hecho, consideraba que sus interpretaciones en teatro eran espléndidas y lo admiraba por eso. No obstante, le desagradaban las implicancias de su carrera.

Él estaba trabajando cuando recibió la llamada de Gia, quien le contó a grandes rasgos lo ocurrido con Fabrizio y le prometió buscar una solución al problema. Don Luca congregó al resto de la familia y les comentó los hechos con el fin de que estuvieran preparados ante la muy probable avalancha de complicaciones que estos rumores acarrearían. Ya tendría tiempo para reunirse a conversar con su hijo menor.

Fabrizio despertó con una gran resaca, una situación que se había vuelto habitual para él en los últimos días. Su primer pensamiento fue sobre la mujer que había logrado en tan solo una noche lo que ninguna había conseguido en años: clavarse en lo más profundo de su corazón. Él no podía erradicar de su mente los recuerdos que conservaba de Gina.

Apesadumbrado, volvió a revisar —de principio a fin y por milésima vez— las fotografías del perfil de la argentina en su iPad. El deseo de tenerla a su lado recorría su cuerpo con intensidad.

De pronto, Fabrizio notó que ella se había conectado y, sin poder resistirse, abrió el chat para escribirle.

FabrizioC_

Mi bella ragazza, ¿cómo has amanecido?

GinaA_

¡Fabrizio! Estoy bien. Pensaba que no volverías a escribirme después de que te fuiste sin siquiera despedirte. Solo me dejaste una nota.

La culpa lo golpeó en seguida. No solo se reprochaba por haberla abandonado en el hotel, sino que también por haber tenido sexo con la mujer que conoció en el bar. El arrepentimiento hizo que se quedara congelado, con el iPad en sus manos sin saber qué escribir. Entretanto, a Gina le ponía nerviosa que él no contestara.

GinaA_

Fabrizio, ¿pasa algo? ¿Te encuentras bien?

La vibración de su iPad lo sacó del estado de entumecimiento en el que había caído. Los ojos se le llenaron de lágrimas después de leer el mensaje que le había escrito Gina. Él no sabía si debía confesarle lo que había hecho, dado que no había querido lastimarla ni muchos menos deseaba que ella se alejara de él. Ya no podía ignorar lo que su corazón le decía: él se había enamorado. Aquella revelación le hizo sentir sorprendido y acorralado al mismo tiempo. Si quería tener una oportunidad con Gina, lo mejor que podía hacer era callar el error que había cometido.

FabrizioC_

Tranquila, no pasa nada. Pasé la noche leyendo mi nuevo libreto y recién acabo de despertar.

Con la mirada vagando por el techo del hotel, Fabrizio se sentía como el peor mentiroso de la historia. Le suplicaba a Gina mentalmente que lo perdonara.

GinaA_

Ahhh... Menos mal, porque por un minuto pensé que te habías arrepentido de escribirme... De verdad me pone contenta que ya estés preparándote para tu nuevo proyecto. Estoy más que segura de que será un éxito.

El teléfono de la habitación comenzó a sonar con insistencia antes de que Fabrizio alcanzara a redactarle una respuesta. El hecho le pareció extraño, ya que nadie sabía dónde se encontraba, así que decidió dejar que sonara hasta que cortaran la llamada. Sin embargo, aquel condenado

aparato empezó a sonar nuevamente.

FabrizioC_

Disculpa, Gina, pero debo contestar una llamada importante en este momento. Prometo conectarme más tarde para continuar con nuestra conversación.

GinaA_

No hay ningún problema, de igual manera ya tenía que despedirme. Fátima regresó de Chile lo que significa que tengo que volver a trabajar. En todo caso, antes de despedirme deseo agradecerte por la hermosa noche que me diste. Ese será por siempre uno de los recuerdos más bonitos de mi vida.

FabrizioC_

Gracias a ti, mi *bellezza* argentina. Para mí esa noche también fue y será inolvidable.

Gina se sentía un tanto inquieta, pues había percibido a Fabrizio algo distante. A pesar de que siempre le decían que era una mujer muy intuitiva, esperaba que su perspicacia estuviera errada esta vez. Ella quería creer que todo estaba bien con el italiano de sus sueños, tal como él había asegurado.

Entretanto, el teléfono seguía sonando sin cesar. Aquel molesto ruido lo estaba volviendo loco.

—¡En este puto hotel no respetan ni una petición! ¡Pedí expresamente que no me fastidiaran! —gritó, pateando las cobijas de la cama antes de tomar el auricular con rudeza—. ¿Quién se atreve a molestarme a esta hora?

—¡Hasta que por fin contestas, imbécil!

—¿Gia? ¿Qué demonios te pasa? —expresó Fabrizio sorprendido por la forma en que Gia se había dirigido al él. Ella nunca le había hablado de esa manera.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? ¿En qué mundo vives? ¿Has leído la prensa? —Su amiga hablaba de forma atropellada.

—No he visto nada, acabo de despertar —contestó Fabrizio—. ¡¿De qué forma pretendes que adivine lo que quieres decirme?!

Gina respiró profundo, pues cuando su amigo se encontraba de mal humor era muy difícil aguantarlo. No obstante, ella siempre encontraba la manera para hacerlo entrar en razón.

—¿De verdad no tienes ni idea del escándalo en el que te has metido? —le dijo su amiga a punto de perder la paciencia.

—Gia, ¿puedes dejar de dar vueltas y decirme de una puta vez de qué estás hablando?

Ella comenzó a relatarle los acontecimientos que la prensa estaba divulgando acerca de él, explicándole que había una mujer que lo acusaba de haberle prometido una relación para meterla en su cama, pero luego de haber logrado sus ruines propósitos la había humillado y expulsado a la calle.

—Fabrizio, ¿en realidad pasó todo esto? Yo no creo que seas capaz de hacer algo así, pero ella dijo cosas de ti que no debería saber nadie que no te haya visto completamente desnudo. — Gia se refería a la marca de nacimiento con forma de sol que Fabrizio tenía justo en la base de su pene. Aquél era un rasgo físico bastante explícito. De hecho, Luca siempre bromeaba señalando que si su hermano desaparecía un día y su cuerpo estuviera casi irreconocible, podrían identificarlo gracias a aquella mancha.

Fabrizio no podía creer lo que escuchaba. La mañana había transcurrido dando paso a la tarde, y él seguía con resaca. Su jaqueca se intensificaba después de escuchar los reclamos de Gia, quien no podía entender la estupidez de su amigo.

—Tenemos que hablar —expresó el actor—. En cuanto salga de aquí, me voy a tu casa.

—Creo que el alcohol te ha afectado el cerebro. —La furia de Gia todavía no menguaba—. El hotel está rodeado de *paparazzis*, ¿cómo crees que supe dónde estabas, idiota?

—¡Maldita sea! —Fabrizio lanzó una almohada al suelo. Se sentía frustrado e iracundo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Quédate tranquilo y déjalo en mis manos, ya se me ocurrió un plan. Supongo que tienes claro que yo soy la inteligente en esta dupla, ¿no? Tú solo eres el cuerpo bonito —respondió, riéndose de su propia broma—. Prometo que te sacaré de ahí. Por favor, no hagas ninguna otra tontería mientras pongo mi idea en marcha. Quiero que te mantengas lo más alejado posible del alcohol.

—Créeme que lo que menos deseo en este momento es beber algo que no sea agua. ¿Alguna otra advertencia?

—Tu familia está al tanto de todo.

—Mierda. Gracias por avisarme.

Apenas Giannina cortó la llamada, se dedicó a trazar la estrategia para que Fabrizio pudiera escapar del hotel sin ser visto por los *paparazzis*. Llamó a sus conocidos allí para darles a conocer sus propósitos y les pidió que bloquearan la entrada al piso donde se encontraba su amigo. Ninguna persona debía circular por el lugar. Gracias a su gran poder de persuasión, consiguió todo lo que requería para que el actor pudiera salir del J.K Place, un edificio admirado por su fascinante modernidad y que era considerado una verdadera obra de arte.

Fabrizio se levantó de la cama para poner a cargar su teléfono móvil, puesto que éste llevaba varios días sin batería. Luego se desnudó para tomar una larga ducha de agua helada que le sirvió para aclarar su cabeza. Él sabía que se había metido en un buen lío. Se estaba reprochando por su falta de buen juicio cuando, de pronto, su mente le hizo ver algo que no había considerado: ¿qué pensaría Gina cuando se enterara de esto?

«Soy un imbécil. Ahora ella se dará cuenta de que le mentí y pensará que lo nuestro no tuvo nada de verdadero, cuando lo cierto es que ha sido lo único real en mi vida. Tengo que hablar con ella», pensó.

De regreso en la habitación, se paseó desnudo con el agua corriéndole por el cuerpo y fue a buscar su teléfono móvil para enviarle un mensaje a Gina. Él anhelaba que ella quisiera conectarse y hablara con él, puesto que le era imperativo explicarle su conducta, aunque sabía que no había excusa posible para tamaña estupidez:

FabrizioC_

Gina, espero... más bien, necesito que conversemos para poder aclarar esta situación contigo. Por favor, conéctate. Tú eres muy importante para mí, no lo olvides nunca. Yo siempre recordaré tu entrega y sensualidad. Te has convertido en una persona muy especial en mi vida.

Fabrizio decidió probar suerte tratando de averiguar si es que Gina estaba conectada en alguna de sus otras redes sociales. Comenzó a desesperarse cuando vio que no era así, pues realmente no quería perderla. Él era incapaz de concebir sus días sin comunicarse con ella, sin leer con detalle cada palabra que esa mujer le escribía. Su necesidad de hablar con Gina había llegado a tal punto, que estuvo tomando clases de español en línea para no depender del traductor.

Los días de Fabrizio hasta antes de esa noche de pasión se dividían entre las conversaciones con Gina, la lectura de guiones de obras de teatro para las que quería presentarse a audición y sus clases de español, en las cuales ponía todo su empeño. Él deseaba sorprenderla hablándole en su propio idioma. Sin embargo, seguía costándole y había algunas palabras que continuaba sin entender, por eso no se había animado a contárselo todavía. No obstante, estar con ella lo había

cambiado todo.

Fabrizio notó que seguía desnudo porque el frío recorría su cuerpo. Por dicho motivo buscó en su equipaje un pantalón de chándal negro y una camiseta del mismo color, se calzó sus Converse y guardó el resto de sus pertenencias en la maleta: su iPad, los cargadores y la ropa que tenía desperdigada por el suelo. Tiró todo adentro sin siquiera preocuparse por el orden de las cosas.

Él lamentaba que su familia estuviera otra vez en el ojo del huracán por su culpa. Se sentía como el peor idiota del mundo. Tenía treinta y tres años y continuaba comportándose como un veinteañero.

«Mi familia no se merece esto», meditó mientras seguía rellenando su valija. Sin embargo, se detuvo cuando encontró la horquilla para el pelo de Gina. Fabrizio había guardado el pequeño objeto en su maleta después de desnudarla. Aquella noche, él le soltó el cabello, ya que quería verla despeinada y, de paso, aprovechó de guardar un recuerdo de ella. Ahora ese sería el único elemento de Gina que podría conservar. Fabrizio volvió a guardarlo con delicadeza dentro de su equipaje, como si se tratara de un tesoro invaluable.

Él la había imaginado muchas veces desnuda bajo su cuerpo, jadeando y disfrutando, llevando su pelo suelto, cubierta solo con sus besos. Recordó las sensaciones que experimentó cuando por fin estuvo dentro de ella, lo bien que se sintió. La comunicación que tuvieron sus cuerpos fue espectacular, casi como si se reconocieran.

—Hasta tu piel sabía que éramos el uno para el otro —habló para sí mismo el italiano, golpeando la pared con la mano. Ni siquiera el dolor físico podía compararse al que sentía en su corazón. Él había actuado mal—. No quise aceptar que dependo de ti. ¡Soy un idiota! Supe que tú eras mi lugar en el mundo desde que te conocí.

Fabrizio seguía golpeando la pared con sus manos, quería que le doliera, aunque sabía que aquel daño era poco comparado con lo que tendría que enfrentar. Él deseaba evitar que Gina sufriera, pero no sabía cómo hacerlo.

Los pensamientos que rondaban su cabeza aún eran confusos. Fabrizio daba vueltas por el cuarto como león enjaulado, enojado con la situación, pero se sentía más furioso consigo mismo. Le atormentaba imaginar la agonía que le provocaría a la mujer que amaba. Se tomó la cabeza con ambas manos.

Miró su iPad muchas veces, no obstante, ella no se conectaba. Miles de ideas cruzaban su mente, cada una más descabellada que la otra. Quiso llamarla, pero no tenía su número de teléfono. Sin embargo, la aplicación de mensajería le ofrecía la opción de comunicarse con ella de esta forma.

«¡No seas idiota! De seguro no se ha conectado porque está en el trabajo». Probablemente ella le devolvería el mensaje más tarde. Aquella era su única esperanza.

Un golpe en la puerta de su habitación consiguió distraerlo de sus pensamientos. Cuando fue a abrir, se encontró con un joven, quien le entregó una bolsa. En su interior había un traje de bombero junto con una nota que decía: «Ponte esto. En cuanto te avise, sales por la puerta trasera. Prepárate».

Gia siempre sabía qué hacer para que todo funcionara bien. Ella era su mástil y, más aún, era su gran aliada. Estaba dispuesta a ayudarle a pesar de estar enojada con él.

Fabrizio se vistió con aquella indumentaria y esperó las instrucciones, después se encargaría de comunicarse con Gina. En ese instante, alguien golpeó la puerta con mucha fuerza. Como no quiso abrir, le gritaron desde el exterior:

—Señor, tiene que salir. Hay una alarma de incendio.

Fabrizio se puso el casco e hizo gala de todo su talento actoral abriendo la puerta y respondiendo:

—Ya revisé acá. Yo sigo con las otras habitaciones de este piso, no se preocupe —El joven de la puerta se mostró sorprendido.

—Está bien, señor. Lo dejaré seguir trabajando.

Fabrizio aprovechó la ocasión para tomar sus cosas y salir de la habitación. Haciéndole caso a Gia, se dirigió hacia la salida trasera del hotel, en donde encontró un automóvil aparcado cerca de la puerta. Luego de acercarse y divisar a su amiga esperándolo tras el volante, se subió al vehículo con premura.

—Hola —saludó Fabrizio.

—Después hablamos —contestó Gia con un tono de voz seco—. Tienes muchas cosas que explicar.

Gina llegó a su casa decidida a olvidarse de aquella noche. Había sido especial, sin duda. Con Fabrizio se sintió única, sensual y deseada, pero no podía pretender que se repitiera. Lo vivido había sido una fantasía, un sueño cumplido y nada más.

Lo primero que hizo al entrar en su hogar fue dirigirse a su cuarto para buscar su teléfono móvil. Lo había dejado en su casa antes de salir, puesto que no quería que la llamaran a cada rato, algo que sucedía cada vez que salía. Notó que tenía una cantidad absurda de notificaciones, aunque lo que más le sorprendió fueron las treinta y cinco llamadas perdidas que tenía de Fátima. Decidió devolverle el llamado de inmediato. Bastó que sonara el tono dos veces para que Fátima atendiera.

—¿¡Dónde carajos estabas?! —La voz de su amiga indicaba que estaba muy molesta—. No sabes lo asustada que me has tenido, imaginé miles de escenarios horribles. José llamó para preguntarme si estabas conmigo, le dije que sí, pero que no podías hablarle, ya que justo habías salido a hacer algunas compras. Me tenías y me sigues teniendo preocupada. ¡Me cansé de llamarte sin recibir respuesta!

—Fui a la casa de mi abuela y salí sin el móvil, por eso no te pude contestar.

—Puesto que se supone que estás conmigo, lo mejor será que vengas cuanto antes a mi casa y me cuentes todo. ¡Ah! Y por José no te preocupes. Él me pidió que te avisara que pasaría el fin de semana en el campo con su familia y que se llevaría a los chicos con él.

—¡Uf, qué alivio! —La respiración de Gina se calmó después de que Fátima le dijera esas palabras.

—¡Vente a mi casa! ¡Ahora!

—No puedo. Quiero hablar con los chicos y necesito dormir. Además, todavía no sé cómo explicarte lo que pasó. En serio, amiga, serás la primera en saberlo todo. Solo dame tiempo para organizar el lío que traigo en mi cabeza. Mañana estaré en tu casa a primera hora.

—¡Más te vale! ¡Porque no sabes de lo que soy capaz, Gina Ávalos! —Fátima no siguió insistiendo. Ella sabía que cuando su amiga tomaba una decisión, nadie podía convencerla de echar pie atrás. Por esa misma razón seguía atrapada en un matrimonio que la hacía sentir infeliz, dado que ella se negaba a la idea de hacer sufrir a sus hijos.

Fátima esperaba a Gina hasta que se sintiera preparada para contarle lo que le ocurría, pero su intuición le indicaba que algo había cambiado en la vida de su amiga para siempre.

Gina se dedicó el día entero a poner su casa en orden con la intención de despejar un poco su mente de lo que había sucedido la noche anterior. Comenzó por las habitaciones de los chicos.

Azul era una chica muy desordenada y siempre perdía sus cosas. Su habitación era un total

caos. Aunque Gina le limpiaba y organizaba el cuarto a menudo, éste siempre parecía un campo de batalla. En cambio, Alejo era más pulcro. Su afición por los asuntos militares se dejaba ver incluso en su modo de mantener su dormitorio en orden, así que nunca tenía problemas con él en ese aspecto.

A pesar de que ambos adolescentes se estaban volviendo difíciles —lo que ocasionaba varias discusiones—, para Gina ellos eran su vida entera.

Después de unas cuantas horas, cada rincón de su casa relucía. La ropa estaba limpia y planchada. Su hogar lucía tal como a ella le gustaba.

No se conectó a las redes sociales en todo el día. Había dejado su teléfono móvil sin saldo de internet. Ella se sentía confundida y necesitaba tiempo para pensar. Sin poder evitarlo, Fabrizio hizo acto de presencia en su mente, llevándola nuevamente a aquella habitación de hotel en la que había vivido uno de los momentos más maravillosos de su vida.

«Debo dejar de pensar en él, ¡tengo que hacerlo! ¡Necesito seguir con mi vida!», se dijo a sí misma.

Decidió darse tiempo para aceptar de nuevo su realidad, la que incluía un nuevo e inesperado sentimiento causado por cierto italiano.

Aprovechó la hermosa tarde para dedicarse de lleno a arreglar su jardín, ya que sus flores estaban cada vez más descuidadas. Desde que había comenzado a trabajar con Fátima no les dedicaba mucho tiempo.

Ya era de noche cuando Gina entró nuevamente a su casa. Pensó que bien podía aprovechar la soledad para escuchar su música favorita. Ella agradecía cada ocasión que tenía para hacerlo, puesto que usualmente eran sus hijos quienes se adueñaban del reproductor. Mientras Alejo gozaba con el hip hop anglo, Azul prefería las baladas y el reggaetón. No eran muchos los momentos en que ella tenía la casa para sí misma. Por esta razón, cuando se presentaban, los disfrutaba para darse sus gustos, como leer o escuchar su música favorita. Gina seleccionó la reproducción aleatoria antes de tomar un libro que anhelaba leer desde hacía tiempo. Se acomodó en un sillón y se dejó cautivar con la historia entre sus manos, mientras la música le hacía recordar. Siguió leyendo hasta que se hizo tarde, por lo que se fue a dormir.

Los ecos de la noche que tuvo con Fabrizio seguían resonando en su interior, al igual que sus besos y la forma en que él se había entregado a ella. Gina deseaba quedarse dormida pronto para poder verlo de nuevo en sus sueños. Volver a estar con él de verdad era un hecho bastante improbable.

Ella se sentía agotada y no estaba segura de la forma en que iba enfrentar a su familia después de lo que había hecho con el actor. Se sentía tan culpable que no sabía cómo volvería a mirar a sus hijos a la cara. No le importaba demasiado lo que José pudiera pensar, aunque sabía que la opinión de él ejercía una influencia en los chicos. Por este motivo, debía actuar con cautela y pensar muy bien en lo que diría. A Fátima le contaría hasta donde pudiera, pues Gina pensaba mantener a Fabrizio como su secreto máspreciado. Sin embargo, al mismo tiempo, necesitaba poder desahogarse con su amiga. Deseaba confesarle la enorme cantidad de sensaciones y sentimientos que el bello actor había despertado en ella.

Gina estaba sumergida en un sueño tan profundo que no escuchó cuando José y sus hijos regresaron. Dado que era bastante tarde, no quisieron molestarla y prefirieron dejarla descansar, pues al día siguiente la rutina de la semana volvería a empezar.

Gina despertó sintiéndose muy repuesta después de haber dormido tantas horas. Se levantó con entusiasmo, dispuesta a realizar todas sus actividades hogareñas con rapidez, ya que después debía ir a trabajar con Fátima. Sus hijos —como de costumbre— se levantaron con el tiempo

justo para bañarse, vestirse y desayunar.

José se tomó su tiempo para leer el periódico mientras bebía su café matutino antes de dejar a los chicos al colegio e irse a su oficina.

A Gina le sorprendió que nadie le preguntara sobre su desaparición. No obstante, no desperdiciaría la oportunidad de guardar su secreto, así que decidió callar.

Después del desayuno, ordenó la casa de prisa y se cambió de ropa. Optó por ponerse un vestido con un estampado floral. Luego, cuando quiso peinarse, se acordó de que había olvidado su horquilla para el pelo en el hotel. Ese simple recuerdo bastó para que ella volviera a pensar en Fabrizio. No habían vuelto a tener contacto desde que él la había dejado sola en aquella habitación. Por eso, luego de ceder ante el deseo y la curiosidad por saber del actor, tomó su teléfono móvil y se conectó a la aplicación de mensajería. Ella esperaba que Fabrizio estuviera en línea para, al menos, saber cómo se encontraba. Algunos minutos después, Gina vio la luz verde del chat y descubrió con sorpresa que él le estaba escribiendo un mensaje.

Gina decidió responderle aparentando normalidad, ya que no quería que Fabrizio la notara mal. Sin embargo, ella percibía que algo no andaba bien con él, dado que sus respuestas eran demasiado frías y tajantes. Gina presentía que Fabrizio le estaba ocultando algo, pero prefería no pensar en eso. Más tarde intentaría averiguar lo que le pasaba.

«Ya consiguió lo que quería. A lo mejor se arrepintió de todo lo que hicimos... Debo dejar de pensar en él. ¡Tengo que hacerlo! Necesito continuar con mi vida», pensó.

Una vez que Gina se repuso de la conversación, tomó sus cosas y salió con rumbo a la casa de su amiga. Caminó con lentitud, disfrutando del paseo al tiempo que seguía procesando tanto su infidelidad y las posibles consecuencias de ésta. Aunque José la había engañado en más de una ocasión, ella jamás pensó en pagarle con la misma moneda. No obstante, ella lo había traicionado sin siquiera proponérselo. No quería continuar pensando en eso, pues la angustia se había apoderado de su corazón.

Apuró el paso y se puso los audífonos con la esperanza de callar su mente.

Mientras que la voz de Sia hablaba algo sobre un corazón elástico, Gina empezó a cantar a todo pulmón sin importarle la forma en que la gente en la calle la contemplaba. Su única preocupación era pensar en lo que le diría a su amiga. Titubeaba sobre si debía o no contarle la verdad. Lo cierto era que incluso dudaba de su cordura, puesto que no sabía qué tan real había sido su noche de pasión con Fabrizio. ¿Y si su mente la estaba traicionando? Por fortuna, las marcas en su cuerpo confirmaban la veracidad de los hechos. Ella todavía podía sentir sus labios hinchados por los besos de Fabrizio, sus pezones seguían sensibles al tacto de la ropa interior y el perfume de él colmaba sus fosas nasales.

«Sí, es cierto. Estuve con él», se repetía una y otra vez para convencerse a sí misma.

El siguiente tema de Sia hablaba del deseo que consumía como fuego y gasolina... ¡Eso era! ¡Qué bien reflejaba su realidad con Fabrizio! Él era el fuego que la había encendido como nunca nadie lo había hecho antes.

Fabrizio había conocido a la verdadera Gina, aquella mujer apasionada y entregada que escondía muy en su interior, la fémina sensual y divertida que ya no salía a la luz porque se había perdido entre las obligaciones de la casa, el desamor de su marido y su propia decisión de conformarse con la vida que llevaba.

De pronto, se descubrió en la entrada de la casa de su amiga. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había llegado a su destino. Fátima la esperaba en la puerta.

—¡Apúrate! Llevo todo el fin de semana con el alma en un hilo. ¿Dónde y con quién pasaste

la noche del sábado? Necesito que me lo cuentes todo.

—Cállate, ya te lo contaré, pero primero entremos a tu casa y, por favor, disimula un poco.

—¿Quieres que finja que estoy calmada? ¡Lo estuve haciendo todo el sábado, mientras se suponía que estabas aquí en mi casa! Pase y póngase cómoda, su majestad, para que comience a hablar de una vez por todas —dijo con voz sarcástica, haciendo una señal hacia el interior de su hogar.

La casa tenía un diseño sencillo, pero bastante funcional, digno de una mujer como Fátima. Gina fue hasta la sala de estar, en tanto su amiga se dirigió a la cocina. Pocos minutos después, Fátima regresó con una taza de café para cada una y se sentó en el sofá.

—Vamos, habla. Ya es hora de que me cuentes —demandó, mientras le entregaba la taza humeante.

—No sé por dónde empezar —respondió.

—Desde el principio sería ideal.

Gina le relató a Fátima —quien conocía su obsesión por Fabrizio Cacciatore— la manera en que empezó a entablar conversación con el actor. Le contó que después de verlo protagonizando la película romántica que ambas amaban, comenzó a seguirlo en sus redes sociales, escribiéndole mensajes a diario con la ilusión de que el hombre le contestara algún día.

—Amiga, espera —interrumpió sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿Hablabas con él todos los días? ¡Pero si tú no hablas italiano!

—Fabrizio habla un poco español, y yo usaba el traductor en línea. Comenzamos escribiéndonos. Sin embargo, después de un tiempo eso no era suficiente, así que nos animamos a vernos en una videollamada. Finalmente, el viernes se presentó fuera de la casa de mi abuela.

—¡¿Qué?! Entonces, ¿te fuiste con él sin decirle nada a nadie? ¡¿Cómo pudiste ser tan irresponsable?! ¿Alguna vez pensaste en las consecuencias? —profirió Fátima con su rostro encendido por la rabia.

—Déjame hablar, por favor —le pidió Gina—. Después podrás decirme lo que quieras.

—Sigue, te escucho.

—Él me secuestró.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que te secuestró?

—¿No se supone que me ibas a dejar hablar? —Gina pudo notar la incredulidad en los ojos de su amiga. Por supuesto, entendía su reacción. Si al ella le hubiesen contado una historia así, también hubiera pensado que se trataba de una broma.

—Yaaa, sigue.

—Lo vi en la calle. No creí que fuera él realmente. De hecho, todavía me cuesta hacerlo. Él me dijo algo, sin embargo, no alcancé a responderle. Creo que utilizó algún tipo de somnífero, ya que no recuerdo el trayecto hasta el hotel. Cuando desperté, estaba en la *suite* del Continental con Fabrizio frente a mí. Pensé que estaba soñando. Ya sabes, creí que era una de las tantas fantasías que solía tener con él.

—Los sueños calientes. —Fátima resopló recordando los sueños húmedos que le relataba su amiga.

—¡Fátima, déjame seguir!

—Continúa, por favor.

—Me pidió que le contara por qué me había obsesionado con él... Aún no estoy segura de lo que me pasó, algo cambió en mí. Pase de ser una aburrida dueña de casa a una gata fiera. Él me dio la libertad para ser quien yo quisiera. Te juro que nunca me he sentido más sensual que en sus brazos y más en libertad que siendo prisionera de su cuerpo. —Los ojos de Gina brillaban al

rememorar lo ocurrido—. Me hizo descubrir sensaciones nuevas. Fue maravilloso. ¡Todavía puedo oler su perfume en mi piel! Y sus besos fueron... ¡Ah, algo increíble! Sé que debería estar arrepentida, pero no lo estoy. Además solo fue una noche y no se volverá a repetir. Fabrizio está de vuelta en su país y yo estoy aquí, en el mío. Estoy segura de que jamás nos volveremos a ver y, con el tiempo, aquella velada se transformará en el sueño que siempre debió haber sido.

Fátima la miraba con asombro. Le era imposible reconocer a la mujer que estaba a su lado. ¿Dónde había quedado la Gina que solo vivía de fantasías? ¿Dónde estaba la mujer tranquila, la madre responsable que solo pensaba en el bienestar de sus hijos y se postergaba a sí misma? Ella se había convertido de un día para otro en una *femme fatale* que disfrutaba del sexo. Fabrizio había transformado a su amiga por completo.

Mientras Fátima reflexionaba acerca de todas las cosas que le había contado su amiga, Gina salió a mirar por la ventana. La melancolía había vuelto a apoderarse de ella. Saber que ya no volvería a ver a ese hombre avivaba la tristeza que sentía en su interior. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas como ríos, inundando de congoja el lugar.

Fátima intuía que Gina necesitaba un momento a solas. Después de todo, esta situación debía ser muy difícil de asimilar para ella. Le dio un momento de privacidad y se acercó a ella cuando la notó más calmada.

—Será difícil, pero ya es hora de aterrizar en el planeta Tierra, amiga. Al menos, siempre tendrás esa ilusión, y la experiencia que viviste quedará guardada en tu memoria. Como tú dijiste, Fabrizio está en su país y tú en el tuyo. Te toca despertar del sueño, bella durmiente, y no precisamente con el beso del príncipe.

—No te preocupes. Ya he vuelto a la realidad.

—Aunque no por eso vamos a dejar de curiosear. Veamos qué novedades encontramos en internet sobre tu actor.

—¿De verdad crees que sea una buena idea?

—Sí, ¿por qué no? Puedes seguir viéndolo y sabiendo de él, incluso si es solo a través de la prensa.

—Fátima, ¿piensas que habré significado algo especial en la vida de Fabrizio?

—Mira, no lo conozco, pero si él viajó miles de kilómetros para pasar una noche contigo, debe ser por algo. Imagino que una persona no invierte tanto tiempo y dinero para tener una maratón de sexo pudiendo obtenerla de forma gratuita.

—No sé si darte un abrazo o un golpe.

—Mejor yo te doy un abrazo. Sabes que tu secreto está a salvo conmigo, ¿cierto? ¡Nunca pensé que mi amiga se acostaría con un famoso actor de cine!

Ambas mujeres se dirigieron al escritorio que había al costado de la sala de estar. Mientras Gina servía más café para las dos, Fátima escribía el nombre del actor en la barra de búsqueda de su iPad de última generación. Lo que encontró le causó una gran molestia, puesto que no quería que su amiga sufriera. Ahora se sentía muy culpable por haberla incentivado a buscar noticias de él, aunque tampoco deseaba engañarla. Debía mostrarle lo que los medios de comunicación rumoreaban. Después de todo, Gina se había ilusionado con la idea de tener novedades suyas. Sin embargo, no hizo falta que Fátima le diera una palabra de advertencia, pues el gesto en su rostro había sido suficiente.

Gina le quitó el aparato electrónico de las manos sintiendo que su pecho se oprimía. La prensa sensacionalista aseguraba que Fabrizio había tenido relaciones con una mujer llamada Antonella en el hotel J.K Place de Roma. El hecho habría ocurrido poco después de haber provocado un gran alboroto en el avión de regreso a Italia debido a su gran ingesta de alcohol.

Los eventos descritos eran bastante recientes, dado que las publicaciones las habían realizado solo un par de horas atrás.

—¡Soy una estúpida! —gritó al tiempo que corría a encerrarse en el baño para llorar tranquila—. No sé cómo se me ocurrió que lo que había pasado entre nosotros podría haber tenido un significado especial para él también. ¡Se acostó con otra apenas pisó suelo italiano! Y yo que aún lo siento en mí, ¡mi cuerpo todavía lleva sus huellas! Soy una tonta. Fui una más en la lista de un actor mujeriego.

—Gina, cálmate.

—No puedo... No puedo. ¡Hablé con él esta mañana, y él me mintió! Ahora entiendo por qué me trató de esa forma tan fría y distante. El muy desgraciado se burló de mí. Es probable que esté riéndose a costa mía. ¡Qué tonta que soy! —exclamó entre gritos y lágrimas, sintiendo cómo su corazón se rompía en mil pedazos.

Fátima no sabía qué hacer. Jamás había visto a su amiga tan destrozada. Ni siquiera cuando se enteró de las infidelidades de José había reaccionado de esa forma.

—Por favor, amiga, trata de calmarte. En la tarde verás a los chicos. ¡No puedes regresar a tu casa en ese estado! —La sola mención de sus hijos hizo que Gina se tranquilizara un poco.

—Tienes razón. Déjame sola un rato. Quiero expulsar todos estos sentimientos de mi interior. Necesito despedirme de él y de esta fantasía para siempre. ¿Podrías traerme mi teléfono?

—¿Qué vas a hacer?

—Dejar los sueños para los cuentos de hadas. Ambos ya tuvimos lo que queríamos, así que no vale la pena que siga manteniendo el contacto con él. Lo que ocurrió ya ha quedado atrás. Fabrizio es pasado.

—Por tu bien espero que así sea. Tal como señalaste, cumpliste tu sueño y ahora la realidad te espera. —Fátima pensaba en la forma en que la vida de su amiga había cambiado de un momento a otro y en lo plena y feliz que lucía antes de leer los tabloides. Desafortunadamente, su amiga volvía a apagarse, regresando a su antigua actitud de madre abnegada.

Gina tomó su celular y, sin detenerse a revisar ninguno de los mensajes que tenía, bloqueó a Fabrizio de todas sus redes sociales.

—Como dice Azul: «es historia antigua» —expresó, mientras secaba sus lágrimas, decidida a dejar de llorar—. Me repetiré esas palabras las veces que sean necesarias para convencerme. A partir de hoy, Fabrizio Cacciatore se ha convertido en un hermoso y doloroso recuerdo.

Capítulo VIII

«Todo lo que fui y todo lo que soy».

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó Fabrizio, dejando caer la maleta que llevaba —. Creo que necesito algo fuerte para beber antes de hablar.

—Lo más fuerte que te voy a dar es un café bien cargado. Recuerda que estamos en mi casa. Yo no tengo alcohol y, aunque tuviera, no te daría.

—Acepto el café. —Fabrizio se sentó en un taburete frente a la barra de la cocina.

—Todo sea por retrasar la conversación. —Gia lo contempló con cariño fraternal. A pesar de que ambos tenían la misma edad, ella tendía a ser muy protectora con él.

—Lo que tengo que contarte es largo, así que necesitaremos más de una taza de café.

Se encaminaron a la sala de estar, donde Fabrizio se quitó el traje de bombero y los zapatos, quedando solo con un pantalón deportivo y una ajustada camiseta sin mangas.

Gia admitía que él tenía un cuerpo de infarto. Sin embargo, esto no le provocaba ninguna emoción especial.

—Apresúrate bailarín exótico frustrado, no te estás preparando para la audición de una nueva versión de «Magic Mike». Además, no tengo todo el día y mi paciencia está llegando a su límite.

—¡Qué mal humor, Gia! ¡Consíguese una novia! —comentó Fabrizio, guiñándole un ojo.

—Son tus estupideces las que me irritan. Mi soltería no tiene nada que ver con esto. A diferencia de ti, mi vida no se reduce al sexo. —Gia estaba furiosa con su amigo.

—Eso fue un golpe bajo, Gia, incluso para ti. —El rostro de Fabrizio pasó de estar alegre a melancólico. Él odiaba que le recordaran su pasado.

—Perdón, señor sensible. ¿Puedes apresurarte y comenzar a contarme cómo llegamos a esta situación? Cuéntamelo desde el principio.

Fabrizio comenzó a relatarle a su amiga todos los acontecimientos que derivaron en el problema en el que estaba. Le dijo cómo conoció a Gina, le habló de las conversaciones que mantenían a través de las redes sociales y le admitió lo grato que había sido hablar con una mujer tan especial como ella. También reconoció lo obsesionado que se sentía por aquella argentina — un sentimiento que no había decrecido, pues todavía estaba fascinado con ella— y le confesó lo que tuvo que hacer para compartir una noche con esa mujer.

—Fabrizio, detente ahí. ¿Me vas a decir que arrendaste un avión, viajaste a otro país y secuestraste a una mujer solo para acostarte con ella? ¿Cómo la sacaste de su casa? ¿Está casada?

—Déjame ordenar los hechos. Primero, la localicé gracias al GPS en su teléfono móvil. Durante una de nuestras conversaciones, le pedí que instalara una aplicación para que así yo pudiera saber siempre dónde estaba ella. Después de un vuelo nocturno que se me hizo eterno, llegué a Argentina. Una vez allí fui al hotel a preparar lo que necesitaría y luego ubiqué su casa. La estuve vigilando durante gran parte del día. Ella salió y fue a la casa de su abuela. —Tomó un respiro y continuó su narración—. Intercepté a Gina después de que se despidió de la anciana. Antes de que me digas algo, no te preocupes, me aseguré que nadie estuviera cerca para vernos. Cubrí su boca con un pañuelo que tenía cloroformo y la subí de prisa al automóvil que había arrendado para llevarla al hotel. Ningún empleado me detuvo. Como buen actor, representé con maestría el rol de novio preocupado por su chica, quien había bebido en exceso, y me creyeron, por supuesto. Tuve que esperar casi una hora para que ella despertara. Aproveché la ocasión para desnudarla y vestirla con un pijama igual al que ella usaba cuando hablábamos por videollamada.

Tuve que esforzarme bastante para encontrarlo, pero quería que Gina supiera que yo sí me fijaba en ella y que incluso notaba lo que usaba.

Giannina no daba crédito a las palabras de su amigo. Lo contemplaba sin poder convencerse de que él fuera capaz de semejante locura.

—Y sí, ella está casada y tiene dos hijos adolescentes. —Fabrizio siguió con su relato ante la mirada incrédula de Gia. Él no podía dejar de hablar de ella. Sentía que sus sentimientos lo desbordaban—. Ella tiene casi nuestra edad, aunque se casó muy joven. La conocí a través de mis redes sociales. Gina me seguía y me enviaba mensajes a diario. Después de mi accidente, decidí aprovechar mi tiempo de reposo para hacerme cargo de revisar lo que me escribían o decían de mí en las redes. Así fue como la encontré. Para ser sincero, fue algo muy loco, porque al principio me oculté tras una identidad falsa. Sin embargo, su franqueza logró que me decidiera a dejar de ocultarme y le revelé mi identidad a través de una videollamada. El viaje a Argentina fue idea mía. Como te conté, tuve que secuestrarla para sorprenderla, pero después ella decidió quedarse conmigo. Aquella fue la mejor noche de mi vida, una que no he conseguido olvidar.

—Sí, se nota. Especialmente por lo que dice la prensa de ti, querido. —Gia no podía dejar de ser sarcástica con su amigo.

—Gracias por el apoyo, sabía que podía contar contigo. —respondió Fabrizio, molesto—. Sé que fui un gran idiota, un estúpido, un imbécil y todas esas cosas que están en tu cabeza y que aún no dices. Yo solo quería olvidarla. No puedo depender así de una mujer que no va a estar jamás en mi vida. Ya te dije que ella tiene familia e hijos a los que ama. Sin embargo, eso no fue impedimento para hacerla mía. Gina se alojó en mi corazón.

—Ah, Fabrizio, no quisiera estar en tus zapatos. ¿Qué vas a hacer ahora? Estoy segura de que las noticias llegarán a su país y dudo que piense algo bueno de ti cuando se entere de lo que hiciste. Yo soy mujer y sé cómo pensamos. Si me hubieras hecho eso, te cortarías las pelotas, pero por lo que me has contado de esa chica, lo más probable es que ella ya no quiera saber nada más de ti. ¿Pensaste en eso, querido? —Fabrizio se tomó la cabeza con ambas manos. Las palabras de Gia lo habían hecho reaccionar. Él lo había estropeado todo. Si su amiga tenía razón, Gina iba a querer salir por completo de su vida.

Gia encendió el equipo de sonido de la sala y activó la reproducción aleatoria. Luego se acercó a su amigo sin saber qué decirle, pues todavía no podía asimilar lo que él le había contado.

—Gia, si quieres hacerme sufrir con la música, lo conseguiste.

Fabrizio no dudaba de las buenas intenciones de su amiga. Él estaba seguro de que ella no lo hacía a propósito. Elton John era el cantante favorito de Gia —lo admiraba tanto por su talento como por su participación en la defensa de los derechos de las minorías sexuales, una actividad que ambos compartían—, así que era lógico que tarde o temprano sonaría alguno de sus temas.

—Pareciera que esta canción fue hecha para ti. —Casualmente, las palabras de Elton John le recordaban la situación en la que se encontraba.

*«I want love, but it's imposible
A man like me, so irresponsible
A man like me is dead in places
Other men feel liberated*

*I can't love, shot full of holes
Don't feel nothing, I just feel cold
Don't feel nothing, just old scars*

Toughening up around my heart...»

Gia notó que la expresión de Fabrizio había comenzado a cambiar. La letra de la canción le había afectado profundamente. Él era aquel hombre que anhelaba un amor, pero que no lo tenía porque no lo merecía. Ella veía cómo el dolor se reflejaba en sus ojos. El gesto de tortura en el rostro de su amigo le mostró que aquella mujer que vivía en Argentina había sido más que una simple aventura para él.

Lo vio huir al dormitorio que acostumbraba a usar cuando se quedaba en su casa y escuchó con paciencia a Fabrizio mientras destrozaba la habitación, manteniéndose al margen. Gia sabía que él necesitaba hacer eso para desahogarse. ¡Conocía tan bien a su amigo!

Ella entró cuando notó que Fabrizio se había calmado y lo encontró en el suelo, haciendo añicos todos los periódicos que hablaban sobre su desliz.

—Haz lo que quieras ahora. Destroza la casa completa si quieres, pero mañana ya no te quiero ver así. Buscarás a esa mujer y hablarás con ella. Después de eso, que sea lo que tenga que ser. Que sea lo que Dios quiera.

Gina continuó con la vida que llevaba antes de toparse con Fabrizio y sus hermosos ojos grises. Se levantaba muy temprano todos los días para ordenar las cosas de sus hijos, planchar la ropa y preparar el desayuno para la familia. Después de que José salía con los jóvenes para llevarlos al colegio —antes de partir al trabajo—, ella recogía las cosas, limpiaba la casa y se iba a su oficina para organizar un poco el caos que era su amiga y jefa.

Fátima tenía bastante éxito con su empresa de decoración de interiores, el cual era muy requerido. Se caracterizaba por su enorme creatividad y talento, a pesar de ser un desorden ambulante. Gina, en cambio, era muy organizada. Cada cosa tenía su lugar y ella siempre sabía dónde estaban. Se ocupaba hasta de los detalles más mínimos y, por este motivo, ambas se complementaban muy bien.

Fátima notó que Gina aparentaba estar muy bien. Nunca más conversaron de lo que había sucedido entre Fabrizio y ella. De hecho, su amiga actuaba como si no hubiera pasado nada —parecía tan fría como un robot—. Por esta razón, Fátima decidió arriesgarse y hablarle del tema. Ella deseaba recuperar a su amiga, a la de siempre, no a aquella mujer que portaba esa máscara de aparente tranquilidad.

—Gina, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—¿Has sabido algo de Fabrizio?

—¿Por qué tendría que saber algo de él? —preguntó Gina sorprendida. La sola mención del nombre del actor la hizo sentir mal.

Gina había dejado de conectarse a sus redes sociales desde que descubrió lo que Fabrizio había hecho para evitar más sufrimiento. Dejó de buscarlo y de querer saber de él. Ella estaba bien así, tranquila. No obstante, bastó que su amiga lo nombrara para que aquel hombre regresara su mente y los recuerdos volvieran a su corazón. Gina deseaba con todas sus fuerzas olvidar aquella noche, mas no podía. En el fondo de su alma, seguía ansiando hablar con él, pues añoraba las conversaciones que mantenían y extrañaba el modo en que él le alegraba el día con algunas frases simples. Lo cierto era que también lo quería a él. Anhelaba volver a temblar de emoción y excitación entre sus brazos. Sin embargo, sabía que eso era imposible y se había resignado a ello.

—No te volveré a mencionar su nombre porque veo que aún te hace daño, pero entre ustedes hay una conversación pendiente y deberían tenerla—. Fátima se dio la vuelta para que Gina

retomara lo que estaba haciendo, esperando que sus palabras causaran algún efecto en su amiga. Si ella no reaccionaba, entonces tendría que tomar otras medidas.

Ni siquiera la música era capaz de hacerle buena compañía a Gina, quien trataba de disimular las lágrimas, mientras sentía que la emoción la embargaba. La canción de Cristina Aguilera coincidía con lo que ella sentía en aquel instante:

«... Pero me acuerdo de ti
Y otra vez pierdo la calma.
Pero me acuerdo de ti
Y se me desgarró el alma...»

Decidió cambiar la música antes de que las emociones la desbordaran, escogiendo algo más alegre. Enjugó sus lágrimas y continuó con su trabajo como si nada hubiera pasado. Entretanto, Fátima la observaba, intentando pensar en qué debía hacer para poder verla reír otra vez.

Todo el mundo notaba distinta a Gina. De hecho, antes de irse al trabajo, Azul se había acercado a ella para conversar. A la chica le resultaba evidente el cambio, puesto que su mamá solía sonreír, cantar y bailar mientras estaba en la casa, pero ahora su actitud era sombría.

—Mamá, ¿te pasa algo?

—No me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Ya no eres la misma de antes. ¿Es por papá? ¿Otra vez están mal?

—No te preocupes, hija. Tu padre y yo estamos igual que de costumbre.

—Tampoco hay amor. —Azul por fin le dijo a su madre las palabras que había querido decirle durante años—. Pero aun así permanecen juntos. ¿Por qué mejor no hacen su vida por separado y son felices de verdad?

—¿Por qué dices eso?!

—¡Mamá, no soy estúpida! Ya casi tengo dieciocho años y puedo darme cuenta de que no lo amas. Él es un buen papá, pero yo no soportaría tener un marido como él. Ustedes creen que no nos damos cuenta... ¡Alejo y yo no somos tontos! —La chica tomó las manos de su madre entre las suyas—. Mami, lo único que quiero es que ustedes estén bien. No se queden juntos por nosotros, por favor. Créeme que los preferimos separados y felices que juntos y miserables.

—Ojalá fuera tan fácil como dices. Ustedes son nuestra prioridad, y tanto tu padre como yo deseamos que tomen las decisiones correctas. —La mujer miró con atención a los ojos de su hija—. Azul, cuando yo tenía tu edad, estaba embarazada de ti. No pude entrar a la universidad. Mi trabajo no es la gran cosa, ¡no podría mantenerme sola! Por eso te presiono tanto para que estudies y te insisto con tanto ahínco que dejes los novios para el futuro. ¡Tienes tiempo! Cariño, tú y Alejo son mi vida, pero si hubiera podido hacerlo diferente, me habría encantado estudiar, seguir una carrera, encontrar un buen trabajo y después tener hijos. Tengo treinta y cinco años y mi hija es casi mayor de edad.

—No te preocupes por eso. No me interesa tener novio hasta que sea una actriz famosa. No tendré hijos hasta que los teatros se vengán abajo aplaudiéndome por mis actuaciones. Quiero que mi nombre sea conocido en todo Buenos Aires, y para eso falta mucho.

Mientras Azul abrazaba a su madre con alegría, Gina pensaba en lo bien que se llevarían su hija y Fabrizio.

Los días pasaban y Fabrizio se sentía desesperado. Caminaba por su casa de un lado a otro, ansioso. Gia lo miraba sin intervenir, dado que sabía que su actuar se debía a que Gina no

respondía sus mensajes. Habían transcurrido dos semanas desde la última vez que se escribieron, por eso su amigo se sentía tan desolado. Él sabía que el escándalo en el que se había visto envuelto era el motivo por el que Gina se negaba a comunicarse con él, y con justa razón. Él había sido un completo idiota, pero estaba tan desesperado que incluso pretendía ir a Argentina para buscarla y hablar con ella.

—Y dime, ¿qué harías? ¿Simplemente te presentarías frente a su casa? ¿Y qué harías si es su marido el que abre la puerta? ¿Le dirías: «hola, yo pasé la noche con tu mujer y ahora necesito explicarle algunas cosas porque me comporté como un estúpido»? ¿Eres idiota o qué?! ¿Qué les dirías a sus hijos? ¿Te presentarías como su nuevo papá? ¿Por una vez en tu vida piensa con la cabeza y no con la entrepierna, hombre!

—No me jodas, Gia. Esto es más que una calentura, ¡la necesito! Quiero tenerla cerca de mí. Solo deseo que me hable, ¡aunque sea para insultarme!

—Si de verdad la quieres, debes respetar su vida. Ella tiene familia. ¿Cómo crees que se debe haber sentido al mirarles a la cara después de haber pasado la noche contigo? Me toca ser la villana en esta película, Fabrizio. Entiende que, por su bien, debes dejarla tranquila.

—¡Tú no me comprendes! Necesito a esa mujer más de lo que he necesitado a nadie. ¡Sé que eso me convierte en un cabrón egoísta! —Fabrizio dio un largo suspiro, tomándose la cabeza con ambas manos—. Quiero que sus ojos vuelvan a mirarme de esa manera tan tímida, coqueta y profunda. Ansío ver su lunar. Necesito saber que está bien, desayunar con ella antes de que se tenga que ir a trabajar o tenga que salir a algún otro lugar. Deseo que me cuente de su día y de sus problemas. Anhele hacerla reír, ser su apoyo, ser aquel que esté ahí para ella... Solo quiero hacerla un poco más feliz.

—Ella no es solo un capricho, ¿verdad? Solo alguien enamorado diría algo así. Debes darte cuenta de que ella tiene una vida complicada, y no creo que puedas formar parte de ella, ni siquiera desde la distancia.

—¿Crees que no lo sé? Lo tengo claro, pero de todos modos sueño con el día en que vuelva a verla. Yo estoy seguro de que significó algo más para ella también. No fui solo una fantasía. Lo sé por la forma en que ella se entregó a mí y por la confianza que me brindó. No fue solo su cuerpo lo que compartió conmigo.

—No sé qué decirte. Esta no es una situación sencilla, pero te prometo que pensaré en la forma de ayudarte. Mientras tanto, déjala en paz, te lo exijo. Yo te ayudaré solo si me haces caso.

—Está bien, tienes razón.

—Siempre la tengo —respondió Gia antes de salir de la casa de Fabrizio.

Desde los años que lo conocía, ella nunca lo había visto tan enamorado, así que trazaría un plan para ayudar a su amigo a ponerse en contacto con Gina.

Fabrizio programó en su televisor «*Tu sei il mio sogno*» — a pesar de que verse a sí mismo en la pantalla le resultaba un tanto incómodo— solo para sentirla cerca. Recordaba la fascinación con la que la argentina hablaba de Giancarlo. Ella había quedado embelesada con ese personaje.

—*Dicono che gli angeli sono le creature più belle del mondo. Allora devo essere fortunato perché ho trovato uno* —recitó en voz alta al mismo tiempo que Giancarlo—. Dicen que los ángeles son las criaturas más bellas del mundo. Entonces, debo tener mucha suerte porque he encontrado uno... Yo te encontré a ti.

Se encaminó a su habitación, buscó la horquilla para el cabello que le había quitado y la observó durante un rato. Luego, con el objeto todavía en la mano, tomó un libro de su biblioteca y se dejó caer en el sofá.

La poesía de su compatriota, el poeta Andrea Mucciolo, le sumergió en un estado de profunda

melancolía. Leyó en voz alta uno de los poemas del libro: «Mar adentro»:

«Desnudo ante ti
Aunque envuelto
En la frágil existencia.
Desde lejos alumbrarás
Esa esquina entre los cuatro pinos,
Donde la canícula
Tal vez tenga piedad por mí.
Volverás a escuchar
El grito molesto
De esa cascada,
Donde el agua desliza apenas
Sobre tus labios,
Y no lava
Tu aridez.

Mar adentro
Te volveré a encontrar,
Sin más medusas repugnantes
Perfilándote desde lejos,
Y agua salada
Por tragar.
Y notable te destacarás
Hasta allá abajo
Donde los delfines
No tienen miedo».

Cerró el libro y se quedó mirando al techo. Se sentía cansado y ansioso. Sin embargo, estaba decidido a hacerle caso a Gia. Él confiaba en su amiga y pondría el destino de su amor en sus manos. Había cometido un gran error, pero esperaba que su castigo no fuera esperar durante toda la eternidad para volver a verla.

Capítulo IX

«Tú con ella, yo sin ti».

José Machado era contador. Trabajaba administrando la cadena de *boutiques* de su madre, famosa en toda Argentina por sus diseños exclusivos. La sofisticada tienda contaba con una gran cantidad de sucursales distribuidas a lo largo de todo el país.

La madre había tomado la determinación de retirarse para vivir en su casa en el campo junto con su esposo. José debió hacerse cargo de la parte administrativa —tarea para la cual se había preparado desde muy joven—, ya que era el único hijo varón de la familia.

José era un gran aficionado al fútbol —fanático de Boca Juniors— y acostumbraba a reunirse con sus amigos para ver los partidos por la televisión. También se juntaban una vez por semana para practicar aquel deporte. Él era el mayor de tres hijos, el único varón. Sus hermanas solían hacer bromas respecto al marcado favoritismo de su madre por él. Sin importar cuántos años él tuviera, jamás dejaría de ser el nene mimado de mamá.

La mujer siempre soñó con ver a su hijo convertido en un gran contador y casado con una joven perteneciente a alguna de las familias más adineradas del país. Por eso, cuando se enteró del noviazgo de José con Gina, ella la odió de inmediato, ya que consideraba que la chica carecía de clase y jamás sería suficiente para su adorado bebé. La madre de José creía que Gina no era más que una niña caprichosa que ambicionaba el dinero de su familia. La mujer trató de hacerlo entrar en razón de todas las maneras posibles. No obstante, José —en un acto de rebeldía propio de su inmadurez— decidió continuar con la relación, pensando que ésta duraría mucho tiempo. En realidad, él solo quería divertirse un rato. No estaba enamorado de Gina, pero había algo en ella que lo volvió loco en cuanto la vio por primera vez.

Habían transcurrido diecinueve años desde que la conoció. Él joven quedó tan deslumbrado con la belleza y evidente inocencia de la muchacha que había entrado a la *boutique* de su madre que no pudo apartar la vista. La chica, cuyo cabello rubio caía por su espalda en unas hermosas ondas hasta la cintura, tenía unos ojos fascinantes. En ese entonces, él ayudaba en la tienda al salir de la facultad donde estudiaba contabilidad. Gina era una joven bellísima, tenía un cuerpo bastante curvilíneo, considerando su edad. Aquello había sido lo que más había llamado su atención.

José se ofreció de inmediato para asistirla, ya que no planeaba perderse —por nada del mundo— la oportunidad de conquistarla. En realidad, lo único que él quería era llevársela a la cama.

Gina estaba buscando un vestido de noche. José aprovechó de usar con ella todas sus armas de seducción y coqueteó con ella de manera descarada. Gina quedó encandilada con los encantos de ese hombre. El estómago de la chica se llenó de mariposas al sentirse así de deseada.

Los primeros meses fueron realmente maravillosos para ella. Gina se había enamorado por primera vez. Ella consideraba que José era justo lo que había soñado.

Fueron profundizando su relación con el correr de las semanas. Mientras tanto, la madre de José se había obsesionado con hacer que esa relación fracasara, incluso le quitó el apoyo económico a su hijo. José no podía creer que ella llegara a tales extremos y, al verse desprotegido, decidió que lo mejor era dejar aquel capricho de lado y continuar con su vida como estaba planeada. A fin de cuentas, ya se había divertido bastante y no estaba dispuesto a renunciar a la vida cómoda y llena de lujos a la que estaba acostumbrado, por mucho que le gustara la muchacha. Considerando que la joven tenía solo diecisiete años, era muy probable que

ella sufriera, pero terminaría superándolo eventualmente, y él a sus veinte tenía un gran futuro por delante.

Sin embargo, las cosas no salieron como él esperaba, ya que justo cuando José iba a terminar la relación, Gina le dijo que estaba embarazada. Por supuesto, los planes de libertad del hombre se fueron por la borda. En cuanto la noticia se dio a conocer, el padre de José le impuso el matrimonio. Él pensaba que si su hijo había sido tan irresponsable como para no cuidarse, tenía que aprender a hacerse cargo de las consecuencias.

La ceremonia fue pequeña, solo un trámite legal. La madre de José se negó a participar. Aunque Gina ansiaba casarse por la iglesia, nunca protestó. Ella sabía que, por el bien de su futuro hijo, debía aprender a aceptar lo que vendría y tratar de mirar hacia adelante.

El padre de José les consiguió un lugar para vivir. Era una casa pequeña, pero suficiente para la naciente familia.

Una vez casados, Gina fue testigo de la transformación paulatina de su marido. Aquel hombre que la había llenado de promesas se esfumaba poco a poco con el paso del tiempo.

El día que nació Azul, Gina pasó todo el proceso previo al parto en soledad. Su abuela se encontraba de viaje, y José estaba desaparecido. Él llegó al hospital —un tanto borracho— unas horas después de que ella diera a luz. Había pasado la tarde bebiendo con sus amigos. Después de haber conocido a su hija, se aseguró de que las dos estuvieran bien atendidas antes de regresar al bar para celebrar el gran acontecimiento.

A pesar del dolor que Gina sintió al verlo así, no permitió que aquello empañara su felicidad. Su hija estaba sana y era preciosa.

Al día siguiente, les dieron el alta. Ella estuvo esperando varias horas para que José fuera a recogerlas, pero cuando se dio cuenta de que eso no sucedería, tomó un taxi y regresó sola a su casa. Como era de esperar, él no se encontraba allí.

La situación fue muy distinta con el nacimiento de Alejo, pues Gina tuvo un parto prematuro. Por este motivo, Alejo tuvo que permanecer algunos días dentro de una incubadora. Durante ese tiempo, José tuvo que hacerse cargo de Azul, quien tenía casi dos años. Esto provocó que él y su hija crearan lazos irrompibles.

Aunque dicen que los padres no tienen favoritos, José mostraba una clara preferencia por su hija mayor, mientras que su esposa tendía a proteger a Alejo de manera excesiva, pues tenía terror a perderlo. Ella lo veía tan frágil, y eso irritaba a José. De hecho, era una causa frecuente de discusión entre ellos.

A medida que los años pasaban, a Gina se le fue agotando el amor por su marido con cada una de las infidelidades que éste cometía. Sin embargo, ella se aferraba con uñas y dientes a la idea de que Azul y Alejo crecieran en el seno de una familia tradicional, algo que ella no había tenido. Por esta razón, lo perdonó y trató de mantener la farsa del matrimonio feliz a los ojos de sus hijos.

Por su parte, José nunca se había enamorado realmente de ella. En realidad, le guardaba cierto rencor por haberle hecho perder su libertad. Él amaba a sus hijos e intentaba ser el mejor padre posible para ellos, pero a su esposa le hizo la vida imposible desde el primer minuto de casados.

José acostumbraba salir con sus compañeros de facultad y —en ocasiones— no regresaba a su casa a dormir. Gina, por su parte, permanecía en casa, llorando y lamentándose por haberse dejado seducir por aquel hombre. Ellos jamás salían juntos ni tampoco hacían planes para el futuro. Para José, su esposa era una mujer aburrida en comparación con sus compañeras de clase, quienes eran inteligentes, tenían expectativas y eran libres.

La situación cambió un poco con el nacimiento de sus hijos, aunque no soportaba las quejas

de Gina. Se ofuscaba cuando ella le decía que los niños estaban enfermos o le pedía ayuda. Gina nunca entendió que a él esa clase de problemas no le importaba. Él se preocupaba de que nada faltara, pero el interés por su esposa llegaba hasta ese punto. Además, José estaba cansado de sentir que Gina actuara como un témpano de hielo en la cama. Por esa razón, comenzó a serle infiel y a buscar en otras mujeres la pasión que le faltaba a la suya.

La primera vez que engañó a su esposa fue con una compañera de la facultad. Luego fue con la mesera de un bar al que iba con frecuencia, y así comenzó a mantener relaciones sin compromiso.

Gina llegó a enterarse de algunas de estas aventuras, lo que congeló el amor que sentía por su marido. Ella sabía que José era un hombre de palabra y que jamás la dejaría. Lo que más le importaba a él era cuidar y conservar la imagen de la familia feliz ante el resto del mundo.

Ahora, la chica en cuestión se llamaba Micaela, quien había llegado hace unos pocos meses a trabajar en la oficina con un cargo administrativo. Ella se había titulado recién de la carrera de Administración de Empresas y Contabilidad. Fue José quien le hizo la entrevista. En cuanto la vio, quedó embelesado con su juventud y belleza. Conocer a una muchacha llena de vida y de sueños fue como encontrar un verdadero tesoro, considerando que él estaba pronto a cumplir los cuarenta años.

Micaela Suárez era una bella joven de pelo castaño claro y profundos ojos color café. Se había graduado con honores y la habían destacado por ser la mejor de su promoción. Sin duda, ella contaba con un gran futuro por delante. Decidió tomar ese empleo para reunir dinero y, de este modo, continuar sus estudios en el extranjero. Micaela ambicionaba conseguirlo por sus propios medios, debido a su espíritu independiente.

Nunca había tenido novio, puesto que siempre priorizó sus estudios, relegando todo lo demás a un segundo plano. Jamás hubo un hombre que le interesara. Todavía era virgen y se sentía orgullosa de serlo. Ella sabía que, a su edad, no era un hecho común.

Micaela se presentó a aquella entrevista con la esperanza de conseguir el cargo que anhelaba. Sin embargo, nunca pensó que su jefe le iba a parecer tan atractivo. José había despertado su interés al instante. Aquel hombre parecía saber tanto de la vida. Además, era encantador y siempre decía las palabras precisas para hacerla sentir especial.

Micaela se enamoró de ese hombre de una forma que jamás antes había experimentado, aunque sabía que él estaba casado. Si bien quiso resistirse al sentimiento que él le provocaba, éste se hacía cada vez más profundo. Además, José le había comentado —en un gesto de confianza— lo mal que estaba su matrimonio, asegurándole que estaba considerando con seriedad el divorcio. Ella reflexionó sobre el asunto durante días, pero no pudo seguir ocultando lo que sentía por su jefe, así que decidió obedecer a su corazón.

Gina cambiaba las estaciones de radio sin razón aparente. Este comportamiento le resultaba inusual a su familia. No obstante, ellos no sabían que actuaba de ese modo porque no quería evocar ciertos dolorosos recuerdos.

Habían pasado dos meses desde su encuentro con Fabrizio. Su existencia rodaba cuesta abajo. Cada vez que Gina se encontraba sola, aprovechaba de cantar con emoción *Rolling in the Deep*. Adele se había transformado en su vocera, y aquel tema se había convertido en su catarsis.

Por si fuera poco, José la había vuelto a traicionar. Éste era, sin duda, uno de los peores engaños que había sufrido, pues la mujer con la que su marido se acostaba tenía apenas veintitrés años. Aquella chica incluso tenía edad para ser su hija. Gina se sentía degradada y desilusionada, no solo por el engaño en sí, sino también porque esta nueva humillación había conseguido que

ella se sintiera vieja.

Tanto José como ella tenían claro que solo los unía el amor por sus hijos. La única razón por la cual mantenían la farsa de la familia feliz era por ellos.

Gina podía sentir cómo la rabia se apoderaba de ella. La situación en la que estaba le causaba ira, porque ella amaba a otro hombre y aun así permanecía al lado de su familia. Lo hacía para cuidar de sus hijos y cumplir el acuerdo tácito que existía entre ella y su esposo: «permanecer juntos hasta que los niños estén grandes».

Ella había perdido incluso las ganas de salir. No obstante, agradecía que el escándalo del romance entre José y su empleada no hubiera salido a la luz pública, pues estaba segura de que moriría si la noticia llegara a oídos de sus hijos. Sabía que si algo así pasara, les afectaría demasiado.

Su mente rememoraba una y otra vez la escena con la que se había encontrado en la oficina de su marido. José besaba a su asistente —aquella joven con la cual se había cruzado en algunos de los eventos organizados por la *boutique* y a quien había encontrado muy simpática— con pasión.

Gina había ido a la oficina de su esposo para tratar un asunto urgente relacionado con Alejo. Dado que él no había regresado a dormir la noche anterior, ella decidió pasar a verlo al trabajo. El personal la dejó entrar sin anunciarse. A pesar de saber que José le había sido infiel muchas veces, ella nunca esperó encontrar a su marido besando a aquella muchacha. Cuando los encontró en esa tesitura, se quedó paralizada. Ésta era la primera vez que lo sorprendía en el acto. Sin embargo, en cuanto consiguió reaccionar, Gina salió corriendo de allí, sin escándalos y en silencio.

José estaba tan a gusto entre los brazos de Micaela que había olvidado poner seguro a la puerta de su oficina, como de costumbre. Él no se percató de la presencia de su mujer hasta que abrió sus ojos y la vio parada con una expresión de dolor y odio en su cara. En cuanto su esposa salió corriendo, soltó bruscamente a Micaela y trató de alcanzarla. No obstante, Gina ya había abandonado el lugar.

Tras gritar unas cuantas maldiciones, pensó que lo mejor era dejarla ir. La enfrentaría más tarde en su casa —una vez más—. En realidad, José no estaba muy preocupado por lo que pudiera pasar, ya que su matrimonio le importaba cada vez menos. Él sabía que su mujer lo volvería a perdonar. Inventaría alguna excusa para dejarla conforme, así ella no tomaría medidas extremas.

José pensaba en la forma adecuada para afrontar las consecuencias de sus actos, desconociendo el precio tendría que pagar esta vez. Estaba seguro de que Gina nunca lo dejaría.

Por otro lado, Micaela había quedado sola en la oficina, sintiéndose agobiada y sin saber cómo reaccionar. José había salido corriendo detrás de su esposa, dejándola a ella dolida y confundida. Lo peor había sido que cuando él regresó no le dio ningún tipo de explicación, sencillamente la echó y le dijo que hablarían más tarde.

Micaela había quedado destrozada con la actitud de José, pero no lloraría, por lo menos no delante de él. Ella siempre supo a lo que se arriesgaba cuando decidió escuchar a su corazón.

Se disculpó, argumentando un malestar, tomó sus cosas y salió de la oficina con rumbo a su casa. Apagó su teléfono, pues no quería que José la llamara. Ella debía ser fuerte.

Después de haberse entregado por completo a ese hombre, él la había tratado mal y había roto su corazón. Ella debía dejar de quererlo y olvidarse de él como fuera.

Los días pasaban y se convertían en semanas, y las semanas en meses. La desesperación de Fabrizio por saber de Gina iba a volverlo loco.

Habían transcurrido dos meses sin tener noticias de ella. No obstante, se resignó a esperar el tiempo que Giannina necesitara para poner en marcha su plan. Él confiaba en su amiga más que en nadie y sabía que conseguiría llevarlo hasta la mujer de sus sueños otra vez... O por lo menos mantenía la esperanza de que fuera así.

Para distraer su mente de Gina, Fabrizio se dedicó en cuerpo y alma a la actuación, participando activamente en los ensayos de la obra «*Eqqus*», un clásico del teatro moderno. Él se estaba preparando para interpretar al psiquiatra a cargo de la salud mental de un joven que sufría una obsesión patológica por los caballos. Fabrizio estaba lejos de tener la misma edad del protagonista, quien rondaba los sesenta años, razón por la cual debía pasar por un extenuante proceso de maquillaje para cambiar su apariencia por completo.

La confianza que el director había depositado en él había sido el detonante para que Fabrizio se dedicara a la obra de forma exclusiva.

Los ensayos eran extenuantes, pues el dramaturgo esperaba que todos dieran lo mejor de sí en cada escena de la obra. Sin embargo, Fabrizio y su compañero de reparto —un joven de veinte años llamado Alan— estaban empeñados en hacer el mejor trabajo posible. La excelente dinámica y la seriedad con la que ambos se tomaban su rol tenían a Fabrizio muy entusiasmado. A pesar del sufrimiento que padecía por no poder ver ni tener información sobre Gina, trabajaba sin cansancio para mejorar día a día. Él quería demostrarle a ella que era un hombre bueno, que aunque cometía errores, podía ser alguien mejor. Solo esperaba ser un hombre digno de su afecto cuando se volvieran a ver.

Por su lado, Giannina investigaba a Gina como si perteneciera a alguna fuerza policial. Buscaba algo que pudiera ayudarle a encontrar a la misteriosa mujer que había robado el corazón de su amigo, haciendo uso de los pocos datos que pudo recolectar. Encontró varias fotografías de ella y de su familia. En muchas de ellas se le veía junto a sus hijos y con una mujer desconocida. Gia supuso que se trataba de una muy buena amiga de Gina. De ser así, ella debía ser su contacto. Puso en marcha el plan para sacar a Fabrizio del infierno en el que se encontraba sin esperar un segundo más.

Fátima era asidua a las redes sociales. De hecho, tenía cuentas tanto personales como de la empresa en casi todas ellas. Ella siempre estaba pendiente de las notificaciones, siendo incluso un poco obsesiva.

Un día, mientras revisaba la cuenta de la empresa, le llamó la atención un mensaje que una mujer le había escrito. Este acontecimiento le pareció algo extraño, pues no reconocía a esa persona. Cuando descubrió que había sido enviado desde Italia, pensó en eliminarlo, pero la curiosidad pudo más y dio gracias a Dios por no haberlo borrado en cuanto lo abrió:

«Hola, mi nombre es Giannina Palacci. Soy italiana y la mejor amiga de Fabrizio Cacciatore, quien imagino que conoce a tu amiga, Gina.

Me disculpo por haber escrito al correo electrónico de tu empresa, pero fue la única forma que encontré para ponerme en contacto contigo.

Si eres la amiga de Gina, entonces imagino que estarás al tanto de lo que sucedió entre ellos. De ser así, creo que deberíamos hablar, ya que supongo que tu amiga no está con un ánimo muy diferente al de mi amigo.

Si estas dispuesta a ayudarlos para que solucionen su problema, por favor, ponte en contacto conmigo lo antes posible».

Fátima dio un salto de alegría y llenó una copa con vino que había traído de su país natal. Aunque no había mucho que pensar, meditó sobre la respuesta que le daría a aquella mujer, ya

que su amiga merecía ser feliz de una vez por todas.

«Los tiempos de Dios son precisos y perfectos», pensó. Esta mujer era la aliada perfecta para ayudar a Gina.

Bebió un trago de su copa y comenzó a redactar una respuesta, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo, dado que primero necesitaba tener claro qué era lo que se proponía Giannina.

«Hola, soy Fátima. En efecto, soy la mejor amiga de Gina y estoy al tanto de todo lo que sucedió entre ella y Fabrizio.

Estoy más que dispuesta a ser tu cómplice en lo que sea que hayas planeado. Por favor, envíame un correo con tus datos para agregarte a mi cuenta personal, así podrás contarme los detalles que tienes en mente».

Desde aquel primer mensaje, ambas mujeres comenzaron a contactarse a diario para planificar, intercambiar impresiones y esperar el momento adecuado para concretar su idea. A ellas les encantaba opinar acerca de la historia de amor de la cual eran testigos.

Después de un tiempo, el plan de ellas estaba casi terminado. Sin embargo, les faltaba la parte más difícil: convencer a sus amigos de viajar sin que ellos sospecharan el secreto que se traían entre manos.

Aunque a Fátima le incomodaba guardar secretos, sabía que la única forma para que su amiga volviera a sonreír era reencontrándose con el hombre que la había hecho volver a creer en el amor. No importaba lo mucho que Gina se esmerara por aparentar que el italiano ya no le afectaba, Fátima la conocía muy bien y era evidente que ella amaba a ese hombre. La decepción no había hecho mella en sus emociones. Por eso, Fátima se sentía tan motivada a reunir a los amantes. Sabía por Giannina que Fabrizio se sentía tan miserable como su amiga.

«¿Qué hora será en Italia?», se preguntó, tratando de calcular la diferencia horaria entre un país y el otro. «Será mejor que le deje un mensaje, pues creo que en Italia debe ser cerca de medianoche». No alcanzó a escribirle cuando sonó la alerta de mensajes. Era Gia, quien la saludaba.

Ambas mujeres habían entablado una amistad que iba más allá del acuerdo que habían establecido para ayudar a los enamorados. Habían llegado a un nivel tal de intimidad que Fátima estaba al tanto de la orientación sexual de Gia, y Giannina conocía la negativa de la chilena para involucrarse en otra relación después del desastre que había resultado ser su matrimonio. Las dos compartían el gusto por la decoración y las antigüedades. De hecho, sus profesiones eran afines, incluso soñaban con la posibilidad de trabajar juntas.

El día que Gina descubrió la traición de su marido, salió de la oficina de José y se dirigió de prisa a la casa de Fátima para desahogarse. Ella era la única amiga verdadera que tenía —su hermana del alma—, quien le brindaba su apoyo incondicional. Tenía la confianza para expresarle todo lo que sentía, pues ambas se conocían a fondo.

Ellas siempre bromeaban diciendo: «no puedo dejar de ser tu amiga, porque sabes demasiado». Aunque sus vidas eran distintas, ambas eran cómplices y se complementaban a la perfección.

—¿Qué hizo tu marido ahora?! —cuestionó Fátima al verla llegar con el rostro bañado en lágrimas.

—Me engaño, ¡de nuevo! Solo que, esta vez, la chica no debe superar los veintitrés años. ¡Tiene casi la misma edad que Azul! ¡¿En dónde tiene la cabeza?! Nuestro matrimonio está cada vez peor, Fátima. Te aseguro que, si no fuera por los chicos, esto habría terminado hace tiempo.

Quisiera salir de aquí y olvidarme de todo este asunto. ¡No soporto vivir así! Mis hijos son lo único que me mantiene en pie.

Ésta era la ocasión perfecta para que Fátima pudiera llevar a cabo el plan que habían urdido junto con Giannina. A pesar de que ver a Gina sufrir le partía el corazón, el momento era idóneo para que su amiga viera de nuevo al italiano de sus sueños. Fátima sabía que no sería fácil convencerla para que viajara con ella. No obstante, no desaprovecharía esta oportunidad.

—Gina, vámonos de viaje, solas las dos. Siempre he querido viajar contigo. Aléjate por unos días de todo esto. Tus hijos ya están grandes y van a saber cuidarse en tu ausencia... Tienes claro que José te va a dar las mismas excusas de siempre, y tú no estás en condiciones de tomar determinaciones con tu cabeza hecha un lío.

—No, no puedo. Aunque mis hijos estén grandes, no puedo irme y dejarlos desatendidos. Ellos todavía me necesitan. Además, no tengo el dinero suficiente para realizar un viaje y no pienso pedirle ni un solo centavo a José.

—No seas tonta. Habla con tus hijos, verás que no se van a morir porque su madre se tome unos días de descanso. En cuanto al dinero, no te preocupes, yo te invito. Tú eres mi amiga, y el negocio sería un caos sin ti. Por favor, vente conmigo. José no tiene moral para oponerse. ¡Vamos! No me obligues a secuestrarte. —Aquella última palabra hizo que el gesto de Gina cambiara—. Perdón, no debí decir eso. Sé que todavía te acuerdas de él, aunque no lo digas.

—Tranquila. Si bien el recuerdo de Fabrizio me persigue siempre, aprendí a vivir con eso. Ya no me duele tanto. A pesar de que no significó nada en su vida, él cambió la mía —admitió resignada—. En cuanto al viaje, tienes razón, merezco un poco de tranquilidad. Acepto tu invitación. No sé cómo lo haré para organizarme, pero me iré contigo. Ahora es mejor que regrese a mi casa. Quiero resolver los detalles pendientes para viajar tranquila, ya que no quiero que José tenga excusas para joderme estas vacaciones.

—No le cuentes nada a tu marido. Quiero ser yo quien tenga el placer de decirle que te vas conmigo. A ver si tiene cara para responderme.

—¡Ay, amiga! ¡Tú no cambias! La maldad te brota por los poros. Si así lo prefieres, te cedo ese placer —dijo con una risa cómplice.

En el camino de regreso a casa, Gina sacó su reproductor musical del bolso de mano y se puso los audífonos. Dejaría que la melodía sonara y descubriría qué canción la torturaría esta vez.

El suplicio no fue menor, la letra de esta canción —*When You're Gone*, de *The Cranberries*— ahora cobraba un significado especial. Las palabras le recordaban a Fabrizio: «Y de noche podría estar indefensa, podría estar sola, durmiendo sin ti. Y de día todo es complejo, no hay nada simple cuando no estoy cerca de ti».

Los mensajes entre Fátima y Gia siempre empezaban en español, pero después de un rato terminaban mezclándolo con el italiano. Fátima no conocía tanto este idioma como Gia dominaba el español. Sin embargo, ambas se hacían entender a su manera. Las mujeres pasaban horas fortaleciendo su amistad a través de sus constantes mensajes.

GianninaP_

Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo van los planes?

FatimaU_

Vamos viento en popa. Todo se adelantó. Las circunstancias me dieron la oportunidad de convencerla para que me acompañe en este viaje. Te avisaré cuando tenga todo listo. Dime, ¿para cuándo tenías pensado viajar tú?

GianninaP_

Me parece fantástico, las cosas están saliendo mejor de lo que esperábamos. Fabrizio tiene dos semanas libres en el teatro. De hecho, sus vacaciones comienzan en unos días. Yo también me tomaré un tiempo de descanso del trabajo. Él está entusiasmado con el viaje, aunque lo estaría más si supiera que volverá a ver a su bella argentina. ¡Muero por verles la cara cuando se reencuentren!

Fabrizio había aceptado la propuesta de Gia para desconectarse del mundo durante las dos semanas que tendría libre. Él estaba cansado y necesitaba con urgencia un tiempo de ocio, ya que sus ensayos eran largos y extenuantes. El director decidió darles a todos un receso, ya que después no tendrían tiempo para relajarse, pues no pararían hasta el estreno de «*Eqqus*».

Dado que el rol de Martin Dysart, el psiquiatra, solía ser interpretado por actores con bastantes más años y experiencia que Fabrizio, él se exigía al máximo para desempeñar ese papel de manera magistral. No quería decepcionar al público ni que la crítica dijera que se habían equivocado al darle a él esa oportunidad. El italiano vivía y respiraba por aquella obra de teatro. Junto con su compañero de elenco, Alan Cettero, realizaron una minuciosa investigación y se asesoraron con prestigiosos psiquiatras. Aquel joven compartía el mismo nombre que su personaje: Alan Strang, un chico inusualmente fascinado por los caballos.

Sin duda alguna, esto significó un gran desgaste para Fabrizio, así que cuando Giannina se ofreció a hacerse cargo de todos los detalles del viaje, él aceptó encantado. En su cabeza había espacio para dos cosas: la obra y Gina. La argentina se le aparecía en cada esquina como un fantasma al que no quería dejar de ver. Aunque su amiga no había vuelto a tocar el tema, confiaba en que ella lo ayudaría de alguna manera.

Gia y Fabrizio partirían dentro de cinco días a su destino. Ella planificó el viaje y la estadía en conjunto con Fátima. El lugar escogido era un verdadero paraíso. Ambas mujeres tenían claro lo que deberían hacer para juntar a sus amigos. Ellos, por fin, volverían a verse. Lo que ocurriera después dependería de ellos.

Mientras caminaba, Gina pensaba en lo acostumbrada que estaba al nudo que sentía en su garganta. Ese dolor la motivaba a escuchar una canción que le recordara la única noche en la que había decidido amar sin pensar en el mañana, el momento en el que se había convertido en fuego puro, uno que creía extinto. No obstante, había sido Fabrizio quien había logrado encenderla con esos profundos ojos grises, los que cambiaban de tonalidad según su estado de ánimo. Gina había descubierto que los ojos del italiano se volvían azules al sentir placer, como aquel que había experimentado cuando ella le practicaba sexo oral, pero su mirada podía llegar a verse verde mientras la besaba con intensidad.

«Menos mal que me vendaste y no me dejaste verte a los ojos, porque no sé qué habría sido de mí si hubiese visto tus pupilas cuando me dabas tanto placer», se dijo en su interior.

Gina recordó esos momentos y tuvo una sensación de debilidad, producto de ese y todos los sucesos que sacudían su vida en ese instante.

La música de su lista de reproducción seguía sin ayudarla, porque *Lost in your eyes*, de Debbie Gibson, la llevó de nuevo a la noche en la que había tocado el cielo. Sin embargo, Gina no imaginaba que en tan solo unos días volvería a perderse en aquellos ojos.

Capítulo X

«No todo está perdido».

Gina miró a Fátima con asombro cuando ésta le comunicó a José y a sus hijos que ambas se irían de viaje. Ni siquiera quiso revelarles el destino. A pesar de no recibir mayores detalles, los chicos se mostraron felices por su mamá. El gesto de José, por el contrario, no mostraba el mismo entusiasmo. Era evidente que la noticia le había resultado desagradable. No obstante, él sabía que no se encontraba en posición de objetar nada después de su desliz. Sobre todo porque su esposa había sido discreta al respecto. Ella podría haber expuesto la situación, pero había decidido guardar silencio. Él tenía claro que si se oponía al viaje, Fátima sería capaz de hacer un escándalo. Por este motivo, prefirió morderse la lengua.

—Anda y descansa, mamá. —Azul estaba muy feliz por su madre.

—Y, ¿no podemos ir contigo? —preguntó Alejo

—Chicos, dejen que su madre disfrute de estas vacaciones. Nosotros estaremos bien, mi amor. Anda tranquila —expresó José en tono conciliador

—Creo que han cambiado a tu marido —susurró Fátima, acercándose a Gina—. ¿Desde cuándo que eres su amor?

El comentario sarcástico de su amiga hizo reír a Gina.

Bayahibe es una playa ubicada a 138 km de Santo Domingo, la capital de República Dominicana. Se trata de un pueblo pesquero conocido por sus playas paradisíacas y por sus aguas cristalinas. Una de sus principales atracciones es el buceo, ya que cuenta con una gran biodiversidad en sus arrecifes de coral.

Aquel fue el destino que Giannina y Fátima escogieron para el reencuentro de Fabrizio y Gina. El plan señalaba que el italiano debía ser el primero en llegar al lugar donde se hospedarían.

Mientras que Fátima y Gina viajarían en un vuelo directo desde Buenos Aires hasta la isla, Gia y Fabrizio abordarían una aeronave en el aeropuerto internacional Leonardo da Vinci.

—¿Habrán pensado que nos iríamos para siempre que tuvo que venir la familia completa a despedirnos? — manifestó Fabrizio entre risas cuando se subió al avión. Él estaba acostumbrado, pues la relación que les unía era muy unida y cercana. De hecho, era frecuente que cuando uno de ellos viajaba a algún lugar, todos lo acompañaran hasta el aeropuerto.

—Sabes que ya es una tradición de los Cacciatore, Fabrizio —argumentó Gia.

—Sí, y me encanta. Aunque a nuestra edad es un poco raro recibir toda esta atención, ¿no crees? —La única respuesta de su amiga fue una corta carcajada.

Fabrizio se puso los auriculares de su iPod, mientras que Gia, por su parte, sacaba un libro de su bolso de mano. Ella era una ávida lectora y amaba —sobre todo— las novelas clásicas. Sin embargo, comenzó a leer literatura romántica desde que conoció a Fátima. Aquel era el estilo favorito de su nueva amiga.

Fabrizio buscó relajo en la música, ya que volar le producía bastante inquietud. Por eso, se había acostumbrado a distraerse escuchando unas cuantas canciones o viendo alguna película.

—Con esto bastará para el viaje —comentó antes de acomodarse en el asiento y contemplar la extensa lista de reproducción que tenía a su disposición. No obstante, cada canción la relacionaba con la mujer que le había hecho perder la cabeza. Gina era un fantasma que no lo dejaba tranquilo. Le angustiaba no haber podido explicarle lo sucedido con Antonella. ¡Cuánto odiaba ahora a esa mujer! Aunque se sentía más ofuscado consigo mismo, pues él había sido quien actuó como un imbécil.

Durante los primeros días estuvo pegado al móvil esperando que Gina contestara sus mensajes. Fabrizio incluso estaba dispuesto a recibir los insultos que tenía merecido, mas solo obtuvo silencio por respuesta. Él le había escrito todos los días durante dos semanas a cada una de sus redes sociales hasta que su cuenta fue bloqueada. Tal vez el sistema confundió sus mensajes con correo basura. Ella lo había eliminado de sus contactos y, al parecer, también de su vida. Si bien en ese momento pensó en ir a buscarla, Gia lo disuadió. Lo único que podía hacer era confiar en su amiga y tener paciencia. Especialmente ahora que se iban de vacaciones.

Se durmió escuchando uno de sus temas favoritos de *The Police: Every breath you take*.

Gia observaba a Fabrizio, quien dormía con una sonrisa en sus labios. Él ni siquiera sospechaba lo que este viaje le deparaba. Ni él ni Gina imaginaban lo que ella y Fátima habían planeado. Solo rogaba que el reencuentro fuera bueno para ambos y que la pareja se diera la oportunidad de revivir el sueño de amor que habían compartido, incluso si no podían estar juntos para siempre. Ella deseaba que los enamorados lograran reavivar la pasión que habían encendido juntos. Si bien solía ocultar su romanticismo, se sentía muy ilusionada. Jamás pensó que sería parte de una historia de amor como esta. Tenía la sensación de estar dentro de una película, interpretando el rol de hada madrina de ese par de amantes.

Fátima, por su parte, en lo más interno de su ser también era romántica. La historia de cuentos de hadas de Fabrizio y su amiga había despertado en ella las ansias de amar. Antes no le había hecho falta, pero al ver a Gina y al escuchar lo que Giannina le comentaba acerca de Fabrizio, había surgido en ella el anhelo de vivir su propia ilusión. A sus casi cuarenta años, Fátima deseaba encontrar a alguien con quien compartir sus sentimientos. No envidiaba a Gina, pues su situación era bastante difícil. No era sencillo para una mujer común haberse enamorado de alguien tan famoso. Fátima no ambicionaba el desafío que suponía una relación entre ambos, pero sí quería experimentar la intensidad de los sentimientos que Fabrizio y Gina sentían entre sí. Codiciaba un amor tan grande, que ni la distancia ni las dificultades fueran capaces de disminuirlo. Ella ansiaba una pareja con quien compartir gustos, sueños e ideales. Sin embargo, no sabía por dónde empezar a buscar.

Mientras Fátima reflexionaba sobre su propia vida, el plan seguía su curso.

Gia y Fabrizio fueron los primeros en llegar a la isla. En cuanto aterrizaron, se dirigieron hasta el resort «La Romana». La elección del lugar en el que se hospedarían le extrañó bastante a Fabrizio, pues notó que era un destino ideal para una escapada romántica. No obstante, se abstuvo de hacer comentarios.

—Vamos a descansar. Pediré que nos preparen algo para comer —comentó Gia luego de registrarse en la recepción—. Eso sí, mi habitación todavía no está lista. ¿Podemos compartir la tuya mientras? Te prometo que me iré en cuanto pueda. Por ahora, solo quiero darme una ducha y llenar mi estómago.

Ella había tenido que hacer acopio de toda su capacidad actoral. La idea era que estuvieran en la misma habitación para que el plan funcionara.

—Está bien, vamos —respondió el italiano mientras tomaba las maletas y seguía al botones, quien los condujo al cuarto—. Tengo una pregunta que hacerte, aunque temo que me mates.

Considerando que vinimos por pocos días, ¿por qué trajiste tantas maletas?!

Fabrizio apenas podía cargar la tremenda cantidad de equipaje que llevaba su amiga, mientras que él contaba solo con un bolso de mano y una maleta. El actor era más práctico, pues si necesitaba algo, lo compraba. A él no le gustaba acarrear tantas maletas como Giannina.

—No te quejes y camina. Mira que cuando estés llevándome del brazo al casino serás la envidia de los dominicanos —respondió ella con una sonrisa ante las protestas de su amigo, ya que su ropa no era lo único que había guardado en sus valijas. Fabrizio, en todo caso, no tenía por qué enterarse de eso.

—Eso espero. Con todos los vestidos que decidiste traer, tendré que disputarte con muchas chicas si quiero pasar tiempo contigo.

—Ojalá tengas razón. Tal vez pueda encontrar a alguien en esta isla, aunque sea por un tiempo breve —manifestó Gia, interrumpiendo su broma con un pensamiento que le daba vueltas en la cabeza. Gracias a la historia de amor entre Fabrizio y Gina, a Giannina le habían dado ganas de tener su propia relación de ensueño. Quizás en la isla encontrara a alguien, aunque fuera por un tiempo breve.

—Debe haber una persona ideal para ti en el mundo, Giannina. Estoy seguro de que existe un ser capaz de entender tu humor diferente, una mujer que sea tu compañera y que te ame como nadie lo ha hecho antes. De hecho, puede que encuentres una versión femenina de mí —expresó Fabrizio con una sonrisa burlesca.

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

—Claro que lo sé. He cometido demasiados errores en mi vida. —Ambos se miraron, dando por finalizada la charla. Había cosas que era mejor dejarlas guardadas para que no dolieran tanto.

El empleado del hotel les abrió la puerta de la habitación y le entregó a Gia la llave magnética.

—Ya que casi todo esto es tuyo, podrías darme una mano —protestó Fabrizio entrando con dificultad debido a la gran cantidad de equipaje que trasladaba. Gia, por su parte, se quitó los zapatos y se acomodó en el amplio sofá.

—¿Por qué sigues reclamando si ya estás adentro?!

—Dejaré tus cosas aquí —Fabrizio dejó las maletas botadas en el suelo y se fue al baño—. Yo iré a darme una ducha.

—De acuerdo. Después iré yo. Por mientras, llamaré al servicio a la habitación. ¡Muero de hambre! —expresó Gia, conteniendo la risa. Ella disfrutaba imaginando lo que ocurriría más tarde.

«Por favor, Dios. Espero que todo resulte como debe», suplicó en silencio, elevando una plegaria. De pronto, sus pensamientos se vieron interrumpidos por un golpe en la puerta. Había llegado la comida y el momento de actuar.

Antes de que Fabrizio saliera del baño, Giannina vertió treinta gotas de *Sedonat* —un medicamento indicado en casos de insomnio— en el jugo de naranja de su amigo. Ella lo había conseguido con una amiga enfermera, quien le dijo que no necesitaría más de veinte gotas para garantizar el sueño. Sin embargo, Gia agregó una dosis extra para estar más segura de su efectividad.

Fabrizio regresó a la habitación luciendo un atuendo bastante caribeño: vaqueros desgastados y una camisa floreada.

—¿Es que ahora te crees Magnum? —se burló haciendo alusión al detective interpretado por Tom Selleck, quien usaba el mismo estilo de camisas que su amigo modelaba en ese momento. Ambos rieron.

—Simplemente quiero ponerme a tono con el lugar —respondió entre risas, mientras tomaba una almohada de la cama y se lo lanzaba a su amiga—. Apuesto que allá afuera hay cientos de tipos vestidos de la misma forma que yo.

—No lo creo. Recuerda que este es un pueblo pesquero. Si los habitantes usaran algo así, terminarían espantando a los peces —argumentó Gia, arrojando el objeto de regreso—. No empieces un combate que no podrás ganar, Fabrizio. Bien sabes que soy invencible en la guerra de almohadas. Ni con la ayuda de Luca has podido derrotarme. Será mejor que vengas a comer antes de que se te enfríe el *risotto alla caprese* que ordené para ti.

Ella solía ordenar la comida por los dos, puesto que conocía muy bien los gustos de su amigo. Distribuyó en la mesa las porciones para cada uno y le indicó a Fabrizio su asiento.

—El paisaje es precioso. Desde aquí se alcanza a ver la caleta de pescadores —dijo Fabrizio embelesado con el lugar—. Quiero ir a conocer.

—Primero tenemos que comer y descansar para recuperarnos del largo viaje. Después veremos qué hacemos —contestó Gia con inquietud.

—¿Te pasa algo? —Fabrizio se extrañó al percatarse de la actitud nerviosa de su amiga.

—No, no me pesa nada. Solo estoy cansada. Sabes que odio los aviones —se excusó.

Luego de beber su jugo casi de un trago, Fabrizio apenas podía mantener sus ojos abiertos.

—Creo que tienes razón. Necesito acostarme. Estoy exhausto —expresó antes de caer aturdido sobre la mesa.

—Ya estamos listos. Ahora, que empiece el juego —manifestó Gia en voz alta, luego de notar que su amigo dormía profundamente—. Ahora es el turno de Fátima para actuar.

Gina y Fátima estaban extasiadas con la belleza sublime del lugar. El mar y el cielo se unían en el horizonte y era imposible distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Gina miraba a su alrededor con profunda alegría. Ella nunca pensó que tendría la oportunidad de conocer un lugar como aquel. Por lo general, sus vacaciones no se parecían en nada a éstas. Si bien había viajado un par de veces, nunca lo había hecho fuera del país. En ese instante, pensó en sus hijos. A ellos les hubiera gustado gozar de las maravillas de Bayahide y de las islas cercanas, como Catalina y Sanoa. Estar allí era un sueño hecho realidad y se lo debía a su amiga, quien no solo había corrido con todos los gastos del viaje, sino que le había demostrado a diario su cariño. Fátima la entendía mejor que cualquier otra persona y le ofrecía su apoyo sin pedir nada a cambio. ¡Cuánto quería a esa mujer! Ella era su hermana del alma.

—¿Te pasa algo Fátima? —preguntó Gina en cuanto llegaron al hotel. Ella no entendía la razón del repentino nerviosismo de su amiga.

—El viaje fue demasiado largo. Creo que necesito descansar un rato —respondió agitada.

La actitud de Fátima le resultaba extraña a Gina, pues lucía muy impaciente y miraba su móvil a cada rato.

—Amiga —suspiró Fátima con alivio, ya que Giannina le acababa de mandar un mensaje avisándole que tenía todo listo—, ¿podrías traerme un café, por favor?

—¿Desde cuándo tomas café de máquina?

—Desde que lo necesito. Anda, por favor —insistió.

«Como buena chilena, tengo el don de la palabra. Ahora es mi turno de actuar», pensó.

—Está bien, iré a buscarte uno.

Cuando la argentina se dirigió a comprar el café, Fátima aprovechó la instancia para pedir en la recepción una copia de la llave de la habitación en donde se hospedaba la señorita Giannina Palacci. Por fortuna, Gia había dejado avisado que llegaría una amiga suya. De este modo, se

evitarían cualquier posible inconveniente. El recepcionista le entregó lo solicitado junto con las llaves de los otros cuartos después de comprobar las indicaciones de seguridad correspondientes.

—Bienvenida al resort La Romana —saludó el hombre con amabilidad y coquetería. Era un joven moreno de unos veinticinco años—. En otras circunstancias, no le habría dejado pasar, pero me informaron que la están esperando.

—Te traje el café —interrumpió Gina, extendiéndole un vaso de cartón, mientras acarrea su maleta y bolso de mano.

Fátima observaba al botones subir las maletas de ambas a un carro. Que el chico las acompañara no formaba parte del plan, así que debía pensar en una manera para deshacerse de él. «¡Necesito un plan urgente!», pensó desesperada. Si quería encontrar una solución, primero tenía que calmarse. Los tres subieron al ascensor que los llevaría hasta el quinto piso cuando, de pronto, una idea llegó a su mente.

—¡Por la mierda! —gritó, haciendo uso de sus dotes actorales—. Dejé mi billetera en la recepción.

—¿Cómo te pudo ocurrir algo así?! —Gina estaba estupefacta, ya que su amiga no era del tipo de personas que pierde sus cosas, mucho menos algo tan importante como aquello.

—Me distraje. No sé qué me pasa. ¿Podrías bajar a buscármela? —le dijo al botones, quien la observaba con preocupación—. Prometo que te daré una muy buena propina si lo haces. Yo no me siento bien para bajar. Estoy demasiado agotada.

Cuando ella quería, podía ser muy convincente.

—Si quieres voy yo —intervino Gina—. De verdad te afectó bastante ese vuelo.

—No se preocupe, señorita. Yo iré —respondió el joven, ansiando aquello que le habían ofrecido.

El ascensor llegó al quinto piso y Gina fue la primera en salir. Fátima se quedó un poco atrás y le susurro al botones.

—Mientras más tardes en regresar, mayor será la propina —susurró Fátima, reteniendo al hombre por el brazo antes de salir con el carro que llevaba su equipaje.

«Que comience el juego», pensó con ilusión.

Fátima le entregó la llave de la habitación a Gina, animándola para que entrara primero. En cuanto la argentina ingresó, la chilena se apuró en cerrar la puerta por fuera, bloqueándola con la tarjeta magnética. Ahora sería imposible abrir.

Cuando Gina quiso darse la vuelta para averiguar por qué motivo Fátima se había ido, su vista se encontró con una imagen que la dejó impactada: Fabrizio se encontraba vendado y amarrado a una silla en la habitación. Al parecer, estaba inconsciente.

—¿Qué significa esto?! —exclamó al acercarse. Sus ojos se habían llenado de lágrimas. Sobre el pecho del italiano colgaba un cartel que decía: «Ya es hora de que hablen».

Gina no sabía qué hacer. Fabrizio lucía tan guapo con aquella camisa floreada que quería liberarlo para poder arrancársela. Deseaba besarlo hasta gastar sus labios.

«¡Qué ironía! Ahora eres tú el que no puede verme», pensó.

No importaba lo mucho que quería seguir contemplándolo. Lo mejor que podía hacer era contenerse y dejar de imaginar las cosas que le haría. Ella no volvería a exponerse al sufrimiento. Ya se había entregado en cuerpo y alma una vez y las consecuencias de dicha acción habían sido desastrosas para su corazón.

Debía averiguar lo que estaba sucediendo, pero cuando intentó salir, descubrió que la puerta estaba bloqueada. Quiso buscar su móvil, sin embargo, no llevaba consigo su bolso de mano.

—¡Fátima y la madre que te parió! ¡¿Qué pretendes con esto?! —gritó con frustración.

Fabrizio seguía dormido, su cabeza colgaba sobre su pecho. Gina aprovechó la instancia para acariciar su cabello. Luego, tomó su rostro con ambas manos y posó sus labios en los de él. Ella había extrañado mucho esa boca. Recordó cuánto la habían excitado sus besos cuando recorrieron su cuerpo.

«¿Estás loca?! ¡Deja de pensar en eso!», se reprendió mentalmente.

A continuación, le quitó la venda. ¡Ah, sus ojos! Eso fue lo primero que le llamó la atención del protagonista la película más romántica que ella había visto en su vida. Se sentó a horcajas sobre las piernas de Fabrizio y lo abrazó sin saber qué la había motivado a hacerlo. Comenzó a llorar, sintiéndose incapaz de soltarlo y alejarse. Se levantó de un salto en cuanto lo sintió moverse bajo su cuerpo. Él estaba despertando. Se acomodó el vestido, secó sus lágrimas y se sentó frente a él.

Lo vio moverse un poco desesperado, tratando de soltarse, aun medio dormido

—¿Qué carajos pasó?! —inquirió, moviéndose con desesperación, intentando soltarse—. ¿Estoy secuestrado?

—Sí, lo estás, pero yo no soy la responsable de esto. En realidad, los dos nos encontramos encerrados en esta habitación.

—Debo estar alucinando. —Fabrizio abrió y cerró sus ojos varias veces, ya que todavía se sentía algo adormilado—. Siempre te apareces en mis sueños.

—Y tú en mis pesadillas —respondió ella de forma mordaz.

—¿Es esto real? —preguntó el actor

—Te recuerdo que, hace algunos meses, yo pasé por una experiencia similar. En aquella ocasión, también me pareció que estaba en un sueño, aunque éste se diluyó demasiado rápido.

—¿Gina, eres tú! No has perdido tu sentido del humor —expresó sonriendo, haciendo que Gina estuviera a punto de derretirse—. ¿Podrías quitarme esta cuerda? Debemos conversar y no podemos hacerlo así.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Compartimos una noche de pasión y punto. Después te fuiste y te acostaste con otra mujer. Yo volví a mi casa, regresé con mi marido y mis hijos. Eso fue todo.

—Sabes que eso no fue lo único que pasó entre nosotros. Yo no he podido dejar de pensar en ti.

—Sí, claro. Ya me di cuenta —respondió sarcástica. Ya no podía permanecer un minuto más sentada tan cerca de él. Comenzó a pasearse de un lado al otro, mientras Fabrizio continuaba luchando por liberarse.

—Gina, sé que fui un imbécil, pero tengo que explicarte...

—Di lo que quieras —interrumpió—. Los hechos hablan por sí solos.

—¡No! ¡No es así! Por favor, escúchame. Mi vida cambió después de estar contigo. Creo que te amo. Comencé a enamorarme cuando me escribías para hablarme de tu día y terminé de hacerlo cuando te tuve entre mis brazos. Tu cuerpo es el mejor lugar en el que he estado.

—¿Y por eso te acostaste con otra mujer en cuanto pudiste?!

—¿Gina, te pido que me escuches! Si luego de esto no quieres volver a verme, te dejaré ir. Yo mismo te llevaré de regreso a tu casa... Solo quiero que me des una oportunidad.

Gina dudaba. Ella deseaba creerle. Sin embargo, su corazón albergaba más dudas que certezas. Fabrizio tenía el poder para destruirla, y ella no quería salir herida otra vez.

—Está bien. Habla.

—Aquella noche no pude conciliar el sueño, pues no podía dejar de mirarte. Me sentía tan bien a tu lado. Quería despertar contigo, pero no podía. Tú tienes una vida armada, y yo no soy

nadie para quitártela. Cuando dejé el hotel, tenía la certeza de que algo había cambiado en mi interior. Entraste en mi vida de una manera tan profunda que me dio terror. Necesitaba olvidarte para que tu recuerdo no me doliera. ¡Ni siquiera sabía si volveríamos a vernos! Tomé una terrible decisión y me arrepiento de haberlo hecho. Estaba borracho y, siendo honesto, traté pésimo a esa chica. Sé que aquello no es excusa para mi terrible comportamiento... ¡Merezco todo lo malo que ella ha dicho de mí! —confesó avergonzado— Por favor, perdóname. No sé cómo he podido sobrevivir sin ti. Intenté explicarte mi situación. Sin embargo, ignoraste cada uno de mis mensajes. Debía hablar contigo, así que le pedí a mi amiga que me ayudara. De hecho, creo que esto es obra de ella.

Gina escuchaba en silencio, sintiendo que su corazón se debatía entre la alegría y la decepción.

—¡Mírame! Estoy atado en cuerpo y alma a causa de mis equivocaciones. —Fabrizio miró sus muñecas fijas al asiento—. Pero quiero que sepas que no busco estar presente en tu vida para provocarte más dolor. Solo deseo estar junto a ti otra vez.

Gina volteó su rostro, ya que no quería que él la viera llorar. El dolor causado por las acciones de Fabrizio había regresado. No obstante, este sentimiento pronto dio paso a la ira.

—¡Eres un malnacido! —le gritó furiosa antes de darle una sonora bofetada.

—Merezco cada uno de los insultos que me quieras decir —dijo con la voz entrecortada, mientras Gina seguía descargando su rabia en él. Fabrizio jamás dimensionó el dolor que le había causado a esa mujer. Cada acción trae consecuencias y ésta le estaba costando bastante.

Gina no dejaba de golpearlo, mientras él seguía atado. Si bien estaba apenado por la amargura que había causado, también se sintió furioso al recordar que ella estaba casada y —por lo tanto— aún mantenía relaciones sexuales con su marido.

—¡Escúchame! —exclamó el actor—. Tengo claro que cometí un error y me odio terriblemente por eso, pero ¿has pensado en cómo me siento sabiendo que vives, duermes y tienes sexo con otro hombre?

¡No es lo mismo! —replicó herida—. Yo nunca te engañe, ya que siempre supiste que estaba casada. ¡Tampoco corrí a cogerme a mi esposo después de acostarme contigo, imbécil! ¡Tú no sabes nada de mí, Fabrizio!

Gina corrió a encerrarse en el baño, dejando caer su cuerpo al suelo mientras lloraba.

Fabrizio se sintió desesperado al escuchar los desgarradores gritos de su amada. No importaba si ella volvía a pegarle, él quería estar con ella para abrazarla y consolarla. Forcejeó contra sus ataduras con más empeño, hasta que la cuerda cedió. Por fin había conseguido liberarse.

«Giannina, menos mal que no eres tan fuerte como crees», pensó.

—Por favor, ábreme la puerta—suplicó.

Gina dejó salir aquel dolor causado por las palabras de Fabrizio. Se sentía mal por ser incapaz de sacarlo de su corazón. Sin embargo, también le hería no poder dejarlo entrar en su vida.

—¡Abre o romperé la puta puerta! Por favor—rogó.

Esa puerta era lo único que los separaba. Gina guardó silencio por un momento y pudo notar que él también estaba llorando. Ella se levantó y se miró en el espejo. Su cara estaba hinchada y sus ojos lucían enrojecidos. Abrió el grifo y, mientras mojaba su rostro, se debatía entre salir o permanecer encerrada. Aún se encontraba conmocionada y confundida. Lo único que tenía claro era que ese hombre le había roto y vuelto a armar el corazón. Deseaba abrazarlo y no soltarlo nunca más.

—No puedo. Ya he sufrido demasiado. Me dolió descubrir que no significo nada para ti.

—Estás equivocada. Tú lo eres todo para mí. Mi vida no ha vuelto a ser la misma desde que

supe que en un país muy lejos del mío existía una mujer que me escribía mensajes todos los días.

—Esa mujer que vivía de fantasías ya no existe. Ahora debo enfrentar la realidad. Te fuiste de mi lado y te acostaste con otra. Esos son los hechos y no hay nada más que agregar —sentenció la argentina.

—¡Yo todavía tengo algo que decir, pero si sigues a la defensiva, no podré explicarte!

—No. La única vez que bajé la guardia, terminé aplastada por un sentimiento que sigue sin dejarme vivir tranquila y ya no quiero sentirme tan desdichada. Si bien antes no tenía muchas razones para ser feliz, no tenía el corazón roto.

—Dame solo una oportunidad para contarte todo y te prometo que jamás volverás a saber de mí.

Capítulo XI

«Volver a verte».

En cuanto Gina abrió la puerta, Fabrizio se puso de pie de inmediato. No desaprovecharía esta nueva oportunidad que ella le estaba otorgando. Se acercó a su amada en silencio y sostuvo su rostro con sutileza, forzándola a mirarlo a los ojos. El entorno estaba cargado de tensión. En aquel instante, las palabras sobraban. Fabrizio acortó la distancia poco a poco hasta unir sus labios con ímpetu. Fue un beso demandante, colmado de tristeza y ausencia. Para ellos, ésta era la forma de comunicarse todo aquello que habían callado. Ese acto tan lleno de pasión le ayudó a Gina a liberar el dolor y la frustración almacenados en su interior desde el momento en que él la abandonó en ese cuarto de hotel. Ninguno de los dos quería detenerse. Solo separaban sus bocas para poder recobrar el aliento.

Fabrizio había soñado con esto un millar de veces. Aunque no podía dejar de contemplarla, el hecho de estar frente a Gina seguía pareciéndole irreal.

—Giannina me aseguró que me ayudaría —dijo al tiempo que recorría el rostro de la argentina con una caricia—. Sin embargo, no me explico cómo lo hizo. ¿Ustedes dos se conocen?

—No. Yo vine porque Fátima me invitó —aseguró.

—Entonces ellas deben haberse puesto de acuerdo para tramar todo esto.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Hacerles un altar y agradecerles eternamente —respondió sonriendo—. Te trajeron a mí, así que les debo mucho.

—Fabrizio...

—No digas nada. Sé que debemos hablar y que no existe disculpa suficiente para borrar lo que hice. Entiendo que tengas miedo y que te sientas desconfiada, pero te amo. No estoy engañándote. Lo único que te pido es que te quedes a mi lado hasta que esta fantasía deba llegar a su fin.

—Si este es un sueño, entonces no quiero despertar.

—Tampoco yo. Tú eres mi sueño, Gina.

Permanecieron abrazados durante largo rato. Luego Fabrizio le dio la mano, y se alejaron del baño. La habitación contaba con una vista preciosa, así que ambos salieron al balcón para disfrutar de ella. Si bien Gina estaba agradecida de poder estar en un lugar como aquel, se sentía intranquila al pensar en su familia. No quería separarse de Fabrizio, aunque ese hecho podría acarrearle muchas complicaciones. No obstante, a pesar de ello, decidió que iba a permitirse ser feliz y gozaría de aquella ilusión por el tiempo que durara.

Fabrizio pegó su torso a la espalda de la argentina y rodeó su cintura con cariño. Luego apoyó su cabeza en el hombro de la chica y respiró el aire marino. Cuando sintió que Gina se estremecía entre sus brazos y se abrazaba a sí misma para proporcionarse calor, él volvió a tomarle la mano para guiarla de regreso al cuarto.

—Ven, abrázame. —Gina obedeció de inmediato. Sin embargo, aunque ella intentaba abstraerse de su vida en Argentina, no lo conseguía—. No te preocupes. Aquí estamos solos, tú y yo. No pienses en nada más. El mundo puede esperar, pero yo ya no aguanto las ganas de hacerte el amor.

Gina notó que la mirada de Fabrizio se encendía por el deseo. Ella también anhelaba fundir

sus cuerpos hasta convertirse en uno. No solo deseaba recibir su simiente, sino que también sus besos y caricias. Mientras Fabrizio le devoraba la boca con una pasión desatada, ella —haciendo uso de una sensualidad que solo el italiano era capaz de despertar— comenzó a desabotonarle la camisa. Sin poder contenerse, mordió los labios del actor con fuerza para después aliviar su escozor paseando su lengua con delicadeza. Fabrizio, excitado, besó los hombros de su amada antes de bajarle los tirantes del vestido. A continuación, se deleitó saboreando su cuello, en tanto le bajaba el cierre. Ambos terminaron de desvestirse con premura. Los senos de Gina llamaron de inmediato la atención del italiano, quien empezó a recorrer con su lengua el pezón derecho, mientras aprisionaba el izquierdo con los dedos.

En cuanto él la sentó en la cama, Gina observó con complacencia su potente erección

—¡Mira cómo me tienes, mujer! Si no entro en tu cuerpo ahora, moriré. —A pesar de las ansias que tenía por saciar sus ganas, se controlaría, pues deseaba que ella disfrutara.

—No quiero que te mueras. Ven, te quiero dentro de mí ahora —demandó Gina, quien se encontraba en la misma tesitura—. Ya tendremos tiempo para tomarnos las cosas con calma.

Aquellas palabras fueron suficientes para azuzar a Fabrizio.

—Lo que quieras, *amore mio*. Soy tuyo para cumplir cada uno de tus deseos —dijo con ardor, al tiempo que acariciaba sus piernas y tanteaba su sexo con los dedos—. No tengo condones. No estaba preparado para esto, pero te juro que estoy sano.

—Te creo — respondió Gina, gimiendo de placer. Ella estaba segura de que él le decía la verdad.

Gina se dejó arrastrar por esta corriente de deseo envuelta en el cuerpo del italiano. Fabrizio seguía tocándola y volviéndola loca con sus caricias y, sin hacerla esperar, la penetró con lentitud. Los gemidos de Gina se convirtieron en gritos de placer. Mientras él se movía acompasadamente dentro de ella, con la mano derecha tocaba su clítoris y con la otra tiraba de su pezón, haciéndola estremecer. Él se sentía al borde del orgasmo, pero deseaba que ella lo acompañara en el clímax, así que aceleró sus estocadas. Pronto, los dos alcanzaron el cielo. Fabrizio dejó caer su cuerpo sobre ella, quien lo abrazó con amor.

—Eres maravillosa, ¿lo sabes? —le dijo entre beso y beso.

—Eres tú quien me ve así, yo solo soy una mujer común.

—Nada en ti es común —aseguró él—. Quisiera estar siempre enterrado en ti.

—Y yo también ansío lo mismo. Eres tan bello, Fabrizio. Aunque te lo he repetido muchas veces, sigo sin dar crédito a lo que dicen mis sentidos.

—¿Aún crees que esto es un sueño? Puedo convencerte de lo contrario —expresó antes de besarla con efusividad.

—Por favor, hazlo. Creo que todavía no me ha quedado claro —mencionó Gina, riendo con picardía.

—Me gusta verte reír.

—Estar aquí me hace feliz. Tú me haces feliz.

La pareja disfrutó durante el resto de la tarde haciendo el amor. Cuando llegó la noche, ambos estaban cansados y hambrientos. Habían estado tan abstraídos, gozando el uno del otro, que habían olvidado que seguían encerrados.

—¿Tienes tu móvil? Al parecer, Giannina cortó la línea del teléfono del hotel —dijo Fabrizio luego de mirar el cable que yacía colgado bajo el aparato—. No podemos salir de aquí.

—Tengo una idea. —Gina pensó que la mejor forma de escapar era a través del balcón —¿Le temes a las alturas?

—Yo no voy a bajar cinco pisos por ahí.

—¿Tienes miedo? Tomaste un avión hasta Argentina, me secuestraste, te aprovechaste de mí y, sin embargo, sufres de vértigo. ¡Quién lo hubiera pensado!

—En primer lugar, no es temor, sino que soy cuidadoso. Y, en segundo lugar, ¿yo me aproveche de ti? ¿Estás segura de eso?

—¡De acuerdo! Digamos que fue algo mutuo. No perdamos el tiempo discutiendo cuando deberíamos buscar la manera de salir de aquí.

—Vamos a ducharnos y después planeamos una estrategia más apropiada —propuso Fabrizio.

—Está bien —aceptó, y se dirigieron al cuarto de baño.

—¿Te resulta conocida esta situación?

—No me importa el lugar, solo quiero que me hagas sentir lo mismo que en el hotel de Argentina.

—Eso es imposible, ya que lo que siento por ti es aún más intenso. Ahora te deseo con más fuerza que antes. Mi único anhelo es cubrir tu cuerpo con mis besos.

—Haz lo que quieras conmigo. Quiero que solo tú estés en mi mente. —Entre miradas cómplices, volvieron a hacer el amor.

Fabrizio despertaba en ella esa ansia fiera que no la dejaba razonar. Se desconocía totalmente. Antes de que su lado racional le dijera que su historia con Fabrizio no tenía futuro, cerró los ojos y solo se dedicó a sentir los besos que ese hombre le daba, cubriendo sus pensamientos y su cuerpo.

Sin más dilación, la penetró de manera fuerte y ruda. La necesitaba de esa forma. De hecho, los dos lo hacían. Gina quería gritar mientras sus cuerpos se reconocían. Las sensaciones que él despertaba en ella eran incomparables.

—No te cohíbas conmigo. Si quieres gritar, hazlo. ¡Libérate!

—¿Te gusta así o prefieres que sea más salvaje? —preguntó jadeante.

—Me gusta lo que haces —confesó, en tanto continuaba penetrándola sin piedad. Ella le besó el labio herido, tratando de sacar la sangre que le dejó cuando le mordió.

—Hagamos esto juntos —dijo en el oído de ella, sintiendo que su miembro se tensaba.

Gina asintió antes de caer en un torbellino de placer.

—Me vuelves loco —aseguró el italiano—. Te ves muy sensual cuando estás satisfecha.

—Son tus orgasmos los que me tienen así —admitió Gina y luego lo besó—. Terminemos de ducharnos y veamos el modo de salir de aquí.

—Si fuera por mí, yo me quedaría aquí. Todavía nos faltan lugares por probar.

—Tenemos que comer, ya tengo hambre.

—Está bien —expresó, fingiendo un gesto de disgusto—. Pero que conste que yo te quiero desnuda y dispuesta toda la noche.

—No te preocupes, así será. Hemos pasado mucho tiempo lejos.

—No pienses en el pasado, bella, disfrutemos el presente. Aquí solo hay lugar para nosotros dos —dijo el actor después de ayudarla a salir de la ducha. A continuación, él le secó el cuerpo con tanta suavidad y gentileza que Gina no pudo recordar la última vez que se había sentido tan mimada. Fabrizio tenía razón, ese tiempo era de los dos y lo disfrutaría mientras durara.

Cuando llegó el momento de vestirse, Gina recogió la camisa de Fabrizio y no pudo contener una carcajada.

—No te gusta, ¿cierto? —dijo mientras se abotonaba la prenda—. Gia también la odió.

—No esta tan mal —mintió Gina entre risas.

—Lo único que quería era estar a tono con el entorno. Sin embargo, ahora soy el payaso del

lugar.

—No importa lo que uses, porque siempre te verás bien. Aunque, siendo sincera, te prefiero desnudo.

—No me tientes o no responderé por mis actos.

Fátima y Giannina se encontraban en uno de los comedores del resort. Habían disfrutado tanto conversando que perdieron la noción del tiempo. Ambas estaban encantadas de ser las hadas madrinas de sus amigos, aunque preferían no pensar en lo que sucedería cuando este viaje de ensueño terminara. Sabían que ellos compartían un amor único, pero les entristecía saber que su situación era compleja.

Considerando lo tarde que era, decidieron ir a la habitación en la que habían encerrado a la pareja. Llegaron incluso a temer del resultado de su plan.

—O se mataron mutuamente o están cogiendo como locos —expresó Fátima.

—Voto por la segunda opción. Después de todo este tiempo extrañando a tu amiga, dudo que Fabrizio se quedara tranquilo. Él debe haber usado todas sus armas para que Gina lo perdonara. A propósito, ¿qué hacemos si escuchamos ruidos?

—Eso sería bastante incómodo, así que propongo que le saquemos el seguro a la puerta y nos vayamos.

Mientras ambas mujeres subían en el ascensor, reían elucubrando las posibles escenas que podrían encontrar al llegar a la habitación. No obstante, jamás imaginaron encontrarlos vestidos, durmiendo abrazados, casi pegados el uno al otro. Fabrizio tenía su cabeza apoyada en las almohadas, en tanto Gina descansaba sobre el pecho del actor.

—¡Ah, se ven preciosos! Voy a tomarles una foto —Gia sacó el iPhone de su cartera y capturó varias imágenes de la pareja—. ¿Los dejamos seguir durmiendo?

—Yo creo que deberíamos despertarlos. Han pasado casi seis horas encerrados —dijo Fátima mirando su reloj Cartier—. Dudo que se hayan dedicado a hablar solamente, por lo que deben estar exhaustos y hambrientos.

—Tienes razón. Entonces, creo que lo mejor será que vaya a la habitación de al lado para pedir que les traigan algo de comida y después los despertamos —Gia fue de prisa a su cuarto y ordenó una gran variedad de frutas, ensaladas y algunos platos típicos de la zona.

Al regresar, notó que Fátima estaba al borde de las lágrimas viéndolos dormir. Fabrizio y Gina lucían tan enamorados. La chilena estaba harta de negarse a la posibilidad de querer a alguien. Sin embargo, esa aprensión era una consecuencia de las experiencias que había sufrido junto con su ex marido. Él era la razón por la cual le costaba tanto abrir su corazón.

—Nuestra locura dio buenos resultados. ¡Al fin están juntos! ¿No estás feliz, Fátí? —Gia era la única persona que trataba a Fátima con el diminutivo de su nombre, y eso le encantaba.

Gia se había transformado en una gran amiga; una cómplice y compañera de aventuras. Ambas crearon lazos muy fuertes, y los responsables de esta relación seguían durmiendo.

—Sí, estoy más que feliz, Gia. Esta historia de amor me tiene muy conmovida, pero me aflige pensar en lo que sucederá cuando estas vacaciones acaben.

—¡Nadie quiere pensar en eso! Por lo menos, ellos podrán recordar estos días por siempre. En la película, Giancarlo decía que era mejor sufrir amando que vivir sin haber conocido aquel sentimiento.

—Giancarlo —suspiró— ¡Cuántas veces habré visto esa película con Gina!

—Fati, lo mejor que podemos hacer es procurar que aprovechen este encuentro. Después, Dios dirá —Gia abrazó a Fátima, y ambas sonrieron.

Escucharon que alguien llamaba a la puerta. Fátima se apresuró en recibir al muchacho que traía la comida. Gia, por otro lado, se aproximó a la cama para despertar a la pareja. Se puso del lado de Fabrizio y comenzó a susurrarle la misma melodía que su madre le cantaba cuando niño. Aquella era una tradición que, en un comienzo, molestaba a Fabrizio. No obstante, con el pasar de los años, se volvió una tradición casi de hermanos.

*Stella, stellina,
La notte si avvicina.
La fiamma traballa.
La mucca nella stalla.
La mucca e il vitello,
La pecora e l'agnello,
La chioccia con il pulcino,
Ognuno ha il suo bambino,
Ognuno ha la sua mamma,
E tutti fanno la nanna!*

Fabrizio abrió los ojos, sintiéndose algo desorientado. Miró a su lado y vio que entre sus brazos se encontraba Gina, mientras escuchaba a Gia cantar.

—¡Hasta que por fin despiertas! —exclamó Giannina cuando Fabrizio se volteó a verla—. Supusimos que podrían tener hambre, así que pedimos comida para ustedes.

—Gia, eres la única capaz de despertar a alguien con una canción de cuna. —La aludida rio—. Sí, estoy hambriento y Gina debe estar igual. *Amore*, despierta.

—¿Fabrizio? ¿Estoy soñando otra vez? —cuestionó mientras sentía que alguien depositaba tiernos besos sobre su rostro.

—No, estás conmigo —respondió el italiano sin detener sus mimos.

—En realidad, estás con todos nosotros, linda —rectificó Fátima, acercándose a la cama—. Es natural que estés confundida.

—¡Hola, Gina! Soy Gia, la casi hermana de este sujeto —dijo apuntado a su amigo—. Ya que no nos presentaron, tendré que hacerlo por mi cuenta. Eres muy bella, ¿te lo han dicho?

—Gia, por favor. —Fabrizio sabía que su amiga quería provocarlo y lo estaba consiguiendo.

—Ah, Fabrizio, no seas celoso. Admito que es una mujer hermosa, pero tengo claro que es tuya y jamás sería capaz de arrebatártela. Tú me conoces bien.

Gina estaba al tanto de la relación que unía a Gia y Fabrizio. Por este motivo, a ella no le asombraba este tipo de trato. Cuando hablaban, ellos discutían de muchos temas personales.

—¿Me pueden explicar cómo llegamos a esto?! —interrogó Gina, sorprendida por el hecho de que Fátima y Giannina estuvieran juntas—. No entiendo nada.

—Todas las explicaciones serán otorgadas a su debido tiempo. Ahora comamos, ya que tengo mucha hambre —sentenció Fátima.

Gia se levantó y se fue con su amiga chilena a organizar la cena. Trasladaron todo a la mesa de la terraza para comer observando el maravilloso paisaje.

—Este lugar es hermoso. Sería feliz viviendo aquí —mencionó la italiana.

—Coincido contigo, a mí también me encanta. Aunque, siendo franca, no creo que pudiera vivir tan lejos del ajetreo de la ciudad. —replicó Fátima, quien se asumía como una ciudadana.

—Entonces, tú serías feliz viviendo en Roma. Aunque estoy acostumbrada, a veces el ruido y las luces me cansan un poco. Creo que en una isla sería muy feliz.

Mientras Giannina y Fátima seguían charlando, Fabrizio y Gina no dejaban de besarse.

—Ustedes, par de tortolitos, ¿podrían dejar los arrumacos por un rato y venir a comer?

Fabrizio estalló en una carcajada al escuchar las ocurrencias de su amiga.

—¡Esto es tan típico de Gia! —explicó el actor—. No le hagas caso, Gina.

—Ella me agrada. Además te trajo a mí, así que le debo mucho. En lo que a mí respecta, ella tiene permiso para decir lo que quiera.

—Tienes razón. Le debo el momento más feliz de mi vida: Estar aquí contigo. Vamos a la terraza —Se levantó de la cama y le extendió la mano a Gina para que se levantara.

A esa hora, la vista a la bahía era imponente. El atardecer y su mezcla de colores hacían que la escena fuera todo un espectáculo.

Los cuatro se sentaron a comer. Aunque hacía un poco de frío, no era tanto como para disuadirlos de permanecer allí. Gina revisó la gran variedad de platos, entre los que se destacaban el sancocho, el mangú y el tostón. También había verduras salteadas y guarniciones.

—Ella es así. Es más barato llevarla de compras que invitarla a comer —manifestó Fátima, explicando la conducta de su amiga tras notar la mirada de curiosidad de Gia y Fabrizio.

A Fabrizio le sorprendía lo auténtica que era Gina, quien comía sin culpas.

—No te preocupes, *belleza*. Después podemos quemar calorías juntos —le susurró al oído con picardía, provocando en Gina una sonrisa nerviosa.

Los cuatro se sentaron a comer y disfrutaron de una amena conversación. Las que más hablaban eran Fátima y Gia, quienes compartieron anécdotas de su vida, en tanto Gina y Fabrizio intercambiaban miradas cargadas de amor y deseo. El grupo planificó lo que harían durante el resto de su estadía. Consideraron que era una excelente idea visitar las islas cercanas de Saona y Santa Catalina durante el día y, por las noches, asistirían al casino y recorrerían algunos locales nocturnos.

Al terminar de cenar, Fátima y Gia decidieron bajar al bar por unas copas. Ellas sabían que el par de enamorados apreciaría pasar tiempo a solas.

—Gina, pórtate bien —advirtió Fátima, guiñándole un ojo antes de despedirse—. No hagas nada que yo no haría.

—Me has dado un margen muy amplio entonces —respondió Gina entre risas.

En cuanto cerraron la puerta, ella se lanzó a los brazos de Fabrizio. No deseaba perder el tiempo y pudo ver reflejado en los ojos de él el mismo deseo que ardía en ella.

Se besaron con deleite. Si bien no hacía mucho que habían estado haciendo el amor, la necesidad de rendirse al placer no menguaba.

—Eres como una droga, mujer. Cada vez quiero más de ti, me has hecho un adicto.

—A mí me pasa lo mismo contigo. Quiero que hagamos el amor cuantas veces sean posibles —admitió—. Tú eres mi sueño, Fabrizio. Hazme tuya una vez más.

El italiano no necesita más palabras para hacer lo que ella le pedía. A pesar de que ansiaba verla desnuda, la desvistió con lentitud. Cuando el vestido cayó al suelo, Gina tomó el control de la situación y lo besó sin darle tregua. Después le arrancó la camisa, rompiendo los botones. Definitivamente, ya no podría volver a ponérsela. A continuación, le desabrochó el pantalón. Fabrizio tuvo que sacárselos solo, puesto que eran un poco ajustados. Ella lo empujó a la cama y notó la potente erección del actor a través de su bóxer. Poseída por el deseo, se acercó y se subió a la cama a gatas. El actor, por su parte, la seguía con la mirada mientras intentaba adivinar su próximo movimiento. Gina se le subió a horcajadas y comenzó a frotarse sobre él. Con cada movimiento, su sexo se mojaba más. Por su espalda caían gotas de sudor. El italiano disfrutaba, aguantando a duras penas de aquel espectáculo.

—Estoy a punto de perder el control —advirtió Fabrizio—. Pero me excita verte gozando así.

El italiano aprovechó que ella se inclinaba hacia adelante para capturar con su boca uno de sus senos, chupándolo y mordisqueándolo. Aventuró su mano derecha dentro de las bragas de Gina, acariciando su clítoris. Los roces se volvieron más exigentes a medida que la fogosidad crecía, provocando que corrientes eléctricas recorrieran los cuerpos de ambos. Sin extender aquella tortura por más tiempo, la argentina le quitó el bóxer. Antes de que ella pudiera sacarse las bragas, Fabrizio tiró de ellas haciéndolas pedazos. Alzó a Gina por las nalgas para ayudarla a situarse justo encima de su pene erecto y expectante. Ella se movió un poco para quedar más cómoda y se dejó caer sobre éste, moviéndose con parsimonia.

—Sigue así. Eres maravillosa —alentaba el actor.

—Estabas en deuda conmigo, ¿recuerdas? Ahora hazte cargo de las consecuencias —expresó Gina a la vez que movía sus caderas en círculo.

Fabrizio apretaba los glúteos de la argentina con fuerza para enterrarse con mayor profundidad. Gina aceleró sus movimientos, y él se acopló a su ritmo. Ella trataba de ser más silenciosa, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

—No te contengas, *amore*. Ya sabes que me gusta escucharte gritar de placer. —Las palabras de Fabrizio hicieron que Gina ya no se cohibiera. Ella aceleró sus movimientos y lo sintió tensarse en su interior. Ambos se encontraban al borde del orgasmo. Luego de un par de profundas estocadas después, Gina alcanzó el clímax, gritando su nombre, lo que bastó para que él también lo alcanzara.

Fabrizio nunca pensó que alguna vez se enamoraría de aquella manera tan apasionada.

Giannina y Fátima estaban divirtiéndose en el bar del hotel. Ya habían recibido unos cuantos tragos por cortesía de algunos de los jóvenes presentes.

—No sé cómo puedes beber algo tan fuerte, Fátí —expresó Giannina, apuntando al ron dominicano con hielo que bebía su amiga—. Yo no tolero mucho el alcohol.

—En mi país dirían que bebes como una niña —se burló, señalando el cosmopolitan—. A mí me encanta tanto el pisco como el vino chileno. Además de otros tragos que ya te haré probar algún día.

—Si me emborrachas, tendrás que llevarme a mi cuarto, ya que no quiero dar un espectáculo —pidió Gia entre risas. Jamás se había embriagado, pues tendía a ser muy responsable.

Giannina Palacci era la hija menor de un matrimonio muy conservador. Para sus padres —católicos acérrimos— fue imposible soportar que su hija se declarara lesbiana a los quince años. Ellos no vieron otra opción más que expulsarla tanto de su casa como de sus vidas. Por este motivo, Gia se aferró a su único amigo, Fabrizio.

Él fue el primero en enterarse de su orientación sexual. El actor se convirtió en su fortaleza. Aquella era una de las razones por las cuales lo amaba tanto. Él y el resto de los Cacciatore la acogieron como un miembro más de su familia, llevándola a vivir con ellos. Gia se comportaba de manera intachable para no desilusionarlos, dado que le habían abierto las puertas de su corazón. No estaba acostumbrada a actuar de forma espontánea, pero con esta loca amiga chilena se sentía libre para actuar sin tapujos.

—Vamos, probemos uno de esos tragos tan ricos de los cuales hablas, Fátí.

—¡Esa es la actitud! Vas a beber conmigo hasta quedar inconsciente.

—¡¿Qué?! ¿Has perdido la cabeza?

—¡Estoy bromeando! —rio Fátima.

—Ah... ¡Uf, qué alivio!

—Nunca desconfíes de mí. Soy tu amiga y siempre te cuidaré.

—¿Qué vamos a tomar?

—Algo delicioso. Se llama cardamomia

—¿Qué tiene?

—Whisky, almíbar de cardamomo y frutos rojos. ¡Te aseguro que te va a gustar!

—Okey. Confiaré en ti.

Bebieron, rieron y compartieron anécdotas. Ya no eran las aventuras de Fabrizio y Gina las que monopolizaban sus conversaciones. Ambas se divertían hablando de ellas mismas y de sus experiencias. Estaba por amanecer cuando dejaron el bar y se fueron a dormir. Apenas podían mantenerse en pie. De pronto, se acordaron de sus amigos y no pudieron evitar reír.

—Deben estar cogiendo como locos —conjeturó Fátima.

—¡Vamos a despertarlos! —Gia estaba bastante afectada por el alcohol.

—¡No! ¡Déjalos dormir! Ven, vamos a tu cuarto. Necesitas dormir con urgencia.

—¡Pero yo estoy bien!

—¡Bien borracha! ¡Hazme caso y vete a tu cuarto!

Fátima reflexionaba sobre lo mucho que su vida había cambiado. No se embriagaba y divertía tanto como con Gia desde hacía mucho tiempo. Además pensaba en Gina, quien estaba con el hombre de sus sueños, amándolo y siendo amada. La felicidad la rodeaba, solo le faltaba alguien con quien compartir ese sentimiento.

Capítulo XII

«Te amaré como al mundo».

Gina y Fabrizio dormían enredados entre las sábanas. Ella se aferraba a su pecho como un náufrago lo hacía a su tabla de salvación.

De pronto, el móvil de Gina los despertó. Aún somnolienta, ella reaccionó y respondió la llamada de Azul. Probablemente, sus hijos la extrañaban tanto como ella lo hacía con ellos. Si bien no tuvo mucho tiempo para pensar en otra cosa que no fuera ese hombre, siempre tenía presente a su familia.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Muy bien, mamá. Aunque te extrañamos, espero que lo estés pasando bien. Vi la foto que subiste a tu perfil, y el lugar es bellissimo.

—Sí, es verdad. Esta isla es hermosa. ¿Cómo está tu hermano?

—Anda por aquí, ya te lo paso. ¡Alejo! —gritó la joven— Ven rápido a hablar con mamá que la llamada sale carísima.

—Mami, te extraño. ¡Quisiera haber ido contigo! —La confesión de su hijo conmovió a Gina, pues él solía rehuir de su cariño.

—Mi niño, yo también los extraño y quisiera que estuvieran conmigo.

—¡Mamá! ¡Ya no soy un niño! —Él ya era un adolescente y no le gustaba que lo trataran como a un bebé.

—¡Para mí, siempre lo serás! —Gina se puso una bata y salió a la terraza para evitar que Fabrizio la oyera. Él, fingiendo que dormía, escuchó la conversación y pensó en que ella era una gran madre. En los mensajes que habían intercambiado, ella le había dado a entender que sus hijos eran su prioridad. El italiano sonreía al pensar que su madre le hablaba del mismo modo que ella le estaba hablando a Alejo. Ahora no solo amaba y deseaba a esa mujer, sino que también la admiraba profundamente.

Fabrizio abrió los ojos y se acomodó en la cama para poder observarla de mejor forma. A medida que la conversación entre Gina y sus hijos avanzaba, él notó que su expresión cambiaba de forma repentina. Supo de inmediato que algo le pasaba y se le oprimió el corazón, pues no quería verla preocupada. Él deseaba que ella fuera feliz durante el tiempo que estuvieran juntos.

Ella se despidió de sus hijos y regresó a la habitación con un gesto sombrío. Fabrizio se acercó para abrazarla, y ella le rehuyó.

—Dime qué te pasa, *amore*. Por favor, no me excluyas de tu vida.

—Todo esto es un error —respondió, sintiéndose incapaz de mirar a Fabrizio a los ojos sin romper a llorar—. No debo estar aquí contigo.

—Gina, mírame. Lo nuestro no es un error. Yo te amo y sé que tú sientes lo mismo por mí. No quiero verte mal —Fabrizio la abrazó, mientras ella lloraba con desesperación.

—¡Suéltame! —sollozó soltándose de su abrazo— Tengo que marcharme de aquí. Esto está mal. Mi lugar está al lado de mis hijos. ¡Déjame, por favor!

—No me pidas eso. No puedo dejarte ir. No ahora que sé que también me amas. Entiendo que creas que esto está mal, pero te quiero. Me encantaría que resolvieras tu situación para poder hacerte mi mujer. Sin embargo, me doy cuenta de que para ti es difícil tomar una decisión así en este momento. Por eso me conformo con aprovechar cada momento contigo, ya sea un día o unas semanas. Por favor, no dejes morir este sueño.

—¡Tú no entiendes! ¡¿Qué obtendríamos con soñar ahora?! El despertar va a ser mucho peor, y no quiero volver a sufrir por ti. Mis hijos no merecen a una madre que esté rota por dentro, que sea incapaz de volver a reír, que viva sus días como si fueran una tortura. De verdad, perdóname, pero no puedo.

Fabrizio se sentía derrotado. Al parecer, nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión. Con todo el dolor en su alma, debería dejarla ir, ya que no quería forzarla a una situación en la que no se sentiría cómoda. Estaba claro que no podrían disfrutar de forma plena aquel amor.

—Solo escúchame por última vez y te prometo que me encargaré de que vuelvas a tu casa como tanto deseas. Sé la importancia que tienen tus hijos para ti, y te amo aún más por eso. Si bien te amo como un loco y anhelo con todo mi corazón que te quedes conmigo, necesito que seas feliz. Dejaré que te vayas de mi vida. No seré quien te ate a una situación indeseada. Esta vez, es tu decisión. Alguna vez me dijiste que desearías haber podido escoger sobre tu futuro, pues ésta es tu oportunidad. Conmigo eres y serás siempre libre.

Gina estaba muy confundida. Su corazón le pedía a gritos quedarse y gozar de aquel amor desbocado que hacía explotar a su corazón. No obstante, su parte racional le decía que lo mejor era evitar el sufrimiento. Todavía estaba a tiempo de impedir un desastre. Aunque sabía que eso era imposible, puesto que lo amaba con locura. Estaba aterrada y quería salir lo más ilesa posible de este dilema, pero sabía que no lo lograría.

—Hablaré con Gia para que te cambie los pasajes y puedas volver a Argentina cuanto antes. Quédate tú en la habitación, yo me cambiaré a otra. No quiero molestarte. —Las palabras de Fabrizio denotaban un profundo dolor. Gina no quería dejarlo ir, mas pensaba en que era lo mejor.

—Está bien —respondió, mirándolo fijamente a los ojos. Quería demostrarle que no se alejaba por falta de amor hacia él, ya que este sentimiento la desbordaba.

Fabrizio se dirigió a la habitación de Gia y golpeó la puerta. Fue Fátima quien le abrió, dado que la italiana aún dormía—. Pasa, Fabrizio, Gia está con resaca, ya que anoche nos fuimos de copas. ¿Te pasa algo? Traes una cara de funeral.

—Tu amiga se quiere ir. Habló hace un rato con sus hijos y ahora quiere volver a su país.

—¡¿Ella está loca o qué le pasa?! —exclamó asombrada.

—Tiene miedo, y la entiendo. Yo también estoy aterrado con todo esto que siento por ella. No obstante, Gina tiene más que perder.

—No sé qué decirte —Fátima estaba impactada. Gia, por su lado, llegaba junto a sus amigos para enterarse de lo que pasaba.

—Es natural que se sienta así, aunque tengo la confianza de que se le pasará. Espera a que piense las cosas con calma. Ya verás cómo cambia de opinión. —Gia estaba tan segura de sus palabras que sus amigos se sintieron optimistas—. Vamos a retrasar un poco las cosas, Fati. Dile que te irás con ella.

—Pero yo no quiero irme —rezongó apesadumbrada.

—Y no lo harás, confía en mí. Nadie se irá de aquí hasta por lo menos en dos semanas.

Fátima salió de la habitación de Gia y fue buscar a su amiga. Pese a que quería matarla, seguiría las instrucciones y le haría creer que se iría con ella.

«A veces, no entiendo a mi amiga. Siendo que tiene esta posibilidad única de ser feliz un rato, la quiere desperdiciar. Ah, ¡me vas a volver loca, Gina Ávalos», pensó a viva voz.

Fátima encontró la puerta entreabierta, así que —sin pedir permiso— entró al cuarto. Divisó a Gina en la terraza, quien lloraba silenciosamente de cara al paisaje.

—Hola —saludó la chilena—. Quería avisarte que decidí irme contigo. Puesto que soy la

responsable de que estés aquí, lo correcto es que nos vayamos juntas en cuanto Gia consiga cambiarnos los pasajes.

—Eso no es necesario, Fátima.

—No intentes disuadirme porque no conseguirás nada. Yo no pienso dejarte sola —aseguró tajante—. Me equivoqué, perdóname. A pesar de mis buenas intenciones por verte feliz, terminé arrastrándote a esta miseria. Jamás te había visto tan resplandeciente como después de haber conocido a Fabrizio. Cuando me contaste lo que había sucedido entre ustedes, supe enseguida que tenía que hacer algo para reunirlos. Por desgracia, no resultó. De hecho, ahora estás peor que antes.

—¡No! ¡Eso no es cierto! Volver a verlo ha sido lo mejor que me ha pasado.

—Entonces, ¿por qué te quieres ir? No lo entiendo.

—¡Porque estoy aterrada! No quiero depender de él, amiga —admitió apesadumbrada—. Tú sabes que lo nuestro no tiene futuro.

—¿Qué estás diciendo?! Nadie sabe lo que nos depara el destino. Sin embargo, ahora te encuentras en un lugar paradisíaco, y el amor de tu vida te espera a pasos de esta habitación. Dime, ¿por qué mierda estás hablando conmigo cuando podrías estar disfrutando con él!

—No entiendes. En realidad, ni siquiera yo lo hago.

—Aun así, ya tomaste una decisión. A pesar de estar destrozado, Fabrizio está dispuesto a dejarte ir. Debiste haberlo visto... Pobre.

—¡Basta! No me digas eso —Las lágrimas volvían a aparecer en el rostro de Gina.

—Está bien. Ya no llores más. Iré a ordenar mis maletas. Tengo mis cosas esparcidas por todas partes.

—Llevamos dos días aquí, y tú tienes tu cuarto hecho un desastre. Qué raro, ¿no? —respondió con voz sarcástica. Ambas rieron.

Fátima iba saliendo cuando —a mitad de camino— recordó que debía decirle algo que podría darle el tiempo necesario para convencer a Gina de que desistiera de la idea de volver a Argentina.

—Me gustaría que me concedieras un deseo antes de irnos. ¡Vamos al casino esta noche, por favor! —suplicó con exageración, juntando las palmas de sus manos—. Mañana podemos irnos temprano si quieres, pero hoy se presentará Juan Luis Guerra y tengo muchas ganas de verlo.

—De acuerdo, vayamos. Ya sabes que a mí también me fascina su música.

—¡Genial! ¡Gracias! —exclamó con una gran sonrisa en su rostro—. Nos vemos más tarde. Y no te preocupes por el vestuario, tengo el vestido perfecto para ti.

—Está bien. Te estaré esperando —Gina volvió a sumirse en su tristeza, pensando en cómo iba a pasar esas últimas horas sin lanzarse a los brazos del hombre al que amaba.

Fátima salió presurosa de la habitación para darle las novedades a Gia y a Fabrizio.

—Aceptó ir al concierto con nosotros —afirmó con gesto satisfecho—. Es una suerte que consiguieras las entradas, Gia.

—Perfecto. Confía en mí, ella no se irá —aseguró Gia, tomándole las manos a su amigo, quien le besó la frente, agradecido.

—Eso espero. No quiero que se vaya. No obstante, le prometí que respetaría su decisión.

—Ahora anda a buscar tus cosas y cámbiate de cuarto sin decirle ni una palabra. Como máximo, puedes conversar de temas triviales. Después de eso te vas. No quiero que le hables ni la busques en el resto del día, ¿entiendes?

—¿Estás segura? —preguntó dubitativo.

—Confía en mí, yo sé que resultará. Sé más sobre mujeres que tú, querido —expresó, al

tiempo que le lanzaba un beso al aire. Fabrizio hizo un ademán de atraparlo y llevarlo hacia su corazón.

—Gracias, Gia. Eres la mejor, ¿lo sabes?

—¡Por supuesto que sí! — soltó entre risas.

Fabrizio, pensativo, regresó a la habitación dispuesto a hacerle caso a su amiga, aunque le costara un gran esfuerzo.

Al entrar, vio que Gina seguía en la terraza. Lucía muy pensativa y triste. La canción que estaba escuchando debía estar haciéndola sentir todavía más afligida. Sin importar cuánto deseaba abrazarla y besarla hasta dejarla sin aliento, se abstendría de hacerlo.

«Por ahora me limitaré a seguir el consejo Gia. Sin embargo, pronto volveré a estrecharte entre mis brazos», pensó.

—Fabrizio... —Gina tuvo que resistirse al impulso de aferrarse al cuerpo del italiano.

—Solo vine por mis cosas. Luego me iré.

—Si quieres, me voy yo.

—No te preocupes. Ya conseguí otro cuarto.

Mientras que el corazón de Gina se resquebrajaba, Silvio Rodríguez ponía música a las palabras que ella deseaba gritarle a Fabrizio:

Te amaré, te amaré como al mundo.

Te amaré aunque tenga final.

Te amaré, te amaré en lo profundo.

Te amaré como tengo que amar.

Te amaré, te amaré como pueda.

Te amaré aunque no sea la paz.

Te amaré, te amaré lo que queda.

Te amaré cuando acabe de amar.

Te amaré, te amaré si estoy muerto.

Te amaré el día siguiente además.

Te amaré, te amaré como siento.

Te amaré con adiós, con jamás.

Te amaré, te amaré junto al viento.

Te amaré como único ser.

Te amaré hasta el fin de los tiempos.

Te amaré y después, te amaré.

Ambos se miraron en silencio. Por un momento, Gina dudó de su decisión. Si bien amaba a ese hombre que su cuerpo reclamaba, la incertidumbre atormentaba a su mente y a su corazón.

Fabrizio tomó sus pertenencias y salió del cuarto con rapidez. Si permanecía un minuto más allí, sería incapaz de dejarla ir, y los planes de Gia fracasarían.

Cuando Gina volvió a quedarse sola, llamó a sus hijos y los escuchó felices. Azul iría a la casa de una amiga, y Alejo visitaría a sus primos. Ambos le desearon que disfrutara de sus vacaciones y que fuera feliz. Aquellas palabras le brindaron tranquilidad. No tuvo noticias de su marido y tampoco estaba interesada en preguntar por él. Al finalizar la conversación, se recostó en la cama y cerró los ojos. El recuerdo de las caricias, los besos y las miradas cargadas de pasión de Fabrizio se agolpaban en su mente. Evocó la forma en que él la mimaba y cuidaba, cómo su cuerpo cubría el de ella y cómo la tocaba para llevarla al clímax. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Ya no volvería a verlo, lo único que permanecería con ella serían las

reminiscencias de las veces en que se amaron. Pronto se durmió e incluso entre sueños se cuestionaba sobre su determinación.

Despertó con el sonido de la puerta. Creyó que Fabrizio había decidido ir por ella. No obstante, era Fátima. Su amiga llevaba en sus manos un vestido y unas sandalias.

—¿Todavía no te has duchado?! Estamos con el tiempo justo, así que cámbiate rápido de ropa.

—Me quedé dormida y acabo de despertar. Iré a darme una ducha, no me demoro nada.

—Te traje un vestido y unas sandalias de Gia. Es un conjunto hermoso. Amo sus zapatos. Ella tiene muchísimos pares y son todos muy bellos. Ya podrás apreciarlo con más detalle. Ahora, ¡apúrate!

Gina se duchó a toda velocidad, una costumbre que había adquirido cuando sus hijos eran pequeños. Al salir, notó la bata, y lo vivido con Fabrizio acudió nuevamente a su cabeza.

—¡Esto es una maravilla! —Gina estaba embobada contemplando el atuendo que su amiga le había entregado. El vestido era blanco y tenía un escote profundo. Le llegaba hasta la rodilla, se ajustaba a su cintura y tenía una caída muy linda. Las sandalias eran del mismo tono del vestido, decorado con algunos detalles brillantes y tenían un tacón de doce centímetros.

—Fabrizio escogió el vestido. En cuanto lo vio, pensó que te quedaría bien. Tiene buen ojo incluso con la talla.

—Él conoce mi cuerpo casi mejor que yo. —A pesar de las circunstancias, el italiano seguía preocupándose por ella. Nunca había conocido a alguien tan considerado.

—Fue lo mismo que dijo él. —Fátima no quiso seguir profundizando en el tema, pues esperaba que el plan de Gia resultara—. ¡Vístete pronto! Yo te peinaré y maquillaré.

Gina obedeció de inmediato.

—Fabrizio tenía razón. ¡Te queda perfecto! Ahora me encargaré de darte los toques finales. —La condujo hasta el sitio donde tenía el maquillaje. A continuación, fue a cambiarse de ropa. Volvería en cuanto estuviera lista.

Gina se miró en el espejo sin creer que aquella mujer era, en realidad, ella. El vestido le calzaba como un guante, el maquillaje la hacía lucir más joven y su pelo suelto —cayendo en cascada sobre sus hombros— se veía fantástico. No quiso llorar para no arruinar el trabajo de Fátima, pero no le faltaban ganas. Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad. Abrió y encontró a su amor, vestido con un traje negro de Armani y una camisa blanca sin corbata. Fabrizio se veía tan tentador que estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Era todo un pecado.

—Te ves muy linda —le dijo mirándola fijamente a los ojos

—Gracias por el vestido. Es hermoso, me encantó.

—No es tan lindo como tú —aseguró antes de acariciar brevemente su mejilla—. Vamos o llegaremos tarde.

—Creo que es la primera vez en tu vida que te preocupas por la puntualidad, Fabrizio. —Gia pensó en distender el ambiente con una de sus ocurrencias.

Un Land Rover los esperaba en el estacionamiento. Gia se acomodó al volante, y Fabrizio se sentó a su lado, ya que así no caería en la tentación de besar a Gina. Debía controlarse y atenerse al plan. Por fortuna, el trayecto hasta el casino fue bastante corto. Se dirigieron hasta el lugar donde se realizaría el concierto —el cual estaba a punto de comenzar— y se ubicaron en una mesa cercana al escenario. Gia era una maestra consiguiendo este tipo de beneficios. Nadie sabía cómo siempre conseguía lo mejor.

Juan Luis Guerra apareció cantando lo más nuevo de su repertorio: Mi Bendición. Fátima y Gina estaban muy entusiasmadas. Fabrizio y Gia, por su parte, disfrutaban la música, a pesar de

que no conocían al artista. Puesto que ambos dominaban bien el español, pudieron entender las letras a la perfección.

Fabrizio no podía evitar desnudar a Gina mentalmente cada vez que cruzaban sus miradas. En todo este tiempo, ella había aprendido a ver la excitación del italiano en el azul intenso de sus ojos. No obstante, en esta ocasión, éstos también reflejaban un gran dolor. No era sencillo estar tan cerca el uno del otro sin poder tocarse. Gina ya no podía soportar aquella tortura, así que se levantó de la mesa y se dirigió de prisa al baño. Él tuvo la intención de seguirla, mas Gia lo detuvo.

—Será mejor que yo hable con ella —dijo su amiga.

Una vez en el baño, Gina trató de encerrarse mientras sus lágrimas volvían a brotar sin poder contenerlas. Gia la vio entrar y alcanzó a abrir la puerta.

—Sé que la situación es difícil —expresó la italiana, sintiendo compasión y ofreciéndole un pañuelo al ver a la argentina, desconsolada—, pero quiero que sepas que Fátima y yo creemos con absoluta certeza que ustedes se merecen esta oportunidad para que le den rienda suelta a su amor. Ese es el motivo por el cual los trajimos a esta isla. Pensábamos que el tiempo que compartirían juntos sería mágico —aseveró—. Conozco a Fabrizio desde que éramos adolescentes. Él es mi hermano, y lo quiero. Sé que actuó muy mal contigo, y él también lo tiene claro. Cuando descubrió que se había enamorado de ti, él no supo cómo reaccionar y dejó que su maldito ego y arrogancia tomaran el control. Una vez que tomó consciencia de sus actos, enloqueció tratando de contactarte para disculparse. Lo vi tan arrepentido y desesperado que decidí ayudarlo. Por esa razón me puse en contacto con Fátima. Gina, ese hombre te adora y esta allá afuera esperando por ti. Por favor, no desaproveches esta oportunidad —suplicó Gia. Ella tenía la esperanza de que sus palabras surtieran efecto.

Ambas salieron del baño y encontraron a Fabrizio cerca de la entrada al salón donde se estaba realizando el concierto. Gia siguió de largo para dejarlos a solas.

Juan Luis Guerra continuó con su espectáculo ajeno al hecho de que sus letras y melodías acompañaban esta historia de amor. El artista dedicaba palabras cargadas de romance a través de sus temas a los muchos enamorados presentes. En seguida, comenzó a interpretar una de sus canciones más tiernas:

«Viviré en tu recuerdo
Como un simple aguacero
De estrellitas y duendes...»

Se miraron en silencio, mientras que la melodía los transportaba a un lugar donde solo existían ellos dos. La expresión que ambos tenían en sus rostros transmitía el amor que latía en sus corazones. Ellos no podían evitar amarse de la forma en que lo hacían.

«... Vagaré por tu vientre
Mordiéndolo cada ilusión.
Vivirás en mis sueños
Como tinta indeleble
Como mancha de acero.
No se olvida el idioma
Cuando dos hacen amor...»

Ella fue la primera en acercarse y tomar la iniciativa; acarició su rostro con ternura.

«... Me tosté en tus mejillas
Como el sol en la tarde.
Se desgarró mi cuerpo
Y no vivo un segundo
Para decirte que sin ti muero...»

—Me quedaré a tu lado por el tiempo que duren estas vacaciones. Este sueño lo quiero vivir contigo. —Gina lo besó, y él respondió a éste con pasión.

«... Me quedé en tus pupilas mi bien
Ya no cierro los ojos.
Me tiré a lo más hondo
Y me ahogo en los mares
De tu partida, de tu partida».

Mientras ambos se besaban al ritmo de la música, Fátima y Gia aplaudían en silencio y se abrazaban felices. Todo había resultado como esperaban. La historia de amor continuaría.

El concierto de Juan Luis Guerra seguía y, a pesar de que el cantante tenía a su público cautivo, había dos de ellos que no escuchaban más que el latido de sus corazones. Fabrizio no dejaba de besarla, ya que temía que ella pudiera arrepentirse de su decisión.

—¿Quieres dejarme sin aire acaso? —preguntó Gina. Fabrizio la tenía aprisionada contra su cuerpo y apenas la dejaba respirar.

—No quiero soltarte. No deseo que te vayas.

—Tranquilo, mi amor. Estoy aquí y no me iré a ningún lado... Por ahora. Aún nos quedan muchos días por disfrutar juntos. —Gina trataba de calmarlo con sus palabras.

—Tuve tanto miedo de que te fueras.

—No quería hacerlo. Sentí pánico y, para serte honesta, aún no se me quita. Sin embargo, escogí vivir esto contigo.

—Te amo, nunca lo olvides —declaró el actor.

lo olvides. ¿Quieres entrar? El espectáculo aún no termina.

—Fabrizio, ¿te gustó el cantante?

—La verdad es que nunca antes lo había escuchado, pero tiene letras muy lindas que me hacen pensar en ti. En realidad, tú vives constantemente en mi mente.

—Entonces entremos a disfrutar del resto del concierto. —Gina tomó su mano e intentó guiar a Fabrizio de vuelta al salón, pero él no hizo ningún amago de moverse del lugar.

—¿Te pasa algo, mi amor? —preguntó Gina un tanto preocupada al ver la reacción del italiano.

—Sí. Lo que pasa, *amore*, es que preferiría que nos quedemos aquí donde podamos escuchar la música sin perder la libertad de besarte cuantas veces quiera, lejos de ojos curiosos.

Gina fue incapaz de rechazar esa propuesta. Si bien anhelaba gozar del *show*, también prefería disfrutar de sus besos sin interrupciones.

Entretanto, Juan Luis Guerra continuaba con su repertorio.

«Cuando te beso,
Todo un océano me corre por las venas,

Nacen flores en mi cuerpo cual jardín,
Y me abonas y me podas soy feliz,
Y sobre mi lengua se desviste un rruiseñor,
Y entre sus alitas nos amamos sin pudor,
Cuando me besas..
Un premio Nobel le regalas a mi boca...»

—A partir de ahora, esta canción será nuestra —manifestó Fabrizio—. Ven aquí y regálame tus besos, pues son mi regalo más preciado. El italiano se acercó a ella con lentitud, haciendo que la argentina se desesperara. Ella ansiaba lanzarse sobre su boca hasta dejarlo sin aliento. No obstante, se abstuvo, dado que le fascinaba lo que él le hacía sentir.

«... Cuando te beso,
Te abres y te cierras como ala de mariposa,
Y bautiza tu saliva mi ilusión,
Y me muerdes hasta el fondo la razón,
Y un gemido se desnuda y sale de tu voz,
Le sigo los pasos y me roba el corazón...»

—Fabrizio, si no me besas ahora, no responderé por mis actos.

—Deseo tomarme mi tiempo. Me gustaría regocijarme con tu boca mientras escucho esta canción —señaló, acercándose con parsimonia hasta apenas rozar sus labios.

«... Cuando me besas,
Se prenden todas las estrellas en la aurora,
Sobre mi lengua se desviste un rruiseñor,
Y entre sus alitas nos amamos sin pudor,
Cuando me besas..
Un premio Nobel le regalas a mi boca...»

Sin poder contenerse por más tiempo, la besó. Su corazón latía con fuerza, mientras aquella lírica expresaba lo que él sentía en ese momento.

«... Cuando te beso
Tiembla la luna sobre el río y se reboza...»

—¿Les consigo un cuarto o se aguantan hasta el hotel? —interrumpió Gina con tono socarrón.

—No sé si pueda esperar —contestó el actor.

—¡Fabrizio! —exclamaron ambas mujeres al unísono.

—¿Quieres que mienta? —le preguntó a Gina—. Mi apetito por ti es tan grande que no deseo esperar. Creo que han pasado demasiadas horas desde la última vez.

—Será mejor que regresemos al hotel antes de que este par termine montando su propio espectáculo —intervino Fátima, intentando mostrarse seria—. Tu amigo es sincero y desinhibido. Se le nota en la cara las ganas que tiene de encerrarse con Gina en la habitación, y ella, aunque se lo esté comiendo con los ojos, no nos dirá que anhela lo mismo —agregó, dándole a Gia una mirada concedora.

—Vamos. —Fue la escueta respuesta de Gina.

En esta ocasión, Fátima iba de copiloto, mientras que Gina y Fabrizio coqueteaban en los asientos de atrás.

—Te aseguro que si hubiéramos estado solos en este automóvil, no hubiera dudado en hacerte mía —susurró Fabrizio para que sus amigas no lo escucharan—. No puedes imaginar cuánto te deseo.

—Créeme, lo sé. La ansiedad me atormenta.

Fabrizio se apartó un poco, pues necesitaba controlarse. No había forma de ocultar su evidente erección. Ansiaba llegar pronto al hotel para saciar su apetito. La situación de Gina no era muy diferente, ya que su cuerpo pedía a gritos las caricias del actor. Por desgracia para ellos, estaban obligados a esperar. Lo único que el italiano atinó a hacer para transmitirle tranquilidad — y también para apaciguarse un poco— fue besarle el dorso de la mano. La argentina respondió a aquel sutil contacto con una sonrisa nerviosa.

—Nunca había escuchado a Juan Luis Guerra, pero me encantó su música —comentó Giannina con la intención de distender el ambiente. Era imposible pasar por alto la agitación de la pareja.

—Sí, tiene canciones hermosas —respondió Gina, tratando de distraerse—. Hay varios cantantes dominicanos que son muy buenos. A mí me fascina la bachata.

—Doy fe de eso. Esta mujer me tuvo loca con ese estilo musical durante mucho tiempo, ¡incluso consiguió hacer que también me guste! —reveló Fátima entre risas—. Ella lo escucha todos los días. Ya sea a Juan Luis Guerra, Daniel Santacruz o a Romeo Santos.

—Aunque eso no es lo único que oigo —replicó Gina.

—Es verdad, también disfruta con el reguetón —aseveró Fátima sin parar de reír.

—¿En serio, Gina? —preguntó Fabrizio estupefacto.

—Sí, me gusta su ritmo.

—Estoy sorprendido.

—Y podría sorprenderte aún más. Cuando quieras te enseño cómo se baila —dijo ella antes de guiñarle un ojo.

Fabrizio sintió que su excitación aumentaba al imaginarse a su argentina moviéndose del mismo modo en que lo hacían las mujeres que aparecían en los videos musicales de ese tipo.

En cuanto llegaron al hotel, Fabrizio bajó del automóvil sin demora y tomó a Gina de la mano, arrastrándola en dirección a los ascensores.

—¡Hasta mañana! —gritó Gia entre risas—. ¡Están desesperados, Fátima! Creo que fueron demasiadas horas sin coger y lo único que anhelan es recuperar el tiempo perdido. No sé cuándo volveremos a ver sus rostros.

A Fabrizio le encantaba contemplar la mirada de expectación de Gina. Por este motivo, gozaba sujetando su rostro para hacerla esperar varios segundos antes de besarla.

—Estoy de acuerdo con la letra de aquella canción: «Cuando te beso, te abres y cierras como ala de mariposa». Aunque ansío devorar tu boca, adoro cuando me ves así.

—Te miro con deseo —respondió ella antes de unir sus labios brevemente.

Al llegar a la habitación, Fabrizio abrió la puerta y —en un acto de galantería— dejó pasar primero a Gina. Sin embargo, en cuanto ella entró, él cerró la puerta y comenzó a besarla con avidez.

—Te voy a hacer mía aquí mismo. He aguantado demasiado por esta noche y ya no puedo resistir más.

—Hazlo, mi amor. Yo también te necesito, mi dios del sexo —expresó Gina, llamándole de la misma forma que lo hacía cuando se enviaban mensajes—. No he olvidado lo mucho que te

gustaba provocarme cuando te hacías pasar por Eros. Me dejabas caliente todo el tiempo, preguntándome de lo que serías capaz.

—Ahora verás lo que este dios del sexo puede hacerte.

Él la desnudó —primero con la mirada y luego con sus manos— y la apoyó contra la pared. Saboreó y mordió el lóbulo de la oreja de Gina, quien dejó escapar un gemido. La lengua del italiano continuó con su recorrido hasta llegar a los pezones, estimulándolos tanto con sus manos como con su boca.

—No me tortures, por favor —pidió Gina.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Fabrizio se desvistió con lentitud sin dejar de mirarla. Gina, por su parte, sentía que él lo hacía a propósito para probar su resistencia—. No me hagas esperar, Fabrizio. Te lo ruego.

En cuanto el actor aceleró su faena, Gina se le acercó, le bajó el bóxer y tomó su miembro. La argentina pudo sentir cómo éste se endurecía en su mano con cada movimiento ascendente y descendente, al tiempo que el italiano soltaba roncos gemidos.

—Tómame ahora y haz conmigo lo que quieras —dijo la mujer con voz seductora.

Fabrizio se abalanzó sobre ella, la tomó en sus brazos y la besó con frenesí. Luego la tomó en sus brazos y la apoyó contra la pared. Cuando Gina lo rodeó con sus piernas, él entró en su cuerpo de una sola estocada. Ambos liberaron gemidos de placer y alivio. Sus cuerpos se habían extrañado demasiado durante las horas que estuvieron separados. Los movimientos de Fabrizio eran rápidos y certeros. Gina gritaba de placer, mientras enterraba sus uñas en la espalda de él y lo besaba. Alcanzaron el clímax al unísono. Trataron de recuperar el aliento sin separar sus bocas.

—No vuelvas a dejarme tanto tiempo sin ti, *amore mio*. Creí que enloquecería al no poder besarte o hacerte el amor.

—Me quedaré aquí contigo. Amándote y dejándome amar por el tiempo que esto dure. No soporto estar ni un minuto lejos de ti.

Luego de que sus latidos volvieran a la normalidad, se fueron a la cama entre tiernos besos para continuar amándose.

—Ya que casi no gozamos del concierto, me parece que es una buena idea si te hago mía mientras escuchamos las canciones de Juan Luis Guerra. —Fabrizio fue por su iPod, buscó al artista y conectó el aparato a los altavoces de la habitación.

—Ven aquí, amor —solicitó la mujer, extendiendo los brazos hacia él, rogándole con los ojos que volviera a la cama.

—Soy todo tuyo, *amore*. Ahora te toca a ti hacer conmigo lo que quieras —susurró Fabrizio, pegando su cuerpo al de ella una vez más.

Capítulo XIII

«Cuando el sueño acaba, nos queda la amarga realidad».

—Necesito que me des ideas —solicitó Fabrizio, paseándose de un lado al otro en la habitación de su amiga, quien lo miraba sin comprender lo que el actor le estaba pidiendo—. Quiero sorprender a Gina con un regalo novedoso, pero no se me ocurre nada. ¿Me ayudarías?

—Tienes suerte, ya que tengo algo en mente. Como de costumbre, soy tu salvación —respondió satisfecha—. Para serte sincera, tenía esto preparado desde que estábamos en Italia. Déjame ir a buscarlo, ya vengo.

—Solo espero no arrepentirme de haber acudido a ti, Gia.

—No lo harás, estoy segura. —Gia le entregó a Fabrizio una gran bolsa de papel.

—Giannina Palacci, ¿podrías explicarme qué significa esto? —interrogó confundido luego de examinar el contenido del paquete. Rió sin saber qué pretendía su amiga que él hiciera con aquello.

—Esto, *ragazzo*, es una de las mayores fantasías de cualquier mujer. Si lo que anhelas es sorprenderla, entonces lo usarás.

—¿Estás segura? —preguntó dubitativo—. Me tienes que explicar las ocurrencias de esa loca cabeza tuya.

—Te creía más inteligente, querido —expresó Gia, en tanto Fátima entraba al cuarto. La chilena miró con curiosidad lo que Fabrizio tenía en las manos y luego sonrió con picardía.

—Si estás por hacer lo que pienso, Gina estará gratamente impresionada. ¿Lo harás?

—¡Pero si sabes que yo no sé cómo hacer esto! ¡Me va a salir pésimo! —aseguró el italiano, quien finalmente había comprendido la intención de Gia.

—No es preciso que seas un experto. Lo único que necesitarás hacer es practicar. Salga como salga, Gina disfrutará con tu esfuerzo —insistió Fátima.

—¡Coincido contigo, Fati! ¿Te animas, Fabrizio? —Gia ya estaba organizando en su mente la forma de ejecutar su plan, pues sabía que su amigo aceptaría.

—No lo sé —dijo aún no muy convencido de acceder—. Creo que estamos algo mayores para este tipo de cosas.

—¡Anímate! Mi amiga te lo va a agradecer —expresó Fátima, guiñándole un ojo.

—¿De verdad lo crees, Fátima?

—¡Claro que sí! A cualquier mujer le encantaría cumplir sus fantasías. Sería fantástico que hicieras esto por ella.

—Mmm... Tengo que pensarlo.

—¡No hay nada que pensar, Fabrizio! ¿Quieres sorprenderla? ¡Esta es la forma! Si traje esto desde Italia fue para que lo uses.

—Está bien, lo haré —cedió el actor, a pesar de su renuencia. Gia era una mujer muy convincente—. Espero no hacer el ridículo.

—Y, sin embargo, no sentiste ni un ápice de vergüenza usando esa fea camisa floreada que trajiste. Por cierto, ¿dónde la tienes? —preguntó sarcástica.

—No te preocupes, ya no existe, así que no volverás a verla. Tu deseo se hizo realidad. —El actor rememoró el momento en que Gina destrozó la prenda en un arranque de pasión.

—¿Gina te la rompió para evitar tener pesadillas?

—¡Gia! —Fabrizio y Fátima no podían contener la risa—. No fue por eso. Lo que pasó fue...

¿Por qué tengo que andar dándote detalles de lo que pasó?!

—Mmm... Por tu gesto, puedo concluir que la camisa fue víctima del sexo salvaje —adivinó Gia, guiñándole un ojo.

—En mi país dicen que «el que calla otorga»—intervino Fátima ante el silencio del italiano— Entonces mi amiga fue su asesina.

La única respuesta del actor fue una sonrisa colmada de picardía.

—Ahora pongámonos serios, ¿qué tengo que hacer?

—Conozco una canción perfecta para esta ocasión. Escúchala y después piensa en tus pasos. —Gia le acercó su iPad a Fabrizio.

—¡Me gusta! Este es uno de mis temas favoritos. —Fátima seguía con la cabeza el ritmo de la canción.

—De acuerdo. Dejaré que tú te encargues de los detalles, Gia. Bueno, ustedes dos —rectificó—. Ahora lo mejor será que vuelva al cuarto. No quiero que Gina despierte y no me encuentre.

—Veo que la dejaste exhausta. Ya son casi las diez de la mañana y no es usual que ella duerma hasta estas horas —comentó Fátima con tono burlesco, mientras Fabrizio salía de la habitación.

—Fáti, alcánzame mi teléfono, por favor. Haré algunas llamadas. ¡Esto será estupendo!

Varias horas más tarde, Fátima y Gia invitaron a Gina a la playa para que disfrutara del sol y del agua cristalina. Con esta jornada de chicas, Fabrizio tendría el tiempo suficiente para prepararse y ensayar. Aunque Gina se había mostrado reticente, las chicas lograron convencerla. A pesar de que lo único que ansiaba era estar con Fabrizio, pues no necesitaba nada más para ser feliz. Sin embargo, le fue imposible negarse después de ver el gesto ofendido de Fátima.

El trío de mujeres gozó bronceándose y conversando de distintos temas. Fátima narró su historia de vida ya sin rabia ni dolor. En tanto Gia le ponía humor a su propia situación. Gina, por su parte, era la más optimista de las tres. Ella se sentía dichosa por el solo hecho de estar con Fabrizio.

Gina hablaba todos los días con sus hijos. Ellos estaban felices por su mamá y le deseaban siempre lo mejor. Durante sus llamadas, ellos jamás mencionaban a su padre, algo que Gina apreciaba profundamente. De vez en cuando les enviaba fotos de algún lugar pintoresco o de ella misma, sola o en compañía de Fátima. Esa tarde, decidió incluir a Gia en la foto, quien se mostró contenta y agradecida por aquel gesto.

Las chicas se fueron a sus habitaciones con la promesa de acabar ese día en un bar, donde las tres se emborracharían solas. Gia le aseguró a Gina que Fabrizio estaría en el gimnasio, dado que no iba desde hacía varios días y lo estaba necesitando.

Fátima y Gia ayudaron a Gina a arreglarse. Le entregaron un sencillo vestido blanco con flores de colores y unas sandalias a juego. Fátima la obligó a ponerse un conjunto de ropa interior que mostraba más de lo que cubría. Había dudado en ponérselo, no obstante, aceptó al ver el entusiasmo de las chicas. Además ella sabía que aquello le fascinaría a Fabrizio y anhelaba complacerlo.

—Es precioso —dijo la argentina, agradecida por el audaz regalo.

—Lo es, aunque no creo que te dure mucho puesto — comentó Fátima entre risas.

—¿Estamos listas? —Gia le hizo una seña a Fátima para que supiera que ya era hora de irse. Terminaron de maquillarse con rapidez y se dirigieron al bar.

Gina no había tenido la oportunidad de turistar demasiado, ya que había pasado la mayor parte de su estadía encerrada en la habitación con Fabrizio. Su recuerdo hizo que lo extrañara con locura, pero ya se había comprometido con sus amigas. Al menos, en unas horas más estaría

entre los brazos del hombre al que amaba, así que se dispuso a divertirse.

Antes de llegar a su destino, Gia le envió un mensaje a Fabrizio, quien esperaba nervioso. Él no quería parecer un bufón. En realidad, su intención era sorprender a la argentina y esperaba lograrlo.

Al entrar al bar, Gina se sintió bastante perpleja al notar que no había nadie más presente. Supuso que todavía era temprano y que en un par de horas llegaría más gente.

—Toma asiento aquí mientras voy por unos tragos —le dijo Gia a la argentina.

—Yo te acompañaré —manifestó Fátima antes de seguir a la italiana. Ambas mujeres se alejaron de prisa.

Gina se sintió aún más desconcertada cuando sus amigas se fueron sin siquiera preguntarle qué era lo que deseaba beber. De pronto, justo cuando iba a ponerse de pie para ir con ellas, las luces se apagaron. Gritó asustada, pues estaba sola en un lugar desconocido y no podía ver absolutamente nada. En la penumbra, pudo ver que una tenue luz caía sobre el escenario. Si bien este hecho la tranquilizó un poco, su asombro fue total cuando descubrió que, en medio de éste, destacaba un poste metálico.

«¿A qué clase de lugar me han traído?!», pensó mientras dirigía su mirada hacia la barra, buscando a las chicas. ¡Ellas habían desaparecido! «¡Las voy a matar! ¿Cómo se les ocurre dejarme sola en un sitio como este? ¡Qué pensará Fabrizio de mí cuando se entere de esto!». Sus pensamientos se dispararon a causa de la música proveniente del escenario, en donde vio a un hombre deslizándose por el poste. Su primera reacción fue salir corriendo de allí. Sin embargo, en cuanto el tipo levantó su rostro, ella quedó embelesada al encontrarse con los ojos del hombre que amaba.

Fabrizio —disfrazado de bombero— se quitó el casco que llevaba puesto y lo hizo volar por los aires. Luego comenzó a moverse con sensualidad mientras se quitaba la parte superior de su traje al ritmo de la canción de Eurythmics, *Sweet Dreams*.

*«Sweet dreams are made of this
Who am I to disagree?
I travel the world
And the seven seas,
Everybody's looking for something...»*

Fabrizio había adoptado con maestría el rol de bailarín exótico. Él movía sus caderas —aferrado a la pieza metálica— simulando un encuentro sexual. Inesperadamente, después de impulsarse hacia arriba, soltó sus piernas y quedó sostenido solo por sus manos para luego volver a deslizarse. Gina comenzó a sentir que un fuego intenso se apoderaba de ella al darse cuenta de que el actor ondeaba su cuerpo igual que cuando él le hacía el amor. El italiano continuaba girando, subiendo, bajando y meciéndose con estudiado erotismo. Se acercaba a ella, pero a la vez mantenía una cierta distancia. Su intención era tentarla y excitarla antes de poseerla de la manera que él deseaba. Fabrizio no tenía intención de olvidarse de su personaje con tanta rapidez. Al menos no hasta terminar su coreografía. Gina, por su parte, disfrutaba siendo la única espectadora de aquel *show* candente. El hombre frente a ella era demasiado atractivo y la hacía muy feliz. Él había logrado —otra vez— cumplir una de sus fantasías más deseadas. Fabrizio le estaba demostrando que podía llegar a ser bastante lúdico si se lo proponía. Él gozaba provocándola, puesto que le fascinaba ver en ella esa mirada cargada de anhelo. El italiano le guiñó un ojo antes de pasear sus manos en un recorrido descendente por su cuerpo hasta alcanzar sus pantalones. Sonrió con picardía y se quitó la prenda de un solo tirón. A continuación, se los lanzó a Gina, quien los recibió con gusto. Lo único que cubría el miembro del actor era un trozo

minúsculo de tela roja. Fabrizio se acercó al borde del escenario y le hizo una seña a su argentina para que se aproximara. En cuanto ella lo hizo, él le sujetó la cara con ambas manos y le dio un beso muy caliente. Recorrió con su lengua cada rincón de su boca y mordió sus labios con fervor. Ella respondió con el mismo frenesí. Aquello no formaba parte del plan de Fabrizio, así que —con mucha dificultad— se separó de ella y siguió bailando.

Gina sabía lo excitado que él estaba también. Era imposible no notarlo. De seguro, él estaba usando toda su fuerza de voluntad para continuar con aquel espectáculo. El italiano sostenía el peso de su cuerpo en sus brazos tonificados, moviendo sus caderas en un delicioso vaivén. Aquella imagen era demasiado sensual, y ella no pudo evitar imaginarse debajo de él, recibiendo con gusto cada una de sus estocadas.

La canción estaba a punto de terminar, así que Fabrizio se preparó para la última parte de su espectáculo. Fue por una botella, la destapó y bebió un sorbo de agua antes de dejar caer el resto sobre su cuerpo sin dejar de contemplar a Gina. Aquella visión tan erótica la había llevado al borde del orgasmo. De hecho, tuvo que volver a sentarse a causa del temblor que estremecía sus piernas por la excitación. Ella ansiaba sentirlo en su interior. Gina lo amaba y deseaba con fervor, y a él le ocurría lo mismo.

La canción había terminado. No obstante, ninguno de los dos se movía. Permanecieron largo rato mirándose con lujuria. Aún con la respiración agitada, Fabrizio bajó del escenario y —sin palabras ni preámbulos— se lanzó sobre ella. Ambos sabían qué era lo que necesitaban.

—Amo cuando usas vestido —le susurró el actor al oído. Le subió la prenda y descubrió la ropa interior diminuta que Gina estaba usando—. ¿Pretendes causarme un infarto?! Te ves muy sexy —comentó, al tiempo que le acariciaba los glúteos.

—Sé lo mucho que disfrutas cuando uso tanga, por eso me puse ésta. —Gina se deleitaba con la mirada lasciva que él le daba.

—Me encanta. Te queda muy bonita, pero me gustas más sin ella —admitió antes de despojarla de su ropa interior—. El lugar donde mejor luce tu ropa es en el suelo. Te prefiero desnuda, sin adornos —expresó mientras le bajaba la cremallera del vestido. Cuando éste cayó, notó el hermoso brasier que portaba la argentina. Sin tiempo que perder, se lo sacó para mimar con sus manos, sus dientes y su lengua los senos de Gina. Los gemidos de la mujer llenaban el lugar. A continuación, Fabrizio la apoyó contra la pared que encontró más cerca y acarició su cuerpo hasta llegar a la vagina. Aquella humedad le indicó que ella estaba igual de lista que él para el amor—. Te advierto que esto será rápido, ya que me tienes al límite de la desesperación. Sin embargo, prometo compensarte más tarde —expuso, terminando de desnudarse.

El agua que Fabrizio había arrojado sobre sí mismo se había evaporado con rapidez, debido al poderoso calor que emanaba de ellos.

—Yo estoy tan desesperada como tú, mi amor. ¡Al diablo con los preámbulos! —dijo Gina con sinceridad.

Fabrizio la tomó entre sus brazos, y ella rodeó con sus piernas entrelazadas las caderas de él, quien la penetró profundamente. Gina ahogó un grito en los labios de su amado cuando éste comenzó a entrar y salir con rapidez y rudeza, tal como a ellos les gustaba. Con él, Gina aprendió a amar sin límites ni dudas y deseaba que siguiera siendo así de salvaje y apasionado. Fabrizio sintió que no podría resistir mucho más tiempo, pero él quería que alcanzaran juntos el clímax.

—No te contengas, *amore mio*. Estalla de placer conmigo —musitó el actor entre gemidos, justo antes de que ambos culminaran al unísono.

La pareja permaneció fundida en un abrazo por unos minutos mientras trataban de recuperar el aliento y calmar el ritmo de sus latidos. Antes de que ella volviera a poner sus pies en el suelo,

Fabrizio la besó con ternura. Él siempre tenía este tipo de gestos. Cada vez que él le hacía el amor de forma salvaje, después se comportaba de manera muy dulce con ella, como si quisiera disculparse por su brusquedad. Él parecía querer protegerla. Gina, por su parte, amaba hacer el amor con él, sin importar si actuaba como una fiera o si la trataba con delicadeza.

Él fue en busca de su maleta y sacó un paquete de toallas húmedas de su interior, con las cuales se limpiaron. Después se vistieron.

—Creí que volverías a usar el traje de bombero —dijo Gina, decepcionada al ver que se ponía un pantalón deportivo negro y una camiseta gris—. Te veías realmente ardiente. Aunque tú jamás podrías ser bombero de verdad, porque en vez de apagar incendios, los provocarías. Tú me enciendes, Fabrizio.

—Estaría encantado de volver a usarlo para darte otra función privada —respondió con sensualidad.

—Me encanta la idea. ¿Quieres verme otra vez en llamas?

—Todas las veces que sean posibles.

Se besaron y abandonaron el bar tomados de las manos. Cuando regresaron a su habitación, se desnudaron entre besos y caricias y se metieron a la cama.

—Insisto, *amore*, el mejor lugar para tu ropa es el suelo —comentó Fabrizio mientras miraba divertido las prendas esparcidas sobre la alfombra.

En esos días de completa felicidad en los que Gina no podía despegarse de su amado, José se encontraba muy ocupado disfrutando de su libertad. Cada noche salía con una mujer distinta. Por desgracia para él, Micaela aún no lo perdonaba por haberla abandonado cuando Gina los descubrió juntos. Por este motivo, él buscaba desahogo en otros cuerpos, a pesar de que aquella muchacha le gustaba mucho. Él se sentía fascinado con su belleza, juventud y —por qué no decirlo— su inocencia. No obstante, como tenía claro que «el mar estaba lleno de peces», a él le bastaba marcar en su móvil el número de una de sus tantas amigas y salía a divertirse con ella. Ya no debía preocuparse por inventar excusas, puesto que su mujer estaba de viaje, y él aprovecharía al máximo esta circunstancia.

Azul llegó a casa sin aviso previo, sorprendiendo a su padre, quien creía que ella no volvería de la casa de su amiga hasta comienzos de la semana siguiente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Azul? —preguntó José, evidentemente nervioso.

—¿Acaso no puedo venir? ¿Tenías algún plan, papá?

—No, ninguno. Solo pensaba que estarías con Ámbar hasta el lunes.

—Sí, pero tenemos que terminar nuestros deberes antes del lunes y no hemos avanzado nada. ¿Me prestarías tu computador? Te recuerdo que todavía no mandas a reparar el mío.

—Estaría encantado de hacerlo, pero lo dejé en la oficina —mintió. A José le preocupaba que su hija pudiera descubrir los archivos que tenía ocultos—. Usa el de tu hermano o el de tu mamá

—Alejo se llevó el suyo, y el computador de mamá requiere de una clave de ingreso.

—Envíale un mensaje y le preguntas cuál es. Todavía es temprano en República Dominicana —sugirió José. Aquella sería su salvación, puesto que no quería verse expuesto. Mientras él observaba a su hija enviándole un mensaje a Gina, pensaba en qué otra cosa podía inventar si es que la joven insistía en que fueran a su oficina a buscar lo que ella necesitaba.

—Ya lo solucioné. Mamá me dio la clave, pero ya la borré de mi celular. Ahora solo ella y yo la sabemos.

—Está bien. No tengo interés en saberla.

—Desde hace mucho tiempo que no te importa nada que tenga relación con mamá —dijo la

chica en tono de reproche.

—Azul, eso es un asunto entre tu madre y yo. No está bien que tú opines al respecto.

—No estoy de acuerdo. Alejo y yo ya no somos unos niños. Nosotros nos damos cuenta de que no la quieres y no entendemos por qué siguen juntos.

—Te vuelvo a repetir que eso no es asunto tuyo, así que no interfieras. Ahora debo ducharme porque voy a salir. No me esperes despierta.

—No soy tu mujer, así que no necesito tus explicaciones. Aunque a ella tampoco se las has dado.

José se sentía molesto, pues no le gustaba discutir con su hija y no deseaba provocar distancia entre los dos, mas ella no comprendía la naturaleza de la relación que él tenía con Gina. Azul no tenía por qué saber que si no hubiera sido por ella, él jamás se habría casado con su madre.

Se bañó con rapidez, ya que la conversación con Azul lo había retrasado para su cita con Victoria, quien lo esperaba en un bar desde hacía un rato. Se vistió y detuvo por un instante a contemplar su imagen en el espejo. Odiaba ver en el reflejo el paso de los años, su pelo se estaba volviendo blanco y debía hacer algo al respecto.

Cuando fue a la cocina, notó que el computador de su esposa tenía una página abierta. Motivado por la curiosidad, empezó a revisar las redes sociales de Gina. No entendía la razón por la cual ella había puesto una clave de acceso al aparato, siendo que era una mujer sin mundo y con muy pocas amistades. ¿De qué tenía que protegerse tanto? Aparte de algunas fotos de su viaje, no había nada en el perfil de Gina que llamara su atención. Decidió inspeccionar los mensajes privados y encontró algo que despertó su curiosidad: su esposa había mantenido conversaciones con un tal «Eros». Comenzó a leer el intercambio de palabras y descubrió que, si bien las pláticas habían sido inocentes al principio, pronto fueron tornándose cada vez más lujuriosas. Quiso averiguar la identidad de este tipo, pero lo único que supo de él fue que era italiano. José estaba ensimismado en su investigación. Sin embargo, alcanzó a oír a tiempo que su hija se acercaba. Cerró todas las páginas que estaban abiertas, incluyendo la que estaba leyendo su hija. No importaba. Por fortuna, ella no lo había pillado.

José estaba furioso. Su esposa había tenido el descaro de hablar con otro hombre e incluso había coqueteado con él.

«¿Qué se cree esta mujer?! ¿Acaso piensa que soy estúpido?! Esto no se quedará así, Gina Ávalos», pensó. Él planearía con cuidado la forma de hacerle pagar por su desvergüenza. Salió presuroso de su casa, en tanto Victoria lo llamaba con insistencia. Sin embargo, él no atendería el teléfono hasta encontrarse en la seguridad de su automóvil.

José entró al bar mirando en todas direcciones para ver si encontraba a su amiga. «Espero que ella no esté en la zona vip, porque mis amigos siempre están ahí. ¿No debí aceptar que nos reuniéramos en un lugar público?!», pensó, reprochándose. Estaba caminando entre la multitud cuando miró a la barra y divisó —con sorpresa— a Micaela, quien se encontraba acompañada por un muchacho. Verla al lado de alguien de su edad le hizo sentir extraño. Esa mujer era suya y no tenía por qué estar con otro. Si no hubiese sido por Gina, aquello no estaría sucediendo. «Esta es otra más que debo cobrarte, querida esposa», pensó, sintiendo que la rabia se apoderaba de él.

José pasó muy cerca de ella con la intención de ser visto por la joven. A él le importaba una mierda que Micaela estuviera acompañada o que Victoria lo estuviera esperando.

La canción Yo no soy una de esas —tema interpretado por Jessy & Joy junto con Alejandro Sanz— sonaba fuerte por los altavoces. Al parecer, ese día había un especial de música latina en aquel local.

Micaela tenía ganas de bailar, pero su amigo deseaba beber algo primero.

—Voy y vuelvo. ¿Quieres un trago? —preguntó Ariel antes de dirigirse a la barra.

—Sí, tráeme uno que no tenga demasiado alcohol, por favor, porque no quiero terminar borracha —respondió con una sonrisa y comenzó a cantar en voz baja:

«Sin prisa y con media sonrisa llegaste agitado a aquél bar
Cruzamos miradas y como si nada empezaste a cantar
Tus ojos sobre mi boca
Mis ojos en otra cosa
Tus manos sobre esa guitarra me llevaron a imaginar
Todo lo que una dama no debe contar...»

En cuanto la vio sola, José aprovechó la ocasión para acercársele.

—¿Qué haces con ese?! —questionó enojado.

Micaela se sorprendió al escuchar la voz de aquel hombre que le había causado tanto sufrimiento. Sin embargo, ella respiró profundo y lo encaró.

—Eso no es de tu incumbencia. Lo que yo haga con mi vida es asunto mío —contestó, tratando de mostrarse segura. Volvió a darle la espalda e intentó distraerse con la música.

—Por supuesto que es de mi incumbencia —le susurró con furia al oído— Tú eres mía, no lo olvides.

—¿Tuya? ¡¿Con qué cara me dices eso después de que me dejaste para ir detrás de tu esposa?! —alegó Micaela, haciendo énfasis en la última palabra. Ella no podía creer la desfachatez de aquel hombre.

—Tú sabes que tenía que hacerlo. Aún no me puedo separar de ella. Los chicos...

—No pongas a tus hijos como excusa —interrumpió—. Ellos no son unos niños y son capaces de entender que ya no amas a su madre. Ya estoy cansada de tus pretextos.

La canción le ayudaba a Micaela a no rendirse ante José.

—Pero... —José ya no sabía qué hacer para persuadirla.

—¡Cállate! Estoy harta de ti. No me vuelvas a buscar, por favor. Ha sido difícil olvidarte, pero, al fin, lo estoy logrando.

—Escúchame bien: no me voy a alejar, ya que tú me perteneces. Te daré unos días para que te calmes, pero sé que volverás a mí. Dile a ese niño que no tiene ninguna oportunidad contigo. Yo fui el primero y seré el único en tu vida.

—No te creas tan especial, tú solo fuiste el primero —aseguró la muchacha antes de marcharse hasta donde se encontraba su amigo. El joven le extendió un vaso, y Micaela bebió su contenido de una sola vez. Luego le tomó la mano y lo instó a salir del bar.

«Eso es lo que tú crees. Nunca te librarás de mí, no dejaré que lo hagas», pensó. La vibración de su móvil lo distrajo: era un mensaje furioso de su amiga.

—No tengo tiempo para boludeces, Victoria —expresó en voz alta—. Por mí, te puedes ir a la mierda.

A Azul le extrañó encontrar el computador de su mamá sin ninguna página activa. Ella estaba segura que no las había cerrado. No obstante, no quiso discurrir mucho sobre ese asunto, así que se limitó a buscar la información que necesitaba para realizar su trabajo. Puesto que era viernes, podría pasar el resto del fin de semana en la casa de su amiga si es que terminaba pronto. A ella no le gustaba estar sola. Extrañaba a su madre, quien siempre estaba disponible para ella. Su padre, en cambio, se iba de la casa sin preocuparse siquiera de los temas domésticos.

Terminó sus deberes después de la medianoche. Estaba a punto de irse a dormir cuando escuchó a su papá entrando a la casa. A pesar de que él lucía iracundo, ella no quiso hacerle

preguntas y solo lo miró con extrañeza. Jamás lo había visto así. De seguro, él guardaba muchos secretos. Aquello le disgustaba, puesto que se suponía que tenían una excelente relación. Lo cierto era que desconocía por completo a ese hombre.

No podía dejar de darle vueltas al asunto de las páginas cerradas en el computador de su madre. Un mal presentimiento se apoderó de ella, acrecentado por el mal humor de su padre. Por esa razón, pensó que lo mejor sería contarle a Gina lo ocurrido, por si las dudas. Sin embargo, lo haría cuando ella regresara, puesto que no quería estropearle las vacaciones.

José entró furioso a su cuarto. Le era imposible creer que Micaela se hubiera ido con otro del bar. Aunque trataba de no pensar en aquello, no podía sacarse esa imagen de la cabeza. No podía permitir algo así, pues esa mujer era solo suya. Dedicó gran parte de la noche a planear su estrategia de reconquista y al día siguiente estaba listo para poner su plan en marcha. Por fortuna, la joven no había renunciado, lo que facilitaba las cosas.

Cuando Micaela llegó a su escritorio, se encontró con un hermoso ramo de flores y una caja de bombones. No necesitaba ser adivina para saber quién era el responsable, por lo que sencillamente botó flores a la basura y repartió los bombones entre todos sus colegas. Si José creía que con esa demostración ella se iba a tirar de nuevo a sus brazos, estaba muy equivocado.

Al cabo de unas horas recibió un llamado de José, quien le pedía que fuera a su oficina. Si bien en un principio dudó, decidió que aquella era buena oportunidad para pedirle una vez más que la dejara en paz. No obstante, no alcanzó a abrir la boca cuando José, en un movimiento rápido, colocó el cerrojo de la puerta y la tomó por la cintura, tratando de seducirla.

—José, si no quieres nada de la oficina, déjame ir. No me hagas más daño.

A Micaela le costaba resistirse, ya que seguía enamorada de ese hombre. Sin embargo, no quería sufrir más. Ella tenía claro que él nunca dejaría a su mujer, puesto que se lo había dicho en más de una ocasión. A pesar de sus sentimientos, estaba consciente de que su relación no tenía futuro.

—No quiero hacerte daño. Solo deseo amarte, déjame hacerlo. Micaela, no es necesario que suframos más. Yo sé que tú me quieres.

—Tengo que salir de aquí. No quiero verte más. —Ella no quería dejarse seducir otra vez, pero él era como un encantador de serpientes que le hablaba y la hipnotizaba.

—Micaela, ven conmigo. Dame otra oportunidad —expresó, tomándola de la cintura con fuerza antes de besarla de forma posesiva. La chica no ofreció resistencia. Incluso sabiendo que una relación entre ambos no tenía futuro, decidió irse con él.

Dado que José sabía que a esa hora no había nadie en su casa, llevó a Micaela para allá. Al bajar del automóvil, él corrió a abrirla la puerta como todo un caballero. A continuación, la invitó a entrar a la casa sin dejar de abrazarla y besarla. La guió hasta el dormitorio que compartía con su esposa mientras la desnudaba. Micaela se sentía incómoda en ese lugar, puesto que sabía que no debía estar allí. Incluso pensó en salir huyendo, mas José no le dejó alternativa. Sin darse cuenta, ya estaba sobre la cama, viendo cómo su jefe se quitaba la ropa y tomaba un preservativo de su mesa de noche. Invadió su cuerpo sin preámbulos y sin besos. Fue en ese preciso instante que ella se dio cuenta de su error, pues él no la había traído a su hogar para amarla, sino para demostrarle que jamás se libraría de él. Las lágrimas corrieron por las mejillas de la muchacha, lágrimas que José no vio porque estaba perdido en busca de su propio placer. Eyaculó dentro de ella sin importarle que Micaela no alcanzara el orgasmo.

—Espero que te haya quedado claro que tú eres mía y que no quiero verte con nadie más, ¿me oyes? —Al verla llorando, un sentimiento de culpabilidad lo invadió, mas no se iba a dejar dominar por aquella emoción. Había logrado su propósito, así que debía sentirse satisfecho. La

dejó sola y se fue al baño.

Micaela se vistió sin siquiera limpiarse. Comprendió que el propósito de José era hacerla sentir sucia y que todos notaran que había tenido sexo, él quería marcarla. Sin embargo, no le daría ese gusto. Por fortuna, una de sus amigas vivía cerca de la casa de él, así que se vistió para salir de prisa. De pronto, su huida se vio interrumpida al sentir que alguien abría la puerta de entrada. José salió del baño y la empujó con rudeza al interior de éste.

—¡No salgas hasta que yo te diga! —le gritó antes de dejarla encerrada.

«De seguro es uno de los chicos», pensó mientras se dirigía hacia la entrada.

—¿Qué haces aquí, Alejo? —cuestionó muy irritado.

—Vine por algunas cosas. ¿Y tú? —preguntó el muchacho de vuelta—. ¿No se supone que tienes que estar en la oficina?

—¡No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago! —José seguía furioso por la interrupción. Lo único que esperaba era que a Micaela no se le ocurriera salir. Ella podía arruinarlo todo.

—No me interesan tus justificaciones. Lo que tú hagas o dejes de hacer me tiene sin cuidado. Solo me extraña que tú, que eres tan responsable en tu trabajo, estés aquí a esta hora. ¿No dices siempre que el trabajo es sagrado? En todo caso, me iré pronto. —La relación entre Alejo y su padre había sido tensa toda la vida. El joven no perdonaba el trato que José les daba a él y a su madre. Por lo general, solo Azul se libraba de los malos tratos, pero ahora ni con ella era amable.

El muchacho fue a su habitación, empacó algo de ropa y su guitarra. Él tenía planeado reunirse con sus primos en casa de su abuela paterna, puesto que esa noche se irían a acampar. Al menos, su mamá les había dejado dinero. Su padre no solía darles un peso a menos que la abuela le exigiera que lo hiciera. Por eso, con malicia, Alejo la llamó para pedirle dinero prestado, ya que su papá había olvidado hacerlo. Lo cierto era que el joven quería ahorrar lo que Gina le había dado. Además, de esta forma, José estaría obligado a hacerse cargo de ellos por primera vez en su vida.

El chico estaba a punto de salir cuando algo llamó su atención: sobre el sillón de la sala de estar había una cartera femenina que no le resultaba conocida. No era ni de su madre ni de su hermana. Luego de atar algunos cabos, se sintió todavía más decepcionado de su padre, a pesar de que ya no le extrañaba nada el comportamiento de él.

—Sal de aquí, ahora —demandó José a Micaela después de comprobar que su hijo se alejaba. La sacó del baño, sin delicadeza, y le tiró su cartera.

—Claro que lo haré —espetó desafiante—. No volveré a tolerar tus malos tratos. Hoy te diste el gusto de hacerme daño por última vez. He sido una ingenua, pero tengo mis límites. Yo no soy un objeto de tu propiedad. Nunca más me volverás a tener... Y, antes de que lo olvide, prepárate —advirtió.

—¿Y qué vas a hacer? —Se reía de ella en su cara—. No puedes hacer nada. Eres solo una niña tonta y caprichosa.

—Espera y verás. Puedo haberte parecido una estúpida, pero no suelo dejar que me humillen impunemente. Me encantará ver cuando tu familia descubra tu verdadero rostro, José —avisó, abandonando el lugar después de dar un sonoro portazo.

Micaela camino con lentitud hasta la casa de Martina, quien vivía a pocas calles de José. Golpeó la puerta y, en cuanto su amiga salió a abrirle, Micaela ya no pudo resistir el llanto por más tiempo y se aferró a la joven.

—Ahora sí que se acabó. Esta vez es para siempre amiga.

—Tú sabías que no tenías futuro con él —respondió Martina con empatía.

—Sí, pero no voy a perdonar lo que él acaba de hacerme. ¿Me ayudarías a vengarme de él?

—Claro que sí —contestó la muchacha—. Cuenta conmigo.

Micaela y su amiga planificarían con cuidado una estrategia para castigar a José. Era importante que ella recuperara su confianza. De esa forma, le haría pagar caro el trato que él le había dado.

Capítulo XIV

«Sueños y soledad».

Los acordes de una melodía resonaban en los altavoces que estaban en la entrada del spa. La canción llamó la atención de Fabrizio, quien no tenía mucha música en español en su repertorio. Ahora que dominaba el idioma, disfrutaba escuchando las letras de éstas. Sentía que, a veces, le daban voz a lo que él quería expresar. Gina se sorprendió al escuchar a Daniel Santacruz, uno de sus cantantes favoritos, interpretando justamente un tema que ella adoraba:

«Cierra los ojos pégate a mi pecho
Quiero abrazarme fuerte a tu cintura
Siente la música en todo tu cuerpo
Baila conmigo y dame tu ternura
Quiero pensar que tú y yo estamos solos
Sin más testigos que el cielo y la luna
En un salón en medio de la gente
Aunque parezca que es una locura...»

—Baila conmigo —le dijo Gina a Fabrizio.

—¿Aquí? —preguntó Fabrizio entre risas—. Yo contigo haré lo que quieras, pero te advierto que soy un pésimo bailarín.

—Estoy en desacuerdo. Me encantó el espectáculo que me ofreciste. En todo caso, solo debes abrazarme y dejar que sea la música la que guíe tus pasos. —Él la rodeó con sus brazos, pegándola a su pecho. Gina apoyó su cabeza en el hombro de él y pensó que podría pasar horas abrazada a él, simplemente bailando.

—Vamos a llegar tarde, *amore mio*. La cita para tu masaje comienza en cinco minutos. Si bien tampoco quiero dejarte ir, me gustaría que te relajes para que estés descansada esta noche.

—Está bien, vamos. Creo que me vendrá bien, ya que el tiempo que estuve en la playa me dejó rendida. ¿Me acompañarías un momento? —preguntó con coquetería.

—Si me lo pides así no puedo negarme, *bellezza* —respondió. La tomó de la mano y se la llevó casi corriendo—. ¡Apúrate que se hace tarde!

Llegaron con el tiempo justo al spa. Sin soltarle la mano, Fabrizio dio un vistazo al lugar y notó que las únicas mujeres eran las que esperaban por sus masajes.

—¿Todos los masajistas son hombres? —preguntó, mientras miraba a Gina con gesto incómodo—. ¿No hay ninguna chica que lo haga?

—¿Qué le pasa? ¿Está celoso, señor Cacciatore?

—No, para nada. —Se acercó al oído de Gina—. Sin embargo, quiero ser el único que ponga mis manos sobre tu cuerpo.

Ella le dio un beso apasionado. ¡No podía creer que el hombre más guapo sobre la faz de la Tierra se sintiera celoso por ella!

—No te preocupes, cariño. No hay nadie en este mundo que sea capaz de hacerme sentir como tú lo haces. Escúchame bien —expresó mirándolo a los ojos—. Esto es solo un masaje y nada más. Mi cuerpo te anhela solo a ti. —Ella quería que él viera que estaba siendo honesta y que entendiera que no solo estaba hablando del masajista, sino de toda su vida, aquella que ninguno quería recordar, pero que debían retomar tarde o temprano. Sus pensamientos se vieron

interrumpidos cuando un joven moreno se aproximó a ellos.

—Soy Daniel, seré su masajista el día de hoy. Por favor, pase por acá —indicó el muchacho con cuerpo de infarto. Fabrizio caminó detrás de ella sin soltarle la mano—. Sáquese el vestido y recuéstese boca abajo. Si desea, puede quedarse con el traje de baño. Enseguida regreso, traeré los aceites.

Aunque intentaba mostrarse calmado, Fabrizio estaba que reventaba de celos. Incluso consideró llevársela de ahí, pues no quería que ese hombre la tocara. Él masajista era más joven que él y —a pesar de que no quería reconocerlo— bastante atractivo.

«¡Tengo que controlarme! ¡No puedo ser tan básico y comportarme como un imbécil!», pensó mientras veía a Gina quitándose el vestido. Ella se recogió el cabello y se recostó sobre la camilla. Se veía tan sensual luciendo aquel bikini negro que le había regalado. Había esperado poder sacárselo desde que se lo vio puesto.

El masajista llegó con sus implementos. Gina, por su parte, se sentía un poco nerviosa, ya que sabía que Fabrizio estaba incómodo con la situación. No obstante, no dejaría que su actitud le arruinara el momento, así que decidió seguir adelante con el masaje.

—Me encanta Daniel Santacruz —comentó Gina, intentando entablar conversación con el muchacho, mientras disfrutaba escuchando «Lento»—. Todas sus canciones son buenísimas.

—Sus canciones son muy populares acá —respondió Daniel en tanto cubría el trasero de Gina con una toalla.

Cuando Fabrizio —quien se resistía a dejar a su amada sola con aquel hombre— vio que él se disponía a desanudar la parte superior del bikini, se paró de forma desafiante frente a él.

—Yo lo hago —sentenció con voz fuerte y procedió a desabrocharle la prenda con delicadeza. Luego le indicó con un gesto al masajista, quien lo miraba algo asustado, que podía continuar.

—Señor, debe esperar afuera. Usted no puede estar en este lugar —exhortó Daniel.

Fabrizio estaba enfurecido. Lo único que imaginaba era moler a golpes al chico. Cuando vio la mirada suplicante de Gina, evitó hacer un escándalo y decidió dejar el lugar.

—Estaré esperándote afuera, *amore* —expresó antes de darle un beso apasionado y salir. El italiano esperaba haberle dejado claro al chico que esa era su mujer.

—Está bien. En cuanto termine, volveré contigo —dijo tratando de calmar la situación.

—Su marido es bastante celoso —le dijo Daniel en cuanto el actor dejó la sala—. Me intimidó un poco.

—No te preocupes, él no es peligroso. —Rió nerviosa, intentando arreglar la mala impresión que Fabrizio dejó en el joven. No quiso aclararle que no era su marido, dado que quería soñar un rato y que todos pensarán que estaban casados.

En tanto el masajista se dedicó a cumplir con su cometido, Fabrizio se paseaba de un lado al otro con ansiedad. De hecho, estaba seguro que pronto abriría una zanja en el piso de tanto caminar.

«¡Ay, mujer, me tienes tan obsesionado! No quiero ni imaginarme la tortura que será el dejarte ir de mi lado», pensó. En cuanto alguien salió de la sala de masajes, él intentó colarse. Si bien no alcanzó a entrar, pudo divisar al masajista recorriendo el cuerpo de Gina con sus manos. La tocaba mientras ella estaba casi desnuda. Quiso matarlo, aun sabiendo que el joven solo hacía su trabajo. De pronto, el sonido de su móvil lo distrajo de sus cavilaciones. Era Gia quien lo llamaba.

—¿Cómo están? Con Fátima estamos pensando en ir a la playa. ¿Qué les parece si nos pasan a buscar cuando terminen en el spa? —dijo la italiana con voz alegre. Fabrizio se sorprendió al

saber que su amiga estaba tan feliz en la isla. Cualquiera pensaría que ella se quería quedar a vivir allí, puesto que todo la maravillaba. El actor temió por un instante perder también a su amiga. Este pensamiento sombrío lo atormentaba de vez en cuando.

—No te preocupes, Gia. En cuanto acabe la sesión de Gina, nos cambiaremos de ropa, y las iré a recoger.

—¿Estás con ella ahora?

—No, me echaron. Estoy esperando afuera.

—¿Qué hiciste, Fabrizio Cacciatore?

—¿Yo? Nada. ¿Acaso dudas de mí? —respondió el italiano con falsa inocencia.

—¿Quieres que te diga la verdad o seguimos siendo amigos?

—Disfruta la playa —respondió de modo hosco. Él sabía lo que su amiga le diría y tendría toda la razón—. Pero antes necesito que me hagas un favor.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Fabrizio? Te escucho.

—Quiero que mandes a cerrar la piscina que está en la azotea y que te asegures de que nadie se acerque.

—¿Qué pretendes hacer? Mejor no me digas. Supongo que tienes claro que este favor no será gratis, tu tarjeta tendrá un recargo extra por un vestido y unos zapatos nuevos que vi en la tienda del resort.

—Si haces lo que te pido, puedes comprarte incluso tres pares de Louboutin si quieres. — Fabrizio sabía que la debilidad de su amiga eran los zapatos de aquel diseñador, así que ella haría lo imposible para cumplir su capricho.

—Nadie puede resistirse a tu tarjeta de crédito. Estás podrido en lucas, querido.

—¿Cómo dices? —dijo entre risas luego de escuchar aquello.

—Es un dicho chileno, Fátima se sabe muchos. Significa que tienes mucho dinero—. Para Fabrizio, el tema del dinero jamás fue trascendental, puesto que su familia siempre tuvo una posición acomodada. Él, no obstante, se consideraba un tipo más bien austero. Aparte de su casa y las motos, no acostumbraba a gastar tanto. Ahora no le importaba vaciar su cuenta si es que así podía cumplir todos sus sueños con la mujer a la que amaba.

—Te llamaré en cuanto tenga todo organizado, *bye* —Gia no dudaba de sus capacidades. Si no se hubiera dedicado a la arquitectura, podría haber sido una estupenda relacionista pública.

—Estaré esperando tu llamada. —Fabrizio miró hacia la puerta de la sala de masajes. La sesión tardaba más de lo que hubiera deseado.

Justo en ese instante, Gina abandonó la sala, y la tranquilidad volvió a Fabrizio, quien había empezado a desesperarse.

—Aquí se la dejo, sana y salva —comentó Daniel con un cierto tono de sarcasmo que pasó desapercibido por el actor.

—Gracias. Quisiera pedirte disculpas por mi comportamiento anterior.

—No se preocupe. Imagino que ama a su mujer, así que está todo olvidado.

—Sí, la amo con todo mi ser —contestó antes de estrecharla entre sus brazos.

Al despedirse de Daniel, Fabrizio le dio una muy buena propina para compensar en parte su actitud prepotente con el muchacho y también porque notó que Gina estaba satisfecha con su masaje.

—Las chicas se fueron a la playa, y le prometí a Gia que iría a buscarlas. Sin embargo, antes tengo otros planes —miró a Gina, sus ojos ardían por el deseo—. Borraré con mis manos y mi boca las huellas de ese masajista.

—Suenas prometedor. Tengo muchas ganas de ti —susurró Gina, avivando aún más su deseo.

Se acercó aún más y la besó con desesperación. Ella lo incitaba con su lengua y le mordía los labios, ¡cuánto le gustaba hacer aquello! Fabrizio la deseaba de todas las maneras posibles. Se vieron interrumpidos cuando sonó el teléfono del actor.

—Ya está todo arreglado. Mientras tú haces lo que quieras, yo iré por mis zapatos —Gina habló de prisa y cortó la llamada, temiendo que él se arrepintiera de haberle dado esa opción.

—Vamos, Gina —dijo antes de guiarla hacia el ascensor.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella con curiosidad.

—Ya verás, no seas ansiosa. —Fabrizio la arrinconó contra la pared del elevador y, sin dejar de besarla, presionó el botón que los llevaría a la azotea.

—Quítate las bragas —ordenó con voz ronca.

—¿Estás loco?! —Aquella proposición hizo que las piernas de Gina temblaran. Él podría haberle pedido que se desnudara y lo habría hecho, mas deseaba permanecer un rato más con el control de la situación.

—Estoy loco por ti. Vamos, *amore*, dame tus bragas —suplicó con los ojos encendidos por la pasión. Entretanto le subía el vestido, cuidando que su cuerpo cubriera el de Gina, dado que sabía que los ascensores tenían cámaras y no quería que nadie más que él la viera—. ¡Benditos sean los bikinis con tirantes! —exclamó, desatándose, al tiempo que besaba su cuello, lo que terminó por acabar con la resistencia de la argentina—. Me encanta tu rostro de excitación. Considero que es perfecto. De hecho, me hace desearte todavía más. Mujer, no sabes lo loco que me tienes. —A continuación, le quitó las bragas y las guardó en el bolsillo de su pantalón. En aquel preciso momento, el timbre del ascensor les indicaba que habían llegado a su destino. Tal como Gina lo había prometido, no había nadie en las inmediaciones de la piscina. Sin dejar de abrazarla, la guió al exterior y comenzó a besarla nuevamente. Las manos de Fabrizio recorrieron el cuerpo de Gina hasta alcanzar su monte de Venus. Ambos cuerpos emanaban un calor abrasador. Introdujo dos de sus dedos en el interior de su mujer. Sí, suya. Aunque la ley dijera lo contrario, en su corazón, Gina era su mujer.

—Tócame más, Fabrizio. Mucho más. Por favor, no me tortures —rogó entre gemidos.

—Tus deseos son órdenes —respondió, acelerando el movimiento de sus dedos. Deseaba llevarla al orgasmo, a pesar de sentirse al borde de la eyaculación. El hecho de que Gina estuviera mordiéndole el lóbulo de la oreja mientras gemía le parecía cautivante. El italiano sabía que le faltaba poco para lograr su cometido—. *Amore*, no te contengas. Libérate.

—Tus deseos son órdenes para mí también —repitió antes de alcanzar el clímax.

Fabrizio esperó algunos segundos para que la mujer recobrara su energía antes de continuar con su plan.

—Desnúdate y entra al agua —ordenó el actor, rozando con sus labios los de ella—. Tranquila, no hay nadie más. Estamos solo tú y yo —dijo después de ver la duda en el rostro de Gina.

—Creo que esta vez quiero que lo hagas tú primero —contestó ella con una sonrisa pícaro.

—Quítame tú la ropa entonces —expresó él, desafiándola con la mirada.

—Sabes que adoro tus provocaciones. Sobre todo cuando implican disfrutar de tu cuerpo.

—¿Acaso solo me quieres por mi perfecta anatomía? —preguntó con fingida decepción.

—Me encanta tu aspecto, pero me enamoré de tu corazón desde antes de conocer tu rostro —admitió, mientras depositaba tiernos besos en su pecho—. Es de aquel hombre misterioso con el que intercambiaba mensajes a quien amo.

Fabrizio se sentía conmovido con aquellas palabras. Sostuvo su rostro con ternura y la besó con pasión arrebatadora.

—Te amo, mi vida, y siempre lo haré. No conocía el amor verdadero hasta que apareciste tú en mi vida.

Gina no sabía cómo responder a eso. El sentimiento que albergaba hacia Fabrizio era tan inmenso que le era imposible describirlo. Sin embargo, no quería que él sufriera cuando ya no estuvieran juntos. Debía recordarlo: ella tenía que volver con su familia a Argentina. El corazón se le retorcía con solo pensarlo. Despejó aquellas cavilaciones con rapidez e intentó hablar, pero Fabrizio se le adelantó:

—No digas nada. Vivamos este sueño mientras nos dure —dijo poniendo un dedo sobre los labios de Gina. Ella aprovechó la ocasión para introducirlo dentro de su boca.

La intensidad en la mirada del italiano le dejó claro que aquel gesto había conseguido excitarlo. Sin perder más tiempo, le quitó la camiseta, los pantalones y el bóxer. Ella jadeó al ver el miembro de Fabrizio completamente erecto. Luego se sacó el vestido y terminó de quitarse la parte superior del bikini, el cual Fabrizio no había terminado de desanudar.

—¿Quieres meterte al agua? —preguntó el actor con una sonrisa en su rostro antes de tomarla en brazos y lanzarse con ella a la piscina.

—¡Fabrizio! —gritó, golpéandole el hombro—. ¡Pude haberme ahogado! ¡No sé nadar!

—Tranquila, *belleza*. Jamás permitiría que te pase algo malo. Conmigo siempre estarás segura —manifestó sin dejar de sostenerla—. Te llevaré hasta la orilla.

Gina pensó en salirse del agua. No obstante, Fabrizio —anticipándose a sus intenciones— la apoyó en el borde de la piscina y la besó de manera demandante. Ella enredó sus piernas en el cuerpo de Fabrizio, quien aprovechó esa posición para penetrarla con vehemencia. Si bien aquello tomó a Gina por sorpresa, le encantó. La argentina esperaba poder asombrarlo también, aunque aún no sabía cómo.

El agua facilitaba el movimiento de ambos amantes. Gina no contenía sus gemidos. Ella había aprendido a ser libre con él y gritaba de placer sin sentirse cohibida por ello. Entre besos y suaves mordiscos, ambos alcanzaron el clímax al mismo tiempo. Se abrazaron con fuerza mientras esperaban que se calmaran sus respiraciones agitadas y sus corazones acelerados.

Fabrizio recordaría por el resto de su vida el tiempo compartido con esa mujer. Atesoraría por siempre aquellos momentos en que ella se entregaba a él de esa forma tan apasionada y llena de amor.

—¿Quieres salir del agua, *amore*? —preguntó con una gran ternura en su voz.

Cada vez que él la trataba de esa forma, Gina se sentía la mujer más amada del planeta.

—Me gustaría disfrutar de este lugar contigo por un rato más. Hagamos que valga la pena todo el dinero que tuviste que desembolsar para hacer esto posible.

—Contigo, todo lo vale. Incluso si hubieran sido solo cinco minutos —confesó sin soltarla. A continuación, comenzó a dar vueltas con ella en el agua. Gina había extendido sus brazos, y a Fabrizio le parecía que ella lucía como un ángel abriendo sus alas, era una ninfa, su diosa, su amor...

Gina reía con las ocurrencias de Fabrizio y, al igual que él, también guardaría cada uno de esos momentos en su memoria. Si bien sabía que aquellas vacaciones no eran eternas, este romance merecía ser vivido.

Desde su llegada a Bayahibe, Giannina se sentía distinta, pues sus emociones le atormentaban. Si bien estaba feliz por su amigo del alma, no podía olvidar que el día de la separación se acercaba, y aquello le rompía el corazón. Jamás admitiría en voz alta que era una romántica empedernida. Durante cada momento de soledad en aquella habitación de hotel,

pensaba en lo triste que era encontrar el verdadero amor y tener que verlo partir.

Aquella mañana, la italiana despertó muy temprano y —como de costumbre— salió a correr por la orilla de la playa. Gia había quedado fascinada con el lugar y, de haber tenido la libertad de elegir, hubiera optado por vivir el resto de sus días en aquella isla. Le encantaba disfrutar del amanecer y el ocaso. Por alguna razón, éstos le ayudaban a meditar sobre cualquier tema que aquejara su mente. En aquel momento se sentía abrumada, puesto que no podía definir sus emociones, y eso tenía solo un nombre...

—¿Por qué siempre termino complicándome la vida por temas que sé que son imposibles?! ¡Soy una bruta! —expresó en voz alta, pensando que nadie la oía. Por lo general, solo los pescadores andaban en la playa a esa hora. Los turistas solían dormir hasta tarde, pues Bayahibe contaba con una bohemia nocturna bastante activa.

—¡No había notado que tu locura te había llevado al punto de hablar sola! —Fabrizio se acercó a ella y le dio un abrazo por la espalda.

—¿Y tú, Fabrizio Cacciatore, qué haces madrugando? Pensé que estarías complaciendo a tu mujer.

—Quería salir a correr un rato. Gina todavía duerme, y yo necesitaba despejarme. ¿Qué te parece si caminamos? Aprovechemos que el día está muy lindo —sugirió Fabrizio, tomándola del brazo.

—¿Problemas en el paraíso? —inquirió Gia con suspicacia.

—Nada de eso. Lo que ocurre es que nuestra estadía aquí tiene fecha de caducidad, y no sé qué será de mi vida después de que Gina y yo debamos despedirnos. ¿Y tú? ¿Qué es lo que te así? —interrogó Fabrizio con preocupación.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te conozco, hermana mía. Me basta con mirarte para saber que algo te está perturba y quiero saber de qué se trata.

—En realidad, no tengo nada interesante que contarte. Mejor hablemos de ti —respondió evasiva.

—No me mientas, por favor. Me hiere que creas que no soy capaz de escucharte y de entenderte. Me gustaría que confiaras en mí tanto como he confiado en ti, Gia. —Fabrizio hacía uso del chantaje emocional para que su amiga se sincerara. Aunque no sabía lo que sucedía, tenía sus sospechas.

—*Mio bambino*, sabes que eres en quien más confié, pero no te puedo decir nada porque ni yo entiendo lo que me pasa.

—Es por Fátima, ¿cierto? No es solo cariño amistoso lo que sientes por ella.

Gia se sentó en la arena, apoyó su cabeza en sus rodillas y empezó a llorar. Fabrizio, por su parte, la abrazó con fuerza para que se desahogara.

—Sé que no planeaste esto. Sin embargo, el amor es así. No podemos decidir a quién amar.

—¿No te das cuenta de que eso nunca sucederá?! Fátima me considera su amiga, y yo voy y me enamoro de ella como una estúpida. No quiero perderla, pero lo más probable es que ella se aleje para siempre de mí si le confieso mis sentimientos. ¡No sé qué hacer!

—Quizás tengas razón o tal vez te equivoques. A decir verdad, he visto que Fátima es muy feliz a tu lado. Deberías ser sincera con ella, Gia. Mírame —dijo Fabrizio, sosteniendo su rostro con dulzura—, lo mejor es que no te quedes con la duda y oigas la verdad de sus propios labios.

—¡No! No soy capaz de hacerlo. Prefiero tenerla como amiga que no volver a saber de ella.

—Piénsalo. Tú eres la única que puede tomar esa decisión. Pase lo que pase, yo estaré a tu lado. Mientras tú recoges los pedazos de mi corazón roto, yo haré lo mismo con el tuyo —

aseguró el italiano antes de besar la frente de su amiga incondicional. Aquella muestra de afecto era una demostración de protección, compañía, apoyo y fraternidad. La vida había sido sabia al unir sus caminos.

Se levantaron y siguieron caminando. Puesto que se habían alejado bastante del hotel, decidieron regresar trotando. Al fin y al cabo, esa había sido la razón por la cual habían ido a la playa.

La tristeza que aquejaba a su amiga era evidente para Fabrizio. A pesar de que Gia era mujer reservada, él la conocía muy bien y sabía lo que estaba padeciendo, dado que ésta no era la primera vez que ella se enamoraba de alguien y sufría por ello. Por eso trató de animarla.

—¿Te compraste los zapatos, Gia? —preguntó el actor, buscando un tema que pudiera subirle el ánimo a la muchacha.

—¡Por supuesto! Los tres pares que me ofreciste, aunque le regalé uno a Fátima y otro a tu mujer. —A Fabrizio le fascinaba cuando la gente señalaba que Gina era su mujer. No porque fuera un hombre posesivo, sino porque él sentía que se pertenecían el uno al otro—. Había tantas opciones hermosas que me costó mucho decidir. Los que escogí para Gina son ideales para que se los dejes puestos.

—¡Dios! Ahora deseo ver cómo lucirá Gina con ellos mientras hacemos...

—¡Fabrizio Cacciatore! —interrumpió Gia—. No me hagas imaginar tus fantasías, por favor. Ya hago bastante al ayudarte a hacerlas realidad.

—¡Eres tú quien me da estas ideas locas! Tú plantaste en mi mente la idea de Gina usando tacones mientras hacemos el amor, ahora no puedo dejar de pensar en ello.

—No necesitas de mi ayuda para imaginar tus fantasías sexuales. Ya sabía de antemano que éste era otro de tus caprichos que querías cumplir.

—¡Por eso digo que eres la mejor! —respondió Fabrizio, reduciendo la velocidad de sus pasos a medida que se acercaban al resort—. Me daré una ducha y después continuaremos con nuestra charla. No te escaparás de mí con tanta facilidad, Giannina.

—¡Sabes bien que me molesta que me llames así! Tan solo lo tolero en el trabajo.

—De acuerdo, lo siento —Se disculpó—. En todo caso, ese no es el punto. Estaré esperándote en la cafetería en una hora... No, mejor en una hora y media más.

—Déjame tranquila, Fabrizio, y atiende a tu mujer —aconsejó la italiana—. Sabes a lo que me refiero.

—Pierde cuidado, ella se siente bastante satisfecha. De hecho, para que no te quede ninguna duda, iré de inmediato a darle otra dosis de placer —contestó con una sonrisa llena de picardía—. Ya lo sabes, te estaré esperando —expresó, guiñándole un ojo. Dio media vuelta y subió corriendo por las escaleras del hotel hasta su habitación.

Gia rió con las ocurrencias de su amigo. A ella le encantaba verlo así de feliz, a pesar de que sabía que no duraría. No podía evitar pensar en lo mucho que él sufriría cuando acabaran las vacaciones.

Subió a su habitación. A diferencia de Fabrizio, ella usó el ascensor, pues no tenía tanta resistencia como su amigo. Ella corría porque, de esta forma, le era más fácil pensar. El actor, en cambio, era asiduo al gimnasio y entrenaba casi a diario.

En cuanto llegó a su cuarto, se dio un largo baño mientras pensaba en el consejo que Fabrizio le había dado. No quería perder la amistad con Fátima. No obstante, su intención tampoco era mentirle. Lo cierto era que no tenía claridad respecto a sus sentimientos hacia ella. La chilena nunca demostró que la rechazara, aunque tampoco le había dado esperanzas.

Al salir de la ducha, conectó su iPod a los altavoces y seleccionó una lista de reproducción

con las cantantes italianas que a ella le encantaban. La voz de Franchesca Michielin llegó a sus oídos con una canción que le llegó al alma: Sola

*«E ti si legge negli occhi perchè
Non c'è alcun peso da nascondere
E quel vestito da stringere un po',
buone intenzioni che non bastano.
E tieni a mente le parole,
Solo le più belle,
rotta è la tua voce
mentre il cielo piange.
Sei sola, sola, sola.
Ti senti sola, sola, sola.
E ti si legge negli occhi perchè...»*

«Rota está tu voz, mientras el cielo llora. Estás sola, sola, sola. Te sientes sola. Y en tus ojos se lee por qué». La letra de la canción la representaba tan fielmente que no pudo contener las lágrimas.

Si bien estaba rodeada de gente que la quería —Fabrizio y su familia, sus amigos— se sentía sola porque su vida sentimental era un desastre. Tenía la pésima tendencia de enamorarse de la persona equivocada. Por esa razón pensaba que jamás encontraría a alguien con quien pasar el resto de su vida. Su última relación, por ejemplo, fue bastante tóxica. Florencia, su ex pareja, la había seducido con la única intención de escalar de posición en la empresa Cacciatore. Aquella mujer le causó un daño psicológico muy difícil de superar. No solo la había dejado en vergüenza frente a sus amigos, sino que también la había agredido verbalmente y distanciado de casi todas las personas a las que quería. Fabrizio, no obstante, había sido lo suficientemente fuerte y terco como para no permitirlo, ya que él tenía el presentimiento de que aquella mujer le hacía daño.

Luego de vestirse y secarse las lágrimas, decidió leer un rato para distraerse. Pronto tendría que reunirse con su amigo para continuar con su conversación, pues sabía que él sería capaz de ir a buscarla si ella no aparecía.

Cuando Gina despertó, notó que a Fabrizio no se encontraba a su lado. En su lugar, le había dejado una nota junto a una rosa amarilla. Él acostumbraba realizar este tipo de gestos para que ella no se sintiera abandonada. Gina, por supuesto, amaba estos detalles tanto como a él.

Estaba a punto de levantarse cuando lo sintió entrar. Fabrizio se lanzó a la cama y casi aterriza sobre ella, quien soltó una carcajada.

—¿Cómo estuvo tu salida a trotar, mi amor?

—Bien, aunque no fue mucho lo que hice, ya que me topé con Gia, y nos pusimos a conversar un rato. Necesitábamos hacerlo.

—¿Le pasa algo? —preguntó, mientras lo abrazaba

—Creo que sí, pero no quiere hablar de ello. Espero que me cuente ahora que iré a verla. — Fabrizio se acercó a ella de manera seductora.

—Sí, anda. Ella es tu amiga y la has dejado muy sola. Yo, por mi parte, aprovecharé de pasar tiempo con Fátima. Intuyo que también me está ocultando algo y quiero saber qué es —dijo, intentando disimular las ganas que tenía de hacer el amor con él—. Entonces, hoy desayunaremos con nuestras amigas, cada uno por su parte.

—Me parece un buen panorama, pero primero te comeré a ti y después me preocuparé por

alimentar este cuerpo.

—¡Fabrizio! Tengo que ducharme antes de ir a buscar a Fátima.

—Entonces te acompaño. Así podremos ocuparnos de las dos cosas a la vez.

—Es imposible argumentar en contra de esa lógica y tampoco quiero hacerlo, ya que siempre te deseo.

—Acabas de pronunciar las palabras mágicas. No saldremos de aquí hasta que hayamos hecho el amor primero. A fin de cuentas, quedé de juntarme con Gia en una hora más.

El tiempo que los amantes pasaron en el baño duró más de lo esperado, puesto que necesitaban aprovechar al máximo cada momento que tenían para estar juntos. Si bien intentaban no tocar ese tema, ambos sabían que faltaba muy poco para que aquel sueño llegara a su fin.

Fabrizio y Gina se ayudaron a vestirse. La argentina lucía un vestido rojo con tirantes y detalles blancos en el escote, mientras que Fabrizio usaba unos vaqueros gastados y una camiseta gris, la cual resaltaba el color de sus ojos. Luego de despedirse entre besos, Fabrizio bajó a la cafetería. Gina, por su parte, fue hasta la habitación de su amiga. Golpeó la puerta y esperó. Después de algunos segundos, Fátima le abrió.

—Hola, amiga. ¿Te ocurre algo malo? —preguntó Gina al ver un gesto apesadumbrado en el rostro de la chilena.

—¿Y tú que haces acá?! —cuestionó sorprendida—. Pensaba que te tenían amarrada a la cama.

—No, eso fue el otro día —respondió con una sonrisa traviesa—. ¿Qué te parece si salimos juntas a pasear? Aún no conozco bien los alrededores.

—¿Y cómo irías a hacerlo si te la has pasado teniendo sexo durante todas las vacaciones?!

—Tienes toda la razón, no lo puedo negar —admitió Gina—. Por eso mismo deberías acompañarme a turistar.

—Está bien, lo haré porque pienso que te has perdido de unos paisajes simplemente hermosos.

—Primero anda a darte un baño y después nos vamos. ¡No sé por qué no te has vestido todavía!

Fátima eligió un atuendo cómodo: vaqueros, una camiseta blanca y zapatillas. Las amigas caminaron por el pueblo y recorrieron algunas zonas que Fátima ya había conocido con Gia. La chilena había adoptado el rol de guía turística y le relataba a Gina lo que había aprendido sobre aquellos lugares. Se detuvieron a comer algo en un pequeño bar que se encontraba a la orilla de la playa, dado que —después de horas caminando— las dos tenían mucha hambre. Mientras Fátima optó por una ensalada, Gina pidió mucha comida.

—Extrañaba verte comer con tantas ganas —comentó Fátima entre risas.

—Es que esta mañana no alcancé a desayunar —dijo Gina, excusándose.

—Imagino que es por la maratón de sexo con el italiano.

—¡Basta, Fátima! Ya no sigas con eso. Mejor cuéntame lo que te pasa. Desde hace días que te noto distinta.

—No sabría explicarlo bien, pero siento que este viaje me ha transformado por completo.

—¿En qué sentido?

—En realidad no lo tengo claro, excepto que mis emociones se han vuelto un caos. Creí que había perdido mi capacidad de amar... Confieso que jamás había experimentado esta sensación de libertad. En parte te lo debo a ti y a tu historia de amor. ¡Es tan increíble ser testigo del romance entre tú y Fabrizio que hasta dan ganas de tener a alguien!

—Dijiste en parte. ¿A quién más le debes eso que me describes? ¿Puedo adivinar?

—Preferiría que guardaras silencio, porque ni siquiera yo lo tengo claro.

—Amiga, no hay que tener un doctorado para entender qué es lo que te ha cambiado. Sin embargo, espero que seas tú quien lo diga.

—No sigamos con esto, por favor. Primero necesito ordenar mis pensamientos.

—Espero que lo hagas pronto, Fátima. Faltan muy pocos días para volver a casa. —A Gina le dolía pensar en abandonar aquel paraíso, el que incluía a Fabrizioio.

—No pensemos en cosas tristes. Es mejor que disfrutemos el tiempo que nos queda.

—¡Hazlo tú! ¡Yo ya lo estoy pasando muy bien!

—Te creo, Gina. La expresión en tu rostro lo confirma.

—Busquemos a Gia y a Fabrizioio para que vayamos a la playa, necesito broncearme o nadie creerá que estuve en el Caribe.

—De acuerdo. Vayamos por los italianos —respondió Fátima entre risas. Ella había extrañado aquellas conversaciones llenas de optimismo. Gina siempre le hablaba con alegría a pesar de las circunstancias que estuviera atravesando.

Gia y Fabrizioio, por su parte, seguían charlando animadamente. Ella se sentía más animada luego de haber decidido que no seguiría callando sus sentimientos. Solo esperaba encontrar el momento adecuado y las palabras precisas.

De pronto, Fabrizioio recibió una llamada de su amada argentina, quien le comunicaba que Fátima y ella estaban en camino para encontrarse con ellos en la cafetería. Después de compartir un rato en aquel lugar, los cuatro decidieron ir a la playa y planificaron un viaje para conocer otros destinos turísticos cercanos.

Gia rompió el ambiente de seriedad comentándole a Gina que le tenía un hermoso par de zapatos de regalo.

—Es una suerte que calcemos lo mismo. Fabrizioio está ansioso por vértelos puestos.

—¡¿Y por qué tanta ansiedad por un par de zapatos?! —preguntó Fátima—. Oh, no digas nada, acabo de responderme.

Gina miró al trío de amigos con curiosidad, puesto que no entendía cuál era la gracia.

—Quiero verte desnuda y sin ningún adorno —le susurró al oído el actor con voz sensual y provocadora—, excepto por esos zapatos.

La sonrisa de Gina le dijo a Fabrizioio que ella estaba más que dispuesta a cumplir aquella fantasía.

Capítulo XV

«Todo para mí».

José se sentía muy molesto. Él había creído que podría seguir disfrutando del sexo con Micaela, pero ella se negaba a contestarle las llamadas y los mensajes, a pesar de la insistencia del hombre. Tampoco podía ir a buscarla a su casa, puesto que carecía de una buena excusa para hacerlo. Él había creído que podría seguir disfrutando de esa jovencita. No había olvidado la advertencia que la muchacha le había hecho la última vez que se vieron. Sin embargo, no le dio mayor importancia. De seguro, ella tarde o temprano volvería a buscarlo.

El día lunes, José llegó a la *boutique* a la hora acostumbrada. No alcanzó a llegar a su oficina cuando la secretaria le informó que Micaela había presentado su renuncia. Esta noticia avivó su furia todavía más y, en un arranque de violencia, lanzó contra la pared el florero que la chica había dejado olvidado. «Otro desastre causado por Gina. Ella pagará muy caro las molestias que me está provocando», pensó. Micaela jamás se hubiera alejado de él de no ser por el escándalo armado por su esposa. No obstante, debería poner su plan en marcha en cuanto Gina volviera de su viaje, no podría hacerlo antes.

Para José, era más fácil culpar a Gina que reconocer sus errores y hacerse cargo de ellos.

Micaela conducía su automóvil —regalo de su padre cuando terminó la universidad— en dirección al lugar en el que pasaría un tiempo para deshacerse de la tristeza. Al encender la radio y escuchar la canción que programó su emisora favorita, sintió que su corazón se comprimía.

*«We clawed, we chained our hearts in vain
We jumped never asking why
We kissed, I fell under your spell.
A love no one could deny...»*

Tal como describía el tema de Miley Cyrus, *Wrecking Ball*, Micaela se sentía molida, derrotada y destruida. Y no era un hecho insólito después del modo en que José la había usado. Apagó la radio y se enjugó las lágrimas con rabia. Al menos, al poner algo de distancia entre los dos, él no podría volver a tocarla. Ahora lucharía por borrar cualquier rastro de emoción que sintiera por él.

Ella agradecía haber tenido la lucidez para acudir a Martina después de que él la hubiera humillado. Su amiga, luego de consolarla, le ofreció alojamiento en la casa de sus abuelos en Rosario —al interior de Argentina—. Micaela aceptó de inmediato, puesto que necesitaba salir de Buenos Aires para organizar su vida lejos del fantasma de José. Estaba segura de su decisión, pues la presencia de su antiguo jefe solo le haría dudar. Debía sacarlo de su corazón para no dejarse embaucar otra vez. Sin embargo, no dejaría todo en el olvido. Ella regresaría para vengarse en cuanto ganara la fuerza requerida para lograrlo. Le daría donde más le doliera. Aunque solo tuviera veintitrés años, Micaela era plenamente consciente de lo que necesitaba. José no tenía idea de con quién se había metido.

La casa de campo de los abuelos de Martina era una hacienda hermosa y acogedora. La crianza de caballos de raza era su fuente de ingresos. A Micaela le fascinaban estos animales y,

además, consideraba que podría ser de gran ayuda en la administración del lugar. Sin duda, ya se sentía a gusto ahí.

Después de dejar sus cosas en la habitación que ocuparía durante su estancia, decidió salir a conocer el entorno. El silencio del atardecer fue su mejor medicina. «Nadie se muere de amor, y yo no seré la primera», pensó. Micaela tenía la certeza de que saldría victoriosa de esa situación.

—Despierta, *amore mio* —dijo Fabrizio, mientras rozaba los labios de la argentina con ternura.

Aunque Gina intentaba abrir los ojos, los párpados le pesaban. Había pasado gran parte de la noche haciendo el amor con Fabrizio, así que estaba exhausta.

—Tenemos que irnos —murmuró el italiano.

—No quiero salir. Por favor, déjame dormir un rato más.

—Ya es tarde, y debes despertar. Vamos, acompáñame a la ducha. No me obligues a utilizar la fuerza.

—¿Qué me harías?

—Pruébame y verás

—Pensaba que ya te había probado anoche —expresó Gina con picardía antes de abrir sus ojos—. ¿Acaso no fue suficiente?

—¡Qué graciosa! Vamos —respondió el actor con voz sarcástica y le extendió la mano para ayudarle a levantarse.

—¿Te bañarás conmigo? —preguntó Gina, mientras pasaba su lengua por sus labios para provocarlo.

—Eso no es lo único que haré. De hecho, creo que ya tienes claro que, después de la cama, mi lugar favorito para compartir contigo es bajo el agua de la regadera.

—Está bien, me convenciste —contestó guiñándole un ojo—. ¿Qué es lo que mi hermoso italiano ha planeado para este día?

—Hoy visitaremos un lugar precioso. Te prometo que te gustará. No te arrepentirás de haberme acompañado, aunque te hayas tenido que levantar temprano.

—Jamás podría lamentarme por los momentos que paso contigo o por la forma en que te amo. —La sombra del adiós nubló de pronto los ojos de Gina.

—No digas nada. No quiero pensar en nuestra separación —manifestó Fabrizio, abrazándola con fuerza.

Gina sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Aunque no quería que la tristeza la invadiera, no pudo evitar llorar. Fabrizio, por su parte, sostuvo el rostro de ella y empezó a besar sus mejillas para secarle las lágrimas.

—Lo único que te pido es que sigamos disfrutando del tiempo que nos queda. Te amo tanto. Eres la mujer de mi vida y estoy dispuesto a esperarte el tiempo que sea necesario hasta que seas libre.

—También te amo. Tú eres el dueño de mi vida. Mi corazón es tuyo.

Se ducharon entre besos apasionados e hicieron el amor. Para ellos, aquel acto era una manera de escapar de la realidad que estaba por estrellarse en sus caras. El tiempo que les quedaba era tan limitado, que no deseaban soltarse.

Se vistieron de prisa.

—Iré a la recepción para cerciorarme de que todo esté preparado —dijo el actor luego de vestirse de prisa—. Te estaré esperando abajo.

—Está bien, pero primero llamaré a mis hijos. Nos vemos enseguida en el vestíbulo —

respondió Gina, repartiendo tiernos besos por el rostro de su amado italiano.

Mientras Azul y Alejo le expresaban con alegría que faltaba poco tiempo para que ella regresara a Argentina, Gina se sentía angustiada. A pesar de que sus emociones la desbordaban, trató de disimular lo mejor que pudo. Lo único que valoraba del hecho de volver a su país era encontrarse con ellos, pues los extrañaba mucho. Si bien Fabrizio llenaba su mundo, ella nunca dejaba de pensar en sus hijos.

Cuando finalizó su llamada, Gina salió con premura de la habitación y bajó por el ascensor.

—Te estaba esperando, *belleza* —expresó el italiano sorprendiéndola al tirar de ella para besarla en cuanto salió del elevador.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiera salido yo, sino que otra persona? —preguntó la argentina.

—Sabía que eras tú, porque mi corazón me avisó. —Frente a aquellas palabras, Gina le devolvió el beso con el mismo ímpetu.

Se dirigieron a la salida del resort donde había un Land Rover esperándolos.

—¡Por fin podré manejar este automóvil! Gia se apropió de él en cuanto llegamos a la isla. — Fabrizio abrió la puerta del copiloto y ayudó a Gina a subir.

—Por cierto, ¿las chicas no vendrán? —preguntó después de que Fabrizio se sentara tras el volante.

—No. Nos juntaremos con ellas más tarde. Quería disfrutar del lugar a solas contigo.

—¿Y dónde queda?

—Iremos a un lugar que Gia me recomendó, se llama «Altos de Chavón». Eso es lo más cerca de mi país que te puedo llevar. De hecho, tiene una arquitectura muy similar.

—Suenan interesantes. En todo caso, confío por completo en ti. Si tú me lo pidieras, iría hasta el fin del mundo contigo.

Fabrizio le besó la mano y se puso sus lentes de sol mientras escribía la dirección en el GPS. A pesar de que le habían dicho que no era difícil llegar a aquel destino, él no quería arriesgarse a perderse.

Ambos mantenían un cómodo silencio durante el viaje. Cada vez que podían, intercambiaban miradas y sonrisas. Gina estaba maravillada con el paisaje. Sin embargo, al mismo tiempo, le era difícil contener su melancolía, causada por el inminente destino que les aguardaba. Para ella, era inevitable estar constantemente consciente de su realidad.

—¿Ocurre algo malo, *amore mio*? —Él la miró y le tocó el mentón con ternura.

—Solo pienso en ti —Sonrió—. Tú tienes mi mente y mi corazón ocupados.

—Y tú tienes mi vida completa, así que estamos en igualdad de condiciones —respondió Fabrizio con un dejo de preocupación por el estado de ánimo de su amada—. ¿Te molestaría si ponemos música? —preguntó él con la intención de distraer a Gina de lo que fuera que la estuviera perturbando.

—No, para nada. Escucha lo que prefieras —contestó, pues estaba acostumbrada a dejar que su familia eligiera qué escuchar durante los viajes.

—Busca alguna canción que te agrade en la radio. Por lo general, me gustan más los temas en inglés que en italiano. Sin embargo, últimamente escucho de todo —dijo con una sonrisa.

Gina comenzó a recorrer las emisoras hasta que encontró una canción que exacerbó su abatimiento. Se trataba de «Hoy tengo ganas de ti», interpretada por Alejandro Fernández y Christina Aguilera:

«Fuiste ave de paso
Y no sé por qué razón

Me fui acostumbrando cada día más a ti
Los dos inventamos la aventura del amor
Llenaste mi vida, y después te vi partir
Sin decirme adiós, yo te vi partir...»

Incesantes lágrimas volvieron a surgir de los ojos de Gina. Ella no quería imaginar un futuro sin él.

Al percatarse de esta situación, Fabrizio detuvo el vehículo para sostener el rostro de la mujer junto a él.

—Gina, *mia bellezza*, no deseo verte triste. Incluso si no volvemos a vernos, estaremos unidos para siempre. Nunca dejaré de amarte, *amore mio*. Podemos continuar escribiéndonos igual que antes.

—Tienes razón, jamás dejaremos de comunicarnos —respondió ella, tratando de convencerse de ello.

El italiano se acercó con lentitud para rozar sus labios con un dulce beso.

Continuaron el viaje mientras las canciones seguían sonando en la radio. Algunas eran más alegres que otras.

Fabrizio decidió hacerla reír, contándole anécdotas divertidas tanto de sus viajes como de sus experiencias como actor. Cuando Gina le preguntó por la filmación de «*Tu sei il mio sogno*», él le contó detalles inéditos tales como los motivos que le ayudaron a decidirse para presentarse a la audición por el rol protagónico, las dudas que sintió al leer el guion y la forma en la que su vida cambió después de firmar el contrato por esta película.

—Fabrizio, ¿te puedo preguntar algo?

—Por supuesto, dime.

—¿Por qué me buscaste a mí? Imagino que hay muchas mujeres que te envían mensajes a diario.

Fabrizio había esperado largo tiempo por aquella pregunta. Él tenía la certeza de que esta ocasión llegaría tarde o temprano.

—Lo hice porque cada uno de tus mensajes estaba colmado de cariño y dulzura. Sentí curiosidad por conocer a la mujer que los escribía. Debido a mi accidente, tuve tiempo suficiente para hacerme cargo de mis redes sociales y revisar mi bandeja de entrada por completo. Tú conseguiste llamar mi atención, así que decidí buscar tu perfil. Cuando vi tus fotos, quedé fascinado con tu belleza. Inventé a Eros porque quería acercarme a ti sin alarmarte y, a medida que te conocía mejor, mis sentimientos hacia ti se hicieron más profundos hasta que, finalmente, me enamoré de ti. —Aquellas palabras conquistaron más a Gina, si es que eso era posible—. Aunque al principio me costó admitir lo que sentía, mi corazón sabía que tú eras la mujer de mi vida. Eres lo que siempre esperé. Estaba desesperado por conocerte, así que, en cuanto me recuperé, te fui a buscar pensando en pasar solo una noche contigo. Sin embargo, cuando hicimos el amor, supe que me sería imposible olvidarte.

Aquellas inesperadas palabras fueron como un bálsamo para Gina. Ella descubrió que ambos se habían enamorado el uno del otro al mismo tiempo. Sabía que él estaba siendo sincero y, por primera vez, se sintió realmente amada.

A continuación, Gina empezó a relatarle cómo había sido su niñez. Ambos reían mientras hablaban de sus vidas. Estaban tan ensimismados con su charla que no notaron lo rápido que llegaron a su destino. Se bajaron del vehículo y, tomados de la mano, caminaron hasta la entrada. Fabrizio pagó el ingreso.

—Me sorprende que debamos pagar para acceder a la villa —comentó Gina.

—Sí, el acceso solía ser libre y gratuito, pero las reglas cambiaron. Nosotros solo recibimos órdenes señora —respondió el guardia con amabilidad.

—Lo sé, no se preocupe. Usted solo hace su trabajo —contestó con una sonrisa.

En cuanto entraron al lugar, Gina quedó encantada por la belleza de éste.

—Roberto Copa, un arquitecto italiano, fue el encargado de realizar esta maravillosa construcción —informó el actor, interpretando el rol de guía turístico—. Se llama «Altos de Chavón» porque está construido sobre el río que lleva el mismo nombre. Más tarde iremos para allá.

Gina miraba el entorno con el mismo asombro que una niña. Fabrizio, por su parte, se sentía feliz por compartir esa con ella.

—Ahí hay una escuela de diseño y este es el anfiteatro —dijo el italiano, señalando un espacio al aire libre, con muchos escalones de cemento y una capacidad para cinco mil personas.

—¡Fabrizio, este lugar es bellísimo! —expresó con entusiasmo.

—Gina me reveló una curiosidad referente a su historia. Al parecer, este anfiteatro fue inaugurado por Frank Sinatra y, desde entonces, muchos artistas famosos se han presentado en aquel escenario.

—Puedo decir con seguridad que eres el mejor guía turístico que he conocido —dijo Gina con admiración.

A continuación, la argentina le hizo una seña al actor para que éste se sentara a su lado. Ella se sentía un poco cansada después de tanto caminar. Desde la grada, Fabrizio comenzó a fotografiar y filmar el entorno con su teléfono móvil. De pronto, se percató de lo hermosa que lucía Gina con los rayos del sol iluminándola. Sin poder contenerse, la abrazó, la besó y aprovechó de capturar una imagen de aquel momento mágico. La luz solar provocó un efecto precioso, era cómo si éste los hubiera enmarcado.

Siguieron caminando y, luego de algunos minutos, llegaron a la iglesia de «San Estanislao», ubicada en el centro de la aldea. Era una hermosa estructura construida en piedra, al igual que la mayoría de las edificaciones del lugar. La pareja quedó embelesada con la belleza de la iglesia, la escuela de diseño y las casas de la zona. Al cabo de un rato, se dirigieron a un restaurante de comida francesa que estaba dentro del recinto. Gina se sentía dichosa de tener la oportunidad de probar algo nuevo, aunque no entendiera una palabra de lo que estaba escrito en el menú. Por este motivo, la argentina decidió confiar en el criterio de Fabrizio, quien ordenó por los dos. Enamorados, se dieron de comer el uno al otro, mientras la gente les contemplaba con asombro. Tras pagar la cuenta, continuaron con su excursión hasta llegar a unas escaleras —también de piedras— que llegaban hasta la orilla del río Chavón.

—Por favor, no me digas que hay que bajar todos esos peldaños —expresó, cansada—. ¡Deben ser como mil!

—Son solo trecientos, *mia bellezza*. Y sí, debemos llegar hasta el río para continuar con nuestro recorrido. En todo caso, bajar no será el problema, pero subir sí va a estar jodido —respondió, tratando de contener las carcajadas al ver la expresión de horror en el rostro de su amada.

—¡No me des tanto ánimo! —contestó entre risas.

—Yo voy a estar contigo *amore*. Haremos esto juntos. Ya verás que esto no es tan terrible como parece.

—De acuerdo, ¡hagámoslo! —Gina le tomó la mano a Fabrizio para bajar las escaleras.

Ambos se detenían cada cierto tiempo para descansar. El actor aprovechó una de estas pausas para sostener el rostro de la argentina y besarla, fingiendo darle respiración boca a boca.

—Eso es para que no te falte el aire —explicó, travieso.

—Si haces esto cada vez que paremos, no llegaremos nunca. Sabes que no puedo resistirme a tus labios —expresó Gina sonriendo. A continuación, Fabrizio la besó y volvió a inmortalizar con su teléfono aquel momento tan especial para ambos.

Al terminar de bajar la escalera, Gina descubrió que Gia y Fátima aguardaban por ellos a la orilla del río.

—¿Por qué tardaron tanto en llegar? ¿Qué estaban haciendo? ¡No! Mejor no me respondan —dijo la italiana.

—¿Tú bajaste los mismos peldaños que yo? Podrán ser muy lindos, pero son demasiados. —respondió Gina, quien ya se había acostumbrado al sentido del humor de Gia.

—¡Claro! Ese debe haber sido el motivo de su demora. ¡Cómo se me ocurrió pensar que ustedes podrían haberse entretenido haciendo otras cosas! ¡Ja! Como si no supiera que se lo pasan teniendo sexo —expresó con una sonrisa pícaro en su rostro.

—¡Gia! —gritaron Fabrizio y Gina al unísono.

—¿Acaso lo van a negar? —La pareja intercambió una mirada cómplice. No podían desmentir las palabras de su amiga.

—¿Está todo listo? —preguntó Fabrizio, tratando de cambiar el tema.

—¡Claro que sí! ¿Con quién crees que estás hablando? —contestó Gia, fingiendo sentirse ofendida con aquel comentario.

—Eres la mejor —expresó el actor antes de besar la frente de su amiga con ternura—. ¡Por supuesto que sé que cuento contigo! Si te hice esa pregunta fue para molestarte —manifestó Fabrizio, riendo. Gia, por su parte, le dio un codazo a su amigo en el estómago, mientras él actuaba como si aquel golpe le hubiera dolido de verdad.

—¿Cuándo madurarán? —intervino Fátima—. ¡Parecen niños!

Entre carcajadas, abordaron una pequeña embarcación típica de la zona llamada «yola» para realizar un tour. A medida que avanzaban por el río, el capitán de la nave les relataba historias sobre los lugares que veían.

—Miren ese árbol —indicó el hombre—. ¿Ven algo que les llame la atención?

Fabrizio, Gina, Gia y Fátima se sorprendieron al darse cuenta de su forma tan peculiar.

—Parece una pareja teniendo sexo, ¿verdad? —expresó ante el mutismo de sus pasajeros—. Aquella es una de las curiosidades más llamativas del lugar. A continuación, visitaremos la marina. Allí se encuentran atracados los yates de los ricos y famosos.

—¿Viven muchas celebridades por acá? —preguntó Fátima con curiosidad.

—Muchos famosos poseen casas en este sector, aunque son pocos los que viven aquí de manera permanente. Por lo general, los residentes del lugar son compatriotas míos —respondió el guía.

La marina era impresionante. En efecto, había muchos yates atracados en la orilla. Gina y Fátima fotografiaron el lugar con entusiasmo, puesto que ésta era su primera experiencia recorriendo una zona como aquella. Los italianos, sin embargo, estaban habituados a este tipo de lugares, aunque quizás no con este nivel de suntuosidad. Dado que los Cacciatori no eran pretenciosos, eran reacios a frecuentar este tipo de lugares tan ostentosos, a pesar de que eran una de las familias más importantes de Roma.

Más tarde, la nave pasó por fuera de las casas de personajes tan conocidos como Shakira, Vin Diesel, Julio Iglesias y Frank Sinatra, quien fue la primera celebridad en adquirir una mansión en la zona. De hecho, el cantante visitaba habitualmente la villa mientras vivió.

Al finalizar el tour, la embarcación los llevó hasta el punto de partida, donde los aguardaban

los trescientos peldaños para su viaje de regreso al hotel. No obstante, antes de enfrentar aquella titánica tarea, decidieron permanecer en la orilla del río para ver el atardecer.

Fabrizio y Gina subían con bastante más lentitud que Fátima y Gia.

—Estos dos solo quieren despegarse de nosotras. Tal vez deberíamos darle esa oportunidad —dijo la chilena en tono divertido—. Será mejor que caminemos sin voltear a mirar, porque no sé con qué escena podríamos encontrarnos.

—¿Crees que sean capaces de coger aquí, Fati?

—Estoy segura que sí.

—Entonces te haré caso.

Gia y Fátima caminaron guardando un apacible silencio, cruzando miradas de vez en cuando. Fabrizio y Gina, por su parte, se detenían cada tres o cuatro escalones para besarse con frenesí. Él apoyaba a la argentina en la barandilla de metal para asaltar su boca mientras acariciaba su cuerpo por encima de la ropa.

—Me estás volviendo loca.

—¿Quieres que pare?

—Es que... ¿Qué pasaría si alguien nos descubre?

—No hay nadie cerca. Ya perdimos de vista a las chicas y, además, está anocheciendo.

Gina estaba a punto de claudicar cuando escuchó voces acercándose. Aquello fue suficiente para que ella decidiera no ceder a la tentación.

—No quiero dar un espectáculo. Vámonos al hotel.

—Está bien —contestó Fabrizio, fingiendo tristeza—. Pero en cuanto abra la puerta de nuestra habitación, te haré el amor contra la pared.

—Haremos todo lo que tú quieras —dijo con la voz cargada de deseo.

Para Fabrizio, aquella escalera solo significaba un pequeño reto, pues estaba acostumbrado a practicar deporte. Sin embargo, Gina se encontraba muy extenuada.

—¿Hicieron alguna travesura? —preguntó Fátima.

—No todavía —expresó el italiano, guiñándole un ojo a sus amigas—. Continuemos para que lleguemos pronto al hotel. Gina está agotada.

—Supongo que esta noche te compadecerás de ella y la dejarás dormir, ¿o no, Fabrizio? —dijo Gia con tono de burla.

—¡Por supuesto que sí! Lo único que haremos esta noche será descansar —aseguró el actor.

Gina lo miró perpleja. Lo último que ella deseaba era dormir. Su gesto se relajó al ver que su italiano le guiñaba un ojo y le sonreía con picardía. En respuesta, su cuerpo tembló por la expectativa, ya que tendría la oportunidad de gozar de otra noche de pasión con el hombre al que amaba.

Entre charlas, el camino de regreso se hizo bastante corto. En esta oportunidad, Gia volvió a adueñarse del control del automóvil.

—¿La parejita de atrás podría dejar los arrumacos para cuando estén solos, por favor? —demandó Gia. Todos rieron en respuesta.

Gina abrazó a Fabrizio y permaneció así durante el resto del camino.

En cuanto llegaron al hotel, planificaron las actividades que realizarían al día siguiente. Los cuatro acordaron que visitarían las islas cercanas durante el día y, por la noche, irían a bailar. Luego de esto, se despidieron y dirigieron a sus cuartos respectivos.

Al llegar a la habitación, Fabrizio y Gina se olvidaron de su cansancio y, poseídos por la pasión, hicieron el amor contra la pared.

Al día siguiente, Gia encendió el equipo de sonido y programó su lista de reproducción favorita de música en italiano. Posteriormente, se vistió para bajar a desayunar y seleccionó el atuendo que usaría para el paseo que haría con sus amigos. Ella solía ser muy maniática con el orden, dividiendo su ropa según su color y temporada. También le obsesionaban los zapatos.

Estaba a punto de salir de su habitación cuando alguien golpeó a su puerta. Al abrir, encontró a Fátima esperándola con una sonrisa.

—¿Quieres que bajemos a desayunar? —preguntó la chilena.

—Sí, estaba a punto de ir a la cafetería —Gia se acercó a darle un beso en la mejilla—. Dame un momento para apagar la música y vamos.

—Estoy segura de que ya tienes todo listo para nuestra salida —En el corto tiempo que llevaban conociéndose, Fátima se había percatado de lo organizada que era su amiga.

—Ya sabes que no podría salir tranquila si no tuviera todo en orden —respondió Gia entre risas.

—En cambio yo, no tengo ni la más mínima idea de qué debería usar. Como diría Gina, «este es un clásico de Fátima».

—¿Qué te parece si comemos algo primero y después te ayudo? —preguntó Gia—. Imagino que tu armario no debe estar muy ordenado.

—¡Te daría una crisis si vieras cómo está! —Ambas amigas rieron.

Fátima y Gia decidieron ir a un pequeño restaurante, el cual era inundado por la melodía de «Obsesión», el clásico tema del grupo Aventura.

—Será mejor que ordenemos algo liviano, ya que hoy luciremos bikini —sugirió Gia.

—Tienes razón. No podemos comer tanto. No quiero que se noten mis defectos.

—¡Ay, Fati! ¡¿Qué defectos?! Tú eres preciosa —Gia no pretendía intimidarla, solo estaba siendo sincera.

Fátima no supo qué responder, así que solo sonrió.

—Llamaré a Fabrizio. Lo más probable es que nuestros amigos estén durmiendo.

—O cogiendo —dijo Fátima.

—Puede ser. Ese par jamás se despega —expresó Gia con un suspiro—. Queda tan poco tiempo para que volvamos a nuestros hogares que yo, en su lugar, haría lo mismo.

Gia marcó el número de su amigo, y fue Gina quien le contestó. Habló unos minutos con la argentina y luego cortó la llamada.

—Fabrizio sigue durmiendo, pero ya les avisé para que estén listos.

—Creo que voy a extrañar mucho Bayahibe. Es un lugar sencillamente hermoso. Sin embargo, lo que más añoraré será la compañía. Te echaré mucho de menos, Gia —admitió Fátima con melancolía. Seguía sin poder aclarar sus sentimientos. Estaba demasiado confundida. Su única certeza era que la italiana había cambiado su vida por completo.

—Yo también te extrañaré. Eres magnífica, Fati. ¡Te quiero tanto! —aseveró Gia al borde de las lágrimas.

Ambas mujeres se sentían invadidas por la tristeza, así que intentaron, cada una por su lado, distraerse con la voz de Romeo Santos, quien interpretaba «Un beso». Fátima cantaba a todo pulmón. Gracias a Gina, ella conocía bastantes temas de aquel estilo. Gia, por su parte, se alegraba de ver a su amiga tan feliz. «Es así como quiero recordarte, Fati», pensó la italiana.

Fabrizio despertó cuando estaba amaneciendo. A su lado, la mujer de su vida dormía plácidamente. Ella se había colado con tanta profundidad en su corazón que nada ni nadie sería capaz de sacarla de allí. Él se negaba a pensar en despedirse de ella, ya que prefería postergar

aquella tortura para cuando el momento del adiós llegara. Desprendiéndose de cualquier pensamiento negativo, se levantó de la cama y se vistió con una camiseta negra, zapatillas y pantalones deportivos. Escribió una nota y la colocó sobre su almohada junto con uno de los bombones favoritos de la argentina. A él le gustaba hacer esto por ella para que no se sintiera sola cuando despertara. Luego abandonó la habitación en silencio y bajó corriendo por las escaleras del hotel hasta llegar a la calle, dispuesto a dirigirse a la orilla de la playa para continuar con su recorrido. El actor necesitaba realizar esta actividad física para poder meditar acerca de su futuro, aquel en el que su amada no estaría presente —no porque él no quisiera, sino por las circunstancias—. «Ojalá todo fuera más fácil», pensó, derrotado. De pronto recordó lo que le esperaba cuando volviera a Italia; actuar en una obra clásica del teatro era un sueño cumplido. Aquel desafío le provocaba felicidad y entusiasmo, pues tendría la oportunidad de demostrarse a sí mismo que tenía la capacidad y el talento para representar cualquier papel que le ofrecieran.

Se acordó también de su familia. Su padre se sentiría feliz si pudiera verlo, dado que ahora estaba centrado en sus proyectos y, por fin, había madurado. Su madre, por su lado, estaría encantada al ver que Gina lo amaba y lo hacía feliz. Luca, por el contrario, no dejaría de burlarse después de notar su rostro enamorado.

El sol ya brillaba en todo su esplendor cuando decidió regresar. Miró su reloj y descubrió que eran las ocho. Fátima, Gia, Gina y él habían organizado actividades tanto para el día como para la noche; los cuatro saldrían a disfrutar de las maravillas del lugar. Por esta razón, se apresuró en volver al hotel y subió las escaleras corriendo. Su amada aún no despertaba, así que el italiano aprovechó de darse una ducha rápida antes de meterse en la cama, usando solo un *bóxer*. Ella, al sentirlo tan cerca, se aferró a su pecho y siguió durmiendo. Fabrizio rozó los labios de su mujer con sutileza y cerró los ojos para disfrutar de aquel instante mágico.

Una llamada entrante en el móvil de Fabrizio despertó a Gina. El italiano, por su parte, seguía durmiendo.

—Amor, tu teléfono está sonando —dijo, intentando despertarlo con suaves besos.

—¿Quién es? —Fabrizio apenas podía abrir los ojos.

—Déjame ver. —Gina se sentó a horcajadas sobre él para alcanzar el aparato, el cual estaba al lado de Fabrizio—. Es Gia.

—Contéstale tú, por favor.

—Okey. ¡Hola Gia! Tu amigo se niega a despertar.

—Ya suponía yo que seguirían durmiendo. ¿Ustedes qué hacen por las noches que están siempre tan cansados?

—¿En serio quieres que conteste esa pregunta? —Bromeó la argentina.

—Mmm, mejor que no. Dile a Fabrizio que se levante pronto, por favor. En cuarenta minutos más nos reuniremos en la recepción.

—Sí, está bien. Nos vemos allá.

Gina devolvió el teléfono al lugar donde lo encontró. Estaba por bajarse del cuerpo de Fabrizio cuando éste le sostuvo los muslos con fuerza, impidiéndole salir.

—Quédate dónde estás, por favor —pidió con voz ronca y sonrisa pícara. Verla desnuda y en esa postura hizo que su cuerpo reaccionara.

—Fabrizio, nos vamos a atrasar —advirtió Gina. A ella le excitaba cuando Fabrizio le hablaba de ese modo.

—Seré breve, te lo prometo —expresó antes de guiñarle un ojo y quitarse la ropa interior.

Como siempre, él no necesitó insistir mucho para que Gina cediera a sus provocaciones,

puesto que ella lo deseaba con la misma intensidad. Tal como él prometió, sus estocadas fueron rápidas y certeras. Fabrizio acariciaba los senos de su amada mientras ella lo montaba. Ambos ya conocían los gustos del otro, así que se esmeraban para alcanzar el placer mutuo. Pronto estallaron en un espectacular orgasmo que, aunque fugaz, para ellos fue de lo más excitante. Posteriormente, fueron a la ducha y —por primera vez— se bañaron sin distracciones, ya que no disponían de mucho tiempo para prepararse.

En cuanto terminaron de vestirse, corrieron para llegar hasta el vestíbulo, donde sus amigas ya aguardaban por ellos.

—¿Ustedes llegando tarde? ¡Qué inusual! —manifestó Fátima luego de mirar su reloj, haciendo un gesto de negación con su cabeza.

—¡Vamos! ¡Debemos abordar una lancha! —dijo Gia.

La embarcación de Don Pepe estaba lista para el paseo. Los cuatro amigos la habían contratado para su uso exclusivo. Habían tomado esa decisión por razones de seguridad, puesto que Fabrizio deseaba evitar ser reconocido y que alguna información sobre Gina pudiera filtrarse a la prensa.

Gia y Fátima se sentaron juntas a un lado de la nave, mientras que en el otro — envueltos en un abrazo—, iba la pareja de enamorados. En tanto el dueño de la lancha y guía les narraba acontecimientos de los lugares cercanos que iban observando y algunas anécdotas ocurridas en recorridos anteriores. Al hombre le gustaba relacionarse de forma cercana con sus pasajeros, así que tenía por costumbre preguntarles por sus vidas. Gina y Fabrizio inventaron una historia en la que se describían como novios que habían viajado a la isla junto con sus amigas para unas merecidas vacaciones, haciendo hincapié en lo mucho que estaban gozando de su estadía en la zona. En realidad, aquello no estaba demasiado alejado de la verdad. Si bien ellos no tenían una relación formal, era cierto que se encontraban fascinados con Bayahibe, dado que el lugar era el paraíso en la tierra.

Después de unos treinta minutos navegando, llegaron a la conocida Piscina Natural, una de las mayores atracciones de la isla. Don Pepe detuvo la lancha en aquel lugar y les indicó que podían descender y bañarse allí.

Gia, Gina y Fátima se quitaron sus vestidos, quedando solo con sus trajes de baño. Gia había optado por un bikini de color rojo que resaltaba el tono dorado que había adquirido su piel, mientras que Fátima había decidido lucir su trikini negro, Gina, por su parte, exhibía un bello bikini dorado —regalo de Gia— que a Fabrizio le gustó bastante. Sin embargo, él consideraba que ella se vería mejor sin el bañador.

Gia y Fátima disfrutaban del agua —que allí no era muy profunda—. No obstante, Gina prefirió quedarse de pie en la lancha. Ella no quería arriesgarse a sufrir un accidente.

—Ven conmigo, *amore* —expresó Fabrizio.

— No, gracias. Estoy bien aquí.

Fabrizio pudo percibir de inmediato que aquello no era cierto. La mujer anhelaba gozar junto con ellos, mas su temor a ahogarse le impedía aventurarse. Por este motivo, el actor se acercó a ella, la tomó entre sus brazos, la besó y la llevó hasta el lugar donde las chicas jugaban como niñas pequeñas.

Al cabo de un rato, volvieron a abordar la embarcación. A pesar de que les habían ofrecido la opción de navegar en un catamarán en el que podrían tomar el sol mientras se dirigían a la isla de Saona, ellos escogieron continuar junto con Don Pepe, dado que los entretenía con sus historias. Además, él era muy afable. De hecho, a media mañana les dio a degustar unas deliciosas langostas. Las chicas comían con ganas, puesto que, tanto tiempo en el agua, les había abierto el

apetito. Era la primera vez que Gina las probaba y quedó fascinada con su sabor.

Pronto llegaron a la exótica isla de Saona: un lugar extraordinario, en donde la música y la belleza eran exuberantes.

Luego de que la lancha atracara, el cuarteto fue en busca de un lugar en donde almorzar. Encontraron un pequeño restaurante y ordenaron la especialidad de la casa. El garzón partió algunos cocos con una especie de machete pequeño y se los ofreció. En cuanto terminaron de comer, prosiguieron con su recorrido por la isla.

Llegaron hasta un lugar en donde había música en vivo y un grupo de baile amenizaba la fiesta.

—No te puedo acompañar a bailar porque lo hago pésimo —expresó Fabrizio al notar que Gina tenía ganas de unirse al festejo.

—No te preocupes, me quedaré aquí contigo —respondió la argentina. Si bien ella anhelaba bailar con Fabrizio, jamás le pediría que hiciera algo que no le gustara.

Los hombres del grupo se acercaron a las mujeres presentes para invitarlas a participar de la danza. Mientras Gia bailaba con un moreno guapo y bastante alto, un joven con aspecto familiar se acercó a Gina: ¡era el masajista! Ella quedó petrificada, ya que imaginaba que Fabrizio reaccionaría mala forma frente a esta propuesta.

—Anda, *amore*. Disfruta —susurró el actor en su oído.

Luego de recuperarse de la sorpresa, se relajó y le dio un beso a su amado.

—¿Por qué estás aquí? ¿Renunciaste a tu trabajo en el *spa*? —preguntó la argentina a Daniel.

—No, sigo haciendo masajes. Sin embargo, participo en este grupo en mi tiempo libre. Durante la temporada de vacaciones se puede ganar mucho dinero —afirmó—. Disculpe mi indiscreción, pero creí que su esposo era celoso.

—Sé que él es un tanto intenso en su actitud, pero también tengo claro que me ama y que confía en mí —dijo mirando a Fabrizio, quien le sonreía.

—¿No te molesta? —preguntó Fátima al italiano.

—Mucho, pero quiero verla feliz. Mírala, incluso pareciera que resplandece.

—La amas demasiado.

—Sí. Ella es el amor de mi vida —afirmó el actor con convicción.

El público presente aplaudió al finalizar el espectáculo. Fabrizio aprovechó la instancia para acercarse a su amada y besarla de forma posesiva. Aunque no quería sentir celos, aquello era inevitable, pues la quería solo para él. Fátima y Gia se acercaron a interrumpir aquella muestra de afecto para que continuaran conociendo el entorno.

Llegaron hasta la orilla de la playa y se ubicaron en un sector donde había varias sillas para que los turistas se sentaran a admirar el paisaje.

Gia tomó un bloqueador solar de su bolso y comenzó a esparcírsele en sus brazos. Fátima le pidió la botella para aplicarle el producto en la espalda. A nadie le extrañó esta situación. En realidad, lucían como una pareja normal. Luego corrieron juntas al agua. Gina, por su parte, prefirió quedarse sentada para contemplar el paisaje y broncearse. Cuando el recuerdo de la inminente despedida volvió a atormentarla, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, así que decidió ir en busca de Fabrizio. En cuanto él vio la expresión en su rostro supo enseguida que ella no estaba bien, así que la envolvió en un fuerte abrazo. Aquella era una angustia que él también compartía. Por esa razón, la sostuvo entre sus brazos hasta que las chicas salieron del agua. Después se reunieron con don Pepe para que los llevara de vuelta al hotel.

Gina deseaba volver cuanto antes, puesto que estaba muy entusiasmada con la idea de ir a bailar. Ella tenía la sensación de que aquella noche sería muy especial e inolvidable.

El viaje de regreso transcurrió entre risas. Los cuatro se sentían muy agradecidos y encantados con el grandioso desempeño del guía, motivo por el cual Fabrizio fue bastante generoso con la propina.

Al llegar al hotel, los cuatro consideraron que lo mejor sería descansar un rato. Más tarde irían a la discoteca que uno de los recepcionistas le había recomendado a Gia.

Gina acababa de darse una ducha, y la única prenda que cubría su cuerpo era una bata, cortesía del resort. Esa imagen bastó para que Fabrizio rememorara aquella noche en que se amaron por primera vez, puesto que la argentina lucía el mismo atuendo que ahora. Habían ocurrido tantas cosas desde aquella ocasión; algunas que deseaba poder repetir y otras que prefería enterrar en su memoria.

Gina se aplicaba su crema humectante con parsimonia. Ya no sentía pudor al estar completamente desnuda frente al actor. De hecho, ahora lo miraba con gesto pícaro, pues le encantaba llevarlo hasta el límite del deseo.

—¿Por qué me torturas de esta forma? —preguntó el italiano acercándose a su mujer—. No pretenderás que ignore los efectos que causas en mí ¿verdad? Tú me enciendes —admitió antes de morderle el lóbulo de la oreja.

En ese momento, Gina decidió extender el momento lúdico, así que tomó distancia de él y volvió a cubrirse con la bata.

—Toma asiento —demandó con voz sensual y sin perder el contacto visual.

—¿Dónde quieres que me siente? —respondió Fabrizio, dándole en el gusto a la argentina, dado que entendía las intenciones de su amada.

—Junto a la ventana, Y sírvete un trago, porque lo vas a necesitar.

El actor, obediente, se sirvió una copa de vino. No quiso optar por algo más fuerte para no perderse de ningún detalle. Luego se sentó en el lugar indicado y esperó.

Gina disminuyó la intensidad de las luces, se paró frente a Fabrizio y dejó caer la prenda. Las luminarias de la noche en Bayahibe se filtraban por el ventanal y se proyectaban sobre la piel de la mujer, creando una visión etérea. Ella parecía una ninfa o, quizás, un ángel desnudo. Él estaba fascinado. Se sentía incapaz de cerrar sus ojos o su boca. A continuación, ella se sentó sobre una mesa con las piernas abiertas, mientras su cabello le cubría los senos.

—¿Qué es lo que te gustaría hacerme, Fabrizio?

—Deseo tocarte y sentir cómo tiembles con mis caricias.

—También anhelo lo mismo. Quisiera que recorrieras mi cuerpo con lentitud —dijo Gina, mientras deslizaba la yema de sus dedos por su piel—. No tienes idea de cuántas veces me masturbé pensando en ti.

Decidido a dejar que fuera su mujer quien llevara las riendas de este juego, Fabrizio hizo gala de su autocontrol.

—¿En serio disfrutabas fingiendo que era yo? —preguntó con arrogancia—. ¿Cuáles eran tus fantasías?

—Me besabas hasta dejarme casi sin aliento. Luego me decías cosas sucias al oído y jugabas con el lóbulo de mi oreja. Acercabas tu nariz a mi cuello para aspirar el aroma de mi perfume e iniciabas un recorrido con tu lengua desde allí hasta mis senos para morder mis pezones —expresó Gina, tocando cada uno de los lugares que mencionaba—. En mi mente, eres muy posesivo.

—Al igual que en la realidad, *amore mio* —Fabrizio sentía que ya no podía resistirse a causa de la excitación.

—Así es. Me besabas sin dejar de tocarme. Tus labios recorrían cada centímetro de mi

cuerpo. Y después hundías un par de dedos en mi interior, mientras acariciabas mi clítoris con el pulgar —Gina comenzó a masturbarse.

Fabrizio deseaba lanzarse sobre ella para devorarla, pero se encontraba extasiado con aquella imagen tan erótica. Se quitó los pantalones y acomodó su potente erección.

—Me encanta escucharte. Dime más, por favor. Quiero hacer tus sueños realidad.

—El movimiento de tus dedos, me llevaba al borde del clímax. Me volvías loca de pasión. En seguida, usabas tu lengua para estimularme y, finalmente, lograbas llevarme al orgasmo con tu boca. Después de haber bebido cada gota de mi humedad, me besabas para que yo degustara el sabor de mi placer. Era como miel en tus labios, igual que aquella vez, ¿te acuerdas?

Fabrizio sonrió. ¡Jamás olvidaría la vez en que untó aquella dulce sustancia sobre su cuerpo! Aquella imagen era recurrente en su memoria.

—Tendré un orgasmo solo imaginando que eres tú quien me toca.

—Hazlo, por favor. Regálame ese placer pensando en mí. —Gina alcanzó el clímax de modo brutal. La mirada de Fabrizio, cargada de lujuria, fue suficiente para hacerla estallar.

—Ven aquí y dame otro orgasmo. Esta vez no quiero solo imaginarlo, pues prefiero que seas tú el que me estremezca en esta ocasión —demandó mientras chupaba sus dedos—. Me gusta más saborearme en tus labios.

Fabrizio se desnudó con rapidez. Su erección delataba las ganas que tenía, lo que hacía sentir a Gina muy poderosa. Él era guapo y podía tener a la mujer que quisiera. Sin embargo, era ella quien lo excitaba. Había vivido de fantasías durante años. No obstante, ahora estaba desnuda y dispuesta a disfrutar con el hombre que la hacía perder la razón.

Gina se preparó para recibir a Fabrizio en su interior. El italiano la ayudó a levantarse y luego la tomó entre sus brazos para depositarla en el sofá con delicadeza. A ella le gustaba cuando él la trataba con tanta suavidad.

—Ya no puedo esperar más —confesó el actor.

Ella notó la sinceridad de sus palabras en la mirada de su amado.

Al cabo de unos minutos, ambos alcanzaron el punto máximo de satisfacción mientras gritaban el nombre del otro. Ellos ya no callaban su amor y placer. Aunque el tiempo para compartir juntos se les estaba acabando, estaban convencidos de que lo que sentían eran indestructible. En sus corazones, tenían la certeza de que el vínculo que los unía era tan fuerte que no necesitaban a nadie más, solo el uno al otro.

Permanecieron abrazados hasta que empezó a sonar el móvil de Fabrizio. ¡Otra vez estaban atrasados! ¡Gina los iba a matar! No obstante, luego de cruzar miradas, no pudieron contener las carcajadas.

Capítulo XVI

«Bailando contigo».

Fabrizio y Gina se fueron a duchar rápidamente y se vistieron entre besos. Ya no tenían tiempo que perder, puesto que sus amigas las esperaban. Ella eligió un hermoso y escotado vestido negro hasta la rodilla con el cual era imposible usar un brasier. Fabrizio la observaba extasiado. Él, por su parte, optó por una combinación de vaqueros y camiseta negra, además de su chaqueta de cuero. Su apariencia —despeinado y con una incipiente barba—lo hacía lucir más maduro que de costumbre.

Cuando bajaron al vestíbulo, las chicas ya los esperaban. En esta ocasión, Gia decidió omitir sus comentarios, pues adivinaba las razones de su demora.

—Démonos prisa o encontraremos la discoteca abarrotada de gente —comentó la italiana antes de subirse en el asiento trasero del Land Rover—. Conduce tú, Fabrizio —dijo, lanzándole las llaves.

—Está bien —respondió el actor.

—Voy a poner algo de música —propuso Gina, quien estaba de lo más animada.

—Busca algo fiestero para ponernos en ambiente —sugirió Fátima, entusiasmada. A pesar de que no frecuentaba este tipo de lugares, estaba dispuesta a disfrutar de la velada.

Gina sintonizó la radio y se detuvo cuando escuchó el éxito de Sia «Cheap Thrills».

*«Come on, come on, turn the radio on
It's Friday night and I won't be long
Got to do my hair, I put my make up on
It's Friday night and I won't be long...»*

Las chicas coreaban la canción con alegría, demostrando que estaban dispuestas a pasarla bien:

*«... Till I hit the dance floor
Hit the dance floor
I got all I need
No, I ain't got cash
No, I ain't got cash
But I got you, baby...»*

Fabrizio decidió unirse a las mujeres y comenzó a cantar también. Gina era la más entusiasta. Aunque ninguno era muy afinado, estaban divirtiéndose en grande.

*«... Baby, I don't need dollar bills
To have fun tonight
—I love cheap thrills—
Baby, I don't need dollar bills
To have fun tonight
—I love cheap thrills—
I don't need no money
As long as I can feel the beat
I don't need no money
As long as I keep dancing».*

Cuando llegaron a la discoteca, el ruido tan estridente que se escuchaba les hizo replantearse la idea de entrar. Ya no estaban tan acostumbrados a las fiestas como cuando eran unos veinteañeros.

—Estamos de vacaciones y vinimos a divertirnos, así que eso es exactamente lo que haremos —dijo Gia con decisión.

Gia había reservado un espacio en el sector vip para gozar con mayor tranquilidad. Cuando vieron al garzón, ordenaron algunos cócteles —vodka naranja para Gina y Gia y un cubalibre con ron dominicano para Fátima—, en cambio, Fabrizio pidió un refresco, ya que estaba manejando y debía ser responsable. No podía poner en riesgo la vida de las chicas.

Gina no quiso presionar a Fabrizio para que bailara con ella, así que se unió a Gia y a Fátima hasta que le dolieron los pies. Si bien los zapatos que llevaba eran bellos, no eran cómodos para esta ocasión. Se sentó al lado de su italiano favorito y lo besó con pasión. Él le siguió la corriente y comenzó a pasear sus dedos por su escote.

—¿Bailamos, *bellezza*? —sugirió, poniéndose de pie y extendiéndole la mano. A pesar de que el actor se consideraba a sí mismo un pésimo bailarín, anhelaba sumar otro recuerdo compartido con la mujer que amaba.

—¿En serio quieres hacerlo?

—Quiero experimentarlo todo contigo, incluso eso —murmuró en su oído y, tomándola por la cintura, la acercó a su cuerpo.

Para mala suerte de Fabrizio, la canción que sonó fue una bachata.

—Solo pégate a mi cuerpo y sigue mis pasos —susurró Gina luego de ver el gesto asustado de su amante.

La pareja se entregó a los acordes sensuales de «Ya que te vas a ir» de Dominic Marte. Aunque al principio le costó seguir el ritmo, poco tiempo después, Fabrizio se movía al compás de su mujer.

—No te preocupes, tan solo déjate llevar por la música. —La argentina se sentía feliz aferrándose al cuerpo de su italiano, la melancolía que despertaba en ella la letra de la canción.

Ambos olvidaron a la gente que los rodeaba. Todo a su alrededor había desaparecido, dejándolos con su angustia como única compañía. El fin de esos días de ensueño se acercaba a gran velocidad. Se besaron con ternura para borrar las lágrimas que inundaban sus ojos.

Cuando notaron que la multitud se dispersaba en la pista, se miraron con una sonrisa y se fueron a sentar tomados de la mano. Mientras Fabrizio calmaba su sed, ella se le acercó y lo abrazó. Se mantuvieron en esa posición por un buen rato, observando a sus amigas que bailaban con entusiasmo al ritmo de la música electrónica de Paul Kalkbrenner. La cadenciosa melodía de «Aaron» era perfecta para bailar cerca.

—Míralas, parece que salen chispas entre ellas —expresó el actor.

—Ya lo creo. Percibo que ambas sienten algo que se niegan a asumir.

—Gia teme perder a Fátima como su amiga —confidenció el italiano.

—Y Fátima está aterrada de sus sentimientos —aseguró Gina—. Ella necesita tiempo.

—Mi amiga sabrá esperar. Estoy seguro de ello.

Ajenas a la conversación entre Gina y Fabrizio, Gia y Fátima se movían al ritmo de un tema de Gnarls Barkley que las hacía sentir identificadas. «Crazy»

*«I remember when, I remember, I remember when I lost my mind
There was something so pleasant about that place
Even your emotions have an echo in so much space...»*

Fátima sentía su respiración acelerada. Frente a ella estaba la mujer que le había hecho

replantearse su vida por completo, pues le causaba emociones que no sentía desde hace mucho tiempo y no sabía cómo lidiar con ellas. No quería irse de su lado, pero estaba llena de dudas y miedo.

*«... And when you're out there
Without care
Yeah, I was out of touch
But it wasn't because I didn't know enough
I just knew too much...»*

Gia la contemplaba conteniendo sus ansias por besarla, puesto que no quería asustarla.

*«... Does that make me Crazy?
Does that make me Crazy?
Does that make me Crazy?
Possibly...»*

—Es probable que esté loca, pero me arrepentiré por siempre si no hago esto —dijo Fátima antes de besar a Gia. No se dio el tiempo de meditarlo demasiado, pues no quería que las dudas se apoderaran de ella.

La italiana respondió al beso con la misma intensidad. Fabrizio y Gina, por su parte, las miraban emocionados.

—¡Por fin! —A Fabrizio le faltó poco para levantarse y aplaudir.

Cuando la canción finalizó, Fátima miró a Gia sin saber cómo actuar.

—Por favor, no digas nada. No me arrepiento de haber respondido a tu beso —expresó Gia luego de observar el gesto mortificado de la chilena—. No te preocupes. Lo que hiciste me encantó, pero si es un problema para ti...

—Yo... Gia... —Fátima estaba sin palabras.

—Sé que esto es nuevo para ti y que necesitas procesarlo —dijo la italiana, poniendo un dedo sobre los labios de la mujer frente a ella para silenciarla—. No es necesario que hablemos de esto ahora. Te daré todo el tiempo que requieras para que pienses en lo que esto significó para ti. Sin embargo, quiero que sepas que eres muy importante para mí y que no deseo que dejemos de ser amigas.

Lo único que rondaba la mente de Fátima era lo maravilloso que había sido aquel beso. No obstante, el hecho de amar a una mujer la tenía un poco confundida.

Esta vez, Gina y Fabrizio eran los testigos de esta naciente historia de amor. A pesar de la incertidumbre, era evidente que algo había cambiado en ellas para siempre.

Abandonaron la discoteca cuando ya era tarde y estaban todos agotados. Retornaron al hotel en silencio. Durante el viaje, Gia le tomó la mano a Fátima, quien no hizo ningún ademán de rechazarla, lo cual fue un buen indicio para la italiana. Ella, sin habérselo propuesto, se había enamorado de aquella loca chilena.

Al llegar al hotel, Fabrizio y Gina volaron a su habitación desesperados por terminar la velada con broche de oro, tal como lo habían hecho durante toda su estadía en la isla.

Mientras tanto, luego de lo ocurrido en la discoteca, Gia y Fátima caminaban hacia sus habitaciones sin cruzar palabra. La chilena, que se caracterizaba por ser una mujer segura de sí misma, ahora se sentía atormentada por el miedo y las dudas. Gia, por su parte, prefirió reservarse cualquier tipo de comentario sobre el incidente, pues temía que Fátima se sintiera presionada o intimidada. Antes de entrar a sus cuartos respectivos, sus miradas se cruzaron.

—Gia, necesito ser sincera contigo —habló Fátima, tratando de buscar en su mente las palabras correctas para no herir a la italiana. Respiró hondo mientras se tomaba la cabeza con las

manos—. No negaré que siento cosas por ti, pero me siento confundida y aterrada. ¡Dios, mi cabeza es un desastre, Gia! —sollozó.

—Fáti, ven acá —Gia le tomó la mano para acercarla y abrazarla—. No te estoy pidiendo nada. Entiendo cómo te sientes. Por eso reitero que te daré el tiempo que necesites para que resuelvas tus dudas. Cualquiera cosa que decidas, estará bien para mí. Lo único que me preocupa es perder tu amistad, pues no había conocido a nadie como tú en años.

Fátima logró relajarse y dejar de llorar después de escuchar las palabras de Gia.

—Gracias. También te considero una gran amiga —aseguró Fátima, liberándose de aquel abrazo—. Te quiero, Gia. Agradezco tu comprensión.

—Yo también te quiero.

Sonrieron y se dieron un último abrazo antes de dirigirse cada una a su habitación.

Después de una noche entregada en su totalidad a la pasión, esa mañana Gina dejó a Fabrizio durmiendo y bajó a desayunar con Gia y Fátima. Ella tenía en mente una idea para devolverle todas las hermosas sorpresas que él le había dado, mas necesitaba de la ayuda de sus cómplices para llevar a cabo su plan.

Al reunirse con ellas, sintió alivio al encontrarlas de tan buen humor. Para ella, la tensión entre sus amigas luego de lo sucedido en la discoteca no había pasado desapercibida. Se sentó en la mesa sin dejar de sonreírles.

Gia y Fátima no pudieron ocultar sus miradas cargadas de picardía al ver la expresión que traía su amiga en la cara. Era obvio que había tenido una sesión de sexo increíble durante toda la noche.

—Buenos días —saludó Gina alegremente.

—Se te nota que son buenos —respondió Fátima con una mirada de satisfacción al ver a su amiga tan feliz.

—Buenos días, Gina —contestó Gia.

—¿Ya desayunaron?

—Todavía no. Estábamos esperando al par de tortolitos —respondió Fátima en tono de burla.

—¿Dónde dejaste a Fabrizio? —interrogó Gia

—Tu querido amigo estaba exhausto y duerme como un bebé. Se veía tan dulce que no me atreví a despertarlo.

—No me cabe la menor duda. Desde que se reencontraron, no hacen más que pasársela enredados entre las sábanas —dijo Fátima.

—¡No es verdad! —argumentó Gina, sonrojándose por el comentario de su amiga—. También hemos hecho otras cosas aparte de eso.

—Si tú lo dices... —contestó Fátima con un marcado tono de sarcasmo.

Gia no podía parar de reír. Fátima sí que sabía cómo avergonzar a su amiga.

—Mientras esperamos que nos traigan el desayuno, necesito pedirles un favor —dijo Gina, sintiéndose algo nerviosa por lo que estaba planeando.

—Cuéntenos, ¿cómo te podemos ayudar? —respondieron ambas casi al unísono.

—Verán, durante estos días, Fabrizio me ha llenado de hermosos detalles y sorpresas, así que quisiera hacer algo igual de especial para él.

—¿Y tienes algo en mente? —preguntó Gia

—Sí, tengo algo pensado. Es por eso que necesito de su ayuda.

Gina comenzó a explicarles lo que se le había ocurrido. Era una idea un tanto arriesgada. Sin embargo, Fátima y Gia quedaron tan emocionadas que, sin dudarlo, aceptaron ser sus cómplices

en esta locura.

—Tú no te preocupes y deja todo en nuestras manos. Encontraremos la forma ideal para que Fabrizio reciba su sorpresa —aseguró Fátima.

—Fáti tiene razón. Nosotras podemos encargarnos. Mi amigo quedará completamente loco por ti, Gina, aunque no descarto que ya lo esté.

Gia y Fátima no habían vuelto a hablar de lo acontecido la noche anterior, ya que para ambas era un tema delicado. Ninguna quería arriesgarse a decir algo que pudiera arruinar el resto de su estadía. Por esta razón seguían actuando como si nada, a pesar de que sus miradas las delataban. Gina esperaba que pudieran resolver la situación antes de que se despidieran.

Disfrutaron de su desayuno entre risas. Gina se carcajeaba con cada locura que le proponían sus amigas. Entre las tres, armaron un gran plan para que Fabrizio se llevara la sorpresa de su vida.

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿verdad, Gina? Te avisaré cuando todo esté listo. Yo me encargaré de Fabrizio —Gia estaba exultante de felicidad. Cada día estaba más convencida del amor entre su amigo y la argentina, y le encantaba ser el hada madrina de ambos.

—Okey. Esperaré tu llamada.

—Amiga, por favor, trata de no ser tan evidente. A veces eres demasiado transparente y si quieres que él de verdad se sorprenda, deberás disimular un poco —advirtió Fátima.

—Está bien, lo intentaré, aunque no tengo idea de cómo hacer eso —respondió Gina, pensando en la mejor manera de ocultarle el secreto a Fabrizio.

—Yo sé cómo —expresó Gia con picardía —, y no creo que sea algo que cueste mucho.

—¿Cuál es tu idea, Gia? —Fátima no entendía lo que su amiga proponía.

—¡Muy fácil! Dedíquense a tener sexo todo el día. Dudo que sea un sacrificio para ti, querida Gina.

Aunque Gina pensó que no era una mala idea, las tres rieron por la ocurrencia de la italiana.

—Creo que es una excelente idea. Es más, iré de inmediato a ponerla en práctica —sentenció la argentina.

—Gina Ávalos, eres una desvergonzada, y por eso te quiero —rió Fátima antes de darle un abrazo al que Gia se unió después. Las tres habían formado un lazo irrompible que las uniría de por vida.

Gina regresó a su habitación e ingresó sin hacer ruido para no molestar a Fabrizio en el caso de que siguiera durmiendo. De pronto esbozó una sonrisa al recordar las palabras de sus amigas cuando suponían que estaban toda la noche teniendo sexo.

Fabrizio dormía completamente desnudo, cubierto solo con la sábana, la cual cubría una superficie muy pequeña de su cuerpo. Hacían el amor cada vez que tenían oportunidad, ya que cada vez tenían más presente que el tiempo comenzaba a jugarles en contra. Gina prefería atesorar la mayor cantidad de recuerdos que pudiera de aquel viaje. Durante su estadía en Bayahibe, se había sentido más amada que nunca en su vida.

Se sentó al borde de la cama, mirando fijamente a Fabrizio mientras dormía. Dejó que su lado racional se fuera, y obedeció a su instinto. Se acurrucó al lado del italiano para escuchar su respiración y los latidos de su corazón hasta que se durmió.

Al rato después, Fabrizio despertó y descubrió a su mujer aferrada a él. Si bien no quería moverse para no despertarla, las ansias de besarla lo superaban. Su cabello cubría parte de su rostro, así que él le despejó la cara con delicadeza y comenzó a besarla en la frente, descendiendo muy despacio hasta llegar a sus labios.

A su mente llegó una canción que salió desde lo más profundo de su alma, y decidió

cantársela con cuidado de no despertarla. Fabrizio sentía que «*Better Man*» de Robbie Williams retrataba su historia. Gracias a Gina, él se había convertido en un mejor hombre. Ya no era el tipo caprichoso y arrebatado que muchos conocían y tampoco era aquel que había causado tantas vergüenzas y tristezas a sus seres queridos.

*«Send someone to love me
I need to rest in arms
Keep me safe from harm
In pouring rain.*

*Give me endless summer
Lord, I fear the cold
Feel I'm getting old
Before my time.*

*As my soul heals the shame
I will grow through this pain
Lord, I'm doing all I can
To be a better man...»*

Mientras seguía tarareando con un hilo de voz apenas audible, sostuvo el rostro de la mujer que amaba. Él se sentía feliz de poder tenerla de ese modo. «¿Qué será de mí cuando ya no pueda tenerla entre mis brazos?!», pensó aterrado.

Gina abrió los ojos y encontró a su amado mirándola embelesado.

—Buenos días —dijo él.

—¿Querrás decir buenas tardes! Hace rato que pasó de mediodía —rió—. Levántate para que vayamos a comer algo. Fui a desayunar con las chicas, pero otra vez tengo hambre.

—Está bien, vamos, pero primero acompáñame a la ducha. Prometo portarme bien.

—No sé si creerte.

—Yo tampoco —respondió él con una mirada traviesa.

—Necesito que esté todo listo a las seis de la tarde, ¡ni un minuto más! ¿Me entendió? —habló Gia en un fluido español, a pesar de su marcado acento—. No quiero ninguna excusa. Le estoy pagando todo lo que me pide para que me cumpla. —La italiana caminaba de un lado a otro mientras hablaba por teléfono.

Fátima la observaba y se maravillaba con la mujer que tenía enfrente.

—Debes ser implacable en los negocios. Me gusta tu estilo. No creo que muchos se atrevan a cuestionar tus órdenes —expresó la chilena.

—Tengo que actuar así, Fátí. A veces puede ser una carga, pero nadie me tomaría en cuenta si es que no lo hago. Tal vez algunas personas puedan pensar que los europeos somos más compuestos, pero los italianos... ¡Uf! Somos de otra especie. Acostumbro a levantar la voz en mi trabajo para hacerme respetar.

—Me molesta profundamente los hombres que se creen superiores. ¿Por qué una mujer no puede ser quien dé las órdenes? Mi ex marido era así y, por creerse mejor que yo, me dejó sin un centavo.

—Fátí, no es saludable que te llenes de malos recuerdos. Las cosas suceden por un motivo. La felicidad llegará a tu vida cuando menos lo esperes, pues lo mereces. Estoy segura de aquello.

Fátima no pudo evitar recordar el beso que se dieron la noche anterior.

—Tú también, Gia. ¿Sabes? Creo que nunca te lo he dicho, pero tú eres muy importante para mí.

—Y tú eres una persona increíble. Me encanta estar aquí contigo y...

—¡Nos estamos poniendo melancólicas! —interrumpió la chilena sin querer escuchar lo que su amiga quería decirle—. ¡Y todavía no estamos borrachas!

Ambas rieron y se abrazaron, prometiendo salir a disfrutar de la noche en Bayahibe. Ellas sabían que sus amigos estarían demasiado ocupados como para ir con ellas.

—Fabrizio quedará impresionado —aseguró Gia—. Fátí, acompáñame. Se me acaba de ocurrir una idea que hará que Fabrizio pierda la cabeza.

—¿Qué se te ocurrió ahora?

—Ya lo verás.

Fátima siguió a Gia convencida de que su ocurrencia sería increíble.

Fabrizio, como era de esperarse, no respetó su palabra. El italiano había sido incapaz de resistirse a tocar a Gina, teniéndola desnuda y tan cerca de él.

—Nunca... podría... cumplir... una promesa... como aquella —admitió entre beso y beso—. No puedo evitarlo. Me basta con mirarte para ansiar entrar en tu cuerpo y besarte hasta dejarte sin aliento.

—¿Y qué estás esperando para hacer eso que tanto anhelas? —dijo Gina con tono desafiante antes de lanzarse a sus brazos. Las palabras del actor habían conseguido avivar su deseo.

Ésta no era la primera vez que enredaban sus cuerpos en la ducha y tampoco sería la última. Gozaron de una fantástica sesión de sexo salvaje bajo el agua hasta que los cuerpos de ambos fueron arrasados por un orgasmo demoledor. Fabrizio la besó con pasión y luego le ayudó a terminar de bañarse. La argentina se dejó querer y disfrutó de los mimos de aquel hombre.

Cuando salieron del baño, el móvil de Fabrizio sonaba de forma insistente.

—¿Por qué tardaste tanto en contestar?! —cuestionó Gia—. Imagino que por la misma razón de siempre. Te llamo porque necesito hablar contigo en privado. ¿Podrías venir, por favor? No te preocupes por tu mujer. Fátima aprovechará de pasar tiempo con ella, ya que tú nunca la sueltas. —Agregó con sarcasmo.

—Tú y tu sentido del humor tan particular. Dame un momento. Estoy recién saliendo de la ducha.

—De acuerdo, pero no tardes. Te espero.

Fabrizio sacó algunas prendas de vestir del armario para que Gina le ayudara a escoger un atuendo.

—Creo que, sin importar lo que uses, te verás bien. Aunque desnudo te ves mucho mejor. El único problema con eso es que te mantendría secuestrado y jamás te dejaría salir de este cuarto.

—*Amore*, yo tampoco saldría por voluntad propia. Sin embargo, Gia me hizo notar que hemos tenido a nuestras amigas un tanto abandonadas. Fátima vendrá en unos minutos para compartir contigo.

—Ella tiene razón, sus quejas son justificadas. Hemos pasado varios días en esta isla y apenas las hemos visto. —Razonó Gina. En fin, te ayudaré a elegir algo bonito.

Gina seleccionó un *bóxer*, unos vaqueros negros desgastados y una camiseta gris que se ajustaba muy bien al cuerpo de Fabrizio. Él, por su parte, le agradeció con un beso ávido.

—Fabrizio, debes reunirte con Gia. Por favor, no sigas o no podré detenerme —pidió Gina.

—No quiero salir. Lo que deseo es tenerte debajo de mi cuerpo o sobre él.

—Ella es tu amiga y te necesita. Ya tendremos la noche para nosotros.

—De acuerdo, pero antes de irme dame un último beso.

—Solo uno, y luego te vistes. Yo también necesito hacerlo —dijo Gina, ajustándose la bata.

El italiano la besó mientras desataba el nudo de la prenda para acariciar los senos de su amada, quien no pudo contener un gemido de placer.

—Fabrizio, por favor, no hagas esto. Te están esperando.

—Déjame regalarte un orgasmo más antes de irme. —Gina estaba a punto de ceder cuando alguien golpeó la puerta.

—Es Fátima —expresó Gina—. Ve a vestirte al baño mientras le abro la puerta.

—Está bien. Sin embargo, no te librarás de mí esta noche.

—No deseo hacerlo —afirmó con tristeza. En realidad, ella estaba pensando en el futuro. Debía dejarlo ir, aunque ella no lo quisiera así. Si deseaba estar con él, primero debía aclarar su situación familiar, si es que podía.

—¿Todavía no te has vestido?! ¡Pero si ya son las tres de la tarde! Por favor, vístete rápido para que salgamos.

—Sí, dame un minuto, y nos vamos.

—*Ciao* —saludó el italiano, besando a la chilena en la mejilla—. ¿Dónde la llevarás hoy?

—Saldremos a pasear por el pueblo. Durante estos días, apenas ha dejado el hotel —respondió Fátima—. Gia te está esperando en su cuarto.

—Sí, es mejor que me apure o mi amiga comenzará a llamarme cada un minuto. Lo digo por experiencia propia porque ya lo ha hecho antes —aseveró el italiano antes de soltar una carcajada.

Gina salió del baño luciendo un sencillo vaquero y una camiseta blanca con detalles dorados en el escote. Fabrizio la miraba embelesado. Él se había enamorado perdidamente de aquella mujer. Se despidieron con un beso casi eterno.

—¡Gina, contrólate! ¡Lo dejarás sin aire! —exclamó Fátima entre risas. No obstante, la pareja se negó a soltarse. La chilena tuvo que amenazarlos con abandonar la habitación para que ellos se separaran.

—Me encanta el aroma de tu perfume —expresó Gina, besándole el cuello a su amado, el cual estaba impregnado con la fragancia «*He Wood*» de DSQUARED².

—Y a mí me encanta el tuyo. Es lo mejor del mundo.

—¿Pueden dejar los arreglos para más tarde?! En serio estoy a punto de irme. ¡Me enferman! —exclamó Fátima, impaciente.

—Está bien, me voy. ¡Nos vemos, chicas! —Se despidió Fabrizio.

Una vez que se encontraron a solas, Fátima le entregó a su amiga una bolsa que contenía un pequeño y ajustado vestido blanco junto con unas alas de ángel. Gina lo miraba maravillada. ¡Era precioso! El conjunto incluía medias, liguero y un par de zapatos del mismo tono que el vestido.

—¿Y esto?

—¡Es para tu sorpresa! No habrás pensado que usarías zapatillas y vaqueros, ¿verdad? ¿Acaso imaginaste que Gia dejaría algo al azar? Ella se preocupó de cubrir cada detalle para que ésta sea una experiencia inolvidable. Vamos, ya es hora de que te prepares.

Ambas se dirigieron al lugar que habían reservado y dejaron todo preparado para la puesta en escena. Gia, por su parte, había llevado a Fabrizio a recorrer algunos lugares cercanos para mantenerlo ocupado. Inventó varios temas de conversación —la familia, el trabajo— con tal de tenerlo distraído.

Fátima le envió un mensaje a Gia para avisarle que ya se encontraba todo organizado según el

plan. La italiana hizo uso de su talento actoral e invitó a su amigo a un bar ubicado cerca del hotel —un lugar que ella y la chilena visitaban con frecuencia— para tomar unos cócteles. A pesar de que Fabrizio consideraba que era algo temprano para beber alcohol, aceptó el ofrecimiento de todas formas. Ordenaría solo una copa y luego volvería corriendo a buscar a su *bellezza* argentina. Él ni siquiera sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir.

Gina estaba lista y ansiosa cuando su amiga recibió el mensaje de Gia avisándole que estaban por llegar. Fátima le deseó suerte y salió al encuentro de la italiana, teniendo cuidado de no ser vista. En cuanto vio que Fabrizio entró al bar, la chilena dejó el lugar por la puerta trasera. Al actor le pareció extraño que su amiga insistiera tanto para que él pasara primero, pero decidió hacerle caso y evitar alguna pelea sin sentido. El lugar estaba completamente vacío. Sin embargo, caminó, motivado por su curiosidad. Frente al escenario, había un sofá de cuero negro, y sobre éste estaba perfectamente doblada la ropa que Gina se había puesto solo un par de horas atrás. La situación le parecía bastante familiar. De pronto, una foco iluminó una figura frente a él. A Fabrizio le tomó tan solo un par de segundos poder distinguir a Gina, quien lucía radiante y espectacular. Él se sintió embobado y deleitado con aquella imagen tan sublime.

Una melodía sensual llenó el ambiente. Gina respiró hondo, se acercó al micrófono y comenzó a cantar un tema que le parecía que describía a la perfección lo que ella sentía por él. Se trataba de «Tú» de Noelia. Su voz era apenas audible durante los primeros versos. Ella nunca antes imaginó que sería capaz de hacer algo similar. Fabrizio había arrasado con cada uno de sus límites. Ahora ella tenía la valentía suficiente como para hacer lo que sea por él.

«En mi mente estás
Como una adicción que se siente dulce, tierna y natural
Pasas el umbral de mi intimidad
Llegas hasta el fondo de cada rincón
Me tienes aquí como quieres tú
Vienes y desplazas a mi soledad, me vas atrapando...»

El corazón de Fabrizio latía a mil por hora. Su amada mujer le expresaba palabras tan lindas que sintió que su amor por ella se acrecentaba. No importaba lo que sucediera, nada sería capaz de aniquilar ese sentimiento. Él ansiaba tomarla entre sus brazos y llevársela lejos para que así pudieran disfrutar de su relación sin restricciones. Gina, por su parte, luchaba por contener sus lágrimas.

«... Tú y de nuevo tú, dejas que naufrague justamente en ti
Tú, mi locura tú, me atas a tu cuerpo no me dejas ir
Tú, adherido aquí, entre cada átomo, entre cada célula
Vives tú, todo lo llenas tú que vienes y pasas como un huracán
Tú, total y pleno tú, te has vuelto mi fuerza y mi talismán
Tú, silente y sutil entre cada átomo, entre cada célula vives tú».

En cuanto Gina terminó de cantar, Fabrizio corrió hacia el escenario y la abrazó mientras ella rompía a llorar.

—Te amo tanto, Fabrizio. Nunca lo dudes, por favor.

—Yo también te amo, *mia bellezza*. Gracias por esta hermosa sorpresa —dijo antes de besarla con pasión.

Ambos se dejaron guiar por sus emociones. Querían olvidar el hecho de que su sueño terminaría dentro de un par de horas.

Capítulo XVII

«Una última vez».

Luego de haber dejado a Fabrizio y a Gina solos, Gia y Fátima aprovecharon de ir a otro bar para beber un par de cócteles. La italiana seguía sin poder tolerar demasiado la ingesta de alcohol. No obstante, ambas deseaban celebrar su dicha. Ellas se sentían felices por haber ayudado a la argentina a preparar su sorpresa.

Las chicas hablaron sobre moda y sus trabajos mientras bebían. Giannina poseía un amplio conocimiento sobre construcción, mientras que la chilena tenía una excelente reputación como decoradora, debido a su gran atención a los detalles. Las dos mujeres tenían mucho en común. De hecho, sus labores podrían complementarse a la perfección.

—Estoy segura de que las dos podríamos trabajar muy bien juntas si es que viviéramos en el mismo país —manifestó la italiana con entusiasmo.

—Sí, estoy de acuerdo. Pienso que haríamos un muy buen equipo.

—Mañana es el último día en esta isla para ti y para Gina —expresó Gia, cambiando el tema de conversación—. Estoy triste. Voy a extrañarlas mucho.

—Te entiendo, pero no pensemos en eso ahora. Mejor disfrutemos las horas que nos quedan. Mañana tendremos suficiente tiempo para llorar. —Fátima se caracterizaba por ser pragmática.

—Tienes razón. Apartemos la melancolía.

Fátima bebía su trago con aire distraído, mas su mente no dejaba de atormentarla. Estar sola con Gia le provocaba emociones contradictorias. Por un lado, ansiaba besar a esa mujer y dejarse amar por ella. Por el otro, temía que sus sentimientos fueran tan solo ilusiones causadas por la soledad y por el hecho de que le gustara pasar tiempo con ella. Su corazón nunca había latido por una mujer, pero Gia era diferente. Fátima no sabía cómo enfrentar su situación.

—Creo que ya hemos bebido suficiente. Deberíamos regresar al hotel y dormir un rato —sugirió la italiana.

—Sí, tienes razón. Vamos —respondió Fátima.

Ambas mujeres caminaron en completo silencio. Cuando llegaron a la puerta del cuarto de Fátima, la chilena dudó. Si bien la abrió con la intención de entrar, ella no quería que Gia se marchara. Deseaba tenerla cerca para volver a probar sus labios.

«Le haré caso a mi instinto. Si después me arrepiento, siempre está la posibilidad de echarle la culpa al alcohol», pensó antes de besar a la italiana, quien se sorprendió con aquel gesto.

Ésta era la segunda vez que Fátima tomaba la iniciativa. Sin embargo, Gia respondió de inmediato al erótico beso y empujó a la chilena con suavidad contra una de las paredes de la habitación. Aunque intentaba dominarse, se sentía presa de la excitación. Bajó sus manos hasta las caderas de Fátima, quien gemía con placer. De pronto, haciendo uso de todo su autocontrol, Gia interrumpió el beso.

—Esto no puede ser, Fátí. Sabes que me gustas y que te quiero, pero necesito que entiendas que si estamos juntas es porque tú sientes lo mismo que yo. No quiero que estés conmigo a causa del alcohol, la culpa o la curiosidad. Lo siento mucho si esto no es lo que esperabas. Sin embargo, no estoy dispuesta a exponer a mi corazón al sufrimiento. Yo estoy enamorada de ti y anhelo estar contigo sin arrepentimientos posteriores —dijo la italiana con sinceridad—. Lo último que deseo es que mañana no seas capaz de mirarme a los ojos, y que nos sintamos incómodas por esto.

—Gia...

—Es mejor que no digas nada. Cuando tú y yo estemos juntas de verdad será maravilloso. Te haré sentir muchas cosas nuevas, pero eso sucederá cuando las dos tengamos certeza de lo que queremos.

Gia abandonó la habitación con mucho pesar. No obstante, tenía la seguridad de que estaba actuando de forma correcta. Su corazón estaba decidido a esperar.

A pesar de que Fátima quedó pasmada con la reacción de la italiana, ella comprendía que Gia tenía razón en lo que había expuesto. Con mucha tristeza, se acostó recordando aquel beso.

Ni Fabrizio ni Gina fueron capaces de conciliar el sueño. Era su última noche juntos y, más que dormir, lo que necesitaban era contemplarse.

—¿Tienes insomnio, *amore mio*? —preguntó el italiano.

—No quiero dormir —respondió ella, acariciando el rostro de su amado—. No deseo perder ni un segundo de mi tiempo junto a ti.

—Me pasa lo mismo que a ti. Quiero guardar en mi memoria hasta el más mínimo detalle. Desde el color de tus ojos hasta tu sonrisa, y desde el aroma de tu piel hasta el sabor de tus besos —dijo Fabrizio, embelesado con su amada—. ¿Me acompañarías a un lugar especial? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Yo iría hasta el infinito contigo. —Aceptó con certeza. Ella sería incluso capaz de ir al infierno con ese hombre.

—Entonces vístete para que veamos juntos el amanecer. Yo pude gozar de aquella hermosa postal cada vez que salía a correr. Ahora me gustaría disfrutar de ese paisaje contigo.

Gina besó sus labios con anhelo, sentía que un nudo cerraba su garganta, mas no lloraría. Quería conservar aquel recuerdo con alegría para que, al volver a su vida, éste le ayudara a soportar la lejanía.

La pareja se levantó de inmediato y se vistió con ropa deportiva. Fabrizio cogió una manta antes de abandonar la habitación de la mano de su amada. Llegaron hasta el vestíbulo en silencio, mirándose de reojo cada pocos minutos.

Caminaron por la orilla de la playa durante un rato. De vez en cuando, detenían su marcha para besarse. Finalmente, llegaron hasta el lugar que Fabrizio quería mostrarle a su amada.

—¡Es precioso! —exclamó Gina—. Y pensar que viniste tantas veces y yo no estuve contigo.

—En eso te equivocas —afirmó Fabrizio, llevando las manos de Gina hasta su pecho—. Tú estabas aquí, en mi corazón. Siempre te llevo en mi interior. Por eso te digo que me acompañaste cada vez que vine a este lugar.

Fabrizio extendió la manta sobre la arena e invitó a su *belleza* a sentarse para abrazarla. Aunque todavía estaba oscuro, admiraban el vaivén de las olas bajo el cielo nocturno.

—Cuando te conocí... En realidad, cuando tus mensajes llamaron mi atención, jamás pensé que cambiarías mi vida de un modo tan radical. Antes de ti, mis relaciones amorosas eran solo por diversión, pero ahora no puedo dejar de pensar en ti. Nunca creí que llegaría a amarte tanto. Entiendo que para ti, por ahora, es imposible vivir a mi lado. Sin embargo, no dejaré de soñar con el día en que sí puedas. A partir de entonces, seré el hombre más feliz del planeta.

Gina se quedó sin palabras con aquel discurso. Su vida también había dado un giro de ciento ochenta grados. Si bien amaba a ese hombre con toda su alma y no deseaba separarse de él, debía volver a su país. Ella no podía abandonar su hogar de un día para otro porque sus hijos la necesitaban.

—Fabrizio... yo... me enamoré de ti... poco... a poco —habló con la voz entrecortada por la

emoción—. Desearía haberte conocido antes, cuando nada me impedía amarte del modo en que lo hago. —Las lágrimas luchaban por salir, pero ella las contuvo—. Sabes que te amo, ¿verdad?

—Sí —respondió de forma casi inaudible.

—Te suplico que nunca dudes de lo que siento por ti. Tú eres el gran amor de mi vida. Recuérdalo siempre, por favor.

El amanecer se acercaba, y la playa estaba casi desierta. Fabrizio y Gina observaban la inmensidad del mar y los tímidos rayos de sol que teñían de tonos cobrizos el entorno. Todo lucía en calma. La pareja miraba el espectáculo reteniendo en su memoria cada detalle de ese mágico momento, sabiendo que su último día juntos ya había comenzado. En tanto el sol iluminaba el lugar por completo, Gina apoyó su cabeza en el hombro de su amante. Fabrizio, por su lado, aprovechó la cercanía para besar a su mujer hasta dejarla casi sin respiración. Después de algunos minutos disfrutando el uno de los labios del otro, se levantaron y cogieron la manta.

—Agradece que nos encontramos en un lugar público, *belleza*. De lo contrario, no habría dudado en hacerte el amor aquí mismo —dijo Fabrizio con una sonrisa antes de volver a besarla.

—Supongo entonces que lo mejor será que regresemos a nuestra habitación. —Propuso ella, deseando pasar sus últimas horas en Bayahibe haciendo el amor con su italiano.

—Así será, pero antes me gustaría llevarte a otro lugar. Por cierto, ¿a qué hora sale tu vuelo?

—A medianoche. Fátima y yo debemos estar en el aeropuerto a las diez —respondió la argentina con su voz entrecortada por el pesar.

—No estés triste *amore*. Aún nos quedan muchas horas para estar juntos.

—¿A dónde me llevarás?

—Quiero que tengamos una cita.

—¡¿Una cita?! —Repitió con sorpresa.

—Sí, hasta ahora, no hemos tenido ninguna cita, y me gustaría tener el placer de gozar de una comida exquisita, buena música y una charla maravillosa en tu compañía.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo, Fabrizio Cacciatore? ¿Qué pasaría si me niego? —preguntó con picardía.

—Te secuestraría —respondió el italiano con un tono de voz amenazante.

—Si pretendes hacerme lo mismo que aquella vez en Argentina, entonces consideraré rechazarte —La angustia de Gina había quedado olvidada. Si él quería tener una cita con ella, pues la tendrían.

—¡Esa sí que fue una buena aventura! —opinó, guiñándole un ojo—. Y, si bien me encantaría recrear ese momento, preferiría que regresemos a la habitación para cambiarnos de ropa antes de salir. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, absolutamente.

Fundidos en un abrazo, regresaron caminando hasta el hotel. En cuanto entraron al ascensor, se besaron con pasión. Continuaron en esa tesitura hasta llegar al cuarto. En seguida, Fabrizio levantó sus manos en señal de derrota.

—Si seguimos así no tendremos ninguna cita.

—Está bien, señor Cacciatore, pero si usted quiere una cita conmigo, primero tendrá que atraparme —advirtió antes de salir corriendo y riendo a carcajadas. Él la persiguió hasta alcanzarla en la puerta del baño.

—Te esperaré afuera mientras te pones bella para mí —dijo el actor antes de darle un beso breve—. Aunque no necesitas nada, ya que tú eres la mujer más hermosa que he visto.

Gina lo miró con profundo amor. Ella no estaba acostumbrada a los halagos. No obstante, aquello estaba cambiando gracias a Fabrizio. Él nunca perdía la oportunidad para decirle lo

mucho que le gustaba.

Cuando el italiano abandonó la habitación, la argentina buscó uno de sus vestidos y los zapatos especiales que le había obsequiado Gia. Aquella sería la ocasión ideal para usarlos. Luego de vestirse, arregló su cabello, dejándolo suelto. A pesar de que pocas veces lo llevaba de ese modo, a Fabrizio le encantaba.

Al salir, se sorprendió al no encontrar a su amante esperándola. Miró al suelo y encontró una rosa roja junto con una nota. Ésta le indicaba que debía dirigirse al vestíbulo y esperar al chofer que la conduciría al lugar de la cita. Llevó la flor hasta su pecho y aspiró su dulce aroma. Sus latidos se aceleraban cada vez que él le demostraba con este tipo de detalles lo mucho que la amaba.

Una lujosa limusina esperaba por ella en la entrada del hotel. Se subió veloz para encontrarse cuanto antes con el hombre de sus sueños.

Luego de unos minutos de viaje, se detuvieron frente a un pequeño restaurante cerca de la playa. La entrada del local estaba adornada con unas antorchas encendidas. Si bien aún era temprano, las llamas creaban un ambiente muy romántico. Fabrizio la estaba esperando en la puerta, y ella —a pesar de que sentía el enorme impulso de correr a su encuentro— caminó en su dirección con calma. Cuando llegó a su lado, el italiano posó sus manos en la cintura de la mujer y la recibió con un casto beso en los labios. A continuación, la condujo hasta una mesa que estaba hermosamente decorada.

Fabrizio había reservado todo el local para ellos, ya que así podrían disfrutar de su cita en privado. Si bien el restaurante no era muy grande, era bastante lindo. En sus paredes lucían bellas fotos de Bayahibe y sus atardeceres.

—Puesto que es muy temprano para almorzar, disfrutaremos de un rico desayuno —dijo Fabrizio tomando una de sus manos y besándola.

—¡Me encanta la idea! —exclamó la argentina con entusiasmo.

La camarera les ofreció el desayuno típico de la isla: mangú, acompañado de una tortilla de huevos a la dominicana y jugo de fruta natural.

A Fabrizio le maravillaba que Gina —a diferencia de las otras mujeres con las que él se había relacionado antes— no se preocupara por las calorías que consumía.

—Cuéntame, ¿qué es lo que harás cuando vuelvas a Italia? —preguntó ella.

—Actuaré en una obra de teatro llamada «*Eqqus*». Esto representa un gran desafío para mí, porque el personaje que interpretaré es mucho mayor que yo. De hecho, tendré que usar maquillaje y peluca. Me hace sentir muy feliz y valorado el haber recibido esta oportunidad. Estaremos tres meses mostrando esta obra. Habíamos estado ensayando sin tregua. Ahora estoy en República Dominicana gracias a las semanas de descanso que nos dieron. Sin embargo, volveré a sumergirme en mi rol en cuanto vuelva.

—Me alegro por ti. Sé que amas el teatro y no me cabe duda de que interpretarás muy bien tu papel.

—Ese es un excelente motivo para volver a mi casa, además de mi familia —expresó Fabrizio con algo de pena en su voz.

—¿Cómo es tu familia? —preguntó Gina tratando de distraerlo.

—Somos muy unidos. Mi mamá es una mujer muy bella y posee un carácter muy fuerte. Ella es maravillosa. Fue su idea adoptar a Gia cuando la echaron de su casa. Mi amiga tenía solo quince años. A pesar de que este hecho generó algunos conflictos, mi madre no se dejó amedrentar. Mi papá tiene una apariencia lo hace lucir muy rudo. Sin embargo, es un gran hombre. No acostumbra hablar mucho, pero cuando lo hace, siempre dice las palabras

adecuadas. Las grandes lecciones de vida me las enseñó él. Y Luca, mi hermano, es un hombre muy divertido. Él está casado y tiene dos hijos.

Gia miraba embelesada a su amado, a quien le brillaban los ojos cuando hablaba de sus seres amados.

—Ahora es tu turno de contarme un poco más sobre ti, *amore*.

—¿Y qué te puedo contar?! Tú ya sabes casi todo de mí. Aparte de mis hijos, también quiero mucho a mi abuela. Ella fue como una madre para mí. Junto a ti, ellos son lo más importante en mi vida.

Fabrizio hizo una señal para que los garzones retiraran los platos de la mesa y les dieran algo de privacidad. En cuanto se encontraron solos, el italiano conectó su iPad al sistema de sonido del local y seleccionó una canción.

—¿Bailarías conmigo? —preguntó, extendiendo su mano hacia Gina.

—Claro que sí —respondió, poniéndose de pie.

El grupo Il Divo comenzó a interpretar «Historia de un amor», cuya letra, sin duda, anticipaba la inminente despedida.

«Ya no estás más a mi lado, corazón
En el alma solo tengo soledad
Y si ya no puedo verte
¿Por qué Dios me hizo quererte?
Para hacerme sufrir más...»

—Eres mía Gina Ávalos y siempre lo serás. Aunque no estemos juntos, nos pertenecemos el uno al otro. Te amo, *belleza*. Si te dejo ir sin dar pelea es porque no puedo retenerte. Nunca perderé la esperanza de tenerte a mi lado para siempre.

—Si no fuera por mis hijos, jamás te dejaría —expresó Gina. Las lágrimas corrían una tras otra por sus mejillas.

«... Siempre fuiste la razón de mi existir
Adorarte para mí fue religión
En tus besos yo encontraba
El calor que me brindaba
El amor y la pasión...»

—Estoy loco por ti desde la primera noche que estuvimos juntos. Nunca consideré la posibilidad de que caería rendido a tus pies. Había imaginado que todo resultaría de acuerdo a mis planes, pero tu forma de ser los hizo trizas. Todavía me arrepiento del error que cometí contigo. Me dejé dominar por el miedo. Sin embargo, fue después de equivocarme que comprendí que, sin importar lo que hiciera, sería incapaz de olvidarme de ti.

—Soy adicta a ti y a tu amor. No sé cómo podré retomar mi vida si no estás junto a mí —habló la argentina con la voz ahogada por el llanto.

«... Es la historia de un amor
Como no hay otro igual
Que me hizo comprender
Todo el bien, todo el mal

Que le dio luz a mi vida
Apagándola después...»

—Ay, qué vida tan oscura. Sin tu amor no viviré... —el actor citó un fragmento de la canción antes de ceder al llanto. La despedida se estaba volviendo bastante triste.

La música continuó, mientras ellos se miraban en silencio. Gina se acercó a él para besarlo con arrebato. Estando tan juntos, lo único que podían escuchar era el fuerte latido de sus corazones bombeando al unísono.

—¡No quiero irme! ¡¿Por qué debo separarme de ti si yo te amo tanto?! ¡No es justo, Dios mío! —El dolor azotaba a Gina con fiereza.

—Yo tampoco quiero dejarte. Tú no eres la única que no sabe cómo lidiar con esto, Gina. Mi alma también se está rompiendo en mil pedazos.

Ninguno de los dos fue capaz de seguir hablando. Se quitaron la ropa entre besos para consolarse a través del placer de sus cuerpos. Puesto que el restaurante no estaba acondicionado para que pudieran disfrutar el uno del otro, Fabrizio improvisó en el suelo una manta con las prendas de ambos y ayudó a Gina a acomodarse sobre ellas. Sus cuerpos se encontraban cubiertos tan solo por la ropa interior. El italiano comenzó a besar los párpados y las mejillas de la argentina con suavidad para secar las lágrimas que seguían cayendo. Después besó sus labios y el resto de su cuerpo antes de terminar de desnudarla. A continuación, se quitó el *bóxer* y llevó su miembro hasta la vagina de su amada. Entró con parsimonia, mientras el deseo crecía. Al poco rato, él aumentó el ritmo de sus estocadas.

Ahogaron su desconuelo en un grito. El orgasmo había llegado de forma muy especial. Volvieron a besarse y permanecieron en aquella postura durante unos minutos. Fabrizio se distrajo oyendo los latidos de Gina.

—Recuerda que tú eres el amor de mi vida, *mia bellezza*.

—Tú tampoco olvides que te amo, mi italiano.

Ya era mediodía cuando dejaron el restaurante. Sus ropas arrugadas eran una evidencia clara de lo que esta pareja había estado haciendo.

El actor le dio a su amada un tierno beso antes de ayudarla a subir en el Lange Rover y emprender el camino de regreso al hotel. Durante el corto trayecto, él condujo sin soltarle la mano, mirándola de reojo de vez en cuando.

Si bien habían tenido sexo hace poco, su anhelo era inagotable, pues sus cuerpos reaccionaban al menor estímulo. Por ese motivo, en cuanto entraron al cuarto, volvieron a ceder frente a la pasión.

Al cabo de un rato, se quedaron dormidos desnudos y abrazados entre las sábanas. Gina tenía su cabeza apoyada sobre el pecho de su amante, arrullada por el suave sonido de su respiración.

Despertaron en la tarde. Había llegado el momento de que Gina organizara sus pertenencias en su maleta. Ella y Fátima partirían a medianoche, mientras que Gia y Fabrizio retornarían a Italia al día siguiente.

La argentina ni siquiera se molestó en vestirse para guardar sus cosas. La ropa y los zapatos que le habían regalado el par de italianos se los tendría que llevar Fátima, ya que no quería tener que dar ningún tipo de explicaciones en casa. Solo se llevaría con ella el vestido blanco que había usado durante el concierto de Juan Luis Guerra.

—Te veías preciosa con él. Si tan solo supieras las ganas que tenía de levantártelo y hacerte el amor. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme.

—Me fascina. Me conoces tanto que sabías que luciría bien en mí.

—Quiero darte un último regalo para que no me olvides. Es bastante simbólico, en realidad.

—Jamás podría olvidarme de ti —aseguró la argentina.

El italiano sacó una caja pequeña que tenía guardada en uno de los cajones donde guardaba su

ropa y se lo entregó a su amada.

—Ábrela —dijo el actor con entusiasmo.

—Está hermoso —comentó con emoción al ver una cadena con un colgante de plata en forma de corazón. Era una joya bastante discreta y sencilla.

—Es mi corazón el que te llevas —explicó Fabrizio, ayudándole a Gina a ponérselo. Él pensó en aquel detalle porque sabía que era algo que ella podría usar a diario sin despertar sospechas.

—Yo no tengo nada para darte.

—No es necesario, aunque creo que sí hay algo que me gustaría que me regalaras y que te agradecería por siempre.

—¿Qué quieres? —cuestionó la argentina.

—Una foto tuya. Quiero poder verte así: desnuda y hermosa cada vez que lo desee.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó, subiéndose a la cama, dispuesta a regalarle lo que él le estaba pidiendo—. ¿Y cómo te gustaría que pose?

—Quiero capturar aquella expresión que tienes cuando te hago mía y conservar tu mirada destellando deseo, tal como la que tienes ahora.

—Entonces trae tu cámara y toma todas las fotos que quieras.

Fabrizio sacó su móvil del bolsillo y capturó varias imágenes de ella, luciendo únicamente el colgante que le había regalado. Después de algunos minutos posando, Gina volvió a la tarea de guardar sus pertenencias. En una hora más debían reunirse con las chicas para despedirse antes de dirigirse al aeropuerto.

Mientras el actor llevaba puesta un atuendo deportivo, su amada escogió un vestido rojo con detalles florales.

—Quiero recordar tu risa para imaginarte siempre feliz. Ven conmigo, hagamos una última locura juntos —propuso el actor.

—¿Cuál es tu idea?

Fabrizio se acercó a ella y le susurró su plan al oído.

—¡¿Estás loco?!

—Sí, loco por ti. Ven, vamos.

—Está bien.

Subieron a la azotea del edificio y permanecieron abrazados admirando el paisaje durante un instante.

—Fabrizio, ¿estás seguro? ¿Qué sucedería si alguien nos ve?

—No te preocupes, yo te cuidaré. Esto es lo más cerca del cielo que puedo llevarte.

— Aunque admito que esto es muy emocionante, no necesitamos estar en las alturas para alcanzar el cielo. Tú consigues llevarme a él cada vez que hacemos el amor.

—Déjame tenerte aquí antes de que te marches. Quiero hacer algo tan loco como lo es nuestro amor.

—Por supuesto que puedes hacerme todo lo que gustes. Hagamos el amor como a ti y a mí nos encanta.

Comenzaron dándose placer contra la pared junto al ascensor y terminaron abrazados en el suelo. Nada ni nadie les preocupaba en ese instante, excepto disfrutar de sus cuerpos desnudos y sudorosos.

Por lo general, estaban acostumbrados a mimarse después de hacer el amor. Sin embargo, en esta ocasión, no tenían tiempo para aquello. Se vistieron de prisa y regresaron a la habitación para darse una ducha rápida antes de salir. Fabrizio se encontraba con el torso descubierto, pues había usado su camiseta tanto para limpiarse él como a Gina. En cuanto la pareja terminó de

bañarse, bajaron al vestíbulo. Allí los aguardaban Fátima y Gia.

Las chicas lucían muy apenadas. Gia tenía sus ojos enrojecidos, y Fátima no se veía mucho mejor. Bastaba con mirarlas para darse cuenta de que las cosas entre ellas no habían quedado resueltas. Su despedida sería tan difícil como la de Gina y Fabrizio.

—¿Qué es lo que pasó entre ustedes? —preguntó la argentina a Fátima.

—Ahora no, por favor, luego te cuento. —Fátima no quería derrumbarse delante de tanta gente.

—Está bien, ya tendremos tiempo para que charlemos.

—No quiero ser portadora de malas noticias, pero ya debemos irnos —expresó Gia con la voz lo suficientemente fuerte para que le prestaran atención.

—Vamos —Fabrizio sabía que su amiga estaba sufriendo—. *¿Perché sei così triste?* («¿Por qué estás tan triste?»).

—*Allora parliamo* («luego hablamos») —respondió la italiana.

Fabrizio besó su frente y le pasó las llaves del automóvil. Pensaba que, como ella le encantaba conducir, eso quizás podría subirle el ánimo. Se acomodó en el asiento del copiloto para que Gina y Fátima viajaran juntas en los asientos traseros. Gina entendió de inmediato lo que su amado pretendía y le hizo saber con una mirada que estaba de acuerdo.

El actor encendió la radio para intentar aligerar el ambiente. No obstante, la canción les hizo tener más presente que nunca que su viaje había terminado. Cada uno por su parte pensaba en todo lo que les había ocurrido durante su estancia en Bayahibe y el futuro que les aguardaba.

«Deja que hable
Deja que hoy te cuente
Cómo quema que te vayas
Entre lágrimas me duele.
Déjame verte,
Una despedida...»

Ninguno podía hablar. No existían palabras que pudieran describir la inconmensurable angustia que cada uno sentía en aquel momento.

Cuando llegaron al aeropuerto, se bajaron del vehículo en silencio. Fabrizio besó a Gina con ternura y le ayudó a ella y a Fátima a bajar sus maletas.

—¿Tienen su documentación preparada? —preguntó Gia.

Fátima revisó su bolso. A pesar de su tendencia al desorden, tenía todo sus papeles organizados y preparados para el viaje. Gina llevaba los suyos en la mano.

Después de realizar los trámites requeridos para abordar, se dirigieron a una cafetería para comer un bocadillo antes de subirse al avión.

—¿Ya me desbloqueaste de tus redes sociales? —preguntó el italiano.

—Todavía no. Lo cierto es que, mientras estuvimos en esta isla, en mi mente no hubo espacio para otras cosa que no fueras tú.

—Quiero que volvamos a tener la misma comunicación que antes para que me cuentes sobre tu día. Deseo seguir siendo parte de tu vida.

—Claro que sí. Si ésta es la única forma en que puedo mantenerme en contacto contigo, por ahora, entonces me aseguraré de que así sea.

—Te prometo que nos volveremos a ver, *amore mio*.

A través de los altoparlantes, una voz anunció que los pasajeros con destino a Buenos Aires debían acercarse a la puerta de embarque.

—No quiero alejarme de ti —expresó Gina sin poder contener su llanto por más tiempo.

—*Amore mio*, esto es muy difícil. Yo te retendría a mi lado, pero eso sería muy egoísta de mi parte. Tú debes solucionar tus asuntos en Argentina para que podamos estar juntos para siempre y en paz. Te daré el tiempo que necesites para ello. Estaré esperándote.

—Te amo con todo mi ser, Fabrizio Cacciatore. Siempre serás el amor de mi vida.

—También te amo, Gina Ávalos, *mia bellezza argentina*. Tú eres mi sueño y mi vida entera.

Se besaron entre lágrimas, aferrados entre sí. Cuando anunciaron el último llamado para su vuelo, Fabrizio la soltó y la acompañó hasta el lugar en el que se separarían. Fátima, por su parte, estaba paralizada y sin saber qué decir. Estaba segura de que nada en su vida volvería a ser como antes y que se arrepentiría por el resto de su vida si no le decía a Gia lo que sentía por ella. Tal vez incluso la perdería.

—Gia, déjame hablar —expresó antes de que la italiana la interrumpiera—. Jamás pensé que diría esto, pero mis sentimientos por ti superan los de una simple amistad.

La italiana sonrió. A pesar del momento, ella estaba contenta porque al fin sabía lo que Fátima sentía por ella.

—Eso sí, necesito que me des algo tiempo, ya que todavía tengo muchas dudas. Sin embargo, si hay algo de lo que estoy segura es que te quiero... y mucho.

—Fáti, te daré todo el tiempo del mundo. —Se acercó y le dio un abrazo. No obstante, la chilena se deshizo pronto de él para darle un beso—. Has cambiado mi vida.

—Y tú la mía. Tenías razón. Debo liberarme de lo que me aqueja y estar dispuesta a ser feliz.

Fátima se acercó a Gina, y juntas abordaron el avión que las llevaría de vuelta a casa. Ambas habían sufrido una gran transformación en aquella isla, pues regresaban a casa con sus corazones rebosantes de un amor infinito pero también con una profunda pena.

Fabrizio y Gia se abrazaron para consolarse. Ambos tenían los ojos húmedos.

—Me quiere, Fabrizio. Dijo que necesitaba algo de tiempo, pero me quiere.

—Me alegro por ti, mi querida Gia. Mereces un amor lindo. Espero que encuentren el modo de estar juntas y felices.

A través de la ventana, observaron al avión despegar. En él se iban las personas más importantes de sus vidas.

Fabrizio no sabía qué es lo que haría de ahora en adelante, pues no quería vivir sin su amada. Gia se encontraba triste también, aunque ahora albergaba un rayo de esperanza en su interior. En ese momento, lo mejor que podía hacer era recordar con alegría lo que la chilena le había dicho y darle un poco de espacio a su amigo.

Fabrizio se secó las lágrimas, sabiendo que su corazón se había ido con Gina en ese avión.

Capítulo XVIII

«Y las estrellas brillaban».

El vuelo desde República Dominicana hasta Argentina fue doloroso. Gina sentía su corazón roto. Ella decidió que pasaría la noche en la casa de su amiga, puesto que habían llegado de madrugada a Buenos Aires. Al día siguiente, emprendería rumbo a su hogar. Deseaba alcanzar a ver a sus hijos antes de que ellos se fueran al colegio. ¡Les había extrañado tanto! Azul y Alejo eran la verdadera razón por la cual Gina había decidido postergar su romance con Fabrizio. Su promesa de esperarla mantenía la esperanza viva en su corazón.

Entró a su casa con sigilo, a pesar de que a esa hora sus hijos y marido debían estar en pie.

—¡Mamá, llegaste! —exclamó Alejo corriendo hacia ella.

—Hijo mío, ¡qué gusto me da volver a verte! —expresó emocionada mientras lo abrazaba.

—¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo el vuelo? —preguntó el joven.

—Estuvo tranquilo, pero de todas formas me encuentro agotada. ¿Dónde está tu hermana?

—La vi entrar al baño. ¡Azul, llegó mamá! —gritó con entusiasmo.

Al oír los gritos de Alejo, José dejó la habitación y la saludó con un beso en los labios, tomando por sorpresa a Gina.

—¿Cómo estás, mi amor? ¡Qué bueno que llegaste! —manifestó con un tono de voz alegre. A Gina le extrañó la falta de su sarcasmo habitual y no supo cómo reaccionar ante su actuar. Por suerte, Azul apareció en ese preciso instante.

—¡Mamá! ¡Por fin estás en casa! Quiero ver todo lo que traes: las fotos, los regalos. Me compraste muchas cosas, ¿verdad?

—¡Azul, no seas interesada! —reprochó Alejo—. ¿Mamá, qué nos trajiste?

—Dejen de molestar a su madre para que descanse. Más rato podrán hablar con ella. Además debemos darnos prisa porque ya es tarde, y ya saben que no me gusta que lleguen atrasados al colegio.

Los chicos se despidieron de su madre con un beso y se fueron a buscar sus cosas para irse. José se acercó a Gina y volvió a besarla.

—Te extrañé. Me alegro que estés de vuelta.

Gina seguía atónita. José no se caracterizaba por ser un hombre afectuoso con ella. De hecho, muchas veces sufrió por esta razón. Y ahora que él había dejado de importarle, actuaba de modo cariñoso.

—¡Nos vemos! —dijeron los tres al unísono antes de salir de la casa.

Gina tomó sus maletas y se dirigió a su cuarto. A pesar de encontrarse exhausta, deseaba desbloquear a Fabrizio —o más bien Eros— de sus redes sociales cuanto antes. Le envió un mensaje para avisarle que ya estaba en su hogar. Ella lo echaba mucho de menos y se sentía muy vacía al no poder besarlo o hacer el amor con él. Su único consuelo eran sus hijos.

Conectó su reproductor de música a los altavoces y dejó que la melancolía se apoderara de ella. Cada canción era un recuerdo de lo vivido junto con su amante. Luego comenzó a ordenar sus pertenencias. Dejó los regalos que había comprado para sus hijos en sus respectivos cuartos. La mayoría de éstos fueron escogidos por Fabrizio, aunque también había algunos comprados por Fátima y Gia.

Dedicó el resto de su mañana a arreglar su jardín y, después de almuerzo, fue a visitar a su abuela para llevarle algunos presentes también. La mujer, quien la conocía muy bien, notó un

cambio en ella. No obstante, prefirió guardar silencio, esperando que su nieta decidiera hablar del tema.

Más tarde, a pesar de estar reunida con su familia, la argentina se sentía extraña. Se sentía fuera de lugar en su propia casa. Era como si ya no perteneciera allí. Lo único que deseaba era volver a estar con Fabrizioo.

Sus hijos estaban muy felices con sus regalos. Azul ansiaba estrenar la gran cantidad de vestidos y collares que Gina le había obsequiado. Alejo, por su parte, se sentía muy entusiasmado con sus gorros, camisetas y accesorios para su teléfono móvil. José agradeció con amabilidad el encendedor que había recibido.

—Mi amor, me gustaría que mañana todos me acompañen a la casa de mi madre, ya que habrá una comida familiar.

—¿Y qué tengo que hacer yo en la casa de tu familia?! —contestó Gina, sintiéndose bastante irritada con el apelativo que su esposo había usado para referirse a ella. «¿Desde cuándo que soy su amor?», pensó.

—Eres mi esposa.

—Deberías recordarle eso a tu madre, ya que siempre lo olvida. Yo no quiero ir. Bien sabes que tanto ella como tus hermanas tienden a dirigirme comentarios desagradables. Anda solo con los chicos, como de costumbre.

—Por favor, quisiera que nos acompañes. Ya es hora de que mi madre, de una vez por todas, te acepte como mi mujer.

—¿No te parece que ya es un poco tarde para eso? —respondió Gina con fastidio.

—Tal vez deberíamos hacer un esfuerzo para mejorar nuestra relación. ¿No crees que deberíamos intentar vivir en paz?

—Para ti es fácil decirlo. Tú no has sido quien ha debido soportar cientos de ofensas durante años. Tu familia no me quiere y, a decir verdad, yo tampoco les tengo gran estima. Mejor dejémoslo así.

—Mamá, ven con nosotros, por favor —insistió Azul, quien sabía que no se negaría a hacerlo si ella se lo pedía.

—De acuerdo —aceptó con desgana—. Iré solo por un rato. Máximo media hora. Y si me dicen algo, me devolveré enseguida. Me niego a soportar cualquier tipo de situación desagradable. —En esta ocasión, no permitiría que ninguno de los Machado la amedrentara.

—Está bien. Me conformo con eso. Estoy seguro de que, poco a poco, volveremos a ser la familia que fuimos alguna vez.

Gina se sentía cada vez más desconcertada por la actitud de José. Su instinto le advertía que no confiara en él y que tuviera mucho cuidado. La única razón por la cual había aceptado se debía a que le era imposible negarse a las peticiones de sus hijos.

—Si alguien te molesta, yo me iré contigo —susurró Alejo al oído de su madre mientras la abrazaba.

La inconfundible voz de Luciano Pavarotti inundaba el despacho de don Luca Cacciatore, quien era un amante de la ópera. Él había tratado de inculcarles a sus hijos el amor por la música clásica, consiguiéndolo solo con Fabrizioo. El hombre cantaba al unísono con el famoso tenor.

—Si no te hubieras dedicado a la arquitectura, podrías haber sido un gran cantante —dijo el actor cuando entró a la oficina. Llevaba una gran sonrisa en su rostro, pues amaba escuchar a su padre.

—¡ Todo este talento ha sido desperdiciado por la industria musical!

—Si bien el mundo se ha perdido a un maravilloso tenor, ha ganado un excelente arquitecto —comentó Fabrizio, abrazando y besando a su padre en la mejilla.

—¿Acompañarías a tu padre bebiendo un poco de brandy?

—Claro. Sírveme uno, por favor.

—¿Cómo estuvo tu viaje? ¿Pudiste descansar?

—Todo bien *babbo* —respondió, distrayéndose de pronto—. A pesar de que hemos escuchado esta canción muchas veces, nunca le había puesto atención a su letra.

—Hijo, después de encontrarle sentido a lo que escuchas, te vuelves mucho más consciente —contestó don Luca antes de cantar «*E lucevan le stelle*».

*«E lucevan le stelle
E olezzava la terra
Stridea l'uscio dell'orto
E un passo sfiorava la rena
Entrava ella fragrante
Mia cadea fra le braccia.*

*O dolci baci, o languide carezze,
Mentr'io fremente le belle forme disciogliea dai veli
Svanì per sempre il sogno mio d'amore.*

*L'ora è fuggita, e muoio disperato
E muoio disperato
E non ho amato mai tanto la vita...*

(Y brillaban las estrellas,
Y olía la tierra,
Chirriaba la puerta del huerto,
Y unos pasos rozaban la arena.
Ella entraba, fragrante
Caía entre mis brazos.

¡Oh, dulces besos! ¡Oh, lánguidas caricias!
Mientras yo, tembloroso,
Sus bellas formas liberaba de los velos
Se desvaneció para siempre mi sueño de amor.

El tiempo ha huido
¡Y muero desesperado!
¡Y muero desesperado!
¡Y no he amado nunca tanto la vida!)

La letra de la romanza y el dramatismo puesto por su padre al interpretarla conmovió a Fabrizio. Él podía imaginar a Gina rodeada de estrellas mientras caía en sus brazos. Esa mujer estaba presente en su mente con ilusión y mucho amor.

—Veo que esta canción ha sido capaz de emocionarte. ¿Hay algo que quieras contarme?

—Hay mucho que desearía decirte, *babbo*. ¿Tienes tiempo? —preguntó Fabrizio—. Lo único que te pido es que no me juzgues hasta escuchar toda la historia, ¿de acuerdo? —pidió antes de

sentarse en un sillón cercano a la chimenea.

—Está bien, te escucho.

El actor comenzó por narrarle la forma en que conoció a Gina. Le dijo que estaba casada, que tenía hijos y que vivía en Argentina. Si bien prefirió omitir los detalles de sus encuentros sexuales, fue bastante exhaustivo en su relato. Por último, Fabrizio le confesó lo dolorosa que había sido la despedida.

Don Luca, después de escuchar a su hijo, bebió el contenido de su vaso de un solo trago.

—Estoy sorprendido. Jamás pensé en escuchar algo como esto de ti. Y no me refiero al hecho de que ella esté casada o viva a miles de kilómetros de aquí. ¿Eres capaz de ponerte en el lugar de esa mujer que ahora intenta seguir con su vida después de lo que pasó contigo?

—Eso es en lo único que pienso. Ella y yo nos enamoramos, y esta distancia me duele demasiado. Tengo mucho miedo de no volver a verla.

—La situación en la que se encuentra ella no es para nada fácil. Si en realidad la quieres, deberás ser muy fuerte, puesto que ella está con su esposo y sus hijos en este momento.

—¿Crees que no lo sé?! —el actor se tomó la cabeza con desesperación—. Me atormenta estar aquí, y que ella esté durmiendo con otro en Argentina. Sin embargo, le prometí que la dejaría elegir y que respetaría su decisión. Ella daría la vida por sus hijos.

—No sé qué decirte, Fabrizio. Lo único que te puedo recomendar por ahora es que seas paciente. Ella ya debe tener bastante con que lidiar a diario, así que preocúpate por darle motivos para estar contenta mientras aguardan el momento de su reencuentro. No debes presionarla, por el contrario, debes convertirte en su refugio e intentar brindarle paz, aunque sea a través de mensajes. Es todo lo que puedes hacer por ahora.

—Tienes razón. —Suspiró abatido—. La amo mucho. Ella siempre está en mis pensamientos y siento que veo su rostro en todos lados. Desde que la conocí, sé que me he convertido en una mejor persona. —En sus ojos se reflejaba una tristeza infinita.

—¿Sabías que estuviste a punto de llamarte Luciano? —comentó el arquitecto al escuchar que Pavarotti comenzaba a cantar una nueva aria—. Agradécele a tu madre que no haya sido así. En ese aspecto, las mujeres tienen más privilegios que nosotros. Ellas son las que se embarazan. —Don Luca cambió el tema para distraerlo. A él le apenaba ver a su hijo tan desdichado. Era evidente para él que su hijo había cambiado de forma radical. Ahora era un hombre enamorado, pero también se había vuelto más reflexivo y triste.

—No creo que hubiera tenido futuro en la música. Tú sabes que canto pésimo —expresó antes de rellenar su vaso con más licor. Su padre ya había recibido demasiada información, así que agradeció el giro en la conversación. Entendía que su progenitor todavía necesitaba asimilar la historia que le había contado, algo tan difícil que ni siquiera él había podido lograrlo aún.

—¡No te aproveches! Me quieres dejar sin nada para beber.

—No, tan solo quiero brindar por ella y pedir que nos reencontremos pronto.

—Espero de corazón que así sea, hijo. *Saluti* por ti, por ella y por el amor —propuso don Luca—. Nunca creí que llegaría el día en que te viera enamorado.

—Jamás me había sentido así.

—Para serte honesto, no sé si tu situación sea la más afortunada de todas. Lo único que deseo es que seas feliz.

—Yo también quiero lo mismo.

Cuando José, Gina y sus hijos llegaron, todos los comensales estaban sentados a la mesa. Ana, la madre de José, miró a su nuera con desdén. Si bien José se percató del hecho, no dijo

nada al respecto.

—¡Querido hijo! ¡Chicos! ¿Cómo están? ¡Qué bueno que llegaron! —dijo Ana.

—¿No saludarás a mi esposa? —questionó José

—Hola Gina —dijo la mujer de forma hosca.

—Muy buenas noches, Ana. ¡Qué gusto verte! —respondió Gina con un tono de voz sarcástico.

Alejo miró a su madre con admiración. Ésta era la primera vez que escuchaba a Gina respondiéndole de ese modo a su abuela y le encantaba este cambio en su forma de actuar. El joven no sentía un gran afecto por esa mujer. De hecho, la única razón por la que frecuentaba su casa era para poder compartir con sus primos, con quienes se llevaba muy bien. Él y Cristian, uno de ellos, tenían la intención de ingresar juntos a la escuela militar en cuanto cumplieran los dieciséis.

José se mantuvo junto a su esposa durante toda la velada. Se sentó a su lado y le preguntó en varias oportunidades si es que necesitaba algo. Gina, por su parte, deseaba escapar de ese lugar cuanto antes. Ella hubiera preferido quedarse en casa intercambiando mensajes con Fabrizio. No obstante, se encontraba atrapada en esa situación y no tenía ninguna excusa convincente para irse.

En cuanto terminaron de comer, los hombres entraron al salón para beber, mientras que los jóvenes planeaban su próxima salida. Entretanto, las mujeres —a excepción de Gina— se reunieron en el jardín para charlar.

Ana aprovechó que su nuera estaba sola para abordarla.

—No pienses ni por un segundo que eres bienvenida en esta casa. Si no te he expulsado a patadas de mi casa es porque no quiero montar un espectáculo. Sin embargo, es momento de que te vayas. Tú no perteneces a este lugar.

—Gracias a Dios por eso. Yo tampoco estoy aquí por gusto, fue tu hijo quien insistió que lo acompañara.

—¡¿Hasta cuándo seguirás tratando mal a mi esposa?! —Intervino José, quien se encontraba detrás de su madre—. Si Gina se va, entonces yo me iré con ella, y nunca más volverás a verme.

—¡¿Qué dices?! ¿Desde cuándo la defiendes tanto? Ella no es parte de nuestra familia. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

—El sentimiento es mutuo —respondió Gina, dirigiéndose a la salida.

—¡Gina, no te vayas! —pidió José, tratando de alcanzarla.

—Te lo dije: yo no tengo nada que hacer aquí.

—Entonces te acompañaré.

—No es necesario. Puedes quedarte con tu familia —señaló, enfatizando las últimas dos palabras que mencionó.

Gina se retiró sin siquiera avisarle a sus hijos. Tomó un taxi y regresó a su hogar. Al llegar, colgó sus llaves junto a la puerta, tiró su cartera en el sillón y se fue a su dormitorio. Estaba arrepentida por haberse dejado convencer de ir a la casa de su suegra. Sabía, desde un principio, que ocurriría algo así.

En seguida, encendió su computador y se conectó a su aplicación de mensajería. Ella deseaba encontrar una respuesta por parte de Fabrizio, mas él no había dado señales de vida. Luego intentó llamar a Fátima, pero ésta no le contestó.

A pesar de que todavía era temprano —recién comenzaba a oscurecer—, la argentina seguía sintiéndose cansada, aunque había retornado dos días atrás. Por esta razón, se dio un baño breve, secó su cabello, se puso su pijama favorito y se fue a la cama con un libro en sus manos. Como

no logró concentrarse en su lectura, encendió la radio. Luciano Pereyra y Paty Cantú cantaban «Enséñame a vivir sin ti». La melancolía la torturaba con fuerza. No importaba lo que ella hiciera, el mundo se encargaba de recordarle a su italiano a cada rato. No soportó más y se puso a llorar, expulsando la ira y dolor que albergaba en su corazón. Deseaba estar con su amado, su Fabrizio, su Eros. No obstante, aquello era imposible.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando la alarma de un mensaje entrante la despertó.

Eros35_

Hola, *amore mio*.

Al principio, Gina creyó que estaba soñando, pero se apresuró en responder en cuanto se dio cuenta de que era real.

GinaA_

Hola. ¿Cómo estás?

Eros35_

Estoy bien, aunque no he dejado de extrañarte. ¿Cómo te encuentras tú, *mia bellezza*?

GinaA_

Tratando de volver a la realidad. También te echo de menos. No he podido dejar de pensar en los días que compartimos juntos. ¿Qué hora es allá?

Eros35_

Las dos de la mañana. Acabo de llegar de la casa de mis padres. En cuanto vi tu mensaje, no me pude contener y te escribí. No imaginé que me responderías tan pronto.

GinaA_

Ha sido un día largo para mí. De hecho, estaba por quedarme dormida, pero me alegra no haberlo hecho. Deseaba tener noticias tuyas.

Eros35_

Necesito verte, *amore*. ¿Por qué no continuamos esta conversación a través de la cámara web?

GinaA_

Dame un segundo para ir por ella. En seguida me conecto.

Gina, movida por la ansiedad, saltó de la cama y corrió a buscar el aparato. En cuanto éste estuvo instalado, se puso cómoda e inició la transmisión.

Al verla, el rostro de Fabrizio resplandeció de felicidad. Su amada lucía preciosa con aquel pijama rosa. Él anhelaba volver a estrecharla entre sus brazos. Gina, por su parte, quedó sin aliento al ver a su italiano con el torso desnudo y aquellos ojos grises mirándola con atención.

Luego de un par de segundos contemplándose embobados, comenzaron a charlar sobre cómo habían sido sus vidas tras la separación. Fabrizio le contó lo ocurrido con su padre, y Gina le habló sobre la feliz recepción que le habían dado sus hijos. Ella prefirió omitir los desagradables acontecimientos sucedidos en casa de su suegra, pues no quería que él se preocupara. Ambos se olvidaron de su cansancio y continuaron conversando durante bastante rato.

El actor, como buen observador, notó el nerviosismo y la excitación en el rostro de su amada. Él tomó ventaja de la situación para provocarla, dejando su piel al descubierto.

—¿Qué es lo que pretende, Señor Cacciatore?! ¿Acaso espera que muera por combustión espontánea? —manifestó con fingido reproche. Ella había intentado mostrarse imperturbable. No obstante, su amante la tenía casi babeando.

—Solo quiero hacerte gozar —contestó el italiano con un tono de seductor, mientras recorría delicadamente su pecho con sus manos.

Gina lo miró con los ojos cargados de deseo.

—Sígueme la corriente, *belleza*. Me encantaría ver cómo te acaricias y disfrutas imaginando que soy yo quien te toca —sugirió el hombre—. Pondré algo de música. Estoy pensando en una canción perfecta para la ocasión, estoy seguro de que te gustará.

Fabrizio conectó su iPod a los altavoces. Pronto, la voz de Daniel Santacruz los seducía con su tema «No me sueltes».

«Me gustas así, descalza hasta el cuello
Sin un poquito de tela en tu cuerpo
No le des trabajo a mi imaginación
Te juro es mi mejor inspiración

Me gustas así, sin pretensiones
Sin maquillaje, aretes ni tacones
Rendida aquí en mi pecho hasta el amanecer
Perfecta como Dios te quiso hacer...»

Gina se desnudó frente a la cámara. La forma en que Fabrizio la miraba la hacía sentirse poderosa. Ella se acomodó en la cama —asegurándose que su amante no se perdiera ningún detalle— e introdujo un dedo en su interior. Él, a su vez, se sentía dominado por un deseo feroz. Ella trataba de transmitirle al italiano que él era el causante de su excitación.

Luego la argentina acarició todo su cuerpo con sus manos de la misma manera en que lo hizo aquella vez en Bayahibe. Ella quería volverlo tan loco como esa vez. Masajeó sus senos y volvió a llevar sus dedos hasta la humedad entre sus piernas. Luego jugó con su clítoris. Poco a poco sus mimos se tornaron más intensos. Sus gemidos anunciaban que estaba a punto de alcanzar el clímax estaba cerca. Gritando el nombre del actor, llegó al orgasmo.

Después de recuperar el aliento, miró a la cámara y le entregó a su amado una sonrisa de satisfacción.

—Y tú, ¿qué harás con eso? —preguntó la argentina señalando su potente erección.

La voz de la mujer sacó a Fabrizio del estado de trance en el que había caído al verla.

—Lo mismo que hiciste tú —contestó—. Me tocaré pensando en ti.

—De acuerdo. Anhelo ver eso. Muéstrame cómo te masturbas cuando te acuerdas de mí.

—¿Quieres verme sufrir como un adolescente?

—Yo también me siento frustrada por no tenerte a mi lado, cariño. Ansío volver a hacer el amor contigo.

—¡No me digas esas cosas, *amore!* Porque aquí, mi compañero y yo —dijo señalando su miembro— estamos desesperados por estar dentro de ti.

—Piensa que es mi mano la que te acaricia —expresó Gina.

Fabrizio rodeó su pene con la mano y comenzó a moverla hacia arriba y hacia debajo de forma rítmica. Cerró los ojos y recordó que su argentina lo estaba mirando con deseo.

—¡Por Dios! Dime algo, *belleza*. Estoy a punto de acabar —musitó entre roncos gemidos.

—Imagina que estás dentro de mi boca, y que anhelo tragar tu simiente.

Al recordar la pericia de su amada en aquella práctica, Fabrizio alcanzó el clímax de inmediato.

—Eres increíble. Tú eres el único que provoca estas maravillosas sensaciones en mí. Solo a ti te amo —confesó la argentina al ver a su italiano así de expuesto. Aquel acto de intimidad la hizo sentir tan amada que le era imposible ocultar su felicidad.

—Te amo, Gina. Tú eres mi sueño hecho realidad, *mia bellezza, dolce amore mio*.

Fabrizio se dirigió al baño para limpiarse. Gina, entretanto, miraba por la ventana de su

habitación mientras aguardaba el regreso de su amado. Faltaban pocas horas para el amanecer, lo que significaba afrontar un día más el uno lejos del otro. Empezó a llorar sin poder evitarlo, así que, para que el actor no la viera de ese modo, también fue al baño a asearse.

Ambos regresaron casi al mismo tiempo. Gina lucía su pijama rosa, y Fabrizio una camiseta y un *bóxer* blanco. Cada uno se acomodó en su cama en silencio. La música había cesado. Entre ellos, solo fluía el inmenso amor que se tenían.

Capítulo XIX

«¿Podría llegar a quererte?»

Micaela acostumbraba a darle inicio a su rutina a primera hora del día. Se levantaba a las seis de la mañana para tomar una ducha larga durante la cual planificaba su jornada. A continuación, iba a las caballerizas en busca de Azabache —uno de los potros más mansos del rancho— para salir a cabalgar. Amaro, primo de Martina y encargado de la hacienda, solía esperarla allí. Aquel chico moreno tenía veintiséis años, ojos castaños y usaba una barba corta. Este joven guapo miraba a Micaela embelesado. Ella, por su parte, notaba el interés de éste y se sentía gratamente sorprendida con sus atenciones. Con su presencia, Amaro le hacía olvidar a José y el sufrimiento que él le había causado. Sin embargo, la muchacha no se sentía en condiciones de iniciar una nueva relación amorosa, ni siquiera con aquel chico, quien había sido capaz de deslumbrarla. Ella sentía que no estaría lista para comprometerse con alguien hasta llevar a cabo su venganza contra José. La mujer estaba empeñada en destruir su ego y la imagen de padre de familia ejemplar que a él le gustaba proyectar. Después de conseguir su propósito, Micaela podría alcanzar la paz y, quizás, volver a entregar su corazón.

Amaro era el prospecto ideal para ella, puesto que era una persona realmente adorable y galante. Él solía hacerle presentes muy significativos, como por ejemplo sus primeras botas para montar. Su sencillez la tenía fascinada.

Había transcurrido algo de tiempo desde la vez en que Amaro la había consolado. Él no había podido entender que una chica tan bella estuviera tan apenada a causa de un corazón roto. Había intentado hacerla sonreír, obsequiándole una flor que había cortado del jardín de su abuela. Aquel gesto había enternecido a Micaela, quien disfrutó del perfume de la flor.

El hombre había quedado maravillado con la mirada transparente de la joven. Él había resuelto conquistarla para traerle alegría a aquellos ojos tristes. Ella, anticipándose a sus propósitos, le había dejado en claro que no se sentía capacitada para responder a sus afectos. En respuesta, el muchacho le había hecho prometer que le haría saber el momento en que su corazón estuviera listo para ser conquistado. Aquella honestidad por parte de Micaela, había terminado por seducirlo. Si bien la chica era esquivada, era muy linda y valiente.

Después de ese encuentro, ella no había dejado de plantearse darse aquella oportunidad. Amaro podría ser esa persona de quien se enamorara. No obstante, antes tenía que resolver cuál había sido su grado de responsabilidad en los hechos que la llevaron a esta situación, pues siempre supo que José era un hombre casado. Ella incluso había conocido a su esposa.

Necesitaba aclarar su cabeza para enfocarse en su desagravio, puesto que estaba cansada de que José se apareciera en sus pesadillas para burlarse de ella. Al comienzo, ella había creído en las palabras de su jefe, cuando le había asegurado que jamás podría llegar a amar a otro que no fuera él. Sin embargo, en los últimos días, se había descubierto fantaseando con Amaro. Imaginaba, asediada por el deseo, que él se bajaba de su caballo con una estampa viril y le hacía el amor de manera salvaje.

En una de sus visitas al rancho, Martina percibió el entusiasmo con el que su amiga hablaba de su primo. A pesar de sentirse feliz por ella, tenía ciertas aprensiones.

—Micaela, por favor, no hagas sufrir a Amaro —pidió Martina—. Mi primo es una buena persona y no merece que lo utilices para olvidarte de ese imbécil al que prefiero no nombrar.

—Esa nunca ha sido esa mi intención —afirmó Micaela—. De hecho, he sido muy sincera

con él y me he asegurado de no crearle falsas esperanzas. Él tiene una noción de lo que me pasó y sabe que mi corazón no está disponible por el momento. Amaro me aseguró que aguardará hasta que esté lista y deseo, de corazón, que lo haga porque él me gusta.

—¡Micaela, vamos a ser primas! —exclamó Martina, dándole un fuerte abrazo a su amiga.

—Eso espero.

Después de algunos días compartiendo juntas, su amiga había regresado a la capital. Durante ese tiempo, Amaro continuó regalándole sonrisas y, con gestos sencillos, se estaba ganando su corazón poco a poco.

Micaela se presentaba en las oficinas administrativas del rancho todos los días a las nueve de la mañana. Lo primero que hacía al llegar era prepararse un café bastante cargado y encender su reproductor musical. «*Cry me a river*» en la voz de Selena Gómez, le recordaba lo tóxica que fue su relación con José. Ella decidió, con esta canción, que se despediría de los recuerdos que la ataban a él, dejando solo su sed de venganza.

*«You were my sun
You were my earth
But you didn't know all the ways I loved you, no
So you took a chance
And made other plans*

But I bet you didn't think that they would come crashing down, no...»

Micaela regresaría a Buenos Aires solo por un tiempo breve para concretar su venganza y luego retornaría a su nueva vida en el rancho.

Los días transcurrieron rápido. La muchacha afinaba los últimos detalles de su partida cuando vio a Amaro acercándose a ella.

—¿Por qué te vas, Micaela? —preguntó el joven, quien se le acercó para entregarle una flor y besar su mejilla.

—Me iré solo unos días para resolver algunos asuntos importantes que requieren de mi atención, pero pretendo regresar cuanto antes para instalarme de forma definitiva.

—¡No te vayas! —suplicó Amaro.

—Te prometo que volveré. Necesito hacer este viaje para liberarme de todo lo que me hace daño y, de esta forma, ser finalmente feliz.

—¿Estaré incluido en tus planes de un futuro más dichoso?

—Sí, tanto como espero estar en los tuyos. Sin embargo, temo que no sigas pensando o sintiendo lo mismo que hasta ahora cuando sepas todo de mí.

—Entiendo que tengas la necesidad de resolver tus asuntos, pero no olvides que aquí en este rancho perdido en Rosario hay alguien que estará esperándote.

Micaela se acercó para besar sus labios con dulzura antes de irse a su cuarto. Tenía mil pensamientos rondando su cabeza. Éstos le hacían preguntarse si escarmentar a José era o no una buena idea. No obstante, si ella no hacía algo, él nunca recibiría su merecido, así que la venganza era el único camino posible.

Amaro la vio subirse a su automóvil y alejarse hasta que el vehículo desapareció en el horizonte. Él esperaba que ella pudiera regresar libre de la carga que la atormentaba.

Aquel lunes, Gina llegaba corriendo, como siempre, a la casa de Fátima. Su amiga estaba sentada frente a su escritorio buscando unos documentos de su empresa entre una pila de papeles, sin éxito.

—¡Qué bueno que has llegado, Gina! No encuentro la factura del pedido para la casa de los

Solari.

—¿Por las plantas de interior?

—Sí —respondió la chilena.

—Está en el cajón de la derecha de tu escritorio, debajo de las carpetas.

Efectivamente, el papel estaba en aquel lugar.

—¡No sé en que estoy pensando! Ahora recuerdo que el viernes te pedí que lo guardaras allí. Lo hice expresamente para no olvidarlo —expresó, tomándose la cabeza con ambas manos.

—Tu problema no es en qué piensas, sino en quién. —Gina se acercó a su amiga para consolarla—. Creo que extrañas a Gia más de lo que quieres admitir.

—No hablemos de ella ahora, por favor. Mejor enfoquémonos en nuestro trabajo —rogó Fátima, pues no deseaba comenzar a llorar.

—Lo que tú digas. Aunque creo que en algún minuto tendremos que tocar el tema, Fátima Undurraga.

Gina no volvió a mencionar el asunto hasta que finalizaron sus tareas. A continuación, preparó un café para cada una y se sentó en el sofá que Fátima tenía en su oficina.

—Ven, siéntate a mi lado. Ha llegado la hora de hablar —demandó la argentina a Fátima, quien tenía claro que le sería imposible huir del interrogatorio de su amiga.

—¿Qué quieres saber? —preguntó después de beber un sorbo de su café, intentando deliberadamente retrasar la conversación.

—Todo. Quiero que te sinceres conmigo y me digas cómo te has sentido desde que abandonamos Bayahibe. Entiendo que te puedo estar exigiendo demasiado y, quizás, sea duro para ti hablarme de esto, pero creo que es importante que exteriorices lo que está carcomiendo tu ser.

—No sé qué es lo que siento. Estoy muy confundida. Nunca antes me había gustado una mujer —confidenció Fátima, dejando escapar un hondo suspiro—. Ella es buena, amable, leal, y tiene un sentido del humor muy especial. Ciertamente es una muy linda persona. Creo que me enamoré de ella, pero siento pánico.

—¿Y qué es lo que te asusta tanto? ¿Temes lo que la gente piense de ti?

—Para nada. Eso es lo que menos me importa —manifestó la chilena—. Me da miedo no ser la mujer que ella necesita y hacerle daño.

—Pero el amor es así, ¡nunca estarás segura! Sin embargo, vale la pena el riesgo. Si no resulta, de todas formas, habrás vivido un amor sin igual. Considero que ustedes formaban una pareja perfecta, pues se complementan. Mientras que tú eres la tormenta impredecible, ella es tu mar en calma. Ella es capaz de hacerte reflexionar y reír al mismo tiempo. Tú la haces feliz y ella hace lo mismo por ti. —Gina tomó la mano de su amiga para transmitirle su apoyo—. Te voy a contar un pensamiento budista que leí en alguna parte: «Si conoces a alguien, y tu corazón late con fuerza, tus manos tiemblan y tus rodillas se vuelven débiles, ese alguien no es la persona indicada para ti. En cambio, cuando conoces a tu alma gemela, sientes calma. No hay ansiedad ni agitación». Creo que esto se aplica muy bien a ustedes, por eso no entiendo que no estén juntas. Si yo fuera tú, estaría con ella sin dudarlo.

—Tienes razón cuando dices que ella es mi mar en calma, también lo siento así. No había encontrado las palabras para describir lo que sentía, pero has dado en el clavo.

—Entonces, ¿qué esperas para ir a verla? ¡Su cumpleaños se aproxima!

—De acuerdo, supongamos que viajo a Italia, pero ¿qué haré cuando llegue? —cuestionó llena de dudas, temores y ansiedad.

—Eso déjame a mí. En esta ocasión, nos tocará a Fabrizio y a mí ser los cómplices de su

historia de amor.

—¿Has hablado con él?! —La chilena estaba sorprendida.

—Sí, lo hacemos casi todas las mañanas. ¡Lo extraño tanto!

—Gina, ¿cuándo vas a empezar a vivir tu vida? ¿No deberías pensar en tu propia felicidad?

—Ya llegará el momento adecuado para aquello. Estoy esperando que Azul se vaya a vivir cerca de la escuela de teatro a la que pretende irse a estudiar y que Alejo ingrese a la academia militar, aunque su padre no quiere firmar la autorización —expresó con frustración—. ¡Ya no lo soporto! Mucho menos ahora que intenta actuar como si fuera un buen marido.

—¿Sigue con eso? Pensé que, a esta altura, se habría cansado.

—También yo —asintió—. Sé que José planea algo. Él no da un paso sin pensarlo.

—«No da puntada sin hilo» como dicen en mi país —comentó Fátima.

—Así es —respondió entre risas por la extraña expresión de su amiga—. Lo único que espero es que Alejo pueda ir a la academia, ¡él está tan ilusionado!

—No te preocupes por el dinero. Si te hace falta, yo te ayudo. Sé que ese desgraciado no te dará ni un peso si es que firma.

—Gracias por el ofrecimiento. Sabes que, aunque intento ahorrar, sigue siendo insuficiente, ya que con todo lo que debo pagar, el dinero no me alcanza para más. No sé cómo lo conseguiré, pero estoy segura de que lograré hacer que él dé su autorización.

—¿Qué harás cuando tus hijos ya no vivan con ustedes?

—Me divorciaré de José y me iré de la casa —aseguró con convicción.

—¿Buscarás a Fabrizio?

—Mmm... no sé. Yo amo a Fabrizio y, a pesar de que él prometió esperarme, no estoy segura de que él pueda tolerar esta situación por mucho tiempo. Temo que se canse de hacerlo.

—Me consta que te ama con locura, pero tienes razón. No sería sabio hacerse demasiadas expectativas. En los asuntos del corazón, es mejor ser precavida. Primero debes resolver tu vida y después podrás ver qué pasará con ustedes.

—Así lo haré. Ahora, volviendo a lo importante, hay que organizar tu viaje a Italia. Irás a celebrar los treinta y seis años de Giannina junto con ella.

—¡Ay, estoy muy nerviosa! ¿Y qué tal si no quiere verme?

—¡¿Estás loca?! Tú le gustas mucho, ¡claro que le gustará verte! —exclamó Gina antes de abrazar a su amiga para infundirle seguridad—. Ella estaba muy triste cuando se despidieron. Por cierto, ¿qué paso entre ustedes en Bayahibe? Nunca me contaste.

—Estuvimos a punto de tener sexo. Si ella no me hubiera detenido...

—¡¿Fue ella quién se detuvo?! —cuestionó con asombro.

—Así como lo oyes. Yo estaba caliente...

—¡Fátima! —interrumpió la argentina soltando una fuerte carcajada.

—¡¿Qué quieres que te diga?! Es cierto. Yo no tenía ninguna intención de parar. Después de unos cuantos besos, me tenía al borde de la ebullición.

—Bueno, ya tendrás la oportunidad de estar con ella y, en esta ocasión, nada las detendrá.

—Me arriesgaré. ¡Basta de temores! He estado demasiados años paralizada a causa del miedo. Gia merece todo mi esfuerzo.

—¡Sí! —Gina dio un salto de alegría. Aunque sabía que si la historia de amor entre Gia y Fátima resultaba bien, ella estaría sola, puesto que su amiga se quedaría con la italiana. Mientras que ella tendría que seguir esperando el día en que, por fin, podría despedirse de su vida al lado de José.

José recibió una llamada que lo sorprendió. Micaela volvía a buscarlo, tal y como él había predicho. Esta vez, fue ella quien tomó la iniciativa, citándolo para reunirse en un lugar céntrico. En una semana más, recuperarían el tiempo perdido.

Micaela llegó a casa de sus padres con la excusa de que debía buscar unos documentos de la universidad. No quería que ellos la cuestionaran. Ellos estaban felices de volver a verla después de tantas semanas. Si bien se sentía culpable por mentir a sus padres, había esperado demasiado por su retribución.

Según el pensamiento ególatra de José, ella volvía porque lo extrañaba. A él le gustaba sentirse inolvidable. Lo cierto era que él seguía recordando el sabor de la piel de Micaela. Ansiaba volver a entrar en su cuerpo y estremecerla una y otra vez. De inmediato comenzó a planear un método para salir sin levantar sospechas. Sabía que no necesitaba dar excusas sobre sus acciones. No obstante, ahora lo haría, ya que le era imprescindible mantener la fachada de marido y padre ejemplar para hacer caer a su esposa por las íntimas conversaciones que había mantenido con un extraño. Si bien sabía que Gina no creía en su cambio de actitud, aprovechaba la vulnerabilidad que le producían sus hijos para sacar provecho de la situación. Su familia debía ser un ejemplo de perfección para darle un impulso a su imagen como candidato a director de la asociación de empresarios. Si para ello debía extorsionar a su esposa, así lo haría. Él siempre conseguía lo que quería y anhelaba obtener ese cargo de la forma que fuera. Además concretaría la venganza contra su esposa al quitarle lo que más amaba en su vida.

Capítulo XX

«Volvemos a encontrarnos».

La familia Machado Ávalos se reunía cada mañana para compartir el desayuno antes de que cada uno tomara su camino para cumplir con sus tareas diarias. Aquel día en particular era muy importante para José, puesto que sería entrevistado por una prestigiosa revista, apareciendo en sus páginas sociales. Su candidatura al cargo de director de la asociación de empresarios marchaba sin inconvenientes. No obstante, para poder conseguir los votos de los conservadores miembros de la asociación, debía mostrarse como un hombre dedicado a su familia, un padre y esposo ejemplar.

Gina, quien ignoraba el asunto de la entrevista, se preparaba para irse a trabajar cuando José la detuvo.

—Mi amor, necesito que te quedes hasta un poco más tarde, ya que, en un par de minutos, vendrán unas personas a entrevistarme —comunicó con fingida amabilidad.

Gina se quedó congelada. Ella intuía que su marido estaba actuando con falsa amabilidad para sacar algún tipo de provecho.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?! —respondió sin quitarle la vista de encima, evidentemente disgustada.

—Deseo que esta entrevista salga perfecta, por eso deben vernos como la familia unida y feliz que somos.

—¿Perdón?! —Gina tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar la ira que hacía ebullición en su interior. Sin embargo, la hipocresía de su marido hacía que ésta fuera una tarea titánica—. ¿Y desde cuándo que nosotros somos la familia perfecta?! Te recuerdo que, hasta hace poco, yo no significaba nada para ti.

José respiró hondo. Lo último que necesitaba en aquel momento era actuar de forma arrebatada y discutir con su esposa, pero ella le estaba haciendo las cosas difíciles. Si Gina seguía con aquella actitud de desdén, él ya no podría seguir ejerciendo el papel de hombre arrepentido.

—¿Podrías dejar de comportarte como una niña desconsiderada por una vez en tu vida? ¡Tienes que poner de tu parte!

—¿Qué?! Durante dieciocho años he dado lo mejor de mí por el bien de nuestra familia. Aquí el único desconsiderado eres tú. ¿Por qué me exiges que aparente que soy feliz cuando tú jamás te esforzaste para que lo fuera?!

Aquellas palabras fueron suficientes para que José liberara su rabia. La entrevista saldría de acuerdo a sus planes sí o sí.

—Escúchame, Gina. Te quedarás en silencio y sonreirás para las malditas fotografías o le diré a los chicos que intercambias mensajes inapropiados con otro hombre. ¿Acaso prefieres que tus hijos sepan que su madre es una cualquiera?

Gina no supo cómo reaccionar. ¿Cómo era posible que él supiera aquello? Estaba claro que José estaba enterado de la existencia de «Eros», pero ¿cómo sucedió eso? ¿Cuánto sabía él sobre su relación con Fabrizio? Con la cabeza abarrotada de preguntas y el miedo tomando el control de su alma, tomó su teléfono móvil y llamó a Fátima para avisarle que llegaría más tarde al trabajo.

—Así me gusta —expresó José con una sonrisa triunfal mientras acariciaba con suavidad las

mejillas de Gina—. Ahora anda a cambiarte de ropa. Espero que elijas un vestido sofisticado que destaque tu belleza y, cuando lleguen los invitados, deberás lucir una sonrisa radiante. Si veo algún gesto que desaprobe, las consecuencias serán muy desagradables.

José abandonó la habitación y se dirigió a la cocina en donde se encontraban sus hijos, cambiando de inmediato su actitud.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Por qué traes esa cara? —preguntó Azul.

—Hoy vendrán a hacerme una entrevista muy importante y me gustaría que estuvieran presentes mientras la realizan. ¿Podrían quedarse y acompañarme?

—¿Por supuesto! Puedes contar con nosotros —contestó la joven con entusiasmo. Alejo, por su parte, se limitó a asentir con la cabeza, a pesar de que no le interesaba participar de aquella pantomima.

—Pero si es tan importante para ti, entonces deberías estar feliz. ¿Por qué te ves tan amargado?

—Hija agradezco tu entusiasmo y aprecio que se queden. Si estoy así es por causa de su madre. Le pedí por favor que participara en la entrevista. Sin embargo, ella no desea hacerlo. He intentado explicarle que su presencia es esencial, pero ya no sé qué decirle para que acepte. Tengo claro que he cometido muchos errores durante todos estos años, sin embargo, he intentado mantener la armonía entre nosotros desde que ella regresó de sus vacaciones... Al parecer, nada de lo que haga es suficiente para ella.

—Tranquilo, papi. Hablaré con ella para que entre en razón. —A Azul le partía el corazón ver a su padre tan desconsolado—. No entiendo por qué mamá actúa de ese modo. ¿¿Qué pretende conseguir siendo tan mezquina?! Debería ser un poco más comprensiva y amable.

—Gracias, mi vida. Espero que logres convencerla.

José salió sonriendo de la cocina. Se sentía satisfecho por haber puesto a Azul de su parte. Alejo, quien se había quedado al margen de la conversación, aprovechó la oportunidad para reprender a su hermana.

—Creo que no deberías juzgar a nuestra madre con tanta dureza, Azul. Ella debe tener sus razones para actuar así. —Alejo tenía una vaga idea de lo que podría estar ocurriéndole a su madre, por eso creyó pertinente defenderla.

—Alejo, mamá no se da cuenta del esfuerzo que está haciendo nuestro papá para que estemos todos bien. A veces, siento que ella es una malagradecida. —Si bien Azul notaba que sus padres ya no se amaban como antes, ella también se había dado cuenta de que su padre estaba intentando ser un mejor esposo. La joven había esperado que la relación de sus padres se viera fortalecida con el tiempo. No obstante, parecía ser que estaba equivocada.

—Cada vez te pareces más a él, incluso en la forma en que te refieres a ella. Si papá realmente quisiera que nos lleváramos bien, ¿por qué se ha negado a firmar la autorización para la escuela militar? —Alejo no quería pelear con su hermana. Sin embargo, estaba cansado de soportar la diferencia que su padre hacía entre ellos.

—Tal vez se le olvidó.

—No. Es evidente que no quiere hacerlo. El plazo para firmar está por vencer, y ya no sé qué hacer para convencerlo. Cuando se trata de mí, él no es tan considerado como tú dices.

—Tú siempre te empeñas en verlo como un monstruo. ¿Acaso no has pensado que él está preocupado por tu futuro? Tal vez esa academia no sea lo mejor para ti.

—No intentes defenderlo. Cuando tú le dijiste que estudiarías teatro, él no se opuso. Yo creo que ese supuesto cambio no es más que un cuento que inventó para mantener las apariencias.

—Alejo, no seas injusto.

—¿Sabes qué? —interrumpió el chico—. No pienso seguir discutiendo contigo. Tú y yo jamás nos pondremos de acuerdo en este tema. Si quieres creer que ese cambio es honesto y no es porque esté interesado en conseguir votos, es tu problema. A mí no me convence para nada su actitud.

—Eres igual que mamá, incapaz de ver algo bueno en papá.

—Por algo será, ¿no? —dijo Alejo con tono sarcástico antes de retirarse del lugar.

Azul se quedó sola, confundida por el comportamiento tan terco de su hermano. Si bien estaba de acuerdo con algunos de los argumentos planteados por Alejo, ella prefería creer que su padre estaba siendo sincero. Ofuscada, fue a buscar a su madre.

—Mamá ¿podemos hablar unos minutos?

—Claro que sí, mi vida. ¿Qué sucede? —preguntó Gina, mirando a su hija a través del espejo.

—¿Por qué no quieres apoyar a papá si sabes que él nos necesita?

—¿Por qué dices eso?! ¿Acaso no te das cuenta de que estoy buscando un atuendo apropiado para la entrevista?

—Papá me contó que no querías participar. Quizás él ha malinterpretado tus palabras. En todo caso, quiero que sepas que él se ha empeñado en arreglar la situación de nuestra familia. Tú podrías hacer lo mismo ¿no? —criticó Azul con severidad.

—Tus palabras me sorprenden, hija —respondió dolida. Si tan solo ella supiera todo lo que había aguantado en silencio durante años, quizás la relación entre ambas sería diferente—. Jamás he dejado de esforzarme por nosotros. —Gina abrazó a su hija, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta. Azul respondió al gesto disfrutando de la calidez que su madre le brindaba.

—Yo solo quiero que seamos felices.

—Entonces ayúdame a convencer a tu padre para que permita que tu hermano ingrese a la academia. Esa sería una excelente declaración de buenas intenciones, ¿no te parece?

—No entiendo por qué tú y Alejo son tan insistentes con ese tema. Mi papá debe tener razones de peso para no hacerlo. ¿No crees que él desea que mi hermano aspire a algo mejor?

—No voy a discutir de esto contigo. Tú quieres ir a la escuela de teatro y tu hermano a la academia militar. Yo siempre les daré mi apoyo sin importar lo que escojan, porque mi único interés es que sean felices —concluyó antes de besar a su hija en la frente.

Sin saber qué responder, Azul volvió a abrazar a su madre con fuerza y luego salió de la habitación con varias dudas dando vuelta por su mente.

Gina terminó de vestirse, respiró hondo y dejó el cuarto, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Ella seguía atónita con la amenaza que José le había hecho. Él estaba intentando herirla usando a su hija.

. Cuando la mujer se reunió con el resto de su familia, el periodista y el camarógrafo estaban instalando su equipo en la sala. Gina reconoció al reportero de inmediato, ya que era un amigo cercano de Fátima. Él la saludó con un gesto que ella le devolvió. Mientras tanto, el fotógrafo le indicaba a José cómo posar.

—Por fin llegó la reina de la casa, ¿podrías tomarnos una foto a los cuatro juntos? —solicitó con una falsa sonrisa gentil.

Sin duda, José sabía fingir bastante bien, pero Gina lo conocía y sabía que aquella actitud no era más que un acto. Si su esposo decidiera dedicarse a la política, tendría grandes posibilidades de ser electo, pues era un mentiroso profesional.

El fotógrafo capturó la imagen de una familia aparentemente perfecta. La pareja lucía feliz en el centro. Alejo posaba al lado de su madre, y Azul junto a su padre.

Cuando José comenzó a responder las preguntas que le hacía el periodista, Gina dejó la sala y

se dirigió a la cocina para preparar una merienda. De este modo, pasaría el menor tiempo posible escuchando el discurso hipócrita de su marido. ¡Ya estaba harta de soportarlo! Seguía preguntándose cómo había descubierto su relación con «Eros». La única ocasión que él tuvo para hacerlo fue mientras ella estaba en Bayahibe. Hasta aquel entonces, su intercambio de mensajes no alcanzaba a ser más que un simple coqueteo. Sin embargo, estaba preocupada por lo que su esposo pudiera hacer con esa información. Él le había demostrado que podía manipular con facilidad a Azul. Ella sabía que él era capaz de eso y mucho más.

Fátima daba vueltas en su casa sin saber qué hacer. Gina no había ido a trabajar y la oficina era un caos. No lograba hacer que las cuentas le cuadraran y tampoco conseguía encontrar ninguno de los documentos que necesitaba. Lo cierto es que el éxito de su empresa se lo debía en gran parte a las excelentes gestiones de su amiga.

Fátima sufría al ver que Gina seguía amarrada a un hombre tan despreciable, puesto que merecía ser feliz. Ella odiaba a José por no querer a su amiga. Por si fuera poco, se sentía muy preocupada por ella, dado que no acostumbraba a faltar al trabajo. Lo mejor que podía hacer en aquel momento era concentrarse en sus labores y dejar todo en orden para viajar a Italia sin dejar nada pendiente. Buscó su iPod de última generación y seleccionó una lista de reproducción con canciones de bandas chilenas. Después de un par de temas, sonó uno que la hizo emocionarse hasta las lágrimas. En un arranque masoquista, volvió a escuchar la voz de Claudio Valenzuela interpretando «Milagro»:

«Puede que salte al cielo
Creyendo ir al infierno
Perder no impide apostar
Tienes que ser un milagro

Puede que salte y me arrastre
Cielo, efecto retardante
Ceder permite hablar
Tienes que ser un milagro...»

Fátima lloraba, aunque no por tristeza. Cuando la relación con su marido terminó, ella creyó que nunca más sería capaz de enamorarse. Sin embargo, Gina consiguió que su corazón volviera a amar. A pesar de sus temores, ella estaba decidida a ser feliz.

—«Tienes que ser un milagro». —Repitió a viva voz. Tenía la esperanza de que el milagro del amor que sentía por la italiana desterrara para siempre el vacío y la soledad que la habían acompañado durante tanto tiempo.

Continuó trabajando con una energía renovada. Cuando terminó sus labores, salió al jardín para disfrutar de la música que aún seguía sonando. De pronto, la alarma de la aplicación de mensajería provocó que su corazón acelerara sus latidos. Solo podía ser una persona quien le había escrito. Tenía la certeza de que se trataba de ella, la luz de su vida.

GianninaP_

Hola Fátima, ¿cómo estás?

FatimaU_

Muy bien, ¿y tú?

GianninaP_

Más o menos. Lo cierto es que todavía siento nostalgia de aquellos días que disfrutamos en la playa. Ha sido un tanto difícil retomar el ritmo del trabajo.

FatimaU_

Te entiendo. A mí también me ha pasado lo mismo, aunque a ti te he extrañado mucho más. Gia no supo qué contestar, hecho poco habitual para la italiana. Leyó una y otra vez lo que su amada le había escrito para asegurarse de que era real. Su corazón latía desbocado.

GianninaP_

Yo también te he echado de menos. Para serte sincera, me encantaría verte de nuevo.

FatimaU_

Sí, eso sería maravilloso. Espero que podamos volver a vernos pronto.

La conversación entre ellas fluía muy gratamente. Ambas reían y gozaban cada vez que charlaban. Gia tenía el poder de tranquilizar a Fátima cuando ella se sentía demasiado inquieta, exorcizando los demonios que atormentaban su mente. La chilena recordó cuando Gina le dijo que la arquitecta era su mar en calma y que aquello era una señal del amor verdadero.

Al fin había llegado el día en que José se reencontraría con Micaela. Él debía pensar en una buena excusa para darle a Gina, porque no iba a perderse esta cita por nada del mundo. No obstante, Gina se le adelantó, anunciándole que aquella noche debía trabajar con Fátima en el inventario de la empresa, la cual era una tarea que debían llevar a cabo mes a mes. Además, Gina debía recuperar las horas de trabajo que había perdido el día anterior a causa de la entrevista. Dado que Azul y Alejo estaban presentes, José no podía negarse a dejarla ir ni aunque quisiera. Si deseaba mantener la fachada de marido perfecto, debía mostrarse de acuerdo. Para su suerte, ya no tenía la necesidad de inventar ninguna historia para reunirse con Micaela. Lo mejor de todo era que Azul se quedaría en la casa de su amiga Ámbar, pues celebrarían una fiesta, y Alejo pasaría la noche en casa de Cristian. José tendría plena libertad para concretar sus planes.

Micaela lo había citado en un departamento. Aquella iniciativa sorprendió a José, puesto que generalmente era él quien escogía los lugares de encuentro. No obstante, en esta ocasión, la muchacha se había mostrado inflexible. Si él quería verla, tendría que aceptar la decisión de ella.

Entretanto, Micaela caminaba con nerviosismo de un lado a otro en el departamento que Martina había alquilado. Las jóvenes habían preparado todo con anticipación para su encuentro con José. Ella se sentía intranquila, dado que no sabía cómo sería su reacción al verlo ni tampoco estaba segura de que él le creyera cuando fingiera que aún lo deseaba.

—Si te arrepientes, dímelo y cancelaremos todo. —Martina trataba darle una vía de escape, pues notaba la agitación de su amiga—. Me da miedo que descubra lo que planeamos y que todo se vaya a la mierda.

—Eso no pasará. No pienso dar marcha atrás. —Micaela respiró profundamente en busca de la calma.

—Entonces, *it's showtime*. Iré a prepararme. Cualquier cosa, me gritas —advirtió Martina antes de ir a cambiarse de ropa.

El sonido del timbre les avisó que José había llegado puntual a la cita, quien estaba ansioso de volver a disfrutar del cuerpo de Micaela.

Martina encendió el equipo de sonido para reproducir la canción que ambas habían escogido para la ocasión. Luego se acercó a la entrada y, antes de abrir la puerta, se preparó mentalmente para cumplir su rol. La sensualidad de «Más y Más», interpretado por Draco Rosa y Ricky Martin le dio el coraje que necesitaba.

—Micaela nos está esperando —dijo Martina luego de darle un beso candente a José, quien la miraba estupefacto.

«Más,
Si te acercas un poquito más
Me meterás en ti.
Más,
Si te sueño más,
Ya no podré dormir
Nunca jamás...»

José, aún sorprendido, se disponía a sentarse en el sofá para recuperarse de la impresión cuando apareció Micaela, impidiendo que llevara a cabo la acción.

—Vamos al cuarto, allí estaremos más cómodos —dijo con una inusitada voz sensual. Ella no solía comportarse como una *femme fatale*, puesto que siempre actuaba con dulzura, incluso en la intimidad.

—No te molesta que los acompañe, ¿cierto? —susurró Martina al oído de José antes de tomarle la mano para guiarlo hasta el cuarto—. Si te incomoda mi presencia, puedo irme y dejarlos solos, aunque creo que podríamos pasarla muy bien los tres juntos.

Al principio, José se sintió un poco extraño frente a aquella proposición. Él, a pesar de considerarse un hombre aventurero con relación al ámbito sexual, jamás había experimentado algo similar. Sin embargo, le encantaba la idea de gozar con aquellas hermosas mujeres.

«... Así susurrándome,
Tú te vienes a mí.
Y mi habitación se llenará
De verde agua de mar
Verde que me pierde...»

Micaela le hizo un ademán a José para que se sentara en la cama. Martina permaneció de pie en la puerta, mientras su amiga caminaba hacia él, moviéndose al ritmo de la música.

«... Más y más,
Si más te quiero, quiéreme
Tú mucho más.
Más y más,
Dentro de mí entrarás
Tú más y más,
Tú más y más...»

—¡Vaya que has cambiado, Micaela! —expresó José. En su voz se percibía su sorpresa y excitación.

«... Yo no sé cómo abrazarme a tus brazos
Y no sufrir.
Voy... Voy por la vida
Pidiéndote un amor de suicida.

Así susurrándome
Tú te vienes a mí.
Más y más,
Si más te quiero, quiéreme
Tú mucho más
Más y más dentro de mí entrarás

Tú más y más
Tú más y más...»

Micaela se acercó a una mesa en la cual tenía una botella de champagne que le había recomendado su padre, un gran conocedor de vinos de calidad. Sirvió tres copas y, a continuación, empezó a bailar al ritmo de la sensual melodía, haciendo que José se volviera loco de deseo. Martina, por su parte, se acercó a la mesa.

—¿Te gusta este cambio?—preguntó Micaela casi en un susurro, mientras Martina les ofrecía una copa a cada uno.

—Sí, me encanta. Me tienes muy excitado. No sabes cuánto te extrañé. —José no pudo contenerse y la besó con fiereza, sorprendiéndola. Micaela le siguió el juego de inmediato.

—Y yo a ti. Soy tuya, José, y siempre lo seré. Brindemos por nosotros.

Martina se acercó a su amiga para susurrarle algo al oído. Luego les quitó a ambos las copas de sus manos con el fin de desnudar a José sin problemas. Ella abrazó al hombre por la espalda y comenzó a desabotonar su camisa. A su vez, Micaela se encargó de quitarle el pantalón y deslizó su mano bajo la ropa interior para acariciar su erección.

—Nos divertiremos mucho, José —afirmó Martina, controlando la situación—. Tú solo debes seguirnos la corriente.

Micaela tomó su copa y bebió el contenido de ésta de un solo trago. José siguió su ejemplo y acabó con el vino que ella le había entregado antes de sentarse en la cama. Él se sentía un tanto extraño, mas no sabía determinar el motivo.

A continuación, la muchacha se quitó el vestido, quedando únicamente con su conjunto de ropa interior color rosa pálido.

—¿Recuerdas que la primera vez que hicimos el amor yo llevaba un atuendo parecido a este?

—Por supuesto que me acuerdo —respondió José. Después cogió su mano y tiró de ella, haciendo que cayera sobre él para llenarla de besos.

—No quiero quedar excluida de la diversión. ¿Qué desean que haga? —dijo Martina, quien ya se encontraba totalmente desnuda—. Tú ya conoces el sabor del cuerpo de Micaela, ¿por qué no pruebas el mío? Amiga, ¿te molestaría?

—Preferiría que empiece conmigo porque lo he extrañado mucho. Él es el amor de mi vida.

A José le fascinaba que las chicas se pelearan por su atención. No obstante, no podía deshacerse de aquella sensación tan extraña. Se aproximó a Martina y la lanzó a la cama, al lado de Micaela. Las mujeres intercambiaron una breve mirada cómplice que no pasó desapercibida para José. De pronto, sintió que le costaba mantenerse en pie y tuvo que apoyarse contra la pared para no perder el equilibrio.

—¿Qué me hicieron? —exclamó sintiendo que su cabeza estaba a punto de estallar—. Ustedes me dieron alguna droga. No me puedo sostener.

—Ven y siéntate. —Martina lo guio de regreso a la cama antes de subirse a horcajadas sobre su cuerpo—. Tranquilízate. Relájate y disfruta.

Al notar que José por fin se había desmayado, Micaela dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento, creyó que el plan no resultaría. En seguida salió de la habitación en busca de la cámara fotográfica.

—¡Rápido! —exclamó Martina al borde de un ataque de nervios—. Quítate la ropa interior y acuéstate a su lado.

Micaela obedeció de inmediato. A continuación, entre las dos terminaron de desvestir a José.

—Tiene lo suyo el desgraciado —opinó Martina al evaluar el miembro de José—. El tipo no me gusta, pero tengo que admitir que el infeliz está bien dotado.

—Es cierto. Sin embargo, él no vale la pena. Comencemos pronto con la sesión. ¿Y tú? ¿No te vas a vestir?

—No. Dudo que te moleste, ¿o sí? —cuestionó Martina, guiñándole un ojo a su amiga.

—Para nada, aunque debemos darnos prisa antes de que este bastardo despierte. —Micaela se montó sobre José, y su amiga comenzó a capturar varias imágenes que comprometían al famoso empresario y su intachable moral. Tuvieron especial cuidado para que la cara de Micaela no apareciera en las fotografías. La joven posó de tal manera que parecía que ella realmente estaba haciendo el amor con su antiguo jefe. Incluso simuló que le practicaba sexo oral. Con esto, era seguro que la reputación de José caería en picada, tal como ella pretendía.

Al finalizar la sesión, las jóvenes lo ataron a la cama y lo dejaron abandonado en el departamento. Se subieron al automóvil de Martina y se fueron a la casa de ésta, donde revisaron las fotografías para seleccionar las que usarían y borrar el resto. Ambas acordaron aguardar un tiempo antes de hacerlas públicas.

—Cuídate, Martina, por favor. No quiero que este maldito te descubra y te haga daño por mi causa —Micaela abrazó a su amiga con gratitud—. Prométeme que estarás bien.

—Pierde cuidado, amiga. Estoy segura de que no me hará nada, ya que a este desgraciado no le conviene hacer un escándalo, así que vete tranquila y cuida a mi primo.

Micaela había planeado volver a Rosario ese mismo día para evitar que su ex jefe la encontrara. En cuanto estuviera en la hacienda, buscaría el momento adecuado para enviar las fotografías a la familia de José. Si bien sentía lástima por ellos, consideraba que lo mejor era que conocieran su verdadero rostro y ella sería la encargada de desenmascararlo.

Micaela se despidió de su amiga y abordó su vehículo. Ahora volvería convertida en una mujer más fuerte, pues el fantasma de aquel hombre que había arruinado su vida ya no la volvería a atormentar jamás.

Fabrizio se encontraba preparando los últimos detalles para su viaje relámpago, dado que se había comprometido con ayudar a Fátima, quien deseaba preparar una sorpresa para Gia en su cumpleaños. Si bien estaba contento ejerciendo el rol de cómplice, lo que realmente lo llenaba de dicha era que, por fin, tendría la oportunidad de reencontrarse con su hermosa argentina. No importaba que el tiempo que podrían compartir juntos fuera muy reducido, lo esencial era que estaría a su lado. Él le tenía una sorpresa y esperaba que todo resultara tal como había planeado.

Tal como en aquella ocasión, volvió a tomar un avión privado con destino a Buenos Aires. Sin embargo, esta vez no pretendía secuestrarla, sino que esperaba poder convencerla para que pasaran la noche juntos. En silencio, rogaba que cualquiera que fuera la excusa que Gina le había dado a su marido ésta fuera suficientemente convincente como para no levantar sospechas. Para asegurarse de ello, él le había pedido a Fátima que le ayudara a idear un buen pretexto. La chilena aceptó en seguida, ya que sabía que nadie podría en duda la veracidad de sus palabras si afirmaba que su amiga y ella debían hacer inventario.

Gina había recibido un mensaje de Fabrizio indicándole que se dirigiera al hotel Continental —el mismo donde había ocurrido su primer encuentro— y preguntara en recepción por una reserva a nombre de Afrodita. El italiano pensó que sería divertido usar la contraparte femenina de Eros. La argentina llegó al hotel con el firme propósito de disfrutar junto con su amado de la velada que tenían planeada. A pesar de lo caótica que se había vuelto su vida, el actor era capaz de brindarle un rayo de luz para iluminar y alegrar sus días.

En cuanto Gina llegó a la habitación, se desvistió y se puso un diminuto conjunto de lencería de encaje negro —regalo de Fátima— con la intención de seducir a su amante. Se encontraba

sola, puesto que el vuelo en el que viajaba Fabrizio se había retrasado un poco. Se recostó en la cama y conectó los audífonos a su reproductor musical para escuchar «*I belong to you*», aquel tema de Lenny Kravitz le fascinaba.

*«You are the flame in my heart
You light my way in the dark
You are the ultimate star
You lift me up from above
Your unconditional love
Takes me to paradise
I belong to you
And you, you belong to me too...»*

Gina disfrutaba de la melodía cuando sintió que unas manos recorrían su cuerpo con anhelo. Ella decidió mantener los ojos cerrados y disfrutar de aquellas caricias.

—Te extrañé tanto, *amore mio*.

Capítulo XXI

«La primera de las muchas veces que te diré: te amo».

Fabrizio jamás imaginó que encontraría al amor de su vida luciendo de esa forma tan atrevida y tentadora. Gina escuchaba música a un volumen lo suficientemente alto como para que Fabrizio notara oía a Lenny Kravitz. El sensual ritmo que sonaba en los auriculares de la mujer potenció el erotismo de aquella visión. Fabrizio se desnudó con rapidez procurando no emitir ningún sonido que pudiera perturbarla. A continuación, comenzó a recorrer el cuerpo de la argentina con sus manos, quien se estremeció de placer. Alcanzó su sostén, el cual se desabrochaba por delante, y se lo quitó. Se deleitó contemplando sus maravillosos senos durante varios segundos antes de tomarlos suavemente con su boca.

—No sabes cuánto extrañé el sabor de tu piel, *amore mio* —declaró Fabrizio mientras frotaba su erección contra su centro. Aquello fue suficiente para que Gina se humedeciera.

Fabrizio lamía los pezones de su amada con suavidad a la vez que le quitaba la braga. Descendió por el cuerpo de la argentina, dejando una estela de besos en su camino, hasta aterrizar en aquel punto que la hacía temblar de gozo. Mordisqueó aquella zona sensible con suavidad antes de seguir jugando con su lengua.

—Fabrizio... te extrañé... Tú... eres el único que sabe cómo... hacerme feliz —afirmó con voz entrecortada—. Ni siquiera quiero abrir mis ojos, porque temo que esto sea solo un sueño. —Desde que se separaron, Gina había anhelado volver a hacer el amor con él, por eso le asustaba que ésta fuera otra de sus fantasías.

—Ábrelos, *belleza*. Mírame, estoy aquí contigo —solicitó Fabrizio antes de seguir dándole sexo oral. Cuando notó que Gina estaba al borde del orgasmo, se alejó un poco.

—¿Por qué me haces esto, Fabrizio? —se quejó con frustración.

—Porque ardo por estar en tu interior y perderme en tus ojos cuando alcancemos juntos el clímax —sentenció sobre sus labios, previo a devorárselos con un beso hambriento. Luego la penetró hasta el fondo.

Gina, al sentir que él la llenaba por completo, abrió sus ojos, encontrándose con el rostro que tanto amaba y que tanto había ansiado volver a ver. Su italiano estaba ahí, observándola con esos ojos azules que evidenciaban su excitación. Fabrizio la penetraba con fuerza, así que ella rodeó la espalda de su amante con sus piernas para que las estocadas fueran más profundas. Con sus miradas enlazadas y un grito salvaje, ambos llegaron al orgasmo al unísono.

Después de unas cuantas horas mimándose —las cuales no fueron suficientes para ninguno de los dos—, Fabrizio y Gina bajaron al vestíbulo del hotel, unidos en un abrazo que se negaban a romper. Sin embargo, su tiempo juntos había llegado a su fin.

Fátima, quien los esperaba en la recepción desde hacía rato, no paraba de mirar su reloj. Le angustiaba pensar que, si la pareja no llegaba pronto, sus planes podrían verse afectados. El avión privado en el que Fabrizio había llegado debía regresar a Italia —con ella a bordo— en una hora más.

—¡Por fin! Chicos, lamento arruinarles el momento, pero si no nos damos prisa, tendremos que enfrentar muchas dificultades.

—Créeme que lo sé, Fátima —respondió Fabrizio con un profundo suspiro cargado de pesar—. No quiero volver a alejarme de tu lado, *amore mio*... —dijo el actor a Gina, mas no pudo seguir hablando, pues sentía que en cualquier minuto rompería a llorar. Solo atinó a besar su

frente con dulzura.

La argentina también estaba conteniendo sus lágrimas. Lo abrazó con fuerza, mientras intentaba ignorar la punzada de dolor en su corazón.

—Comprendo que tengas que irte. Lo único que te pido es que recuerdes que te amo mucho. Eres el dueño de mi corazón. Todavía tendrás que esperarme un poco más. Sin embargo, la próxima vez que nos veamos, será para que estemos juntos por siempre. —Le dio un beso en los labios sellando con eso su promesa—. Y, por favor, procura que mi amiga sea feliz con Gia. Ambas merecen serlo. El éxito de su relación será nuestra pequeña victoria.

—*Amore*, prometí que te daría todo el tiempo que necesitabas y mantengo mi palabra en pie. Esperaré con ansias hasta que podamos vivir nuestro amor en libertad —manifestó antes de volver a besarla—. En cuanto a tu petición, te aseguro que haré lo que esté en mis manos para que nuestras amigas estén juntas y felices.

—¡Chicos, los adoro! —Fátima estaba conmovida por las hermosas declaraciones de sus amigos—. Gina, tú sabes que eres muy importante para mí. ¡Gracias por impulsarme a dar este paso! —expresó la chilena entre lágrimas mientras los abrazaba a ambos. Ver que sus amigos no pudieran disfrutar de su amor era muy triste para ella.

Fabrizio tomó a Gina en brazos. Entre lágrimas, se dieron un último beso apasionado. Aferrados a su amor, se preguntaban cuándo volverían a verse.

Fátima, quien siempre se había considerado una persona fría, lloraba desconsolada junto a ellos.

Con todo el dolor del mundo, dejaron de besarse. Fabrizio dejó a Gina en el suelo y miró a Fátima, quien le señalaba el reloj con gesto preocupado. Ya era tiempo de partir.

—Te escribiré en cuanto llegemos a Italia —prometió Fabrizio.

—Hazlo a la hora que sea, mi amor. Estaré esperando tu mensaje.

Abandonaron el hotel después de besarse por última vez. Mientras Fabrizio y Fátima se subieron a un taxi en dirección al aeropuerto, Gina se subió a otro con rumbo a la casa de su amiga. Ella permanecería allí hasta que consiguiera desahogar su pena. Luego volvería a su casa.

—Ella te ama con locura. Si no fuera por sus hijos, jamás te dejaría —expresó Fátima al notar la enorme desazón del italiano.

—Lo sé y amo eso de ella. —Aquello, realmente, era una de las cosas que más admiraba de Gina, quien se desvivía por Alejo y Azul. Si bien entendía que ellos fueran su prioridad, esta situación le producía sentimientos encontrados, pues él deseaba ser la persona más importante en su vida.

Finalmente llegaron al aeropuerto justo a tiempo. Abordaron el avión y se acomodaron en sus asientos. Fabrizio notó que la chilena se encontraba bastante nerviosa.

—Tranquila, Fátima. Gia estará muy feliz de verte. Me consta que ella no ha dejado de pensar en ti.

—¿Estás seguro?

—¡Claro! Ella habla de ti todo el tiempo y sonrío cada vez que le escribes. Debo admitir que, últimamente, ha sido el blanco de mis burlas por esto —dijo el actor con picardía—. Si mi amiga no te lo ha demostrado tanto, es porque no ha querido agobiarte. Ella espera que seas tú quien dé el primer paso. Fátima, considero a Gia como a una hermana, la conozco y sé que está enamorada de ti. ¡No tengas miedo, mujer! —el italiano sonrió y le dio un abrazo, esperando haber aliviado con esto la inquietud de Fátima.

—¿Siempre viajas en aviones privados? Esto es una maravilla —dijo mientras se lanzaba a uno de los cómodos sofás.

—No siempre. Antes era más frecuente, puesto que viajaba de un lado al otro por cuestiones de trabajo. Ahora solo lo utilizo cuando es necesario. —Fabrizio miró a la chilena con una sonrisa.

—¿Por qué me miras tanto? ¿Acaso tengo monos en la cara?

—Echaba de menos esas extrañas frases tuyas —respondió entre carcajadas.

—Eso, amigo mío, es hablar en chileno. A pesar de que llevo quince años viviendo en Argentina, soy chilena de corazón.

—Y más ahora que ganan campeonatos de fútbol, ¿verdad? —bromeó.

—¡Ni se te ocurra decir algo como eso frente a Gina porque te mataría! Estuvo casi tres días sin hablarme por haberme burlado de ella. Aunque mi única intención era bromear con ella, esa vez se lo tomó muy en serio —reveló Fátima entre carcajadas, recordando la reacción de su amiga.

—Te aseguro, Fátima, que cuando comience mi vida al lado de Gina, lo que menos haremos será hablar de fútbol.

—No digas más, por favor. Acabo de recordar los escandalosos gritos de mi amiga durante nuestra estancia en Bayahibe, así que puedo hacerme una idea de lo que te refieres.

—¿Nos escuchaste? —preguntó Fabrizio con incomodidad. Su rostro lucía muy rojo, era evidente que se había sentido avergonzado.

—¡¿Tú qué crees?! Mi habitación estaba al lado de la de ustedes. Solo quería que lo supieras —expresó, encogiéndose de hombros.

—Jajajaja... Estoy seguro de que tendrás la oportunidad de vengarte algún día. ¿Eres ruidosa? —preguntó con malicia, intentando hacerla sentir abochornada también.

—Para ser honesta, ni siquiera me acuerdo. Llevo demasiados años sin recibir un poco de acción —respondió, sintiéndose triste—. Durante años, me negué a dejar que la gente se me acercara, hasta que conocí a Gia. Ella derribó todas mis barreras.

—Ella es una muy especial, y la quiero mucho. ¿Sabes? Ella, al igual que tú, se había cerrado a la posibilidad de volver a enamorarse después de que le rompieran su corazón tantas veces. Estoy feliz de que se hayan conocido. —Suspiró—. Ella debe estar furiosa conmigo ahora, ya que está acostumbrada a que celebremos juntos su cumpleaños. Sin embargo, estoy seguro de que se le pasará el enojo cuando te vea.

—Es curioso que su cumpleaños sea el mismo día que la fiesta nacional de Chile. Recuerdo que, cuando hablamos al respecto, le dije que celebraría por partida doble. Por eso, brindaré por mi patria y por Gia, el amor de mi vida.

Puesto que todavía faltaban varias horas para que el avión aterrizara, decidieron aprovechar de dormir un rato. La nave poseía dos habitaciones pequeñas, las cuales estaban equipadas con una cama, un televisor y un reproductor de música.

En la soledad de su cuarto, Fabrizio no pudo evitar que todas las emociones que había sentido estando con Gina volvieran a él para atormentarlo un poco. Él amaba a esa mujer, y ella lo hacía muy feliz. Deseaba estar por siempre junto a ella, pues odiaba cómo se sentía cuando se separaban. Cerró los ojos y se durmió pensando en su *bellezza* argentina.

Fátima se acostó en la cama sin poder conciliar el sueño, puesto que el temor había vuelto a apoderarse de su corazón. Estaba segura de que no le importaba lo que opinaran los demás sobre su vida afectiva. Además, ya había reconocido que estaba enamorada de la italiana, pero ¿cómo sería vivir con ella? ¿Cómo se sentiría tener sexo con una mujer? Lo más cercano a aquello fue cuando estuvieron a punto de dar rienda suelta a su pasión en el hotel en Bayahibe. A pesar de que eran muchas las dudas que rondaban en su mente, ella estaba dispuesta a tener una relación

con ella. Por fin, se quedó dormida y soñó con los besos de aquella hermosa arquitecta.

Cuando el avión estaba pronto a aterrizar, tanto Fátima como Fabrizio salieron de sus habitaciones, sintiéndose más descansados. El actor se ubicó en uno de los asientos y se abrochó el cinturón. Luego le hizo una seña a la chilena para que se acomodara junto a él.

Gia estaba sorprendida por aquel viaje tan repentino de Fabrizio. Aunque era un excelente actor, ella lo conocía y no creía en la excusa que le había dado. ¿Le habían avisado a último minuto que debía filmar un comercial en el extranjero? ¡Imposible! Además, le molestaba que se hubiera ido justo ahora que era su cumpleaños. ¡Ni siquiera se había dignado en escribirle un mensaje! Cada año celebraban los dos primero y después disfrutaban de una fiesta en la que participaba toda la familia. Ella se sentía triste y decepcionada, no solo porque su amigo no estuviera con ella, sino porque también había esperado en vano que Fátima la saludara. Se habían escrito hace un par de días y, tras la conversación, de verdad creyó que la chilena sentía algo más grande que una simple amistad. No obstante, parecía que se había equivocado. Había recibido regalos —joyas y botellas de vino— por parte de muchos de sus conocidos, pero nada por parte de su amada o del actor. Decidió no seguir atormentarse, puesto que, al fin y al cabo, recién era mediodía. Quizás ellos le escribirían más tarde. Seleccionó en su iPod una lista de reproducción de canciones en español y comenzó a cantar a viva voz, mientras se preparaba una ensalada de frutas.

De pronto, su teléfono móvil empezó a sonar. Lo tomó con la esperanza de que fuera Fátima o Fabrizio. Sin embargo, era Luca.

—*Ciao, sorella. Hai notizie di Fabrizio? Chiamo e non mi risponde.* (Hola, hermana. ¿Has sabido algo de Fabrizio? Lo llamo y no me responde).

—*Fabrizio non è niente. Ho dimenticato il mio compleanno.* (No sé nada de Fabrizio. Se olvidó de mi cumpleaños).

—*E la sorella sembrano. Non perché non celebrare dove andiamo stasera?* (Hermana, ya aparecerá. ¿Dónde celebraremos esta noche?).

—*Non lo so. Non voglio veramente lasciare.* (No lo sé. No tengo ganas de salir)

—*E facciamo qualcosa. Buon compleanno mia cara Gia.* (Cualquier cosa, hablemos. Feliz cumpleaños mi querida Gia).

—*Grazie, caro Luca. siamo nella casa.* (Gracias, querido Luca, nos vemos en la casa).

Aquella llamada la había dejado sonriendo. Luca tenía la facultad de alegrarla siempre, pues era el más gracioso de los hermanos que la vida le había dado. Ambos chicos eran muy buenos. A pesar de que Luca era mayor que ella y Fabrizio, él nunca los dejaba solos y siempre los defendía. De hecho, todos los que alguna vez osaron burlarse de su condición sexual conocieron los puños de Luca Cacciatore. Si Fabrizio se había convertido en su confidente, él era su superhéroe personal. Gia los amaba intensamente. Ella jamás se vio como una intrusa en esa familia, pues ellos la habían hecho sentir parte de ella.

Cuando escuchó a Manuel Carrasco interpretando «Uno x Uno», ella subió el volumen del aparato y comenzó a cantar a todo pulmón lo que deseaba decirle a Fátima. Algún día —cuando tuviera el valor para hacerlo— se la dedicaría.

«Antes de que me quede sin corazón
Voy a decirte todo lo que me pasa.
Te quiero a cada instante lo sabe Dios
Aunque quererte tanto también me mata.
Es el viento en tu pelo, tu libertad

La que me muerde

Es el deseo constante de amarte más...»

Su teléfono volvía a sonar, pero como estaba distraída con la música, no le puso atención. En cuanto terminó la canción, notó que alguien la llamaba. Se apresuró en contestar cuando se fijó que se trataba de Fabrizio.

—¡Por fin apareces! Pensé que habías perdido mi número.

—Perdón, hermanita. Estaba trabajando. Tú sabes que jamás me olvidaría de ti, sobre todo en un día tan especial como hoy. Te traje un regalo, pero te lo daré más tarde. Nos vemos en la casa de nuestros padres. ¡Prepárate para un gran evento al más puro estilo de los Cacciatori!

—De acuerdo. ¿Nos veremos allá o te compadecerás de mí y vendrás a buscarme?

—Pasaré por ti en media hora —dijo Fabrizio mirando a Fátima, quien escuchaba, entusiasmada, a su amada—. Todo listo —informó a la chilena después de cortar la llamada—. Te quedarás sola por un rato, así que siéntete como en tu casa. Tendrás suficiente tiempo para preparar tu sorpresa mientras voy a buscar a Gia. Te enviaré un mensaje cuando estemos por llegar.

—¡Ay, estoy nerviosa! —exclamó la mujer.

—Tranquila. El solo hecho de verte la pondrá feliz, así que no te preocupes —Fabrizio le brindó un fuerte abrazo para transmitirle calma.

—Ve a buscarla, no la hagas esperar. Yo le avisaré a Gina que ya llegamos. No será el mensaje que de verdad espera, pero será mejor que nada —comentó, guiñándole un ojo.

El actor cogió las llaves de su Maserati Quattroporte gris y salió apurado de su casa. Gia era muy estricta con la puntualidad, así que tendría que poner a prueba la velocidad de su automóvil, puesto que iba atrasado. Manejó rápido, pero con precaución y llegó justo a la hora pactada. Su amiga estaba aguardándolo fuera del edificio en el que vivía. Lucía un vestido corto y con un escote bastante pronunciado, era blanco con detalles dorados. Combinó el atuendo con sus amados Louboutin blancos.

—¡Llegué a tiempo! —habló Fabrizio en cuanto se bajó del auto.

—No si consideramos que ni siquiera me llamaste para saludarme. Eres un muy mal amigo —expresó Gia con un fingido mohín de molestia—. Démonos prisa, no quiero hacer esperar a la familia.

Fabrizio le abrió la puerta del copiloto con galantería. Ella, de inmediato, comenzó a buscar una estación de radio que le agradara.

—Por favor, no quiero escuchar ninguna canción romántica. Hoy necesito algo más alegre —solicitó el actor.

Gia era consciente del esfuerzo que estaba haciendo Fabrizio para aparentar que estaba bien. Esperaría el momento adecuado para hablar con él al respecto. No necesitaba ser adivina para saber que su semblante melancólico se debía a Gina.

Cuando llegaron a la casa de la familia Cacciatori, Felicia, la cocinera, salió a recibirlos.

—¡Ciao miei bambini! —saludó la mujer. Para ella, tanto Luca, como Fabrizio y Gia siempre serían sus niños, ya que trabajaba con la familia desde que ellos eran bebés—. ¡Feliz cumpleaños, querida! —Deseó a Gia antes de darle un efusivo abrazo. La cumpleañosera repartió varios besos en el rostro de Felicia. Aquella mujer era parte importante de su vida, pues había actuado de manera muy maternal con ellos.

—¡Miren quién llegó! ¡Feliz cumpleaños, hija! —expresó Don Luca a la joven que se había ganado con honores un lugar en su corazón—. María ya viene. Ustedes saben que su madre siempre se hace esperar, como todo lo bueno en la vida. —El patriarca se aproximó a su hijo y lo

besó en la frente—. ¿Dónde estuviste, hijo? Nadie supo de ti.

—*Babbo*, tengo algo que contarte —susurró Fabrizio al oído de su padre—, pero Gia no debe enterarse.

—Hija, ¿por qué no vas a traer a mamá? Dile que solo falta que ella se nos una.

Si bien a Gia le pareció sospechoso ese secretismo entre los dos, no hizo ningún comentario al respecto y obedeció a su padre.

—Vamos al despacho —sugirió Don Luca. Al llegar, se encontraron con Luca—. ¿Qué haces aquí, hijo?

—Estoy escondiéndome. Los niños y yo estamos jugando —respondió Luca, quien se sentía feliz con sus mellizos—. Si necesitan privacidad, puedo buscar otro lugar donde ocultarme.

—No, hermano. Quédate, por favor —Fabrizio se sirvió un trago del brandy que su padre guardaba con celo y, a continuación, les contó a ambos de su viaje a Argentina. Les informó que Fátima estaba aguardando en su casa y le confidenció a su hermano que él también se había enamorado.

—¡Uf! Son muchas novedades en un solo día. Así que Fabrizio se enamoró. Eso sí que es una sorpresa. —Luca no desaprovechó la oportunidad para bromear con la situación—. Con respecto a Gia, finalmente entiendo el cambio en su actitud desde que volvieron de sus vacaciones. Espero que esa mujer la haga feliz.

—Estoy seguro de eso. Ellas se quieren mucho. Fátima también lo ha pasado mal en su vida. Sin embargo, también desea una oportunidad para ser feliz. Ella dejó todo atrás por nuestra hermana.

—Hijos, esta conversación está muy interesante, pero debemos volver con el resto de la familia. Imagino que deben estar esperándonos.

Cuando Don Luca abrió la puerta de su despacho, sus dos nietos se lanzaron sobre él para abrazarlo.

—¡Nonno, los estábamos buscando! —exclamaron Bruno y Blanca al unísono, mirando a su abuelo con adoración.

—¡Papa! Queremos saludar a la tía Gia —manifestó Bruno.

—¿Y no van a saludar a su tío favorito? —preguntó Fabrizio extendiéndoles los manos. Cuando los chicos corrieron hacia él, los tomó a ambos entre sus brazos y caminó con ellos hasta el comedor.

Disfrutaron de la cena entre conversaciones y bromas. Cuando llevaron el pastel hasta la mesa y le cantaron a Gia «*Tanti auguri*», ella deseó en silencio volver a ver a su amada antes de soplar las velas. No obstante, nunca imaginó que su anhelo estaba por cumplirse. Luego llegó el momento de hacer la entrega de los regalos. Los más pequeños eran los que estaban más entusiasmados. Gia, agradecida, recibió varias cajas de bombones y un par de zapatos de su marca favorita. La última en hacer entrega de su presente fue María.

—Tú sabes lo importante que eres para mí, así que quisiera darte algo muy especial —dijo abriendo una cajita que contenía un anillo de diamantes—. Todas las mujeres de esta familia tenemos uno igual. Analía ya tiene el suyo, y Blanca recibirá el suyo en el futuro, al igual que las mujeres que se ganen tu corazón y el de Fabrizio. —Gia dejó caer las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Colocó el anillo con delicadeza en su dedo anular y abrazó a su madre. Ambas lloraban, pues aquella era una muestra del amor sincero que las unía. Todos en el comedor estaban muy emocionados con el gesto.

—*Mamma*, eres la mejor del mundo. Este es el mejor regalo del mundo. Haría cualquier cosa por ustedes, porque son mi familia y les amo. —Gia se sentía muy conmovida. Todos se

acercaron para darle un gran abrazo familiar.

A continuación, Fabrizio le dijo a Gia que debían retirarse, ya que necesitaban pasar por su casa para buscar el presente que él le tenía preparado. Con una seña, advirtió a su padre y a su hermano con el fin de que ellos pusieran al tanto a los demás sobre aquella sorpresa.

Fátima caminaba nerviosa por el hermoso y sereno jardín de la casa de Fabrizio, quien le había avisado que él y Gia ya iban en camino. La mujer se apresuró para organizar los últimos detalles para impresionar a su amada.

Un camino de antorchas conducía hacia aquel espacio verde y lleno de flores fragantes, en el cual había dispuesto una mesa. Sobre ésta, descansaba un delicioso pastel de chocolate, una botella de vino y dos copas. Fátima sostenía más de cien globos, los cuales estaba usando para esconderse.

Al llegar a la casa, Gia se sentía ansiosa por saber cuál era la sorpresa que su amigo le tenía.

—Tu regalo está en el jardín. Ve a buscarlo —dijo Fabrizio a la chica, quien se encontraba intrigada. Ella caminó, fascinada, por el sendero de antorchas y observó la mesa algo extrañada. «¿Por qué este hombre me habrá preparado una cena que luce tan romántica?», pensó.

—¿Qué mierda significa esto?! —Gia notó la enorme cantidad de globos y sonrió, dado que aquel era un detalle muy lindo. La italiana llevó la vista hacia arriba cuando éstos comenzaron a elevarse al cielo. De pronto, una voz familiar la sacó de su trance:

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó Fátima con alegría.

Gia vio a Fátima allí, frente a ella. Su corazón comenzó a bombear con fuerza.

—Espero que te guste mi regalo, puesto que tuve que hacer un largo viaje para traértelo —expresó Fabrizio a su amiga, quien estaba estupefacta.

—¡Fáti! —gritó la italiana—. ¿Cómo...? ¿Cuándo llegaste?

Fátima, sin poder contenerse por más tiempo, se acercó para besarla con ansia. Gia respondió con una necesidad que casi dejó a su amada sin aliento.

Fabrizio —que observaba la escena desde lejos— abandonó el lugar con discreción. Buscó en el bolso de su amiga las llaves de su departamento, buscó algo de ropa y se fue para darles la privacidad que merecían.

—Gia, te he extrañado mucho —admitió, interrumpiendo el beso—. Te vine a buscar, ya que no puedo ni quiero pasar un segundo más sin ti. —Fátima secaba las lágrimas de su chica con ternura—. Te amo, Giannina Palacci, y ésta es la primera de las muchas veces que te lo diré.

La arquitecta jamás se había sentido tan feliz. Ella nunca imaginó que su chilena iría por ella para que estuvieran juntas.

A medida que los besos subían de intensidad, Fátima se mostraba algo intranquila, pues no sabía bien qué sucedería a continuación. Solo pensaba en que quería sentir a Gia más cerca de ella, tocarla y fluir según le dictara su instinto.

—Solo déjate llevar —aconsejó Gia, adivinando los pensamientos de Fátima—. Permíteme complacerte.

—Sí, hazlo, por favor. No quiero dejar que el miedo me domine. Te deseo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para eso. Por ahora, lo mejor será que disfrutemos de esta linda velada. Bebamos un poco para que nos relajemos —propuso Gia, descorchando la botella—. ¡Vino chileno! Hace tiempo tuve la oportunidad de degustar un excelente Cabernet Sauvignon del valle de Colchagua, ¡era una delicia! —aseguró mientras leía la etiqueta de ésta.

—Todo lo que viene de Chile es bueno —dijo Fátima con picardía, mientras recibía su copa.

—No conozco mucho sobre la cultura de tu país, pero me gustaría que me lo enseñaras —

respondió con un tono seductor—. Brindemos por ti, Fátima Undurraga, porque le diste un giro a mi vida. En cuanto te conocí, provocaste un revuelo de emociones en mi interior. Sé que enamorarse de una chica por primera vez puede ser un poco intimidante y comprendo que necesites tiempo para adaptarte, así que quiero asegurarte que cuentas con mi apoyo. Quiero estar contigo por siempre, pero iremos a tu ritmo.

—Ya no quiero esperar. Perdimos demasiado tiempo por causa de mis inseguridades. Quiero estar contigo y despertar a tu lado cada mañana. Deseo que nuestras miradas se encuentren cada día. Te amo.

—Ven —invitó la italiana, extasiada—. Vamos a mi cuarto, estaremos más cómodas allí. —Entrelazó sus dedos con los de Fátima y la guió. Ella se sentía en completo control de la situación y deseaba transmitirle seguridad a su amada—. Lo único que debes hacer es sentir. No pienses en nada. Simplemente disfruta del placer que planeo darte. Cuando estábamos en Bayahibe, me quedé con las ganas de desnudarte y acariciarte, pero esta vez no me voy a contener. Ésta es tu última oportunidad para dar marcha atrás si lo deseas —advirtió entre besos apasionados. Apoyó a la chilena contra la puerta de la habitación mientras esperaba que ella le diera una respuesta.

—No me arrepentiré, ya que deseo estar contigo. Quiero que me toques y me hagas gemir de gozo —contestó con seguridad. Para demostrarle que hablaba en serio, la chilena tomó la iniciativa y la besó con frenesí mientras deslizaba su mano por el escote de Gia hasta alcanzar uno de sus senos.

—Aprendes rápido —dijo la arquitecta, quien disfrutaba de las caricias de Fátima—. Necesito que te gires contra la pared para quitarte el vestido. —Luego de dejar caer la prenda al suelo, Gia besó la espalda de su amada con ternura antes de quitarle el sostén. Después lamió su lóbulo suavemente y la volteó para que volviera a enfrentarla. Continuó paseando su lengua por cada porción de piel entre el cuello y uno de sus senos, provocándole a Fátima espasmos de placer. Para su sorpresa, la chilena estaba al borde del orgasmo sin siquiera haber alcanzado su clítoris. Exploró la vagina de la mujer para comprobar qué tan mojada estaba—. Estás tan húmeda —murmuró en su oído.

«Esto se siente tan bien. No sé si pueda soportar mucho más», pensó.

La italiana, al notar lo cerca que Fátima estaba del clímax, aceleró el movimiento de sus dedos hasta que sintió que la vagina de su amada palpitaba. Aquella reacción la hizo sentir feliz y agradecida, pues se había entregado por completo a la experiencia.

Fátima sintió que el orgasmo había sido demoledor. Estaba casi sin fuerzas y sin aliento, sin embargo, dichosa al mismo tiempo. Abrió los ojos y se encontró con la mirada —turbia por la lujuria— de Gia, quien la besó con devoción.

—Te amo, Fátima Undurraga.

—Eres maravillosa, Gia. Nunca pensé que me sentiría de esta forma. Si antes te amaba, ahora lo hago más. —A pesar de que Fátima seguía con su braga puesta y Gia no se había desvestido aún, ambas se sentían desnudas, expresando sus sentimientos a través de tiernas caricias.

Fátima quiso igualar las condiciones y le quitó el vestido con delicadeza antes de llevarla a la cama—. Acompáñame, quiero sentir tu piel.

La pareja volvió a hacer el amor. No obstante, fue Fátima quien tomó las riendas de la situación en esta ocasión. La chilena la había acariciado con pericia, brindándole un gozo que no había sentido en años. La mujer a su lado la había hecho volver a creer en el amor.

Se durmieron en la madrugada luego de horas de amarse. Las dos terminaron despeinadas, desnudas y con sus cuerpos entrelazados.

Capítulo XXII

«Revelaciones».

Micaela conducía de regreso a Rosario sintiéndose intranquila, ya que no sabía lo que José podría llegar a hacer al despertar. Lo más seguro era que la buscaría. Por fortuna, él no tenía noción de la ubicación del rancho en el que vivía.

Iba distraída hasta que la emisora programó la canción «*Sorry*» de Beyonce, recordándole todo lo dejado atrás.

«... Now I'm the one that's lying
And I don't feel bad about it
It's exactly what you get
Stop interrupting my grinding...»

El ritmo alegre de la canción ayudó a aliviar su nerviosismo. Realizó el resto del trayecto en compañía de la música que transmitían en la radio, lo que la ayudó a despejar, en parte, sus pensamientos.

Después de estacionar su auto frente a la casa principal, entró para saludar a los abuelos de Martina. De pronto, encontró a Amaro paseándose sin camisa. Micaela quedó pasmada frente a aquel cuerpo tan bien esculpido. Él, quien se dirigía a la cocina, no había reparado en la presencia de la muchacha. A causa del intenso calor, el joven aprovechó de usar el resto de agua que llevaba en su vaso para mojar su torso. Micaela no conseguía cerrar su boca, se encontraba al borde de las llamas. En ese preciso instante, Amaro la notó, se acercó a ella y la abrazó dándole un sonoro beso en la mejilla.

—¡Volviste! —Se separó de ella de prisa tras darse cuenta de que la estaba mojando—. Perdón, Micaela, te dejé empapada.

—No, no te preocupes —balbuceó, tratando de salir del trance que le había causado el abrazo de Amaro—. Estoy feliz de haber regresado.

—¿Me extrañaste? Porque yo casi me vuelvo loco sin ti —admitió con sinceridad.

—Sí, lo hice. De hecho, me alegra volver a verte —confesó antes de abrazarlo nuevamente.

Amaro fue a buscar un manojito de llaves y se lo entregó a Micaela.

—Tu casa está en las mismas condiciones que la dejaste. Si quieres te acompaño hasta allá —ofreció, extendiéndole la mano, la cual ella aceptó sin pensarlo dos veces.

Durante el tiempo que Micaela había pasado en aquel rancho, había residido en una casa que —poco a poco— había convertido en su hogar. Era un lugar pequeño, pero muy comfortable. Poseía una silla mecedora, una mesa y algunas plantas en el exterior que le daban calidez a aquel espacio.

—Gracias por cuidar de mis plantas.

—Vine todos los días y seguí al pie de la letra cada una de tus instrucciones.

—Muchas gracias —dijo, abriendo la puerta e invitándolo a entrar—. ¿Quieres un café? Es lo único que puedo ofrecerte por ahora, ya que todavía no voy a la ciudad a hacer las compras.

—No te preocupes, el hecho de que estés aquí es suficiente para mí.

Micaela sabía que debía contarle su historia a Amaro, puesto que no deseaba que él se hiciera una imagen errónea de ella. Su experiencia le había enseñado que la sinceridad era esencial en una relación. Ella fue, durante bastante tiempo, la amante de un hombre casado y lo sabía. Por si fuera poco, aquel sujeto casi le doblaba en edad y la había herido. La muchacha debía confesarle

también que se había ido para vengarse por el daño causado. Sin embargo, le aterraba que, después de confesarle la verdad, el joven no quisiera volver a verla. Amaro le había demostrado que podía existir un amor así de sano y le había dado nuevas esperanzas. No obstante, él merecía comenzar aquella relación sin las sombras del pasado de ella.

—Amaro, tenemos que hablar. Hay cosas de mí que necesito contarte.

—No me asustes, Micaela. ¿Qué sucede? —contestó bastante intrigado por la actitud de ella.

—Primero tomemos asiento. Espero, de corazón, que me escuches y puedas aceptarme.

Micaela se acomodó en un sofá y luego comenzó a relatarle su experiencia con José, intentando no dejar atrás ningún detalle. No se sentía orgullosa de su comportamiento, en especial por haber involucrado a Martina en su revancha. Ella sabía que su amiga y Amaro eran muy cercanos y no le perdonaría si algo le ocurría a la chica.

Amaro permaneció en silencio sin saber cómo reaccionar. No podía creer que esa mujer de apariencia dulce e inocente hubiera sido capaz de hacer todo lo que ella le había confesado.

—Micaela, necesito tiempo para pensar, pues no me gustaría decir algo de lo que después pueda arrepentirme.

La muchacha entendió sus reparos e intentaba contener sus lágrimas, más éstas caían por sus mejillas.

—Sé que es difícil aceptar lo que acabo de decirte, pero prefería ser honesta contigo. No quiero perderte, Amaro, de verdad. Tú eres el hombre más especial que he conocido. Sé que actué y espero que logres perdonar mis errores. Me gustaría que me dieras una oportunidad.

Amaro secó las lágrimas de la muchacha con el reverso de su mano. La piel del hombre estaba curtida por el trabajo duro del campo, sin embargo, Micaela sintió que aquella caricia era de una suavidad máxima.

—Esto es muy difícil para mí. Te prometo que te daré una respuesta en cuanto la tenga —aseguró antes de depositar un tierno beso en su frente.

—Tómate tu tiempo. Cuando estés listo, podremos conversar. Solo deseo que me des la oportunidad de amarte. —La chica se sentía muy triste, pero sabía que la reacción de Amaro frente a aquella situación era natural. A pesar de su desdicha, había tomado la decisión correcta, puesto que Amaro merecía conocer aquellos hechos. Ella se estaba enamorando de él y, por lo mismo, le daría el espacio necesario para que él pudiera tomar una decisión.

Si bien Amaro quería decirle que su pasado no le importaba y que creía que podían empezar de cero, su orgullo se lo impedía. Él se había hecho una imagen idealizada de ella, pero se había equivocado. Sus emociones eran un caos en su interior, así que decidió salir de allí, pues no quería actuar de forma precipitada y herirla. A pesar de todo lo que ella le había confesado, él la quería mucho. No obstante, no podía entender cómo ella había sido capaz de comportarse de esa manera.

—Micaela, agradezco tu sinceridad. Para cualquiera hubiera sido más fácil quedarse callada, pero has decidido ser honesta y abrir tu corazón. No sabes cuánto valoro eso. Solo necesito un par de días. Tendremos esa conversación antes de lo que imaginas.

Cuando Amaro dejó la casa, ella empezó a llorar con desconsuelo. El joven alcanzó a oír sus lamentos. Él deseaba volver para abrazarla, besarla y hacerle el amor, al igual que en sus fantasías. Sin embargo no deseaba ser impulsivo. El tiempo le daría la calma que necesitaba. Micaela ya había sufrido suficiente, y él no quería ser el causante de más dolor. El joven estaba seguro de que eso sería exactamente lo que haría si no conseguía aceptar el pasado de ella.

Micaela se levantó de su asiento y se fue a su habitación, puesto que no quería que nadie la escuchara llorar. Una vez en su cuarto, encendió su reproductor musical. Después de haberse

desahogado, se quedó más tranquila. De pronto, comenzó a sonar una canción que la hizo sonreír. Más animada, se secó las lágrimas y llamó a su amiga para contarle lo ocurrido con su primo. Le rogó que no hablara con él sobre el tema, puesto que no quería que nadie interfiriera en su resolución. Si Amaro pretendía entablar una relación con ella, debía sentirse seguro con su decisión.

Martina le prometió que se mantendría al margen. No obstante, aprovechó que su amiga no podía verla para cruzar los dedos, ya que no permitiría que su primo perdiera a una mujer tan espectacular como Micaela. De ser necesario, le haría entender a golpes que ella y él merecían darse una oportunidad para ser felices juntos. Su intención no era defraudar a su amiga, pero sabía que Amaro, a pesar de ser un hombre magnífico, también era terco y orgulloso.

José, sobresaltado, despertó de un sueño tormentoso. No obstante, pronto se dio cuenta de que aquella pesadilla era la realidad. Intentó moverse, mas no pudo. Se encontraba desnudo y amarrado a una cama desconocida. Le dolía mucho la cabeza. Poco a poco comenzó a recordar lo sucedido: Micaela le había tendido una trampa. En cuanto consiguiera escapar, ajustaría cuentas con ella. Esa muchachita no se burlaría de él impunemente. Tiró de las cuerdas con fuerza. Sin embargo, lo único que logró fue que los nudos apretaran más sus muñecas. Era imposible liberarse de aquellas ataduras. La ira bullía en su interior, provocando que crecieran sus ganas de encontrar a Micaela y a su amiga. Aquella venganza había sido un acto bastante infantil, así que no valía la pena volverse loco. Si quería resolver cómo salir de allí, primero debía calmarse.

Habían transcurrido varias horas cuando escuchó que alguien abría la puerta de entrada. Sonrió, pensando que Micaela había regresado por él, pero se sorprendió cuando una mujer desconocida se asomó a la habitación. Ella, al verlo, no pudo disimular su expresión de horror por aquella escena.

—¿Quién eres?! ¿Qué haces aquí?! —gritó ella—.

—Alguien me drogó y me dejó aquí en estas condiciones —explicó, mientras movía las cuerdas—. Ayúdeme, por favor —suplicó José. Esa mujer era la única que podía liberarlo de sus ataduras, por eso debía ser muy cauto con sus palabras. No le convenía espantarla todavía más.

—¿Y por qué tendría que hacer eso? Estoy segura de que la persona que te hizo esto consideró que te lo merecías. Ustedes, los hombres, son todos unos desgraciados, unos asquerosos y sinvergüenzas. Lo más probable es que esto haya sido obra de alguna amante despechada con quien te comportaste como un infeliz, ¡y yo no ayudo a nadie así!

José se sentía muy intimidado y deseaba salir de ahí cuanto antes, pero la mujer no le había dejado decir ni una palabra.

—¿Qué puedo hacer para que me crea que necesito de su ayuda? —insistió con ojos suplicantes.

—Sé que la necesitas, no soy estúpida —respondió la mujer, cogiendo una sábana para cubrir con ella la zona íntima de José—. El asunto es que yo no quiero hacerlo. —Su actitud era desafiante.

—¿Puedo saber su nombre? —preguntó. Necesitaba encontrar un modo para tranquilizarla, ya que ella parecía ser un potencial peligro para su integridad física.

—Queti —contestó.

—¿Queti? —repitió José con curiosidad.

—Sí, Quetimporta —expresó entre risas—. Noemí... No tendría por qué haber respondido a tu pregunta, porque no te debo nada, pero ese es mi nombre. Te advierto que, si intentas hacerte el simpático conmigo para seducirme, perderás tu tiempo. Yo no me involucro con cualquiera y,

por lo que pude notar antes, no tienes nada que me impresione.

José tuvo que morderse la lengua para no responder a las burlas de aquella mujer. Se encontraba a punto de mandarla a la mierda, pero si deseaba irse, debía contenerse y permanecer calmado.

—Por favor, Noemí, sáqueme de aquí y le daré lo que me pida. —Volvió a pedir, desesperado.

—La verdad es que no tienes nada para ofrecerme que me pueda interesar. Te voy a soltar. Sin embargo, lo haré solo porque necesito limpiar el departamento, ya que mañana regresa la dueña. —La mujer lo desató y le tiró la ropa que estaba en el suelo—. Tienes dos minutos para desaparecer de aquí o llamaré a la policía.

—No se preocupe, me iré de inmediato. —José se vistió y salió tan rápido como pudo.

Cuando llegó a su casa, se dirigió en silencio al baño y se duchó. Aquel hecho no pasó inadvertido para sus hijos.

—¿No se supone que papá había cambiado? —cuestionó Alejo con tono sarcástico a su hermana—. Se fue el sábado y recién hoy aparece. ¿Dónde estuvo estos tres días? Ni siquiera se preocupó de llamarnos para saber si estábamos bien o para avisarnos que se iba a quedar fuera de casa, ¡igual que siempre!

Azul fue incapaz de responder. Ella amaba a su padre, sin embargo, Alejo tenía razón.

Gina entró a la sala en donde se encontraban sus hijos sin hacer comentarios sobre la desaparición de José.

—¿Están listos, chicos? No se vayan a atrasar —dijo antes de partir al trabajo—. Si se apuran, podría acompañarlos por un par de cuadras de camino a la escuela antes de irme a trabajar.

—Está bien, mamá. Vamos —respondió Alejo, entrelazando su brazo con el de su madre.

Los tres salieron juntos de la casa, dejando solo a José.

Cada día que transcurría lejos de Fabrizio era una tortura para Gina. Había pasado casi un mes desde su reencuentro en el hotel. Ella recordaba a su amado a diario, mientras su tristeza se hacía más y más pesada. Por si fuera poco, la vida al lado de su marido era inaguantable. Si bien solía comportarse de forma muy afable con ella frente a sus hijos, cuando estaban solos la humillaba constantemente. Por si fuera poco, él la obligaba a tener sexo con él, aunque ya no se desearan el uno al otro. A pesar de esto, José lo hacía para demostrarle a su esposa que era él quien tenía el poder en esa relación. Gina jamás actuaría de algún modo que pudiera ser perjudicial para sus hijos. Si bien intentaba usar cualquier pretexto para evitar que él la tocara, a veces, él la forzaba. Cuando sucedía eso, la mujer cerraba los ojos e imaginaba que era su italiano quien le hacía el amor.

José sabía que Gina no lo deseaba, pero no le importaba. Obligarla a tener sexo con él era otra forma de hacerle pagar por todo lo que le debía.

Gina aún seguía hablando con Fabrizio, aunque sus conversaciones eran cada vez más esporádicas. Él estaba demasiado ocupado con la obra de teatro, y ella no quería distraerlo. Cuando hablaban, ella trataba de aparentar que todo estaba bien, dado que temía a la reacción del actor si llegara a enterarse de los problemas que tenía con José. De todas formas, el italiano intuía que ocurría algo extraño. A él le martirizaba no estar junto con su amada. Trabajaba gran parte del día, se ejercitaba y llegaba exhausto a su casa para dormir, con la esperanza de que el cansancio le ayudara a no pensar que su historia de amor podría acabarse en cualquier minuto.

Gina se sentía muy sola. Ahora ni siquiera tenía a su amiga cerca para desahogarse con ella, pues Fátima había decidido establecerse de manera definitiva en Italia. La chilena iba a cerrar su

negocio e iba a vender la casa en la que había vivido durante los últimos diez años, así que Gina debía asegurarse que no quedara ningún trabajo pendiente en la oficina. Ella y Fátima hablaban con bastante regularidad, pero evitaba contarle los últimos hechos para no arruinarle su felicidad. Sin embargo, no era necesario que la argentina hablara de su dolor, pues era evidente. Fátima estaba segura de que su amiga lo estaba pasando muy mal y se lo comentaba a su pareja con tristeza.

José entró a la cocina luciendo una sonrisa radiante. Su familia, que se encontraba desayunando en ese momento, quedó sorprendida por su actitud. Pronto se dieron cuenta de que su felicidad se debía a que su entrevista había sido publicada. Aquella sería una excelente publicidad para su candidatura. Le pasó la revista a su hija para que la leyera, puesto que fue la única que mostró algo de interés. Alejo y Gina continuaron comiendo como si nada hubiera pasado.

—En la tarde tendremos que asistir a un evento que organiza la asociación. Es indispensable que vayamos todos —dijo José, haciendo énfasis en la última palabra—. Los necesito conmigo en ese momento. Esto es muy importante para mí —agregó con la voz más dulce de la que fue capaz luego de notar que su hija lo miraba con el ceño fruncido.

—Lo siento, papá, pero yo no tengo ningún interés en ir. Sabes que estoy molesto contigo porque todavía no firmas la autorización para el ingreso a la academia. No necesitas fingir que te importa mi presencia —dijo Alejo.

—Hijo, ¿por qué no acompañamos a tu padre y después discutimos el asunto de la firma? —sugirió Gina. Si bien le encontraba la razón a su hijo, ella no quería que José se desquitara con Alejo con el fin de herirla.

—¡No! No me interesa aparentar que somos esa familia feliz que él pretende mostrarle a todos. Mamá, no entiendo por qué lo defiendes. ¿Acaso estás de acuerdo con él?

—¡Por supuesto que no! Tú sabes que yo te apoyo, pero no conseguirás nada si sigues provocando a tu papá.

—¡Estoy desesperado! ¡Se me acaba el tiempo para entregar los documentos!

—No te preocupes, hijo —le susurró al oído—. Ya veré qué puedo hacer para que obtengas la autorización. Por ahora, intentemos mantener el ambiente en paz, por favor.

Alejo aceptó a regañadientes, esperando que su mamá efectivamente pudiera ayudarlo.

Una vez en la fiesta, la familia Machado Ávalos se mostraba unida frente a los asistentes. Sin duda, la reunión estaba resultando ser todo un éxito. José posaba con una sonrisa para las fotos, llevando a cabo el papel de esposo y padre ejemplar delante de todos los asistentes.

—¡Cambia tu actitud de inmediato! Sabes lo que pasará si no me obedeces —amenazó José al ver el rostro de disgusto de su esposa, quien esbozó una pequeña sonrisa como respuesta—. Te quiero linda y sonriente, de lo contrario, no me sirves.

Cuando Fabrizio llegó a su casa, se sentía agotado. Lo único que quería era darse una ducha y dormir, pero extrañaba tanto a su argentina que decidió enviarle un mensaje. Tenía la esperanza de que ella estuviera conectada para que pudieran conversar un rato. Cogió su iPad e ingresó a sus redes sociales. Al notar, desilusionado, que ella no estaba en línea, le envió una pegatina virtual de un oso panda que llevaba un corazón entre sus brazos. No le escribió ningún mensaje, deseaba esperar a que ella le contestara. Frustrado, intentó distraerse un ratro navegando por internet hasta que se encontró con la página web de una famosa revista argentina. Al leer el

titular, quedó devastado: «Mi familia es lo que me da felicidad». Debajo de aquella cita había una fotografía en la que aparecía Gina de la mano de su marido, quienes posaban junto con sus hijos. Todos se veían muy contentos. La rabia no tardó en apoderarse de él, quien lanzó el aparato contra la pared, rompiéndolo. Ahora entendía el extraño y esquivo comportamiento de ella durante los últimos días. La argentina había decidido darle una nueva oportunidad a su familia, desechando el amor que sentía por él. Recogió el aparato y lo arrojó a la basura. Luego, con su teléfono móvil, la bloqueó en cada una de las redes sociales. Si ese era el plan de Gina, él la dejaría en paz para que fuera feliz con su familia. No hacía esto porque no la quisiera, sino que todo lo contrario. Su amor por ella era tan grande que deseaba que fuera feliz, incluso si no era a su lado.

Para evitar destrozar su casa, se dirigió a su gimnasio particular. Allí descargaría la ira que sentía golpeando el saco de boxeo con todas sus fuerzas. No entendía cómo ella había olvidado con tanta facilidad el amor que se habían prometido. Sabía que su situación era difícil, pero nunca imaginó que ella se rendiría tan rápido.

Encendió la radio y subió el volumen de la música al máximo, ya que así podría canalizar mejor su energía, a través del rock y el entrenamiento. Necesitaba desprenderse de su dolor, razón por la cual comenzó a golpear el saco sin siquiera ponerse los guantes. Esperaba que sus lágrimas fueran capaces de aliviar su padecimiento, pero le era imposible dejar de pensar en ella.

Fabrizio no podía evitar sentirse identificado con la canción de Linkin Park: «*In the end*»

«... *I had to fall*

To lose it all

But in the end

It doesn't even matter...»

Golpeaba cada vez con más fuerza, sin que le importara que sus puños estuvieran sangrando. Sus heridas físicas eran insignificantes en comparación con las que sentía en su corazón. El dolor no lo dejaba razonar y ya no sabía qué hacer. Gina había decidido tomar el camino más fácil y no había sido capaz de decírselo.

A Gina le parecía extraño que Fabrizio hubiera dejado de escribirle de la noche a la mañana. Ella intentó comunicarse con él, sin embargo, sus mensajes no le llegaban. Pensó que tal vez su móvil tenía algún problema, así que no siguió insistiendo. En otro momento volvería a intentarlo. Se cambió de ropa en el baño para evitar a José. No obstante, para su mala suerte, él la estaba esperando sentado sobre la cama.

—No podrás librarte de mí esta noche, querida esposa —dijo José con voz lasciva—. Estoy tenso y necesito relajarme. Quítate ese pijama, ven a la cama y abre las piernas. Por lo menos sirves para eso.

—Ni se te ocurra tocarme, José —advirtió la mujer.

—¿O qué?! ¿Quieres que hable con los chicos? Esa sería una conversación muy interesante.

—¡Estoy harta de tus amenazas! Ya que te sientes tan comunicativo, ¿por qué no les cuentas acerca de tus amantes también? —desafió.

—Lo que yo haga no es de su incumbencia. Yo soy quien tiene el control de la situación, no tú. Sabes que tu única opción es obedecerme, puesto que el respeto que te tienen Alejo y Azul está en mis manos.

Derrotada, Gina se desnudó. Le aterraba lo que él pudiera decirle a los chicos. Nuevamente, tuvo que evocar a Fabrizio para poder tolerar el tacto de su esposo. Esa era la única manera en

que lograba encender su cuerpo. Ella solo quería exhibir su cuerpo frente a su italiano y sentir sus caricias. José, por su parte, la penetraba pensando en su propia satisfacción. Gina, con los ojos cerrados, susurraba el nombre de su amado. Se encontraba tan abstraída en sus ensoñaciones que no se percató que había mencionado a Fabrizio cuando su marido acabó dentro de ella.

—¿En quién demonios estás pensando?! ¿Quién mierda es Fabrizio? —cuestionó José con ira—. ¡Claro, ahora entiendo muchas cosas! ¡Yo tenía razón, maldita mujer! ¡Tú te acuestas con otro hombre! ¡¿Cuánto tiempo llevas engañándome?! —José aumentaba poco a poco el volumen de su voz.

Gina no sabía qué responder. Solo atinó a volver a ponerse su pijama. Estaba paralizada por lo que acababa de suceder.

—¿Qué pasa?! —gritó Azul desde el otro lado de la puerta. José se apresuró en abrirle, y los dos hijos entraron a la habitación.

—¡Tu madre me engaña! Ella tiene un amante, me lo acaba de confesar —aseguró con fingida tristeza.

—¿Eso es cierto, mamá? —preguntó Azul.

—Hija... —La voz de la joven la había sacado de su estado de estupefacción. Quiso explicarles sus motivos, pero el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar.

—Responde: sí o no —insistió—. ¿Tienes un amante? ¿Es por eso que no querías darle otra oportunidad a papá? ¡Contesta! —demandó.

—¡Por supuesto que es verdad! —José interpretaba el papel de víctima a la perfección—. Azul, Alejo, ustedes son testigos de cuánto he intentado ser un mejor padre y esposo. No obstante, si tu madre ama a otro hombre, yo no puedo hacer nada.

—¡Eres una cualquiera! —incurrió la joven a su madre—. ¡Te odio! No te quiero volver a ver jamás. Acabas de destruir a esta familia. —Se acercó a su padre para consolarlo, quien la abrazó y sonrió con malicia. Aquel gesto no pasó desapercibido para Alejo.

—Tienes que irte de esta casa, Gina. Nuestros hijos no te quieren cerca, y yo mucho menos.

—Nos debemos una conversación, Azul. ¡Tienes que escucharme! —Gina intentó acercarse a su hija, pero ella no se apartó del lado de su padre.

—No tengo nada que hablar contigo. Ya te dije que no quiero saber de ti. Te odio —repitió.

—Algún día conocerás mi versión de la historia y te darás cuenta de que has actuado de forma injusta conmigo. Ahora me iré. Sin embargo, este tema lo tendremos que discutir tarde o temprano. —Las palabras de Azul la habían herido más que cualquier cosa que pudo haberle hecho José.

Gina cogió algunas de sus pertenencias y las metió en un bolso. Luego buscó las llaves de la casa de Fátima —aprovechando que seguiría desocupada por algunos días más—, se calzó un par de botas y se puso un abrigo sobre el pijama.

—Mamá, ¿es cierto lo que dijo papá? —Alejo no había querido hacerle esa pregunta delante de su hermana y padre, así que esperó para hacerlo justo antes de que su madre se fuera de la casa

—Hijo... —susurró.

—Solo dime la verdad. —Aunque había formulado la pregunta, él temía que la respuesta confirmara la descripción de su hermana.

—Si quieres saber si me enamoré de otro hombre, entonces la respuesta es sí —admitió Gina con la voz entrecortada.

—Pero, ¿cómo pudo ocurrir algo así? —El chico se distanció un poco de su madre, incrédulo por lo que ella acababa de decirle.

—Alejo, no es el mejor momento para que tengamos esta conversación. Te respondí con honestidad, tal como me lo pediste. No podrías entender mis razones, pues no es fácil de explicar. Ahora debo irme antes de que tu padre y Azul me saquen a patadas de aquí.

Gina salió de la casa con el corazón hecho trizas. José había conseguido aquello que tanto temía y le arrebató el amor de sus hijos. El daño ya estaba hecho.

A pesar de que estaba a punto de amanecer, decidió caminar hasta la casa de su amiga. Aquel lugar sería su refugio temporal, puesto que, por fortuna, los nuevos dueños no se mudarían hasta dentro de una semana. En cuanto entró a la sala, se dejó caer al suelo y lloró con amargura. Ella había hecho todo lo que José le había exigido hacer, mas él le había quitado lo que más amaba. Sintió que moriría de dolor. Vació toda la pena que su alma cargaba y después se calmó para pensar con cuidado en lo que haría de ahora en adelante.

Capítulo XXIII

«Sola».

«Entre las orillas del dolor y el placer fluye el río de la vida.
Sólo cuando la mente se niega a fluir con la vida
Y se estanca en las orillas se convierte en problema.
Fluir quiere decir aceptación,
Dejar llegar lo que viene, dejar ir lo que se va».
-Sri Nisargadatta Maharaj-

Gia caminaba descalza por su departamento. A pesar de que era casi mediodía, acababa de despertar, puesto que ella y Fátima habían ido a una fiesta la noche anterior. Su pareja había encajado muy bien con sus amigos, y aquello le alegraba. Además, al regresar, se entretuvieron descubriendo nuevas formas de darse placer, lo que las había dejado exhaustas. De hecho, Fátima continuaba durmiendo. Gia amaba a esa mujer, quien había sido capaz de dejar la vida que llevaba en Argentina para iniciar una relación con ella. Esa divertida mujer había desordenado no solo su vida, sino que también su cama. Cada noche era una experiencia diferente, puesto que la chilena era muy creativa con respecto al sexo.

Decidió cocinar algo mientras esperaba que su novia —le encantaba decirle así— despertara. Conectó su reproductor musical a los altavoces y seleccionó una de sus listas de reproducción. Luego le bajó el volumen a la música para no despertar a su amada. Imitando a Kathy Perry, comenzó a cantar «*Firework*» mientras saltaba feliz al ritmo de aquella melodía.

«*Do you ever feel like a plastic bag
Drifting through the wind,
Wanting to start again?
Do you ever feel, feel so paper-thin
Like a house of cards,
One blow from caving in?*»

Fátima se acercó a ella con cautela, sin dejar de contemplarla, pensaba en lo feliz que era junto a esa mujer. Amaba su actitud tan alegre y optimista, siempre sonreía, sin importar la situación en la que se encontrara. En cuanto la chilena se unió al canto, Gia volteó a mirarla y se lanzó a los brazos de Fátima, quien la recibió con dulzura.

—Buenos días —dijo Fátima entre beso y beso.

—¡Querrás decir buenas tardes, Fátí! Ya pasa de mediodía. ¿Tienes hambre? Estoy preparando *risotto*.

—Estoy famélica. Te ayudaré con eso enseguida, pero primero necesito darme una ducha para despertar bien —dijo Fátima bostezando y estirándose.

En cuanto Fátima volvió a la cocina, prepararon la mesa y se sentaron a almorzar.

—¡Esto está delicioso! —comentó Fátima.

—Me alegra que te haya gustado.

—Mucho... Gia, hay algo que me ha tenido muy intrigada —expresó, dubitativa.

—¿Qué quieres saber? —inquirió la italiana.

—Si te parece que estoy siendo muy indiscreta, entonces no es necesario que me respondas. Solo quería saber cómo llegaste a ser parte de la familia Cacciatore. Me contaste que tú y Fabrizio se conocen desde que eran jóvenes, pero ¿cómo fue que terminaste viviendo con ellos?

—Esa es una historia larga y dolorosa —respondió con una expresión sombría.

—Disculpa, no era mi intención hacerte sentir mal —Fátima le dio un tierno beso.

—No te preocupes. Quiero contártela. —Gia llenó un vaso con agua antes de empezar a relatarle lo ocurrido—. Yo nací en el seno de una familia muy tradicional y religiosa. Nuestra relación nunca fue demasiado buena, puesto que discutíamos con frecuencia. Sin embargo, cuando decidí hablarles a mis padres sobre mi orientación sexual, ellos me echaron de la casa. De todas las peleas que tuvimos, esa fue, sin duda, la peor. ¡Apenas tenía quince años! Jamás imaginé que ellos serían capaces de hacerme algo así. Mis padres no pudieron soportar el hecho de que su hija fuera lesbiana. Incluso llegaron a decir que yo era una maldición para ellos. Mi padre esperaba que algún día me casara con algún hombre de su círculo social. De hecho, tanto él como mi madre miraban con mucho interés a los hermanos Cacciatore, especialmente a Luca, ya que consideraban que Fabrizio no tendría un futuro prometedor si seguía empeñado con su afición por el teatro.

—¡Nunca imaginaron que llegaría a tener una carrera tan exitosa! —comentó Fátima.

—¡No, jamás! En fin, durante el tiempo que llevas viviendo aquí supongo que te habrás dado cuenta de la gran reputación que tiene la familia en Roma, ya que son dueños de una de las empresas de arquitectura más prestigiosas en la ciudad. En aquella época, justo antes de la gran pelea, Luca era un alumno destacado en la *Sapienza Università di Roma*, mientras que Fabrizio y yo participábamos juntos en un taller de teatro. De inmediato, él se convirtió en mi mejor amigo. Confiaba mucho en él, que fue la primera persona a quien le confesé mi gusto por las mujeres. Al principio, él y yo fingimos tener una relación, pero llegó un momento en el que me cansé de aparentar. Por eso, me armé de valor y hablé con mis padres y hermanos en busca de comprensión y apoyo. No obstante, lo único que encontré fue su rechazo. Mi padre no sintió ninguna compasión por mí. Él solo me echó a la calle —sollozó.

—Eso debió haber sido muy duro para ti, sobre todo siendo tan joven.

—No sabía a quién acudir, así que busqué una cabina telefónica y llamé a la casa de Fabrizio. Recuerdo que fue su mamá quien me contestó. Me sentía tan perdida y avergonzada que cuando ella me preguntó si me pasaba algo, le respondí que estaba bien. Aunque traté de aparentar calma, ella fue capaz de notar que algo andaba mal. María actuó de forma muy cálida y maternal. A esas alturas, yo ya no podía contener las lágrimas, pero ella me consoló y me pidió con dulzura que fuera para su casa. Fue bastante tajante al respecto, así que hice lo que me dijo. Sabía que ella saldría a buscarme si es que no le hacía caso. Había comenzado a llover, por lo que me salvó de vivir una noche aún peor. Tomé un taxi, y ella se encargó de pagar por mi viaje.

—Esa mujer tiene un corazón muy bondadoso —comentó Fátima.

—Así es. Cuando llegué a vivir con los Cacciatore, descubrí un hogar en el que lo primordial era el amor y el respeto hacia todos, un ambiente bastante diferente al que yo conocía. En realidad, distaba bastante de la forma en la que me habían criado. Por eso me enoja cuando Fabrizio no se da cuenta de lo bendecido que es, aunque siempre termina dándome la razón.

—Suele suceder. A veces, no notamos lo afortunados que somos. ¿Y qué sucedió después? ¿Qué te dijeron cuando llegaste?

—María me estaba esperando en la puerta de su casa. Ella me extendió su mano y me invitó a entrar. Me acogió y me prometió que nunca más estaría sola. Aquella actitud tan generosa me desconcertó, porque me ofrecía su confianza sin siquiera conocerme. A ella no le interesaba mi orientación sexual para recibirme en su familia. Tan solo le bastaba con que fuera la amiga de su hijo.

—¿Y qué dijeron los demás?

—Ellos no se encontraban en casa, puesto que habían ido al estadio ese día. Recuerdo que, cuando volvieron, Fabrizio se sorprendió al encontrarme allí. Sin embargo, cuando vio mis ojos hinchados y enrojecidos supo que algo grave me había ocurrido. Él también me escuchó con mucha paciencia y me reconfortó. María le anunció a la familia que a partir de ese instante yo era una hija más. Pidió mi permiso para ser mi madre, asegurando que se sentiría muy orgullosa si yo aceptaba.

—María estaba en lo correcto. Nunca más volverás a estar sola, ya que ahora también me tienes a mí —aseguró Fátima, abrazándola. Ella no podía creer que Gia hubiera sufrido una experiencia tan horrible como la que ella le había narrado. Afortunadamente, los Cacciatore habían sido un gran apoyo para ella.

Gina se paseaba de un lado al otro en la casa de Fátima. Llevaba un par de días viviendo ahí, sintiéndose devastada por la actitud de sus hijos, sobre todo de Azul, quien ni siquiera le dio la oportunidad de explicarse. A pesar del silencio de Alejo, ella sabía que él se sentía profundamente decepcionado.

De pronto, alguien tocó el timbre. Era Azul quien se encontraba en la entrada. Un rayo de esperanza calentó el corazón de Gina. Ella deseaba poder contarle la historia completa a su hija.

—¡Qué bueno que estás aquí, hija! ¿Te sirvo algo? ¿Tienes hambre?

—No pretendo quedarme mucho tiempo. Solo vine a decirte que si mi padre no obtiene el cargo de presidente por tu culpa, nunca te lo perdonaré. Él no merecía lo que le hiciste —manifestó Azul con dureza, evitando mirarla a los ojos.

—Dile a tu padre que si quiere decirme algo, que lo haga él. —Gina deseaba poder contarle todo.

—Él sería incapaz de pedirme que viniera. Si estoy aquí, es por mi propia cuenta. —La chica permanecía imperturbable frente a su madre.

—Tu padre es capaz de eso y mucho más. Lo que pasa es que estás cegada por la rabia, pero si me dejaras explicarte...

—¿Qué quieres explicar?! —interrumpió, iracunda—. ¿Cómo nos viste la cara de estúpidos? Mejor no digas nada.

—Algún día se te caerá la venda de los ojos y yo estaré esperándote para hablar. Con respecto a José, no esperen contar conmigo. Si él debe presentar alguna excusa por mi ausencia, puede inventar lo que quiera: que diga que me fui de viaje, que estoy enferma o alguna otra cosa.

Indignada, Azul se fue sin mirar atrás.

Gina se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en sus rodillas, sintiéndose tremendamente herida. En especial aquel tercer domingo de octubre durante el cual, como siempre, se celebraba el día de las madres. Por primera vez desde que parió a Azul, pasaría aquella festividad sin sus hijos.

Recordó la primera vez que lo celebró. Aquel día, Gina había llorado mientras miraba a su bebé durmiendo en la cuna. Se había sentido tan triste, sola e insegura. Jamás tuvo un buen ejemplo a seguir, puesto que su madre la había abandonado, dejándola a cargo de su abuela con tan solo ocho años. Diez años después, Gina se había sentido muy perdida, cuestionándose si sería o no una buena mamá.

A pesar de haber sufrido bastantes carencias materiales durante su infancia y adolescencia, su abuela le había dado su apoyo y afecto incondicional. De hecho, todavía podía contar con ella.

Aquel día se había sentido muy decepcionada de José, quien la había dejado sola con su hija de ocho meses para ir a la hacienda de la familia Machado. Si bien se había sentido aliviada por no tener que soportar las palabras hirientes de su suegra y cuñadas —quienes la acusaban de caza

fortunas—, también se había sentido excluida. Temía que Azul pudiera sufrir el rechazo de su familia paterna. Tampoco había sido una opción a considerar visitar a su abuela, puesto que no quería encontrarse con su madre biológica. Esa mujer había decidido hace muchos años formar «una familia de verdad» con un hombre que acababa de conocer. Junto a él, ella había tenido hijos de los cuales se sentía orgullosa.

Cuando Azul era bebé, parecía resplandecer de magia. Era preciosa y se portaba muy bien. Cada vez que Gina la besaba, acariciaba, le cantaba canciones de cuna o la mecía, la pequeña sonreía. Las carcajadas de su hija habían sido la mejor medicina para su corazón herido.

Gina se había prometido que siempre estaría al lado de su bebé para que nunca experimentara el desamor.

La actitud tan déspota de su marido le había enseñado a conformarse con la soledad y las migajas de cariño que recibía. Había decidido soportar lo que fuera por el bienestar de su hija y haría lo que estuviera a su alcance para que ella fuera feliz.

La razón de su existir la había contemplado con sus grandes ojos verdes antes de decir su primera palabra: mamá.

Aquel recuerdo hizo que la pena de Gina se hiciera más profunda, atascándose en su garganta con tanta fuerza que ni siquiera le permitía beber un sorbo de agua. Llevaba días sin alimentarse, pues no solo sus hijos la odiaban, sino que también lo hacía Fabrizio.

Fátima le había contado que el actor se había ido de Italia y les había informado a todos que no pensaba volver por un largo periodo. Aunque Gina ignoraba la causa de aquella decisión tan tajante, tenía la intuición de que él se había cansado de esperarla.

Agotada, se fue a la ducha y dejó que el agua caliente soltara sus músculos contraídos. El hecho de que llevara días sin dormir bien le estaba pasando la cuenta.

Pensó que lo peor que podía hacer era permanecer sola en aquella casa, enterrada en su propia miseria. Por esta razón, decidió ir a visitar a su abuela, pues hacía tiempo no la veía. No importaba si su madre biológica estaba allí, necesitaba recibir el cariño de su Rosa.

Puesto que hacía calor, se puso un vestido ligero y unas sandalias cómodas. Luego tomó su cartera y se puso sus audífonos antes de seleccionar en su reproductor una canción que le gustaba mucho. «Alive» se convertiría en su himno de guerra. Sia empezó a cantar en sus oídos:

*«I was born in a thunderstorm
I grew up overnight
I played alone.
I played on my own
I survived...»*

A pesar de todo lo que había tenido que enfrentar desde que era pequeña, ella continuaba luchando. Si bien estaba sola, seguía viva.

*«... Hey
I wanted everything I never had
Like the love that comes with light
I wore envy and I hated that
But I survived...»*

Pensó en todas las veces que lloró, creyendo que no podría salir adelante. Cuando sentía que el dolor la abrumaba, obtenía de sus hijos la fuerza que la impulsaba a seguir adelante. Sin embargo, ahora ni siquiera podía contar con eso. Rogaba que el tiempo le diera la razón y que ellos pudieran comprenderla. Eso era lo único que la mantenía de pie.

«... I'm still breathing. I'm still breathing.»

I'm still breathing. I'm still breathing.

I'm alive

I'm alive

I'm alive

I'm alive...»

Ya no tenía nada más que perder, incluso había perdido el miedo. José la había despojado de lo único que la detenía para actuar en su contra: sus hijos. Ellos habían sido la única razón por la cual había aguantado durante tantos años al lado de ese monstruo.

«... You took it all, but I'm still breathing...»

Sería capaz de enfrentar el vendaval que se avecinaba, pues aún tenía un motivo por el cual luchar.

Cuando llegó a la casa de su abuela, la halló acostada en su cama. La mujer estaba sola y se encontraba muy pálida y decaída. Gina se preocupó de inmediato, puesto que Rosa era una persona mayor y cualquier enfermedad podía causar un gran daño a su ya deteriorado cuerpo.

—Abu, ¿por qué no me llamaste antes?

—Estoy bien, hija, no te preocupes. Esto es solo un resfrío —aseveró la anciana, restándole importancia a su condición. No obstante, se sentía muy mal.

—No me mientas, te ves pésimo —dijo Gina

—Tú tampoco te ves bien que digamos —respondió Rosa—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Es una historia demasiado larga como para contártela ahora. Primero te cocinaré algo y después hablaremos. Ah, por si acaso, esta noche me quedaré a dormir contigo. No lograrás convencerme de lo contrario.

—¿Y tu familia no dirá nada? —cuestionó Rosa con sorpresa, ya que su nieta jamás se ofrecía a quedarse. Ella sabía que José no permitía que sus nietos se quedaran con ella, puesto que él la consideraba una «muerta de hambre». Aunque aquello le causaba un gran dolor, ella prefería guardar silencio.

—Ya no tengo una, abuela. ¿Quieres un mate? Extraño los que tú solías prepararme. —Gina iba en dirección a la cocina cuando la anciana la detuvo.

—Espera un momento. ¡¿Qué significa eso que me acabas de decir?! Quiero que me cuentes de inmediato lo que te pasó. —Rosa había notado con preocupación el semblante triste de su nieta.

—Dame unos minutos, por favor. Solo espero que no me juzgues —dijo Gina desde la cocina. Dado que el lugar era pequeño, no era necesario hablar muy fuerte para que su abuela la escuchara.

—Ay, hija, por tu tono de voz debe ser algo grave —comentó Rosa mientras observaba a su nieta preparar los mates.

Minutos más tarde, Gina se sentó a su lado y le contó con detalles lo que había vivido desde que habló por primera vez con Fabrizio hasta la acusación que José había hecho frente a sus hijos. Estuvieron charlando toda la tarde. Cuando terminó con su largo relato, su abuela le pidió que se acercara para abrazarla. ¡Cuánto había extrañado refugiarse entre esos brazos! Rosa era lo único que le quedaba.

Gina decidió quedarse con ella una temporada. Si bien la casa era pequeña, las dos podrían acomodarse perfectamente. Aunque contaba con los recursos suficientes como para rentar algún lugar —Fátima le había obsequiado el dinero conseguido con la venta de la casa—, ella y su abuela se necesitaban mutuamente. Además, pronto tendría que entregar las llaves a los nuevos dueños del antiguo hogar de su amiga.

José y sus hijos viajaban en silencio en el automóvil. Se dirigían a la hacienda de la familia Machado. Azul miraba el paisaje distraída, a la vez que Alejo pensaba en su madre y en lo sola que ella debía sentirse. Él deseaba estar con ella más que cualquier otra cosa, pero todavía le dolía lo que había ocurrido.

Su padre y su hermana no dejaban de hablar mal de Gina. Alejo escuchaba sin emitir comentarios. Si bien sentía que la ira lo consumía, no pensaba intervenir. Él consideraba que Azul se estaba volviendo igual de cínica que José. Ella estaba cegada por el cariño que sentía por él y no veía la realidad.

La hacienda de los Machado tenía una extensión de mil quinientas hectáreas y contaba con un gran salón de baile, donde solían celebrar cada uno de sus eventos sociales. Aquel día se habían reunido para celebrar el día de las madres.

Ana estaba organizando los últimos detalles para la fiesta cuando llegó su hijo. Vio a José y los chicos descender del vehículo y suspiró aliviada al notar que Gina no estaba con ellos. Ella odiaba tenerla cerca. Nunca pudo llevarse bien con su nuera, ya que creía que esa mujer fingía demasiada inocencia. Definitivamente no la quería junto a su hijo.

—¡Hijo, qué bueno que llegaste! —expresó, saludando a José con efusividad, dándole un gran abrazo y un beso.

—¡Feliz día, mamá! —José le extendió una bolsa con un regalo—. Te trajimos un pequeño presente.

Alejo se mantuvo frío, mientras que Azul entrelazó su brazo con el de su abuela para entrar a la casa. El joven se quedó atrás para llamar por teléfono a su primo sin que los demás escucharan su conversación. Le preguntó a Cristian si ya había llegado y le pidió que se juntaran en la cochera.

En cuanto los dos jóvenes se reunieron, Alejo le preguntó a su primo si le podía ayudar a salir de allí para visitar a su madre. Cristian estaba al corriente de la separación de sus tíos —era un secreto a voces—, así que no tuvo reparos en auxiliarlo. Le pidió prestado el automóvil a su padre, quien le entregó las llaves de éste, advirtiéndoles que fueran prudentes al manejar.

Alejo y Cristian se fueron sin despedirse, ya que no querían que ninguno de sus familiares arruinara sus propósitos. Viajaron en dirección a la ciudad, mientras escuchaban algunos temas de Dr. Dre y Snoop Dogg.

Alejo no podía dejar de pensar en su madre. Ella era muy importante para él y añoraba verla. Deseaba escuchar su versión de los hechos.

Al llegar a la casa de Fátima, los primos descubrieron que ésta tenía nuevos dueños. Alejo pensó en desistir de su búsqueda y volver a la hacienda cuando, de pronto, se le ocurrió que ella podría estar en la casa de su abuela Rosa. Se subió al auto una vez más y le indicó a Cristian el camino.

El hecho de que le costara poder identificar la casa de su bisabuela hizo sentir bastante culpable a Alejo, puesto que su Gina le había pedido a él y a Azul varias veces que la acompañaran, pero ellos siempre se negaban. Lo cierto es que les incomodaba pasearse por un barrio tan pobre cuando el estilo de vida al que ellos estaban acostumbrados era muy distinto. Ahora que veía las cosas desde otra perspectiva, pensaba que había perdido demasiado tiempo. De seguro, su madre debió haberse sentido muy sola.

Probó suerte golpeando la puerta de una de las casas y esperó algunos minutos. Gina se sorprendió mucho al ver a su hijo allí. Ella dio un grito de alegría y lo abrazó con fuerza.

—Hola, mamá. ¿Puedo pasar?

—¡Claro, hijo, adelante! No puedo creer que estés aquí. ¿Cómo llegaste? —A Gina le temblaba la voz, apenas podía hablar.

—Me trajo Cristian. Él está afuera esperando —dijo el joven mientras entraba a aquel hogar tan humilde—. Yo quería verte y saber cómo estabas.

—Me encuentro bien, considerando los últimos acontecimientos. ¿Cómo estás tú, mi niño? ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Yo vine para hablar contigo. En realidad, para escucharte —expresó Alejo, sosteniendo la mano de su madre entre las suyas.

Gina se sinceró con Alejo. Le habló del abandono que sufrió por parte de su propia madre, le contó cómo fue que conoció a José y le explicó todo lo que había padecido durante sus primeros años de matrimonio. No ahondó demasiado en las infidelidades de su marido, dado que no quería empeorar aún más la imagen que su hijo tenía de su padre. En todo caso, no era necesario que ella lo hubiera hecho, ya que él tenía claro que si su madre se había sentido sola durante tantos años se debía, en gran parte, a los engaños de José. Alejo pudo comprender lo mucho que su mamá había sufrido al lado de su padre y pensó que ella merecía ser feliz.

A continuación, Gina le contó cómo conoció a Fabrizio y los miles de momentos de dicha que él le había obsequiado. Le confesó que, sin planearlo, se había enamorado de él. Alejo descubrió un brillo especial en los ojos de su madre cuando hablaba de aquel hombre.

Estaba oscureciendo, y Alejo debía volver para evitar problemas, ya que pronto comenzarían a reclamar su presencia.

—Pase lo que pase, yo estoy contigo, mamá —aseveró Alejo, abrazando fuertemente a Gina.

Capítulo XXIV

«Libre de temores».

Desde que Alejo se fue, Gina no había podido dejar de pensar en lo que su hijo le había dicho. Él era un muy buen chico, y deseaba ayudarlo a cumplir su sueño. Desde pequeño se había sentido atraído al mundo militar. De hecho, amaba jugar con sus soldaditos, imaginando que ganaba guerras. Si José no firmaba la autorización, tendría que esperar hasta cumplir la mayoría de edad, lo que significaría dos años perdidos.

Por primera vez en su vida, decidió enfrentar a José. Al fin y al cabo, ya no tenía nada que perder, así que amenazaría con poner en peligro lo que él más cuidaba: su reputación.

—Abu, voy a salir, pero en cuanto regrese quiero que estés lista, porque iremos a un centro médico. No puedes seguir así. —Gina estaba preocupada por la salud de Rosa. Dado que la mujer era bastante terca, debía mostrarse firme en sus decisiones—. No me discutas, está decidido. Yo solo te estoy avisando lo que haremos.

La abuela la miraba divertida. Ella se había sentido muy sola. Sin embargo, Gina había regresado para alegrarla con sus historias. Su nieta le demostraba mucho cariño. Lamentaba que ella estuviera sufriendo tanto por estar lejos de sus hijos. Le dolía que Azul la juzgara con tanta dureza.

—¡Gina Ávalos, soy tu abuela! No vengas a darme órdenes —comentó, fingiendo molestia.

—Y yo soy tu nieta, así que irás conmigo o te llevaré a rastras —amenazó Gina en tono de broma antes de darle un beso.

—¿No comerás nada antes de salir?

—No, prefiero desayunar cuando vuelva. Ahora me siento incapaz de comer bocado y, además, estoy con el tiempo justo. Nos vemos más tarde. —Se despidió.

Rosa sintió inquietud al notar a su nieta tan nerviosa. Esperaba que lo que fuera que había ido a hacer le resultara bien.

Gina tomó un taxi que la llevó hasta la *boutique* de su suegra. En sus manos, portaba una carpeta con la autorización para que su hijo ingresara a la academia militar. Al ver a la secretaria, le pidió que no anunciara su llegada, pues quería darle una sorpresa a su marido. Entró a la oficina de José sin golpear la puerta antes y lo encontró desabotonándole la blusa a su nueva asistente. «Él no pierde el tiempo», pensó, hastiada.

—Muy buenos días. Lamento la interrupción, pero necesito hablar algo importante contigo. ¿Nos puedes dejar solos? —dijo Gina a la joven, quien lucía avergonzada. La pobre temblaba nerviosa y no conseguía abotonarse la prenda con suficiente rapidez.

—¡Fuera de aquí! —le gritó José a su empleada, quien no debía superar los veinticinco años—. ¿Y tú, qué quieres? ¿Acaso no te cansas de joderme la vida?

—Tú te jodes la vida solo y, de paso, haces lo mismo con la existencia de los demás —comentó envalentonada—. Vine por un asunto puntual. El tiempo que tarde en irme dependerá de ti —anunció, poniendo los papeles sobre el escritorio y tomando asiento en la cómoda silla de su marido—. Tienes que firmar esos papeles de inmediato.

—¿¿Quién te crees que eres para venir a mi oficina a exigirme algo?! ¿Estás loca? No firmaré nada. Tú y tu hijo se pueden ir a la mierda. —José caminaba furibundo de un lado al otro. No podía creer que Gina osara hablarle de ese modo—. Nadie me da órdenes, mucho menos tú.

—Si crees que he venido a pedirte un favor, estás muy equivocado. No te estoy dando una

opción —expresó Gina con firmeza.

—Tú no eres nadie. No tienes nada. Ni siquiera tus hijos te quieren ver. ¿Qué podrías hacerme?

—Ya no te temo, José Machado. Tal como señalaste, no tengo nada, ya que tú te encargaste de quitármelo todo. Y como ya no tengo nada que perder, puedo permitirme hacerte daño donde más te duele. Estoy pensando en que quizás debería llamar al periodista que te entrevistó para contarle algunas cosas que creo que le podrían resultar interesantes. ¿Cuánta publicidad ganaría él si escribe que el futuro presidente de la asociación de empresarios es un cornudo? Estoy segura de que le encantaría ver las fotos de tu esposa disfrutando junto a su amante en República Dominicana.

José se acercó a ella furioso, parecía dispuesto a golpearla.

—¿Me vas a pegar? ¡Hazlo! —animó—. Así podré entregarle más material de su interés.

Aquellas palabras consiguieron frenarlo en seco. No podía dejarse dominar por sus impulsos, sino que debía pensar lo que haría con detención. Gina no debía ir a la prensa o su carrera se arruinaría. Él jamás pensó que la vería con aquella actitud desafiante, convertida en una mujer tan segura de sí misma y sin miedo. Él siempre había podido dominarla, amenazándola con que le quitaría a sus hijos. Ahora ella había cambiado, lo que lo tenía sorprendido y un poco asustado.

Gina sacó su móvil de la cartera para demostrarle a José que iba en serio. Él, enfurecido, firmó los papeles de prisa.

—Ahora que obtuviste lo que querías, ándate y no vuelvas más. Espero que no me pidas un solo peso para esta locura, ya que sabes que no estoy de acuerdo. Tendrás que resolver tú de donde sacarás el dinero que necesites, querida— dijo poniendo énfasis en la última palabra.

Gina tomó los papeles y salió rauda del lugar. José no sabía que, gracias a la gran generosidad de Fátima, ella ya no necesitaría de su dinero. De hecho, podría pagar sin problemas todos los gastos de Alejo y Azul. Aunque la joven no quería saber nada de ella, Gina siempre pensaba en su hija, pues la necesitaba. Sin embargo, esperaría con paciencia. Tenía la certeza de que, algún día, podría aclarar todos los temas pendientes con su pequeña.

Salió de la oficina dando un gran portazo. José, a su vez, desquitaba su rabia arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Sus trabajadores estaban asustados, ya que no sabían lo que le ocurría a su jefe ni tampoco querían enterarse. Gina se acercó a la chica que había estado besándose con su marido, quien la miró con pánico.

—No vengo a reclamarte nada. Te daré un consejo sin que me lo pidas: no sigas con él, porque no te hará feliz. Él solo se ama a sí mismo. Yo perdí dieciocho años de mi vida con él, y tú aún eres joven. —Sostuvo el rostro de la muchacha y le levantó la cara—. Busca a un hombre de tu edad que te merezca. Sálvate de una mala vida. No esperes nada bueno de José.

Dejó el lugar sin mirar atrás y caminó hasta la sucursal de su banco para poner en orden la pequeña fortuna que le había dado su amiga. Con ese dinero podría costear los estudios de sus hijos y se mantendría hasta conseguir un nuevo trabajo. Por si fuera poco, se sentía feliz de haber ganado una batalla contra José. Luego fue a la academia militar para entregar la autorización, puesto que aquel era el último día en que podía hacerlo. Pagó la matrícula, sintiéndose muy orgullosa y agradecida con Fátima. Si bien la extrañaba mucho, estaba feliz por ella. En las fotografías que le enviaba, se notaba su dicha. Gina y Fátima eran perfectas la una para la otra.

Antes de salir de la academia, solicitó que notificaran a Alejo Machado que sus papeles habían sido aceptados y que podía presentarse a rendir los exámenes de admisión. Sabía que su hijo estaría muy contento. Le hubiera gustado verlo, pero sabía que las circunstancias no eran las

mejores. Aunque Alejo la había perdonado y entendía su situación, él no se iría de la casa de su padre para proteger a su hermana. Cuando ella conociera quién era José en realidad, Azul necesitaría a alguien en quien apoyarse. Alejo estaría allí para cuidar a la joven.

Era casi mediodía, y ella ya tenía hambre. Pasó por fuera de una cafetería y se decidió a entrar. Si bien el lugar era pequeño, también era acogedor. El aroma a café inundó sus fosas nasales, brindándole una sensación de calma. Mientras esperaba su cortado y sus medialunas, puso atención a la canción que sonaba en la radio, y no pudo evitar recordar a Fabrizio. De pronto, sintió que la tristeza se agolpaba en su pecho y tuvo deseos de llorar. Sin embargo, ya no lo volvería a hacer. El actor era el recuerdo más lindo que habitaba en su corazón y seguía amándolo con locura, pero no podía reprocharle que se hubiera cansado de esperarla. Luciano Pereyra le hacía comprender que ellos eran dos mundos distintos que se habían enamorado.

«Hay un mundo entre tú y yo que nos aleja.
Una forma de vivir la vida que nos separa,
Pero siento que mi corazón existe si te nombran
Y no puedo seguir así, ya no quiero más sin ti
Hay un mundo entre el frío azul y el sol del desierto
Un abismo entre el caminante y quien vuela el cielo
Si parece que lo tengo todo y ya no tengo nada
Cuando vuelvo a despertar sin ti en cada mañana
Por ti, cambiaría el rumbo, mi vida en un segundo
Para darle una tregua a este amor
Por ti, detendría el tiempo. Cada beso será eterno y, abrazados,
Una vida entre los dos,
Tú y yo...»

Ella estaba tan abstraída en sus pensamientos que no se dio cuenta de que su desayuno ya estaba en su mesa hasta que sintió el aroma del café con mayor intensidad. Aunque lo bebió con lentitud, apenas tocó las medialunas. Llevaba varios días sin alimentarse de manera adecuada, ya que la enorme pena que cargaba había conseguido quitarle el apetito.

Ya no pudo seguir soportando escuchar aquella canción, pues los recuerdos eran miles y cada vez le dolían más. Dejó dinero suficiente como para pagar su consumo —incluida una propina bastante generosa— y salió rauda del lugar. Las lágrimas corrían por sus mejillas y, por esta vez, no hizo nada para contenerlas, sino que las dejó fluir con libertad. De pronto, se acordó de una historia titulada «La lluvia sabe por qué», la cual había encontrado en una plataforma de lectura y escritura en internet.

«—Deja que se vayan, Lucía —dijo la abuela desde algún lugar.

—¿Quiénes?

—¡Las lágrimas! A veces parece que son tantas que sientes que te vas a ahogar con ellas, pero no es así.

—¿Crees que un día dejarán de salir?

—¡Claro! —respondió la abuela con una sonrisa dulce—. Las lágrimas no se quedan demasiado tiempo. Cumplen su trabajo y luego siguen su camino.

—¿Y qué trabajo cumplen?

—¡Son agua, Lucía! Limpian, aclaran... Como la lluvia. Todo se ve distinto después de la lluvia».

A Gina no le importaba que la gente la mirara con curiosidad. Ella simplemente dejó que sus lágrimas hicieran su trabajo: limpiaran su alma.

Tomó un taxi y regresó a la casa de su abuela. Al llegar, Rosa supo de inmediato que su nieta no estaba bien, así que le brindó un abrazo en cuanto la vio. Aquel mínimo contacto bastó para que su corazón se tranquilizara.

—Algún día, todas estas lágrimas serán de alegría, mi niña. Tendrás miles de motivos para ser feliz —aseguró con ternura.

Gina respondió con una débil sonrisa, confiando en que las palabras de su abuela fueran ciertas.

Martina esperaba la llegada de su primo con impaciencia. Ella ansiaba poder hablar con él sobre su amiga, quien estaba muy triste a causa de la discusión que había tenido con Amaro. La joven esperaba hacerle entender lo mucho que Micaela había sufrido al lado de José y se ilusionaba con que él se diera la oportunidad de ser feliz con la chica.

Amaro conocía a su prima bastante bien y tenía claro el motivo por el cual lo había citado. Se acercó a ella y besó su mejilla.

—Tenemos que hablar, primo —anunció Martina, mirándolo con severidad.

—Ya sé que me dirás que Micaela es una buena mujer y que crees que ella y yo deberíamos estar juntos. Sin embargo, te pido que te pongas en mi lugar. Esta situación es difícil para mí.

—No es eso lo que te iba a decir, pero tienes razón, eso es lo pienso. Lo cierto es que quería comentarte que mi amiga sencillamente se ilusionó con el tipo equivocado. Lo que tú no sabes es que José es un especialista en el arte de la seducción y manipuló a Micaela a su antojo. Le dijo miles de mentiras que ella creyó. Cuando ella descubrió el verdadero rostro de ese hombre, ya era demasiado tarde, puesto que se había enamorado de él. Mi amiga era una chica ingenua e inexperta que no sabía que existía otra clase de amor. El primero en conquistar su corazón se encargó de destruirla por dentro —expresó Martina—. Yo vi lo devastada que ella quedó a causa de ese hombre, pero también la ayudé a recomponerse, Amaro. Ella decidió trabajar y vivir en el rancho con la esperanza de quitárselo de su sistema y lo logró gracias a ti. Sin embargo, no creo que te la merezcas. Ella necesita a alguien que sea capaz de dejar sus prejuicios de lado y que la ame sin condiciones.

Amaro fue incapaz de emitir comentarios, pues le encontraba la razón a Martina. Él estaba loco por Micaela y lo único que había hecho había sido perder el tiempo.

—Soy un tonto. Debería estar con ella ahora y no contigo.

—¡Gracias! —exclamó, fingiendo sentirse ofendida antes de darle a su primo un suave codazo en el estómago.

—Entiendes lo que quiero decir —dijo Amaro entre risas, mientras juntaba sus manos en señal de súplica.

—Sí lo sé, por eso te perdono. Eres mi primo y te quiero mucho, y Micaela es mi mejor amiga. Deseo que los dos sean felices. Dense esa oportunidad, por favor.

—No puedo creer que alguien haya sido capaz de dañar tanto a una chica así de linda y buena. Ella no merecía haber pasado por eso.

—¡Por supuesto que no! Es por eso que no puedo permitir que le hagas más daño del que ya ha recibido. A pesar de sus acciones, ella se enamoró de ti. Tú la conquistaste, y ella fue sincera contigo porque quería hacer las cosas bien, Micaela anhelaba que la conocieras con sus luces y sus sombras, que supieras su pasado para construir un futuro contigo. —Martina pudo notar la determinación de Amaro reflejada en su mirada.

—No le comentes que hablé contigo, por favor. Ella me hizo prometer que no te diría nada. Sin embargo, sentí que debía intervenir. Si bien eres muy dulce, también eres terco como una

mula.

—¿Acaso me estás comparando con un animal?

—Sí, aunque mi intención no es ofender a los animales —contestó Martina entre risas.

—Gracias, prima —contestó con tono sarcástico.

—¿Por compararte con las mulas?

—Por eso y por todo lo anterior. Iré a buscar a Micaela. Tienes razón, nos merecemos una oportunidad.

—Eso será mañana, porque hoy te quedarás conmigo para que vayamos a una fiesta. Quiero salir a divertirme un rato en compañía de mi primo favorito.

—De acuerdo, pero no hasta muy tarde. Mañana volveré temprano al rancho.

Esa noche, los primos Gonzales salieron a disfrutar de la bohemia de Buenos Aires. Charlaron y se divertieron.

Amaro contaba los minutos para hablar con aquella muchacha de ojos cafés que lo había cautivado con su sonrisa. Finalmente comprendía la razón por la cual la muchacha lucía tan triste cuando la conoció. Haciendo memoria, también notó que la pena se fue alejando, siendo reemplazada por un hermoso resplandor. Necesitaba estar con ella para amarla.

Alejo se paseaba por su casa sintiéndose desconsolado. El último día de plazo para entregar la autorización estaba por terminar, y su padre no había firmado. No le quedaría más remedio que esperar hasta cumplir la mayoría de edad para cumplir su sueño. Jamás le perdonaría lo que le había hecho. Él había tenido la posibilidad de ayudarlo, pero había preferido no hacerlo. Nunca entendería por qué José hacía tantas diferencias entre él y su hermana. De pronto, el sonido de su teléfono móvil lo distrajo de sus cavilaciones. Miró la pantalla para ver si reconocía el número, sin embargo, era desconocido. Contestó motivado por la curiosidad. Su sorpresa fue máxima cuando le informaron que le llamaban de la academia militar para notificarle que su inscripción se había realizado con éxito. Le anunciaron la fecha en la que debía asistir para rendir las pruebas físicas y realizarse los chequeos médicos.

Después de preguntar en más de una ocasión si es que no había habido una equivocación, preguntó quién había ido a dejar los papeles. Alejo casi gritó de alegría al enterarse de que su madre no solo había entregado la autorización, sino que también había pagado la matrícula. Gracias a ella, él podría cumplir su sueño.

Luego de cortar, llamó de inmediato a Gina, quien le contestó tras el primer tono.

—¡Mamá, muchas gracias! Me acaban de llamar de la escuela militar —expresó Alejo con la voz entrecortada por la emoción—. Ahora solo debo pasar los exámenes, y tú sabes que estoy muy preparado.

—Mi niño —Gina nunca dejaría de decirle que era su niño, aunque Alejo fuera casi de su estatura—, estoy feliz por ti, mi amor. Te lo mereces. —Gina estaba muy contenta. Solo le faltaba que la relación entre su hija y ella se arreglara para poder sentirse más tranquila.

—Mañana debo asistir al reconocimiento médico, ¿podrías acompañarme, por favor? —Alejo le tenía pavor a este tipo de exámenes, debido a que, cuando pequeño, había tendido bastantes problemas de salud por haber nacido prematuro. Si bien ahora gozaba de un excelente estado físico, aún no había podido superar aquel temor.

—¡Claro que sí! ¿Dónde nos reunimos? —preguntó Gina.

—Juntémonos en el centro médico a las nueve de la mañana.

—De acuerdo. Nos veremos allá, hijo. ¿Sabes que te amo con mi vida?

—Lo sé, mamá. Yo también te amo —Alejo no quería emocionarse, puesto que consideraba

que ya era muy grande para ese tipo de manifestaciones. No obstante, considerando los últimos acontecimientos, era imposible no hacerlo.

Tras cortar la llamada, se dirigió a su habitación. Él acostumbraba pasar allí la mayor parte del tiempo para evitar a su padre, dado que le desagradaba compartir con él. No había dejado esa casa únicamente porque quería proteger a su hermana. Él sabía que Azul sufriría mucho cuando se diera cuenta de cómo era su padre en realidad.

José entró en la casa sintiéndose muy molesto. La inoportuna visita de Gina a su oficina lo había dejado furioso durante el resto del día. Azul, preocupada por él, se acercó a preguntarle si le ocurría algo malo. José le respondió de una manera tan déspota que la chica se sintió muy mal y se fue a su cuarto llorando. Aunque trataba de entenderlo, a veces, sus actitudes no tenían justificación.

Alejo golpeó la puerta del cuarto de su hermana, quien le gritó que se fuera. No obstante, él insistió. Azul sabía que él no se rendiría, así que lo dejó entrar.

—¿Qué te pasó, Azul? ¿Por qué estás tan triste?

—No me pasa nada. No te necesito, así que puedes irte.

—A mí no me engañas, pero si no quieres hablar, no lo hagas. Cuando te sientas lista para contarme lo que te sucede, ya sabes dónde encontrarme.

—Alejo, ¿has tenido noticias de mamá? —Aquella era la primera vez que la muchacha mencionaba a su madre en semanas.

—Ella está viviendo con la abuela. Ha adelgazado bastante y, a pesar de que se le nota que está triste, sigue manteniendo su buen humor. Sé que te extraña, no imaginas cuánto.

—Yo no puedo perdonarla. Lo que hizo fue terrible.

—Papá ha hecho cosas peores, y tú lo sabes. No entiendo por qué eres más comprensiva con él. —Frente al silencio de su hermana, Alejo prefirió dejarla sola para que reflexionara.

Se fue a la cocina esperando encontrar algo que le quitara el hambre. Desde que su madre se había ido, todo era un caos. La casa lucía desordenada y nadie cocinaba. Lo único que consumían era comida para llevar y siempre a horas inadecuadas. Alejo abrió la puerta del refrigerador y lo encontró vacío. Decidió hablar con José para que le diera dinero para comprar alguna cosa. Sin embargo, él le ignoraba.

—¡Necesitamos dinero para comida! —exclamó el joven, irritado porque su padre no le contestaba.

—¡Anda a ver a la estúpida de tu madre y pídele a ella algo para comer, así como le pediste que me exigiera que firmara esos malditos papeles! —exclamó José enfurecido y dispuesto a desquitarse con su hijo.

—¿Pasa algo, papá? —preguntó Azul, asomándose por la puerta de su cuarto. La joven vio que su padre tenía el rostro enrojecido.

—No pasa nada, hija —respondió, suavizando su tono de voz y actitud.

—Tranquila, hermana, no te preocupes. Esta noche me quedaré en la casa de Cristian. Como no hay nada para cenar, tendrás que ordenar algo —expresó, mirando a su padre de modo desafiante. Luego besó a Azul en la frente y se fue.

Si bien consideró quedarse con su primo, después de pensarlo bien, decidió ir con su mamá. Extrañaba pasar más tiempo con ella. Aunque no tenía mucho dinero en sus bolsillos, al menos le alcanzaría para tomar un taxi. Al llegar a la casa de su abuela, divisó a Rosa bajándose de un taxi acompañada por Gina. La anciana no se veía nada bien.

—Mamá, ¿cómo está la abuela? —preguntó con discreción.

—Se encuentra bastante enferma. Necesita reposo y tomar algunos medicamentos. ¿Me

ayudarías a llevarla a su cuarto? —susurró a su hijo luego de besarlo—. Abu, mira quién vino a vernos —dijo Gina, acercándose a Rosa.

—¡Qué gusto verte, Alejo!

—Hola, abuela. Discúlpame por no haber venido antes.

—No importa, mi niño. Entremos pronto, porque hace frío. Podríamos beber mate mientras cenamos, ¿les gusta la idea? —preguntó la anciana con entusiasmo, abriendo la puerta e invitándolos a pasar.

—¿Qué pasó, Alejo? —preguntó Gina, intuyendo el malestar del joven.

—Papá me demostró que estaba furioso conmigo por el asunto de la escuela —El muchacho no quiso aportar más detalles al respecto. Gina tampoco los necesitaba, pues conocía los iracundos arrebatos de José. Ella solía ser su víctima más recurrente, pero ahora que no la tenía cerca, se desquitaba con su hijo.

—Quédate conmigo esta noche —Lo había extrañado. Si bien tenían las típicas discusiones entre padres y adolescentes, él siempre había sido respetuoso con ella. El joven la escuchaba y era el más mesurado de sus hijos. Azul, en cambio, era impulsiva y muy difícil de controlar. José había incentivado su comportamiento mimado, cediendo a todos sus caprichos sin cuestionamientos—. Será mejor que comamos, ya que te ves al bode del desmayo. La milanesa que preparó tu abuela está increíble.

Rosa aguardaba con los platos servidos en la mesa. Cenaron mientras Rosa relataba algunas anécdotas sobre su vida. La mujer lucía muy débil y tosía con bastante frecuencia.

—Si sigue así, tendrá que ser internada en el hospital. Espero que los medicamentos le hagan efecto pronto. ¿Qué te parece si yo me quedo con ella para cuidarla mientras descansas? Podrías dormir un par de horas al menos en la otra habitación. En cuanto me dé sueño, te despierto para que nos turnemos —sugirió Alejo a su madre.

—De acuerdo. Su medicina está sobre su mesa de noche junto con la indicación del médico que detalla a qué hora debe tomársela. Te lo agradezco mucho, Alejo.

Gina contemplaba a su hijo con orgullo. Él se había convertido en un joven grande y maduro. Deseaba ver a su hija también, pero no deseaba precipitarse. Se fue a dormir, imaginando que algún día ocurriría aquello. A sus sueños llegó el hombre que había cambiado su vida, aquel que la amó como nadie más lo había hecho.

A pesar de que ya era bastante tarde, Micaela aún seguía organizando los archivos del rancho. Estaba sola en la oficina, refugiándose en sus labores. Le apenaba que las cosas no hubieran resultado bien con Amaro. De hecho, se sentía desolada, pues había perdido la posibilidad de estar con un buen hombre a causa de su mal juicio. Ella entendía a Amaro, ya que también le costaba perdonarse por haberse involucrado con José. La muchacha extrañaba la forma en que el joven la miraba, así como también las flores que él cortaba para ella, los paseos a caballo, las insinuaciones... ¡Todo! Especialmente ahora que él había viajado a Buenos Aires sin decir cuándo regresaría.

En cuanto finalizó con su tarea, caminó de regreso hasta su casa. Hacía frío, pero le gustaba aquel paseo, dado que le aportaba paz. Ella podía recorrer aquel sendero sintiéndose tranquila y libre de temores. Antes de entrar, se quedó un rato contemplando las estrellas, tal como solía hacerlo con Amaro. La tristeza volvió a azotarla con dureza. Mientras lloraba, tomó una decisión: volvería a hablar con él. Si él no cedía, se despediría de él para siempre y dejaría esa historia en el olvido.

Lo que no conseguía quitar de su cabeza era su venganza, ya que la hora de publicar las

fotografías había llegado. Sintióse profundamente enojada con José por haberla puesto en esa situación, comenzó a enviar decenas de correos electrónicos. Luego de haber mandado las imágenes a la mayoría de los socios de la asociación de empresarios, seleccionó algunas para enviárselas a Azul. Aquello fue lo que le resultó más doloroso. Sin embargo, era necesario, puesto que ella era la debilidad de ese patán. El golpe de gracia sería la decepción de su hija.

Le costó quedarse dormida, dado que los recuerdos de José la perturbaban. Lo único que consiguió alejar las pesadillas fue el recuerdo de aquel joven de ojos cafés y cuerpo de infarto. Amaro era el bálsamo para cualquier malestar.

Despertó cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta con insistencia. Si bien era muy temprano, se levantó usando solo su pijama para ver qué ocurría.

—Tengo que hablar contigo, ya no puedo esperar más —dijo el muchacho, entrando a la casa.

Ella estaba tan sorprendida que fue incapaz de hablar.

—Te he extrañado, Micaela —confesó antes de besarla con pasión.

Capítulo XXV

«Bienvenidas y despedidas».

Amaro quedó todavía más cautivado al ver a Micaela con los ojos hinchados por el sueño y luciendo un simple pijama.

Las pulsaciones de la mujer duplicaron su ritmo después de oír aquella confesión. Él la besaba con frenesí, y ella le respondía del mismo modo.

—Perdóname, Micaela, soy un bruto —expresó luego de apartarse de ella con delicadeza—. No tenía ningún derecho de hacerte sufrir yo también. Actué de forma muy estúpida. —Tomó una de sus manos y la llevó hasta su pecho—. ¿Sientes cómo late mi corazón por ti? Te quiero y espero que me des una oportunidad para demostrártelo. Desde aquella discusión que tuvimos que no he podido... ser yo.

—¿Eres real? ¿O estoy soñando otra vez? —Micaela sentía que flotaba en el aire. No podía creer que él estuviera allí de verdad.

—Ésta no es ninguna fantasía. De verdad estoy ansioso por saber tu respuesta. —Amaro se acercó a los labios de la muchacha, deteniéndose justo antes de besarla.

—¿Me dejarás con las ganas?

—Solo hasta que me contestes —expresó, mirándola de forma coqueta.

—Te daré la oportunidad de hacerme tan inmensamente feliz como lo has hecho desde que nos conocimos —manifestó Micaela. Aunque intentó contener su llanto, no lo logró.

—No llores, mi vida. —Amaro besó las mejillas de la chica para secarle las lágrimas.

—Todavía no puedo creer que estés aquí. Pensé que no volvería a verte nunca más. Bésame otra vez y demuéstrame que eres real.

Él obedeció, motivado por la necesidad de saborear sus labios de nuevo. Micaela, por su parte, había pensado que quería tomarse las cosas con calma. Sin embargo, le estaba resultando muy difícil contenerse.

—No quiero hacerte esto —admitió Amaro—. Si bien deseo con locura hacer el amor contigo, preferiría que no nos precipitéramos. No quiero que vuelvas a sufrir. Necesito que confíes en mí para que cuando estemos juntos sea porque estás segura de que me amas tanto como yo a ti.

Micaela lo miró con gratitud, pues sabía que, si él no se hubiera detenido, ella tampoco lo hubiera hecho. Ella estaba de acuerdo con los argumentos que él le había dado. No quería volver a cometer los mismos errores. En esta ocasión, haría bien las cosas.

—Estoy enamorada de ti, Amaro González. Desde hace tiempo que no puedo sacarte de mi cabeza. Tú eres la casualidad más bonita que he tenido. Quiero amarte y que me ames también.

—Ya lo hago, mi bella morena, pero primero me gustaría que me respondieras una pregunta.

—¿Cuál? —preguntó con la voz entrecortada, evidenciando su nerviosismo.

—¿Quieres ser mi novia? No tengo nada para darte ahora para conmemorar el momento, pero prometo que te regalaré algo significativo —dijo Amaro, bajando la vista.

—¿Que si quiero ser tu novia? —Ella lo miró divertida antes de sostener su mentón y darle un pequeño beso en la punta de la nariz—. Es lo que más deseo en este mundo. —Amaro pudo apreciar la sinceridad de Micaela reflejada en sus ojos—. Y no necesitas darme nada, me basta con tu amor. Ven. —Tomó su mano y lo guió hasta su habitación para mostrarle una pequeña caja de madera. Al abrirla, Amaro descubrió que ella había guardado cada una de las flores y los

envoltorios de cada uno de los chocolates que él le había obsequiado—. Me encanta que seas un hombre tan detallista. Conservo esto, porque así me has demostrado tu amor.

Aquello había emocionado a Amaro, quien la abrazó con fuerza. Ella le daba las gracias a Dios por haber llevado a ese hombre hasta su puerta.

El joven bostezó un par de veces. Estaba exhausto, puesto que, después de salir con su prima y llevarla hasta su casa, manejó durante toda la madrugada de vuelta al rancho. Tantas horas seguidas sin descansar le estaban pasando la cuenta.

—Ven, duerme conmigo. Quiero estar a tu lado para que, cuando despiertes, sepas que esto no ha sido un sueño. —Micaela jamás había pasado la noche con un hombre. De hecho, ¿ni siquiera había tenido un novio antes!

—No creo que pueda estar junto a ti sin tocarte.

—Estoy segura de que seremos capaces de resistirnos a la tentación —aseguró la muchacha. Se metió a la cama y le hizo un lugar junto a ella.

Amaro se quitó los zapatos y sus vaqueros, quedándose tan solo con su camiseta y su ropa interior. Se acostó al lado de Micaela y la abrazó. Al mirarlo a los ojos, ella pensó que quizás no había sido una buena idea invitarlo a su cama. Amaro era realmente guapo y tenía una sonrisa cautivadora. Se acercó a él, olió su perfume y cerró los ojos. Él, por su lado, hizo lo mismo sin poder dar crédito a su suerte.

Durmieron un par de horas. Micaela fue la primera en despertar. Se levantó con mucho entusiasmo y fue a preparar café, mientras se preguntaba cómo sería despertar todos los días al lado de Amaro. «Tómame las cosas con calma, Micaela», pensó.

El exquisito aroma que inundaba la casa de Micaela despertó a Amaro. Si bien anhelaba levantarse y besar a su flamante novia, se sentía un tanto incómodo, debido a la potente erección con la que había despertado. «Al agua helada no más», pensó, en tanto acomodaba sus genitales para evitar que Micaela se diera cuenta. Sin embargo, ella lo sorprendió en ese preciso instante.

—No quiero que vuelvas a sufrir una tortura como aquella —dijo la muchacha con coquetería sin quitarle la vista al enorme bulto que Amaro tenía entre sus piernas—. No podremos volver a dormir juntos.

—Eres mi novia. Podría hacer el amor contigo antes de dormir y sería el fin del problema. —Él se acercó a ella y la besó con pasión.

—¿Y qué pasó con eso de tomarse las cosas con calma? —cuestionó la joven entre risas.

—Lo siento, pero contigo no puedo contenerme.

Gia se alistaba para ir a trabajar. Aquel era un día especial, pues Fátima la acompañaría a su oficina para desarrollar un proyecto especial entre las dos. Debido a algunos temas burocráticos, la chilena todavía no podía ejercer su profesión en Italia. No obstante, la idea que presentarían en la empresa Cacciatore podría servir para que su novia obtuviera la residencia. Fátima, por su parte, se sentía muy nerviosa, dado que conocería a los padres de Fabrizio no solo como una posible futura empleada, sino que como la pareja de su hija.

—Cálmate, mi amor, o harás un agujero en el piso. —Gia trataba de tranquilizarla.

—No puedo. ¿Qué pasaría si no les simpatizo?

—No te preocupes, Fátima. Tú eres increíble y a ellos les encantará conocerte.

—Son tus sentimientos los que están hablando por ti.

—Si te digo esto es porque es la verdad. El amor que siento por ti no ha cegado mi juicio, cariño. Sabes que juntas somos invencibles.

—¿Cómo el dúo dinámico? —La chilena rió al ver la expresión de Gia, quien no comprendía

la referencia—. Quiere decir que somos geniales —explicó antes de darle un beso.

—¿Vamos? —Gia cogió su cartera y las llaves del automóvil.

Fátima salió detrás de ella y cerró la puerta del departamento.

—¿Cuándo manejarás tú, cariño? —preguntó la italiana a su novia al ver que ella se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Todavía no conozco bien las calles de Roma. Tendrás que ayudarme mucho para que pueda aprendérmelas pronto —respondió, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Espero que podamos empezar este fin de semana —manifestó la arquitecta, quien se colocaba sus anteojos de sol y echaba a andar el auto.

—Mi amor, ponte en cinturón de seguridad, por favor —pidió Fátima, pues Gia siempre solía olvidarlo.

La chilena sintonizó la radio Antenna 1 de Roma —la cual programaba música en inglés e italiano—, puesto que le fascinaba cuando ambas conocían la canción y comenzaban a corearla con entusiasmo. Gia disfrutaba con «*Inamoratta*» de Laura Pausini:

*«... Tu non sai cosa può fare
Una donna innamorata,
Una donna innamorata della vita come me
Posso correre sul filo dove scorre la corrente
Posso credere al futuro, stare persa tra la gente...»*

Fátima la miraba sintiéndose inmensamente feliz. Gia llenaba su vida de momentos tan alegres como ese.

Ambas celebraron cuando escucharon las primeras notas del siguiente tema y cantaron el coro de «*Lovefool*» a todo pulmón, ya que aquella canción de «The Cardigans» las transportaba al pasado.

*«... Love me, love me
Say that you love me.
Fool me, fool me
Go on and fool me.
Love me, love me
Pretend that you love me.
Lead me, lead me
Just say that you need me...»*

La chilena no le quitó los ojos de encima a su novia hasta que llegaron a las oficinas de la empresa Cacciatore.

—¿Te ocurre algo, Fátí? —preguntó Gia, intrigada por cómo la miraba su novia.

—No, solo estaba pensando que desde hace mucho tiempo que no era tan feliz —admitió, abrazándola.

Los Cacciatore se encontraban congregados en la sala de reuniones. Luca estaba muy preocupado por su hermano, ya que ninguno había recibido noticias recientes de él. Sin embargo, él sospechaba que su madre sabía algo. De otra forma, ella no estaría tan tranquila con la situación.

—*Mamma*, ¿tú sabes dónde está Fabrizio?

—No —respondió María Ramacciotti, ocultando su mirada para no ser descubierta. Fabrizio le había pedido encarecidamente que no revelara su paradero.

—A mí no me engañas. Si mi hermano no quiere que sepamos de él, que así sea. Dejémoslo que siga escondiéndose como el cobarde que es.

—Luca, no hables así de tu hermano —intervino el padre.

—¿Y qué quieres que piense de él?! Después de todo lo que nos contó, desaparece sin dar explicaciones. Ni siquiera fue capaz de defender el amor que decía sentir por esa mujer —insistió Luca.

—No sigan con el tema, por favor —solicitó la madre—. Tu hermano es un adulto y sabe bien lo que hace con su vida. En todo caso, aprovecho de advertirte, Luca Cacciatore Ramacciotti, que no se te ocurra intimidar a la novia de Gia. Conozco tu sentido del humor.

—Me extraña que digas eso, *mamma*. —Los tres rieron divertidos—. Me comportaré como un perfecto caballero con ella. Sé que me simpatizará mientras haga feliz a mi hermana.

Gia golpeó la puerta de la sala de reuniones.

—Hola, pasen. Las estábamos esperando —dijo María, saludándolas con afecto luego de abrir la puerta.

—Hola —respondió Gia con un tono de voz que delataba su nerviosismo—. Quiero presentarles a Fátima Undurraga, mi novia.

—¡Por fin te conozco, Fátima! He escuchado mucho de ti. Primero por mi hermano y luego por ella, la princesa de la familia —expresó Luca acercándose a la chilena para saludarla. A continuación le dio a Gia un tierno beso en la frente.

—Y tú debes ser el hermano de Fabrizio. Ellos también me han hablado mucho de ti.

—¡Siempre seré el hermano de Fabrizio para todo el mundo! —bromeó Luca, tomándose la cabeza con ambas manos.

—No le creas nada. Le encanta hacerse el ofendido. La verdad es que siempre gozó siendo el hermano de Fabrizio, especialmente cuando éramos jóvenes —aseveró Gia.

—No hablemos de eso ahora —dijo Luca entre risas—. Bienvenida a la familia y a la empresa, Fátima.

—Vengan, tomen asiento. —María se sintió feliz al ver a Gia tan dichosa—. Fátima, cuéntanos de ti.

Fátima les contó a grandes rasgos sobre su vida y labor como diseñadora de interiores y paisajista, manifestándoles su entusiasmo por trabajar en aquello que le apasionaba. También mencionó que había conocido a Gia gracias a Fabrizio y a Gina. No ahondó en el tema de sus amigos para no ser indiscreta, pero sí les reveló que había sido la argentina quien la convenció de darle una nueva oportunidad al amor. Ella le agradecía en el alma por eso. Manifestó su entusiasmo por trabajar haciendo aquello que sabía.

Todos la escucharon en silencio, asombrados por la historia de vida de la chilena. María estaba intrigada por saber más acerca de aquella mujer que le había robado el corazón al menor de sus hijos. Ella planeaba buscar el momento adecuado para preguntarle a la chilena sobre la argentina. Fátima, quien sospechaba de las intenciones de María, estaba ansiosa por hablarle de su gran amiga, ya que no quería que su suegra se hiciera una mala imagen de Gina.

Gia estaba más tranquila, pues su novia había sido bien recibida por la familia. Su felicidad era casi completa, pues aún le faltaba saber dónde diablos andaba su amigo.

Don Luca, quien siempre fue el más mesurado de los Cacciatore, guardó silencio hasta el final de la conversación.

—Me alegra haberte conocido, Fátima. Puedo darme cuenta de que Gia es feliz, y eso es fundamental para mí. Bienvenida a la familia.

—Muchas gracias. —Fátima se sentía emocionada con las palabras del patriarca. Gia le tomó la mano y le dio un fuerte apretón—. Quiero a esta mujer y deseo que sea tan feliz como yo cuando estoy junto a ella.

—Gia, Luca, vamos a trabajar. Es tarde y tenemos bastante que hacer. —Don Luca se levantó de su asiento, besó a su esposa y a Fátima e hizo un gesto a los chicos para que lo acompañaran.

—Vete tranquila, Gia. Fátima se quedará conmigo para que podamos trabajar en los asuntos legales —dijo María.

—Sé que le gustaría hablar de Gina —expresó Fátima en cuanto quedaron solas—. Para serle sincera, no qué fue lo que pasó entre ellos ahora último, aunque tengo la certeza de que mi amiga está sufriendo bastante a causa de esta situación. Sin embargo, estoy segura de que el amor entre ellos es honesto, a pesar de lo que sea que haya pasado.

Fátima le habló sobre el horrible matrimonio de Gina, la crueldad e indiferencia de José, sus hijos y lo que había padecido a lo largo de su existencia. Además, le confidenció que, en estos momentos, la argentina se encontraba viviendo apartada de sus hijos, sin dinero y sin hogar. Asimismo, le contó del aporte monetario que le había hecho con la venta de la casa para que pudiera comenzar de nuevo.

—Aquí ha habido un mal entendido. —María estaba sorprendida, pues su hijo desconocía esta última información—. Fabrizio se fue creyendo que ella le estaba dando una oportunidad a su matrimonio, puesto que la vio posando junto a su familia en una revista. Él no fue capaz de soportarlo y se fue. Mi pobre niño lucía tan destrozado, pensando que ella ya no lo amaba. A pesar de la presión de mi familia, he guardado silencio sobre su paradero. ¡Ni siquiera se lo he contado a mi marido! Tengo que hablarle de esto la próxima vez que me llame.

—No sé si eso sea lo más adecuado por ahora. Gina está tratando de recuperar a sus hijos, y dudo que Fabrizio esté dispuesto a esperarla. —Fátima estaba en una disyuntiva, al igual que María—. Si habla con él, dígame que el esposo de Gina la forzó para posar con una sonrisa, pero nada más. Ya veremos qué pasará con los dos. Es mejor que les demos algo de tiempo.

Ambas estuvieron de acuerdo. Luego llamaron al abogado de la empresa para que tramitara la visa de trabajo para Fátima. En cuanto ese asunto estuviera listo, ella podría empezar a trabajar en el proyecto que tenían con Gia: diseñar viviendas para personas con recursos limitados, brindándoles lugares de esparcimiento y fácil acceso. Aquel era un proyecto ambicioso que la empresa estaba dispuesta a financiar.

José despertó sobresaltado por el sonido de su teléfono. Si bien estaba aclarando, aún no daban las cinco de la mañana. Luego de coger el aparato, descubrió que era uno de los principales directivos de la asociación de empresarios. Él no imaginaba el motivo de aquel contacto telefónico a esa hora.

—José Machado, acabo de recibir un correo con unas fotos tuyas muy comprometedoras. Apareces desnudo con una chica bastante joven, ¿me podrías dar una explicación?

José no conseguía reaccionar. «Fotos, ¿qué fotos?», se preguntó durante varios segundos hasta que recordó el episodio vivido con Micaela y su amiga. «¡Maldita sea! ¡¿Qué fue lo que hizo esta imbécil?!», pensó, irritado.

—No sé de qué hablas. Seguramente se trata de un montaje de alguien que no me quiere como presidente de la asociación —explicó, disimulando su rabia y nerviosismo.

—Espero por tu bien que así sea. Quiero que te reúnas conmigo a primera hora de la mañana. Recibí estas imágenes hace algunos días, pero no las había visto hasta que mi secretaria me mostró el mensaje. No proviene de ninguna revista, así que existe la posibilidad de que no haya llegado a la prensa todavía.

José lanzó su teléfono a la cama con furia. En esta ocasión, era Micaela quien trataba de arruinar su vida, mas no lo permitiría. Nadie podría derrotar a José Machado.

Pensó con cuidado cada una de las palabras que diría, pues los miembros de la asociación de empresarios eran tipos muy conservadores. De ser necesario, buscaría a Micaela para obligarla a negar el asunto. No obstante, él no había tenido noticias de ella desde hacía tiempo, así que no sabía por dónde empezar a buscarla.

Se duchó para intentar calmarse y aclarar sus ideas.

Gina caminaba por el pasillo del hospital al que trasladó a su abuela, ya que no había mejorado con el tratamiento. Los doctores decidieron dejara hospitalizada, puesto que la anciana se encontraba muy deteriorada. Ellos esperaban que pudiera recuperarse de la neumonía que la aquejaba. Sin embargo, a sus ochenta años, le sería bastante difícil enfrentar una dolencia como ésta.

Gina entró a la sala y vio que su abuela usaba una mascarilla para que pudiera respirar mejor. La nieta tenía mucho miedo, pues no quería perderla a ella también. No había visto a su hijo en varios días, porque él se estaba preparando para terminar con su año escolar. En pocos meses, ingresaría a la escuela militar.

Noviembre venía acompañado por el calor de la primavera. Sin embargo, Gina sentía frío. Extrañaba a sus hijos y a Fabrizio. No había sabido de él desde hacía casi dos meses y, si bien lo amaba y añoraba estar con él, estaba dispuesta a asumir que el actor quisiera rehacer su vida con otra mujer si aquello lo hacía feliz. De todas formas, buscaba información sobre él en la prensa italiana, pero sin éxito. Fátima le había dicho que ni siquiera su familia conocía su escondite. Faltaban dos semanas para que él cumpliera treinta y cuatro —el diecinueve, para ser exactos— y sus fanáticas se preguntaban si lo verían aparecer ese día. Gina esperaba lo mismo, ya que necesitaba verlo, aunque fuera a través de fotos.

Ella hablaba todos los días con su amiga, quien le había comentado que los Cacciatore la trataban muy bien. Gina estaba feliz por ella, dado que merecía toda la felicidad que estaba experimentando.

Azul intentaba convencer a su hermano para que le prestara su computador, pues el suyo se encontraba en el servicio técnico. Ella no tenía a nadie más a quien recurrir. Necesitaba escribir un trabajo de investigación para la escuela y le había resultado demasiado complicado el reunir la información necesaria con su teléfono.

—Te lo presto, pero con una condición: deberás ordenar mi cuarto durante todo un mes —dijo Alejo. A ella no le quedó otra alternativa más que ceder ante su demanda.

Estuvo recopilando y organizando el material de estudio durante horas. A continuación, le envió el reporte a su amiga, Ámbar, quien se haría cargo de corregirlo. En cuanto terminó con su tarea, la joven se dispuso a revisar su correo electrónico, puesto que desde hacía mucho tiempo que no lo veía. Al ingresar a su cuenta, pudo notar que tenía bastantes mensajes sin responder, razón por la cual empezó a leerlos uno por uno. Tenía varios correos basura y algunos de la escuela de teatro, los que comunicaban cosas que ya sabía a través de las redes sociales. Sin embargo, había un mensaje en particular que llamó su atención. Al comienzo, dudo sobre si era una buena idea o no leerlo, pero la curiosidad pudo más. Lo que encontró la dejó atónita. Había una gran cantidad de fotografías que mostraban a su padre teniendo sexo con dos chicas. Comenzó a llorar y gritar con desesperación, no podía atinar a hacer otra cosa más que eso. No podía comprender que su padre fuera capaz de hacer algo así. El descubrir en esa situación al hombre que siempre había idealizado le rompió el corazón.

Alejo, quien escuchó los alaridos de su hermana, corrió a verla. Le preguntó con insistencia qué le ocurría. No obstante, ella fue incapaz de responderle. Después de un par de segundos — los que parecieron una eternidad— ella apuntó la pantalla del computador. El joven se acercó y vio las fotos. Sin pronunciar una palabra, cerró el aparato y abrazó a Azul, quien continuaba llorando.

—¡¿Ahora estas feliz?! —exclamó con furia, desquitándose con su hermano—. Papá es un desgraciado, infiel y desconsiderado tal como lo has dicho siempre.

—Aunque no me creas, esto no me pone contento —respondió Alejo, resistiendo en silencio los puñetazos que Azul le propinaba—. Hubiera preferido que él jamás hubiera actuado de esta forma, pero la verdad sale a la luz tarde o temprano. A mamá la crucificaste por mucho menos. —Le recordó—. Francamente, lo que haga ese hombre no me interesa, así como él tampoco ha demostrado alguna preocupación por mí. Solo me importas tú, Azul, por eso no me he ido de esta casa.

Frente a esa declaración, la muchacha se aferró a su hermano y lloró con amargura. Una cosa era intuir que su padre era infiel y otra muy distinta era verlo en aquella actitud con una mujer solo un poco mayor que ella.

Alejo sintió que su móvil vibraba sin cesar en su bolsillo, mas decidió no contestar. Ya vería después quien lo llamaba, puesto que su prioridad era consolar a su hermana. Si bien él era el menor, siempre actuaba de modo protector con ella y nunca dejaría de hacerlo.

José entró a su hogar cerrando la puerta de un golpe. Estaba iracundo, debido a que su candidatura para la presidencia pendía de un hilo. Ninguno de los miembros de la asociación creyó sus excusas y ahora buscaban a alguien que lo reemplazara, amenazándolo con hacer públicas las fotos si él no presentaba su renuncia sin objeciones.

Azul salió de su cuarto con los ojos enrojecidos de tanto llorar. José la miró preocupado y se acercó a ella, quien le rehuyó.

—¿Qué pasa, hija? ¿Tu hermano te hizo algo? —inquirió José extrañado por la actitud de la joven.

—Yo no le hice nada. El que la hirió por no saber controlarse fue otro.

—¡¿Qué quieres decir Alejo, por la mierda?! —reclamó el padre.

—Será mejor que ella te lo explique —contestó con un tono de voz que evidenciaba su enojo—. Estaré en mi cuarto. Cualquier cosa que necesites, me avisas —agregó, dirigiéndose a su hermana, y luego se fue.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó José con dulzura.

—¡¿Por qué lo hiciste, papá?! Siempre impartiste lecciones de moral. Sin embargo, al parecer, éstas aplicaban para todos, menos para ti. Trataste pésimo a mi mamá, y lo peor es que yo también lo hice. La condené por algo que incluso podía parecer normal después de lo que vi hoy.

—Pero hija...

—Yo fui muy dura con ella. —Continuó la joven, sin permitir que José la interrumpiera—. La traté muy mal por haberse enamorado de otro hombre. ¿Y tú? ¿Estás enamorado de alguna de las chicas con las que te fotografiaron?

—Me han tendido una trampa. —José, por fin, entendió lo que sucedía. No sabía cómo las imágenes habían llegado hasta Azul—. Alguien está tratando de hacerme daño. De hecho, no descarto que sea tu madre.

—¡Ya no mientas más, papá! Ella sería incapaz de algo así. Ni siquiera se defendió cuando la echamos de aquí, a pesar de que tenía el derecho de hacerlo. Responsabilízate por tus actos

alguna vez y muéstrame que es verdad que todo lo que hacemos tiene una consecuencia. Por tu causa, mi mamá ya no está con nosotros, ¡y por confiar ciegamente en ti, yo la aparté de mi lado! ¡¿Qué pasa contigo?! Tú jamás supiste lo que era perder, pero acabas de destruir la confianza de la única en esta familia que creía en ti. Esto es culpa tuya y de nadie más.

José no pudo emitir sonido alguno. Salió de su casa sin rumbo fijo. Las palabras de su hija se habían clavado dolorosamente en su corazón.

Azul rompió a llorar nuevamente. Alejo, por su parte, al darse cuenta de que su padre se había ido, acudió a su hermana para consolarla. Llenó un vaso con leche, sirvió un trozo de pastel y los dejó en la mesa.

—Ven a comer. No puedes estar así. Además, compré pastel de frambuesa, tu favorito —dijo Alejo, intentando animarla—. No me digas que no tienes hambre.

—Gracias. Sé que no he sido una buena hermana. Siempre le he dado prioridad a mis asuntos y nunca te defendí, aun sabiendo que papá actuaba de forma injusta contigo. —Azul abrazó al muchacho y luego se dispuso a comer.

—No te preocupes. Yo estaré contigo incluso si no quieres que lo haga. Tienes la fortuna de tener a un futuro militar por hermano, lo cual es una gran ventaja —aseguró Alejo antes de besarla en la frente—. Siempre podrás contar conmigo, hermanita. Aunque a veces no te entienda, te quiero.

Gina desistió de llamar a su hijo después del tercer intento. Ella necesitaba tenerlo cerca, puesto que las noticias sobre la salud de Rosa eran muy desalentadoras. Además de la neumonía, su corazón estaba fallando. La anciana podía morir en cualquier minuto, y ella no estaba preparada para perderla. Se sentía sola y devastada. Le envió un mensaje a Fátima sin siquiera considerar que en Italia ya era de madrugada. A Gina le hacía falta hablar con alguien.

En cuanto Fátima escuchó la alerta de mensajes, tomó su teléfono. Luego de leer lo que Gina le había escrito, la llamó en seguida. Desconsolada, Gina le contó lo grave que estaba su abuela. La chilena despertó a su novia mientras tapaba el auricular del móvil para que la argentina no la oyera.

—Gia, necesito viajar a Argentina lo antes posible. Gina me necesita, su abuela está muriendo.

A la italiana le costó bastante abrir los ojos. Sin embargo, en cuanto comprendió lo que estaba ocurriendo, buscó su teléfono e hizo un par de llamadas. A continuación, sacó del armario una de sus maletas y comenzó a guardar ropa en ella. Fátima, a su vez, la miraba con profundo amor y gratitud.

—Tienes que estar en el aeropuerto en una hora más. Tuvimos suerte de encontrar un pasaje a esta hora —susurró Gia al oído de la chilena.

Fátima cortó la llamada, prometiéndole a su amiga que volvería a contactarse más tarde con ella. Luego se bañó y vistió tan rápido como pudo.

—Vamos, Fátí, debes apresurarte —dijo Gia, entregándole su cartera con todos sus documentos—. Me hubiera encantado ir contigo. Mándale un abrazo a Gina de mi parte.

Gracias a la ayuda de los amigos de Giannina, Fátima viajaba con rumbo a Argentina. La preocupación no la dejaba dormir. Le dolía pensar lo sola que había quedado su amiga después de que ella se fue a vivir a Italia.

A la salida del aeropuerto de Ezeiza, tomó un taxi directo al hospital. En cuanto llegó, preguntó en el mesón de informaciones por Rosa Chávez, y le notificaron que la mujer acababa de fallecer. Fátima corrió en busca de su amiga y la encontró sentada en el suelo. Lloraba con

tanta amargura que era imposible no empatizar con ella. Se acomodó junto a ella y la abrazó.

—Ya estoy aquí, amiga.

—Fátima, me quedé sola. Mi abuela se fue.

Capítulo XXVI

«La mitad del corazón».

Fátima tuvo que hacer muchos esfuerzos para que Gina abandonara la habitación donde yacía su abuela, puesto que se negaba a dejarla sola. Ella tomaba las manos de la anciana entre las suyas y le reclamaba por haberla abandonado. La chilena estaba conmovida por el dolor de su amiga y no podía creer que ni Alejo ni Azul estuvieran presentes para acompañar a su madre cuando ella estaba absolutamente destruida. «Tengo que hacer algo al respecto», pensó.

—Gina, vamos. Tenemos que ir a la funeraria y realizar los trámites correspondientes.

—¿Podrías ayudarme con eso, por favor? Yo tengo que hacer una llamada e ir por ropa para vestir a mi abuela. —A Gina apenas le salía la voz.

—Sí, no te preocupes, yo me encargaré de aquello. Llama por teléfono y espérame. Primero necesito dejar mi equipaje en el hotel y después te ayudaré a buscar un lindo atuendo para tu abuela. —A Fátima le apenaba mucho notar el dolor reflejado en el rostro de su amiga.

La chilena fue hasta la recepción para pagar los gastos hospitalarios y luego contactó a una funeraria. En un par de horas pasarían a retirar el cuerpo y lo trasladarían al lugar donde se realizaría el velatorio. Posteriormente la sepultarían en el Cementerio de Flores.

Fátima volvió para buscar a su amiga y la encontró bastante agitada. De hecho, parecía un volcán al borde de la erupción.

—Si nunca te importó mientras estaba viva, al menos podrías dignarte a asistir a su funeral. Te enviaré un mensaje con los detalles. Si vas o no, es asunto tuyo. De todas formas, ya no importa —expresó la argentina mientras temblaba a causa de la rabia. Luego cortó la llamada.

—¿Qué pasó? ¿Con quién hablabas? —preguntó Fátima

—Con la mujer que me dio la vida. A esa no le puedo decir madre —respondió Gina, abrazándose a sí misma para tratar de calmarse.

—¿Le avisaste a tus hijos?

—No, no lo he hecho —Gina miró su teléfono con la intención de llamarlos.

—No te preocupes, yo me contactaré con ellos —manifestó la chilena—. Vamos, tomemos un taxi. Tú podrías ir a la casa de tu abuela mientras yo estoy en el hotel. En cuanto esté lista, te llamaré para saber dónde estás.

—De acuerdo, Fátima. Agradezco mucho tu apoyo. No imaginas cuánto aprecio que hayas venido. No creo que hubiera podido soportar todo esto estando sola. —Gina abrazó a su amiga.

—No hubiera podido quedarme tranquila si no hubiera venido. Tú sabes lo importante que eres para mí.

Fátima cogió su maleta, entrelazó su brazo con el de Gina y la animó a salir del hospital. Tomaron un taxi con rapidez. Después de dejar a la chilena frente al hotel, Gina continuó su camino hasta la casa de Rosa.

Fátima se duchó y se vistió con rapidez. Después llamó a Gia. A la italiana le entristecía que Gina estuviera sufriendo aquella pérdida. También extrañaba mucho a su novia. Ellas no se habían separado desde el inicio de su relación.

A continuación, Fátima hizo algo que tenía planeado desde que tomó el avión rumbo a Argentina: se dirigió a la casa de José Machado para decirles unas cuantas verdades a los hijos de su amiga. Golpeó la puerta y esperó algunos minutos. Alejo, quien había llegado hace poco del colegio y ya se preparaba para salir nuevamente, le abrió. La chilena llamó a ambos jóvenes y

los reunió en la sala.

A Azul le extrañaba la presencia de Fátima, pero lo que más le intrigaba era la expresión seria de su rostro.

—Imagino que mi presencia les sorprende. Sin embargo, yo estoy aún más asombrada por su ausencia en este momento en que su madre más los necesita.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Azul

—Su abuela falleció anoche. La neumonía debilitó a Rosa y presentó complicaciones cardíacas a causa de ello.

—Yo la vi el otro día y la noté muy débil. No puede ser. —Alejo rompió a llorar, mientras negaba con la cabeza—. Por eso mamá llamaba ayer con tanta insistencia. No pude contestarle.

—Al menos, tú la viste. Yo perdí mucho tiempo que debí aprovechar con ella y ahora jamás lo podré recuperar. —Azul estaba impactada. Habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo.

—La abuela te quería mucho, ¿sabes? Ella siempre preguntaba por ti. Yo también fui un tonto, ya que desperdicié muchas oportunidades por escuchar a papá en vez de acompañar a mamá cuando ella iba a visitarla.

—Perdonen que sea tan dura con ustedes, pero sus lamentos no sirven de nada ahora que ella no está —recriminó Fátima—. Ustedes ya perdieron a su bisabuela, y no creo que quieran perder a su madre también. Ella está muy sola y los necesita a ambos, porque son lo único que le queda. Gina pudo haberse equivocado al enamorarse de otro hombre, pero ¡quién podría culparla por eso! José nunca la quiso, y ella luchó por mantener a su familia unida, ya que quería evitar que ustedes experimentaran lo mismo que ella sufrió. Su propia madre la abandonó cuando era pequeña, ustedes lo saben. Ella fue rechazada por la única persona que se suponía que debía amarla incondicionalmente. Después se ilusionó con su padre y quedó embarazada. Cuando estabas por nacer, ella se fue sola al hospital cargando su maleta, mientras soportaba los latigazos de dolor causados por las contracciones —habló, dirigiéndose a Azul—. José ni siquiera se dignó en aparecer. Y a ti te cuidó cuando todos decían que no sobrevivirías —dijo mirando al chico—. Ella luchó por ti. Sin embargo, ustedes la condenaron a la soledad por amar a alguien que sí le correspondía. —Fátima intentó seguir hablando, pero el nudo en su garganta y las lágrimas se lo impedían. Secó sus mejillas y respiró profundamente para intentar tranquilizarse—. Yo fui cómplice de su madre y, ¿saben por qué lo hice? Fue porque me cansé de verla soportar tantas humillaciones y desamor. Ella dejó al hombre de sus sueños para no decepcionarlos. Su vida entera gira en torno a ustedes, chicos. La única vez que ella pensó en sí misma como mujer fue cuando estuvo junto a aquel sujeto que le brindó amor infinito. Sin embargo, sus hijos siempre estuvieron antes que todo lo demás, otra vez. Ustedes no se merecen a la madre que tienen —sentenció, dio media vuelta y caminó en dirección a la salida.

—Fátima, espera —Alejo se aproximó a la chilena—. Iré contigo. ¿Vienes, Azul?

—Sí, vamos —Azul tomó su bolso, su teléfono móvil y las llaves de la casa—. ¿Dónde está mamá?

—La llamaré —dijo Fátima con un poco de alegría en el corazón al ver que los chicos habían reaccionado a sus palabras.

Gina le informó que estaba en la funeraria, así que Fátima y los jóvenes se fueron para allá. Al llegar, la chilena les pidió que aguardaran en el salón mientras ella buscaba a su madre, y los jóvenes se dirigieron a ese lugar. Alejo tamborileaba con sus dedos el respaldo del sofá. Azul, en cambio, tomó un mechón de su cabello y comenzó a retorcerlo, tal como solía hacerlo cuando estaba nerviosa.

Cuando Gina entró, ambos se levantaron y corrieron a sus brazos. Los tres lloraron y se brindaron consuelo. Fátima salió para darles privacidad.

Las palabras no fueron necesarias. Aquel abrazo le dio a entender a Gina que había recuperado a su hija. Todavía necesitaban hablar, pero ya llegaría el momento adecuado para hacerlo. Secó las lágrimas de Azul y la contempló con todo el amor que sentía por ella. ¡La había extrañado tanto! A pesar del dolor de haber perdido a quien la había criado, se sentía en paz, pues finalmente estaba reunida con sus dos hijos. «Gracias, abu, por traérmelos», pensó mientras miraba al cielo y sonreía.

Las horas pasaron con lentitud. El funeral se realizaría a las diez de la mañana. Los chicos regresaron cerca de la medianoche a su casa para dormir. Fátima, entretanto, convenció a Gina para que descansara un par de horas junto con ella en el hotel.

La despedida de Rosa fue muy linda, colmada de flores y palabras de gratitud por parte de la gente que la había conocido. La madre biológica de Gina no fue ni al velatorio ni al cementerio, hecho que no le extrañó a nadie.

Gina se sentía bastante acongojada. Si bien su abuela había dejado de sufrir, ella la extrañaba. Cuando llegaron a la casa de Rosa, encontraron las pertenencias de la anciana en la calle. La progenitora de Gina estaba de pie en la puerta.

—¿Qué estás haciendo?! No tienes ningún derecho para sacar las cosas de mi abuela —gritó Gina.

—Esta casa le pertenecía a mi madre y, como ella murió, ahora es mía y la pienso ocupar —explicó la mujer sin una pizca de remordimiento.

—¿Quién te crees que eres?! Nunca hiciste nada por ella y, ahora, ¿quieres su casa? ¡Eres una descarada! ¡Ni siquiera tienes respeto por la mujer que te dio la vida! ¡Te aprovechaste de su muerte para venir a robarle!

—¡Yo no estoy robando nada! Esta casa me pertenece por herencia, ¡así que, si no quieres que estas cosas terminen en la basura, sácalas de aquí ahora mismo!

—¡Y ustedes pensaban que su mamá era una mala persona! —expresó Fátima, impactada, a los jóvenes. Sabía que la madre de Gina era una persona cruel. Sin embargo, aquello rebasaba todos los límites—. Ella ha tenido que lidiar con muchas cosas a lo largo de su vida. Entre ellas, se encuentra esa mujer que ven ahí, su abuela.

Los chicos, al ver a Gina recogiendo algunas de las cosas, comenzaron a imitarla. Fátima, por su parte, llamó a la empresa de mudanzas de un amigo y, en minutos, apareció un camión para cargar las pertenencias de Rosa.

—No sé dónde dejaré estas cosas. ¡Ya no tengo casa donde vivir! —lamentó Gina con amargura.

—No te preocupes. Por mientras las llevaremos a una bodega. Después podremos decidir donde las dejamos. Aquí hay unos muebles antiguos preciosos —manifestó Fátima, abrazando a su amiga—. Esta noche, dormirás conmigo en el hotel.

Los chicos ofrecieron su ayuda al personal de la empresa de mudanzas. Gina buscó sus cosas personales y se fue de aquel lugar sin mirar atrás. No necesitaba cosas materiales para recordar a su abuela. No obstante, la situación le parecía injusta. Sus hijos la tomaron del brazo y se fueron con ella, quien los abrazó feliz por haberlos recuperado. A pesar de su dolor, se sentía optimista. Lo único que extrañaba su corazón era a aquel hombre de ojos grises que la había enamorado.

Martina llamó a su amiga en cuanto se enteró de la desaparición de José luego de que las fotografías se dieran a conocer. Si bien sabía que Micaela estaba feliz disfrutando de su relación

con Amaro, ésta era una información que ella debía saber. La venganza había tenido sus repercusiones.

Micaela estaba abstraída del resto del mundo. Las cosas con Amaro marchaban muy bien y, aunque se sentía cada vez más apegada a él, ellos seguían intentando llevar su relación con calma. Aquella decisión se había vuelto bastante difícil de cumplir, puesto que estaban ansiosos por hacer el amor. Sin embargo, ambos preferían omitir comentarios al respecto y darse largas duchas de agua fría.

Cuando Martina le contó lo que ocurría con José, Micaela no tuvo ninguna reacción. No sintió alegría ni dolor... ¡Nada! José no era más que un mal recuerdo. Aquella etapa oscura de su vida había quedado atrás. Solo quería ser feliz con su novio y tener una nueva vida lejos del fantasma de ese hombre que tanto sufrimiento le había causado. Al menos, le tranquilizaba saber que la familia de él ya conocía el verdadero rostro de ese malnacido.

Amaro entró al establo para contemplar a los caballos que cuidaba con tanto esmero. Necesitaba paz para pensar en una forma más efectiva para controlarse con Micaela. Cada vez que estaba con ella, podía sentir las chispas de calor que saltaban entre los dos. Ya ni siquiera le bastaba masturbarse pensando en ella. Anhelaba a esa mujer de una manera primitiva, pero le había prometido que sería paciente.

Micaela ingresó a las caballerizas y buscó a su novio con la mirada. Él estaba acomodando, a torso descubierto, unos fardos de alimento para los animales. La mujer estuvo a punto de arder por combustión espontánea. Y entonces, lo supo: ya no quería seguir esperando. Fue a su casa para buscar una manta, comida y varios condones. Ella había decidido entregarse a él porque lo amaba y deseaba sentir su cuerpo desnudo. Ya no quería conformarse con soñar y tocarse a sí misma.

Cuando ella volvió, Amaro seguía trabajando. Se sentó sobre uno de los fardos sin dejar de observarlo. Amaro, al verla, la encontró tan linda, angelical y sensual. Vestía un pantalón corto con tela vaquera y una camiseta blanca. Además, se había recogido el cabello en una trenza que le caía sobre el hombro izquierdo.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —preguntó con una sonrisa. A él le encantaba que ella lo fuera a ver.

—Terminé de trabajar y te vine a buscar para que vayamos a dar un paseo al río. Traje algo de comer. —Micaela le mostró el bolso donde traía las cosas.

—¡Qué bueno! A mí me falta poco para terminar con mis labores. Tengo mucho apetito... de comida y de ti —aseveró, tirándola del brazo para pegarla a su cuerpo y besarla con erotismo. Rozó con su lengua los labios de la joven antes de mordérselos.

Micaela lo invitó a salir de ese lugar. Amaro cogió el bolso y la mano de ella, dándole un casto beso en el dorso.

—Me encanta que me sorprendas —confesó, mientras ella lo miraba obnubilada.

Se aproximaron a la orilla del río junto a un árbol frondoso que daba bastante sombra.

—Traje algo. —Micaela sacó la manta de su bolso, y juntos la extendieron sobre el suelo.

Luego de comer, se recostaron y quedaron frente a frente. Comenzaron a besarse con cada vez más pasión. Se tentaban con la punta de sus lenguas, causándoles una gran excitación. Micaela acariciaba el pecho de Amaro con avidez, mientras que él deslizó su mano por debajo de la camiseta de la joven, acercándose peligrosamente a los senos de su amada. Cuando él alcanzó sus pezones por sobre el sostén, la joven sintió que estallaría en mil pedazos. Sin pedir permiso, el muchacho desabrochó la prenda y dejó los senos de su amada al descubierto.

—Ya no puedo seguir reprimiéndome. Tengo que hacerte mía. Dime que lo deseas tanto

como yo, Micaela —pidió con la voz cargada de sensualidad.

—Sí, hazme el amor. —Ella cerró sus ojos para concentrarse en las caricias de Amaro.

—No era así como me hubiera gustado estar contigo. Este no es un lugar adecuado para ti —expresó el joven.

—Mi lugar es contigo. El hecho de que tú estés aquí lo hace el mejor lugar del mundo.

Amaro recorrió con sus labios desde el cuello hasta los senos de la mujer, quien gemía en voz baja para que no los descubrieran. Él la recostó con cuidado, como si se tratara de una delicada flor. Micaela se sintió deseada, pero por sobre todo, amada. Aquella era la primera vez que la trataban con tanta ternura.

La oscuridad de la noche les concedió la privacidad que necesitaban. Amaro se levantó y se desabrochó sus vaqueros para dejarlos caer al suelo junto con su ropa interior. Cuando quedó completamente desnudo, se arrodilló para ponerse uno de los condones que se asomaban por el bolso.

—Veo que estabas preparada para esto, mi amor —expresó Amaro con una sonrisa radiante. Micaela asintió en respuesta.

Entusiasmado, el joven terminó de desvestirse a su novia antes de posar sus labios sobre su monte de Venus. Micaela sintió que su cuerpo se estremecía. Amaro siguió explorando con su lengua aquel íntimo rincón de la muchacha, conduciéndola al borde del clímax. Después él se recostó sobre ella.

—Quiero entrar en tu cuerpo. Deseo que sientas lo que me provocas —dijo tomando la mano de Micaela y llevándola hasta su erección—. Ansío ver tu mirada cuando alcances el orgasmo —expresó antes de penetrarla con cuidado.

La chica no tenía palabras para expresar las emociones que la embargaban. El hombre de sus sueños la trataba como la porcelana más fina y delicada y, además, le daba mucho placer.

—Sí, eso suena bien. También deseo lo mismo —murmuró entre gemidos de placer—. Eres la persona más maravillosa que he conocido. Todo lo que he vivido ha valido la pena solo por estar contigo.

Las estocadas de Amaro se volvieron más intensas. El joven tuvo que recurrir a su autocontrol para que Micaela culminara antes que él. Poco después, cuando la muchacha gritó su nombre, él la besó y alcanzó el éxtasis.

—Eres sorprendente, ¿lo sabías? —opinó la mujer con una sonrisa radiante mientras lo rodeaba con sus brazos—. Esto estuvo increíble. Te amo, Amaro.

—Y yo te amo a ti. Tú eres lo más lindo que existe en mi vida. Yo no creía en el amor a primera vista hasta que te conocí. —Amaro tenía su cabeza apoyada sobre el pecho de su novia.

—En mi caso, fue algo que se construyó de forma gradual. Supongo que tenía tanto miedo de volver a sufrir que me costó volver a abrir mi corazón.

—Yo nunca te lastimaré. Mi única meta es hacerte feliz. Sé que, en ocasiones, discutiremos. Sin embargo, confío en que podremos sobreponernos a cualquier dificultad gracias a nuestro amor. —Amaro levantó la cabeza para guiñarle un ojo. Ella respondió al gesto con una sonrisa y besó su cabello.

Después de charlar durante un rato, el joven volvió a calzarse los vaqueros y, a continuación, ayudó a su novia a vestirse.

—Creo que nos hace falta un baño —comentó mientras le abrochaba el sostén.

—Sí, pero tú en tu casa y yo en la mía —sentenció Micaela.

—¿Por qué?! Yo quiero ducharme contigo. —La miró con una sonrisa pícaro que evidenciaba sus intenciones.

—No podemos. Recuerda que debemos reunirnos con tus abuelos en una hora más para cenar.

—¡Tienes razón! Lo había olvidado —dijo Amaro, tomándose la cabeza con ambas manos—. Me tienes loco, Micaela, no dejo de pensar en ti. De hecho, creo que ha llegado el momento de presentarte oficialmente como mi novia —manifestó antes de besarla.

Micaela se sentía feliz y orgullosa. Ella también anhelaba que todos supieran acerca de su relación.

Gina se sentía exhausta. Después de cargar el camión con las pertenencias de su abuela, acompañó a sus hijos a su casa. Afortunadamente, no se encontró con José, quien se encontraba desaparecido desde el incidente de las fotos. Azul y Alejo decidieron esperar a su padre por un día más, a pesar de la insistencia de su madre para se fueran a hospedar con ella. No obstante, ellos esperaban que su papá llegara y les ofreciera alguna explicación.

Después de cerciorarse que sus hijos tenían suficiente comida, Gina se despidió y se dirigió al hotel junto con Fátima. Le tranquilizaba saber que ellos se cuidarían el uno al otro.

Si bien lo único que quería era dormir, su amiga la obligó a comerse una ensalada. La argentina no había probado bocado y lucía muy débil.

—Tendremos que dormir juntas —habló la chilena, pues la habitación tenía solo una cama, aunque ésta era bastante grande—. No creo que te complique, ¿o sí?

—Claro que no, idiota. Sé que no te gustan las rubias —comentó con un tono de burla antes de lanzarle una almohada—. Eres mi mejor amiga y jamás tendría un problema con dormir contigo, pero te advierto que, como no he tenido sexo en mucho tiempo, la que corre más peligro eres tú.

—Jajaja, ¡qué graciosa! —contestó con sarcasmo al tiempo que le devolvía la almohada—. Será mejor que te quedes bien tranquila, porque mi novia es muy celosa.

Fátima le prestó a Gina una de sus camisetas para que durmiera, mientras ella se puso un pijama negro, el cual resaltaba el color de sus ojos.

—Sé que echas de menos tu casa y tu vida, pero quiero que me respondas con sinceridad: ¿extrañas a Fabrizio? —preguntó la chilena.

—Me hace tanta falta que su ausencia me llega a doler, amiga. Lo extraño todos los días. A veces, creo que lo mejor hubiera sido que siguiéramos siendo un par de desconocidos, puesto que no he dejado de pensar en él desde que nos vimos por primera vez. —Gina abrazó una de las almohadas mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Pronto será su cumpleaños, y no dejo de preguntarme si es que está con otra mujer o si ya dejó atrás lo nuestro.

—Un amor como el de ustedes es imposible de olvidar —aseguró la chilena—. Ahora él se encuentra incomunicado y su madre es la única que conoce su paradero. Yo hablé con ella y le conté de ti. No le dije demasiado, ya que estoy segura de que serás tú quien le cuente toda la historia algún día. En todo caso, ella es una mujer increíble.

—¿Tú crees que él y yo volvamos a vernos?

—Estoy convencida de eso. Puede que hoy veas todo un poco oscuro debido al dolor que sientes, pero la vida te dará la oportunidad de ser feliz.

—Mi abuela me dijo lo mismo. ¡Cuánto la extraño! —sollozó la argentina.

—Es natural, aunque ella siempre vivirá en tu corazón.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente por todo lo que has hecho por mí, y no solo me refiero al apoyo que me estás brindando ahora. Siempre has sido mi ángel de la guarda. Me has ofrecido tu amistad y un buen empleo. ¡Incluso fuiste capaz de viajar miles de kilómetros para

acompañarme en este momento tan difícil para mí! —Gina le tomó las manos a su amiga en señal de gratitud.

—Yo también te debo mucho. Me hiciste reaccionar para que buscara a la mujer a la que amo. Y además de eso, te debo el éxito de mi empresa, pues sin ti no lo hubiera logrado. Sé que ahora tendré que partir de cero, trabajando para alguien más, contradiciendo lo que juré que jamás haría. Sin embargo, soy feliz. Lo único que me falta para que mi dicha sea completa es tenerte más cerca, querida amiga.

—Ya que estamos haciendo esto, aprovecho de darte las gracias también por el dinero que me diste. No imaginas lo espectacular que se sintió el hecho de no tener que pedirle un peso a José para matricular a Alejo en la academia militar.

—Joder a ese imbécil me da un enorme placer —expresó Fátima entre risas—. Casi tan grande como ayudarte a construir una nueva vida, con o sin Fabrizio... Mejor duerme, debes descansar —agregó luego de descubrir que a Gina le costaba mantener sus ojos abiertos—. Mereces tener dulces sueños.

La argentina soñó con su amado, quien solía acudir a su mente cada noche.

El día que José salió de su casa se había sentido dominado por una furia incomparable. Sus aspiraciones a la presidencia se habían ido al tarro de la basura por culpa de una estupidez. Él nunca imaginó que Micaela se vengaría de él usando aquella vil artimaña. Su mundo se había derrumbado. Había perdido su prestigio empresarial, la posibilidad de obtener un excelente cargo en la asociación de empresarios y, lo peor, la confianza de su niña. Aquello le rompió el alma. Su pequeña era la persona a quien él más adoraba. Su amor por ella era absoluto e incondicional. Su intención nunca fue decepcionarla. Las últimas palabras que ella le había dicho lo habían confundido y herido profundamente. Hizo todo lo posible por contactarla, mas su teléfono estaba apagado. No se atrevía a volver a su casa porque era incapaz de soportar los reproches de Azul y el desdén de Alejo.

Él nunca sintió especial simpatía por el muchacho. No dudaba que fuera su hijo —aunque atormentó a su esposa durante años con eso—, puesto que estaba seguro de que Gina no le había sido infiel, al menos hasta hacía poco. Ella era una mujer tan transparente que le costaba sostener una mentira por demasiado tiempo, incluso si se trataba de una muy pequeña. Nunca notó cuándo ella dejó de ser aquella esposa sumisa y fácil de manipular. Quizás ella tenía razón: al quitarle a sus hijos, había perdido el miedo.

Había decidido hospedarse en un hotel. No deseaba ir a la casa de sus padres, pues quería ahorrarse el sermón que, de seguro, ellos le darían. Ya no escucharía ni un reclamo más. Ahora debía pensar en una forma para recuperar su vida.

Sacó todo el alcohol del minibar y se lo bebió de una sola vez. Debido a que las botellas eran pequeñas, José tuvo la sensación de haber bebido muy poco. Por este motivo, llamó al servicio al cuarto y ordenó una botella de whisky y hielo. En cuanto llegó su pedido, exigió que nadie lo molestara y comenzó a beber de forma desmesurada. Buscó su teléfono móvil para revisar sus redes sociales —aquellas que tanto despreciaba— y se enteró de la muerte de Rosa. Además, descubrió que Micaela estaba en una relación con un muchacho de su edad. Ella le gritaba al mundo lo feliz que se sentía junto a él. Las fotografías que había publicado así lo confirmaban. Asimismo, descubrió que la mujer que Micaela había llevado para seducirlo, era su gran amiga. Lanzó el aparato a la cama con ira. Le enojaba que Micaela fuera feliz después de todo lo que le había hecho. Ella era la culpable de su desgracia.

Se sirvió un vaso más del licor y se lo bebió con tranquilidad. Había decidido hacerle una

visita a la chica. Él también podía arruinarle la vida. «A ver qué piensa tu noviecito cuando sepa todo lo que tú y yo hicimos, querida», pensó.

Volvió a coger su móvil para buscar un mapa que lo pudiera guiar hasta el rancho donde estaba viviendo la joven. Tomó las llaves de su Audi S3 y salió de su habitación tambaleándose. Le pidió al encargado del estacionamiento que lo dejara pasar. Sin embargo, se encontró con la negativa del muchacho, puesto que era evidente que José se encontraba en estado de ebriedad era bastante obvio. Además, él llevaba la botella de whisky en sus manos.

—¿Acaso no sabes quién soy yo, muerto de hambre? ¡Si quieres seguir con tu empleo de mierda en este hotel, más vale que me entregues mi vehículo ahora! —demandó con prepotencia.

El joven, asustado, accedió, pero antes le hizo firmar un documento que señalaba que José se llevaba su automóvil bajo su propia responsabilidad.

José salió raudo del estacionamiento del hotel, dado que no quería seguir perdiendo más tiempo. Le daría a Micaela una sorpresa inolvidable. Le haría tanto daño que ella se arrepentiría de sus acciones por el resto de sus días. Rió al pensar en la reacción de la chica cuando lo viera aparecer en el rancho.

Encendió la radio para distraerse. Tamborileó el manillar al ritmo de «*I Disappear*» de Metallica.

*«Do you bury me when I'm gone
Do you teach me while I'm here
Just as soon as I belong
Then it's time I disappear.*

*Hey, hey, hey
And I went
And I went on down that road
Hey, hey, hey
And I went on
And i went on down that road*

*I'm pain, I'm hope, I'm suffer
Hey, hey, hey, yeah, and I went on
And I went on down that road...»*

Mientras conducía y escuchaba música, José seguía planificando sus movimientos. Cantaba a todo pulmón sin percatarse de que el vehículo zigzagueaba en la carretera. Bebió un trago de whisky directamente de la botella sin darse cuenta de que había cambiado de carril, manejando en sentido contrario directamente hacia un enorme camión. Solo alcanzó a oír el ruido de una bocina antes de que una luz lo encegueciera. Luego todo fue cubierto por la oscuridad y el silencio.

Capítulo XXVII

«Cambio de vida».

José despertó sintiéndose desorientado, sin poder moverse y con malestar en todo su cuerpo, el cual lo sentía pesado. Su dolor de cabeza era tan intenso que resultaba insoportable. Su madre estaba al pie de la cama con un rosario en las manos, rogándole a Dios que le devolviera a su hijo con buena salud. Sus hermanas, por su parte, se encontraban una a cada lado del lecho. José las miró con extrañeza, pues no entendía lo que pasaba. Intentó hablar. Sin embargo, su voz no le salió.

—Shh... Guarda silencio, hijo. ¡Qué bueno que, por fin, has despertado! —Ana luchaba contra las ganas de llorar. Le angustiaba ver a su hijo así de magullado y desvalido. De pronto, notó en su rostro un gesto de desesperación y sufrimiento—. ¡Que alguien haga algo! —gritó con impotencia—. Llamen al doctor para que le dé un calmante. ¡¿No ven que está experimentando demasiado dolor?! —pidió a sus hijas.

—El doctor ya viene, no se preocupe —comunicó una enfermera.

—¡¿Cómo quiere que no me preocupe?! ¡No es su hijo el que se encuentra en ese estado! —expresó Ana, amonestando a la mujer.

—Cálmate, mamá. Ella solamente está cumpliendo con su trabajo —intervino Amelia, su hija mayor—. Si sigues actuando de esa forma, tendré que pedirle a papá que te lleve a casa.

—¡De aquí no me moverá nadie! ¿No entiendes que pude haber perdido a mi bebé?

—¡Estaba manejando borracho, mamá! Si se encuentra en esta situación, se debe a su propia irresponsabilidad. Un hombre inocente falleció por su causa, ¿y tú lo defiendes?! —Amelia estaba furiosa con la situación. Si bien amaba a José, esto no le impedía darse cuenta de la realidad. El padecimiento de su hermano era una consecuencia de su comportamiento insensato.

—No defendiendo lo que hizo, pero él es mi hijo y está muy mal. ¡Me sorprende que actúes de modo tan despiadado! ¿Acaso no ves cómo está tu hermano?

José escuchaba la discusión entre su madre y Amelia sin comprender por qué le dolía tanto la cabeza. Alcanzó a entender que se había visto involucrado en un accidente, pero nada más. Conforme fueron pasando los segundos, empezó a acordarse. Cerró sus ojos, y su mente evocó el recuerdo de una luz cegadora. Aquello había sido lo último que vio antes de despertar allí. Gritó, asustado, con apenas un hilo de voz.

El doctor llegó a la sala y, antes de comenzar a revisar a su paciente, solicitó a los familiares que lo dejaran solo con José.

Ana abandonó la sala a regañadientes. Su esposo, quien la esperaba afuera, la abrazó y le aconsejó que se fuera descansar un rato.

Cuando recibieron la llamada del hospital —ubicado en San Nicolás de los Arroyos— para notificarles que José se encontraba con riesgo vital producto de un accidente automovilístico, Ana pensó que se trataba de alguna broma de mal gusto. A ella le resultaba inverosímil que su hijo se encontrara tan lejos de casa. ¡Qué podía estar haciendo él en la ruta 9! Sin embargo, cuando le comentaron que entre sus pertenencias habían hallado un lujoso reloj con su nombre grabado, ella tuvo la certeza de que se trataba de su niño. Había sido ella quien le había regalado aquel costoso objeto para su cumpleaños número cuarenta, celebrado pocos meses atrás. Tras cortar la llamada, un alarido emergió de ella, quien gritaba por ayuda. Su familia imaginó que le había sucedido algo, quizás una horrible pesadilla. Una vez que consiguió calmarse un poco, les

contó entre lágrimas sobre la tragedia.

Ernesto Machado decidió llamar a una clínica privada para pedir que su hijo fuera trasladado en helicóptero hasta Buenos Aires. Pensaba que allí proveerían a José de una mejor atención.

Ana vio a Gina y sus hijos acercándose por el pasillo.

—¿Qué está haciendo esa mujer aquí?! —cuestionó, furiosa—. Ella es la última persona con la que quisiera estar en este momento.

—Te guste o no, Gina es la esposa de tu hijo. —Ernesto estaba cansado del trato que le daba su mujer a su nuera. Se sentía culpable por haber obligado a José a casarse, pues sabía que ella era miserable en aquel matrimonio—. En todo caso, ella viene con tus nietos. Si quieres que acompañen a su padre, deberás aceptarla. Por mi lado, no toleraré que le hagas un desaire, de lo contrario, yo mismo te sacaré de aquí.

Ana se alejó de su esposo y fue a saludar a sus nietos, mientras que a Gina ni siquiera la miró.

Había sido Ernesto quien había llamado a su nuera. Lo hizo en contra de los deseos de su esposa, pues no podía permitir que Azul y Alejo estuvieran sin saber lo ocurrido con José.

Había transcurrido dos semanas sin que los chicos tuvieran noticias de su padre. En ese tiempo, Gina encontró un pequeño departamento en el centro de la ciudad, y sus hijos se habían mudado con ella. Finalmente conocían las razones de su desaparición.

—Las noticias no son muy alentadoras —manifestó el doctor al salir de la sala—. El señor Machado tiene una lesión bastante grave desde las vértebras T9 a la T12. Existe una gran probabilidad de que él no vuelva a caminar. Lo siento mucho —dijo mirando a Ana, a quien había visto acompañando a su hijo durante las últimas dos semanas.

—¡No puede estar hablando en serio! ¡Mi bebé no puede quedar inválido! —exclamó Ana, llorando desconsolada mientras se aferraba a su marido.

Azul rompió a llorar y abrazó a su madre. No podía sentirse peor. Su padre había intentado contactarla en varias oportunidades, pero ella lo había ignorado. Ahora se arrepentía de su rechazo.

Gina se sentía impotente al no poder consolar a su hija. Si bien José nunca la quiso y, además, había sido un pésimo esposo, él era el padre de sus hijos y, por esa sencilla razón, no le deseaba nada malo. Aquello que estaba sufriendo era terrible.

A medida que los días pasaban, las noticias seguían siendo las mismas: no había ninguna mejoría con respecto a la lesión.

Azul, en compañía de Gina, visitaba a su padre todos los días. A pesar de los constantes desaires por parte de la madre y las hermanas de José, ella no dejaría sola a su hija. Ernesto era el único que le dirigía la palabra, preguntándole cómo estaban los chicos.

Los días en que José estaba de mejor ánimo, Azul le contaba acerca de sus cosas: el colegio, sus amigos... Algunas veces, él la escuchaba atento. Sin embargo, por lo general, parecía que su mente estaba muy lejos de ahí. Aquel comportamiento preocupaba a su hija, quien deseaba ayudar a su papá, mas no sabía cómo hacerlo. Tanto Gina como Alejo siempre le decían: «Si él no quiere ayuda, nada de lo que digas o hagas le hará cambiar de opinión».

Alejo también visitaba a su padre a diario. No obstante, evitaba permanecer demasiado tiempo junto a él, ya que se sentía incómodo en su presencia. Durante años, José se había encargado de sembrar rencor en el corazón del muchacho. No se trataba de odio —de hecho, anhelaba su recuperación—, pero no el mismo tipo de cercanía que su hermana.

José fue dado de alta después de haber estado hospitalizado por casi un mes. En la hacienda ya tenían todo preparado para que él se sintiera cómodo y pudiera avanzar con mayor facilidad con su recuperación.

Faltaban pocos días para que Azul se graduara. Ella se había preparado durante toda su vida para obtener un cupo en la academia de teatro, tal como siempre había soñado. Sin embargo, dada la condición en la que su padre se encontraba, había decidido postergar aquel anhelo, pues se negaba a dejarlo solo. Además, cada vez que tenía la ocasión, él le recalca lo terrible de su situación y la suerte que ella tenía al poder hacer muchas cosas que él no.

A pesar de su edad y los acontecimientos más recientes, José Machado no había dejado de ser un hombre egoísta y manipulador. Seguía interpretando el rol de víctima, especialmente ahora que no podía movilizarse por sí mismo.

Ana hacía todo lo que estaba a su alcance para complacerlo. Su vida giraba en torno a su hijo, quien ni siquiera le agradecía.

Gina miraba a su hija con preocupación. Mientras Alejo estaba listo para ingresar a la academia militar, Azul ni siquiera quería oír hablar de la escuela de teatro.

Fátima, por su lado, había deseado durante mucho tiempo que José recibiera su merecido. Sin embargo, no se alegraba por su situación. Cada semana, Gina las ponía al corriente a ella y a Gia a través de una videollamada. Aunque la argentina recordaba constantemente a Fabrizio, nunca preguntaba por él. Las chicas —quienes sabían que él estaba ensayando para su obra en Londres— también evitaban mencionárselo.

Azul dividía su jornada entre la escuela, su casa y la hacienda de sus abuelos. Si bien su padre la trataba de forma muy mezquina, ella jamás dejaba de ir. Lo cierto era que se sentía culpable. Su papá le había dicho que Alejo no lo quería por su causa. Gina intentaba convencerla de lo contrario, explicándole que padre estaba cosechando lo que había sembrado. No obstante, la joven discrepaba.

Para Gina, los días transcurrían con lentitud. Le hería ver sufrir a su hija, así como también le dolía no estar con su amado. Decidió dar un paseo por el centro de la ciudad para distraerse, pero, al mirar su reflejo en el escaparate de una tienda, no le gustó la forma en que se veía. Su cuerpo ya no lucía las curvas de antaño, y su cabello era un desastre. Continuó caminando hasta detenerse frente a una peluquería. Había tomado una decisión drástica: cambiaría por dentro, sería más fuerte y valiente, pero también lo haría por fuera.

—¿Qué quieres hacerte, mi amor? —preguntó con cariño una mujer de pelo rubio platinado de unos cuarenta años. Ella usaba muchas pulseras y collares y poseía un acento muy particular, el que evidenciaba que provenía de otro país—. Tienes un cabello hermoso —comentó antes de señalarle un asiento.

—Quiero un cambio. Necesito ser otra.

—¡Ay, linda! Se nota que has atravesado una experiencia muy dura. Has venido al sitio correcto. No hay nada que un buen cambio de imagen no arregle —aseguró, mirándola concentrada—. Prometo que saldrás de aquí sintiéndote más bella.

La mujer le mostró algunas revistas para que seleccionara el corte de pelo que más le gustara. Escogió una melena hasta los hombros y pidió que le oscurecieran un tono más su cabello. Jamás se había teñido, así que no quería realizar un cambio tan drástico en el color.

Otra de las trabajadoras encendió la radio para amenizar el ambiente. «The Story», de Brandi Carlile, la hizo sentir tan melancólica que estuvo a punto de llorar.

*«All of these lines across my face
Tell you the story of who I am
So many stories of where I've been
And how I got to where I am
But these stories don't mean anything*

*When you've got no one to tell them to
It's true, I was made for you.
I climbed across the mountain tops
Swam all across the ocean blue
I crossed all the lines and I broke all the rules
But baby, I broke them all for you
Oh, because even when I was flat broke
You made me feel like a million bucks
You do, and I was made for you...»*

Gina tenía la certeza de que amaría a Fabrizio por el resto de su vida. Siempre pensaría en él, en la hermosa relación que los unió y en lo que pudo haber sido si las circunstancias hubieran sido distintas.

—Cuéntame, ¿qué te pasa? —interrogó la mujer—. Dicen que las peluqueras cumplimos con la misma función de las sicólogas, aunque cobramos mucho menos. Anda, dime, ¿qué te tiene tan triste?

La argentina le confidenció a la estilista una parte de su historia. Le alegraba poder hablar de su amado con cierta libertad. No se le presentaba una oportunidad como aquella muy a menudo.

Al mirarse en el espejo, Gina se sintió muy satisfecha con su cambio de imagen. Aquella mujer había tenido razón, porque saldría de allí luciendo más bella que antes. Luego de pagar, le dio las gracias a la peluquera tanto por lo que le hizo a su cabello como por haberla escuchado.

Habían transcurrido algunos días cuando Gina decidió que iría a ver a José para exigirle que dejara de atormentar a su hija y la alentara a cumplir sus sueños. Tomó un taxi, ya que no tenía un vehículo propio y tampoco estaba interesada en adquirir uno, puesto que deseaba proteger su patrimonio y asegurar su bienestar económico en el futuro.

Había imaginado que, al llegar a la hacienda, Ana armaría un escándalo. No obstante, estaba completamente equivocada, puesto que encontró a la mujer llorando, desconsolada. Su hijo la había tratado pésimo después de uno de sus tantos arranques de ira. Gina sintió lástima de la mujer. Como madre, se ponía en su lugar, y se le encogió el corazón con solo pensar en pasar una situación similar. En silencio, caminó hasta la habitación de José, a quien escuchaba gritar y maldecir como si estuviera poseído. Respiró profundamente antes de abrir la puerta y lo encontró tratando de desplazarse con su silla de ruedas, sin éxito. Él la miró de arriba a abajo, reconociendo un cambio en ella.

—¿Qué es lo que quieres?! ¿Acaso viniste a reírte de mí? —exclamó, ofuscado.

—A diferencia de lo que has hecho con tu madre y tu hija, tus gritos no lograrán intimidarme. No me sentiré culpable por algo que tú te causaste. Fuiste tú quien provocó el accidente, así que no involucres a nuestra hija en tu pobre espectáculo lastimero y deja que sea feliz. No es justo que amargues la vida de las únicas personas que están contigo por cariño y no por obligación, ¿o preferirías que la gente se mantenga a tu lado por caridad? —cuestionó Gina con desafío.

—Tú no tienes ningún derecho para decirme lo que debo hacer con mi vida. ¡Soy yo quien está amarrado a esta silla de ruedas! Si quiero que mi mamá y Azul estén a mi lado, así será. No puedes impedirlo. —José seguía sin poder creer en el cambio tan radical que había sufrido su esposa.

—En eso te equivocas. Azul es mi hija y, si llegas a hacerle daño, te mataré con mis propias manos. No permitiré que ella pierda la oportunidad de cumplir sus sueños a causa de tu egoísmo. Si quieres guerra, eso es lo que tendrás de mí. Quiero que convenzas a Azul para que vaya a la escuela de teatro y sea feliz. De lo contrario, me contactaré con la prensa y les revelaré tu

verdadera naturaleza. ¿Te gustaría protagonizar más escándalos? ¿El asunto de las fotos no te pareció suficiente?

—No te atreverías. —José estaba tan enojado que la hubiera golpeado si no fuera por la inmovilidad de sus piernas.

—Pruébame y verás. Soy capaz de hacer lo que sea por mis hijos. —A pesar de saber que él no podía hacerle daño, Gina se sentía muy nerviosa. Tantos años de maltrato habían logrado dejar una marca profunda en ella. Incluso desde una silla de ruedas, José era capaz de inquietarla —. Supongo que ya te quedó claro que no siento la más mínima compasión por ti. Te lo repito: no me importa cómo lo consigas, pero si Azul sigue con sus dudas sobre la escuela de teatro, tendrás que enfrentarte a más problemas aún. Tienes hasta mañana para lograrlo. Te recuerdo que, en poco tiempo más, tendrás que enfrentar un juicio por conducir ebrio y matar a alguien, ¿qué más quieres?! Has hecho tanto daño que en algún momento te tocaría pagar.

—No me da pena tu situación —reiteró Gina después de ver que José intentaba darle la espalda infructuosamente—. Ojalá te recuperes, y no lo digo por ti, sino que por tu madre y, sobre todo, por Azul.

Ella salió de la habitación, dejando atrás a José, quien comenzó a gritar todavía más fuerte. Se sentía conforme con lo que había hecho. El haber perdido el miedo era una de las mejores cosas que le había pasado en la vida.

—Sé que nunca fui de su agrado —expresó Gina a su suegra—. Aunque usted me hizo la vida imposible, no le guardo rencor. Cuando le dije a su hijo que pudiera recuperarse, hablaba en serio. No me gusta ver que usted y mi hija sufran por su culpa.

Al cabo de un rato, José, ya más tranquilo, pensó en los dichos de su esposa y en las repercusiones que tendría si llevaba a cabo su amenaza. Sabía que ella era capaz de hablar con la prensa, dado que ya no era ni la sombra de la mujer sumisa con la que se había casado.

A pesar de su desgana, Alejo decidió acompañar a su hermana en su visita a su padre. No le gustaba la forma en que José la manipulaba con tanta facilidad. Como buen protector, no la dejó sola en ningún momento.

Azul besó a su papá en la mejilla, mientras que Alejo mantuvo la distancia. Las palabras humillantes que su padre le dedicaba no eran ninguna novedad. Él no desaprovechaba la ocasión para intentar hacerlo sentir mal. Sin embargo, aquellos comentarios maliciosos no significaban nada para el muchacho, a quien le daba lástima que su padre se empeñara en quedarse solo con tanto esmero.

—¿Te pasa algo, papi? —preguntó la chica.

—La verdad, hija, es que he estado pensando en ti y en tu futuro, y creo que deberías entrar a la academia de teatro. No puedes dejar pasar la oportunidad de cumplir tu sueño. Si tú eres feliz, yo también lo seré —manifestó José con emoción. No obstante, Alejo dudaba de la sinceridad de su padre. A pesar de ello, el muchacho se conformaba con que él apoyara a su hermana, sin importar su motivación.

—¿Estás seguro? —preguntó la chica con sorpresa. Había pensado que su papá la necesitaba a su lado, pero él le estaba asegurando que estaría bien.

—Sí, hija, lo estoy. Ha llegado la hora de que emprendas tu propio vuelo. Por mi parte, me sentiré contento con que vengas a visitarme cuando puedas. —José abrazó a su hija mientras pensaba que merecía un Óscar por su maravillosa actuación.

Los días transcurrían, y José continuaba maltratando a la gente que tenía a su alrededor. Su padre, cansado por la situación, contrató a una mujer para que se encargara de los cuidados

personales de su hijo y le exigió a su esposa que volviera a trabajar. Ya no aguantaría que él humillara o maltratara a nadie más.

José estaba acostado cambiando los canales de televisión sin dejar ninguno en particular cuando su papá entró a la habitación acompañado de una mujer desconocida a su habitación. Él los ignoró y siguió con su vista pegada a la pantalla. Ernesto apagó el aparato y se puso frente a éste para captar la atención de su hijo. Luego le presentó a su nueva cuidadora y le informó que su madre ya no se haría cargo de él.

—A usted lo conozco de otro lado —comentó la mujer. Se trataba de alguien mayor que él.

—No lo sé —respondió José de forma despectiva—. Si hubiera sido importante para mí, la recordaría.

—Usted es el hombre que encontré desnudo y amarrado a una cama —confirmó la mujer—. Me rio cada vez que me acuerdo de eso. No se preocupe, no es el primero que cuido en sus condiciones. Ya verá que lo pasaremos bien. Al menos, yo lo haré.

Las palabras de Noemí hicieron sonreír a Ernesto. Esa mujer era perfecta para el trabajo.

Al llegar a su casa, Gina se dedicó a preparar la cena para ella y sus hijos, pues sabía que ellos llegarían con bastante apetito. Mientras los esperaba, se sentó en el sofá a leer, pero dejó el libro de lado cuando se dio cuenta de que éste narraba la historia de un italiano. No podía seguir torturándose de aquella manera. Tomó el colgante de corazón entre sus manos y rememoró a su amado Fabrizio. Si bien su vida se había tornado más tranquila, le hacía mucha falta la mirada de aquellos ojos grises que la hacían estremecer.

Cuando los chicos volvieron, la encontraron absorta en sus pensamientos.

—¿Te sucede algo, mamá? —preguntó Azul con curiosidad. Ella había descubierto que no conocía nada acerca de la historia de su madre. Alejo, por el contrario, sabía algunos detalles, y eso le ayudaba a entenderla mejor—. Te noto un poco extraña.

—Estoy bien, hija. No te preocupes —mintió Gina—. Preparen ustedes la mesa mientras yo caliento la comida.

Azul siguió a la mujer hasta la cocina con el fin de satisfacer su curiosidad.

—Mamá, me gustaría que me hablaras acerca del hombre del que te enamoraste. —La joven evitó mencionar la palabra «infidelidad». Después de lo que había hecho su padre, no podía seguir juzgándola—. ¿Vive cerca? ¿Lo conocemos?

Aquellas preguntas sorprendieron a Gina, dado que su hija jamás había demostrado interés en conocerla más a fondo. En un comienzo, dudó si era una buena idea responderle. Sin embargo, después de meditarlo durante un par de minutos, consideró que había llegado el momento de hablar con ella de forma honesta.

—Primero comamos y más tarde te cuento.

—¡No, mamá! —protestó la muchacha mientras juntaba sus manos en señal de súplica—. Cuéntanos ahora, por favor.

—Por favor, mami, queremos saber quién es —intervino Alejo.

—De acuerdo. —A Gina le produjo bastante alegría el hecho de que podría hablar de Fabrizio con sus hijos. Su amor por él ya no sería un secreto—. Azul, estoy segura de que lo reconocerás en cuanto te diga su nombre.

—¡¿Quién es?! ¡Me muero de la curiosidad! —respondió la chica.

—Fabrizio Cacciatore.

Azul había visto «*Tu sei il mio sogno*» muchas veces en compañía de su madre, así que sabía perfectamente quién era ese hombre.

—Fa... ¿Fabrizio? —balbuceó la joven, sorprendida—. ¿Cómo hiciste para conocerlo?!

Gina les relató la historia desde su intercambio de mensajes con el actor —haciéndose pasar por Eros— hasta su encuentro en República Dominicana. Les comentó que se sentía fascinada con él incluso antes de conocer su verdadera identidad y que sus sentimientos hacia él se volvieron aún más intensos después de su primer encuentro. Aunque la separación ya no le dolía tanto como antes, seguía sintiéndose muy triste por no poder estar junto a él.

—Todavía estoy impactada, mamá. Ahora entiendo por qué estabas tan deprimida cuando regresaste de tu viaje —expresó la chica antes de preguntar—: ¿Y por qué no lo has vuelto a buscar? Ahora eres libre y, además, mereces ser feliz.

Aquellas palabras sorprendieron tanto a Gina como a Alejo.

—Creo que se cansó de esperarme, pues no he vuelto a tener noticias de él. En todo caso, tampoco me gustaría dejarlos solos. Ustedes son mi prioridad.

—Yo opino que deberías volver a intentarlo. Ambos tienen la oportunidad de ser felices juntos. Mereces tener junto a ti a alguien que te ame, mamá —dijo Alejo, quien demostraba su increíble madurez una vez más.

Gina se quedó meditando en las palabras de sus hijos. Por un lado, le encantaba que ellos la entendieran y le desearan felicidad, pero por otro, le aterraba alejarse de ellos. A pesar de que ambos eran sensatos y autosuficientes, ella consideraba que sus retoños aún necesitaban de ella.

—Mi hermano tiene razón. Te has postergado demasiadas veces por nosotros. Es tiempo de que disfrutes de la dicha que siempre te fue negada. Piénsalo bien y no sigas poniendo excusas para desechar esta oportunidad. Alejo ingresará muy pronto a la academia, yo empezaré a estudiar en la escuela de teatro, ¿y tú, qué harás? ¿Vivirás de los recuerdos de un amor que, si quisieras, podrías recuperar? —Azul tomó las manos de su madre entre las suyas y la miró directamente a los ojos—. Admito que me he comportado como una niña egoísta y malcriada, pero los últimos acontecimientos me han hecho entender que ya no puedo continuar con esa actitud. Te amo, mamá. Tú eres mi ejemplo a seguir. Me tuviste siendo muy joven y me apoyaste siempre, incluso cuando no lo supe apreciar. Deseo de todo corazón que seas feliz, así que ve y busca a Fabrizio.

Micaela era muy dichosa junto a Amaro. Él era un hombre maravilloso, y lo amaba cada vez más por eso. Además, le encantaba la vida que llevaba en el rancho. De hecho, no volvería a vivir en Buenos Aires por nada del mundo, ya que estaba convencida de que su lugar estaba al lado de su amado. Por si fuera poco, se sentía muy satisfecha trabajando en aquello que le gustaba. Mientras sus días estaban llenos de actividades entretenidas, sus noches eran fogosas. Ella y Amaro prácticamente vivían juntos, pues él la visitaba cada noche para charlar, reír y hacer el amor. Sin embargo, al cabo de un rato, él volvía a su propia casa para dormir.

Cuando se enteró del accidente provocado por José, ella se sintió un tanto extraña. Continuaba odiándolo por haberla hecho sufrir, pero también sentía pena por él. Imaginaba que su vida debía haberse vuelto muy difícil después de aquel incidente. Informó de inmediato a Amaro de lo ocurrido, puesto que él podía ser bastante inseguro. Cada vez que la muchacha notaba el temor en sus ojos, lo abrazaba y le decía que lo único que importaba eran ellos dos.

A sus veintiséis años, Amaro ya pensaba en su futuro. Él era el mayor de los nietos y sería el responsable de dirigir el funcionamiento de la propiedad. Para asumir este rol, pronto comenzaría a estudiar administración de empresas, y Micaela le había prometido que le ayudaría a estudiar. Ella admiraba su afán por querer superarse, aunque comprendía que aquello limitaría el tiempo que tenían para mimarse. Su novio no solo empezaría a educarse, sino que seguiría trabajando en

la hacienda.

Amaro se sentía muy nervioso, ya que planeaba proponerle matrimonio a Micaela. No sentía ninguna duda sobre su decisión, pero no estaba seguro de lo que ella le diría. Sin embargo, él no. Luego de reunirse con ella, la llevó hasta el río —un lugar que los dos consideraban especial— e intentó calmar los latidos de su corazón. La chica, por su parte, se sentía inquieta y excitada.

—¿Me trajiste hasta acá para que repitamos la experiencia de la otra vez? —preguntó la joven con coquetería.

—No es el motivo principal, pero si después deseas que lo hagamos, yo no me opondré a ello. Amo recordar el tacto de tu piel y el modo como temblabas de placer entre mis brazos.

—Siempre causas esa reacción en mí. Te quiero tanto, Amaro. Eres lo mejor de mi vida.

—Entonces dime que sí.

—¿A qué?

—A mi propuesta de matrimonio.

—¿Qué has dicho? —Micaela quería asegurarse de haber escuchado bien.

—Deseo que lo primero que vea al despertar sean tus hermosos ojos. Quiero tener la certeza de que eres mi mujer.

Aquella declaración conmovió a Micaela, quien no podía contener las lágrimas, dado que ellos nunca habían tocado ese tema. Ella jamás imaginó que él le pediría su mano. No obstante, se amaban y se les hacía cada vez más difícil separarse. De hecho, eso fue lo que le indicó a Amaro que debía convertir a aquella mujer en su esposa, puesto que sus padres —quienes eran muy conservadores— habían descubierto sus encuentros clandestinos y no aprobaban una relación así para él.

—Dime algo, por favor. No me dejes con la duda —rogó, intranquilo.

—Sí, acepto. Deseo casarme contigo. Me has hecho falta cada vez que te vas y ya no quiero dormir sin ti. Te ayudaré y apoyaré en todo lo que necesites.

—Yo también quiero apoyarte en todo —repitió con una sonrisa burlona—. Sobre todo contra la pared, que es donde más me gusta.

—Eres un payaso —respondió entre risas.

—Pues este payaso te ama y espera que pronto lo llares esposo.

Para celebrar su compromiso, se besaron y volvieron a hacer el amor en ese lugar, tal como aquella primera vez.

Cuando comunicaron a la familia su decisión de casarse, ellos creyeron que Micaela estaba embarazada, ya que no entendían la razón tras tanta prisa. Sin embargo, tener hijos no era una prioridad para ellos en ese momento. Ambos tenían planes que deseaban concretar antes de pensar en agrandar su familia y, además, todavía eran bastante jóvenes. Ya tendrían tiempo de sobra para eso en el futuro.

Varias horas más tarde, Amaro encontró a su novia sentada en la terraza mientras miraba las estrellas.

—¿En qué piensas? —susurró, sorprendiéndola.

—En ti. En realidad, en nosotros. Has cambiado mi vida. Soy muy feliz aquí —admitió la chica—. Sé que habrá ocasiones en que tendremos desencuentros: tú me pedirás que no me ría cuando estés hablando sobre un tema serio, y yo te besaré hasta hacer desaparecer tu enojo, así como también puede que me enfade contigo cuando te burles de mí, pero lo solucionarás llevándome a nuestro cuarto para que hagamos el amor.

—Te amo —respondió Amaro.

—Lo sé. Puedo verlo en tus ojos, y ellos no me mienten. Incluso cuando te conté mi historia,

fuieste honesto y me dijiste que no estabas contento con lo que sucedió.

El joven se sentó a su lado, y ella aprovechó para subirse a horcajadas sobre él. Se besaron durante largo rato, disfrutando de sus labios y sus lenguas. Luego él la condujo al interior de la casa y le hizo el amor contra la pared. Micaela gemía de placer cada vez que él le mordía los senos y exploraba su interior con su dedo. Amaro dejó de contenerse cuando sintió que su amada se tensaba y alcanzaba el clímax.

—Te amo, Micaela —aseguró el muchacho antes de vaciarse en su interior.

Se fueron a acostar y, en esta oportunidad, Amaro no se preocupó por volver a su casa. Él ya no la volvería a dejar sola. Poco después, volvieron a hacer el amor. No obstante, en esta ocasión, fue Micaela quien estuvo al mando.

La trémula luz que se filtraba por la cortina le permitía a Fabrizio ver el cuerpo desnudo de la mujer con la que había tenido sexo hace unas horas. Aquella imagen le trajo recuerdos que él hubiese preferido olvidar. Aún seguía cometiendo los mismos errores de siempre, puesto que se había acostado con una chica sin que eso significara algo importante para él. Ya no deseaba seguir separando el sexo del amor, pero no podía quitarse a Gina ni de su cabeza ni de su corazón. Arrepentido, se vistió, tomó sus pertenencias y abandonó el hotel, prometiéndose no volver a actuar de esa forma tan estúpida. Era un hombre adulto y tenía que dejar de almacenar tanta ira en su interior, pues le hacía mucho daño pensar que la argentina se había rendido con tanta facilidad, siendo que él había estado dispuesto a esperarla. Necesitaba verla para sanar sus heridas y cerrar el círculo. Después de esto, podría intentar ser feliz.

Durante meses, viajó por lugares desconocidos y, cada vez que encontraba algo que lo maravillaba, pensaba en lo sorprendida que estaría Gina al ver tanta belleza. Cuando estuvo en Bali, él sintió que ella se le aparecía en cada rincón, manifestándose en su mente. Luego fue a Francia, y su recuerdo volvió a atormentarlo. ¡No había lugar en el mundo en donde pudiera escapar de su memoria! Consideró regresar a Bayahibe, mas no tenía sentido estar allí sin su amada.

No se había acostado con nadie más hasta que conoció a esa chica en un bar. Al igual que él, la desconocida trataba de superar una relación fallida. Decidieron intentarlo juntos, pero el experimento no tuvo los resultados esperados para ninguno de los dos. El actor no quiso saber ni su nombre ni su número telefónico.

Viajó a Londres para concretar uno de sus sueños más anhelados: actuar en la obra de teatro «*The Blue Room*». El italiano le había comentado alguna vez a Gina sobre este deseo, y ella se había reído cuando él le confesó que le complicaba mostrarse desnudo frente a una audiencia.

Después de haber estado alejado por meses, llamó a casa y habló con toda su familia. Gia le había hecho saber que estaba muy dolida por haber desaparecido sin dar explicaciones, a lo que él respondió invitándola al estreno de su obra. Después de su presentación, ella podría decirle todo lo que quisiera.

Azul observaba a su madre, quien lucía alegre la mayor parte del tiempo. No obstante, a veces, le era imposible ocultar su melancolía. La joven seguía sin poder creer que su madre estuviera enamorada de aquel famoso actor italiano.

Dado que la Navidad se aproximaba, la muchacha y Alejo —en complicidad con Fátima— decidieron sorprender a su mamá con una excelente sorpresa. Todos sabían qué era lo que Gina necesitaba para ser feliz, y los chicos harían lo que estuviera a su alcance para lograr ese

objetivo.

Azul, Gina y Alejo se reunieron en Nochebuena para compartir una deliciosa cena. La joven solía pasar la mayor parte del tiempo en su departamento nuevo —un regalo que le había hecho su abuelo paterno para que estuviera más cerca de la academia de teatro—. El muchacho, por su lado, comenzaría con su preparación para ingresar a la escuela militar a mediados de enero. El hecho de que sus hijos pasaran cada vez menos tiempo con ella la hacía pensar en lo sola que estaría en el futuro. Como de costumbre, intercambiaron sus presentes después de la medianoche. Gina les obsequió dinero para sus estudios y ropa. Además, le regaló un computador y algunas joyas a Azul, mientras que a Alejo le dio un teléfono móvil nuevo.

—Mamá, este es nuestro regalo —dijo Alejo, entregándole un sobre que ella empezó a abrir con nerviosismo—. Viene desde el otro lado del mundo y contiene una promesa.

—Mami —continuó Azul—, aquí hay un pasaje con destino a Londres. Fabrizio se encuentra allí y queremos que lo vayas a buscar.

—¿Qué?! —preguntó Gina con sorpresa.

—Te amamos y deseamos que, por una vez en tu vida, seas completamente feliz —aseveró la muchacha.

—Pero, ¿cómo?! ¿De dónde sacaron dinero para comprar este pasaje? No lo puedo creer —dijo entre lágrimas—. Agradezco el gesto. Sin embargo, no puedo irme y dejarlos solos aquí.

—Esa es nuestra promesa. No estaremos solos, porque nos tenemos el uno al otro —habló Alejo, abrazando a Azul—. Mereces vivir ese amor, mamá, así que ¡disfruta tu regalo!

—¿Y si él no quiere verme?

—Si te ama tanto como creemos que lo hace, él estará feliz de verte. De lo contrario, será una buena manera de darle un cierre a esta historia. —Los tres se abrazaron con fuerza.

—Fátima y su novia nos ayudaron a hacer esto posible. Cuando le contamos nuestro plan, ella se animó enseguida —comentó Azul.

—Ellas son las más entusiasmadas con la idea. De hecho, también viajarán a Londres en esa fecha. En tan solo un mes más, podrás reencontrarte con Fabrizio.

Gina hizo todo lo posible por luchar contra las lágrimas, pero fracasó miserablemente.

Capítulo XXVIII

«Háblame».

El vuelo a Londres fue una tortura para Gina a causa de la tremenda ansiedad que la embargaba. Los nervios eclipsaban cualquier atisbo de tranquilidad en ella.

Sus amigas la estaban esperando en el área de desembarque del aeropuerto de Heathrow para acompañarla al hotel. Ellas llevaban un par de días en Londres y ya habían visto a Fabrizio. Por fortuna, Gia había tenido la oportunidad de arreglar sus diferencias con él antes del estreno de la obra.

El italiano ni siquiera imaginaba que vería a Gina en la noche. Sin duda, se llevaría una tremenda sorpresa.

En cuanto Gina divisó a sus amigas, corrió a abrazarlas. Las novias lucían muy felices, a diferencia de la última vez en que habían estado las tres juntas. Ella también lucía diferente, pues, aparte del cambio que se había realizado en el cabello, también había adelgazado bastante.

—Es tan bueno verlas de nuevo —manifestó Gina, feliz y emocionada—. Las extrañé mucho.

—Y nosotras a ti —aseguró Gia con una sonrisa.

—Déjame mirarte bien —expresó Fátima—. Ese corte te queda hermoso, pero me preocupa que estés incluso más delgada que la última vez que te vi.

—Lo sé, amiga. Creo que mi pérdida de peso se debe a la presión a la cual he estado sometida durante estos últimos meses, aunque espero poder recuperar mi figura y al amor de mi vida mientras esté aquí —dijo Gina. Le entusiasmaba la idea de volver a ver a Fabrizio.

—Estoy segura de que él se podrá feliz cuando te vea. Si bien mi amigo puede ser bastante testarudo, él todavía te ama con locura —afirmó Gia, esperanzada.

—De acuerdo, debemos darnos prisa o se nos hará tarde. Necesitamos ir al hotel para cambiarnos —indicó Fátima.

Gina fue a retirar su maleta, pero ésta no aparecía. El tiempo apremiaba, dado que deseaban llegar puntualmente al estreno. Luego de más de diez minutos de espera, Gia se ofreció para regresar al día siguiente y hacerse cargo de recuperar la valija.

Se dirigieron al «*Mandarin Oriental Hyde Park*» un hotel cinco estrellas ubicado en el centro de Londres. Gia adoraba su exquisita arquitectura de la *Belle Epoque*.

En cuanto llegaron a la habitación, Fátima y Gia se encargaron del peinado de la argentina. También le entregaron un bello vestido negro hasta la rodilla con un hombro al descubierto y transparencias en la cintura. Las chicas combinaron el atuendo con un par de zapatos dorados de la colección personal de Gia. En cuanto estuvo lista, ambas la miraron satisfechas.

—Ese italiano quedará con la boca abierta cuando te vea —comentó la chilena.

—Tienes razón, Fátí. Mi amigo no podrá resistirse a su *bellezza* argentina —dijo Gia.

Gina quiso agradecerles, mas no le salieron las palabras.

—Llegó el momento, amiga. ¿Estás lista? —preguntó Fátima. Gina asintió con una sonrisa.

Las tres salieron del hotel y buscaron un taxi en dirección al *Fortune Theatre*. Para calmar a Gina, quien no dejaba de temblar, sus amigas le tomaron las manos. Sin embargo, a medida que el vehículo avanzaba, los nervios cobraban aún más fuerza. Ella había ansiado aquel momento durante todo un mes. Lo único que esperaba era que el reencuentro con su amado fuera tal como lo había soñado.

El estreno resultó ser todo un éxito. El italiano, junto a su compañera, demostró su gran

calidad actoral, representando cinco personajes distintos de manera magistral. La obra —una adaptación de David Hare pensada para un público adulto— poseía un alto nivel de erotismo, pues interpretaba varios encuentros sexuales.

Gina disfrutó del espectáculo escondida entre el público. Gia y Fátima contaban con asientos en primera fila. En cambio, Gina optó por disfrutar del espectáculo escondida entre el público, ya que no quería que Fabrizio la viera hasta que la obra hubiera terminado. Se dedicó a observarlo con admiración. Su actuación había sido deslumbrante, lo que la hizo sentir muy orgullosa de él. Poco antes de que la obra terminara, las chicas la llevaron al camerino del italiano y le desearon buena suerte.

Fabrizio bajó del escenario entre ovaciones, saludos y felicitaciones. Después se dirigió a su camerino cubierto con una bata negra. Al abrir la puerta, pensó que estaba alucinando. Frente al espejo se encontraba la mujer que amaba.

—Gina, ¿qué haces aquí? —preguntó. En su voz se evidenciaba la ira que lo consumía desde hacía tiempo.

—Te vine a ver. Estuviste maravilloso —contestó con timidez.

—¿En serio eres tú? Esto no puede ser real —expresó, llevándose ambas manos a la cabeza mientras negaba.

—Fabrizio, tenemos que hablar. Es importante que sepas lo que ha pasado en estos últimos meses.

Preso de un impulso incontrolable, el italiano se acercó y la besó. Por fin la tenía al frente, después de tanto tiempo sin saber de ella. Mientras disfrutaba de sus labios, recordó cuán devastado se había sentido. Aquello causó que el rencor volviera a dominarlo, haciéndolo alejarse abruptamente.

—Tienes razón, pero no lo haremos ni aquí ni ahora.

Gina pudo ver la frialdad en los ojos de Fabrizio. Si bien aquel beso le demostró que él todavía sentía algo por ella, su actitud la hizo sentir incómoda y sorprendida.

Fabrizio comenzó a vestirse, mientras Gina abandonaba el camerino en silencio. Frustrado, el italiano dio un puñetazo a la pared. Tenía rabia consigo mismo por no haberle permitido hablar y por haberla besado. Necesitaba calmarse. Quizás lo mejor sería buscarla una vez finalizado el cóctel junto con sus compañeros de obra. Trataría de escucharla, quería hacerlo, pues necesitaba entender su decisión.

Gina, por su parte, buscó a sus amigas y les comentó lo ocurrido. Ellas la tranquilizaron y la aconsejaron que lo esperara. Lo más probable era que él la buscaría para hablar más tarde.

El cóctel estaba llegando a su fin, y Fátima se sentía un tanto nerviosa, ya que había planeado junto a su novia dejar a Gina sola, obligando a Fabrizio a permanecer con ella. De seguro, eso propiciaría la conversación que debían enfrentar.

—En caso de cualquier cosa, llámanos —dijo Fátima antes de despedirse.

La argentina caminaba de un lugar a otro en el salón con nerviosismo. Aguardaba que Fabrizio se acercara. Sin embargo, al verlo tan entretenido, prefirió regresar al hotel con sus amigas. Sacó su teléfono móvil de su cartera, mas éste tenía su batería agotada, así que salió con la intención de tomar un taxi, no obstante, el italiano la detuvo.

—Espera, ¿a dónde crees que vas?

—No lo sé. No conozco esta ciudad. Las chicas se fueron y mi móvil se acaba de apagar, ¿me prestarías el tuyo, por favor? Quiero pedirles que me vengán a buscar.

—Por ningún motivo. Tú vendrás conmigo —sentenció Fabrizio. Gina se excitó con tan solo escuchar el timbre de su voz.

El actor la cogió del brazo e hizo parar un taxi. Permanecieron callados durante todo el trayecto. Gina esperaba que él hablara primero, pero Fabrizio no sabía qué decir. Todavía se encontraba sorprendido por la presencia de su amada.

Llegaron hasta el departamento del actor, quien finalmente comprendió la insistencia de sus amigas por alojarse en un hotel en vez de quedarse con él. Ellas estaban detrás de esta emboscada. Abrió la puerta y le hizo un ademán a Gina para que entrara. La ansiedad en ella era evidente, puesto que no dejaba de retorcer sus manos.

—En algún momento debemos hablar, Fabrizio.

—Lo sé, pero hoy no me siento capaz ni de escucharte ni de entenderte. Puedes dormir en el cuarto de invitados. Mañana podremos conversar.

—Pero...

—Dije mañana —espetó, llevando su dedo hasta los labios de ella para silenciarla.

La frustración de Gina era tremenda, dado que jamás imaginó que él actuaría con tanta frialdad. Entró al cuarto y buscó un lugar donde cargar su teléfono. Por desgracia, ninguno era compatible con su aparato. Por si fuera poco, ni siquiera tenía ropa de cambio. Se quitó el vestido que llevaba con sumo cuidado y luego se metió a la cama en ropa interior. Cerró los ojos. No obstante, le resultó imposible conciliar el sueño, sabiendo que se encontraba tan cerca de su amado.

Fabrizio, por su lado, daba mil vueltas en su cama. Se sentía un estúpido, pues Gina estaba en la habitación contigua y él no estaba a su lado. La ira lo enceguecía y no lo dejaba pensar con claridad. Al cabo de un rato, se levantó en dirección al cuarto de la argentina. Llegó hasta la puerta, pero al llegar a su puerta titubeó y se alejó. Luego de armarse de valor, retrocedió sobre sus pasos y entró con decisión. Gina, sorprendida, se puso de pie sin saber qué hacer. El italiano, al verla usando aquel provocativo conjunto de lencería, perdió el control y la besó con afán. A continuación, la tomó entre sus brazos y la condujo a la cama sin separar sus labios de los de ella. La mujer, a su vez, se sentía en las nubes. Sin embargo, al mismo tiempo, el comportamiento de él la ponía en estado de alerta, ya que ocultaba su mirada en todo momento. Hacer el amor con el actor, en esta ocasión, se sentía muy distinto, puesto que antes siempre se brindaban gestos cargados de pasión y bellas palabras de amor.

Después de que ambos estuvieran desnudos, él la penetró de una sola estocada mientras mantenía sus ojos cerrados.

—Mi amor, mírame. Soy yo, tu *amore* —rogó Gina, mas Fabrizio ignoró su petición—. Cariño, por favor, no me hagas esto. Deseo perderme en tus ojos cuando alcance el clímax y que notes cuánto te amo.

Él siguió sin escucharla. De hecho, sintió que la furia crecía en su interior y comenzó a penetrarla con ímpetu hasta que encontró su satisfacción. Por primera vez, no le había importado si Gina disfrutaba o no. Aquello la hizo sentir usada y desolada. Aunque amara a aquel hombre, no quería que la historia se repitiera. Si él no era capaz de escucharla y darle una nueva oportunidad a sus sentimientos, entonces no valía la pena seguir luchando por él.

Las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas. Recién después de haber abandonado su cuerpo, Fabrizio abrió los ojos y, al percatarse de la tristeza de Gina, se sintió muy mal. A pesar de esto, guardó silencio. Simplemente cogió su ropa y regresó a su habitación, lamentando haberse comportado como un animal con ella. Escucharla llorar había disuelto su rabia.

Gina se levantó de la cama para ducharse y tratar de determinar lo que haría de ahora en adelante. No podía permanecer allí. Nada había resultado de acuerdo a sus expectativas, sino que, por el contrario, el comportamiento indolente de Fabrizio la hirió. ¡Él ni siquiera había

querido escucharla! Se vistió y salió del cuarto en silencio. Miró por la ventana y, al notar que afuera estaba nublado, lamentó no tener algo más con que abrigarse. Al descubrir la chaqueta de cuero de Fabrizio sobre el sofá, se la puso. Aspiró aquel perfume que a ella tanto le gustaba, luego tomó su cartera y salió del departamento en dirección al hotel en donde estaban sus amigas. Fue entonces que recordó que no había cambiado sus dólares por libras esterlinas. Tenía dos opciones: hablar con Fabrizio al respecto o pedir al taxista que la llevara hasta el hotel y que sus amigas le prestaran dinero. Optó por lo segundo, pues no estaba interesada en volver a dirigirle la palabra al italiano.

Hizo parar un taxi y, en un inglés bastante rudimentario, le explicó su predicamento al chofer, quien se negó a llevarla sin que le pagara antes de bajar. Desesperada, se largó a llorar. De inmediato, el taxista sintió empatía por ella y asintió con la cabeza antes de ponerse en marcha.

Al llegar al hotel, el hombre no se despegó de lado de Gina, ya que esperaba su dinero. En la recepción, ella pidió hablar con Giannina Palacci, quien fue enseguida a su encuentro. La italiana le entregó suficiente dinero al taxista para cubrir el viaje más una generosa propina por la espera.

—¿Qué pasó? —preguntó Gia con inquietud después de abrazarla—. ¿Fabrizio te hizo algo?

Gina le contó entre lágrimas lo sucedido.

—Ya no me quiere —aseguró entre lágrimas—. No sé por qué vine, ¡esto fue un error! Vine cargada de ilusiones, pero ahora estoy decepcionada.

Gia la invitó a pasar a la *suite*. Cuando Fátima observó el estado en el que venía su amiga, supo que las cosas entre ella y Fabrizio no habían resultado de la forma en que esperaban. Gia le hizo un gesto de silencio, así que la chilena no hizo ninguna pregunta. Ya habría tiempo para ahondar en lo acontecido. No hizo mayores preguntas, ya que Gia le hizo una señal de silencio, luego ella le contaría.

—Descansa con nosotras, amiga, lo necesitas. — Gia la guio hasta la cama, y ella obedeció, puesto que se encontraba exhausta.

—Éstas son las gotas con las que dormí a Fabrizio en Bayahibe. Las traje solo por si acaso, pero no pensé que las tendría que usar —susurró la italiana a su novia—.

Fátima le entregó un vaso con agua, sonriéndole a Gia con complicidad.

—Bebe, porque tanto llanto terminará por deshidratarte —recomendó la arquitecta—. Mañana te sentirás mejor.

Regresó con Fátima y le contó lo que había sucedido. La chilena se sintió desbordada por la furia.

—¡¿Ese hombre es un imbécil o qué?! ¡Después de todo lo que Gina hizo por él! —Tomó aire antes de continuar—: ¡Lo voy a matar! Si mi amiga quiere devolverse a su casa, yo la ayudaré. Sin embargo, primero voy a decirle unas cuantas verdades a Fabrizio.

—Mi amor, cálmate. —Gia le dio tiernos besos, tal como acostumbraba hacerlo cada vez que su novia se molestaba por algo. Éste era su mejor bálsamo—. Llamaré a Fabrizio para que me explique su comportamiento. Si su explicación no me convence, yo misma te ayudaré a castigarlo.

Gia tomó su móvil y llamó a su amigo, quien le respondió al tercer tono.

—¿Qué pasa, Gia? —preguntó medio dormido.

—. ¡¿Qué le hiciste a Gina?! Quiero que me des una explicación coherente de lo ocurrido o ella regresará ahora mismo a Argentina. —La voz de la arquitecta dejaba de manifiesto lo molesta que se sentía.

—Actué como un idiota. Sin embargo, nunca pretendí hacerle daño.

—Aun así, la hiciste sufrir bastante. Ella llegó llorando, temblando de frío y sin dinero para

pagar el taxi. Realmente te desconozco, Fabrizio.

—Iré para allá. No dejes que se vaya, por favor —pidió, angustiado.

Se vistió con lo primero que encontró, tomó las llaves de su moto, el casco y salió rápido hacia el hotel. No podía creer lo imbécil que había sido. Si ella se iba, él no se lo perdonaría. En cuanto llegó a su destino, se dirigió a la *suite* donde se hospedaban sus amigos y golpeó la puerta. Fue Fátima quien le abrió. La chilena lo hizo pasar sin siquiera saludarlo.

—¡Siéntate y explícame por qué eres tan estúpido! —demandó la mujer con furia—. Pero antes de que abras la boca, te diré algunas cosas que, al parecer, desconoces. Tú no quisiste tomarte el tiempo para escucharla. Desde la última vez que viste a Gina, su vida tuvo un giro radical, puesto que perdió su casa y sus hijos. ¿Quieres saber el motivo? Su familia se enteró de la existencia de otro hombre en su vida. Los chicos la odiaron y tuvo que irse a vivir con su abuela, quien falleció poco tiempo después. ¿Puedes imaginar lo que es no tener a nadie con quien llorar una pena tan grande? ¡Yo sí! Por eso, viaje a Argentina para acompañarla en su duelo, ya que nadie más se le acercó en aquel momento de dolor. ¿Acaso no te percastaste de lo delgada que está? Y luego, por si fuera poco, su propia madre la echó a la calle. Pasaron meses antes de que Gina consiguiera reconciliarse con sus hijos. De hecho, ellos mismos le pidieron que viniera a buscarte, pues ellos desean su felicidad. ¡¿Y qué hiciste tú?! La trataste como basura. —Fátima tomó un poco de aire para continuar con su sermón—. Ahora me arrepiento tanto por haber apoyado aquella idea. —Las lágrimas caían por el rostro de todos los presentes—. Tú no te la mereces, Fabrizio.

El italiano tenía un nudo en la garganta, y las lágrimas nublaban su visión. Gia, por su parte, abrazó a su novia para ofrecerle consuelo.

—Quiero verla, ¿dónde está?

—En nuestro cuarto, pero ella está descansando. Bebió un calmante, así que dormirá hasta tarde —explicó Gia.

—Necesito verla. Prometo que no la despertaré —dijo Fabrizio, dirigiéndose al dormitorio.

La encontró aferrada a una almohada y cubierta con una camiseta suya. Se acercó a ella y le corrió el pelo que tenía en la cara, sintiendo el frío toque de su piel.

—No la quiero despertar, pero está helada y se puede enfermar —se justificó ante las chicas, quienes observaban cómo él se desnudaba y acostaba junto a ella. A continuación, reemplazó la almohada con su propio cuerpo. Ella, sumida en su sueño, lo abrazó con fuerza. Fabrizio, en respuesta, besó su frente y se aferró a ella también. Empezó a llorar por todo lo que ella tuvo que padecer. Se prometió que haría lo que estuviera a su alcance para recuperarla y pasaría su vida entera recompensándola por cada momento difícil que le había tocado vivir. Haría lo que fuera para que ella recuperara su sonrisa. Gina lo hacía sentir como en casa, pues ella era su lugar en el mundo.

La observó dormir por largo rato, mientras anhelaba volver a mirar sus hermosos ojos, llenos de amor. Él había desperdiciado aquella oportunidad cuando la hizo suya. Tal como le dijo Fátima, él se había comportado como un estúpido.

—Espero que algún día puedas perdonarme, *amore*, ya que deseo hacerte la mujer más feliz del planeta. Te amo tanto, Gina. Tanto... —repitió en su oído. Acto seguido, depositó un tierno beso en sus labios.

El cansancio comenzó a pasarle factura y, sin darse cuenta, se quedó dormido junto a ella.

No fue consciente de cuánto tiempo durmió hasta que Gia le avisó que le quedaba poco tiempo para llegar al teatro. Si bien lo único que anhelaba era quedarse al lado de su amada, tenía que prepararse para una nueva función. Aquel era un compromiso ineludible.

—No dejes que se vaya sin que antes pueda hablar con ella —le suplicó a Gia, mientras se vestía de prisa—. Sé que merezco lo peor, pero también tengo claro que soy el único que puede curar sus heridas porque fui yo quien las provocó. No soy el mejor hombre sobre la faz de la Tierra. Sin embargo, amo mucho a esa mujer.

—Amigo, espero que, a diferencia tuya, ella sí esté dispuesta a escucharte y no actúe igual que tú. Yo me encargaré de mantenerla aquí, así que vete tranquilo. El resto será tu responsabilidad. —La italiana lo abrazó y salió detrás de él. Se encontraron con Fátima en la sala, quien le dedicó una dura mirada.

—Necesito que tú también me perdones, pues eres la mejor amiga de mi mujer y una parte importante de mi familia —le dijo Fabrizio a la chilena—. Tengo claro que debo ganarme tu confianza.

Minutos más tarde, al llegar al teatro, recibió muchas felicitaciones por su actuación. Los columnistas de espectáculos alabaron su interpretación y la de su compañera. Aquel era un motivo de felicidad para todos. Sin embargo, Fabrizio no podía dejar de pensar en lo que debía hacer para recuperar a su *bellezza* argentina.

Capítulo XXIX

«Tú eres la luz de mis ojos».

Cuando Gina despertó —pasado el mediodía—, sus amigas la sorprendieron llevándole a la cama su desayuno favorito: café y pastel de chocolate con menta.

—Saldremos a pasear un rato, ¿quieres venir con nosotras? —preguntó Fátima.

—Sí, me encantaría recorrer un poco la ciudad —contestó, mientras disfrutaba de un buen trozo de su tarta.

Ni Gia ni Fátima mencionaron la visita del italiano, así como tampoco le dijeron que la idea de aquel exquisito desayuno había sido de él.

Las tres mujeres lucían vaqueros y botas, pues hacía bastante frío. La arquitecta le prestó ropa a Gina, quien todavía no recuperaba su maleta. La argentina se puso la chaqueta de Fabrizio y salió con sus amigas a recorrer algunos de los lugares más turísticos de Londres, como la Abadía de Westminster, el Big Ben y Hyde Park.

Si bien disfrutaron del paseo charlando de nimiedades, Gina tuvo que hacer un gran esfuerzo por ocultar su pena y divertirse. Ella no dejaba de replantearse su situación tanto en su cabeza como en su corazón. Deseaba regresar a su casa, estar en compañía de sus hijos y cerrar la historia con Fabrizio de una vez y para siempre. Ella estaba decidida a olvidarlo y retomar su vida. Solo esperaba no volver a encontrárselo, puesto que él podría hacerla dudar sobre su decisión.

Sus amigas, al notarla tan ensimismada en sus pensamientos, intentaron distraerla. Gia le proporcionó información interesante sobre los edificios más importantes de la ciudad, mientras que Fátima la escuchaba con admiración por la seguridad con la que hablaba. Era evidente que la chilena era muy feliz con ella. La pareja caminaba de la mano sin que les importara las miradas curiosas que les dirigían. A Gina le fascinaba la manera en que ellas se relacionaban, ¡eran la una para la otra!

—¿Qué les parece si comemos algo? ¡Estoy hambrienta! —manifestó Fátima.

—Sí, yo también —acotó Gia, mientras miraba a su alrededor en busca de un restaurante.

Siguieron caminando hasta que encontraron lo que andaban buscando. Ya estaban sentadas cuando el teléfono de Gia comenzó a sonar. La italiana se disculpó y salió del local para contestar. Aquello extrañó a su novia, pues no solían guardarse secretos entre ellas. No obstante, le restó importancia a la situación y comenzó a charlar con su amiga, quien le relató lo ocurrido con José la última vez que se vieron. A la chilena no le extrañó la actitud egoísta de aquel infeliz y se sintió muy orgullosa de Gina. Ella había demostrado valentía al enfrentarlo para defender a su hija.

Cuando Gia volvió a su asiento, observó a Fátima con un gesto que le indicó a ésta la razón por la cual había salido: era Fabrizio. Por fortuna, la pareja tenía la inmensa habilidad para comunicarse con la mirada.

Cuando llegó el camarero, las tres mujeres ordenaron ensaladas. Sin embargo, Gina parecía no tener demasiado apetito. Sus amigas tuvieron que, prácticamente, obligarla a comer.

En cuanto Gina se levantó para ir al baño, la italiana aprovechó aquel momento a solas para comunicarle a Fátima que Fabrizio estaría esperando a la argentina en el hotel, decidido a hablarle. Él estaba decidido a hablar con su amada.

—Espero que ella no lo perdone con tanta facilidad. Tu amigo merece sufrir un poco por

haber actuado como un imbécil con ella. Imagino que no pretenderá borrar su actuar con excusas baratas. Ella no se merecía aquel berrinche —Fátima se calló al comprender las señales de su novia, advirtiéndole que Gina estaba cerca.

—¿Comeremos postre? —preguntó Gia, haciéndole un gesto a Fátima para que se negara.

—No. Ya no podría comer un bocado más. ¿Y tú, Gina? —preguntó, deseando que su amiga también rechazara la sugerencia.

—No, se los agradezco, pero prefiero volver pronto al hotel, porque quiero tramitar cuanto antes mi regreso a Argentina.

—De acuerdo —contestó la pareja de enamoradas al mismo tiempo.

El trío se subió a un taxi en dirección al hotel. Fabrizio, por su parte, las esperaba en la entrada, apoyado en su Yamaha MT-07. En cuanto Gina lo vio, su corazón saltó de alegría y empezó a bombear más rápido. No obstante, ya no podía confiar en él. Si bien lo amaba, su cerebro no dejaba de advertirle que aquella relación había llegado a su fin. Las palabras sobraban, así que, haciendo un gran esfuerzo, ignoró al italiano y siguió su camino.

—¡Gina! —llamó el italiano. Sin embargo, ella continuó caminando—. ¡Gina! —insistió una vez más. Al ver que la mujer no se detenía, corrió de prisa hasta situarse frente a ella.

—¿Qué quieres, Fabrizio? —preguntó con nerviosismo.

—Tienes algo que me pertenece —respondió el actor.

Aquella voz tan profunda hizo que Gina se estremeciera. «No debo hablar con él, no ahora», se repitió mentalmente una y otra vez. Respiró hondo, intentando tranquilizarse, y luego lo miró con la misma frialdad con la que él la había tratado la noche anterior.

—Si lo dices por tu chaqueta, te la puedo devolver de inmediato —dijo con rabia antes de sacarse la prenda, sin que le importara el frío que hacía.

—No hablaba de eso —expresó, acercándose a ella para volver a ponérsela.

—Entonces no sé a qué te refieres. ¿¿Que se supone que tengo que devolverte?! —Ese hombre estaba poniendo su paciencia a prueba.

—Mi corazón. Tú tienes mi corazón y no sé qué hacer sin él. —Intentó acariciarle la mejilla, pero Gina lo esquivó.

—Ayer lo sentí latir bastante bien —respondió mientras volvía a desviar la mirada, pues le costaba contemplar aquellos ojos que tanto amaba. Si bien lo amaba con locura, el dolor pesaba más.

—Fui un idiota. Necesito hablar contigo, por favor.

—¡Mira qué curioso! Resulta que ahora soy yo la que no quiere escucharte.

—Admito que soy el imbécil más grande que pueda existir. Sin embargo, necesito que oigas lo que te tengo que decir.

—Eso mismo fue lo que te pedí ayer, pero tú te negaste —dijo Gina con sus ojos llenos de lágrimas—. Me hiciste sentir usada. Ahora ya no tiene caso que conversemos, dado que es evidente que nuestra relación no tiene futuro, Fabrizio. Por eso te pido que, por el bien de los dos, no vuelvas a buscarme. —Después de esa declaración, dio media vuelta y caminó hasta la entrada del hotel.

—¡Espera! ¡Amore! —Fabrizio volvió a detenerla. Estaba consternado y al borde de las lágrimas.

—No vuelvas a llamarme así —habló sin voltearse—. Lo nuestro ya es parte del pasado.

—¡No! —Fabrizio la tomó del brazo y la pegó a su cuerpo. A continuación, llevó sus manos al rostro de Gina para que lo mirara a los ojos—. Eso no es cierto. Sé que merezco lo peor del mundo, pero me niego a que termine de este modo. Te amo, Gina. *Ti amo, amore mio. Voi siete*

la luce dei miei occhi.

Gina se liberó del agarre del italiano y, con lágrimas en los ojos, lo miró una última vez antes de alejarse.

Fabrizio, llorando, la vio entrar al hotel. Aunque tenía corazón su corazón destrozado, lo mejor sería no insistir. Había actuado cegado por los celos y, ahora, lamentaba haber sacado conclusiones apresuradas. Las cosas hubieran sido muy diferentes si es que él le hubiera permitido explicarse. Comprendía que Gina no quisiera estar cerca de él, mas no se rendiría. No mientras ella estuviera en Londres. Él regresaría las veces que fueran necesarias. De hecho, no descartaba la idea de volver a secuestrarla hasta que solucionaran sus malos entendidos.

Gina entró a la *suite* hecha un mar de lágrimas. Pasó directamente al dormitorio y se lanzó a la cama sin poder controlar su dolor. Fátima, mientras tanto, la observaba en silencio desde la puerta. Ella entendía a su amiga, pero las palabras del italiano la habían conmovido. A pesar del gran error que él había cometido, Fabrizio amaba a esa mujer. La chilena guardaba la esperanza de que ellos solucionaran sus conflictos y pudieran ser felices juntos.

—Un amor como el de ustedes no puede terminar así, Gina —le dijo con sinceridad.

—Ya no quiero saber de esto, Fátima. Lo único que deseo ahora es volver con mis hijos. ¡No debería haber venido! Lo nuestro no fue más que un espejismo. —Gina apenas podía hablar.

—No soy quién para juzgarte. Nosotras te trajimos con la esperanza de que se dieran una nueva oportunidad para ser felices —respondió la chilena—. No te pediré que lo perdones, pero lo más sensato es que se sienten a conversar sobre lo que les ha sucedido durante este tiempo. Tú sabes bastante bien lo mucho que duele cuando no te escuchan.

—Bebe esto y duerme. —Gia volvió a darle a Gina un calmante. En esta ocasión, no obstante, le dio una dosis más baja, puesto que era solo para inducirle el sueño—. El descanso te ayudará a pensar con mayor claridad.

—Gracias —contestó Gina antes de beber un pequeño sorbo.

—Sé que no estás de humor para escuchar lo que quiero decirte. No obstante, debo señalar que conozco a Fabrizio y estoy segura de que su arrepentimiento es genuino. Él estuvo aquí anoche, se recostó a tu lado y lloró como un niño. Él no quería soltarte, pero tuvimos que recordarle que le esperaban para una función. Has sufrido demasiado a lo largo de tu vida y, por eso, comprendo que te cueste tanto perdonarlo por lo que te hizo. Sin embargo, te pido que escuches a tu corazón. Si bien él es mi hermano y lo quiero mucho, también te considero mi amiga y deseo que seas feliz junto a él.

En cuanto estuvo sola, terminó de beber el agua que le había dado la arquitecta y se puso la camiseta que le había prestado —sin saber que pertenecía a Fabrizio— y se metió a la cama. Logró conciliar el sueño con la imagen de su italiano en su mente.

El actor, por su lado, regresó a la *suite* casi a medianoche, usando la llave que Gia le había dado, y se dirigió al dormitorio. Contempló a Gina durante largo rato. No quería despertarla, solo anhelaba sentirla cerca, así que se sacó la ropa y se acostó a su lado. Luego la estrechó entre sus brazos. Consideró despertarla para demostrarle cuánto la amaba, mas él sabía que aquella era una mala idea. Le aterraba la posibilidad de perderla para siempre.

Horas más tarde, Gina despertó con la sensación de que no estaba sola. Abrió los ojos y encontró a Fabrizio durmiendo a su lado. Volvió a quedarse dormida, asumiendo que aquello no era más que un sueño. Segura de que la presencia del italiano no era real, lo abrazó con fuerza, deseando que aquella fantasía durara mucho más.

Al despertar, Fabrizio la vio pegada a él. A pesar de que no quería separarse de ella, sabía que debía irse. Se levantó con precaución, decidido a regresar más tarde para intentar hablar con ella.

No había duda de que se amaban. Pensó que tan solo era cuestión de tiempo para que se reconciliaran.

Gina agradeció haber soñado con su amado Fabrizio. «Ojala la realidad fuera así», pensó. Luego se levantó, sintiéndose alegre y descansada, y fue a desayunar con las chicas, quienes volvían a esperarla con café y su pastel favorito.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Fátima con una sonrisa conocedora al ver la expresión radiante de su amiga.

—Excelente. De hecho, creo que no dormía así de bien desde hace mucho rato. —La argentina se sentó al lado de su amiga y bebió un sorbo de café—. ¡Mi pastel favorito! Fátima, yo nunca te comenté que éste era el que más me gustaba. ¿Cómo supieron?

Gia y Fátima intercambiaron una mirada cómplice. Gina, por su parte, las observó con intriga.

—Para serte honesta, fue Fabrizio quien ordenó esto para ti —confesó la chilena.

Gina se sentía asombrada. ¡Él había guardado en su memoria hasta el más mínimo detalle sobre ella! Nadie la conocía tan bien como él.

—Como mi intención no es tenderte una emboscada, te advierto de antemano que Fabrizio viene en camino. —A pesar de que Gia no quería delatar a su amigo, la argentina tenía derecho a decidir si quería verlo o no.

—Gracias por el aviso. No tengo deseos de hablar con él. Te pido que se lo hagas saber para que él no pierda su tiempo.

Fabrizio daba vueltas por su departamento como un loco, cuestionándose por haber actuado como un tonto. Si no se hubiera comportado como un animal, ahora tendría a Gina entre sus brazos, temblando de placer. No podía permitirse aquel sentimiento de derrota. Tenía que pensar en un plan efectivo para reconquistar a su *amore*.

Se dio una ducha corta, pues tenía varias cosas que hacer, entre éstas asistir al ensayo de la obra. Antes de empezar a vestirse, seleccionó su lista de reproducción de música en español. Si bien ya se encontraba familiarizado con varias de esas canciones, el tema que comenzó a sonar era desconocido para él. La letra de «Voy a amarte» de Carlos Rivera le llegó al alma. Con un ánimo renovado, pensó en su amada, se vistió y salió de su apartamento rumbo al hotel.

Al llegar, Gina —quien se negaba a verlo— se encerró en el dormitorio. Sin duda, ella no le facilitaría la tarea de conseguir su perdón. Se acercó a la puerta, sabiendo que podía escucharlo.

—Si no deseas hablar conmigo, no te obligaré. A mi lado, siempre has sido libre de tomar tus propias decisiones —dijo el italiano antes de darse media vuelta y marcharse. Cuando recién la conoció, ella estaba acostumbrada a hacer lo que los demás esperaban de ella. No obstante, ahora era una mujer totalmente distinta y se sentía orgulloso de ella.

Regresó a su apartamento y llamó a su padre para pedirle un consejo. Le contó a grandes rasgos lo sucedido, omitiendo los detalles más íntimos. Don Luca lo escuchó con paciencia, a pesar de las ganas que tenía reprimirlo por su pésimo comportamiento. Él sabía que su hijo estaba genuinamente arrepentido y que haría lo que sea por recuperar a esa mujer.

Al terminar la llamada, Fabrizio esbozó una sonrisa. Su papá, como siempre, lo había orientado de la mejor manera.

Fabrizio se aproximó a ella, tomó su rostro entre sus manos y acercó sus labios sin alcanzar a tocarla.

—Ven conmigo, belleza. Me gustaría que me acompañaras a un lugar muy especial. Si después de esto sigues sin querer verme, te prometo que yo mismo te ayudaré a regresar a Argentina.

El corazón de Gina dio un vuelco. Ella lo amaba tanto, y él había vuelto a ser aquel hombre del que se había enamorado.

—*Está bien, vamos.*

Fátima y Gia aplaudían y saltaban de alegría. Fabrizio, sonriendo, le entregó un casco antes de subirse a su moto. Después de que ella se acomodara detrás de él le dijo:

—*Agárrate fuerte.*

Gina despertó de su sueño sintiéndose desesperada. Deseaba dejar atrás lo ocurrido para comenzar su relación con Fabrizio desde cero. El día anterior, luego de escuchar sus palabras, estuvo a punto de abrirle la puerta y rogarle que no se fuera. Sin embargo, no estaba segura de si aquello era una buena idea, así que prefirió dejarlo marchar.

Luego de meditarlo toda la noche, decidió darle una nueva oportunidad. No estaba segura de lo que pasaría entre ellos, pero se debían una conversación. Salió del dormitorio y se encontró con una hermosa escena: Fátima y Gia bailaban abrazadas. Ellas siempre hacían este tipo de cosas, y a Gina le alegraba verlas disfrutando de su amor. En cuanto la canción acabó, ella aplaudió con entusiasmo. Las chicas se le acercaron para darle un gran abrazo.

—*Me encanta que estén tan contentas, amigas* —dijo la argentina con una sonrisa.

—*Me gustaría que tú también fueras tan dichosa como nosotras* —contestó Fátima—. La oportunidad de serlo está en tus manos, así que no la deseches.

Gina asintió, dándole la razón a su amiga. Había llegado el momento de proporcionarse su propia felicidad.

La melodía de «*Quien pudiera*», del argentino Abel Pintos, trajo a Gina de vuelta a la realidad. Ella sonreía, pues le fascinaba aquel cantante.

—*Tu fanatismo es contagioso. Ahora me gusta la misma música que a ti* —admitió antes de empezar a cantar.

Aquel tema hizo que Gina recordara muchas experiencias compartidas junto a Fabrizio. Guardaba la esperanza de que él llegara en cualquier minuto. En esta ocasión, sin embargo, no se escondería, puesto que las ganas de luchar por ese amor habían regresado con mayor fuerza. Ella estaba decidida a obedecer los dictados de su corazón.

—*Gina... Gina...* —llamó Gia. En seguida, la argentina reaccionó al darse cuenta de que le estaban hablando.

—*¿A qué hora vendrá Fabrizio?* —preguntó con ansiedad. Sin embargo, al notar el gesto de preocupación de la italiana, supo que algo había sucedido—. *¿Qué ocurre?*

—*Tranquila, Gina* —respondió Gia—. *Él está bien, pero acaba de avisarme que no podrá venir. Lo siento mucho.*

Capítulo XXX

«Existes dentro de mí».

Don Luca le había dicho a Fabrizio, en pocas palabras, que debía hacer algo mágico y significativo para recuperar a Gina. «Hace un tiempo, vi una película —la que, por cierto, resultó ser muy exitosa— que se centraba en un hombre enamorado que hacía hasta lo imposible por la mujer a la que amaba. Creo que la conoces bien, ¿no, hijo? Tal vez podrías sacar una que otra idea de ella. Ya sabes que el encanto de los Cacciatore jamás falla. Además, dudo que alguna mujer pueda resistirse a los actos románticos como los que a Giancarlo se le ocurrían».

Fabrizio recordó que Gina le había mencionado cuál había sido su escena favorita de la película, así que, siguiendo el consejo de su padre, la recrearía. No obstante, le añadiría el toque personal Cacciatore. Llamó de inmediato a su amiga para que lo ayudara a ejecutar su idea, ya que no había mejor cómplice que ella para llevar a cabo una fantasía como ésta. En cuanto el actor le contó su idea a Gia, ella suspiró con emoción, puesto que le encantaba poder ayudarlo. Habló también con Fátima, quien también aceptó participar. Ambas habían vuelto a ilusionarse con que sus amigos terminaran juntos.

Fabrizio estuvo toda la noche preparando su plan para sorprender a Gina. Su padre e incluso Luca colaboraron con él hasta la madrugada para que todo saliera perfecto. Gina, por su lado, dormía ajena a lo que sucedía a su alrededor. Había pasado horas preguntándose si tendría la oportunidad de ver a Fabrizio una vez más.

Al día siguiente, las chicas la invitaron a dar un paseo a un jardín que se encontraba en las cercanías del hotel. Al parecer, éste poseía una hermosa variedad de flores que el otoño todavía no había conseguido marchitar. Tomaron un taxi y, en pocos minutos, llegaron a Kensington Gardens. El lugar era idílico, y Fabrizio lo había escogido sabiendo que Gina lo amaría, por eso lo había escogido.

Las chicas llevaron a Gina hasta un sector en donde había un grupo de mujeres que le regalaron algunas flores características del lugar. La argentina estaba tan distraída admirando aquel presente que no se dio cuenta cuando sus amigas desaparecieron. Miró a su alrededor, pero no había rastro de ellas. Justo en ese instante, una de las jóvenes la sorprendió al entregarle una nota: «Sigue el camino. En él encontrarás varios mensajes parecidos a ésta. Espero que leas cada uno con atención. Estaré esperándote al final del recorrido».

Gina, motivada por la curiosidad, empezó a caminar hacia donde le indicó la mujer. Cada cierta cantidad de pasos, entre las flores, hallaba más misivas de Fabrizio. Algunos eran versos, otros eran el fragmento de una canción. De pronto, se dio cuenta de que aquello se parecía mucho a su escena favorita de «*Tu sei il mio sogno*», la película que la había hecho suspirar por Giancarlo.

Las lágrimas brotaban con cada palabra que leía. Si bien ella amaba a ese hombre y había estado dispuesta a perdonarlo, ahora su amor se había vuelto más intenso. Sabía que tenían mucho de qué hablar, pero ya habría tiempo para eso. En aquel momento, solo podía pensar en que su sueño —aquel que le había mencionado a Eros— se haría realidad. Cuando llegó al final del camino, comenzó a escuchar los primeros acordes del tema principal de la película: «*Esisti dentro me*» de Il Divo. Gina quedó petrificada cuando descubrió al grupo de tenores cantando en vivo sobre un pequeño escenario. Fabrizio, por su parte, la esperaba con los brazos extendidos, luciendo hermoso como siempre.

*«Il tempo non cancellera
Il nostro amore restera
Tra le mie braccia ti vorrei
Nella mia anima tu sei.
La vita non si fermara
E un nuovo sole nascera
Non sai quanto ti vorrei
Nella mia anima tu sei...»*

Ella corrió a su encuentro y lo abrazó. Se besaron entre lágrimas, olvidando al mundo que los rodeaba.

*«... Ancora tu
Nella mia mente solo tu
Chiudo gli occhi e pensa a te
Perché esisti dentro me
Ripenso al blu degli occhi tuoi
Ma ormaai lontani siamo noi
Tu sei la gioia che vorrei
Nella mia anima tu sei...»*

La música continuaba, al igual que los besos. Solo hacían pequeñas pausas para poder recobrar el aliento. Luego de saciar un poco las ansias, Fabrizio tomó el rostro de Gina entre sus manos y la miró fijamente durante algunos minutos.

—Dime que me perdonas, *amore mio*, por favor. No puedo vivir sin ti, porque tú existes dentro de mí, Gina —susurró el italiano a centímetros de su boca.

—Por supuesto que sí, mi amor. Al igual que tú, ya no quiero estar sin ti.

*«... Nei miei sogni ancora tu
Nella mia mente solo tu
Chiudo gli occhi e pensa a te
Perché esisti dentro me...»*

Permanecieron abrazados por un rato mientras disfrutaban del hermoso concierto. Fabrizio no podía apartar la mirada de Gina, puesto que su corazón había vuelto y éste latía feliz. Su *bellezza* argentina había retornado a sus brazos.

El esfuerzo que había significado conseguir un permiso especial por parte de los encargados del jardín y contratar al grupo Il Divo con tan poca antelación para que interpretaran aquella canción había valido totalmente. Nada podía compararse a la dicha que sentía en ese momento.

*«... Nei miei sogni ancora tu
Nella mia mente solo tu
Chiudo gli occhi e penso a te
Io so solamente che
Tu sei ancora dentro me».*

En cuanto terminaron de cantar, el cuarteto se les acercó para saludarlos. Entre risas, comentaron que jamás habían tenido que presentarse frente a un público que no los tomara en cuenta por estar demasiado ocupados besándose.

El actor, sin soltarle la mano a su amada, los saludó con afecto. Él había tenido la suerte de conocerlos cuando filmaron juntos un video promocional para la película. Luego de agradecerles, presentó a Gina como su mujer. Aquello la hizo sentir muy orgullosa, ya que, a partir de ese instante, ella sería la mujer de Fabrizio Cacciatore.

Una vez que los músicos se retiraron, ellos continuaron paseando por el parque. Después de un rato, se sentaron en un banco. Permanecieron callados durante varios minutos hasta que el italiano rompió el silencio:

—Sé que actué mal, *amore*, y me siento más que arrepentido. Yo te amo y jamás pretendí herirte. Sentía mucha rabia y no supe cómo lidiar con ella.

—No negaré que me dolió lo que hiciste. Sin embargo, quiero olvidarlo. El amor que siento por ti es tan grande que viajé hasta acá porque ya no quería estar un minuto más lejos de ti. De hecho, mis hijos me impulsaron a buscarte. Tienes que saber que, aunque ellos son mi prioridad, tú eres el hombre de mi vida. Mi felicidad es incompleta si no estoy contigo. —De pronto, al acordarse de sus retoños, se sintió inquieta y preocupada. Desde que aterrizó en Londres, solo había hablado con ellos en dos ocasiones. Le hubiera encantado disfrutar con ellos también aquel momento tan especial. Fabrizio, de inmediato, notó el cambio en la actitud de Gina, dado que sospechaba el motivo de su nerviosismo, sacó su teléfono del bolsillo y se lo entregó.

—Llama a tus hijos, *amore*. —A Gina le sorprendió que él adivinara sus pensamientos—. Te conozco y estoy seguro de que no estarás tranquila hasta que hables con ellos.

Ella lo besó y, sin perder más tiempo, marcó primero el número de Azul. Para su suerte, Alejo estaba con ella, así que aprovechó para contarles a ambos los últimos acontecimientos. Les dijo que se sentía muy feliz al lado de su amado, pero que los extrañaba muchísimo. Ellos rieron, puesto que habían imaginado que ella les diría eso. Si bien la echaban de menos también, les alegraba escuchar a su mamá tan contenta.

Cuando la argentina le devolvió a Fabrizio su móvil, él llamó a Gia y luego a su padre para contarles que la sorpresa había sido un gran éxito. Todos se pusieron muy dichosos con la noticia.

Gina y su amado continuaron caminando abrazados, mientras se relataban lo que les había sucedido desde que se vieron por última vez. Fabrizio, a pesar de sus dudas, decidió ser totalmente franco y le confesó que se había acostado con otra mujer. No quería que existieran motivos que pudieran volver a separarlos en el futuro, así que consideró que lo mejor sería admitir aquella acción. Esa confesión hizo sentir bastante incómoda a Gina, aunque prefería la sinceridad, por muy dolorosa que fuera. En realidad, él no la había engañado, ya que no tenían una relación formal. A pesar de sus celos, sintió un impulso enorme de hacerle el amor y borrar con su cuerpo las huellas de cualquier otra. Ella ansiaba volver a ser la única que le brindara placer.

Fabrizio se acercó aún más a ella para capturar con su teléfono una fotografía de ambos. A continuación, la publicó en sus redes sociales con un comentario que haría saber al mundo entero que amaba a esa mujer: *«lei è il mio amore, la mia donna»*

—¿Hiciste lo que creo que acabas de hacer? —preguntó Gina, asombrada.

—Sí, quiero que todos sepan que te amo. Ya he acallado mis sentimientos por demasiado tiempo.

—¿Y qué pensarán tus admiradoras de esto? De seguro, ellas me odiarán.

—Todo lo contrario. La mayoría de ellas quiere verme feliz. Además, esto servirá para darle fin a los rumores malintencionados que aseguran que soy homosexual.

—Puedo dar fe de que no lo eres. —Gina lo miró con una sonrisa pícar—. Me alegra que ya no tenga que esconderme, aunque siento un poco de miedo. Cuando nuestra historia salga a la luz, acarrearé problemas, especialmente a mi familia. Me aterra que esto pueda perjudicar a mis hijos.

—Tranquila, *amore*. No ocurrirá nada malo, ya que cuidaremos nuestro amor. Además, no

permitiré que nadie los dañe a ti o a tus hijos —aseguró antes de besarla con delicadeza.

—Gracias por cuidarme, mi amor, y por luchar por nuestra relación —expresó Gina—. Nuestra historia ha sido complicada, pero, a pesar de todo, siempre has estado pendiente de mí. Te amo tanto, Fabrizio.

—Tú eres lo mejor que tengo en el mundo. Eres mi sueño. Aunque no estaba en mis planes enamorarme de una desconocida, cambiaste mi vida por completo. Yo también te amo —manifestó el italiano con un tono de veneración—. Te confieso que la idea de un gran gesto romántico fue de mi padre. Tanto él como mi hermano, junto con nuestras mejores cómplices, me ayudaron a conseguir tu perdón.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! De hecho, Fátima amenazó con cortarme las pelotas después de mi mal comportamiento. Por fortuna, ya no me odia. Sé que ella actuó de esa manera para defenderte y, si no hubiera sido por la intervención de Gia, nuestra amiga chilena me habría matado.

—No dudo que haya sido así —dijo Gina entre risas—. Fátima es una mujer increíble. Ella es la mejor amiga del mundo. De verdad fue de mucha ayuda para mí tenerla a mi lado cuando más lo necesitaba.

—Lamento no haber estado contigo en esos momentos para protegerte de todo lo malo. Agradezco que no te haya dejado sola. Espero que realmente me haya perdonado —expresó, mostrándose arrepentido, una vez más, por haber actuado de modo arrebatado y orgulloso. Por su culpa habían pasado demasiado tiempo separados.

—Creo que debía enfrentar por mi cuenta tanto el fin de mi matrimonio como los problemas con mis hijos. Yo tenía que resolver mi vida. Sin embargo, te extrañé mucho cuando murió mi abuela. Me hubiera gustado haber contado con tu compañía en aquel momento tan duro o incluso que me hubieras escrito un mensaje. ¿Por qué me sacaste de tu vida? Todavía no logro entenderlo. Sé que viste la entrevista con mi ex marido, Fátima me lo comentó, pero ¿por qué no hablaste conmigo?

—Me ganó la ira. Te había notado distante conmigo, ¡apenas hablábamos! Y luego leí la entrevista. —Se tomó la cara con ambas manos—. Pensé que lo nuestro se había acabado y que no me lo querías decir para no lastimarme. Fue una estupidez. Fui un imbécil.

—No seas tan duro contigo mismo. No te hablé de esto para hacerte sentir mal, sino que quería comenzar nuestra relación con nuestros asuntos aclarados. No quiero que vuelvas a desconfiar de mí, así como tampoco deseo perderte, ¡no después de todo lo que hemos pasado! Por eso es necesario que seamos honestos, aunque la verdad nos hiera.

—Tienes razón. Charlar nos ayudará a cerrar las heridas —expresó Fabrizio con un dejo de tristeza en su voz. A Gina le rompía el corazón verlo así, pero necesitaba exteriorizar sus emociones para que, a futuro, no existieran reproches ni dudas entre ellos.

—Eché tanto de menos poder hablar contigo. ¿Piensas desbloquearme de tus redes sociales o seguirás ignorándome por internet? —preguntó Gina con un tono de voz más alegre para aligerar el ambiente.

—Ya lo hice. Estaba tan desesperado por conseguir tu perdón que pensé en escribirte. Sin embargo, las chicas me advirtieron que perdería mi tiempo, dado que tu teléfono no tenía batería, así que hubiera perdido mi tiempo.

—Y esa mujer con la que estuviste, ¿quién es? ¿La sigues viendo?

—No, *amore mio*, ella no significó nada para mí. Sé que es lo mismo que dicen todos. Sin embargo, es cierto. Ni ella ni yo estábamos realmente interesados en el otro. Esa fue otra tontera que podrías agregar a mi larga lista de estupideces. No me alcanzará la vida para compensarte

por mis errores.

—Te creo. A pesar de todo, siempre he confiado en ti. Te quiero —expresó mientras lloraba. Ver a Fabrizio con tanta pena la había conmovido—. No quiero que te pongas triste, mi amor. Esto nos hará crecer. Tú y yo estamos juntos ahora y, porque nos amamos, haremos que nuestra relación funcione.

En cuanto ella lo abrazó, los temores del italiano comenzaron a disiparse. Sí, ellos serían inmensamente felices, estaba seguro de eso. Se besaron con pasión, entregándose todo el afecto que se debían. Fabrizio, sin poder contenerse, comenzó a acariciarla por encima de la ropa y notó que ella había perdido bastante peso. Se apartó de ella y le extendió la mano. Gina, por su parte, no podía entender por qué él se había detenido de modo tan abrupto.

—Vamos, *amore*. Tienes que comer algo. Estás demasiado delgada.

—Lo sé, y te prometo que pondré de mi parte para recuperar los kilos que he perdido. Eso sí, en este momento, solo puedo pensar en una cosa, y no es en comida precisamente —manifestó la argentina antes de morderse los labios de manera provocativa.

—Muero por sacarte de aquí, llevarte al departamento, desnudarte y hacerte el amor. Quiero entrar tan profundo en ti que tus gritos se oirán en todo el edificio. Te deseo —le susurró Fabrizio al oído—. Sin embargo, tendré que decepcionarte, *belleza*. Primero iremos a comer algo y luego podrás hacer lo que desees conmigo.

—¡Eres un tentador, Fabrizio! ¿Por qué me haces esto? ¡Estoy ardiendo! No podré estar tranquila hasta que cumplas mis fantasías.

—Vayámonos pronto, *amore*, o la policía londinense terminará arrestándonos —dijo el actor antes de morderle a su amada el lóbulo de la oreja, causando que ella se estremeciera—. Estoy a un segundo de que me importe una mierda en donde nos encontramos. Te arrancaré la ropa y te haré el amor aquí mismo.

Sin perder más tiempo, entraron al primer local de comida rápida que encontraron. Ordenaron un par de hamburguesas y papas fritas. Si el entrenador personal de Fabrizio lo viera, no le diría nada agradable. No obstante, estaba feliz con su mujer y disfrutaba viéndola comer. Al parecer, había recuperado su usual apetito.

En cuanto terminaron de comer, se dirigieron lo más rápido posible al departamento del italiano. Mientras subían en el ascensor, se besaron con anhelo, pues ambos estaban sumamente excitados. Entraron al dormitorio casi a trompicones, desnudándose sin separar sus labios. Fabrizio la tomó entre sus brazos con delicadeza —a diferencia de la última vez— y la depositó sobre la cama con adoración. Dibujó un recorrido con su lengua desde el cuello hasta los senos de su amada, al tiempo que exploraba su vagina con los dedos. Gina, entre balbuceos ininteligibles, exigía más profundidad y rapidez. Él la complació de inmediato sin dejar de contemplarla.

—Nunca... me vuelvas... a privar... de perderme en tus ojos, Fabrizio —demandó la argentina con su voz entrecortada—. Observa cómo me haces vibrar de placer. Quiero que me mires cuando te corras en mi interior.

—Por supuesto. No me perdería por nada del mundo verte tan satisfecha y excitada. Mis ojos son solo para ti, al igual que mi corazón.

Fabrizio aumentó el ritmo de sus estocadas, conduciéndola al borde del clímax. Solo después de oírla gritar su nombre, él buscó su propio placer. Le alegraba volver a sentirla temblar con sus caricias. La había extrañado mucho.

El tiempo que Gina y Fabrizio disfrutaron juntos en Londres transcurrió muy rápido. La

temporada de teatro estaba por finalizar, lo que significaba que, en pocos días regresarían a Italia. Ellos habían decidido establecerse allí por un largo tiempo. Afortunadamente, mientras Fabrizio estaba ocupado actuando, la argentina había aprovechado para perfeccionar su conocimiento del inglés y el italiano.

Durante todos esos días, descubrieron lo maravillosa que era la convivencia entre ambos. El italiano era un excelente compañero de labores, y ella se había aclimatado a su nueva vida con facilidad. Sin embargo, cuando llegaron a Italia, la situación cambió. Gina agradecía tener a sus amigas tan cerca de ella y estar con su amado. No obstante, echaba mucho de menos a sus hijos. A pesar de que hablaba a diario con ellos, anhelaba que estuvieran allí. Por si fuera poco, no lograba sentirse cómoda en la casa de Fabrizio. Si bien era un lugar hermoso, no tenía nada que la hiciera sentir como si fuera su hogar.

—¿Te sucede algo, *amore*? —le preguntó el actor mientras desayunaban. Él la había notado un tanto extraña.

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Siento que estás disconforme y me gustaría conocer la razón de aquello.

—Ya te dije que no me ocurre nada —insistió con irritación.

—Gina, por favor, cuéntame. No me gusta que me excluyas de tus pensamientos.

—Está bien. ¡No me siento cómoda aquí! ¡Esta es tu casa y aquí no hay nada que me pertenezca! —dijo exaltada. Fabrizio la miró y comenzó a reír.

—¿Por qué te ríes?! ¡¿Acaso dije algo gracioso?! —Gina, furiosa al ver que él se carcajeaba cada vez más fuerte, le tiró la cuchara que tenía en su mano. Por fortuna, el italiano logró esquivarla a tiempo.

—*Amore*, espera. No me estaba burlando de ti —aseguró—. ¿Te das cuenta que ésta es la primera pelea que tenemos desde que estamos juntos oficialmente?

—¿Y eso te divierte acaso? —cuestionó, asombrada por la reacción del italiano.

—Sí, porque quiero hacerlo todo contigo, ¡incluso discutir! Me encanta cómo luces cuando estás furiosa. De hecho, tengo ganas de besarte hasta quitarte el enojo. —La tomó de las manos y la acercó a su cuerpo—. Te amo, aunque tenga que exigirte que me cuentes lo que te ocurre y luego pongas mi vida en peligro con una cuchara. —Sonrió con ternura—. Tiempo atrás, estar así contigo era solo un sueño. Me hace inmensamente feliz tenerte a mi lado. Si quieres cambiar algo en esta casa, ¡adelante! Conviértela en tu hogar. —Gina, en respuesta, le dio un dulce y delicioso beso. Cada día amaba más a ese hombre.

Durante las jornadas siguientes, se dedicaron a cambiar las cortinas, el color de las paredes y algunos de los muebles. Entre los dos, renovaron su casa para convertirla en su hogar.

Después de casi una semana, Gina conocería, finalmente, a los Cacciatore. Se sentía muy nerviosa y rogaba ser bien recibida. Fabrizio, al notar su temor, la abrazó para tranquilizarla. Entrelazó su mano con la de ella antes de entrar juntos a la casa de la familia.

La primera en acercarse a ellos fue Felicia, quien abrazó al actor con afecto. A continuación, él le presentó a Gina como su novia. La mujer le dio un cariñoso abrazo a la argentina y le agradeció por hacer a su «*bambino*» tan feliz.

—Felicia es como una segunda madre para mí. Ella nos ha cuidado desde siempre, y te aseguro que ya te adora, tal como lo harán los demás. No tienes de qué preocuparte, *amore*. Aunque... Quizás...

—¿Qué?! —interrogó con pánico en su voz.

—Ya conocerás a Luca. En todo caso, él y Fátima se llevan muy bien —contestó con una sonrisa, sin soltarle la mano ni un segundo.

Los Cacciatore se encontraban reunidos en el comedor, conversando y riendo. Aquello intimidó a Gina aún más, puesto que su familia no estaba acostumbrada a este tipo de reuniones. Esto hizo que ella apretara la mano de Fabrizio con más fuerza.

—Bienvenida, Gina. Es un placer conocerte por fin. Me alegra darte la bienvenida a nuestra familia —dijo María, abrazándola.

De inmediato, Gina recordó la descripción que Fátima había hecho de ella: «Es una mujer increíble».

—Sé que no lo has pasado muy bien, pero te prometo que te acogeremos con mucho cariño —expresó María con cariño, tomándole las manos al percibir el nerviosismo de su nuera—. Ya no estás sola. Además de tus hijos, ahora nos tienes a nosotros.

Las palabras de su suegra lograron conmovier a todos los presentes. Fátima tenía razón. Aquel gesto hizo sentir muy querida a Gina, quien no pudo contener las lágrimas.

Todos se acercaron, uno a uno, para saludarla. Don Luca le agradeció que le hubiera dado una nueva oportunidad a su hijo. Nunca antes lo había visto tan feliz y sabía que era por ella. Luca la miró en silencio, lo que volvió a preocupar a Gina.

—Por la expresión de tu cara, creo que te han hablado muy mal de mí —comentó con una sonrisa—. No me tengas miedo, cuñada. No diré nada que te incomode... Por ahora —agregó con sarcasmo.

—¡Luca Cacciatore, te advertí que moderaras tu lengua! —lo reprendió María.

—Amiga, no te preocupes. Él tiene un humor bastante similar al mío. Y si has sido capaz de soportarme durante tantos años, podrás hacer lo mismo con él —expresó Fátima.

Gina se relajó y comenzó a disfrutar de la cena en compañía de su nueva familia.

—Eres tan afortunado, mi amor. Tu familia es maravillosa. Tus padres me recibieron como una hija más solo porque saben que me amas. Este tipo de demostraciones de cariño es algo tan nuevo para mí —le susurró la argentina a su amado.

—Lo sé, *amore* —respondió antes de darle un beso—. Mi familia es lo mejor del mundo.

La cena transcurrió entre risas y charlas. A continuación, aprovechando que todos estaban divirtiéndose, María invitó a Gina al jardín para poder conversar con ella en privado. El lugar era deslumbrante.

—Estoy al tanto de todo lo que te ha tocado sufrir y admiro que jamás hayas dejado de luchar. De hecho, me hace pensar que eres una mujer muy fuerte. Cualquier otra persona que estuviera en tu lugar no hubiera sido capaz de perdonar y seguir adelante con su vida. Entiendo que tus hijos sean tu prioridad y estoy absolutamente de acuerdo contigo. Lo que te dije hace un rato es cierto. Tanto tú como tus niños son bienvenidos en nuestra familia. Agradezco que cuides a Fabrizio. Si bien se portó mal contigo, él te ama. Después de verlos juntos, estoy segura de que serán muy felices.

Gina estaba tan conmovida que le costaba encontrar las palabras adecuadas para expresar su sentir.

—Muchas gracias. Yo lo amo con todo mi corazón.

Fabrizio observaba a su madre y a su pareja mientras hablaban. Le encantaba verlas así y se acercó a ellas para abrazarlas.

—¿Qué hacen las dos chicas más bellas del planeta?

—¡Fabrizio! Siempre sabes qué decir para subir el ego de una mujer, tal como tu padre —comentó María.

—Este es el encanto de los Cacciatore —respondió, besando su mejilla—. Ahora, si me permites, me robaré a Gina para mostrarle el resto de la casa.

—Vayan. Ya tendremos tiempo de sobra para charlar en el futuro, querida. —María miró a la pareja y les sonrió.

En cuanto estuvo lejos de su madre, Fabrizio guio a su amada con rapidez hasta su antiguo cuarto y la arrinconó contra la puerta.

—Me siento como un adolescente, *amore*. No me importa que nos escuchen. Deseo hacerte el amor aquí y ahora. Solo dime que sí, por favor —pidió, acariciando el cuerpo de la argentina.

—Si me tocas de esta forma, es imposible que pueda negarme —contestó con deseo.

—¡Qué suerte que te hayas puesto un vestido! —exclamó el italiano mientras la desvestía.

Gina, extasiada, le arrancó la ropa y lo dejó solo con el bóxer, el cual dejaba ver su gran erección. Luego, sin necesidad de preámbulos, hicieron el amor. La argentina ahogaba sus gritos besando a su amado. Pronto alcanzaron el clímax.

En cuanto recobraron el aliento, se ducharon. Aunque Fabrizio tenía la intención de seguir disfrutando, Gina lo detuvo, puesto que no quería que los descubrieran. ¡Qué ilusa había sido! El rostro satisfecho de ambos los delataba. Aquello desató las bromas de Luca, quien gozaba poniéndolos en evidencia delante de todos.

Capítulo XXXI

«Mi sueño eres tú».

Fabrizio y Gina se habían acostumbrado a llevar una vida bastante tranquila. Fabrizio había conseguido el rol protagónico de una popular serie de televisión, mientras que Gina ayudaba a Gia y a Fátima en la empresa Cacciatore.

Por lo general, la pareja solía organizarse junto con sus amigas para salir los fines de semana. En ocasiones, se les unían Luca y Analía. Los seis mantenían una excelente relación. Las risas abundaban cada vez que se juntaban a cenar o a bailar. Y reunirse cada domingo en la casa de don Luca y doña María se había vuelto una tradición. Allí creaban hermosos momentos en familia. La vida, sin duda, les sonreía.

En poco tiempo más —el once de marzo para ser exactos—, celebrarían el cumpleaños número treinta y seis de Gina, quien, junto con Fabrizio, había decidido viajar a Argentina para festejarlo junto con Azul y Alejo.

Los días transcurrieron de prisa, y los jóvenes aguardaban con ansiedad la llegada de su madre. Durante los meses que habían pasado separados, habían hablado con frecuencia a través de videollamadas. Había sido una temporada de muchos cambios para todos, razón por la cual ninguno había podido viajar.

Azul caminaba de un lado para el otro. Alejo, a su vez, intentaba mantener la calma, pensando en el giro que había dado su vida al ingresar a la academia militar. Si bien su rutina era bastante exigente, él estaba encantado con la experiencia, ya que era lo que siempre había soñado. La joven, por su parte, dividía su jornada entre la escuela de teatro, su departamento, la hacienda de sus abuelos y el bar donde trabajaba algunos días de la semana. Ella veía a su padre con frecuencia. Aunque el hombre seguía demostrando que tenía un pésimo carácter, la mujer que lo cuidaba era espectacular, incluso podría decirse que ella era la horma de su zapato, puesto que jamás lo dejaba victimizarse y lo forzaba a realizar sus terapias. José la odiaba, o eso decía él.

Mientras tanto en el avión, Fabrizio trataba de disimular su nerviosismo, pero el temblor y el sudor de sus manos lo delataban.

—¿Qué te pasa, mi amor? —preguntó Gina al percatarse del estado del italiano—. ¿Es idea mía o estás un tanto inquieto?

—A ti no te puedo ocultar nada, *amore*. ¡Claro que estoy nervioso! Estoy a punto de conocer a tus hijos y deseo causarles una buena impresión.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—¡Que son tus hijos! Ellos son lo más importante para ti y quiero llevarme bien con ellos. Sé que aquello te haría muy feliz.

—Mi amor, tú eres un hombre maravilloso, ¡por supuesto que les agradarás!

—Sin embargo, nuestra historia de amor no podría describirse como la más tradicional. Yo fui tu amante. Engañaste a su padre conmigo, y eso podría jugarme en contra.

—Ellos me aman y desean mi felicidad. Es por eso que ellos ya te quieren y respetan, porque saben que tú me brindas la dicha que necesito.

Luego de que el avión aterrizara, Gina y Fabrizio caminaron hasta la puerta de desembarque. En cuanto los chicos divisaron a su madre, se abalanzaron a sus brazos. Fabrizio se quedó observándolos un poco más atrás.

La argentina pasó varios segundos besando a sus hijos y, después de un rato, les presentó al

italiano. Azul seguía sin poder creer que aquel actor tan famoso estuviera frente a ella y, más aún, que fuera la pareja de su mamá. Sintióse bastante tímida, lo saludó con un beso en la mejilla, mientras que Alejo se limitó a darle un fuerte apretón de manos.

Durante el traslado al hotel en el que la pareja se hospedaría, Azul no había dejado de hablar, haciéndole a Fabrizio miles de preguntas relacionadas con la actuación. Alejo, por su parte, no podía dejar de mirar a su madre con cariño. Ella lucía tan radiante que no se arrepintió de haberle insistido para que lo fuera a buscar. Si bien, en ocasiones, se había sentido solo y la había extrañado mucho, le alegraba que ella fuera feliz.

La celebración de su cumpleaños no había sido el único motivo por el cual Gina había vuelto a Argentina, pues también debía finalizar los trámites de divorcio. Al principio, el desgraciado con el que se había casado se había negado a firmar los documentos. Sin embargo, éstos estaban en manos de un abogado, quien le aseguró a Gina que José había accedido a hacerlo con la condición de que ella no obtuviera un peso de su parte. Ella no dudó en aceptar, dado que ya no le interesaba nada de José Machado. El hecho de que el divorcio fuera a concretarse tenía a Fabrizio muy contento. Él necesitaba y deseaba que Gina fuera una mujer completamente libre.

Después de dejar su equipaje en el hotel y de descansar, los cuatro salieron rumbo al cementerio para dejarle flores a la abuela Rosa. Gina la extrañaba profundamente y le estaría eternamente agradecida por haberla amado de forma incondicional. Fue inevitable que se pusiera a llorar, pero Fabrizio la abrazó y acarició hasta que las lágrimas desaparecieron.

A la mañana siguiente, el italiano se reunió en secreto con los chicos en una cafetería cercana al hotel. Aquello hizo que los jóvenes imaginaran que él tenía planeado preparar alguna sorpresa por el cumpleaños de su madre. Fabrizio los saludó con afecto, aunque Azul continuaba sintiéndose nerviosa frente a él. Alejo, en cambio, hablaba con el actor como si fueran grandes amigos. La nula relación con su papá era algo que todavía le dolía y, si bien el italiano no reemplazaba la figura paterna, le gustaba contar con un referente masculino a quien pudiera preguntarle algunas cosas que jamás hablaría con José. Lo más cercano a un padre para él era su tío, el papá de Cristian. No obstante, en Fabrizio veía bondad, un hombre merecedor del amor de su madre. A medida que lo conocía mejor —incluyendo las conversaciones que mantuvieron a través de videollamadas—, él le agradaba mucho más.

Tal como los jóvenes habían pensado, Fabrizio les contó sus planes para sorprender a Gina por su cumpleaños. Ellos, por supuesto, aceptaron ayudarlo con gusto.

Alejo aprovechó la ocasión para agradecer al italiano por cuidar de su madre y le pidió que siempre fuera así con ella, pues nunca antes la había visto tan feliz. Azul estaba totalmente de acuerdo con su hermano.

Al despertar, Gina se dio cuenta de que Fabrizio no estaba a su lado. Sin embargo, no alcanzó a levantarse cuando lo vio entrar con una bandeja con su ya tradicional desayuno: café y pastel de chocolate con menta.

—¿Ya desayunaste, amor? —preguntó Gina, extendiéndole sus brazos para que él fuera a su lado.

El italiano dejó lo que llevaba en sus manos sobre la mesita de noche antes de acercarse a ella con la misma actitud de un felino salvaje.

—Bebí café hace un rato, pero... —contestó con su voz cargada de erotismo mientras besaba sus labios con sutileza—. Quedé con ganas de disfrutar de un desayuno diferente, ¿me lo concederías?

—A ver, Fabrizio, ¿desde cuándo que tú me pides permiso?! —Gina sonreía con picardía.

Él se abalanzó sobre ella para besarla, desnudarla y hacerle el amor. Ellos demostraron con sus cuerpos cuánto se deseaban el uno al otro.

—Tú sacias mi hambre —confesó el actor—. Lo único que necesito es tu cuerpo para vivir feliz. No me canso de amarte y no puedo dejar de desearte. Te amo con locura, *mia bellezza argentina*. ¡Feliz cumpleaños!

Después de volver a hacer el amor un par de veces, se levantaron y fueron a recorrer algunos lugares significativos para Gina. Primero, volvieron a visitar a Rosa al cementerio, luego pasaron por fuera de la casa que había pertenecido a su abuela, en la cual seguía viviendo su progenitora. Cuando la argentina le contó todas las crueldades que había tenido que soportar a manos de esa mujer, Fabrizio se prometió a sí mismo que no permitiría que nadie más volviera a hacerle daño.

En la noche, los jóvenes se reunieron con la pareja en un restaurante para cenar y celebrar el cumpleaños de su mamá. Además, brindaron porque, finalmente, ella era una mujer libre. Le cantaron en español y luego Fabrizio lo hizo en italiano. Aunque él no lo quisiera admitir, era bastante afinado.

—Sé que nos conocemos poco, pero espero que tengamos el tiempo necesario para mejorar eso —le dijo el actor a Alejo y Azul—. Yo, al igual que ustedes, amo a esta mujer y, por este motivo, quiero hacerle una pregunta delante de ustedes. —Su voz temblaba, evidenciando que estaba bastante nervioso. Luego miró a Gina y abrió frente a sus ojos una pequeña caja envuelta en terciopelo—. ¿Te casarías conmigo, Gina Ávalos?

Ella estaba sorprendida y emocionada, puesto que jamás imaginó que él quisiera formalizar su relación tan pronto. Además, estaba encantada con el hermoso anillo que había escogido su amado. Se trataba de una joya de oro con diamantes, la cual tenía engastadas dos gemas grandes que los representaban a ambos y otras dos más pequeñas, que simbolizaban a los hijos de Gina. Los chicos, por su parte, estaban muy conmovidos por aquel gesto.

—¡Claro que quiero amor! Nada me haría más feliz que ser tu esposa, Fabrizio.

El italiano soltó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. Su mujer había tardado un poco en darle una respuesta, haciéndole sentir bastante inquieto. Mientras tanto, los jóvenes aplaudían felices.

Fabrizio se excusó y salió del restaurante para llamar a su madre. Si bien él y Gina regresarían a Italia en pocos días más, ya que él debía filmar su participación en una nueva película, no podía esperar para contarle a María las novedades. Su mamá estaba muy contenta por ellos. Se había encariñado mucho con su nuera y la consideraba una hija más.

Gina aprovechó la ausencia del italiano para hablar con sus hijos.

—Yo también tengo una propuesta para Fabrizio, pero quiero que ustedes sean los primeros en saber de qué se trata —expresó con nerviosismo, pues temía la reacción que ellos pudieran tener.

—De acuerdo. Cuéntanos qué tienes en mente —respondió Azul con entusiasmo.

—Quiero tener un hijo con él. Estoy segura de que le encantará la idea, a pesar de que no hemos conversado del tema. Lo conozco lo suficiente como para saber que no desea presionarme. Sin embargo, yo anhele volver a ser madre —confesó. El silencio reinó en el lugar durante varios minutos, haciendo que Gina se tensara.

—¡Me fascina la idea de tener un hermanito o hermanita! Cuentas con nuestro apoyo, ¿verdad que sí, Alejo? —preguntó.

El muchacho parecía no estar asimilando muy bien aquello. Él siempre había sido el consentido de su madre y, a pesar de que estaba a un paso de convertirse en un hombre adulto, le aterraba un poco la idea de compartir a Gina con un bebé. No obstante, la veía tan contenta e

ilusionada que no dejaría que sus celos lo hicieran comportarse como un estúpido.

—Sí, Azul tiene razón. Te amamos, y cuentas con nuestro apoyo incondicional.

—Gracias, mis amores, son unos hijos maravillosos. Lo cierto es que es muy importante para mí contar con su aprobación.

Poco después, los cuatro se despidieron y regresaron a sus hogares.

Gina miraba su anillo con fascinación mientras se preparaba mentalmente para hacerle su propuesta a Fabrizio.

—*Amore*, ¿sucede algo? —preguntó el italiano al verla tan pensativa.

—Mi amor, sé que nada superará tu espectacular propuesta de matrimonio, pero yo también tengo una pregunta que hacerte.

—¿Qué es lo que me quieres decir, *mia bellezza*?

—Primero necesito ordenar mis pensamientos, ya que esto no es fácil para mí —confesó Gina con un gran suspiro—. Me gustaría tener un hijo contigo. Aunque admito que esto me aterra, tengo la certeza de que serás un gran padre.

Fabrizio quedó pasmado durante unos cuantos minutos. Aquella idea había pasado mil veces por su cabeza. No obstante, consideraba que aún era muy pronto y por eso no le había hablado del tema, puesto que no quería presionarla.

—¿En serio, *amore*? —preguntó una vez que pudo reaccionar—. Para mí sería un gran regalo el tener un bebé que se pareciera a ti. Pero, ¿estás segura de que deseas esto? Tú ya tienes dos hijos grandes. Yo podría esperar un poco más.

—Sí, lo estoy. Anhele vivir esta maravillosa experiencia junto a ti. —Ella lo miró con profunda gratitud, dado que Fabrizio siempre privilegiaba sus deseos por sobre los de él.

—Entonces, *amore*, no perdamos más tiempo. ¿Comenzamos a intentarlo? —propuso con una sonrisa pícaro.

—Todavía no. Cuando regresemos a Italia, agendaré una cita con mi ginecóloga para dejar los anticonceptivos. Sin embargo, podríamos aprovechar de practicar.

CUATRO MESES DESPUES

El día del casamiento, la casa de la familia Cacciatore estaba atestada de gente. La pareja había decidido celebrar la boda allí para evitar el acoso de la prensa.

Las fanáticas de Fabrizio se habían tomado bastante bien la noticia de la relación gracias a la excelente labor realizada por el equipo de relaciones públicas del actor, quienes aseguraban que el italiano se había enamorado de una mujer divorciada. Ellos señalaban que él la había conocido a través Giannina Palacci, puesto que la novia de ella y la mujer en cuestión eran amigas íntimas. Aunque aquella historia no era exacta, se acercaba bastante a la realidad. Por este motivo, las admiradoras de Fabrizio estaban encantadas con la pareja.

En el cuarto de invitados, Gia en compañía de Fátima, María, Analía y Felicia le daban los últimos retoques a la novia, quien lucía muy feliz sus casi tres meses de embarazo. A pesar de la emoción que la embargaba, Gina se encontraba un tanto triste, dado que sus hijos habían perdido el vuelo que los traería desde Argentina y no alcanzarían a llegar a la ceremonia.

—¿Tienes algo azul? —preguntó Analía.

—Sí, las piedras de los aretes —respondió Gia.

—¿Algo prestado?

—La tiara de la familia —contestó María

—¿Algo viejo?

—Mi pulsera —dijo Felicia—. Esa sí que es antigua. Me la regalaron los padres de doña María cuando cumplí quince años.

—¡Pero si eso fue hace muy poco! —exclamó Gia. Todas las mujeres presentes rieron.

—Falta algo nuevo —recordó Fátima.

—Eso corre por mi cuenta —expresó su suegra—. Tengo que entregarte algo que te pertenece por unirte a los Cacciatore. —Le dio el anillo que todas las mujeres de la familia tenían—. Te lo has ganado porque eres una mujer asombrosa, Gina, y por hacer tan feliz a mi hijo —María la abrazó fuerte, y todas se conmovieron.

—Que ninguna llore por favor o nos arruinaremos el maquillaje. —Las palabras de la mujer lograron aligerar el ambiente.

—Fabrizio debe estar muy ansioso —habló Gia, recordando la impaciencia de su amigo—. Iré a verlo. Las estaré esperando abajo.

El resto de las mujeres continuó embelleciendo a la novia hasta que escucharon que alguien golpeaba la puerta.

—Debe ser Luca que viene a buscarte, Gina —supuso Analía.

—Lo siento, cuñada, pero no seré yo quien te lleve al altar.

—¿No?! ¿Por qué?! —preguntó Gina con preocupación.

—Porque a mí me gustaría tener ese honor —respondió Alejo con su voz profunda.

—¡Hijo! —exclamó Gina entre lágrimas—. ¡Pudiste venir! ¿Y qué pasó con el avión?

—Gia consiguió solucionarlo. Adoro que mi novia sea tan eficiente —comentó Fátima mientras se acercaba para saludar al chico—. Cada día estás más grande y guapo. Estoy segura de que debes estar rompiendo muchos corazones, querido.

Las acompañantes de Gina salieron del cuarto para tomar sus posiciones, dejando a Alejo y a su madre solos.

—¿Estás nerviosa, mamá?

—Solo un poco. En realidad, estoy ansiosa.

—Hablé con Fabrizio hace un rato. El pobre sí que está impaciente, incluso es posible que abra una zanja en el piso de tanto pasearse. Azul está tratando de calmarlo en este momento. Ese hombre está loco por ti, mamá. Sé que él te cuidará del modo adecuado.

—Mi amor estoy muy orgullosa de ti —expresó con emoción. Su niño estaba muy grande y actuaba con madurez—. A pesar de todo lo que te ha tocado enfrentar, eres un chico muy especial. No imaginas lo mucho que te amo y te extraño.

—Yo también, mami. —Alejo la abrazó y le dio un suave beso en la frente.

—¿Podrán quedarse con nosotros unos días? Me gustaría cocinar esas milanesas que tanto te gustan. Además, necesito una dosis de mis pequeños.

—¿Y qué pasaría con su luna de miel?

—Nos iremos de viaje en una semana más. Fabrizio debe terminar de filmar su serie y después nos iremos a Sicilia por unos días.

—De acuerdo. Entonces nos quedaremos esta semana. Muero por disfrutar de tus comidas —manifestó Alejo con una gran sonrisa—. ¿Estás lista? Fabrizio debe estar esperándote.

Gina entrelazó su brazo con el de su hijo y salió al encuentro del amor de su vida. Ambos bajaron tranquilamente las escaleras. De inmediato, los invitados giraron sus cabezas para contemplar a la hermosa novia. Azul —quien era una de sus damas de honor— lucía preciosa con aquel vestido azul cielo. La orquesta comenzó a tocar los primeros acordes de «*Esisti dentro me*». Por supuesto, no había sido difícil escoger la canción que la acompañaría en su camino al altar, al igual que el nombre de su futuro hijo. Si era niño se llamaría Giancarlo y si era niña,

Rosa.

La celebración estuvo cargada de sentimientos. Los novios irradiaban el gran amor que se profesaban. Primero, tuvieron una ceremonia civil e, inmediatamente después, intercambiaron sus votos —él en italiano y ella en español— frente a las leyes de Dios. La pareja no dejó de mirarse en ningún momento y permanecieron de la mano hasta el final. Azul y Alejo fueron quienes les entregaron los anillos, lo cual hizo del casamiento una experiencia muy especial y mágica. En cuanto fueron declarados marido y mujer, Fabrizio tomó a Gina entre sus brazos y la besó con pasión en medio de aplausos.

La recepción había sido preparada en el otro extremo del jardín. Las mesas para los invitados habían sido dispuestas de tal forma que dejaban una gran pista de baile en el centro. Para su danza nupcial, Fabrizio y Gina escogieron la canción «Me enamoré de ti» de David Bisbal. Ellos sentían que ésta representaba fielmente lo que sentían. Al finalizar, los asistentes se acercaron uno a uno para felicitarlos.

En un momento dado, Gina perdió de vista a su marido entre la muchedumbre. Al ver a las mujeres de la familia reunidas, se acercó a ellas para preguntarles por él. Sin embargo, todas ignoraban su paradero. De pronto, Gia subió al escenario para tomar el micrófono y contar algunas anécdotas graciosas sobre los novios, provocando la risa de los invitados. Fátima se acercó a Gina y cubrió sus ojos con sus manos para guiarla hasta el comienzo del escenario. Una vez allí, su amiga le descubrió la vista. Frente a ella estaba el actor en compañía de sus hijos. Fabrizio y Azul empezaron a cantar a dúo «Heaven» de Brian Adams, mientras Alejo los acompañaba con su guitarra:

*«Oh, thinking about all our younger years
There was only you and me
We were young and wild and free
Now nothing can take you away from me
We been down that road before
But that's over now, you keep me coming back for more...»*

Las lágrimas comenzaron a correr copiosas por las mejillas de Gina. Aquel regalo de parte de las tres personas que más amaba en el mundo la había sorprendido y hecho sentir muy dichosa.

*«... And baby you're all that I want
When you're lying here in my arms
I'm finding it hard to believe
We're in Heaven.
And love is all that I need
And I found it there in your heart
It isn't too hard to see
We're in Heaven...»*

Mientras cantaba, Azul le dedicaba a su madre una sonrisa colmada de amor. Se notaba que ella y aquellos tiernos hombres habían ensayado mucho. Por fin comprendía el trasfondo de las visitas tan frecuentes de Fabrizio al gimnasio, esa había sido tan solo una excusa. El trío se había esmerado para sorprenderla.

*«... Oh, once in your life you find someone
Who will turn your world around
Bring you up when you're feeling down
Now nothing can change what you mean to me
Oh, there's lots that I could say*

*But just hold me now
'Cause our love will light the way.
And baby you're all that I want
When you're lying here in my arms
I'm finding it hard to believe
We're in heaven.
And love is all that I need
And I found it there in your heart
It isn't too hard to see
We're in heaven...»*

Gina miraba a su marido sintiéndose más enamorada que nunca. Él, además de ser muy guapo, tenía un gran corazón. Acarició su barriga con suavidad y susurró:

—Son muy afortunados, pues tienen un par de hermanos y un papá que los adoran. Ustedes serán muy amados y felices, mis amores. De hecho, hoy les contaremos que serán dos.

*«... I've been waiting for so long
For something to arrive
For love to come along.
Now our dreams are coming true
Through the good times and the bad
Yeah, I'll be standing there by you, oh!
And baby you're all that I want
When you're lying here in my arms
I'm finding it hard to believe
We're in heaven.
And love is all that I need
And I found it there in your heart
It isn't too hard to see
We're in heaven, heaven
Whoa, oh, oh!»*

Al finalizar la canción, los tres bajaron del escenario para abrazar a Gina. Fabrizio agradeció a los chicos por su participación y, a continuación, besó a su esposa.

—Muchas gracias por la magnífica sorpresa. Los amo con todo mi corazón.

—Tengo dos hijos maravillosos —comentó la argentina mientras volvía a abrazarlos—. Serán unos excelentes hermanos mayores.

—Nuestro hermano será muy querido —expresó Alejo. Azul, por su parte, estaba demasiado emocionada como para decir algo.

—Justo de eso quiero hablarles. Imagino que han estado muy ilusionados con la llegada del bebé y espero que esa dicha se multiplique al saber que, en realidad, espero mellizos.

El italiano sintió que la alegría invadía su alma. Su esposa le había dado una de las mejores noticias que podría haber esperado. Tomó el rostro de Gina entre sus manos y la besó con ternura.

—¿Dos, *amore*? ¡Tendremos dos hijos! —exclamó para que todos lo oyeran. La multitud aplaudió con alegría el anuncio. María se sentía pletórica. Ella estaba segura de que serían muy felices junto a sus hijos. Gia y Fátima, por su lado, se acercaron para felicitarlos. Ellas, como cómplices de esta historia de amor, se sentían encantadas con la noticia.

—Como padre de mellizos —advirtió Luca, quien acaba de acercarse para darles la

enhorabuena—, te aviso que criarlos no será una tarea fácil. Tu mujer te necesitará más que nunca.

—Gracias, hermano. ¡Por supuesto que estaré con ella! Ella y los niños son la razón de mi existencia. Tengo claro de que no será fácil, pero nos amamos y nos apoyaremos.

Gina se acercó a Fabrizio, y él la volvió a besar con urgencia.

—Te amo tanto, *amore*. Me acabas de dar el mejor regalo de bodas —dijo el italiano mientras posaba sus manos en la barriga de su mujer.

—También los amo a ti y a mi familia —aseveró Gina.

Se besaron por un largo tiempo, mientras se movían al ritmo de la música.

—Estoy desesperado por llegar al hotel. No imaginas cuánto ansío tenerte bajo mi cuerpo.

Aquellas palabras encendieron a Gina. Sin embargo, no quería abandonar a sus invitados, así que permanecieron en la fiesta hasta altas horas de la madrugada. Todos los asistentes parecían estar felices y cansados, y poco a poco comenzaron a retirarse. Una vez que el festejo acabó, los recién casados se fueron para disfrutar de su noche de bodas.

Tan pronto como llegaron a la habitación, se dispusieron a dar rienda suelta a sus deseos carnales. Gina, quien seguía vestida de novia, desnudó a su marido sin demora y se arrodilló frente a su erección. Introdujo el miembro en su boca y comenzó a lamerlo y succionarlo con frenesí, mientras acariciaba sus genitales. Fabrizio gemía por la excitación. Recordó que la primera vez que estuvo con su amada, ella había hecho exactamente lo mismo. Bastó acordarse de aquello para estar a punto de eyacular.

—Sigue así, *amore mio*. Tu lengua me tiene en el cielo. ¡Por Dios, eres fantástica! —la alabó, cogiendo su cabello y marcándole el ritmo.

—*Amore*, voy a correrme —dijo con voz trémula.

—Hazlo, mi amor —balbuceó Gina, mientras seguía dándole placer con su boca. Poco después, ella recogió con su lengua hasta la última gota de su simiente. Ella amaba darle sexo oral, pues era maravilloso. En realidad, pensándolo bien, el sexo con él era maravilloso.

Luego fue el turno del actor para desnudar a su mujer. Primero le quitó la tiara con sumo cuidado y después desabrochó su vestido, trazando un camino de besos por su espalda. La argentina, por su parte, se quitó sus joyas y las dejó en la mesita de noche. Fabrizio se tomó un momento para admirar el provocativo conjunto de lencería blanca que lucía su esposa.

—¿Quieres quedar viuda antes de tiempo, *amore*? Si sigues usando este tipo de ropa interior, terminarás por matarme. Mira cómo me tienes —le susurró al oído, mientras tomaba su mano para guiarla hasta su miembro, el cual estaba otra vez erecto.

—¿Acaso no te gusta? —preguntó con voz de fingida inocencia.

—Te ves bien con lo que te pongas, pero opino que te ves mejor cubierta solo por mi cuerpo. —La puso frente a él y le besó la barriga—. Es hora de que ustedes duerman, ya que papi y mami estarán un poco ocupados durante algunas horas —les habló con dulzura a sus hijos—. ¡Buenas noches, los amamos!

Luego de aquella tierna pausa, él volvió a enfocarse en su mujer.

—¿En dónde estábamos? —preguntó Fabrizio con lujuria, quitándole el sostén y la tanga de encaje, los cuales fueron a parar al suelo con el resto de sus prendas. Ambos observaron con una sonrisa el lío que habían dejado.

—No me canso de decirlo, *amore mio*: tu ropa luce mejor en el suelo junto a la mía.

Capítulo XXXII

«Nuestros sueños cumplidos».

CINCO MESES DESPUES

—¡Fabrizio! —exclamó Gina con nerviosismo desde el baño de su casa, puesto que había roto aguas. Sus hijos estaban por nacer.

—¿Qué pasa, *amore*? —interrogó con preocupación. Él había acudido, alarmado, al escuchar los gritos de su esposa.

—Llegó el momento que hemos estado esperando, cariño. Por fin conoceremos el rostro de nuestros niños.

—¡Vayámonos a la clínica de inmediato! —Le tomó la mano para instarla a salir.

—Espera. Todavía tenemos algo de tiempo. Me daré un baño mientras tú buscas la maleta.

—De acuerdo... Sí... En el armario... Ya sé... —balbuceaba el italiano, quien daba vueltas sobre su propio eje con una expresión de pánico en su rostro.

—¡Amor, tranquilo! Ve al armario a buscar mi maleta —reiteró con calma. Aquella experiencia no era nueva para ella, y le divertía ver a su pobre marido tan nervioso.

Luego de darse una ducha larga, la argentina se puso el vestido lila que había escogido con anticipación para ese día tan memorable. En cuanto terminó de embellecerse, Gina llamó a su suegra y a sus amigas para pedirles que se encontraran en el «*Complesso Monumentale di Santo Spirito in Sassia*», ya que nacerían los mellizos.

Luego de comprobar que contaba con todo lo necesario, la argentina se dirigió a la camioneta que Fabrizio había comprado recientemente para la comodidad de su familia. Sin embargo, ese no fue el único cambio que había realizado el italiano, ya que también había ayudado a Gina a pintar y decorar los dormitorios de los bebés. A pesar de que la actuación le dejaba poco tiempo libre al italiano, él siempre procuraba acompañar a su mujer. Eso sí, aquellos meses no estuvieron exentos de discusiones y problemas, ya que a su esposa le habían ordenado hacer reposo después de haber cumplido los seis meses de gestación. A ella le desagradaba tener que permanecer tanto tiempo acostada sin la compañía de su marido. Fabrizio, su suegra, sus amigas y Analía, quien también estaba embarazada, se turnaron para cuidar de ella. El hecho de que Gina y su cuñada estuvieran embarazadas al mismo tiempo había sido motivo de alegría para toda la familia, dado que los primos jugarían y crecerían juntos.

Otro punto destacable durante aquellos meses fue que el apetito sexual de la argentina había aumentado con creces, lo que los llevó a descubrir nuevas formas de darse placer.

Aquel quince de diciembre, entre lágrimas de felicidad de sus orgullosos padres, llegaron al mundo los mellizos Cacciatore Ávalos. La primera en nacer fue Rosa, a quien Gina llevó hasta su pecho sin dejar de contemplarla. Fabrizio, dichoso, besó a su pequeña hija y a su esposa. Pocos minutos más tarde, nació Giancarlo. Su poderoso llanto se unió al de su hermana para anunciar a coro su presencia.

Gina y Fabrizio se sentían agradecidos y bendecidos al ver a sus hijos tan bellos y rebosantes de salud. La felicidad de la pareja era inmensa.

Los Cacciatore aguardaban, impacientes, las noticias sobre los nuevos integrantes de la familia. Fátima hablaba por teléfono con Azul, quien no había podido viajar debido a sus clases. Alejo, lamentablemente, tampoco podría trasladarse hasta Italia, ya que debía cumplir con sus

responsabilidades en el ejército.

Habían transcurrido algunos días cuando Fabrizio y Gina pudieron regresar a casa en compañía de sus hijos.

No fue fácil adaptarse a esta nueva situación, pues Rosa y Giancarlo lloraban al mismo tiempo, deseando que los alimentaran. Por esta razón, la argentina casi no dormía por las noches. A pesar de esto, la mujer se negaba a recibir ayuda, pues creía que podía asumir sola la responsabilidad de cuidar de sus hijos.

—Gina, *amore*, tenemos que hablar —le dijo el italiano con determinación.

—¿Qué pasa, cariño?

—Desde que nacieron nuestros hijos, he notado que estás exhausta y que eso te tiene siempre de mal humor —expresó Fabrizio. Su esposa llevaba un mes actuando como si todo le irritara.

—¡No es fácil criar a dos niños a la vez, Fabrizio! —respondió con molestia, negándose a reconocer que su esposo tenía razón—. ¡Tú dices eso porque no haces mucho! Duermes toda la noche y luego te vas a trabajar, ¡pero soy yo quien se queda con ellos las veinticuatro horas del día!

—No te enojas, *amore*. —Fabrizio intentaba moderar sus palabras para que ella no se sintiera mal—. Tienes razón. Sin embargo, tú no permites que me involucre más en la crianza de nuestros hijos, así que te ruego que no me dejes fuera de este proceso. Yo estoy aquí, a tu lado, y necesito pasar tiempo con ustedes. Gina, en esta ocasión, no estás sola.

La argentina comenzó a llorar desconsoladamente. Era cierto que estaba agotada. Además, lo que Fabrizio le había dicho la había conmovido. Ella amaba a ese hombre y agradecía que no quisiera dejarla sola.

—Ve a descansar un rato, yo me haré cargo de los niños. Mañana en la mañana llegará una mujer para ayudarnos con los mellizos y otra que colaborará con los quehaceres de la casa —anunció Fabrizio, acercándola a su cuerpo para besar sus labios y mejillas—. Espero que no te opongas. Eres una excelente madre, y reitero que no es necesario que te ocupes sola de todas las cosas.

La argentina le dio la razón a su marido y, luego de un largo intercambio de besos, se dirigió al dormitorio. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, ella cayó en un sueño profundo.

El tiempo que habían pasado Gina y Fabrizio sin poder tener actividad sexual les había parecido eterno. Por eso decidieron celebrar el fin de aquella eterna espera alojándose en un lujoso hotel y apagando sus teléfonos para, sencillamente, disfrutar de su intimidad. Los abuelos se encargarían de cuidar a Giancarlo y a Rosa.

—No te preocupes, *amore mio*. Si llegara a ocurrir algo de qué preocuparse, mi papá sabe cómo ubicarnos. Esta noche, te quiero solo para mí. Estoy ansioso por sentir cómo te estremeces con mis caricias, *belleza*. ¡Te he extrañado tanto!

—Yo también te he echado de menos —dijo antes de abalanzarse sobre su marido.

Fabrizio la besó con ímpetu y, al mismo tiempo, le desabotonó la blusa.

—Eres tan hermoso, mi amor —dijo Gina, mientras acariciaba el torso de su marido y lo miraba embelesada.

—Tú luces incluso más linda que antes. Creo que la maternidad te ha hecho brillar. Además, adoro tu nueva talla —comentó el italiano luego de quitarle el sostén a su esposa. Recorrió los senos con su lengua y mordisqueó sus pezones.

—Tócame... así... —pidió ella entre gemidos. Después de haberse dedicado por completo a sus bebés durante dos meses, agradecía que su marido la hiciera sentir deseada.

—Tus deseos son órdenes, *amore*. Quiero entregarme a ti por completo.

Luego de desnudarla, la posó sobre la cama y empezó a acariciar y besar el cuerpo de su mujer con veneración. A continuación, introdujo su lengua en la vagina y le dio pequeños mordiscos para hacerla vibrar de placer. Cuando ella estuvo al borde del clímax, Fabrizio se puso un condón, puesto que Gina todavía no podía volver a tomar anticonceptivos. Entró en ella con tanto cuidado como le fue posible, ya que había leído que, después de una experiencia como el parto, era difícil retomar la actividad sexual. Si bien él anhelaba gozar, deseaba que ella también lo hiciera, así que comenzó a moverse con lentitud. Cuando sintió que se relajaba, aceleró sus estocadas, mientras la estimulaba con sus manos. El actor ansiaba que su mujer se sintiera amada y satisfecha.

La pareja llegó al orgasmo al unísono, sus cuerpos habían aprendido a sincronizarse. Permanecieron unidos por un largo tiempo, sintiéndose felices de estar juntos. Sin dejar de besarse y acariciarse, se repitieron una y otra vez cuánto se amaban.

Capítulo XXXIII

«Pequeños pasos».

DOS AÑOS DESPUES

José Machado daba vueltas por su habitación en su silla de ruedas, sin saber qué hacer. Desde el accidente, sus días transcurrían de forma monótona: hacía los ejercicios de rehabilitación, discutía con Noemí, esperaba las visitas de Azul —quien era la única que lo iba a ver— y nada más. Sus padres y hermanas, cansados de su actitud, dejaron de preocuparse por él. De hecho, ya ni siquiera lo llamaban por teléfono. Él se enteraba de lo que pasaba en el mundo exterior a través de las noticias y de los comentarios de Noemí. Con ella, mantenía una relación bastante mordaz. La mujer no se dejaba amilanar por las amenazas y el mal carácter de José, sino que acostumbraba a responderle con sarcasmo.

José, a pesar de su actitud, era consciente de que estaría perdido sin la ayuda de Noemí. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, en el fondo, estaba agradecido por tenerla a su lado. La mujer, por su parte, pensaba continuamente en renunciar. Si bien trabajar con José no era malo, la situación tampoco le era muy agradable, dado que José lograba sacar lo peor de ella. No obstante, no se iría por voluntad propia, dado que su sueldo era bastante generoso y, además, Ana le imploraba que no dejara a su hijo solo.

La única vez que Azul vio a su padre lamentarse fue cuando hablaron de Alejo y su vida en la escuela militar. La nula relación que él tenía con el muchacho lo hacía sentirse arrepentido de no haberlo tratado mejor. Las novedades que le comentó la joven, lo llenaron de orgullo, aunque también le hicieron sentir una profunda desazón. Su hijo se había convertido en un hombre valorable. Sin embargo, aquello no había sido gracias a él.

Azul estaba feliz con sus clases de actuación y el desafío que implicaba. Ella compartía aquella pasión con su padrastro. A la muchacha le resultaba bastante extraño llamarlo de ese modo, puesto que, tanto ella como su hermano consideraban a Fabrizio como un amigo al que le tenían un gran cariño. Ella, particularmente, lo admiraba como actor y como padre de sus hermanos menores. Ese hombre hacía muy feliz a su madre.

Alejo también vivía sus días con gran entusiasmo. Sentía mucha gratitud hacia su madre, ya que ella lo había ayudado a cumplir su sueño. A pesar de que la extrañaba cada día, él sabía que ella estaba bien y rodeada de amor.

Con el paso del tiempo, Fabrizio se convirtió en su gran consejero. Cada vez que necesitaba hablar con alguien, recurría a él, pues siempre se mostraba dispuesto a escucharlo. La transición desde la adolescencia hasta la adultez había sido un tanto complicada para el chico. A menudo le hacía falta la presencia de sus padres, especialmente el de su mamá. Cuando hablaban a través de videollamadas, él anhelaba tenerla a su lado.

Al principio, la idea de tener más hermanos no le había parecido muy atractiva. No obstante, en cuanto conoció a Rosa y Giancarlo, ellos conquistaron su corazón.

Micaela salió apurada de su casa. Si bien vivía a pocos minutos de su oficina, se había atrasado debido a que la aquejaba un rebelde virus estomacal. Llevaba un par de días con

vómitos y sin poder dormir. Por si fuera poco, la relación con Amaro no marchaba bien. Su esposo había cambiado mucho desde que comenzó a estudiar. Él acostumbraba salir con sus amigos al terminar sus clases y no volvía hasta bien avanzaba la madrugada. Además, se hacía cargo de sus labores en el rancho durante el día, así que compartían cada vez menos tiempo. Ella le pedía que le prestara más atención, y él prometía hacerlo. Sin embargo, jamás cumplía.

Micaela no dudaba de la fidelidad de su marido. En ese sentido, él era muy honesto con ella. No obstante, Amaro había comenzado a trabajar desde que era demasiado joven y sentía que se había perdido la oportunidad de vivir experiencias propias de la juventud.

—¿Te sientes bien, Micaela? Te noto algo decaída —comentó Teresa, su suegra, al verla pálida y con grandes ojeras.

—He estado varios días con dolor de estómago. Estoy segura de que solo es un virus un poco agresivo.

—¿No estarás embarazada, querida? Tu rostro me dice que sí lo estás —habló Teresa con preocupación.

—No creo, porque no he dejado de tomar la píldora. No me gustaría tener un hijo mientras Amaro siga comportándose como un adolescente.

—¡Ese hijo mío no quiere entender razones! ¡No se le puede decir nada!

—Tampoco me escucha a mí. De hecho, ya ni siquiera lo veo —manifestó la joven con tristeza.

—Opino que deberías ir al doctor. No descartes el embarazo.

—Gracias por la preocupación, Teresa. Te prometo que iré más tarde a la clínica.

—Cualquier cosa, me avisas, querida. ¿De acuerdo?

Las palabras de su suegra la inquietaron. ¿Qué haría si de verdad estuviera esperando un bebé? Ni siquiera quería pensar en esa posibilidad. Aquel no era el mejor momento para estar embarazada, puesto que sentía que su matrimonio estaba a punto de llegar a su fin. Lo cierto es que no solo planeaba acudir al médico, sino que también buscaría otro lugar donde vivir, ya que estaba cansada de ser la única que intentaba mantener su relación a flote.

Algunas horas más tarde, incapaz de soportar la curiosidad, Micaela compró una prueba de embarazo en la primera farmacia que encontró, ya que consideraba que la clínica tardaría más en darle los resultados, y ella necesitaba tener claridad sobre lo que le estaba sucediendo. Luego buscó un departamento pequeño que estuviera disponible. Si bien tenía algunos ahorros, sus planes podrían complicarse en caso de que se confirmara su embarazo. Lamentablemente, no le gustó ninguno de los lugares que vio hasta que encontró una residencia. La mujer a cargo era muy amable y la invitó a conocer los cuartos. El lugar estaba muy bien cuidado e incluso contaba con un pequeño jardín. Era, sin lugar a dudas, la mejor opción que había visto en la zona. Micaela se despidió de la mujer y prometió volver al día siguiente para concretar el arriendo de la habitación.

Regresó a su casa bastante tarde. Sin embargo, era evidente que Amaro no había llegado. Miró su teléfono, pero tampoco tenía llamadas perdidas de él. Ya no podía seguir luchando contra la soledad y el dolor. Con los ojos colmados de lágrimas, buscó la prueba de embarazo y siguió las instrucciones. Bastó un par de minutos para que el objeto le mostrara que estaba embarazada. Secó sus mejillas y, con el corazón destrozado, tomó una decisión: abandonaría a Amaro, dado que no quería a un padre ausente para su bebé. Se negaba a repetir la historia que ella tuvo que pasar y se preocuparía, exclusivamente, por el bienestar del ser que crecía en su interior.

Dado que era demasiado tarde para pasar la noche en la residencia, buscó las llaves de su

antiguo hogar para dormir allí, pues no deseaba ver a su esposo. Cogió algo de ropa, sábanas y mantas. A continuación, preparó una maleta con algunas de sus pertenencias. Dejaría el rancho a primera hora del día siguiente. A pesar de que todos la querían mucho en ese lugar, aquella era la familia de Amaro y, de seguro, le ofrecerían su apoyo a él.

Se despidió de su casa y de sus recuerdos con gran pesar. Dejó la prueba de embarazo sobre la mesa junto con las fotos de su matrimonio y salió, llevándose solo la mitad de su corazón y el fruto del amor que sentía por Amaro.

Cuando Micaela despertó en su antigua casa, sentía su pecho oprimido. Aquel lugar había sido el escenario de los primeros besos que ella y Amaro habían compartido. Cogió su maleta y se subió a su automóvil para ir en busca de su nueva vida lejos del hombre que amaba.

Amaro despertó con la alarma de su teléfono. Eran las ocho de la mañana, y él debía levantarse para comenzar a trabajar. Como había bebido demasiado la noche anterior, decidió dormir en el sofá para evitar escuchar los reclamos de su esposa. Si bien entendía los motivos de su malestar, él quería disfrutar de los pocos meses que le quedaban para terminar sus estudios en la universidad. Después volvería a enfocarse únicamente en su trabajo y su familia.

A medida que los minutos transcurrían, a Amaro le extrañó no ver a su esposa o escucharla caminando por la casa. Fue hasta el cuarto y vio que la cama estaba ordenada. Buscó en los otros dormitorios, pero tampoco había señales de ella. Pensó que, quizás, ya se había ido a trabajar. No obstante, las llaves de su oficina seguían en su lugar. De pronto, tuvo un mal presentimiento. Corrió al dormitorio para revisar el armario y descubrió que las pertenencias de Micaela habían desaparecido. Desesperado, se dirigió al comedor para buscar su teléfono. No obstante, encontró otra cosa en su lugar: una prueba de embarazo. La tomó con manos temblorosas mientras las lágrimas caían por su rostro al ver el resultado positivo. De improviso, su mundo se derrumbó cuando comprendió que su esposa estaba embarazada y que lo había abandonado.

La llamó al teléfono móvil decenas de veces. Sin embargo, ella no le contestaba. A continuación, corrió a buscarla a la oficina, pero le informaron que había pedido el día libre. Sintiendo que la angustia lo desbordaba, se comunicó con su prima. Supuso que la mejor amiga de su esposa debía conocer su paradero.

—Martina, por favor, tú tienes que saber dónde está —sollozó.

—¿Amaro? No sé de qué me estás hablando —respondió Martina, quien se encontraba preocupada y perpleja—. ¡Cálmate, por favor! Respira profundo y cuéntame lo que sucede.

Amaro le confesó a su prima lo mal que estaba la relación entre él y su esposa y le habló sobre el bebé que ella estaba esperando. Martina no podía creer que él hubiera actuado de ese modo. De haber podido, lo hubiera castigado con sus propias manos.

—¿Quieres que sea sincera contigo? —preguntó ella con molestia—. Eres un imbécil y mereces lo que te está sucediendo. Micaela intentó hacerte entender que estabas descuidando tu matrimonio. Sin embargo, tú estabas tan ocupado tratando de recuperar el tiempo perdido que no notaste que la estabas apartando de tu lado. Ella te amaba y te lo demostró cada vez que pudo.

Amaro escuchaba las palabras de su prima en silencio. Ella tenía razón. Se había comportado como un idiota al desatender a su esposa y no valorar la relación que mantenía con ella.

—Y, por último, no me importa que seas mi primo. Si Micaela llegara a llamarme, no te lo diría. Solo espero que ella este bien —expresó antes de cortar. Hubiera viajado a Rosario, mas su trabajo no se lo permitía. Tendría que esperar a que su amiga se contactara con ella.

Amaro, sintiéndose desorientado, recurrió a su madre. Tal vez ella conocía los planes de su esposa.

Teresa sabía que su nuera y su hijo estaban teniendo problemas. No obstante, ella supuso que

serían capaces de solucionar sus diferencias. Por esa razón, Amaro debió aguantar el sermón de su madre y el de toda su familia.

—Primero tenemos que averiguar dónde está. No puede haber ido demasiado lejos —le dijo su madre.

—Lo más probable es que se haya ido a la ciudad. ¡Ni si quiera sé si tiene dinero suficiente! ¿Y si le pasó algo a ella o al bebé? ¡Mamá, me estoy volviendo loco! Necesito encontrarla. Aunque no lo demostré como debía, yo la amo.

—¿Y recién ahora te das cuenta de eso?! Cuando comenzaste a estudiar, te transformaste en alguien que ni siquiera yo era capaz de reconocer. Es posible que esa chica esté mejor sin ti. La hiciste sufrir y la dejaste muy sola. Micaela es una buena mujer y merece que la valoren, cuiden y amen de verdad. Quizás tú no estés listo para darle lo que necesita.

—¡No! Ella es mi mujer. Me necesita tanto como yo a ella —habló con desesperación. Ni siquiera deseaba imaginarla en los brazos de otro hombre.

—No lo demostraste. Dime, ¿cuándo fue que la viste por última vez? ¿Cuál fue el último gesto romántico que tuviste con ella? No hace falta que me respondas, piénsalo.

—Sé que cometí errores, pero no puedo vivir sin ella.

—Los actos pesan más que las palabras, hijo, y pasaste mucho tiempo sin demostrarle a ella lo que significaba para ti.

—Me duele haber actuado así. No descansaré hasta encontrarla. —Amaro se dio cuenta de que, de los tres años que llevaban casados, los últimos dos se había comportado como un esposo negligente. Ella había hecho todo lo posible por mejorar las cosas, y él no hacía más que ignorarla. Lo único que ella le pedía era su amor.

Tomó las llaves de su camioneta y se dirigió a la ciudad. Buscó en cada uno de los hoteles, mas ella no estaba registrada en ninguno. Preguntó en cada lugar en el que se le ocurrió que ella podría estar, pero nadie parecía haberla visto. Cuando llegó a la clínica, le informaron que la cita con su ginecólogo era al día siguiente.

Amaro esperó toda la noche para llegar a la sala de espera del consultorio médico a primera hora en la mañana. Cuando la vio llegar, la notó bastante pálida. Se acercó a ella. Sin embargo, Micaela rechazó su tacto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven en un tono glacial, tratando de mostrarse imperturbable.

—Vine para que conversemos.

—No tenemos ningún tema pendiente. Mejor vete con tus amigos. De seguro, tendrás hartos para hablar con ellos.

—Mica —expresó, tomándole el rostro con delicadeza—, fui un idiota, pero necesito que regreses a casa. Ya sé que estás embarazada.

—¿Sabes cuántas veces quise que desearas estar conmigo? No podrías imaginarlo. Lamentablemente, estabas demasiado ocupado y ya no tenías tiempo para mí.

—Por favor, cariño —suplicó.

—No me digas así. Me hieres escucharte. Creo que es mejor que te vayas, Amaro.

—Te juro que jamás volveré a dejarte sola. Eres mi mujer y la madre de mi bebé, así que haré cualquier cosa para recuperarlos.

Micaela ya no podía confiar en las promesas de su marido. A pesar de que su corazón latía desbocado, le aterraba volver a sufrir.

A partir de ese instante, Amaro no cesó en su empeño para demostrarle que había cambiado. La acompañaba a cada uno de sus controles médicos e iba a diario a la residencia para visitarla.

Micaela no solo no se sentía preparada para regresar a su hogar, sino que también estaba padeciendo varias complicaciones ligadas a su embarazo. Si bien el primer trimestre estaba llegado a su fin, las náuseas y los vómitos la hacían sentir muy cansada y decaída. No resistía ni el más mínimo bocado, lo que estaba generándole una notoria pérdida de peso.

A Amaro, por su parte, le apenaba ver a su mujer siempre tan silenciosa y melancólica. Una de las cosas que disfrutaba hacer con Micaela al inicio de su relación era cuando ella se acurrucaba sobre su pecho para contarle sobre su día. Sin embargo, ahora, casi nunca sonreía. Él sabía que aquello era su culpa y, aunque se esforzaba, todavía no lograba recuperar su confianza.

Micaela se sentía muy confundida. Su corazón le rogaba que perdonara a Amaro, pero su mente le recordaba el dolor que le había causado.

De pronto, la radio programó una canción de Pablo Alborán y Malú que acrecentó su pesar, pero también le brindó esperanza.

«... Y es que vuelvo a verte otra vez
Vuelvo a respirar profundo
Y que se entere el mundo
Que de amor también se puede vivir
De amor se puede parar el tiempo
No quiero salir de aquí
Porque vuelvo a verte otra vez
Vuelvo a respirar profundo
Y que se entere el mundo
Que no importa nada más...»

Las semanas transcurrieron con rapidez. Micaela se preparaba para asistir a un nuevo control médico. Tenía cinco meses de gestación y seguía con los mismos malestares.

Amaro la saludó con un tierno beso cerca de la comisura de sus labios. Bastó aquel mínimo contacto para que su cuerpo se estremeciera. Lo extrañaba demasiado. Él había vuelto a ser el hombre del cual se había enamorado, lo cual hacía tambalear su decisión sobre estar separada de él. Su corazón se había ablandado poco a poco.

—Me temo que no tengo buenas noticias —anunció el médico, mirando a la pareja con gesto preocupado—. Deberemos hospitalizarte. Tu bebé no ha estado creciendo de manera adecuada debido a tu mala alimentación. No es algo de lo cual debas culparte, ya que, en algunas mujeres, se producen estos estados. Sin embargo, necesito que te quedes para poder monitorearte.

—No quiero que nada le pase a mi hijo, doctor —dijo ella con su rostro bañado en lágrimas.

—Mica, todo saldrá bien —expresó Amaro antes de abrazarla. En esta ocasión, ella no lo rechazó. Se sentía muy aterrada y lo necesitaba a su lado.

Micaela tuvo que permanecer internada durante una semana, tiempo durante el cual recibió las visitas de su suegra y de Martina, quien viajó especialmente para verla. A ella le preocupaba la salud de su amiga y de su futuro ahijado o ahijada. El hecho de que la escogieran como madrina la había hecho sentir inmensamente dichosa, puesto que no estaba interesada en ser madre. No obstante, sería la mejor tía que pudiera existir.

Micaela había planeado volver a la residencia, pero Amaro no lo permitiría.

—Vendrás conmigo a nuestra casa —demandó—. No puedes estar sola. Prometo que cuidaré bien de ustedes.

El hielo que había rodeado el corazón de la joven se derretía cada vez más rápido. Su esposo llevaba largo tiempo demostrándole cuánto la quería y lo arrepentido que estaba por haber actuado como un imbécil.

—Pero... ¡mis cosas!

—No te preocupes por eso. Enviaré a alguien para que vaya a buscarlas. Mica, por favor, vuelve a casa —rogó y depositó un beso en su frente y otro en la nariz. Ella respondió besando sus labios con avidez.

Amaro, finalmente, recobró las esperanzas. Él merecía que su esposa lo apartara, pero, por fortuna, había recapacitado a tiempo para recuperarla. Él amaba a Micaela y deseaba hacerla feliz.

Durante los primeros días, desde que volvieron a vivir bajo el mismo techo, pasaban largas horas charlando de distintos temas, lo que a Amaro le hacía sentir más cerca de su mujer. Sin embargo, por las noches, dormían en habitaciones separadas. Ella no hacía ningún comentario al respecto, y él temía pedirle que lo dejara dormir junto a ella.

Una tarde, Micaela estaba disfrutando de una película hasta que se percató del gesto que tenía su esposo, quien estaba sentado en una silla ubicada al lado de la cama en la que ella estaba recostada.

—Te ves cansado, Amaro. ¿Tuviste mucho trabajo? —preguntó con preocupación.

—Sí, hemos estado realizando las entregas. Tú sabes lo agotador que es eso —respondió sin poder evitar contener un bostezo.

—Si quieres, puedes acostarte aquí. Hay espacio de sobra.

—¿Estás segura? —indagó Amaro con cautela.

—Si no te molesta ver una película romántica conmigo, entonces no hay problema.

Amaro no lo pensó dos veces. Se quitó los zapatos y los vaqueros, quedando solo con su camiseta y ropa interior. Luego se tendió en la cama, quedando frente a ella.

—Te extraño —confesó, sincero—. No imaginas cuánta falta me haces.

—Yo también te he echado de menos. No quiero volver a pasar por lo mismo, así que te pido que no vuelvas a dejarme sola, Amaro.

—Nunca más, te lo prometo. Los meses que he pasado lejos de ti han sido una pesadilla —admitió—. Debes saber que nunca existió otra mujer. Para mí, solo existes tú.

Ella vio la sinceridad en sus ojos y lo abrazó con fuerza. Ambos se besaron entre lágrimas de felicidad y prometieron luchar juntos para salir victoriosos. Lo harían por ellos y por su retoño.

—¿Amor? —dijo Amaro para llamar la atención de Micaela—. ¿Has pensado en nombres para nuestro bebé?

—Sí, me gustan Tomás y Azucena.

—Son lindos. ¿De dónde los sacaste?

—Tomás me encanta desde siempre, y Azucena es el nombre de la protagonista de una hermosa película italiana con la cual lloré mucho. De hecho, esa es la que veré ahora. ¿Quieres mirarla conmigo?

—Está bien. Y si lloras, te consolaré —contestó Amaro.

—Eso será así si es que no te emocionas tú primero. —Amaro rio en respuesta al comentario de su esposa. Aunque todavía tendrían algunas pruebas que superar, estaban juntos nuevamente.

Micaela se acomodó sobre el pecho de Amaro para disfrutar del calor que le brindaba el cuerpo de su marido. Ella se sentía tan feliz y relajada que, a la mitad de la película, se quedó dormida. Amaro, contra todo pronóstico, lloró con el final de ese filme. Si su bebé era niña —tal como él creía—, se llamaría Azucena.

Epílogo

«Tu, mi sueño».

AÑOS DESPUÉS

Gina caminaba por el jardín llevando a sus hijos de la mano. Ambos la bombardeaban con muchas preguntas.

Al día siguiente se celebraría el cumpleaños número cuatro de los mellizos, razón por la cual Alejo y Azul, quienes estaban ansiosos de volver a ver a su madre y a los pequeños, viajarían a Italia para participar de aquel evento junto a los Cacciatore.

—*Mamma*, ¿cuándo llegarán mis hermanos? —preguntó Rosa. Ella era una niña muy conversadora, a diferencia de Giancarlo, a quien había que sacarle las palabras con tirabuzón. Si bien el niño era callado, era bastante travieso. Rosa hablaba con su madre en español, aunque con el acento italiano de su padre, de quien había heredado los ojos grises y el histrionismo. Giancarlo, por su parte, había obtenido el pelo rubio y los ojos verdes de su mamá.

—Llegarán mañana, justo para la fiesta —respondió Gina mientras pensaba en lo rápido que habían crecido sus niños.

—¡*Mamma!* —Giancarlo le extendió los brazos para que lo cargara. Él la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Rosa no paraba de hablar de lo que quería hacer para su cumpleaños. Estaba muy entusiasmada, pues ella y su hermano pasarían la noche con sus abuelos y sus primos. María era una pequeña de su misma edad. Gia y Fátima, después de un largo proceso, habían conseguido adoptarla. Ariel, era el hijo menor de Luca y Analía. Los cuatro eran muy amigos. Ellos crecían juntos, y a sus padres les alegraba notar lo cercanos que eran.

Fabrizio observaba, con el pecho hinchado de felicidad, a su mujer con Giancarlo entre sus brazos y Rosa caminando a su lado. Hacía años, aquella escena era tan solo un sueño. Sin embargo, ahora podía sentirse satisfecho de que aquella fuera su realidad. Amaba a su esposa y a sus hijos con todo su ser. A pesar de las dificultades, habían logrado construir una hermosa familia. Gina era una madre maravillosa. Ella acompañaba y apoyaba a los pequeños en cada una de las actividades que realizaban.

Rosa amaba bailar *ballet*, mientras que Giancarlo gozaba practicando kárate. Fabrizio y Gina los alentaban en todo lo que quisieran hacer.

Rosa se volteó y se encontró con la mirada de su padre.

—¡*Papà!* —dijo Rosa luego de voltear su rostro y encontrarse con la mirada de su padre. Ella corrió hacia él, luciendo una sonrisa radiante.

—¿Cómo estás, *principessa*? —preguntó una vez que la tuvo en sus brazos.

—¿Por qué me llamas así, *papà*?

—Porque tú mama es la reina de mi corazón y ustedes son mis príncipes —respondió antes de repartir decenas de besos sobre su rostro.

—Los vine a buscar porque sus primos y sus abuelos los están esperando —les comunicó, acercándose a Gina y dándole un beso breve—. Veremos algunas películas, ¿qué les parece?

Fabrizio, como buen actor, siempre actuaba de forma exagerada y divertida para hablar con sus hijos. También le gustaba cambiarle la letra a las canciones, ya que le fascinaba que Rosa le reclamara que no sabía cantar. Además, cuando jugaba a las luchas con Giancarlo, se dejaba

ganar cada vez.

Gina le agradecía a Dios por haber puesto a Fabrizio en su camino. Ellos habían superado los obstáculos juntos. El paso del tiempo no había disminuido el amor que sentían el uno por el otro. Aunque los momentos que tenían para gozar a solas eran escasos, los disfrutaban al máximo cada vez que se presentaba la ocasión. Teniendo sexo, pero también manteniendo largas charlas. Ellos, además de marido y mujer, eran muy amigos.

Aquella sería su noche especial. Se desconectarían del mundo para enfocarse en su intimidad, olvidándose de sus teléfonos móviles y de cualquier cosa que pudiera impedirles disfrutar de su amor. La pareja sabía que sus hijos estaban en buenas manos. En la casa de los Cacciatore, los niños eran los protagonistas. Los abuelos consideraban que sus nietos le aportaban alegría a sus vidas.

Fabrizio y Gina encontraron a la familia reunida. Mientras los adultos charlaban, los pequeños armaban los equipos para la búsqueda del tesoro, liderados por Bruno y Blanca, los hijos mayores de Luca y Analía.

—Todo listo —le susurró Gia a Fabrizio.

—Tan eficiente como siempre, mi querida hermana.

—Ya sabes que deberás pagarme esta deuda el próximo fin de semana. Pretendo llevar a Fátima a un lugar muy especial. —Justo en ese momento la chilena se acercó a su novia y entrelazó su mano con la de ella.

Fátima y Gia eran muy dichosas con su hija. A pesar de que tuvieron que esperar bastantes años para poder hacer su sueño realidad. La niña tenía una hermosa piel morena, llamativos ojos oscuros y rizos que le llegaban hasta los hombros, los que Fátima se encargaba de peinar. Ella se había adaptado muy bien a la familia. El día que les contó a sus primos que tenía dos madres, los chicos se lo tomaron con mucha naturalidad. De hecho, fue considerado un acontecimiento tierno, cuando los primos corrieron a pedirles a Fabrizio y a Luca que fueran los padres de María luego de que ella les comentara que no tenía papá. Ellos, por supuesto, aceptaron sin dudarlos. De este modo, la niña tenía dos madres y dos padres. A los adultos les encantaba la sencillez con que los niños se tomaban la vida.

Fabrizio y Gina se fueron en cuanto se despidieron de su familia para celebrar solos los cuatro años desde que tuvieron a sus retoños. A pesar del tiempo que llevaban juntos, seguían descubriendo nuevas formas de darse placer. El sexo era aún más excitante que antes.

—Esta noche me gustaría que fuera un homenaje a nuestra primera vez, *amore*. ¿Estás dispuesta a seguirme el juego? —preguntó el italiano con una voz tan seductora que hizo estremecer a su mujer.

—Por supuesto que sí —contestó Gina, ardiendo de deseo.

Fabrizio cogió un pañuelo de seda para atarle las manos y luego vendó sus ojos. A continuación, buscó la pluma que tenía guardada y comenzó a recorrer con ésta el cuerpo de su mujer, quien se estremecía con aquella sutil caricia. El italiano, al notarla tan excitada, se olvidó de su autocontrol y entró en la cálida vagina de Gina de una sola estocada.

—Perdón, *amore*. No pude contenerme. Tu cuerpo me enciende y me invita a entrar en él. Si pudieras verte como yo lo hago, entenderías el motivo por el cual me enloqueces, *bellezza*.

Fabrizio y Gina movían sus caderas al unísono. Ella gritaba sin contenerse, algo que no podía hacer en su casa con plena libertad. A la argentina le fascinaba despertar los instintos más primarios de su esposo.

Al día siguiente, Fabrizio fue al aeropuerto para buscar a Azul y a Alejo. Los jóvenes lo saludaron con afecto. A la muchacha le extrañó que no hubiera ido su madre por ellos, pero el

actor los tranquilizó al comentarles que ella tuvo que quedarse con los mellizos, pues los pequeños estaban muy inquietos y ansiosos esperando que empezara su fiesta. La familia había contratado los servicios de una organizadora de eventos que se encargaría de exhibir una enorme variedad de juegos, espectáculos circenses y de magia.

Cuando llegaron a la casa de los Cacciatore, los niños corrieron a saludar a sus hermanos mayores, a quienes adoraban. La chica que los cuidaba también se acercó, y Rosa se encargó de presentarlos. Florencia era la nieta mayor de Felicia. La joven de diecisiete años trabajaba ayudando a cuidar a los niños de la familia Cacciatore, los mellizos la adoraban era una excelente niñera. Todos la querían mucho.

Azul la saludó con un beso en la mejilla. No obstante, Alejo fue incapaz de reaccionar. El muchacho había quedado hipnotizado con aquellos hermosos ojos castaños. Florencia era una mujer hermosa.

—¡Mi hermano es militar! —exclamó Rosa antes de salir corriendo detrás de su hermana.

—¿Así que eres un soldado, argentino? —preguntó Florencia en español con el inconfundible acento italiano, el cual hizo que a Alejo le hirviera la sangre. Él se la imaginó desnuda y con su cuerpo entrelazando al de él, gritando su nombre una y otra vez.

«Calma cabo. Ella es demasiado joven, y tú no estás para complicarte la vida con una adolescente. Aunque sea una tentación para la vista», se reprochó mentalmente.

Cuando volvió a la realidad se encontró con la chica mirándolo de forma extraña, esperando una respuesta.

—Disculpa —dijo después de notar la mirada persistente de la chica. Se sentía un poco avergonzado. Florencia había conseguido aturdirlo por completo—. Soy el cabo primero Alejo Machado, a sus órdenes, señorita. —Cogió su mano y depositó un tierno beso en ella.

—Encantada de conocerlo —contestó con una enorme sonrisa. El hecho de haber sentido la suavidad de los labios de Alejo sobre su piel provocó que miles de mariposas revolotearan en su estómago. Ésta era la primera vez que veía al joven en persona. Más de alguna vez se había quedado mirándolo embobada en las fotografías que Gina tenía en la casa.

—Lo mismo digo, señorita —respondió, guiñándole un ojo.

Fabrizio, quien había estado observando aquel intercambio, se acercó a su mujer y le comentó que, al parecer, Alejo estaba encantado con la nieta de Felicia. Gina contempló a su hijo. Él era un hombre muy guapo. De seguro estaba rompiendo muchos corazones, a pesar de que, para ella, siempre sería su niño.

La fiesta había sido todo un éxito. Los invitados y, especialmente los cumpleaños —quienes dormían en brazos de sus padres—, habían disfrutado de principio a fin.

—¿Crees que el viaje sea una buena idea, Fabrizio? —preguntó don Luca con preocupación.

—*Babbo*, los niños ya están más grandes y gozaran de la experiencia. Me gustaría que ellos conozcan el lugar en donde su madre y yo fuimos tan felices.

—Te entiendo, hijo. Sin embargo, considero que República Dominicana está demasiado lejos.

—Suegro, los niños han viajado varias veces a Argentina, y eso está más lejos —explicó Gina, divertida. Ella agradecía que él se preocupara tanto por sus nietos.

—Como siempre, querida Gina, tienes razón —expresó don Luca—. Disfruten de ese viaje y cuiden bien de nuestros tesoros.

Una semana después, en la que Gina había podido compartir con sus cuatro hijos, los Cacciatore se encontraban reunidos en el aeropuerto para despedir a quienes viajaban. Alejo y Azul estaban maravillados con la calidez que esa familia les brindaba. Ellos debían regresar a

Argentina, mientras que su madre, sus hermanos pequeños y Fabrizio iban rumbo a Bayahibe para divertirse algunos días en aquel paraíso terrenal.

Los niños durmieron durante casi todo el vuelo. Sus padres, en cambio, no paraban de charlar, intercambiando sus mejores recuerdos sobre sus experiencias en República Dominicana.

Fabrizio rentó un departamento ubicado cerca de la playa. Descartó la idea del hotel, ya que deseaba disfrutar junto a su familia en paz. No quería a mucha gente dando vueltas a su alrededor.

Desde que regresaron a Bayahibe, Gina y Fabrizio paseaban con sus hijos durante gran parte del día y descubrían nuevos lugares.

Fabrizio tomó en brazos a Rosa para sentarla sobre sus hombros, y Gina hizo lo mismo con Giancarlo y corrió hacia la playa. El actor y su hija aguardaron un momento para darles ventaja y luego comenzaron a correr hasta alcanzarlos. El italiano besó a su esposa con ternura, mientras los niños los acariciaban.

—¿Sabes una cosa, *amore*? —manifestó sin dejar de mirarla—. Ustedes son mi sueño hecho realidad. Volvería a vivir todo de nuevo solo para recrearme con momentos como éste. Te amo, Gina. Gracias por entrar a mi vida y cambiarla por completo.

—Te amo tanto, Fabrizio. Tú eres mi sueño también.

Se volvieron a besar entre los aplausos de Rosa y Giancarlo.

^[1] Lip-sync es un término técnico que hace referencia a la sincronización del movimiento de los labios con voces cantadas o habladas.

^[2] En Chile, empleada del hogar.

Agradecimientos

Esta historia es muy especial para mí, con ella di inicio a mi vida de escritora, nada hubiese sido posible sin ellos. Me dio momentos de mucha alegría, algunas tristezas y momentos no tan gratos, pero por sobre todo, esperanza... Quería escribir y lo hice.

Eternas gracias a todos aquellos que fueron parte de esta historia, quienes leyeron sus capítulos uno a uno cuando los publicaba y que comentaban, fueron parte fundamental de lo que pasó con la historia. Agradezco a todas las lectoras, chicas de distintos países que leyeron a Fabrizio y Gina antes que cambiaran un poco, a quienes estuvieron desde el principio, a las que se quedaron, a las que se fueron. Mi mayor agradecimiento siempre, me ayudaron a cumplir un sueño y eso, es impagable.

Gracias Noemí Casco por permitirme ponerte frente al personaje que tanto odiaste. Gracias Lore Yáñez por dejarme usar la frase que tu padre te decía. Gracias Lizyet Flores por recordar solo los buenos tiempos.

A Dixiana Silva por dos razones: por estar desde el principio y por ayudarme al final. Junto con Yosthon hicieron un gran trabajo (muy grande) con esta historia, me ayudaron a hacerla mía, a reconocermme en ella y pensé que sería difícil pero lo lograron. ¡Gracias de corazón!

Querida Gabriela Lo Curto, comenzamos casi al mismo tiempo y la vida nos unió en este camino de crear historias. Gracias por querer a Fabrizio casi tanto como yo.

Agradezco a Astrid Figueroa, nos conocimos antes que empezara a escribir, sin embargo, hiciste por mi y por esta historia cosas que siempre agradeceré.

Por siempre agradecida de Dios y de la familia que me dio. Han sido mi motor para todos mis proyectos. Daniel, Geraldine y Javiera, siempre apoyando y entendiendo un poco de mi locura, escuchándome pelear con los personajes y nunca dejar que me rindiera.

Gracias a Romance y letras por ayudarme a cumplir este nuevo sueño. Pame Díaz Rivera, como siempre, la portada es hermosa y es un fiel reflejo de esta historia.

Espero, que llegando al final de esta historia hayas pasado un momento agradable, que hayas reído y te hayas emocionado con ellos. Muchas gracias por leer.

About The Author

Marifer Jorquera

María Fernanda Jorquera, nacida el 18 de noviembre de 1980, de actuales 40 años. Madre, esposa, profesora y escritora, compatibiliza su vida entre todas las cosas que hace.

Tu, mi sueño, es un libro que ha esperado mucho tiempo para salir, pero ha valido la pena.

Es feliz escribiendo, leyendo, escuchando música, disfrutando de momentos con sus amigas y por sobre todo con su familia, compuesta por Daniel, su marido, sus hijas Geraldine y Javiera y su cachorro llamado Polo.